

HISTORIA DE LOS PAPAS

EN LA ÉPOCA DEL RENACIMIENTO
DESDE LA ELECCIÓN DE INOCENCIO VIII
HASTA LA MUERTE DE JULIO II

·
POR

Ludovico Pastor

VERSIÓN DE LA CUARTA EDICIÓN ALEMANA

POR EL

R. P. Ramón Ruiz Amado

de la Compañía de Jesús

Volumen V

(INOCENCIO VIII  ALEJANDRO VI)

BARCELONA

GUSTAVO GILI, EDITOR

CALLE UNIVERSIDAD, 45

MCMXI

HISTORIA DE LOS PAPAS

DESDE FINES DE LA EDAD MEDIA

COMPUESTA, UTILIZANDO EL ARCHIVO SECRETO PONTIFICIO
Y OTROS MUCHOS ARCHIVOS,

POR

Ludovico Pastor

CONSEJERO REAL É IMPERIAL,
PROFESOR ORDINARIO DE LA UNIVERSIDAD DE INNSBRUCK
Y DIRECTOR DEL INSTITUTO AUSTRIACO DE ROMA

Tomo III

HISTORIA DE LOS PAPAS EN LA ÉPOCA DEL RENACIMIENTO
DESDE LA ELECCIÓN DE INOCENCIO VIII
HASTA LA MUERTE DE JULIO II
(INOCENCIO VIII, ALEJANDRO VI, PÍO III, JULIO II)

BARCELONA
GUSTAVO GILI, EDITOR
CALLE UNIVERSIDAD, 45
MCMXI

NIHIL OBSTAT

El Censor,
JAIME PONS, S. J.

Barcelona 8 de Abril de 1910.

IMPRÍMASE,

El Vicario General.
JOSÉ PALMAROLA

Por mandado de Su Señoría,
LIC. SALVADOR CARRERAS, PBRO.
SCRIB. CANC.

Petri dignitas etiam in indigno haere-
de non deficit.

LEO I.

PRÓLOGO

DE LA PRIMERA Y SEGUNDA EDICION

Conforme al primitivo plan de la obra, debía el presente tomo llegar hasta la conclusión del Concilio Lateranense, en 1517; mas la abundancia de materiales resultó tan grande, que me hizo resolver á terminarlo con la muerte de Julio II (1513), para que esta parte no alcanzara una extensión desmesurada. Tampoco parecía oportuno compendiar la exposición, precisamente tratándose de pontificados tan trascendentales como los de Alejandro VI y Julio II, y asimismo la diversidad de los juicios sobre los mencionados papas hacía necesario un estudio lo más hondo posible, el cual requería, finalmente, lo extenso y esparcido de los materiales de los archivos. Entre éstos se hallan actas hasta ahora completamente impenetrables para las modernas investigaciones históricas; lo cual vale principalmente respecto de los documentos del Archivo consistorial del Vaticano y de los Breves y Bulas de Alejandro VI, que se hallan en el Archivo secreto pontificio. Hacia tres siglos que los *Regesta* del Papa Borja, que forman un conjunto de 113 gruesos tomos en cuarto (Nr. 772-884), se habían retirado de los ojos del público, y en la primavera del año de 1888 obtuve de la Santidad del Papa León XIII el permiso especial, necesario para examinar aquellas actas, por la bondadosa intervención del Cardenal Hergenroether, que entretanto ha pasado de esta vida. Concedióseme plena libertad para el estudio de aquellas fuentes; liberalidad por la cual reitero al magnánimo Pontífice, que volvió á abrir el Archivo secreto pontificio, la expresión de mi más respetuoso agradecimiento.

Ofrecen muy importantes complementos las relaciones de embajadores contenidas en los archivos italianos, entre los cuales

uso de los bienes temporales, conforme á la voluntad de Dios, inculca á la madre el deber de tener solicitud por conservar seguramente aquella parte de la hacienda que ha de dejar como herencia á sus hijos. Por lo que mira á lo demás, de que puede disponer libremente, se la exhorta á que, acordándose de la pobreza de espíritu, mire al prójimo como representante de Dios, y emplee todos sus recursos y hacienda para socorrer al prójimo en lugar de Dios. Mas como no todas las personas tienen los mismos títulos á su beneficencia, se determina luego la serie de los necesitados que ha de remediar.

Respecto al deber de la educación, inculca Dominici cinco puntos. Educa á los hijos: 1.º, para Dios; 2.º, para su padre y para ti, que eres su madre; 3.º, para sí mismos; 4.º, para la patria; 5.º, para las pruebas de la vida. La madre debe adornar su casa con piadosas imágenes, para inocular en los niños desde el principio, por medio de ellas, el amor de la virtud, el anhelo de Cristo y el odio al pecado; por el aspecto de los Santos se ha de conducir á contemplar al Santo de los Santos. La lectura de las Escrituras Sagradas no se ha de comenzar hasta que los niños se hallen suficientemente preparados para su inteligencia. En la enseñanza de los adolescentes se ha de contrarrestar el abuso de los escritores paganos. Por lo que se refiere al vestido, se ha de acostumbrar á los niños, desde su temprana edad, á la modestia y decencia. «Ten cuidado de su conducta; ninguna cosa, de todas las que Dios te ha confiado, le es más cara que tus hijos; de suerte que, á sus ojos, las almas de los tales son más preciosas que el cielo y la tierra, y tú le prestas mayor servicio, educando bien á los hijos que te ha dado, que si, teniendo en tu poder todo el mundo, lo gastaras en socorrer á los pobres. Dificilmente podrás salvar tu alma si, por efecto de tu negligencia, se pierden las de tus hijos; por el contrario, puedes estar tranquila sobre tu salvación eterna, si por tu fidelidad á los deberes de madre se salvaren las almas de tus hijos.»

No menos hermosas ideas y consejos propone Dominici sobre la forma y manera como se debe inducir á los niños á cumplir sus obligaciones respecto de sus padres. En primer lugar, han de manifestarles su reverencia en las palabras. Exígeles, pues, ante todo, que en el hablar den muestras de su reverencia de tres maneras: por una parte, haciendo que agradezcan cuando son castigados; en segundo lugar, acostumbrándolos á callar en presencia de sus

padres, y tercero, haciendo que contesten con modestia. La reverencia hacia los padres se ha de manifestar también en el uso de los bienes temporales y en el comportamiento exterior. «En presencia de los padres no se han de sentar sin ser invitados á ello; cuando estén en pie deben guardar una postura decorosa, y cuando se les mande algo, inclinen humildemente la cabeza y saluden atentamente, descubriéndose. Atribuye especial importancia sobre todo lo demás, á una costumbre particularmente á propósito para hacerlos felices en casa y fuera de ella, la cual consiste en lo siguiente: Por lo menos dos veces cada día, es á saber: por la noche, antes de irse á acostar, y por la mañana, antes de salir, deben arrodillarse con gran reverencia delante de ti ó de su padre, ó de ambos á la vez, y pidiros la bendición. También podrás exigirles esto convenientemente otra tercera vez: cuando vuelven á salir después de comer. Con las niñas y los que permanezcan en casa, bastaría al tiempo de acostarse y luego de haberse levantado. Da entonces tu bendición con grande humildad y recibe estas demostraciones de reverencia modestamente, pues no se hacen por tu respeto, sino en beneficio de los mismos niños. Arrodillado, pues, diga el niño: Dadme la bendición (*Benedicite*); después de lo cual puedes bendecirle con una sentencia que te parezca la más agradable para Dios y más provechosa para el niño, como, por ejemplo: Dios te bendiga con su eterna bendición; ó, la gracia de Dios sea siempre contigo; ó, Dios te llene, en cuerpo y alma, de su eterna bendición; ó, Dios te haga agradable á él y á los hombres; ó, finalmente, Dios te conduzca á la perfección que has de tener en la eternidad. De estas maneras debes variar las fórmulas conforme á las circunstancias. Luego que el niño ha recibido la bendición, inclínese, y bese al levantarse la mano de aquél que se la ha dado, y con esto se acostumbra á levantarse con la cierta persuasión de que ninguna cosa le puede suceder que no sea de provecho para la salud de su alma. De la manera que tus hijos te han de mostrar reverencia á ti, conforme á esta instrucción, así tú manifiéstala en todas ocasiones á Dios Nuestro Padre, que está en los cielos. Principalmente se refiere esto al arrodillarte en su presencia, pidiendo su santa bendición, lo cual debes hacer, no sólo dos ó tres veces cada día, sino cuantas veces has de emprender una nueva ocupación. Entonces haz la señal de la cruz con el dedo en tierra, ó en la madera, ó en la pared, ó en lo que en aquel momento tu-

vieres más cerca, y bésalo. Guárdate mucho de echar alguna maldición ó execración, ya sea por ira ó ligereza ó por cualquiera otro motivo, á tus hijos, ni á otra alguna criatura, ó encomendarlos al diablo, porque semejantes maldiciones, de boca del padre ó de la madre, ó se realizan ó producen otros daños.»

Especialmente se refiere Dominici á las circunstancias de los florentinos de su tiempo, en la última sección: «De qué manera los hijos deben educarse para que sean hombres útiles al Estado», donde principalmente previene contra el espíritu de partido. Ninguna cosa puede imaginarse más perjudicial, «pues un partidario no ayuda á ordenar los intereses comunes, sino á desgarrarlos y asolarlos» (1).

Hace juego con el hermoso libro de Dominici, la *Introducción á la vida buena*, escrita más de una edad más tarde y atribuido al gran arzobispo de Florencia S. Antonino. También pertenecen á este lugar las cartas de S. Antonino á Diodata degli Adimari, por más que no den propiamente una dirección para la educación de los niños. Las doctrinas allí contenidas, relativas á la vida, conducta, trato, asistencia al templo y ejercicios espirituales, muestran cuán lejos se hallara aquel varón piadoso, sencillo, severo y experimentado en las cosas del mundo, de toda exageración y mojigatería. «Toda oración, escribe S. Antonino á Diodata degli Adimari, es agradable á Dios, y tanto más agradable, cuanto más directamente sale del corazón; sin embargo, no por eso tengo nada que decir contra la recitación del Oficio. Prepárate á sufrir, sean enfermedades, pobreza ú otras privaciones, oprobios ó persecuciones, tentaciones ó solicitudes domésticas; confíesate una vez cada mes, y por ahora recibe cada dos meses la Comunión en algún día festivo. En la ciudad, aun con los parientes, habla lo menos posible, y sólo cuando tengas necesidad de hacerlo. No pierdas de vista á tus hijos, velando porque vivan en santo temor de Dios y se alejen de toda ruin compañía; guárdate de mal, no sólo en las acciones, sino también en los pensamientos; sé vigilante, no te dejes llevar de la pasión, y dirige tus pensamientos al prójimo y á lo bueno. Cuando te combate la soberbia, ayúdate presto volviendo los ojos á tus muchos pecados. En la pusilanimidad ó desesperación, levanta tus pensamientos á la infinita benignidad y misericordia de Cristo y ponte ante los ojos al ladrón perdonado en la

(1) Rösler, Dominici's Erziehungslehre, 25-66.

cruz. Es más difícil que el buen comienzo, la perseverancia en el bien; el comienzo para nada sirve, si no se llega á alcanzar el fin; para robustecer tu espíritu combatido, lee frecuentemente libros espirituales, y medita sobre ellos con diligencia y madurez. No reprendo que tengas trato con otras mujeres temerosas de Dios; pero no pongas precipitadamente tu confianza en todas ellas. Los votos que se han hecho se deben cumplir en cuanto se pueda. Dios te otorgue su bendición junto con la nuestra» (1).

Las máximas profundamente religiosas, que predicaban los santos representantes del partido de la reforma eclesiástica, como Dominici y S. Antonino, se hallan asimismo en los partidarios del verdadero Renacimiento, los cuales sabían juntar por excelente modo las máximas cristianas con la antigua sabiduría. Ante todo, es digno de mención en este lugar el noble y virtuoso *Victorino du Feltre*, el cual no dejó, ciertamente, ningún escrito acerca de esta materia; pero desplegó, sin embargo, por medio de su célebre escuela de Mantua, una acción por extremo beneficiosa y dilatada (2). En la nobleza de su espíritu, se acerca mucho á Victorino el sienés *Agustín Dati* (m. 1479), cuya importancia pedagógica no ha sido estimada hasta las recientes investigaciones. Junto á él se debe mencionar á *Antonio Ivani*, cuyo tratado sobre la dirección de la familia está lleno de genuino espíritu cristiano. Mucha gravedad y devoción verdadera demuestra también *Francisco Barbaro*, quien siendo todavía un adolescente de diez y siete años, trató detenidamente, en un escrito muy celebrado por los contemporáneos, sobre el matrimonio, la familia y la educación (3). También expuso excelentes máximas y modos de ver *Pedro Pablo Vergerio*, el Viejo, cuyo *Tratado sobre la educación* se difundió de una manera extraordinaria (4).

(1) Reumont, *Kleine Schriften* 27, y *Briefe* hl. Italiener 140 s. Rösler (*Dominici's Erziehungslehre* 67-68) duda, si Palermo atribuye con razón á S. Antonino el escrito *Opera a ben vivere* (Firenze 1858).

(2) Cf. nuestras indicaciones vol. I, p. 162 ss., y Woodward, *Vittorino da Feltre*. Cambridge 1897.

(3) Rösler, *Dominici's Erziehungslehre* etc. 150 s., 164 s., 214 s., hace excelentes retratos de los pedagogos nombrados en el texto. Respecto de Ivani, cf. también A. Neri, *Notizie di A. Ivani*. Sarzana 1868. Ç. Braggio, *A. Ivani*. Genova 1885.

(4) V. Kopp, *P. P. Vergerio, der erste humanist. Pädagoge*. Luzern, 1893, é *Hist. Jahrb.* XVIII, 539 s.; cf. G. Jachino, *Del pedagogo P. P. Vergerio*. Firenze 1894.

La más importante obra pedagógica de los humanistas cristianos del siglo xv la debemos á un amigo del Papa Pío II, es á saber: á *Maffeo Vegio*. Sus seis libros sobre la educación, los cuales fueron impresos por primera vez en Milán en 1491, no se extienden en ideas estériles, ni acarician inasequibles ideales. Vegio pone ante los ojos á los sabios de la Antigüedad para la educación racional, y para la educación cristiana saca sus máximas de las verdades reveladas de la Sagrada Escritura, de las obras de los Santos Padres y de los vivientes ejemplos de los Santos. Enérgicamente insiste en la aplicación á la vida de la doctrina cristiana dogmática y moral. Con razón concede la mayor importancia al vivo ejemplo de modelos moralmente perfectos, y no se cansa de poner ante los ojos de los padres particularmente á una Santa Mónica, y como fruto de su educación, verdaderamente buena y temerosa de Dios, á su grande hijo San Agustín, cuyo «eloquente y dulce libro» de *Las confesiones* era la obra predilecta de los humanistas cristianos. «El buen ejemplo de los padres hace la educación más eficaz, y su oración alcanza para ella la bendición del cielo.» El trabajo de Vegio, aun cuanto al estilo, es particularmente atractivo, por el caliente espíritu de profunda convicción de que está penetrado; la conciencia de la importancia sublime del asunto resplandece por todas partes en sus palabras (1).

Las máximas sanas y substanciosas de la Pedagogía cristiana, depositadas con semejante acuerdo en numerosos tratados, formaron un poderoso dique contra los peligros que traía la intrusión del Renacimiento en todos los órdenes de la vida. Estos peligros se mostraron principalmente, cuando las tendencias, en sí mismo justas, del Renacimiento, llegaron á penetrar en la educación superior de la mujer, rompiendo las vallas que habían rodeado la vida femenil durante la Edad Media. Este proceso no se llevó al cabo sin inconvenientes morales, de suerte que los representantes del Renacimiento cristiano tuvieron que hacer oír graves amonestaciones. «Educad á vuestros hijos para gloria de Dios y conforme

(1) Hemos tomado esta apreciación de la obra de Vegio, del libro de Kopp, M. Vegius' Erziehungslehre. Einleitung, Uebersetzung und Erläuterungen (Freiburg 1889) 20 s.; cf. también el hermoso escrito del mismo autor: M. Vegio, ein Humanist und Pädagoge des 15. Jahrhunderts (Luzern 1887) 12 s., como también Köhler, Pädagogik des M. Vegius. Schwäb. Gmünd 1856. Voigt II², 39 s. Rossi 40, 192. Gerini, Gli scrittori pedagogici ital. del sec. XV. Torino 1896, y M. Minola, Vita di M. Vegio. Lodi 1896.

á las prescripciones de una vida moral y religiosa, decía á las madres Vespasiano da Bisticci, al proponerles como dechado las descripciones de mujeres ilustres; no pongáis en sus manos ni las Cien Novelas, ni los libros de Boccaccio, ni los sonetos de Petrarca, los cuales, por muy honestos que sean, no son, sin embargo, acomodados para las almas puras, que no han de amar sino á Dios y á sus esposos. Hacedles leer libros de devoción, vidas de Santos y libros de Historia, para que aprendan á ordenar su vida y conducta, y se den á la gravedad en lugar de la liviandad» (1).

La falta de advertencia de los peligros que se contenían en el degenerado Renacimiento, tuvo por efecto que los conatos de emancipación dieran con frecuencia lugar á la sensualidad y á los sentimientos innobles; mas con todo eso hubo también muchos que lograron poner la nueva tendencia en armonía con las eternas leyes del Cristianismo. Ni en las casas de los burgueses, ni en las familias de los príncipes, faltaron en los siglos xv y xvi mujeres distinguidas, que supieron juntar por hermosa manera la más pura moralidad con una formación exquisita (2); de lo cual nos da prueba el libro universalmente celebrado del *Perfecto cortesano*, que compuso el ingenioso amigo de Rafael y conocido literato y diplomático *Baltasar Castiglioni*. En él propuso á su época un ideal, pintando al propio tiempo por atractivo modo el tono de la sociedad aristocrática, y por ventura el primer *salón*, merecedor de este nombre moderno. Acaso jamás se ha pintado más acertadamente el influjo educador de una mujer hermosa y distinguida, que en este libro clásico que inmortalizó la corte de Urbino (3).

La obra de Castiglione establece el principio, de que la formación de una mujer aristocrática debe alcanzar la misma altura que el desarrollo intelectual de su marido. La mujer ha de poseer, así inteligencia como buen juicio, para los diferentes ramos de la ciencia y del arte, aun cuando no se ejercite en ellos. A la educación literaria ha de responder la estético-práctica, cual se manifiesta en el gusto exquisito de su tocado, libre de toda vanidad y ligereza, en el tono ya grave ya alegre, aunque nunca ofensivo, de la conversación, y finalmente, en la gracia exterior. No obstante, las

(1) Reumont, *Kleine Schriften*, 25.

(2) Reumont, *Vittoria Colonna*, 100.

(3) Cf. el ingenioso artículo del Dr. K. Federn, «Ein Salon der Renaissance», en el n.º 11 003 de la *N. Fr. Presse* de 12 de Abril de 1895, edición de la mañana.

cualidades morales y las virtudes domésticas, no han de faltar junto á las descritas ventajas del ingenio. La mujer debe tener pericia en la administración de las cosas domésticas y de la hacienda, así como en la educación de los hijos; y á pesar de que emule con el varón, nunca debe sacrificar su decoro femenino, ni en las ocupaciones corporales, ni en los movimientos ó manera de hablar. La mujer no es por naturaleza inferior al varón, por cuanto sabe valerse mejor de sus fuerzas, seguramente menores, y emplearlas con más acierto. Por eso las mujeres han llevado á cabo cosas gloriosas en todos los terrenos, en el gobierno, en la guerra, en la ciencia y en la poesía (1).

Si por una parte las mujeres intervenían más en la vida pública, y en la época del Renacimiento italiano los eminentes caracteres femeninos fueron, en general, más frecuentes que hasta entonces; se advierte por otra un notable fenómeno; es, á saber: el de haberse distinguido también en las ciencias algunas mujeres mundanas como Cecilia Gonzaga, Isotta Nogarola de Verona, y Cassandra Fedele. Antonia de' Pulci y Lucrecia Tornabuoni de' Médici, madre de Lorenzo el Magnífico, conquistaron el lauro de la poesía; y es característico para conocer aquella época, haber compuesto ambas solamente himnos religiosos. A un período posterior pertenecen Verónica Gambara y Victoria Colonna, de las cuales la primera pagó tributo á las debilidades de la época, mientras la segunda — la más célebre poetisa de Italia —, fué persona en todos conceptos distinguida, á quien el historiador de la cultura del Renacimiento califica de santa (2).

Un medio eficaz para cultivar la formación religiosa de los individuos y la vida cristiana de familia, protegiéndolos contra los peligros de la época, se hallaba en el *Sacramento de la Penitencia*.

(1) Cf. Reumont, Vittoria Colonna 100-101. J. Burckhardt, Die Cultur der Renaissance I^o, 134 ss. H. Janitschek, Die Gesellschaft der Renaissance in Italien (Stuttgart 1879) 50 ss. S. Marcello, La cronologia del «Cortegiano» di B. Castiglione. Livorno 1895 (per nozze), es de opinión que los tres primeros libros del Cortegiano, se compusieron en Urbino en el tiempo que media desde Abril de 1508, hasta Mayo de 1509, y el cuarto, entre Septiembre de 1513, y Diciembre de 1515.

(2) Burckhardt, Cultur II^o, 126; cf. Rossi, Quattrocento 42. Arullani, La donna nella letteratura del cinquecento. Verona 1890. Giorn. d. lett. XVI, 468 s. Wotke en Monatsbl. d. wissensch. Clubs in Wien, 1896, n.º 3. V. también Maulde La Clavière, Les femmes de la Renaissance. Paris 1899.

Los libros de confesión de aquella época, de los cuales fué el más extendido el de San Antonino (1), prescriben casi todos, que se pregunten al pueblo sencillo las verdades de la fe, el Padrenuestro, los diez Mandamientos de Dios y los de la Iglesia. Respecto de los niños, quiere San Antonino que se les pregunte en particular, cómo se conducen con sus padres, y á la vez se recuerden á los padres y madres sus obligaciones, tanto respecto de los niños como de los sirvientes. Los niños han de ser educados en la severa disciplina y temor de Dios, y á los sirvientes se les debe dar tiempo para cumplir sus deberes religiosos, y en caso de enfermedad, se debe cuidarlos y socorrerles (2).

Los libros de confesión contenían, además, preguntas particulares para los diferentes estados y para las diversas clases de la sociedad. Así el libro de San Antonino contiene particulares preguntas para los jueces, abogados (entre otras, si defienden causas injustas y si amparan á los pobres), para los maestros, médicos (si visitan también á los pobres), comerciantes, posaderos, carniceros (si venden carne mala por buena ó defraudan en los pesos), panaderos, sastres (si se quedan con los trozos de paño sobrantes, ó si trabajan sin causa en domingo), para los herreros, tejedores, plateros, criados y jornaleros (3). Ningún estado era despreciable para la maternal solicitud de la Iglesia; y así vemos con cuánto celo vigilaba la vida del pueblo, con cuánta exactitud observaba los estados aun del pueblo bajo, procurando conocer sus flaquezas y corregirlas.

La fiel solicitud de la Iglesia en favor de todos, y asimismo, el sentimiento religioso de las masas del pueblo, se manifestaban espléndidamente en el gran desarrollo de las asociaciones y hermandades.

Verdad es que los gremios, por extremo numerosos, perseguían en primer lugar fines temporales; pero unían no obstante con ellos,

(1) Cf. Geffcken, *Der Bilderkatechismus des 15. Jahrhunderts I* (Leipzig 1855), 34 s. En el mismo libro hallaránse pormenores sobre otros manuales de aquel tiempo para uso de los confesores, cf. p. 108.

(2) *Confessionale D. Antonini archiepiscopi Florentini* 1508, f. 74^b sq. et 43.

(3) *Confessionale D. Antonini etc.* f. 69 sqq. En la diócesis de Acqui había el precepto, que fué confirmado por un decreto del sínodo celebrado en 22 de Agosto de 1499, en tiempo del obispo Luis Bruno, que cada confesor debía poseer y estudiar asiduamente la Suma de S. Antonino, ó el *Manipulus curatorum*. Esta circunstancia explica las numerosas ediciones de estos dos libros en los últimos treinta años del siglo xv; v. *Allg. deutsche Biogr.* XX, 591.

casi sin excepción, otros religiosos y caritativos. Más ó menos tenían siempre los gremios (que no faltaban en ninguna ciudad) un carácter religioso. Cada asociación poseía su propia iglesia ó capilla y su particular capellán (1). Los estatutos respiraban un espíritu profundamente religioso, y en muchos casos, el deseo de alimentar un cirio en el altar, ó celebrar particularmente la fiesta de un Santo, ó poseer una capilla propia para sus devociones comunes, era lo que había conducido á la fundación del gremio. Por medio de severas prescripciones se atendía á que los asociados cumplieran sus deberes religiosos; cada domingo y día festivo debían todos ellos oír la santa misa, y además, cada uno debía, por lo menos una vez al mes, asistir al santo sacrificio en la iglesia gremial; y había particulares recompensas establecidas para los que acudían á la iglesia con especial diligencia. Frecuentemente inculcaban también los estatutos la conducta devota en la casa de Dios, y prohibían salir de la iglesia antes de la terminación de los divinos oficios. Algunos estatutos determinaban expresamente, que los asociados debían confesar dos ó tres veces al año; y sólo se concedía la asistencia á los enfermos, cuando habían cumplido estos primeros deberes religiosos. Las maldiciones se prohibían en muchos estatutos con particulares castigos; se imponía eficazmente la celebración de los domingos y días festivos. Cada gremio tenía su santo patrón, que, según la historia ó la leyenda, pertenecía á su mismo oficio, ó había tenido con él otras relaciones. Así, en Roma veneraban los herradores y plateros á San Eligio, los marineros á San Nicolás, los curtidores á San Bartolomé, los labradores á San Isidro, los molineros á San Paulino de Nola, los toneleros á San Jacobo, los taberneros á San Blas, los posaderos á San Julián, los albañiles á San Gregorio el Magno, los picapedreros á los Cuatro Santos Coronados, los cambistas á San Marcos, los tenderos á San Sebastián, los comerciantes en lanas á San Ambrosio, los zapateros á San Crispín, los barberos y médicos á los Santos Cosme y Damián, los boticarios á San Lorenzo y los pintores á San Lucas (2).

La fiesta patronal se celebraba con misa solemne y procesión, en la cual todos debían tomar parte; y en Roma se ve á todos los

(1) Para lo que sigue, cf. Rodocanachi I, LXXV s., XCIX s., y además Gotlob, en el Hist. Jahrb. XVI, 130'ss.

(2) Rodocanachi I et II passim.

gremios unidos en la magnífica procesión que la víspera de la Asunción de la Virgen se dirigía desde Letrán á Santa María la Mayor. La llamada fiesta de la Virgen era, en la Ciudad eterna, la propia fiesta de las clases trabajadoras (1).

La profunda religiosidad, la piedad verdaderamente íntima que penetraba los ánimos, así en Roma como en las demás ciudades italianas, era lo que llenaba á los sencillos artesanos de sentimientos de fidelidad, de mutua benevolencia y severa justicia en todos conceptos, como lo echa de ver quien lee sus estatutos. Disposiciones particulares trataban del auxilio de los pobres enfermos y encarcelados. Cada gremio tenía sus propios médicos y su particular hospital. La visita y socorro de los enfermos y asociados presos, que no se hubieran hecho indignos de la simpatía de sus compañeros por algún crimen deshonesto, se encargaba como oficio á determinados maestros del gremio; y juntamente los directores de la asociación estaban obligados á cuidar particularmente de esto. En algunos gremios se habían establecido ciertas pensiones para los asociados menesterosos y sus viudas y huérfanos, y asimismo cantidades, á veces muy considerables, para dotar á las hijas. Aun más allá de la vida presente se extendía la solicitud por los agremiados, debiendo todos los miembros del gremio asistir á los entierros de sus compañeros; los pobres eran enterrados á costa de la comunidad, y por todos se decían misas de difuntos, y en ciertos días del año se hacía conmemoración en el santo sacrificio por todos los fallecidos (2).

Al par de los gremios, y dentro de los mismos, había además muchas veces otras particulares asociaciones, que tenían por objeto la perfección religiosa y moral de sus miembros, mediante el ejercicio de particulares obras del culto de Dios ó caridad del prójimo. También estas hermandades tenían sus especiales patronos y su particular iglesia ó capilla. Con las cuotas de los miembros de la hermandad se socorria á los necesitados, se proveía de dote á las doncellas, se cuidaba á los enfermos y se enterraba á los muertos (3).

(1) Adinolfi I, 237. Rodocanachi I, ci.

(2) Rodocanachi I, xcv ss. y Gottlob loc. cit.

(3) Cf. en general Moroni XVI, 117 ss. Las Confraternità italianas tienen muy merecida una minuciosa investigación, para la cual ofrecen ricos materiales los archivos de las mismas, que en gran parte se hallan bien conservados. Junto con eso, habría también que tener presente, cómo por medio de la doble organización de la sociedad según dos principios, el material-econó-

Algunas hermandades ricas emplearon también parte de su hacienda para edificar ó embellecer una iglesia propia, para pagar cuadros, relieves ó un monumento en otras iglesias de la ciudad, para comprar particulares banderas, ó para erigir ó decorar una propia casa para sus reuniones, que se llamaba *scuola* (1); y en los testamentos se encuentran con mucha frecuencia disposiciones á esto atañederas (2).

En Venecia, la confraternidad de San Juan evangelista hizo construir en 1453, una *scuola* con adornado vestibulo, para el cual Gentile Bellini pintó el milagro de las reliquias de la Cruz, en tres cuadros que se conservan actualmente en la Academia de Venecia. Para adorno de la casa de la hermandad de San Marcos, edificada en 1483, pintó el mismo artista la predicación de San Marcos, que se halla ahora en la Brera (3). Para la asociación de Santa Úrsula creó Carpaccio su obra principal: la historia de esta Santa en nueve cuadros (1490-1495). El mismo pintor decoró también el edificio de la hermandad de San Jorge degli Schiavoni, y de San Esteban, con trabajos de su pincel (4). La *scuola* de San Rocco erigió, en 1489, una iglesia propia dedicada á San Roque; en 1517 comenzó Bartolomé Bon la construcción de una magnífica casa de hermandad, que se convirtió más tarde en una de las más espléndidas creaciones de la arquitectura veneciana, y fué decorada por Tintoretto con 56 colosales pinturas bíblicas (5). En Padua sobresalieron la *scuola* del Santo, donde desde 1511 había 17 frescos de Ticiano y sus discípulos, sobre la leyenda de San Antonio, y la *scuola* del Cármine.

En Sena las hermandades de San Bernardino y Santa Catalina, mico-é industrial en los gremios, y el ideal religioso-caritativo en las cofradías, se aspiraba á una saludable unión y solución de las oposiciones económicas y profesionales.

(1) Cf. Burckhardt, *Geschichte der Renaissance in Italien* 182-183, donde se citan varios ejemplos de semejante actividad; cf. también Burckhardt, *Beiträge* 158 s., 205.

(2) Cf. el *testamento de 17 de Noviembre de 1489, citado más abajo, p. 84. Además, el testamento de Antonio Tinto de 2 de Febrero de 1474 (*Atti Leonardi de Biasio* b. 545 n. 4). *Archivio pubblico de Venecia*.

(3) Burckhardt, *Geschichte der Renaissance in Italien* 184. Woltmann, II, 287; cf. *Repertorium* XVII, 187, 188.

(4) Woltmann II, 298-299. Molmenti, Carpaccio. Venecia 1893. *Arch. stor. dell' Arte* III (1897), 405 s.

(5) Burckhardt, *Gesch. d. Renaiss.* 184; cf. Nohl, *Ital. Skizzenbuch*. 2 edición (Stuttgart 1855) 77 s.

erigieron cada una dos oratorios superpuestos, ricamente adornados y con claustros adjuntos (1). La iglesia de la Misericordia de Arezzo se adornó con los recursos sobrantes, construyendo una magnífica fachada (2); la hermandad de la Annunziata hizo que Piero degli Franceschi pintara en 1466 un sagrado estandarte que ya no se conserva (3).

En Florencia varias confraternidades poseían edificios propios. En particular eminente es el de la hermandad de legos dello Scalzo, así llamada porque, en las procesiones, un hermano descalzo solía llevar el crucifijo. El claustro de aquel edificio está adornado con frescos de la vida de San Juan Bautista, de mano de Andrés del Sarto (de los años 1511-1526) (4).

La *scuola* de San Nicolás de Foligno, y de la Annunziata de Perugia, se mandaron hacer imágenes y magníficas banderas para llevar en las procesiones (5); asimismo la hermandad de San Bernardino de Perugia empleó sus riquezas en un estandarte que pintó en 1475 Benedetto Buonfigli (6), y en adornar la fachada de la iglesia (7). También la hermandad de disciplinantes de San Gregorio, de Asís, hizo en 1468, que Nicolás da Foligno le labrase una bandera que se halla actualmente en la colección de pinturas de Karlsruhe (8); para la confraternidad de S. Angeli de Cagli, pintó Timoteo Viti, en 1518, el *Noli me tangere* (9). Entre las *scuolas* de Roma se distinguió el hermoso oratorio con patio de columnas de San Juan Decollato (10).

De esta suerte, aquellas numerosas corporaciones, á la par del cumplimiento de sus caritativos fines, sirvieron de no poco fomento para las artes.

Cada ciudad y casi cada aldea de Italia, puede ostentar semejantes hermandades, las cuales dotaron los papas copiosamente de espirituales gracias. Una de las más antiguas es la hermandad de legos de San Leonardo de Viterbo, que ya en 1144 fundó en dicha

(1) Burckhardt, loc. cit. 186.

(2) Burckhardt, loc. cit. 183.

(3) Woltmann II, 216. Giorn. degli Arch. Tosch. VI, 11.

(4) Woltmann II, 614.

(5) Cf. Woltmann II, 211.

(6) Woltmann II, 214.

(7) Burckhardt, loc. cit. 183.

(8) Woltmann II, 212.

(9) Woltmann II, 323.

(10) Burckhardt, loc. cit. 185.

ciudad el Ospedale Franco (1). Tres generaciones después fundó un mozo de cuerda florentino (facchino) la célebre hermandad, consagrada á María como Madre de Misericordia, que comúnmente se llama sólo la Misericordia, cuyos miembros debían buscar por las calles á los enfermos y heridos para llevarlos al hospital, y enterrar á los muertos. En 1325, los miembros de la Misericordia alcanzaron grandes merecimientos con ocasión de la peste, y desde entonces fueron también admitidas en la hermandad personas de diferentes estados. Por efecto de la unión verificada en 1425, de la Misericordia con la Compagnia di Santa Maria di Bigallo, que no estaba obligada á obras de caridad, decayó la primera; pero en 1475 volvió á revivir, y en 1494 adquirió extraordinarios méritos durante la peste (2).

La conmovedora palabra de los predicadores de penitencia, ó el azote de la peste, fueron muchas veces ocasión de que en el siglo xv se continuaran añadiendo todavía á las existentes nuevas asociaciones de este género. Así se formó en Venecia, en 1415 (3), la hermandad de San Roque, la cual desplegó una actividad por extremo beneficiosa en las repetidas invasiones de la epidemia. Los más ricos ciudadanos, algunos nobles, y aun varios Dogos, pertenecieron á ella; por efecto de lo cual, la hermandad pudo disponer de tan grandes recursos, que fuera del obligatorio cuidado de los enfermos y pobres, se halló en situación de favorecer también á las artes, como ya hemos dicho. Muchos eran al mismo tiempo miembros de varias hermandades (4).

(1) Los estatutos de esta cofradía han sido publicados recientemente por Pinzi (*Gli ospizi medioevali e l'ospedale grande di Viterbo* V [1893]. Este hallazgo destruye la opinión de Muratori (*Antiquit. Italiae* Diss. 75) sobre la época en que tuvieron origen las cofradías.

(2) Cf. P. Landini, *Istoria della arciconfrat. di S. Maria della Misericordia*. Firenze 1843 e Livorno 1871 (edición antigua de 1779). C. Bianchi, *la compagnia della Misericordia*. Firenze 1855. *Hist.-pol.* Bl. VIII, 395 s. *Dublin Review* 114 (1894), 333 ss.

(3) Sobre la organización corporativa é importancia de las Scuole de Venecia, cf. Sansovino, *Venecia* 99 s.

(4) * Testamento de 17 de Noviembre de 1489: *Lena relicta Barth. de Monte: Item dimitto tribus scolis de quibus ego sum videlicet S. Petri Martiris de Muriano, S. Francisci a Vineia et S. Mariae Claudorum et Cecorum* soldos 40 parvor. pro quolibet eorum (*Atti Ant. Graselli* b. 508 n. 95). 18 de Noviembre de 1489: *Barthol. q. Dominici de Pergamo velutarius: Item dimitto duc. 2 auri scholae S. Mariae servorum de qua ego sum... Item scholae magnae S. Rochi de qua ego sum...* (l. c. n. 25). *Archivo público de Venecia*.

Cuando en el año de 1448 se encruceció la peste en Roma, el penitenciario alemán que había entonces en San Pedro fundó para sus compatriotas la hermandad de la Madre Dolorosa, que existe todavía (1). Asimismo se ha conservado hasta nuestros días la famosa asociación de ciudadanos, establecida en 1441 por San Antonino, de los Buonuomini di S. Martino, la cual tiene por objeto hallar y socorrer á los pobres vergonzantes. Ya al poco tiempo atendía aquella hermandad á 600 familias; y no contento con esto, visitaba San Antonino personalmente los más apartados barrios de la ciudad en busca de menesterosos, llevando á todas partes por sí mismo el socorro y el consuelo. Lo propio se refiere de San Lorenzo Giustiniani, patriarca de Venecia (2). También el bienaventurado Bernardino de Feltre fundó en Vicenza, especialmente para auxilio de nobles empobrecidos, y en general de pobres vergonzantes, dos establecimientos que han sido, durante siglos enteros, manantial de bendiciones (3).

En Roma fundó, en 1460, el sabio cardenal Torquemada, la hermandad de la Anunciación de la Virgen, con una capilla propia en Santa María sopra Minerva. El fin de esta asociación era procurar dote á las doncellas pobres (4). También en otras ciudades italianas nacieron en el siglo xv varias asociaciones para esta misma hermosa obra de caridad, en la que se juntaba la delicada nobleza de sentimientos, con la prudencia cristiana. Así se formó en Parma, en 1493, una hermandad para posibilitar el matrimonio á doncellas pobres y virtuosas y jóvenes varones (5).

Particularmente abundaban las hermandades en Florencia y Roma. En la ciudad del Arno el número de asociaciones seglares ó compañías, establecidas para ejercicios espirituales, ascendía, á principios del siglo xvi, á 73. Había hermandades, no sólo para los adultos, sino también para los niños; tan íntimamente estaba enlazada la vida doméstica con la religiosa. Estas congregaciones de niños se reunían todos los domingos y días festivos para asistir

(1) Cf. nuestras indicaciones, en el tom. I.

(2) Ratzinger, *Armenpflege* 376. Cf. también Skaife 186 y especialmente N. Martelli, *I buonuomini di S. Martino* (impreso aparte de la *Rassegna naz.*), Firenze 1884. V. también *Correspondant*, 1889, Juillet 396, y Guasti en la *Rosa d'ogni mese*, *Calendario fiorentino* 1864.

(3) *Acta Sanct.* Sept. VII, 869.

(4) Cf. nuestras indicaciones I^a, 297.

(5) Kobler, *Kath. Leben* II, 839.

á vísperas. Entre las asociaciones fundadas para hombres, había algunas que no excluían las recreaciones honestas; otras se consagraban exclusivamente á fines caritativos y otras, á su vez, á rigurosos ejercicios de penitencia. Una hermandad especial tenía cuidado de preparar religiosamente y enterrar á los criminales condenados á muerte (1).

De la difusión y abundancia de estas hermandades, da exacta idea la noticia del desenvolvimiento de las mismas en Roma, capital del mundo cristiano. La más eminente de aquellas asociaciones, que más tarde se elevaron á archiconfradías, era la Archiconfraternità del Gonfalone, que todavía existe actualmente. En su origen esta asociación, fundada en 1264 por doce personas nobles que se juntaban primero en Santa María la Mayor y luego en Santa Lucia della Chiavica, se llamó Compagnia de' Raccomandati di Madonna Santa Maria. Inocencio VIII le dió, por la bandera que llevaban en la procesión, el nombre del Gonfalone, y unió con ella otras cinco hermandades. También Alejandro VI favoreció la cofradía del Gonfalone, que, además de los ejercicios de devoción, perseguía fines caritativos (2); lo cual hacían asimismo las más de las otras hermandades.

Hasta los tiempos de Inocencio III se remonta la hermandad del Espíritu Santo, la cual recibió nuevo impulso por haber entrado en ella los papas Eugenio IV y Sixto IV. Muchos cardenales y casi todas las personas de la Corte pontificia, pertenecieron, en el reinado de los mencionados papas, á esta asociación, y ya en el siglo xv era costumbre, que también los príncipes extranjeros que visitaban la Ciudad eterna, se inscribieran en el libro de la hermandad del Espíritu Santo; el cual, por este camino, vino á convertirse en una coleccion de autógrafos, única en su clase (3).

No menos famosa fué la cofradía de S. Salvatore, la primera elevada á archiconfraternità; la cual consagraba particular culto á la antiquísima imagen del Salvador de la capilla Sancta Sanctorum, que en la fiesta de la Asunción de la Virgen Santísima es

(1) Varchi, *Storia Fiorentina* I (Milano 1845), 393-394. Reumont, *Lorenzo IP*, 317 s. Skaife 186. D'Ancona I^o, 405 s.

(2) Cf. la interesante monografía de Ruggeri, *L'archiconfraternità del Gonfalone* (Roma 1866), donde, 49 s., trae el autor las ordenaciones de Inocencio VIII, copiadas del archivo de la cofradía.

(3) Cf. lo que dijimos en el tomo I y II, tomado del *Archivo de S. Spirito*.

llevada en procesión solemne por el Foro hacia Santa María la Mayor, desde donde le salen al encuentro con la milagrosa imagen de la Virgen que allí se venera (1). Del siglo XIII procede la cofradía de los Siete Dolores de la Virgen en San Marcello; del XIV las hermandades de Santa María del Popolo, de San Bernardo y Santa Ana de' Parafernieri.

Por extremo copiosas son, en el siglo XV, las nuevas asociaciones de la forma descrita. En tiempo de Eugenio IV nació la cofradía de San Bernardo alla Colonna Trajana; y en el de Pío II la hermandad de sacerdotes de Santa Lucía de' Ginnasi, renovada por Julio II; además pertenece al pontificado del Papa sienés la ya mencionada fundación del cardenal Torquemada. En tiempo de Paulo II se formaron las hermandades de la Inmaculada Concepción en San Lorenzo in Dámaso, y la de San Ambrosio (2). En 1488, en el pontificado de Inocencio VIII, fundaron algunos devotos florentinos, en San Juan Decollato, la Confraternità della Misericordia, con el plausible fin de atender al consuelo espiritual y á la sepultura de los condenados á muerte. Esta hermandad, confirmada por el Papa en 1490, y dotada de varios privilegios, tenía un propio capellán; y luego que un criminal era condenado á muerte, acudían dos de sus miembros para prepararle á la confesión general y á la sagrada comunión. Toda la hermandad, llevando delante una cruz cubierta de negro, acompañaba al condenado, cantando salmos, al lugar de la ejecución, para enterrar luego el cadáver en su cementerio. El vestido de los asociados era negro, y en la capucha llevaban, en memoria de su santo patrono, una imagen de la cabeza de San Juan Bautista (3).

En el año de 1490 confirmó Alejandro VI la confraternità de S. Rocco y la de S. Martino al Porto di Ripetta. Esta asociación, que á poco se edificó una iglesia y un hospital, atendía principalmente á los pobres barqueros y bodegoneros de aquella parte de la ciudad; León X les concedió particulares indulgencias.

(1) Cf. Piazza 361 s. B. Millino, Dell' oratorio in S. Lorenzo del Laterano detto Sancta Sanctorum. Roma 1666. G. Marangoni, Istoria dell' antichissimo oratorio... appellato Sancta Sanctorum. Roma 1747.

(2) Piazza 556 s., 347 s., 523 s., 514 s., 510 s., 484 s., 429 s., 423 s. y Moroni II, 295 ss.

(3) Bull. V, 343 ss. Piazza 502 ss. Toniolo en la revista «Charitas» 1898, n. 9, menciona una asociación para socorro de los presos, fundada en Milán, en 1466.

Asimismo se remonta á la época de Alejandro VI el origen de la archicofradía, que floreció muy pronto con gran esplendor, del Santo Sacramento y de las Cinco Llagas de Jesucristo. Sus miembros acompañaban en solemne procesión al Santísimo cuando era llevado á los enfermos y moribundos. Tenían una capilla propia en San Lorenzo in Dámaso, la cual adornaron luego magníficamente. Fué particular favorecedor de esta asociación el Papa Julio II. En tiempo de León X se formó asimismo otra cofradía del Santísimo Sacramento en la iglesia de San Jácome Scossacavalli, en el Borgo. A la época del Papa Médici pertenecen asimismo dos nuevas hermandades: la Archiconfraternità della Carità, en San Jerónimo, y la hermandad de la Cruz en San Marcelo. La primera, fundada por el cardenal Julio de' Médici, se dedicaba principalmente al socorro de los pobres y enfermos, y León X le encomendó también la solicitud por las muchachas extraviadas que se convertían (1).

Los beneficiosos efectos que producían estas hermandades, y el influjo que ejercieron, principalmente en conservar la religión y las buenas costumbres de los burgueses y artesanos, apenas pueden ponderarse bastantemente. De cuánta importancia pudieran llegar á ser las asociaciones de este género, no sólo para la vida religiosa de la ciudad de Roma, sino para otros círculos mucho más extensos, lo muestra la historia del Oratorio del Divino Amor, cuyos principios incurren en la época de León X (2).

Pero la enumeración que acabamos de hacer, está todavía muy lejos de haber agotado el número de estas pías asociaciones en la Ciudad eterna. Añádense, además, las hermandades nacionales y las de los artesanos. De estas (Confraternità delle Arti) había entonces la de panaderos, cocineros, barberos, boticarios, guarnicioneros, plateros y aurífices, pintores, picapedreros, labradores, hortelanos, vendedores de frutas, quesos y embutidos (pizzicarioli) (3). Junto á las más de las iglesias y capillas de las hermandades mencionadas se hallaba un particular hospital. Para el adorno de las capillas de las cofradías no se ahorrraba gasto alguno; casi todas sus iglesias se señalaban por su belleza y rico ornato, en el

(1) Moroni II, 300 s. Piazza 429 s., 391 s., 462 s., 549 s., 546 s.

(2) Este punto será tratado con más extensión en el tomo IV de la presente obra al exponer la restauración de la iglesia.

(3) Piazza 605 s.

cual se hacían las más de las veces alusiones muy ingeniosas, al oficio á que pertenecían sus miembros. Así los festones de Santa María del Orto en Roma, aludían á los vendedores de frutas; el plan para aquella iglesia había sido trazado por Julio Romano. La iglesia de los panaderos, Santa María de Loreto, junto al Foro de Trajano, se construyó en tiempo de Julio II, según un plano de Antonio da Sangallo.

Otra no menos variada serie ofrecen á nuestros ojos las cofradías nacionales, fundadas en parte especialmente para los industriales. Así había en Roma particulares hermandades para los zapateros y panaderos alemanes. Una cofradía alemana general tenía asiento junto al hospicio nacional de los alemanes, Santa María dell' Anima; y por semejante manera, tenían también los franceses, portugueses, eslavones, españoles, sieneses, lombardos y florentinos, sus hermandades, las cuales estaban en íntima relación con el hospicio de la nación correspondiente (1).

Fueron de grande importancia las cofradías, para el desarrollo de la *poesía popular religiosa* y de los espectáculos sagrados, y uno y otro alcanzaran en el siglo xv gran florecimiento.

En los cantares religiosos populares continuaban resonando los entusiastas y celestes acentos que habían iniciado San Francisco y Fra Jacopone da Todí. La devota poesía lírica no sólo halló en las hermandades el más fervoroso cultivo, sino que propiamente nació de ellas. Principalmente en Toscana era costumbre desde antiguos tiempos, que los miembros de las hermandades, después de terminar el trabajo cotidiano, se reunieran á la hora del Ave María en sus capillas, ó bien delante de las imágenes de la Virgen puestas en los ángulos de las calles, para reñar y cantar especiales himnos de alabanza ó *laudes*. En Florencia, ya á fines del siglo xiii, se había formado una compañía de estos cantores de laudes (*laudesi*); y con el tiempo la imitaron otras muchas hermandades; las compañías de Or San Michele, Santa María Novella, S. Croce, del Carmine y Ognissanti. En los estatutos se prescribía expresamente el canto de laudes. El pueblo cantaba según que le salía del corazón, y no hallaba extrañeza ni escándalo, en que se aplicaran los motivos de los cantares profanos

(1) Cf. nuestras indicaciones en el tomo I Zeitschr. d. hist.-Ver. f. Bamberg XXXVII (1875), 73 s. Piazza 296 s., 298 s., y de Waal, *Der Campo Santo der Deutschen zu Rom*. Freiburg i. Br. 1896.

á los sagrados textos. Los poetas de aquellas laudes pertenecían frecuentemente á las más altas é instruidas clases de la sociedad, y así hallamos entre ellos al cardenal Dominici, el sabio Lorenzo Giustiniani (m. 1456), Antonio Bolognini, obispo de Foligno (m. 1461), á Castellano Castellani (profesor de Pisa entre 1489 y 1518), Lucrecia Tornabuoni, madre de Lorenzo de' Médici, y por fin este mismo (1).

Muchos de estos extraordinariamente numerosos cánticos, que se cantaban, no sólo en las devociones domésticas y públicas, sino también en las procesiones y peregrinaciones, contienen un rico tesoro de verdadera poesía y genuina religiosidad. A pesar de la cansada monotonía de sus motivos, agradan por la maravillosa plenitud y variedad de la expresión, así como por la delicada sencillez de los sentimientos. Esto se puede decir principalmente de las laudes del más egregio de todos aquellos religiosos poetas, el ya mencionado (2) Feo Belcari, el cual no se cansó de encomiar el inagotable tema del amor divino. Ya en 1455 se publicó una colección de sus poesías para la Compagnia de' Battutti di San Zanobi, de Florencia. Cuando el poeta cristiano Belcari murió en 1484, cantó su discípulo Jerónimo Benivieni:

Perdió su luz el mundo tenebroso,
la luz que me guiaba en este suelo,
cual estrella polar en mar undoso;
su lengua celestial es mudo hiel,
su plectro, mudo acá, dulce armonía
derrama por los ámbitos del cielo (3).

La poesía de laudes, aun cuando fué en su origen puramente lírica, adquirió pronto, con inmediata relación al culto por extremo dramático de la Iglesia (4), un carácter dramático más

(1) Además de Gaspari II, 194 s. 663, cf. también Reumont, Lorenzo I^o, 429 s., II^o, 22 s. Stern I, 145 s. Vischer, Signorelli 134 s. Creizenach I, 305 s. Rossi 195 s., 246 s., 424. D'Ancona I^o, 112 s. y Mancini, Cortona nel medio evo (Firenze 1897) 106 ss. La colección más completa de las Laudes la ha editado Galletti: *Laudes spirituali di Feo Belcari, Lorenzo de' Medici, di Francesco d'Albizzi etc.* Firenze 1863.

(2) V. arriba p. 59 s.

(3) Reumont, loc. cit. I^o, 431-433. Versión del P. J. M. Solá S. J.

(4) Este punto por lo general se ha hecho resaltar muy poco, y creo que es de grandísima importancia. Cf. las excelentes observaciones de Guido Görres

marcado de día en día. Los cantares religiosos dialogados se convirtieron en verdaderos dramas que se representaban y á que se daba el nombre de *devosione*; y no es pura casualidad que los espectáculos religiosos de los italianos nacieran en Umbría, en el sud de Toscana y al norte de los Estados de la Iglesia. Allí, en el callado valle de Rieti, abierto entre rocas, San Francisco había construido, para los pastores circunvecinos, el primer Nacimiento, y allí sobrevivía, en aquellas poblaciones hondamente religiosas, el espíritu de infantil devoción propio de aquel Santo; y tampoco es casual que precisamente las cofradías fueran las primeras que cultivaran fervorosamente los espectáculos religiosos, pues sus mismas procesiones con los cirios encendidos y estandartes agitados por el aire, constituían ya de suyo un religioso espectáculo. Muy pronto alcanzó el nuevo género grande extensión, como lo muestra una lamentación dramatizada de la Virgen, en el dialecto de los Abruzzos (1). En ella, como en las devociones del Jueves y Viernes Santo (2), compuestas verosíblemente en Umbría, se puede ya reconocer un notable progreso. Ambas piezas pertenecen seguramente al siglo xiv, y por ventura á la primera mitad del mismo, y se hallan en relación íntima con el culto divino. Representábanse en la iglesia y debían ilustrar para el pueblo las palabras que pronunciaba el sacerdote en el altar y desde el púlpito.

La *devosione* del Jueves Santo está llena de pasajes de conmovedora belleza. Enternece el modo cómo María conjura á su Hijo para que no regrese á Jerusalén, donde le amenaza la muerte. El Salvador ha comunicado su designio solamente á María Magdalena, para evitar la aflicción de su Madre: pero ésta lee en las facciones de Cristo lo que va á suceder. Le pregunta por qué está tan turbado; á ella las venas le estallan de dolor, y queda sin aliento de pura angustia:

¡Oh! dime, Hijo mío, dime,
¿por qué se turba tu faz?

sobre el carácter dramático del culto católico en su artículo sobre el teatro en la Edad Media, publicado en la Hist.-pol. Bl. VI, 10-11.

(1) D'Ancona F, 116 s., 163 s.

(2) Publicadas primeramente por Palermo, I manoscritti palatini di Firenze II, 279 ss., después por D'Ancona en la Riv. di Filol. Romanza II, 1 s. Cf. Ebert en el Jahrb. für roman. Literatur V, 51 ss. Klein IV, 156 s. y D'Ancona I², 184 ss.

¿por qué encubres á una madre,
y á tal madre ese tu afán?
Mi corazón se quebranta,
de quebranto va á estallar,
y al golpe de ese dolor
sin duda sucumbirá.
¡Dime, pues, oh dueño mío;
no calle tu lengua más!
por el amor que nos junta,
¿por qué se turba tu faz? (1)

Entonces le comunica Cristo, que va á la muerte para la redención del mundo. María cae en tierra desmayada; al volver en sí, exclama: No me llames ya en adelante María, después que te he perdido, Hijo mío. La Virgen quiere acompañar al Salvador: éste se lo permite, y á las puertas de Jerusalén bendice la madre á su hijo y cae sin fuerzas desvanecida. Cuando vuelve en sí, Cristo ha desaparecido, y ella exclama llena de dolor:

¡Oh, hijo mío, hijo mío,
fuente de increado amor!
¿Dónde estás, pues no te veo,
hijo de mi corazón?
¿Por qué puerta iré á buscarte,
oh de gracia claro sol?
¿Por qué, paraíso mío,
no compartes tu aflicción
conmigo, pues soy tu madre,
tu madre sabes que soy?
Decidme, hijas de Salem,
lo pido en nombre de Dios,
¿Dónde está Jesús mi Hijo?
¿Dónde está mi dulce Amor? (2)

A esto sigue la escena del Olivete y del prendimiento de Cristo.

La *devozione* del Viernes Santo comienza cuando el predicador ha llegado al lugar en que Pilatos manda azotar á Cristo, y es una completa representación de la pasión del Señor. Extraordinariamente llenas de poesía están las lamentaciones de la Virgen, que se intercalan. Después de la oración de Cristo por sus enemigos dice ella á la cruz, siguiendo la liturgia del día: «Incli-

(1) Versión del P. Solá S. J.

(2) Versión del P. Solá S. J.

na tus ramas, para que mi Criador halle descanso.» De una manera por extremo dramática se describe el entierro del Salvador. La Virgen da su consentimiento para él, pero sólo pide tener todavía otra vez en sus brazos á su Amado. A la cabeza de Cristo está San Juan, la Magdalena á sus pies, y en medio la Santísima Virgen, la cual besa los miembros de Cristo por su orden: los ojos, las mejillas, la boca, el costado, los pies, mientras dirige conmovedoras palabras á sí misma y á los que la rodean. Al final se vuelve todavía de nuevo la Virgen al pueblo, á quien muestra los clavos, mientras Magdalena exhorta á todos á perdonar á sus enemigos, como lo ha hecho Cristo.

Desde mediados del siglo xv aparece el drama religioso, llamado entonces *rappresentazione sacra*, primero en Florencia en formas diversas y más desarrolladas, pero siempre vinculado en las hermandades; y ya entonces eran verdaderas representaciones de misterios, del todo comparables con los dramas religiosos que se hallan en otros países en aquella época (1). Las representaciones no se hacían ya en las iglesias, sino al aire libre; la acción era más complicada, la disposición de la escena más rica, y en lugar de simples cantores de laudes, hallamos verdaderos poetas, como Lorenzo de' Médici y Belcari. De este último se han conservado numerosas comedias de misterios; entre otras: Abraham é Isaac (representada en 1449), la Anunciación de Nuestra Señora, San Juan Bautista en el desierto, el Juicio Final, etc. De muchas piezas nos son desconocidos los autores; el argumento está tomado unas veces de la Sagrada Escritura, y otras de las leyendas de los Santos, y la representación se hace lo más realista posible, encañinando todas las cosas á la emoción religiosa del espectador. Las representaciones sagradas agradaron particularmente en toda Italia, durante el siglo xv, no sólo al pueblo sino también á los príncipes; pero en ninguna parte alcanzaron mayor desarrollo que en Florencia, que era entonces el puesto avanzado de la vida artística de Italia; y no es casual que los autores de misterios cuyos nombres se conocen, sean todos florentinos: Bel-

(1) Cf. D'Ancona P, 217 ss. y además Stiefel en la Zeitschr. für romanische Philologie de Gröber, XVII (1893, 573 ss., 582 ss.) Colomb de Batines publicó una excelente Bibliografía delle antiche Rappr. italiane ne' secoli XIV, XV e XVI (Firenze 1852). En Florencia se publicó en 1872 una obra de 3 tomos, intitulada *Sacre rappresen. de' secoli XIV, XV e XVI* con notables introducciones de D'Ancona. Cf. Rossi, Quattrocento 200 s., 424 s.

cari, Lorenzo de Médici, Bernardo y Antonio Pulci, Pierozzo Castellano y Juliano Dati. Artistas eminentes como Brunellesco, condujeron la disposición de la escena á un alto grado de perfección; y así, se habla de artificios de tramoya, cuya descripción nos maravilla; había máquinas para volar, en las que los Santos transfigurados subían al cielo; artificios por medio de los cuales los enviados de Dios se cernían sobre la tierra, y no faltaban sorprendentes efectos de luz. Los primeros artistas de la época del Renacimiento, anduvieron á porfía en la representación de los coros de ángeles que rodean el trono de la Divinidad (1).

Los dramas sagrados, nacidos del culto divino, y de la espontánea vida popular, conservaron substancialmente todo el siglo xv, á pesar de mezclarse en ellos elementos mundanos, un carácter enteramente religioso.

Los elementos cómicos y mundanos, se reducían siempre á un accidente destinado á dar variedad, y muchas veces á ofrecer un oportuno contraste; pero en todas las piezas se descubre, como fin principal, la elevación moral y religiosa. Se explican en ellas las doctrinas de la fe, hasta el misterio de la Santísima Trinidad; se declaran los diez Mandamientos; recomiéndanse las virtudes domésticas y se rebaten las opiniones de los judíos y gentiles. Conforme á esto se hacían las representaciones casi exclusivamente en las grandes fiestas eclesiásticas; en los días de júbilo, para levantar y purificar las alegrías del pueblo; y en los días de tristeza y lamentación, para llevar los ánimos á las cosas celestiales, señalando al cielo por medio de las santas imágenes de la Pasión y glorificación de Cristo y de su Iglesia.

Si queremos conocer en su fondo más íntimo la formación del pueblo italiano en aquella época, conviene interrogar estas comedias sagradas. Los sentimientos creyentes y devotos se manifiestan allí con una energía, con una solemne sencillez y majestad, que produce la más profunda impresión aun en los ánimos de los incrédulos (2).

(1) Acerca de lo dicho en el texto, cf. la grande obra de D'Ancona I^o, 245 ss., 277 s., 367 s., 401 s., 435 ss., 474 s., 505 ss., y Flehsig, *Dekoration der modernen Bühne* 5, quien dice: «Casi podríamos afirmar, que nuestro tiempo con sus grandiosos progresos técnicos, no sería capaz de hacer lo que hizo el Renacimiento en este terreno.»

(2) Sobre la representación del bautismo en las piezas S. Quirico e Julitta y S. Barbara, dice D'Ancona I^o, 658: Una scena simile a questa crediamo che

El florecimiento de la lírica y dramática sagradas en el siglo xv es otro nuevo é irrefutable argumento de haberse conservado los sentimientos cristianos en la época del Renacimiento; y este florecimiento se extiende hasta los primeros decenios del siglo xvi. Así, todavía en el año 1517, se formó en Pistoia, bajo la influencia de los Dominicos, una asociación de jovencitos con el nombre de *Compagnia della Purità*, para el ejercicio de obras de misericordia y devoción, la cual celebró procesiones simbólicas, y juntamente ofreció representaciones sagradas. Una comedia de la Virgen ejecutada por aquella sociedad, puso toda la ciudad en conmoción, haciendo derramar lágrimas hasta á los más duros (1).

Todavía era más conmovedora la representación de la Pasión en Roma, la cual, en su perfecta forma literaria, pertenece á fines del siglo xv, pero indudablemente es de más antiguo origen (2). También en Roma nació el drama sagrado de una hermandad, la ya mencionada *Archiconfraternità del Gonfalone* (3), la cual poseía una capilla en el Coliseo, que fué restaurada en el año 1517. El pueblo cristiano había rodeado con una corona de capillas aquella ruina, la más gigantesca de todas las de Roma, y en medio del anfiteatro había erigido la Cruz, para atestiguar el triunfo del Cristianismo sobre la gentilidad, en aquellos lugares santificados por la sangre de los mártires. Como todo el tiempo que Roma perteneció á los papas, se veía todos los viernes y domingos, al caer de la tarde, dirigirse hacia el Coliseo una procesión; así también desde antigua fecha se encaminaban allá los hermanos de la cofradía del *Gonfalone*, para rezar y disciplinarse en torno de la cruz erigida en la arena. Inocencio VIII concedió á la Cofradía en 1490, permiso para representar dramas

anche al di d'oggi nella sua nuda maestà, nella sua semplicità solenne, scuoterebbe profondamente il publico scettico de' nostri teatri.

(1) Cf. P. Vigo, *Una compagnia di Giovinetti Pistoiesi a principio del secolo XVI*, Bologna 1887, y *Arch. st. Ital.* 4 serie XX, 240 s.

(2) Cf. Gregorovio, *Kleine Schriften III* (Leipzig 1892). 177 ss. Amati, *La passione di Cristo in rima volgare secondo che recita e rappresenta di parola a parola la compagnia del Gonfalone di Roma etc.* Roma 1866 (edición de sólo 200 ejemplares). Adinolfi, Roma I, 380 ss. Klein IV, 155. Reumont II, 999 ss. 1212. Creizenach I, 335 s. De Bartholomaeis en *Studi di fil. roman.* VI, 183 s., y D'Ancona I, 115 s., 171 s., 353 ss. Estas obras no hacen mención de la pintura al fresco de la portada occidental del anfiteatro, en que se ve un episodio de la representación de la Pasión, y de que habla Molitor 61.

(3) V. arriba p. 102.

ságrados en el anfiteatro (1), dándole con esto un teatro de histórica sublimidad sin igual en el mundo.

Las representaciones se hacían sobre un tablado construido sobre el techo plano de una capilla, Santa Maria della Pietà, pegada á una de las arcadas del sud del anfiteatro. Artistas como Antoniasso Romano, que pertenecía á la hermandad, habían pintado la escena; y también los autores del drama, los romanos Mariano Particappa y Bernardo di Mastro Antonio, y el florentino Antonio Dati (Penitenciario desde la época de Alejandro VI), eran miembros de la Confraternità. Los representantes, que pertenecían á las mejores familias de la Ciudad, se presentaban con trajes antiguos, con togas romanas, cotas y yelmos; el espectáculo consistía en una representación lírico-dramática de la historia de la Pasión, en versos rimados; cuyo lenguaje es popular, y también aquí son conmovedoras las lamentaciones de la Virgen. Este drama sólo se representaba el Viernes Santo al venir la noche, con luz de antorchas y lámparas. Así lo vió en el año 1497 el conocido caballero de Colonia y viajero Arnold von Harff, y alaba la dignidad y bondad de la representación hecha por jóvenes de familias acomodadas (2).

En muchas partes de Italia se hallaban extendidas las cofradías del Rosario, la Tercera Orden y las asociaciones para enterrar á los muertos. Por la difusión de las hermandades del Rosario, las cuales se hacían proceder de Santo Domingo, trabajaban, no sólo los Dominicos, sino también Nuncios pontificios, como, por ejemplo, el obispo Alejandro de Forlì. Los cofrades se obligaban á rezar el rosario en determinados días, pidiendo al Señor que los librara de graves tentaciones. Los papas Sixto IV é Inocencio VIII procuraron fomentar esta cofradía concediéndola indulgencias (3).

También la Tercera Orden procede de la fecunda época de la Edad Media, y generalmente se atribuía su origen á San Francisco; bien que ya en tiempo de San Norberto había en la Orden Premonstratense, además de los conventos masculinos y femeninos, una llamada Tercera Orden, cuyos individuos continuaban viviendo en el mundo, pero tomaban parte en determinadas oraciones y

(1) V. Adinolfi, Laterano Doc. XII.

(2) Harff. 31. Por medio de las representaciones religiosas, el coliseo fué asegurado hasta cierto punto contra la destrucción siempre creciente. Reumont, III, 2, 454.

(3) Wetzer und Welte's Kirchenlexikon IX, 399.

ejercicios monásticos (1). Mas hasta San Francisco no alcanzó esta institución una forma definitiva y extensión general. La regla que el Santo le dió en el año de 1221, consta de veinte artículos. Como condiciones para el ingreso se exige: la católica fe y obediencia á la Santa Iglesia, y una conducta irrepreensible; ningún hereje, ni siquiera sospechoso de herejía, podía ser recibido, y aun después de haber entrado debían tales personas ser entregadas á los tribunales para su castigo. El aspirante ha de restituir de antemano los bienes que por ventura posea injustamente, y antes de ser admitido con efecto ha de probarse durante un año y prometer el cumplimiento de los preceptos divinos, y las mujeres no pueden entrar sin el consentimiento de sus maridos. Las personas de uno y otro sexo han de usar vestidos muy sencillos, sin ningún adorno, abstenerse de francachelas, espectáculos y danzas, y no dar cosa alguna á los públicos juglares; también se les prescriben más frecuentes ayunos que á los demás cristianos, y asimismo oraciones para las diferentes horas del día; debían recibir tres veces al año los sacramentos de la penitencia y de la Eucaristía, á saber: por Navidad, Pascua y Pentecostés. No podían llevar armas ofensivas más que en caso de necesidad; tres meses después de su recepción debía cada socio hacer testamento. Los litigios, que por lo demás habían de evitar cuidadosamente los hermanos y hermanas, tanto entre sí como con otras personas, se habían de componer por los superiores de la Orden ó el Obispo diocesano. No se permitía el juramento sino en los casos más apremiantes; mientras fuera posible debían oír diariamente la Santa Misa, visitar á los hermanos enfermos, acompañar á los difuntos á la sepultura y rogar por el descanso de sus almas. Los superiores de la Orden no se han de elegir por toda la vida, sino sólo por tiempo determinado; todos los Terciarios se han de presentar una vez al año, y en caso de necesidad con más frecuencia, en un lugar común, para la visita, la cual debe ser dirigida por un sacerdote, y cada uno se debe someter á la penitencia que se le impusiere (2).

Los Terciarios, ó «Hermanos y Hermanas de la Penitencia», han de formar como una familia religiosa en el mundo, guardán-

(1) Hurter, *Innocenz III*, tomo IV (2.^a edición 1844), 146.

(2) *Regula Tertiariorum* en Holstenius, *Codex regul. monast.* III, 39-42. Wetzter und Welte's *Kirchenlexikon* X, 740. Heimbucher I, 364 s. Respecto á las opiniones de K. Müller, v. Clausen, Honorius III. (Bonn 1895) 329 s.

dose del espíritu mundano por medio de su regla. Los legos y los sacerdotes seculares deben por este modo participar de los beneficios y gracias de la Orden, llevando una vida conforme al espíritu de San Francisco.

Cuán beneficioso influjo debía producir el Instituto de los Terciarios, en la elevación y fomento de los sentimientos y vida religiosa, es fácil comprenderlo. El espíritu de San Francisco, ó, mejor dicho, el espíritu del Evangelio, se difundía por medio de la Tercera Orden en todas las clases y estados de la sociedad.

Desde su principio, la Tercera Orden fué extraordinariamente popular en la patria del santo fundador, y los más eminentes espíritus de la nación italiana, un Dante y un Colón, pertenecieron á ella (1). San Antonino atestigua el gran número de los individuos de la Tercera Orden en Italia (2).

Como todo cuanto hizo San Francisco lo unió inmediatamente con el Centro de la Iglesia, así también procuró que la regla de su Tercera Orden fuese confirmada por la Santa Sede, y desde entonces ha habido pocos papas que no hayan dado alguna señal de su benevolencia á este religioso Instituto. El historiador de la Orden Franciscana cuenta, sólo hasta el año de 1500, no menos de 119 bulas y breves en favor de la Orden Tercera. En la época del Renacimiento, particularmente los papas Martín V, Pío II. Sixto IV, Julio II y León X, fueron amparadores y favorecedores de esta asociación.

La Tercera Orden alcanzó nuevo desenvolvimiento, por cuanto muchos de sus miembros procuraron unir con la profesión de la penitencia asimismo el completo retiro del mundo, viviendo, por consiguiente, en comunidad monástica, y obligándose con votos religiosos. De esta suerte nació la Tercera Orden regular. El Papa Nicolao V permitió á estos religiosos fundar nuevos conventos, celebrar capítulos generales y nombrar de entre ellos un Vicario general y

(1) Segur, *Die Bedeutung des dritten Ordens des hl. Franciscus* (Maguncia 1876) 2 s. 7 s. El autor, de conformidad con Jailer (*Normalbuch für die Brüder und Schwestern des dritten Ordens des hl. Franciscus* [Warendorf 1881] 12), afirma sin aducir argumento alguno, que Rafael y Miguel Angel, pertenecían también á la Tercera Orden. Por mi parte, no he podido hallar de eso ninguna prueba auténtica. El padre de Rafael era miembro de la cofradía de S. Maria della Misericordia, v. Passavant I, 413. Según Vischer (Signorelli 125), Signorelli pertenecía á una cofradía religiosa de Cortona.

(2) Este importante pasaje, que nadie había advertido hasta ahora, se halla en la *Summa theol.* III, tit. 23, cap. V, § 5. (Verona 1750, III, 1291). Según S. Antonino, la Tercera Orden de Santo Domingo estaba poco extendida en Italia.

cuatro definidores, y que, en lugar del hábito de ermitaños, que hasta entonces habían usado, adoptaran un traje particular de su Congregación. En el Capítulo general de Montefalco fué elegido, en 1448, el primer Vicario general; diez años después estaba ya al frente de ellos un propio General. A fines del siglo XIV, por los esfuerzos de Santa Angelina de Corbara, se formaron también las Terciarias regulares de San Francisco, las cuales se extendieron rápidamente en Italia y fueron favorecidas por los papas Martín V y Eugenio IV. Pío II las sometió al General de los Franciscanos Observantes (1).

De una manera enteramente parecida se había formado la Tercera Orden de Santo Domingo, que constaba, parte de una hermandad de personas seglares de uno y otro sexo, parte de personas que vivían en el claustro. Sus reglas fueron confirmadas por los papas Inocencio VII y Eugenio IV. Esta Tercera Orden dominicana se gloria de poseer varios santos y beatos, entre los cuales nos limitaremos á mencionar aquí á Santa Catalina de Sena, Columba de Rieti, Osanna de Mantua y Lucía de Narni (2).

Esta forma de los Terciarios, introducidos con tan buen éxito por las dos Órdenes mendicantes, fué luego también imitada por otras Órdenes religiosas. A los Agustinos permitió Bonifacio IX, en el año de 1401, dar á las viudas, doncellas y casadas, un hábito de Terciarias, y Sixto IV dió también más adelante licencia para recibir varones. También se hallan Terciarios en las Órdenes de los Servitas y de los Mínimos. Las Oblatas di Tor de'Specchi, fundadas por Santa Francisca Romana, pertenecen asimismo á esta clase (3). La Tercera Orden se conservó en Italia en medio de todas las tormentas de los siglos siguientes, lo propio que gran número de cofradías; y centenares de millares de personas sirvieron á Dios Nuestro Señor y á los enfermos y necesitados, como miembros de tales asociaciones, ejercitando innumerables obras de misericordia corporales y espirituales (4).

(1) Wetzer und Welte's Kirchenlexikon X, 741 ss.

(2) Wetzer und Welte's Kirchenlexikon III^a, 1444 s.

(3) Helyot III, 76 s. VII, 519. Wetzer und Welte's Kirchenlexikon X, 745. Sobre las Oblatas di Tor de'Specchi, cf. nuestras indicaciones vol. I, pág. 371 s.

(4) Cuán extendida estaba entonces la Tercera Orden en todas las clases de la sociedad se saca de muchas disposiciones testamentarias. Por lo que toca á Venecia, nos remitimos en este punto á los *testamentos siguientes: 16 de Julio de 1467: Lena de Pastruich de 3. ord. min.) Atti Ant. Graselli b. 508 n. 89). 1 de Dic. de 1471: Antonia 3. ord. S. Franc. filia S. Barth. Rosso de Burano elige para ejecutora del testamento Emam. de cha Vido 3. ord.

Todo el que visita aquel país sin igual, conserva, sobre todo, la impresión inolvidable producida por la manera cómo los cofrades llevan á enterrar á los muertos.

«Como un antiguo fresco de los tiempos de Giotto y Orcagna, que recibiera vida; con sus largos hábitos talares y la negra capucha que, cubriendo la cabeza y el cuello del que la lleva, sólo deja dos orificios para los ojos; colgado de la cintura el sonante rosario y rodeando un féretro cubierto de negro; cruzan todavía actualmente las calles de la ciudad de Florencia los hermanos de la Misericordia, con el mismo silencio, con el mismo paso mesurado que hace quinientos años; y como hace quinientos años, todos los naturales se descubren todavía la cabeza, desde el rey hasta el mendigo, al acercarse la negra comitiva. Todavía ahora el visitador extranjero y nuevo en el territorio de Toscana, detiene el paso extrañado ante aquella fúnebre procesión, y el florentino á quien pregunta qué significa tan rara comitiva, le contesta, admirándose de su ignorancia: «*Es la Misericordia.*» No menos de cinco siglos hace, pues, que los habitantes de Toscana pronuncian con la misma reverencia y agradecimiento el nombre de la Misericordia, la cual ha conservado su antigua constitución republicana desde los tiempos de Dante Alighieri hasta el presente, sin cuidarse de todas las revoluciones sociales y políticas que desde entonces se han realizado, siempre fiel á sí misma, inmutable como las leyes de la Naturaleza. Desde el tiempo en que nació á la vida, hacia mediados del siglo XIII, en Florencia, fué ésta, durante los siglos XIII, XIV y XV, afligida por no menos que veinticinco invasiones de peste, y en todas estas ocasiones ensalzan los contemporáneos á los hermanos de la Misericordia, su valor ante la muerte y el infatigable cumplimiento de su deber» (1).

Pero por causa de los muertos, no se olvidaba tampoco á los vivos; todas las siete obras de misericordia, que un artista de aquella época representó en vivientes escenas en los relieves de terracotta del célebre Ospedale del Ceppo de Pistoia (2), fueron ejercitadas.

S. Franc. (Atti Bernardino Ranensis b. 839 n. 21). 9 de Nov. de 1488: Fiorbellina relictá S. Mafei de Salvino (Atti Grasselli b. 508 n. 89). 17 de Noviembre de 1489: Lena relictá Barth. de Monte (l. c. n. 95). *Archivo público de Venecia.*

(1) Hörschelmann en el artículo sobre las epidemias, n.º 179, citado más arriba pág. 53, not. 2. Cf. Bianchi, *La compagna della Misericordia di Firenze*. Firenze 1855.

(2) Cf. Müntz II, 457. Sobre las vicisitudes por que ha pasado el Ospedale

Ya por las indicaciones consignadas hasta ahora, hemos visto de qué manera se había arraigado en toda Italia la costumbre de fundar todas las corporaciones profesionales, varios establecimientos para atender á las necesidades corporales y espirituales de sus miembros; pero, á par de los gremios y hermandades, siempre anduvieron también como á porfía, en practicar las obras de caridad, los conventos y las autoridades ciudadanas, como generalmente la clerecía, los ciudadanos y la nobleza se dieron mutuamente la mano en sus obras de beneficencia. Por todas partes, durante la Edad Media, se habían levantado hospitales para pobres y enfermos, y en muchas partes también casas de huérfanos; las ciudades grandes y pequeñas procuraban, con pías fundaciones de las más diversas clases, mitigar las miserias humanas, en cualquiera forma que pudieran ofrecerse. Verdad es que no pocas de aquellas fundaciones tuvieron mucho que padecer en las tormentas de los tiempos, y las extraordinarias calamidades del siglo xv impusieron á todas grandes incumbencias, que casi sin excepción fueron atendidas.

El cuidado de los pobres se había organizado en los más de los sitios por muy excelente manera, y en la descripción de las frecuentes epidemias, pocas veces se echan de menos las noticias acerca de lo que en tales tiempos de calamidad hacía la población por las clases menesterosas, cuidando, según su posibilidad, de proveerlas de techo, vestido, buenos alimentos y asistencia médica, y cometiendo á particulares personas estas partes de la administración pública (1).

No menos admirable que el extraordinario número de fundaciones de beneficencia y caridad, es la variedad de sus formas y su excelente provisión. Algunas casas de beneficencia, como, por ejemplo, el Depósito di Mendicità, que fundó en Luca, en 1413, el rico Pablo Guinigi, eran verdaderos palacios; y en especial se trabajó incansablemente en la construcción de grandes edificios destinados á hospitales, que constituyen uno de los principales títulos de gloria del siglo xv.

También en esta parte señalóse ante todo Florencia. En la ciudad del Arno había ya en 1338, en diferentes establecimientos, del Ceppo, se hallarán extensas noticias en la obra de Bargiacchi, citada más abajo, pág. 104.

(1) Lo del texto está sacado de Uffelmann. Oeffentl. Gesundheitspflege in Italien, estudio publicado en el Vierteljahrschrift für Gesundheitspflege XI, 178.

más de mil camas para enfermos pobres (1), y en el siglo xv subía el número de los hospitales hasta 35. El más antiguo y célebre de ellos es el de Sta. María Nuova. En el siglo xvi, en tiempo de Varchi, gastaba para la asistencia de los enfermos 25,000 escudos anuales, de los que 7,000 salían de las limosnas y lo demás de los bienes de fundación (2). A este establecimiento, que llegó á ser uno de los mayores del mundo, seguía el hospital' Scala, fundado en 1306, el cual subsistió hasta el año de 1531. Nicolao degli Alberti fundó en 1377 un hospital para mujeres pobres, y en aquel mismo siglo se fundó también el hospital de S. Nicolás, que recibió más adelante el nombre de San Mateo. El hermoso pórtico de San Pablo, construido con arreglo á un dibujo de Brunellesco en la Piazza de Santa María Novella, trae á la memoria el hospital del mismo nombre, fundado en 1451. Varchi enumera asimismo la enfermería de San Bonifacio y el hospital de los incurables; á los cuales se agregaban, además, los varios establecimientos de los gremios. Junto á estas fundaciones, destinadas al cuidado de los enfermos, había muchas otras donde se ofrecía techo á los pobres necesitados. Desde 1421 poseía también Florencia una casa de expósitos (Ospizio degli Innocenti). El edificio de este establecimiento es una de las más hermosas creaciones de Brunellesco. Sirve de particular adorno el precioso claustro del Renacimiento en el piso bajo, con grandes relieves de fayence, que representan niños en pañales, obra de Lucas della Robbia (3). También ostentan artísticos ornatos los grandes hospitales de Sena y Roma (4).

Pero á todos los edificios de hospitales de esta época sobrepujan, sin embargo, el Ospedale Maggiore que construyó Filarete, y el lazareto de Milán comenzado en 1488 por Lázaro de' Palazzi. Estas casas pueden compararse justamente con los más grandiosos establecimientos del mismo género construidos en nuestros días. Y el principio que presidió á aquellas construcciones fué procurar

(1) Hullmann, *Städtewesen* IV, 61; cf. Toniolo, *Zur Gesch. d. Charitas in Italien*, artículo publicado en la revista «Charitas» 1898, Nr. 8.

(2) Varchi I, 394.

(3) Sobre los establecimientos de beneficencia de Florencia, además de Passerini, *Storia degli stabilimenti di beneficenza di Firenze*, Firenze 1853, cf. también Skaife, *Florentine Life* 180 s., y la monografía de Fr. Bruni, *Storia d. Spedale di S. Maria degl' Innocenti di Firenze e di molti altri pii stabilimenti*, Firenze 1819, 2 vols.

(4) Sobre Roma v. nuestras indicaciones, vol. IV, pág. 445. Sobre el hospital de Sena, v. *Conferenze dell'Accad. d. Rozzi*. Sena 1895.

luz y aire por medio de los espaciosos corredores, abiertos pórticos, claustros, patios y jardines. En el gran Hospital estaba la sala de los enfermos dispuesta en forma de cruz, de suerte que todos los acogidos podían ver el altar colocado en el centro; y semejante disposición adoptó el Papa Sixto IV para S. Espíritu de Roma (1).

Generalmente dieron los papas, en la Ciudad eterna, el más egregio ejemplo en las obras de beneficencia. Ya Martín V, el restaurador de la decadente Roma y «Padre de la Patria», cuidó con mucho celo de los necesitados (2). Eugenio IV fué verdadero padre de los pobres y enfermos, en el más elevado sentido de la palabra: restableció el ruinoso hospital de S. Espíritu in Sassia, y lo favoreció, haciéndose inscribir él mismo en la hermandad del Espíritu Santo (3). Siguió su ejemplo Sixto IV, reedificando de nuevo aquel hospital, y favoreciendo mucho la asociación del Espíritu Santo; y desde entonces, fué en aumento la costumbre de ingresar en ella (4). Con ocasión del jubileo, celebradò en el año 1500, reinando Alejandro VI, el gremio de los panaderos fundó la hermandad de S. María de Loreto de' Fornari (5). Entonces tuvo también origen el hospital de S. Rocco, y en 1506 se reorganizó el de S. María della Consolazione, el cual recibió muchos socorros de los papas (6). El hospital para los incurables, de S. Jácome in Augusta, para el cual había hecho los planos Antonio da Sangallo el Joven (7), fué particularmente favorecido por León X (8). A estos establecimientos públicos se agregaban las numerosas fundaciones nacionales, que servían para recibir á los peregrinos fatigados y curar á los enfermos, y asimismo para socorrer á los pobres de las diferentes naciones establecidas en Roma. Todas estas fundaciones disfrutaron de la benevolencia de

(1) Müntz, I, 436.

(2) Cf. nuestras indicaciones, t. I, vol. I, libr. II, cap. I.

(3) Cf. nuestras indicaciones, vol. II, pág. 489.

(4) Cf. nuestras indicaciones, vol. IV, libr. III, cap. XI.

(5) Piazza 71.

(6) Pericoli, L'ospedale di S. Maria della Consolazione 39 s. 119.

(7) Redtenbacher 365.

(8) Piazza 45, 46. Hasta hombres como el conde Everso de Anguillara y César Borja se hallan entre los favorecedores de los hospitales. El primero legó por testamento, en 1460, una suma para la reconstrucción del hospital de S. Juan de Letrán (Armellini 272). César hizo construir la sala de mujeres en el hospital de S. Maria della Consolazione (Reumont, *Gesch. d. St. Rom.* III, 1, 421-422). En general, cf. Morichini, *Istituti di carità in Roma 1870*, é *Hist.-pol. Bl.* VI, 338 s., 513 ss.

los papas y fueron distinguidas por ellos con numerosas muestras de favor, lo cual dió á su vez nueva ocasión para fundar otras hermandades, destinadas al sostenimiento de los hospicios; como sucedió, por ejemplo, con el alemán. Nicolao V hizo posible con su liberalidad la erección de un hospital con iglesia para los dálmatas y eslavos del Sud, S. Jerónimo degli Schiavoni, y esta fundación se amplió en tiempo de Sixto IV, en cuyo reinado se hicieron varias fundaciones nuevas de hospicios nacionales. En 1456 asignó Calixto III á los bretones una iglesia, junto á la cual se levantó, en 1511, una enfermería (1).

No inferior desarrollo de las obras de caridad cristiana, se advierte en las ciudades menores. Lo que las modernas investigaciones nos han dado á conocer en este respecto acerca de Pistoia y Viterbo, pone admiración (2). De otros muchos lugares, principalmente de los Estados de la Iglesia, pudiera escribirse una semejante historia de su caridad; pero acerca de otros faltan desgraciadamente los materiales documentados, por más que los nombres de Sancto Spirito, S. Jácome, S. Pellegrino y Misericordia nos hablen aún allí un lenguaje harto inteligible. Sin ninguna exageración dice uno de los que mejor conocen á Italia: «En ningún país del mundo se hallan tan considerables legados, fundaciones y hermandades para alivio y remedio de las necesidades de todos los enfermos, débiles, desgraciados y desamparados (3). Conforme á un cálculo aproximado, la hacienda de todos los establecimientos de Italia, incluyendo los de Roma y los Montes de Piedad, ascendía hacia el año 70 del pasado siglo á 1,200.000,000 de liras (4).

(1) Cf. nuestras indicaciones, vol. I, pág. 386.

(2) V. las preciosas monografías de Bargiacchi, *Storia degl' istituti di beneficenza, d'istruzione ed educazione in Pistoia e suo circondario*, Firenze 1883-1884, 4 voll., y Pinzi, *Gli ospizi medioevali e l'ospedale grande di Viterbo*. Viterbo 1893. Cf. además Gicchiari, *Stato della beneficenza in Verona*. Verona 1838. Barduzzi, *Del governo dell'ospedale di Siena*. Siena 1896. Grisar en el *Zeitschr. f. kathol. Theol.* XIX, 151 s. Arch. st. ital. 4. Serie XV, 77 ss. *Giora. st. d. Lett. ital.* I, 458. Es conocido el magnífico edificio del hospital de Fabriano, v. Müntz I, 436.

(3) Rumohr, *Drei Reisen nach Italien* (Leipzig 1832) 126.

(4) *Allgem. Zeitung* 1874, n.º 357, suplemento. Estas sumas, á la verdad, pronto pertenecerán á la historia; porque la revolución moderna, también en esto ha empezado ya sin misericordia su obra de destrucción: todo el patrimonio de la caridad cristiana, que habían reunido la fe y piedad de los antepasados bajo la sombra y protección de la Iglesia, ha sido sustraído ahora ca-

La caridad, el divino fuego que Cristo trajo del cielo, y encendió en los corazones de sus discípulos; el verdadero amor de Dios y del prójimo, estaba tan vivo en la época del Renacimiento, que no sólo conservó las más de las antiguas fundaciones, sino fundó también gran número de nuevos establecimientos de beneficencia; y hasta ahora se ha prescindido demasiado de este aspecto esplendente en la vida en aquellos tiempos (1).

teramente de la influencia de la misma; todas las fundaciones que no se hicieron en beneficio de familias determinadas, están corriendo peligro.

(1) Séanos, pues, permitido demostrar intuitivamente lo dicho por medio de un cuadro estadístico.

	Piamonte		Lombardía		Venecia		Liguria		Emilia	
	desde 1400		desde 1400		desde 1400		desde 1400		desde 1400	
	hasta 1399	hasta 1524	hasta 1399	hasta 1524	hasta 1399	hasta 1524	hasta 1399	hasta 1524	hasta 1400	hasta 1500
Hospitales y leproserías.	18	12	11	19	25	11	5	9	15	6
Hospicios	—	—	2	—	6	5	1	—	1	2
Orfelinatos.	—	1	—	1	—	1	—	1	—	1
Fundaciones para socorrer á los pobres. . .	1	3	28	56	15	14	3	7	4	6
Fundaciones para dotes. .	1	2	1	10	1	5	—	5	—	—
" " instrucción.	1	1	—	4	3	1	—	—	—	—
Fundaciones sin designación particular. . . .	1	3	—	—	—	—	—	1	—	1
	22	22	42	90	50	37	9	23	20	16

	Toscana		Umbria		Lacio		Campania		Sicilia	
	desde 1400		desde 1400		desde 1400		desde 1400		desde 1400	
	hasta 1399	hasta 1524	hasta 1399	hasta 1524	hasta 1399	hasta 1524	hasta 1399	hasta 1524	hasta 1399	hasta 1524
Hospitales y leproserías.	30	6	9	5	5	16	7	5	9	12
Hospicios	2	—	—	—	—	—	—	—	—	—
Orfelinatos.	1	—	—	—	—	—	3	—	—	2
Fundaciones para socorrer á los pobres. . .	8	2	6	2	1	7	11	36	12	19
Fundaciones para dotes. .	—	2	—	—	—	4	—	6	3	19
" " instrucción.	5	1	—	—	—	—	—	—	—	2
Fundaciones sin designación particular. . . .	—	1	—	—	—	—	—	—	—	—
	46	11	13	7	6	27	24	47	24	54

Esta enumeración se funda en la Statistica delle Opere Pie al 31, XII, 1880. Roma 1886-1891, 8 vols. Los números relativos á la Emilia, que faltan en ella,

Las fundaciones benéficas y devotas, por extremo numerosas, dan claro testimonio de que, aun en la época del Renacimiento, ardía en Italia, en los corazones del pueblo, una verdadera caridad de Dios y del prójimo; ellas muestran de qué manera la religión de Jesucristo es la religión de la caridad y del consuelo. Es muy significativo hallar algunas iglesias de los hospitales adornadas con imágenes que representan á la Madre del Salvador en la contemplación de su Hijo desclavado de la cruz. En el extranjero que visita aquel país, producen honda impresión las magníficas obras consagradas al cuidado de los enfermos, de los pobres y desamparados; de lo cual es buen testigo Martín Lutero, quien, en su viaje á Roma en el año 1511, visitó gran parte de Italia. «En Italia, juzgaba él mismo, están los hospitales muy bien proveídos, hermosamente contruidos, dan bien de comer y beber, tienen servidores diligentes y sabios médicos; las camas y los vestidos están curiosamente limpios, y las habitaciones lindamente pintadas. Tan pronto como es conducido allá un enfermo, se le despoja de sus vestidos en presencia de un notario, el cual los apunta y describe con fidelidad, para que se guarden bien, y se le viste una blanca camisa, se le pone en una cama muy bien hecha, con sábanas limpias. Luego le hacen visitar por dos médicos, y acuden los servidóres trayéndole de comer y beber en limpios vasos y jarros, que manejan con pulcritud. También acuden ciertas matronas y mujeres honradas, con la faz cubierta, las cuales en ciertos días sirven á los pobres sin ser conocidas, para que no se sepa quién son, y luego se vuelven á sus casas. Esto lo he visto yo asimismo en Florencia, donde los hospitales son atendidos con todo este cuidado. También tienen allí casas de expósitos, en las cuales los niños se crían muy bien, educándolos, instruyéndolos y enseñándolos; los adornan con vestidos semejantes y de un mismo color, y se los tiene muy bien guardados» (1).

se han tomado de la estadística de 1861. Por lo demás, estas dos obras no son ni completas, ni críticas. En general, tampoco podía pretenderse la perfección en esta introducción, pues, de lo contrario, se hubiese convertido por su crecimiento en una obra especial. Es de desear instantemente una historia sólida y completa de las obras de caridad en Italia. Esto lo acentúa también Toniolo, quien, en la revista «Charitas» 1898, n.º 9, señala una porción de obras especiales.

(1) K. E. Försteman, *Luther's Tischreden II* (Leipzig 1845), 213. Cf. Haus-rath 24 s. V. también el elogio del gran hospital de Sena, en la *Pilgerfahrt des Ritters Arnold von Harff* 1496 s., publicada por Groote 12 s. Los archivos de

De una manera semejante juzgó Juan Eck, quien afirma estar cierto de que, todos los hospitales de los alemanes, no son sino un juego de niños comparados con los magníficos establecimientos de Roma, Florencia, Sena, Venecia y otros lugares (1). Casi todos aquellos hospitales estaban enriquecidos con particulares indulgencias de los obispos y de los papas (2).

Junto á las muchas fundaciones pías, constituye una particular manifestación, y de suma importancia en la historia cultural de la vida religiosa de Italia en la época del Renacimiento, la innumerable muchedumbre de obras artísticas de aquel tiempo que encarnan ideas religiosas; y estas creaciones forman una no despreciable escala para medir la altura de los sentimientos religiosos, manifestándose casi como «gráficos testigos de la fe» (3). El arte constituye la grandeza de aquel tiempo, en el cual todos poseían un exquisito sentimiento de la belleza, entusiasmándose con él; y sus obras constituyen la gloria inmortal de la nación italiana. Para el público, para los más de los que visitan la Península de los Apeninos, esta actividad artística al servicio de la Iglesia, ó por lo menos dentro del círculo de sus ideas, pasa por la nota más característica de aquellos tiempos, y como el Renacimiento propiamente dicho. Pero por muy natural que sea este juicio de las personas legas, el historiador de la cultura no debe, sin embargo, para estimar de una manera justa y comprensiva la actividad artística, perder de vista las otras manifestaciones de la vida culta, ó relegarlas al último término; pues ni aun aquéllas pueden ser de todo punto comprendidas, sin un conocimiento claro de los demás rasgos característicos de cada época particular.

Sin entrar propiamente en cuestiones disputadas de Estética, los hospitales italianos aguardan todavía quien los descubra y haga patentes.

(1) Eck, *Der Fünft und letzt Tail Christenlicher Predig von den Zehen Gebotten* (Ingolstadt 1539; cf. sobre esta obra ya rara, Janssen-Pastor, *Gesch. d. deutschen Volkes* VII, 496) f. LVII^a. A la acusación de Butzer, de que entre los católicos no se halla «ni verdadera confianza en Cristo, ni amor activo del prójimo, ni verdadera santidad», responde Eck: *Hic tamen ei obijcio unum hospitale s. Spiritus Romae aut hospitale Senense aut s. Marci Florentiae, aut ea quae sunt sub illustri Venetorum dominio, an non in his officiosius monstretur caritas in proximos etiam alienos, quam fiat in omnibus dominiis et civitatibus Luthericis*. Replica Jo. Eckii *adversus scripta secunda Bucerii* (Parisiis 1543) 32.

(2) Burckhardt, *Gesch. d. Renaissance* 222.

(3) Fr. Schneider en *Alte und Neue Welt*, 1877, p. 488.

hemos de acentuar, sin embargo, que en la estimación y juicio crítico del arte del Renacimiento, hay que distinguir entre el desarrollo de la Arquitectura y de la Escultura ornamental por una parte, y por otra de la Pintura, principalmente de la pintura sobre tablas. Pero también conviene examinar particularmente las artes industriales, cuyo estudio es por ventura el más importante criterio para estimar el gusto y popularidad de la vida artística en una época. Este factor queda, no obstante, las más de las veces demasiadamente olvidado, ó no estimado en toda su importancia económica y social.

En la esfera de la Arquitectura y de la Plástica decorativa, realizóse, en la época del Renacimiento, una transformación esencial. Volvióse á adoptar la forma antigua que ya antes había ejercido influjo en el arte italiano; la cual, aun cuando había nacido de las circunstancias de la cultura pagana, en sí misma nada tenía que ver con la gentilidad, ni se oponía al Cristianismo, sino era indiferente (1). No puede ser decisivo, para la estimación religiosa de un estilo arquitectónico, sino el espíritu con el cual se han levantado las obras del mismo; pero no el juicio, por muy acertado que sea, sobre su mayor ó menor perfección estética. Pero de todas maneras, podría ofender á algunos historiadores del arte, que se prescinda de la cultura originalmente enlazada con las formas antiguas, considerando las obras arquitectónicas del Renacimiento cristiano solamente con el espíritu con que las creó y entendió la gran corriente cristiana de aquella época. Cabelmente la confusión de los puntos de vista religioso y estético ha perturbado mucho con frecuencia los juicios acerca del arte del período del Renacimiento. El arte cristiano de aquella época se esforzó por infundir en las formas antiguas el espíritu del Cristianismo, expresando las ideas cristianas con ropaje antiguo, y acomodando éste á la cultura cristiana de su tiempo.

De esta suerte se cubrió la Península italiana de numerosos, y en parte grandiosos edificios, de nuevas iglesias que todavía en la actualidad constituyen el ornato y la gloria de sus ciudades. El orgullo municipal y la piedad andaban allí mano á mano (2). Aquella especie de predicación que se eleva al cielo esculpida en

(1) Cf. Graus, *Die kath. Kirche und die Renaissance*. 2.^a edición. Friburgo 1888.

(2) Reumont, en la *Lit. Rundschau* 1878, p. 333.

moles de piedra, bastaría por sí sola como argumento de que la fe estaba todavía viva en las extensas masas del pueblo; y de esta vivacidad da asimismo testimonio el interior adorno, con frecuencia recargado, de los templos de Dios (1).

(1) Cf. Müntz I, 34, 414.—Un recuento sólo aproximadamente completo de las obras artísticas ejecutadas en la época del renacimiento para fines religiosos, pediría un verdadero libro. El siguiente recuento (en lo esencial está tomado de Redtenbacher 435 ss.) sólo recordará las producciones más importantes en el campo de la arquitectura y escultura.

1401. Concurso abierto entre Ghiberti, Quercia y Brunellesco para labrar las puertas de bronce del Bautisterio de Florencia.

1403. Se encarga á Ghiberti la primera puerta del Bautisterio.

1407. Se confía á Donatello la estatua de David para la catedral de Florencia.

1408. Se encargan tres estatuas de evangelistas para la catedral de Florencia, á Donatello, Niccolò Lamberti y Nanni d'Antonio di Banco.

1408. Quercia labra una estatua para la catedral de Ferrara.

1409. Pago á Donatello por una estatua de profeta.

1412. Pago á Donatello por su Josué.

1414. Obras de taracea en la catedral de Orvieto.

1414. Ghiberti se encarga de labrar la estatua de S. Juan Bautista, para la iglesia de Or San Michele, de Florencia.

1415. Donatello recibe encargo de hacer dos estatuas para el campanario de Florencia.

1415. Pago á Donatello por su S. Juan Bautista.

1416. Donatello labra la estatua de S. Jorge para la iglesia de Or San Michele.

1416. Se encomienda á Quercia la construcción de la fuente bautismal para la iglesia de San Giovanni de Sena.

1417. Se encarga á Mateo Sanese labrar pilas de agua bendita para la catedral de Orvieto.

1417. Ghiberti hace el dibujo de varios candeleros de plata para la iglesia de Or San Michele.

1417. Se encargan á Quercia dos placas de bronce para la fuente bautismal de San Giovanni de Sena.

1417. Se encargan á Ghiberti dos relieves históricos para la pila bautismal de Sena.

1419. Brunellesco comienza la construcción de S. Lorenzo de Florencia.

1419. Encomiéndase á Ghiberti la estatua de S. Mateo para Or San Michele.

Hacia 1420. Construcción de la capilla de los Pazzi, en Florencia, por Brunellesco.

1421. Se encarga á Donatello y Giovanni di Bartolo una estatua de mármol para el campanario de Florencia.

1422. Donatello labra dos cabezas de profetas para la catedral de Florencia.

1422. Quercia esculpe estatuas para S. Frediano de Luca.

1424. Ghiberti labra la puerta de bronce del bautisterio de Florencia.

1424. Ghiberti hace cristalerías para la catedral de Florencia.

1425. Encárganse á Ghiberti las dos puertas del bautisterio de Florencia.

Pero por mucho que se estime la multitud de creaciones artísticas de la época del Renacimiento destinadas á las iglesias, no

1425. Donatello recibe encargo de hacer una estatua para el campanario de Florencia.

1426. Brunellesco comienza la construcción de la parte central de la iglesia de los Angeles de Florencia.

1426. Fachada de la catedral de Como.

1431. Terminación de la cúpula de la catedral de Florencia.

1431. Lucas della Robbia ejecuta la tribuna de mármol de los cantores para la catedral de Florencia.

1433. Brunellesco traza el plano de la iglesia de S. Spirito de Florencia.

1433. B. Rossellino labra un tabernáculo para la iglesia de las Santas Flora y Lucila, en Arezzo.

1433. Donatello construye el coro de los cantores en la 2.^a capilla de la catedral de Florencia.

1434. Cristallera de Ghiberti para la capilla de S. Cenobio en la catedral de Florencia.

1436. Bendición de la cúpula de la catedral de Florencia.

1436. Tabernáculo de B. Rossellino en la Badía de Fiésolo.

1436. Donatello recibe encargo de labrar las puertas de bronce de las dos nuevas sacristías de la catedral de Florencia.

1437. Lucas della Robbia ejecuta cinco bajos relieves para el campanario de Florencia.

1438. Lucas della Robbia labra dos altares de mármol para la catedral de Florencia.

1438. Obra de Turini para la sacristía de la catedral de Sena.

1440. Ghiberti acaba el relicario de S. Cenobio.

1442. Construcción de S. Marcos de Florencia.

1442. Michelozzo trabaja con Ghiberti en las puertas del bautisterio de Florencia.

1442. Lucas della Robbia hace el tabernáculo para el hospital de S. Maria Nuova de Florencia.

1442. Vecchietta labra un Cristo para la catedral de Sena.

1443. Tabernáculo de Buggiano en la catedral de Florencia.

1443. Ghiberti termina seis bajos relieves de la segunda puerta del bautisterio de Florencia.

1446. Lucas della Robbia comienza su Ascensión para la sacristía de la catedral de Florencia.

1446. Turini acaba su crucifijo para la catedral de Sena.

1447-1448. Reja de bronce de Michelozzo en la catedral de Florencia.

1447. Construcción de S. Michele, en Bosco, junto á Bolonia.

1448. Lucas della Robbia esculpe dos ángeles para la capilla del Santísimo Sacramento de la catedral de Florencia.

1448. Relicario de S. Bernardino, por Turini.

1449. Tímpano por Lucas della Robbia en la iglesia de Santo Domingo de Urbino.

1450. Terminación de la iglesia de S. Marcos de Fiésolo.

1450. Construcción de la iglesia de Santiago en la plaza Navona de Roma.

1451. Coro de la iglesia de S. Annunziata de Florencia, por Alberti.

1451. Donatello talla en madera un S. Juan Bautista, para la iglesia de los Frari de Venecia.

puede negarse que la introducción de las formas antiguas en la

1452. Michelozzo labra la estatua de plata de S. Juan Bautista para el bautisterio de Florencia.

1452. Vittorio Ghiberti dora la puerta de bronce del bautisterio.

1452. Ghiberti asienta la segunda puerta de bronce del bautisterio.

1453. Terminación de S. Maria sopra Minerva, en Roma.

1456. Acabamiento de la fachada de S. Maria Novella de Florencia.

1456. Iglesia del Corpus Domini de Bologna.

1456. Altar mayor de la catedral de Ferrara (Meo del Caprina).

1457. Donatello comienza las puertas de bronce de la Iglesia de S. Juan de Sena.

1459. Santo Domingo de Perusa.

1460. Alberti comienza la construcción de las iglesias de S. Sebastián y S. Lorenzo, de Mantua.

1460. Fachada principal de la catedral de Como.

1460. Coro de mármol de la iglesia de S. Maria della Spina, en Pisa.

1460 s. Campanario de la catedral de Ferrara.

1462. Capilla Portinari, en la iglesia de S. Eustorgio de Milán.

1462. Estatuas de los Príncipes de los Apóstoles en Roma, por Pablo Romano.

1463 s. Sillas de la sacristía de la catedral de Florencia y de la Badía de Fiésolo por Giuliano da Majano.

1463. Capilla de S. Andrés, en S. Pedro de Roma.

1463. Tabernáculo del altar de Mino da Fiésolo en S. Maria la Mayor de Roma.

1463. Comienzo de la construcción de S. Maria delle Grazie, de Milán.

1463. Estatua de madera de Vecchietta para la catedral de Narni.

1465-1472. Címborio de Vecchietta en la catedral de Sena.

1465. Sillas de coro de Ledinari en la catedral de Módena.

1465. Fachada de S. Marcos de Roma.

1466. S. Miguel de Venecia.

1466. Iglesia del hospital della Scala de Sena.

1468. Sillas de coro de la iglesia de los Frari en Venecia.

1469. Terminación del sepulcro de Sto. Domingo, en Bologna.

1470. Terminación de la fachada de S. Maria Novella de Florencia.

1470-1475. Trabajos en madera de Giuliano da Majano, para la iglesia de l'Annunciata de Florencia.

1470. Comienzo de la construcción de la iglesia de S. Sátiro de Milán.

1471. Terminación de la Madonna della Neve, de Sena.

1471. Comienzo de la construcción de la iglesia de los Servi di Maria, de Sena.

1471. Consagración de la iglesia de la Consolación, de Roma.

1471. Verrocchio esculpe estatuas de Apóstoles para Sixto IV.

1471. Mino da Fiésolo construye un tabernáculo para el bautisterio de Florencia.

1472. Comienzo de la construcción de la catedral de Città di Castello.

1472. Alberti comienza la iglesia de S. Andrés de Mantua.

1472-1477. Santa Maria del Popolo de Roma.

1473. Comienzo de la iglesia de S. Maria in Vado, de Ferrara.

1473. Comienzo de la fachada de la Cartuja de Pavia.

1473. Capilla Sixtina de Roma.

esfera del arte, lo propio que en la de la literatura, llevaba en sí

1473. Trabajos de mármol de Civitali en la catedral de Luca.
1474. Benedetto da Majano construye el púlpito de la iglesia de Santa Croce, de Florencia.
1475. Santa Catalina de Sena.
1475. Coro de la catedral de Pisa, por Baccio Pontelli.
- 1475 s. Sacristía de S. Sático, de Milán.
1475. Estatua de S. Pablo de Vecchietta para la catedral de Sena.
1476. Terminación del coro de l'Annunziata de Florencia.
1476. Capilla Colleoni, de Bérgamo.
1476. Sillería en S. Domingo de Perusa.
1476. Restauración de la iglesia de S. Sático de Milán, por Bramante.
1476. David de bronce de Verrocchio.
1476. Crucifijo de bronce de Vecchietta para el hospital della Scala, de Sena.
1477. Comienzo de la nueva construcción de la catedral de Pavia.
1477. Terminación de la sillería de la catedral de Pisa, por Baccio Pontelli.
1478. Estatuas de Verrocchio para el tabernáculo de Or San Michele de Florencia.
1478. Terminación de la capilla de la Incononata de Pisa, por Baccio Pontelli.
1478. S. Sebastián de plata de Vecchietta para la catedral de Sena.
1478. Niño Jesús de Vecchietta para la pila bautismal de S. Juan, de Sena.
- 1479-1481. S. Agustín de Roma.
1480. S. Annunziata junto á Bolonia.
- 1480-1489. Pedro Lombardo construye la iglesia de S. Maria de' Miracoli, en Venecia.
1481. Tabernáculo de Mino da Fiésole para S. Ambrosio de Florencia.
1482. Terminación de la iglesia de S. Lorenzo de Cremona.
- 1482-1484. Templete de Civitali para la Santa Faz, en la catedral de Luca.
1483. S. Juan Crisóstomo de Venecia.
1483. S. Maria delle Grazie de Pistoya.
1485. Decoración en madera del altar mayor de la catedral de Florencia, por Guiliiano da Sangallo.
1485. Pónese la primera piedra de la iglesia de la Madonna delle Carceri, de Guiliiano da Sangallo, en Prato.
1485. Pónese la primera piedra de la iglesia de la Madonna del Calcinajo, en Cortona.
1485. Comienzo de S. María la Mayor de Città di Castello.
1485. Altar de la catedral de Sena.
1486. Coro de S. Francisco, de Treviso.
1487. Iglesia de la Incononata de Lodi.
1487. Comienzo de S. María de' Miracoli, de Brescia.
1487. Ferrucci construye el cimborio para la catedral de Prato.
1488. S. Bernardino, de Asís.
1488. Sillería de coro de S. Pancracio de Florencia.
1488. Sillería de coro de la catedral de Luca.
1490. Sillería de coro de la catedral de Città di Castello.
1491. Comienzo del campanario de la catedral de Ferrara.
1491. Comienzo de S. María in Via Lata de Roma.

misma el peligro de renovar el espíritu pagano y sus modos de

1491. Atrio de la catedral de Spoleto.
1491. Comienzo de S. María presso S. Celso, de Milán.
- 1491 s. Sillería del coro de S. María Novella de Florencia.
- 1491 s. Civitali decora la capilla de S. Juan Bautista, en la catedral de Génova.
1491. Terminación del coro de la catedral de Florencia.
1492. Comienzo de la construcción de la iglesia de Sta. María Magdalena de' Pazzi de Florencia, por Giuliano da Sangallo.
1492. Iglesia de Pietrasanta de Nápoles.
1492. Ornamentación de la cripta de la catedral de Nápoles.
1493. S. Croce de Crema.
- 1493-1508. S. Nicolás de Carpi.
1494. S. Francisco de Ferrara.
1494. Madonna dell' Umiltà de Pistoia.
1494. Sta. Clara de Pistoia.
- 1494-1498. Púlpito de Civitali en la catedral de Luca.
1495. Sta. María de Montserrat de Roma.
1495. Construcción parcial de la iglesia de S. Lorenzo in Dámaso de Roma.
1495. Terminación de la iglesia de S. María dell' Annunziata de Bevagna.
1495. Sillería de S. Petronio de Bolonia.
1497. Santiago el Mayor de Florencia.
1498. S. Francisco al Monte, junto á Florencia.
1498. S. Vicente del Orto, de Savona.
1499. Decoración del coro de la catedral de Ferrara.
- 1499-1511. S. Sixto de Plasencia.
- 1499-1500. La Pietà de Miguel Angel.
1499. Benedetto da Rovezzano construye la tribuna de los cantores, en S. Esteban de Génova.
1500. Comienzo de la iglesia de S. Benito de Ferrara.
1500. Comienzo de la reconstrucción de la catedral de Foligno.
1500. S. María dell' Anima de Roma.
1500. Decídese la construcción de la iglesia de S. María de Loreto, de Roma.
1500. S. Pedro in Montorio.
- 1500 s. Capilla de S. Antonio, en Padua.
1502. Comienzo de la iglesia de Sta. Justina, en Padua.
1502. Comienzo de la catedral de Cividale.
1503. S. Cristóbal de Ferrara.
1504. S. Magno de Legnano.
1504. Pónese la primera piedra de S. Maria della Consolazione, en Todí.
1505. S. Juan Bautista de Ferrara.
1506. Pónese la primera piedra de la nueva iglesia de S. Pedro, en Roma.
1506. S. Faustino de Venecia.
1506. Benedetto da Rovezzano labra el sepulcro de S. Gualberto, para la abadía de Vallumbrosa.
1508. Altar en la iglesia de la Madonna delle Carceri, de Prato.
- 1508-1509. Obras de Bramante en Loreto.
1509. Sta. María la Mayor de Spello.
1509. S. Miguel de Orvieto.
1510. S. Juan de Parma.

ver sobre la civilización y el universo (1). Aun cuando no en tan alto grado como en el terreno de la literatura, podía temerse también, en el del arte, que se produjera una tendencia pagana junto al Renacimiento cristiano. Verdad es que nunca se había extinguido totalmente en Italia el interés y la inteligencia por la literatura y el arte clásicos; y así, aun el gótico italiano entretejió algunos elementos antiguos formando una manera de dialecto especial, el cual no habla, sin embargo, á la posteridad con obras tan magníficas como las creaciones de la Edad Media en Alemania, Francia y España. De esta suerte el Renacimiento no contradice, en la Arquitectura, ni al espíritu del Cristianismo y de la Iglesia, ni al sentimiento nacional y á las circunstancias de la vida del pueblo italiano.

Pero es otra cuestión totalmente distinta la de estimar el valor estético del arte del Renacimiento, principalmente en su cotejo con los principios del arte gótico. Ciertamente insisten con razón los defensores de éste, en su libertad y multiplicidad, junto con una suma regularidad, en el perfecto dominio de las masas, la ley dinámica de la construcción, que contrasta con la estética de lo antiguo; en la nueva creación de las formas, con arreglo á la idea, el fin y el material, y la elevada, simbólica y aventajada apropiación de las formas del estilo gótico para expresar los sentimientos religiosos y cristianos, principalmente la tendencia á elevarse hacia lo alto (2). Puédese decir sin duda, que las consecuencias prácticas que trajo en pos de sí el volver á adoptar las formas antiguas en la arquitectura, en la plástica decorativa y en las artes industriales, principalmente en la época posterior y hasta nuestros días, proceden en gran parte más de las faltas cometidas en el terreno estético, que de haber abandonado el fundamento de la fe cristiana. Indudablemente la reproducción de lo antiguo, por efecto de

1511 s. La iglesia de los Servitas de Sena.

1511. J. Sansovino labra la estatua de S. Juan Bautista para la catedral de Florencia.

1512. S. Spirito de Ferrara.

1512. Estatua de un apóstol por Sansovino, para la catedral de Florencia.

1514. Trabajos de Sansovino en la Santa Casa de Loreto.

1514. Comienzo de la catedral de Carpi.

1515. Terminación de la iglesia de S. Zacarías de Venecia.

1517. S. María de Piazza, de Busto Arsizio.

1518. Comienzo de la iglesia de S. Esteban, de Faenza.

(1) Cf. nuestras indicaciones, vol. I, pág. 114, ss.

(2) A. Reichensperger, especialmente en el escrito *Die Kunst Jedermanns Sache*. 2.^a edición, 1891.

emplear formas acabadas, y tipos que la Antigüedad había creado en parte para otras ideas y diferentes fines, disolvió en muchos conceptos el enlace entre la forma, la idea y el fin; por más que en la permanencia de tales relaciones consista una condición principal de la perfección estética (1).

Desde diferente punto de vista ha de considerarse la Pintura, y en parte también la Escultura estatuaría de la época del Renacimiento; las cuales no significan en su esencia, como la reproducción de la antigua arquitectura, un contraste respecto de las obras del arte medioeval, sino más bien un consecuente desenvolvimiento de las mismas; pues el influjo de las antiguas ideas y modelos, especialmente de las estatuas y grotescos (2), se limitó substancialmente durante el siglo xv á la parte arquitectónica y decorativa (3); y por muy grande intervención que dieran más adelante á lo antiguo Rafael y los que le rodearon, lo principal de su producción nació sin embargo del todo independiente de lo clásico (4). La pintura de la época del Renacimiento es principalmente producto del espíritu nacional de los italianos, el cual desenvolvió en esta parte con el mayor brillo su fuerza creadora. Germinando en el suelo de la religión, tan inagotable en fecundas ideas, y desenvolviéndose de una manera orgánica y no turbada hasta un perfecto y harmónico desarrollo, fué la más elocuente y eficaz manera de anunciar y exponer las grandes verdades y misterios del Cristianismo (5). Como sacerdotisa de la Religión, bajó á la tierra con puras manos la imagen de lo divino (6).

(1) La negligencia y olvido de esta relación resalta principalmente en las obras de decadencia producidas al fin del Renacimiento y en la época del estilo barroco. Este error, junto con el poco aprecio que se hace en nuestro siglo, de la relación que debe haber entre la forma artística y la materia, prescindiendo de otras circunstancias, ha dado por resultado una profunda decadencia, de la que sólo muy poco á poco se van levantando la arquitectura y las artes industriales. Teniendo cuenta con este movimiento y desarrollo de la historia del arte y con las condiciones de la vida moderna, es también como se ha de formar el juicio acerca de la cuestión práctica tantas veces y tan diversamente tratada, sobre qué estilo de arquitectura se ha de preferir, desenvolver y perfeccionar hoy día, si el gótico ó el antiguo ó el del Renacimiento. Cf. Dr. A. Tschermak, en los *Christliche Kunstanzeigen* 1894 (Frankfort), núms. 11, 12.

(2) V. sobre esto más pormenores abajo, lib. 2, cap. 12, y lib. 3, cap. 8.

(3) Woltmann, II, 135.

(4) Wölflin, *Class. Kunst* 237.

(5) Gregorovius, *Gesch. der Stadt Rom im Mittelalter* VIII, 149.

(6) Steinmann, Botticelli, 9.

Principalmente la pintura en tablas, llena de un profundo espíritu religioso, consiguió el más alto florecimiento que consigna la historia de otro tiempo alguno; pero el Catolicismo fué el alma de este desenvolvimiento que alcanzó su apogeo en la pintura de aquella época (1). La religión católica suministrando á los artistas los más altos asuntos para sus cuadros, obtuvo por sí misma una maravillosa ilustración y glorificación por medio del suave lenguaje del arte. Innumerables cuadros expresan sentimientos profundamente piadosos, los cuales se hallan asimismo consignados con frecuencia en las conmovedoras inscripciones. Así, por ejemplo, debajo de la Procesión de la Santa Cruz, de Bellini, se lee esta letra: «Gentile Bellini, inflamado de amor á la Cruz, 1496.» En el arquitrabe de un retablo de altar de Pinturicchio (actualmente en Perusa) se halla la siguiente inscripción: «Mira, ¡oh mortal! cómo has sido redimido; para que la sangre del Cordero no se haya derramado inútilmente por ti.» En un cuadro de San Sebastián, que Mantegna pintó para sí propio, escribió esta hermosa letra: «Solamente lo divino permanece; todo lo demás es humo.»

Verdad es que al lado de la tendencia del espíritu cristiano, ya se descubre acá y allá, en los cuadros y esculturas, una tendencia sensual y pagaña, aunque en el siglo xv todavía muy raras veces; pero cabalmente las más eximias obras respiran purísima religiosidad, sin que ninguna de las muchas escuelas artísticas constituya una excepción en esta parte. Antes bien, los maestros de las más diversas tendencias andaban á porfía por comunicar la más bella expresión á las sublimes verdades y profundos misterios del Cristianismo. ¿Quién no conoce aquella devoción fervorosa de los maestros de Umbría: la suave gravedad de un Francia, la ternura de los Robbia, las admirables líneas de Luini, el brillante colorido de los Bellini? Y cuando después brilló la edad de oro del arte, precisamente los adalides más geniales de ella, como Leonardo, Rafael y Miguel Angel, ejecutaron sus más perfectas obras en el terreno del arte religioso. La Cena, de Leonardo; los cartones para los tapices de la Sixtina y la Transfiguración, de Rafael (2), son las primeras obras donde la pintura cristiana alcanzó

(1) Así opina Schaden, 197. Cf. el juicio de Steintle en el «Kirchenschmuck», 1898, p. 63 s.

(2) Sobre la Disputa, cf. abajo, libro 3, cap. 10; sobre la Cena de Leonardo de Vinci, el hermoso estudio de Frantz, *Das heilige Abendmahl des Leonardo da Vinci*. Freiburg 1885.

propiamente su apogeo. Ante todo emulaban pintores y escultores en glorificar á la Santísima Virgen. En Rafael este asunto constituye «el tema de su vida, el hilo de oro que se entreteje en todas las producciones de su arte», como lo demuestran cerca de cincuenta imágenes de la Madonna pintadas de su mano. La corona de estas creaciones es la Sixtina, donde, como en todas las obras del Urbinate, se enlaza harmónicamente, con el realismo de la forma, el idealismo de la representación (1); allí resplandece María como Virgen, Madre de gracia y Reina de los cielos, en una sola figura (2). El dolor de la divina Madre está expresado de la manera más conmovedora en la Pietà de Guido Mazzoni (terracotta en San Juan de Módena, 1480) (3), en la Pietà de Juan Bellini, en Milán (4), y en la famosa obra maestra de Miguel Angel (5). En las representaciones de la historia de la Pasión, ejecutadas por los artistas del Renacimiento, es característico que, por la mayor parte, y en oposición á los artistas del Norte, evitan todo lo posible lo repulsivo ó repugnante; casi nunca procuran un efecto enérgico á costa de la belleza, y guardan generalmente una mesura genuinamente artística (6).

Aun cuando Italia ha provisto abundantemente casi todos los museos de Europa, todavía en la actualidad ostenta una tan inagotable multitud de obras eximias de la pintura religiosa, que la enumeración, sólo aproximadamente completa de ellas, exigiría una obra particular. Los retablos de las iglesias constituían la clase principal de las pinturas sobre tabla. Juntamente se pintaban muchas imágenes para la devoción privada de las familias; con frecuencia se trataban asuntos bíblicos, y se cultivó también el retrato. El interés por la Antigüedad abrió un nuevo mundo de argumentos, empleando la mitología é historia antigua para el ornato de los magníficos salones de las personas nobles y ricas (7). Sin embargo, los asuntos religiosos constituyen aún la mayoría en

(1) P. Keppler, *Raffaels Madonnen*, en las *Histor.-polit. Bl.* XCVI, 19 ss., 81 ss. Sobre Rafael como pintor cristiano, cf. Beissel en «*Stimmen aus Maria-Laach*» XVIII, 473 ss. y *Rev. de l'art chrét.* 1883, Oct. V. también las manifestaciones de Steinle loc. cit.

(2) Naumann, *Archiv für zeichnende Künste*, Jahrg. II, p. 100.

(3) *Archivio st. dell' Arte* III, 10.

(4) Müntz, I, 5.

(5) Cf. más adelante, lib. 2, cap. 12.

(6) Cf. Graus en el «*Kirchenschmuck*», 1895, p. 104.

(7) Woltmann II, 134.

el siglo xv, hallándose, respecto de los antiguos, en una proporción de veinte por uno (1). Pero el progreso de la pintura hacia el realismo (que por lo demás distinguió todo el arte del siglo xv, especialmente el de la escuela flamenca, todavía dominante entonces en Europa), se obtuvo, sin embargo, á costa de muchas innovaciones no exentas de inconvenientes: los Santos perdieron muchas veces su nimbo y sus atributos, y asimismo su tipo tradicional, presentando con frecuencia el semblante de los contemporáneos (2). El estudio del desnudo, indispensable para la verdad natural de la representación, recibió durante el Renacimiento extensión considerable (3); no obstante, durante el primer periodo del Renacimiento, se hallan muy raras veces figuras desnudas de hombres, y no se encuentran absolutamente las de mujeres; mientras por el contrario, los niños se pintan con frecuencia desarropados (4). La Religión, sin incurrir en estrechez de ánimo, mantenía sin embargo á los artistas en convenientes límites, los cuales algunas veces fueron traspasados, pero no se borraron hasta la época segunda del Renacimiento.

Tuvieron especial importancia como paladines contra el espíritu mundano que á trechos se iba manifestando en el arte del Renacimiento, los pintores de la Orden Dominicana (5), á cuya cabeza estaba Fra Giovanni Angélico, el pintor cristiano por excelencia (6). Más adelante brilló entre todos el gran Fra Bartolomé della Porta (m. 1517) (7). De la cruzada de Jerónimo Savonarola contra las degeneraciones del arte del Renacimiento, hablaremos más adelante, donde consideraremos también los extravíos del arte en el siglo xv, los cuales se hallaban, no obstante, en aquella época, en una insignificante minoría.

Si echamos una mirada á la casi innumerable muchedumbre de obras de arquitectura, pintura y escultura, que produjo en Italia

(1) Müntz, I, 232, 273.

(2) Müntz I, 298, 327-346, 604.

(3) Müntz, I, 232.

(4) Müntz I, 291: «En thèse générale les quattrocentistes évitaient de représenter des figures nues... L'emploi des figures nues ne cessa d'ailleurs, pendant tout le quinzième siècle, soulever des protestations.» 500.

(5) Renaissance und Dominikanerorden. Histor.-polit. Bl. XCIII, 897 ss.; XCIV, 26 ss. P. Vincenzo Marchese, Memorie dei più insigni Pittori, Scultori e Architetti Domenicani, ed. IV, 2 vols. Bologna 1878-1879.

(6) Cf. nuestras indicaciones, vol. II, p. 184 ss.

(7) Cf. Frantz, Fra Bartolomeo della Porta. Regensburg 1879.

el siglo xv, no cabe dudar que su inmensa mayoría, á pesar de la influencia de lo antiguo, está llena de un espíritu creyente y religioso, y que el arte de aquella época fué en substancia verdaderamente cristiano (1). El arte del período del Renacimiento, aun cuando se puede denominar aristocrático, por haber florecido en las cortes de los principes donde servía directamente para la vida seglar (2), se empleó, sin embargo, principalmente en el adorno de las iglesias. Lo mejor que pudieron crear la arquitectura, la pintura, la escultura y las artes industriales, se consagró al ornato del templo de Dios (3), donde todos los tesoros del arte se hallaban patentes á los ojos del pueblo, y éste podía todos los días contemplarlos y estudiarlos con un sosiego lleno de devoción. Allí formaba su gusto y aprendía á imitar aquellos dechados. De esta suerte fué entonces el arte, en grande escala, una declaración de la fe para grandes y pequeños, y en este lenguaje habla todavía actualmente la religión aun á aquellos que no la profesan.

(1) Citaremos aquí los juicios unánimes de varios escritores acerca de este punto, Müntz, I, 273 274: «El sentimiento religioso inspiró constantemente, en el siglo xv, la inmensa mayoría de las obras artísticas. El arte aparece estrechamente unido con la religión.» Thode, Franz von Assisi, 525: «A pesar del influjo de la Antigüedad, el arte, aun en el siglo xv, es puramente cristiano.» P. Keppler, *Kunstbetrachtungen*, en las *Histor.-polit. Bl.* XCV, 17 ss.: «La misma época del renacimiento, ha producido obras artísticas religiosas, que por la grandeza de fe y devota unción pueden sostener el cotejo con las obras maestras del arte antiguo. También el renacimiento echa precisamente sus más vigorosas y potentes raíces en el suelo de la Iglesia, de la fe, de la religión: no es irreligioso, ni en su idea fundamental, ni en su carácter general, ni en sus obras principales. También él debe á la fe y á la religión lo más elevado y sublime que ha producido.» Vischer, Signorelli 143: «Si estudiamos las imágenes de los pintores y escultores italianos del Renacimiento, podemos reconciliarnos con el espíritu de los italianos, pues en ellas se manifiesta una verdadera religiosidad.» Gothein, Ignatius von Loyola 87: «Al arte plástica, de muy diferente manera que á la poesía, le incumbe el oficio de dar forma material á ideales religiosos. La manera cómo ha desempeñado este oficio, cómo ha atestiguado su agradecimiento al Cristianismo, y qué servicios ha prestado y presta todavía especialmente al Catolicismo, es lo más notorio que puede haber. Ciertamente no era necesario que el artista, que pintaba imágenes piadosas tuviese también él mismo sentimientos piadosos, aunque sabemos de los más importantes, que sus creaciones y sus sentimientos estaban en consonancia; pero lo que pintaba ó cincelaba, debía él haberlo sentido y también visto. De esta manera el arte italiano ha representado toda la grande escala de los sentimientos religiosos desde los más sencillos hasta los más elevados, con perfección incomparable.

(2) Müntz I, 234.

(3) R. Meyer en el *Suplemento científico de la Leipziger Zeitung*, n.º 129, del 27 de Octubre de 1894.

Con razón, pues, dice un investigador moderno, acerca de la importancia del arte para las costumbres morales y religiosas del pueblo italiano durante la época del Renacimiento: «Por todas las manchas que afeaban á la Italia de entonces, satisfacían las artes del diseño, las cuales no eran negocio de aristocráticos sibaritas, sino asunto de todo el pueblo, cuyos propios sentimientos se exteriorizaron en ellas.» Las obras de arte quedan como «argumento de que la devoción íntima y la elevación creyente, hablaban todavía á los ánimos y eran comprendidas por ellos. Y aun donde los afectos no pueden tomarse por propiamente religiosos, se mostraba, sin embargo, una belleza tan espiritual, una tal pureza de sentimientos, tan elevada gravedad, tan encendido entusiasmo por lo sublime, que á pesar de todas las deficiencias morales de la época se presenta, no obstante, de una manera indudable, el fondo sano, puro y noble que permanecía en aquel pueblo, el cual se había acostumbrado á buscar lo bueno bajo la forma de lo bello» (1).

El viviente impulso de la fe que produjo aquellas creaciones artísticas, se descubre asimismo en muchos otros fenómenos. Al lado de los prelados, obispos y cardenales indignos, á la verdad sobradamente numerosos, se ofrece también al atento observador una serie de egregios varones, los cuales cumplieron entera y perfectamente sus deberes en aquella efervescente época de transición. Tales fueron en el episcopado: Mateo Bonimperto, obispo de Mantua (m. 1444); Lorenzo Justiniano, de Venecia (m. 1466) (2); Gabriel Sforza, de Milán (m. 1457); San Antonino, de Florencia (m. 1459); Gaspar Zacchi, de Osimo (m. 1474); Natulo Lombardi, de Bovino (m. 1477); Francisco Cayetani, de Squilace (m. 1480); Antonio Bertini, de Foligno (m. 1487); Juan Bautista Pinelli, de Cosenza (m. 1495); Jacobo Pasarella, de Imola y Rimini (m. 1495); Roberto de Lecce, obispo de Aquino (m. 1495); en Módena, Nicolás Sandonnino (m. 1499); en Belluno y Padua, Pedro Barozzi (m. 1507); en Nápoles, Alejandro Caraffa (m. 1503); en Chieti (desde 1505 á 1524), Juan Pedro Caraffa; en Forlì, Pedro Griffi (m. 1516); en Pistoya, Nicolás Pandolfini (m. 1518) (3).

(1) Woltmann, II, 136.

(2) V. Wetzer und Welte's Kirchenlexikon VII², 1528 s., donde se halla más extensa bibliografía.

(3) Sobre las personas nombradas, cf. Ughelli, señaladamente IV, 380; III, 224; I, 563; VIII, 384; IX, 622; I, 761; IX, 312 s.; II, 690; I, 445; II, 158; V, 439; VI, 224, 943; II, 626; III, 376. Sobre S. Antonino, cf. arriba p. 74 s. y nuestras indi-

También en el Senado supremo de la Iglesia hubo no pocos prelados que resplandecieron por las cualidades del espíritu y del corazón. Martín V nombró una serie de cardenales, entre los cuales descollaban principalmente Doménico Capránica, Juliano Cesarini y Nicolao d'Albergati. Eugenio IV adornó con la púrpura al eminente griego Bessarión, á Juan Torquemada, Juan de Carvajal, Enrique de Allosio y Nicolao de Cusa. Calixto III elevó al excelente infante Jacobo de Portugal; Pío II al digno hermano de Doménico Capránica, Angelo, á Bernardo Eroli, Alejandro Oliva y Roverella. En tiempo de Paulo II fueron nombrados el noble Oliverio Caraffa y Marco Barbo. También fueron agregados como dignos miembros al Colegio cardenalicio, en tiempo de Sixto IV, Esteban Nardini, los dos españoles Auxias de Podio y Pedro González de Mendoza, y además Gabriel Rangoni y el santo Elías de Bourdeilles (1).

Cuando luego fué penetrando cada día más el aseglaramiento en el Sacro Colegio, no faltaron tampoco, al lado de indignos cardenales, otros varones piadosos, sabios y hábiles en la práctica de los negocios, que fueron ornato de la Iglesia, como Raimundo Peraudi, nombrado cardenal por Alejandro VI. Pero sobre todos es digno de mencionarse aquí el gran Francisco Jiménez de Cisneros, quien juntó con la mayor severidad y simplicidad de costumbres, un brillante talento administrativo y sorprendente formación científica: obtuvo el rojo capelo en tiempo de Julio II. Más adelante, en el reinado de León X, resplandeció en el Senado de la Iglesia Cayetano (Tomás de Vío), el cual desplegó una maravillosa actividad como legado en Alemania, Francia y Hungría, y por su extraordinaria ciencia fué considerado como el mayor teólogo desde Santo Tomás de Aquino (2).

caciones vol. III, p. 67. Sobre las reformas ejecutadas por Caraffa en Chieti, v. Dittich en el *Hist. Jahrb.* V, 346 s. Burckhardt II, 104, 230 hace notar, que en Italia los obispados casi nunca se conferían según el árbol genealógico (como v. gr. en Alemania), y además que los novelistas y otros escritores burlescos apenas mentaban para nada á los obispos. Bandello en sus novelas, II, 39, 40, traza retratos de obispos virtuosos.

(1) Cf. nuestras indicaciones vol. I, p. 403-407; 457-460, vol. II, p. 48 ss. y en otros muchos lugares así de éste como de los tomos siguientes.

(2) Sobre los personajes citados hablaremos extensamente más abajo. Fuera de eso, cf. *Hist.-polit.* Bl. LXXIV, 103 s. Paris de Grassis, ed. *Frati* 231, y Sanuto XI, 771, 773 elogian unánimemente á Caraffa. Cuando murió Peraudi en Septiembre de 1505, escribía Julio II: *Erat enim rectus et sedi apost. admo-*

Aun en Santos fué el periodo del Renacimiento más abundante de lo que ordinariamente se supone. El catálogo de ellos, no completo, que ponemos abajo, ordenado conforme á los años de su muerte, puede dar al lector algún concepto de la gloriosa corona de santos y beatos que produjo en aquella época la nación italiana; y la vida de los tales nos descubre, en la Italia cristiana del Renacimiento, un aspecto de su existencia que por mucho tiempo se ha perdido de vista totalmente al lado del Renacimiento pagano (1).

dum utilis. Brevi episc. Lesinen. s. d. Lib. brev. 29 sq. 72^b. *Archivo secreto pontificio*.

(1) Cuanto á la lista que sigue, me remito en general á Chevalier, Répert., donde se hallan indicadas con sumo cuidado y diligencia las más amplias y completas noticias bibliográficas. También se hallarán algunos datos sobre los santos del primer tiempo del Renacimiento, en la presente obra, vol. I, p. 154 ss.

1400. Oddino Barotti, preboste de Fossano en el Piamonte.

1404. Jacobo d'Oldo, sacerdote de Lodi.

1410. Ursulina, de Parma.

1411. Daniel, de Venecia, camaldulense.

1415. Benincasa Rapaccioli, servita.

1419. Clara Gambacorti, dominica.

1426. Juan Dominici, dominico.

1426. Benincasa, servita, en Toscana.

1429. Gemma de Sulmona.

1429. Conradino, dominico, que rehusó la púrpura y murió en Bolonia, sirviendo á los apestados.

1430. Manfredo de Riva, ermitaño.

1432. Roberto Malatesta, terciario franciscano de Rimini.

1433. Esteban Agazzari, canónigo regular de Bolonia.

1435. Pedro Gambacorti, fundador de los ermitaños de S. Jerónimo.

1435. Angelina de Marsciano, terciaria franciscana de Foligno.

1440. Francisca Romana.

1443. Nicolás de Albergati, obispo de Bolonia y cardenal.

1444. Bernardino de Sena.

1446. Juan Tavelli, obispo de Ferrara.

1447. Tomás Bellacci.

1447. Coleta.

1450. Angelina, clarisa de Spoleto.

1451. Herculano de Plagarío, franciscano.

1451. Mateo de Girgenti, franciscano.

1452. Pedro Geremia, dominico.

1455. Fra Angélico de Fiésóle, dominico, pintor.

1455. Juan Bassand, celestino.

1455. Andrés de Módena, franciscano.

1456. Lorenzo Giustiniani, patriarca de Venecia.

1456. Felipe de Aquila, franciscano.

1456. Rita de Casia.

Los sentimientos profundamente religiosos del pueblo italiano se manifiestan en las diversas obras de caridad, en el magnífico florecimiento del arte y en los numerosos santos y beatos, y se muestran asimismo en todas las clases de la población, de las más diversas maneras. Ni lo borrascoso de la época, ni la corrupción de una gran parte del clero, fueron capaces de destruir el espíritu piadoso (en

1456. Juan Capistrano, franciscano.
1456. Gabriel Feretti.
1457. Angela Félix.
1458. Angel Masaccio, Camaldulense.
1458. Cristina Visconti de Espoleto.
1458. Antonio ab Ecclesia.
1458. Helena Valentinis, de Udine.
1459. Antonino, arzobispo de Florencia.
1460. Antonio Neyrot, de Rípoli.
1460. Arcángel de Calatafimi.
1463. Catalina de Bolonia, clarisa.
1463. Magdalena Albrici.
1466. Bartolomé de Cerveriis, dominico.
1467. Margarita, princesa de Saboya, dominica.
1471. Antonio de Stronconio.
1471. Mateo Carrieri, dominico.
1472. Juan Bonvisi, franciscano.
1476. Jacobo de la Marca, franciscano.
1478. Catalina de Pallanza.
1478. Serafina de Pesaro.
1479. Andrés de Montereale, agustino.
1479. Miguel de Barga, franciscano.
1480. Andrés de Peschiera, dominico.
1482. Amadeo, franciscano de Milán.
1482. Pacífico Ceredano, franciscano.
1483. Jacobo Felipe Bertoni, servita.
1483. Damián Fulcheri, dominico.
1484. María degli Alberici.
1484. Cristóbal de Milán, dominico.
1485. Jacobo, franciscano de Bitetto.
1486. Bernardo de Scammaca, dominico.
1489. Bartolomé Foresta, franciscano.
1490. Pedro de Molino, franciscano.
1490. Ludovico Rávida, carmelita.
1491. Jacobo Alemannus, dominico de Bolonia.
1491. Juana Scopelli, de Reggio.
1491. Eustoquia Calafata, clarisa.
1491. Vital de Bastia.
1494. Bernardino de Feltre.
1494. Sebastián Maggi, dominico.
1494. Antonio Tnrriani, agustino.
1495. Angel de Chiavasso.
1495. Francisca, servita de Mantua.

algunas partes fervorosamente piadoso), del pueblo. Aun en medio de las sangrientas luchas de partido, como se hallan, v. gr., en Perugia, no se puede menos de señalar la religión y piedad de los mejores ciudadanos en aquellos mismos terribles años (1).

La piedad de las masas se mostró de una manera imponente en los grandes jubileos de los años 1450, 1475 y 1500 (2); y no menos prorrumplía el poderoso sentimiento religioso que animaba á todas las clases de la población, en las calamidades públicas, principalmente en las frecuentes enfermedades epidémicas, procurando la salud por todas maneras en semejantes épocas, por medio de obras de penitencia, devoción y misericordia. Cuando en el año de 1457 afligieron á Bolonia la peste y los terremotos, cruzaban las calles, según la relación del cronista de la ciudad, grandes procesiones de rogativas; veíanse catervas de disciplinantes que se iban flagelando, y cuando llegaban á las cruces erigidas en las calles, exclamaban en alta voz: «¡Misericordia, misericordia!» Durante ocho días enteros ayunó con el mayor rigor casi toda la ciudad; de suerte que los carniceros no vendieron nada de carne; y hasta las mujeres que vivían del vicio se enmendaron (3). En el año de 1496, en medio de las turbaciones interiores de la ciudad de Sena, se esparció el rumor de apariciones maravillosas que infundían espanto; é inmediatamente comenzaron las hermandades á celebrar procesiones, haciéndose lo mismo por su orden en todas las parroquias de la ciudad, y dirigiéndose grandes comitivas de hombres y mujeres á la catedral, donde cada uno ofrecía una vela de cera ante la imagen de la Virgen María de Duccio di

1495. Verónica de Binasco.

1495. Doménica, franciscana de Urbino.

1499. Marcos de Módena, dominico.

1502. Jerónimo Garibi, franciscano.

1503. Martín de Vercelli, agustino.

1504. Vicente de Aquila, franciscano.

1505. Margarita de Ravena.

1505. Osanna de Mantua.

1506. Colomba de Rieti.

1507. Francisco de Paula, fundador de los Mínimos.

1507. Francisco de Caldarola, franciscano.

1510. Catalina Fiesco Adorna.

1511. Juan Licci.

1520. Helena Duglioli dall'Olio, de Bolonia.

(1) Burckhardt, *Cultur*, I, 29.

(2) Ct. nuestras indicaciones de los tomos I y II, y abajo, libro 2, cap. 11

(3) *Annal. Bonon.* 890.

Buoninsegna (la célebre *Majestas*). Fuera de esto cada cual ofrecía, según su posibilidad, obras de misericordia: el uno, refiere Allegretto Allegretti, redimía á un preso por deudas, el otro dotaba á una doncella pobre, y muchos otros hacían celebrar la santa Misa. Así lo hicieron los miembros de todas las hermandades; los cuales día y noche recorrían las calles descalzos y disciplinándose, y repitiendo incesantes plegarias para que el Señor los librase de las tribulaciones (1).

Como á fines de 1504 y principios de 1505 se viera afligida Bologna por un violento terremoto, su Gobierno mandó inmediatamente se celebrasen grandes procesiones en las que se llevaban las principales reliquias y la Madonna de San Lucas. La gente se vestía de luto y se ceñía el cingulo de la penitencia, oraba y ayunaba; y en agradecimiento por haber cedido finalmente aquella calamidad, hizo Juan Bentivoglio que Francisco Francia y sus discípulos pintaran en la capilla de Santa Cecilia la leyenda de esta Santa (2).

De una manera semejante procedieron los venecianos después de la terrible derrota sufrida en Agnadello á 14 de Mayo de 1509. El mismo Gobierno de la ciudad mandó celebrar una gran función de penitencia para aplacar la ira divina; y más de 70,000 moradores de la Reina del Adriático recibieron en aquellos terribles días los santos Sacramentos (3).

Aun cuando muchos ministros de la Iglesia y aun algunos papas, como Alejandro VI, fueron de costumbres por extremo aseglaradas, los italianos supieron distinguir más hondamente que ninguna otra nación, entre la persona y su carácter sagrado. No en vano había insistido tanto Santa Catalina en que, en todo caso se debía obedecer aun al más vituperable de los papas (4).

(1) Allegretto Allegretti, 856.

(2) Gozzadini, Giov. Bentivoglio 147 s. Woltmann II, 310, 318. Estos frescos, aunque deteriorados, son de tan grande hermosura, que los que visitan la capilla, no pueden dejar de conservar de ellos un recuerdo imperecedero; señaladamente el entierro de Sta. Cecilia es obra de incomparable delicadeza y gracia.

(3) Cf. Bembo, l. VIII.

(4) Schultheiss en el Allgem. Zeitung, 1892, n.º 294, Suplemento. Cf. también Gothein, Ignatius 79. S. Antonino trata muy en particular de la posibilidad de que aun sacerdotes malos sean sublimados hasta el papado, y de la obligación que hay de obedecer también á los tales. En la sociedad humana,

Por más que los ministros que distribuían las gracias y bendiciones fueran personas indignas, el pueblo estaba persuadido de que los indignos representantes de Cristo no dejaban de serlo en el ejercicio de su sagrado ministerio, y que los Sacramentos derivan su eficacia del mismo Cristo, no de la santidad del que inmediatamente los dispensa. Hasta un gran criminal como Vitellozzo Vitelli, no tuvo antes de ser ejecutado otro más ardiente deseo, que el de recibir la absolución del Papa, aunque éste era un Alejandro VI (1). Los hijos de Catalina Sforza la exhortaban, en su desgracia, á que no se dejara arrastrar por el demonio á la desesperación, aun cuando le representara vivamente todos sus maleficios; pues una sola gota de la sangre de Cristo era suficiente para expiar todos los pecados del infierno. Catalina había sido siempre una verdadera mujer de su época; á pesar de toda su liviandad no había perdido la fe, y en medio de sus extravíos morales, edificaba iglesias y socorría á los monasterios. En su edad avanzada se arrepintió de su crueldad, asistía diariamente á la santa Misa y distribuía limosnas (2). Por semejante manera procuró Lucrecia Borja, con la piedad y las obras de misericordia, compensar las faltas de su ligereza juvenil (3).

Eran sumamente raros los casos en que alguno rechazaba en el lecho de muerte los consuelos de la religión. Cosimo de' Médici había contraído grandes responsabilidades por la crueldad contra sus adversarios y la arbitraria distribución de los tributos; pero cuando se acercó su fin, se manifestó hondamente preocupado por

dice, el orden querido por Dios, estriba en el poder de la autoridad. Por tanto, por malos que sean los superiores ó inferiores, este orden és en sí un bien, y engendra un bien. El poder que Dios dió al demonio para tentar ó afligir á Job, á S. Pedro ó á S. Pablo, hubo de servir para probar ó humillar á los tentados. Luego insiste S. Antonino con expresiones enérgicas en el deber de la obediencia, especialmente al Papa, depositario de la más alta autoridad que hay en la tierra. Por lo demás, continúa, un Papa imperfecto cuanto á las costumbres, puede ser, sin embargo, un buen soberano. Y si sucediese que el Papa fuese al mismo tiempo mal hombre y mal soberano, no por eso sería menos verdad, que el abuso del poder procede de la perversidad de los hombres, pero el poder mismo viene de Dios; el cual poder sirve á los escogidos de purificación y de salud, y á los malos de tormento y condenación. S. Antonino, *Summ. theol.* III, tit. 22, c. 2.

(1) Machiavelli, *Scritti minori* 142. Burckhardt, *Cultur I*, 98, 148, 251. Cf. Barzellotti, *Italia mistica* 51.

(2) Pasolini II, 290, 398 s.

(3) Cf. más abajo, libro 2, cap. 10.

la salud de su alma, confesó y recibió con grande fe y arrepentimiento el Sagrado Viático, después de haber pedido á todos perdón (1). Lorenzo de' Médici, á pesar de sus morales extravíos y del influjo dominante que habia ejercido en él la antigua Filosofía, perseveró firmemente adicto al Cristianismo positivo. También él murió como fervoroso católico: cuando le llevaron la Sagrada Comunión no quiso aguardar á su Salvador echado en el lecho; antes bien, á pesar de todas las reflexiones de los que le rodeaban, levantóse el moribundo, se vistió y se dirigió á una sala, ayudado de sus servidores, donde en presencia del Santísimo se postró de rodillas; y la devoción con que recibió el Sagrado Viático produjo en todos la más honda impresión (2).

Aun hombres que se habían permitido en vida las más graves ironías y sarcasmos contra los sacerdotes y la Iglesia, se convirtieron á la fe de su juventud, cuando vieron cerca de sí la severa imagen de la muerte.

Las censuras eclesiásticas no poseían ya tan eficaz influjo como en anteriores tiempos, en parte por culpa del clero, que abusó de ellas fulminándolas con excesiva frecuencia, y muchas veces por motivos fútiles (3); pero, sin embargo, eran todavía temidas y observadas por innumerables personas. Testigo de ello es el empeño con que se procuró obtener se levantara el entredicho; testigo es también la impresión que hizo generalmente la excomunión pronunciada por el Papa contra Savonarola (4).

Era universal la fe en la intercesión de los Santos y la bienhechora eficacia de sus reliquias. Todas las ciudades, todos los pueblos procuraban afanosamente asegurarse la protección de semejantes espirituales tesoros, sin exceptuar siquiera Gobiernos como el veneciano que, por su absolutismo político, se hallaron casi constantemente en lucha con Roma. Refiérense repetidamente los afanes y sacrificios que se emplearon para obtener ciertas reliquias de los países conquistados por los turcos; y á la llegada

(1) Schultze, S. Marco 50. Reumont, Lorenzo I^o, 139. Sobre C. Marsuppini, que murió sin confesión y comunión, cf. nuestras indicaciones, vol. I, pág. 139.

(2) Reumont, Lorenzo II^o, 416.

(3) Ya en 1408 se queja de eso P. P. Vergerio (Arch. stor. per Trieste, l'Istria ed il Trentino I, 372); cf. además la *relación del embajador florentino, fechada en Roma, á 27 de Febrero de 1454. *Archivio público de Florencia*. Cl. X, Dist. 2, n.º 20, f. 259^o.

(4) Para pormenores sobre eso, v. más abajo. V. además Burckhardt, I^o, 137 y Campori, CIII Lettere inedite di Sommi Pontefici (Modena 1878) I. s.

de las mismas, todos los magistrados del Gobierno, con el Dux á la cabeza, salieron en solemne procesión al encuentro de los sagrados restos. Por la túnica inconsútil del Señor se resolvió, en 1455, gastar hasta 10,000 ducados; pero no fué posible adquirirla (1). Las Repúblicas de Sena y Perusa llegaron hasta á sostener una guerra por la posesión del anillo nupcial de la Santísima Virgen, y Sixto IV se esforzó por resolver aquel litigio. La ciudad más ricamente provista de reliquias era Roma, y cabalmente en el siglo xv logró obtener dos de las más insignes; es á saber: la cabeza de San Andrés, adquirida por Pío II, y la sagrada Lanza, que el Sultán regaló al Papa Inocencio VIII. La recepción de una y otra reliquia tomó el carácter de una grandiosa solemnidad, en la cual desplegó todos sus esplendores el Renacimiento cristiano (2). Cuán celosamente guardara sus reliquias la población de Roma, lo mostró el hecho de haber dirigido los magistrados apremiantes representaciones al papa Sixto IV, en el año de 1483, cuando quiso éste enviar al moribundo Luis XI algunas de las reliquias que se conservaban en Roma (3).

La devoción á la Virgen Santísima fué muy grande también entonces, como generalmente ha sido siempre en Italia. Grandes y pequeños, príncipes y pontífices, no menos que los sencillos ciudadanos y labriegos, andaban á porfía en el culto de Nuestra Señora; y la poesía y el arte crearon sus más altas obras para glorificar á la Madre de Dios. Innumerables iglesias y capillas le estaban consagradas, y continuaban dedicándosele de nuevo (4); Umbria y Toscana están como sembradas de frescos representando á la Virgen María, principalmente su coronación (5). Las innumerables tablas en las que se pintó á la Virgen, llena de augusta majestad como Madre de Dios, y al Divino Niño como consciente de su misión altísima, se multiplicaban sin término. Algunos artistas, como Lucas della Robbia, y más adelante Rafael, obtuvie-

(1) Burckhardt, I, 72.

(2) Cf. nuestras indicaciones del tomo II y más abajo, libro I, cap. 4.

(3) Sixto IV alegó el ejemplo de sus predecesores, señaladamente de S. Gregorio Magno, que habían igualmente regalado reliquias. Jac. Volaterranus en Muratori XXIII, 187.

(4) La mayor parte de las iglesias dedicadas á la santísima Virgen que hay en Italia, deben su origen y su forma al renacimiento y al estilo barroco; v. «Kirchenschmuck», 1896, p. 100.

(5) Cf. Finke, F. Ittenbach (Köln 1898) 39.

ron fama universal por sus imágenes de la Virgen Santísima (1). Las imágenes milagrosas de la Madre de Dios se consideraban como los más preciosos tesoros de las ciudades, y en tiempos de calamidades públicas eran llevadas por las calles en solemnes procesiones. Con filial confianza se dirigía el pueblo en todas sus necesidades á la Madre de gracias; agrupadas bajo su manto protector se hacían pintar familias enteras, hermandades y jefes de las ciudades, como ilustración viva del conmovedor himno popular:

Sotto il tuo bel manto
amabile Signora,
viver io voglio, e ancora
voglio morir un di.

Sucedió entonces que ciudades enteras, como, v. gr., la de Sena en el año de 1483, se consagraran á la Reina de los Cielos (2); lo cual imitó más adelante Savonarola, declarando á Cristo por Rey de Florencia, con entusiasta asentimiento de todos.

Las fiestas eclesiásticas se disponían con una pompa y gusto, de que no tenían concepto alguno los países del Norte. La majestad de las funciones había sido siempre extraordinariamente grande en Roma, punto central de la Iglesia; pero todavía se aumentó en el reinado de los papas Pío II y Paulo II. Con el mayor esplendor se solemnizaba la fiesta del Corpus, por cuya digna celebración se esforzaron Martín V y Eugenio IV. En Roma tomaban parte en la solemne procesión los mismos papas, presentándose en ella con todo su pontifical ornato, las más de las veces en la *sedia gestatoria*, rodeados de todos los cardenales, prelados y de todo el clero de la Ciudad. Nicolao V y Pío II, por especial devoción al Santísimo Sacramento del altar, asistieron á pie á dicha procesión, llevando personalmente la custodia. Hasta cuando la

(1) Sobre Rafael, v. arriba p. 116; sobre Robbia: Bode, *Die Künstlerfamilie der Robbia und ital. Plastik* 73 ss.; cf. también Burckhardt, *Beiträge* 12. Cavalucci-Molinier, *Les della Robbia*. Paris, 1882. M. Reymond, *Les della Robbia*. Firenze 1897.

(2) Cf. Burckhardt, *Beiträge* 158 s. Las explicaciones de Burckhardt, (*Cultur* I^o, 252 s., 254 s., 256 s., 335) necesitan muchas veces de corrección; lo mismo hay que decir de las de Barzellotti, *Italia mistica* 52. Ni uno ni otro han conocido las numerosas obras católicas sobre los santuarios de la santísima Virgen, célebres por sus romerías. Cf. el catálogo de los mismos en Wetzer und Welte's *Kirchenlexikon* VIII^o, 848 s.

Corte pontificia andaba de viaje, como por ejemplo, en el año de 1462, cuando Pío II se hallaba en Viterbo, se celebró, no obstante, la fiesta del Corpus con gran pompa, semejante á la que se desplegaba en Roma. Las descripciones de los contemporáneos manifiestan de qué manera, en tales ocasiones, toda la magnificencia y fausto, tan desarrollados en la época del Renacimiento, se pusieron al servicio de la Religión (1). Dábase entonces particular importancia á los magníficos estandartes eclesiásticos, cuyo ornato pictórico cultivó sobre todo la escuela de Umbria (2). Alcanzó celebridad general la festividad del Corpus en Venecia, en la cual tomaban siempre parte el Dux y todos los Magistrados de la ciudad (3); y asimismo, en Ferrara, la Casa reinante asistía por lo regular á la procesión del Corpus (4).

En Florencia revestía un carácter semidramático la solemne procesión que se celebraba el día de San Juan Bautista, de la cual se conservan descripciones de los años 1439 y 1454. Por la última mencionada, se ve que en la cabalgata se representaba toda la historia del mundo, desde la caída de Lucifer hasta el Juicio final (5).

La creciente veneración del Santísimo Sacramento del altar, que se mostraba en la magnificencia de la procesión del Corpus, es generalmente una de las más satisfactorias manifestaciones de aquella época (6), y trascendió también al arte, produciendo numerosos y magníficos tabernáculos. Los más insignes maestros de la época emulaban en la construcción de receptáculos dignos para contener el cuerpo de Cristo; y así Ghiberti trazó en 1432 el tabernáculo para la iglesia del gremio de tejedores de lino de Florencia. Otros hermosos sagrarios de aquel tiempo se admiran todavía en la actualidad en Arezzo, Fiésole, Prato, en el hospital

(1) Cf. nuestras indicaciones, vol. III, pág. 276, s., vol. IV, pág. 98, s. Cf. también Burckhardt II, 144, 191; Moroni IX, 46 s., y D'Ancona I, 79 s., 296. Sobre la procesión del Corpus, que desde 1426 se celebraba solemnemente en Perugia, v. Cronache di Perugia, ed. Fabretti II, 6 s. En los *Annal. Bonon.* 911 está descrita la espléndida procesión del Corpus Domini, que se hizo en Bolonia en 1492.

(2) Müntz, *Raphael* 81.

(3) Cf. Sanuto VIII, 376 s., Molmenti 326 s. y Bollet. ill. del 19 congresso eucaristico de 1 de Octubre de 1897, 342 s.; cf. 233 s. sobre la procesión en Viena.

(4) D'Ancona I, 295.

(5) Creizenach I, 303 s.

(6) F. X. Kraus atribuye este culto creciente á la actividad de la orden franciscana. Lit. Rundschau 1895, 9. Cf. Stimmen aus Maria-Laach XXXIX, 45.

della Scala de Sena, en Santa María Nuova y en San Ambrosio, en el Domo y Baptisterio de Florencia y en muchos otros sitios. En un magnífico relieve de mármol (actualmente en el Museo Nacional de Florencia) representó Mateo Civitale, la Fe adorando ante un cáliz sobre el cual se levanta la sagrada Hostia; y no fué acaso el que, en tiempo de Julio II, la Disputa de Rafael diera á la Sagrada Eucaristía la más admirable glorificación artística (1).

Son conmovedores testimonios del culto del Santísimo Sacramento las oraciones compuestas en aquella época; y también en otras plegarias entonces usuales, se percibe la misma intimidad del sentimiento religioso. No pueden leerse sin emoción las plegarias de la mañana y de la tarde, la recomendación á San Jerónimo como protector durante el día, las devociones para la santa Misa y la confesión; y principalmente en Toscana, era muy usual la consideración del Venerable Beda sobre las siete últimas palabras del Salvador, traducida al lenguaje popular (2).

Semejantes oraciones nos trasladan á aquella época en que, sin cuidarse de los manejos mundanos y gentilicos de muchas personas ricas y eruditas, la población de las ciudades, dividida en numerosas cofradías, se reunía después de terminar los trabajos cotidianos, en sus iglesias y capillas, ó delante de las numerosas imágenes de la Virgen colocadas en los ángulos de las calles, para orar y cantar. Las procesiones de rogativas y las romerías eran también manifestaciones de aquel mismo sentimiento piadoso, y religioso espíritu (3).

(1) Para más pormenores, v. abajo libro 3, cap. 10.

(2) V. *Orazioni antiche Toscane* en Palermo, *Opera a ben vivere* di S. Antonino 295 ss.

(3) V. Reumont, Lorenzo II^o, 428 s. Con mucha frecuencia se ordenan peregrinaciones por medio de testamentos. Cf. el testamento del 19 de Agosto de 1472: Franciscus Marcilianus olim S. Georgii: Item volo, quod mittatur una persona bone conditionis ad S. Mariam de Monte Artono pro anima mea, cui dimitto duc. 1 auri cum hoc tamen, quod ire debeat discalciata a Padua usque ad ecclesiam ipsam. Et similiter volo, quod mittatur ad S. Mariam de Tarvisio alia persona... Item similiter volo mitti aliam personam ad indulgentiam S. Victoris (Atti Ant. Graselli b. 508, n. 98). 10 de Noviembre de 1485: Gasparus q. Johannis: Dimitto Isabethae uxori Bernardini meae consobrinae, qui Bernardinus laborat in mea apotheca, duc. 10 auri cum hoc, quod mittere teneatur aliquem sive ire ipsa in persona ad indulgentiam S. Mariae de Loretho pro anima mea (l. c. n. 110). 10 de Julio de 1503: Dominicus Dona: Item volo et ordino, quod mittatur Romam et Asciscium pro anima mea. Item quod mittantur personae ad S. Trinitatem, ad S. Crucem, ad S. Laurentium et ad Castellum pro anima mea (Atti Greg. Trina b. 958, n. 205). 11 de Febrero de 1506

Como puntos de peregrinación son importantes, después de Roma, principalmente Loreto y Asís; como también para el Sud de Italia el santuario del Arcángel San Miguel en el Monte Garano.

Por lo que mira á los demás sitios de peregrinación, entre los cuales alcanzó pronto grande importancia el Monte Santo ó Santuario de Varallo, fundado en 1491 (1), fueron con mucho los más numerosos los santuarios dedicados á la Santísima Virgen. También en esta parte se manifiesta hermosamente la veneración de los italianos á la Madre de Dios. A los antiguos santuarios de este género, algunos de los cuales procedían de los primeros siglos del Cristianismo, se añadieron aún de nuevo entonces: en el Piamonte, Nuestra Señora del Pilar de Mondovì; en Liguria, Nuestra Señora del Bosquecillo de Camogli, cerca de Génova; en Lombardía, Nuestra Señora de Gracia, cerca de Mantua; Santa María presso S. Celso, en Milán; en la Emilia, Nuestra Señora del Fuego, de la catedral de Forlì; Nuestra Señora de la Encina, de Viterbo; Nuestra Señora del Buen Consejo, de Genazzano; Santa María del Perpetuo Socorro de Roma, y otros (2).

Lo propio que en estos sitios de gracia, reuníase el pueblo creyente en particular cuando resonaba la voz de los grandes predicadores de penitencia. La libertad con que aquellos varones desempeñaban su ministerio, es uno de los más satisfactorios aspectos de la época; pero no lo es menos la profunda impresión que hacía en el pueblo la aparición de aquellos predicadores llenos de divino entusiasmo. En tales circunstancias se manifestaba cuán profundamente arraigada estaba la fe en el corazón de los italianos.

(m. v.) Damyanus de Pastrovichio: Item volo et sic ordino, quod mittatur una persona ad S. Mariam de Loretho pro anima mea (l. c. n. 204). *Archivo público de Venecia*.

(1) Cf. Motta, Il beato Bernárdino Caimi fondatore del Santuario di Varallo, Doc. e lett. ined. Milano 1891. «Kirchenschmuck» 1890, pág. 66 s. Zeitschr. f. bild. Kunst 1897, pág. 238 s., 262 s., 289s. Bordigo, Storia e guida del S. Monte di Varallo. Varallo 1830 y 1857. Museo storico ed artist. Valsesiano IV, n.º 8, 1891.

(2) Cf. Wetzer und Welte's Kirchenlexikon VIII², 856 s., donde se hallará la bibliografía relativa á este punto.

II

Pero junto á la Italia cristiana, se levantaba en la época del Renacimiento otra no cristiana; la cual había aceptado demasiadas cosas del espíritu de la antigua gentilidad. Aquella Italia, contra la cual pelearon incesantemente los grandes predicadores de penitencia, formaba con la otra un contraste tanto más rudo, cuanto más suele ser el Mediodía el país de los extremos opuestos. El mismo siglo que se vió ilustrado por la santidad de un Antonino, un Fra Angélico y un Francisco de Paula, es á la vez la época de Lorenzo Valla, Segismundo Malatesta, César Borja y Nicolás Maquiavelo. Junto á un Alejandro VI se sienta en la Silla de San Pedro un Pío II; junto á un Inocencio VIII, un Julio II. En todos los terrenos se hallan lo bueno y lo malo extraordinariamente confundidos en los Estados italianos del siglo xv (1).

Si se inquieren las causas principales por qué en aquella época muchos italianos se extraviaron por los más perniciosos descarríos, no puede ser dudosa la respuesta; es á saber: el desarrollo ilimitado del individualismo, cual lo promovió el falso Renacimiento. Los partidarios de esta perniciosa tendencia contraponían conscientemente á la abnegación de sí mismo, á la humildad y mortificación de la Religión cristiana, el egoísmo, el orgullo, la vanagloria, el espíritu mundano y la sed de placeres de la antigua gentilidad. De esta suerte surgieron aquellas funestas figuras, que juntaron con la más exquisita cultura una criminal audacia, malicia astuta y menosprecio de todas las leyes morales; hombres, cuyo tipo es *Nicolas Maquiavelo* (2). Cuando este escritor se lanza á decir: «Sí; nosotros los italianos somos particularmente irreligiosos y malos», la generalización de esta sentencia es falsa, pero la característica de los partidarios del Renacimiento pagano es verdadera. Los más de estos hombres se entre-

(1) Burckhardt, *Cultur I*, 16. Cf. Höfler, *Rodrigo Borja* 21, y Grimm, *Michelangelo I*, 117.

(2) Cf. Arnold E. Berger, *Die, «Rückkehr zum Zeichen»* (ritornar al segno, como dice Machiavelli), en la *Allg. Zeitung*, 1894, n. 237, Suplemento. Antonio de Vercelli flagela muy enérgicamente el egoísmo de su tiempo. *Serm. III*, 69.

garon á una desenfrenada vida sensual, y en los demás, desde el momento que se consagraron al estudio de la Antigüedad, el ideal de la grandeza histórica substituyó al ideal cristiano de la santidad de vida (1).

Con el desenvolvimiento de las tendencias gentílicas, está íntimamente enlazado el desarrollo de la *vanagloria* elevada hasta un extremo diabólico. Ya en Petrarca se manifiesta en alto grado un anhelo casi gentílico por la inmortalidad del nombre, y también encontramos en él la idea de una vida ulterior gloriosa para los grandes hombres; una especie de cielo pagano, conforme á las ideas de Marco Tulio y del Fedón platónico; sólo que en Petrarca, y generalmente en los humanistas cristianos, se percibe todavía con toda claridad la lucha que debía trabarse entre el conato incondicional hacia la gloria, y las exigencias de la humildad cristiana (2). Por el contrario, en los partidarios del falso Renacimiento no se encuentra ya rastro de esto. El concepto de la gloria y de la virtud se confunden é identifican en ellos, perdiendo la palabra virtud su sentido cristiano; aquel y sólo aquel que ha conquistado la corona de la gloria, es tenido por hombre excelente, cualesquiera que hayan sido los medios de que se valió. Donde de esta suerte el ideal de la gloria relegó á la obscuridad el ideal de la vida cristiana; el cielo cristiano conquistado por medio de la fe y de la propia abnegación es substituído por el cielo pagano, en cuyo abono se hallaban asimismo otras sentencias de los antiguos. Todavía en Dante no podían, aun los más grandes y virtuosos de los gentiles, pasar más allá del Limbo; pero ahora se colocaba sin dificultad en el cielo á los célebres patriotas antiguos. En el poema de Bernardo Pulci sobre la muerte de Cósimo el Viejo, es éste recibido en el cielo por Cicerón, á quien se llama también «padre de la patria»; por los Fabios, por Curcio, Fabricio y muchos otros: «con ellos, se dice más adelante, será sin duda ornamento del cielo, donde cantan sólo las almas irreprehensibles» (3).

El moderno concepto de la gloria se manifiesta en el culto de los hombres célebres, de sus sepulcros y de las casas donde habían nacido, cual se halla en numerosas producciones de la lite-

(1) Burckhardt, *Cultur II*º, 201.

(2) Cf. nuestras indicaciones vol. I, p. 109s. y Burckhardt, *Cultur II*º, 317, 361.

(3) Burckhardt, *Cultur II*º, 317-318. Cf. Rossi, *Quattrocento* 8 s.

ratura humanística. Los humanistas compusieron con predilección obras de «preclaros varones y mujeres célebres», y tenían firme conciencia de ser los dispensadores de la gloria y hasta de la inmortalidad⁽¹⁾. Ciertamente se manifiesta sin velos algunos la egoísta codicia de gloria á todo trance y la ambición desmedida de aspirar á la grandeza, sin cuidarse del objeto ni de las consecuencias, en el famoso prólogo de Maquiavelo á su Historia de Florencia, donde vitupera á sus predecesores por haber pasado en silencio con excesivos miramientos lo relativo á las parcialidades de la ciudad. «Erraron grandemente, se dice allí, y manifestaron conocer poco la ambición de los hombres y su codicia de que sobreviva su nombre. ¡Cuántos que no podían señalarse con hazañas laudables, procuraron por medios torpes la inmortalidad! Aquellos escritores no consideraron que las acciones de suyo grandes, como los actos de los gobernantes y los Estados, siempre parecen acarrear mayor gloria que vituperio, de cualquiera género que sean y cualesquiera que sean sus resultados» (2).

Así se explica que, en más de una empresa extraña y espantosa de la época del Renacimiento, escritores prudentes señalen como resorte de ella el ardiente deseo de llevar á cabo alguna cosa grande y memorable (3); en lo cual se manifiesta, como lo conceden aun los más apasionados admiradores del Renacimiento (4), una tendencia verdaderamente demoníaca. El más reciente biógrafo de Maquiavelo nota muy acertadamente en este respecto: «Cola di Rienzo, Stéfano Porcaro, Jerónimo Ogliati y muchos otros, no tanto estaban llenos de verdadero amor á la libertad, cuanto del deseo de emular con Bruto; y cuando se dirigieron al lugar del suplicio, no fué tanto la fe en una vida ulterior, cuanto la esperanza de la gloria mundana, lo que les dió ánimos para mirar á la muerte cara á cara» (5). Por fortuna los ejemplos de este género no eran todavía sino casos aislados, y los más abandonaron sus vagas especulaciones en cuanto vieron cabe sí la severa imagen de la muerte; entonces el extravío de las

(1) Burckhardt, *Cultur I*, 173 s. Lazzari 1 s. Rossi, *Quattrocento* 34 s.

(2) Burckhardt, *Cultur I*, 179.

(3) Cf. nuestras indicaciones, vol. II, p. 229 ss., donde se trata más extensamente acerca de la íntima relación que había entre las conjuraciones y tiranidios de entonces, con el Renacimiento parcial é incompleto de la Antigüedad.

(4) Burckhardt *I*, 179-180. Villari *I*, 78.

(5) Villari, *l. c.*

ideas dió lugar á una penitente conversión hacia los dogmas de la fe (1).

Del ilimitado individualismo, tan grandemente favorecido por el falso Renacimiento, nacieron, además de la ambición de gloria, otros muchos y perniciosos vicios; es á saber: la prodigalidad, el lujo, el juego, la sed de venganza, la mentira y el fraude, la inmoralidad, los crímenes y homicidios, la indiferencia religiosa, la incredulidad y la superstición. Finalmente, constituyen una manifestación del todo abominable de aquella época, algunos hombres cuyos delitos no hallan ya su explicación psicológica como medio encaminado á algunos fines tangibles, sino puramente como resultado de una refinada malicia y complacencia verdaderamente diabólica en el mal. Al número de estos repugnantes caracteres pertenecen Segismundo Malatesta, y hasta cierto punto, César Borja (2). Pero éstos eran excepciones, y aun los mismos partidarios del falso Renacimiento formaban sólo una pequeñísima parte de la nación italiana; bien que su influjo fué extendiéndose con el tiempo como un contagio á círculos cada vez más dilatados. De este hecho lamentable poseemos irrefutables testimonios; y aun cuando los predicadores exageren algunas veces, arrastrados por su celo, no hay duda, sin embargo, que principalmente por influjo del falso Renacimiento se realizó en muchos conceptos en Italia una perniciosa mudanza. Cuanto más hondamente se penetra en la vida interior de aquella época, tanto más sorprende en ella la rudeza de los contrastes (3).

A la simplicidad y buenas costumbres del tiempo antiguo se opuso en casi todas las ciudades un lujo creciente y una creciente inmoralidad. «Yo no sé lo que he de decir acerca del lujo que ya ha contaminado á toda Italia; exclama Roberto de Lecce en uno de sus sermones. Desde que San Bernardino comenzó á predicar, tanto él como otros fervorosos predicadores han hablado contra la vanidad y prodigalidad en el vestido; pero no se ha logrado nada; antes bien las mujeres se han hecho más intolerables de día en día.» Amenaza á las coquetas con la ira de Dios, diciéndoles: «¡Oh mujeres vanidosas; por vuestra causa se enoja el Señor! por causa de vuestras colas, por causa de vuestros pechos desnu-

(1) Frantz, Sixtus IV, 187.

(2) Burckhardt, Cultur II, 224 s.

(3) Torraca, Roberto da Lecce 140.

dos, por vuestros rostros pintados, por vuestras profanaciones de los lugares y tiempos santos, por vuestros ademanes obscenos, etc.» En otra ocasión trata del mismo asunto con menos enojo pero prácticamente: «El día de hoy ha crecido en tales términos el amor al lujo, que es necesario dar á las hijas casaderas las más cuantiosas dotes; por lo cual, el que tiene varias hijas apenas logra casar una» (1).

Por semejante manera se expresaban también otros predicadores, como por ejemplo Antonio de Vercelli (2) y Miguel de Milán (3); pero no sólo los predicadores de penitencia se indignaban contra la perniciosa mudanza de las costumbres, sino también las autoridades políticas tomaron contra ella en todas partes repetidas providencias.

Casi no hay ninguna ciudad donde no se halle toda una serie de leyes contra el lujo, contra la prodigalidad en los trajes, principalmente de las mujeres, y contra los exagerados gastos en las bodas (4), en el mueblaje, en los convites y en los entierramientos; y la necesidad de reiterar tales disposiciones muestra cuán rápida y profundamente penetraba el mal. (5). El floreci-

(1) Cf. Gudemann, 214-215, donde se aducen opiniones de los judíos contra el lujo de los vestidos.

(2) Antonius Vercellen., Sermones f. 121. Cf. Bapt. Mantuanus, De patientia l. II, c. 23.

(3) Michael de Mediolano I, 48; II, 48, 49; III, 48, 72.

(4) En Florencia, los estatutos de 1415 ordenaban, que en las bodas y fiestas de familia, el número de los convidados de una parte y de otra, no debía pasar de 200. En Roma, en las bodas de las principales familias, era tan grande el número de los convidados, que plazas públicas enteras se convertían en salas de fiestas, entoldándolas con lienzos. V. Reumont en la Allg. Zeitung, 1874, n.º 358, suplemento.

(5) En Florencia, ya en 1306 y 1330 se expidieron decretos contra el lujo; á los que se juntaron las rigorosas ordenaciones de 1352, 1355, 1384, 1388, 1396, 1439, 1456 (v. Vita italiana nel Rinascimento I, 100. Hullmann IV, 139. Rösler, Dominici, 54 s.), de 29 de Noviembre de 1464 y 29 de Febrero de 1471 (estas dos, que yo sepa, están todavía inéditas, y yo las hallé en el Cod. Capponi CIV, f. 74-76, 102-104 de la *Biblioteca nacional de Florencia*) y de 1511 (v. Landucci, 307). Por lo que toca á Bolonia, entra en cuenta especialmente la ordenación sobre los vestidos, dada en 1453 por el card. Bessarion (v. Hullmann, IV, 140 s., y Frati, La vita privata di Bologna. Firenze, 1898), la cual provocó grandes quejas de parte de las mujeres, como se saca de un escrito de Mateo Bosso, de Verona (Bossi, Recup. Fesul., 37 s.). En Roma, los estatutos revisados por Paulo II (v. nuestras indicaciones, vol. IV, p. 26) y las prescripciones de Sixto IV, pusieron límites al lujo, pero sin ningún buen suceso, como lo demuestran las descripciones, interesantes para la historia de la civilización, que se hallan en un opúsculo del tiempo de Julio II, intitulado: Nuptiali di Marco Antonio Al-

miento del comercio y de la industria, el creciente bienestar, y el entusiasmo por la forma exterior, propio de la época del Renacimiento, y generalmente del pueblo italiano, contribuían de consuno á que los excesivos gastos, principalmente en lo que toca al vestido, alcanzaran en muchas ciudades una peligrosa extensión (1). En Venecia se instituyó, en el año de 1514, un propio magistrado para poner coto al exagerado lujo, principalmente en el uso de piedras preciosas. Es increíble la prodigalidad que reinaba en este respecto en las cortes de los príncipes. Un solo vestido de Hipólita Sforza, estaba de tal manera cuajado de oro y perlas, que se estimaba su valor en 5,000 ducados (según el actual valor del dinero, 250,000 francos) (2).

Una causa principal del crecimiento del lujo y de las comodidades de la vida se hallaba en la riqueza del país. Los italianos tieri, ed. Narducci. Roma, 1873. En Luca se publicaron leyes contra el lujo en 1473 y 1484 (v. Arch. st. ital., X, 124 s.). En Macerata, las prescripciones contra el lujo comienzan al principio del siglo xv; cf. Gli statuti suntuari del secolo xv al xviii per la città di Macerata. Fano 1879 (Nozze-Publicat.). Venecia (además de Burckhardt, Cultur II^a, 170, cf. especialmente Molmenti, 279 s.; cf. también Sanuto XIV, 115 s.) y Génova (Belgrano, 166, 254 s., 260 s., 493 ss.) presentan leyes suntuarias en sumo grado numerosas. V. además M. Manfredini, Deliberazione del comune di Padova dell' a. 1460 contra i superflui ornamenti delle donne. (Per nozze.) Padova, 1896. Verga en el Arch. st. Lomb. XXV. Baudrillart III, 630 s. Fabretti en Mem. dell' Accad. di Torino, Serie 2, vol. 38, 137 s. Luzio-Renier, Il lusso 10 s. Bonazzi I, 729.

(1) Las obras citadas en la página anterior completan los datos que se hallan en Burckhardt, Cultur II^a, 112 s., 114 s., 117, 172, acerca del lujo de la época del Renacimiento. Cf. además Baudrillart, Hist. du luxe III (París, 1880), 333 ss. Cian, Cortegiano 43, 88 s., 155. Müntz, Hist. de l'Art I, 5, 198 s., 312 s. Mancini, Alberti, 442 s., 453. Bonazzi I, 725. Merkel, Tre corredi Milanesi del Quattrocento. Roma, 1893. Molmenti, La Dogaresa di Venezia (Torino, 1884) 233 s., 256. Arch. d. Soc. Rom. I, 484, nota. Arch. st. ital. 5. Serie XVI, 206 s., donde se indican aún más obras sobre esta materia. Lo que hemos dicho en el volumen cuarto, da una idea de cuánto subió el lujo en tiempo de Sixto IV y sus sucesores, en aquella Roma, que todavía pocos dcentos antes parecía á los cultos florentinos estar habitada por vaqueros. Cf. también Reumont, III, 1, 463 s.; 2, 458 ss. y Allg. Zeitung, 1874, n.º 358, Supl. (según el opúsculo ya citado Nuptiali de Marco Antonio Altieri). Sobre los banquetes y adornos de las mesas del Renacimiento, cf. los artículos de M. Seibt, en la Frankf. Zeitung, 1887, 11 de Enero y sig.; Güdemann, 212; L. Stecchetti, La tavola e la cucina nei secolo xiv, xv. Firenze 1884, y el escrito de L. A. Gandini, Tavola, cucina e cantina della corte di Ferrara nel Quattrocento. Modena, 1889 (Nozze Agazzotti-Testi), que es importante por los nuevos datos que trae tomados del *Archivio pubblico di Modena*. Cf. Ahora también el trabajo de muy copiosa erudición de Luzio-Renier, Il lusso di Isabella d' Este. Roma, 1896.

(2) Cf. Luzio-Renier, Il Lusso 11, 34. Motta, Nozze principesche nel Quattrocento. Milano, 1894 (Per nozze) 391.

habían llegado á ser una de las naciones del mundo que gozaban de mayor bienestar. Las rentas públicas descendieron en 1455, en Nápoles á 310.000 ducados; en Florencia, á 200.000; en los Estados de la Iglesia, á 400.000; en Milán, á 500.000, y en Venecia á la misma suma que percibía el Rey de España, es á saber: 800.000 ducados. En 1492 habían subido en Nápoles á 600.000; en Florencia, á 300.000, y en Venecia, á 1.000.000 de ducados de oro; por consiguiente, todavía habían aumentado, á pesar de las pérdidas que acarreó al comercio italiano el avance de los turcos. Verdad es que luego siguió, principalmente en Venecia, una serie de graves reveses, de los cuales fué sin duda el más trascendental el descubrimiento del camino marítimo á las Indias orientales; pero, á pesar de todo, su riqueza continuó siendo muy considerable (1).

Después de Venecia era, sobre todo, muy grande el bienestar en Florencia, y allí resonaban también las más elocuentes quejas, no sólo de los eclesiásticos, sino aun de los seglares. «El mueblaje de una habitación, escribe León Bautista Alberti, cuesta ahora más que costaba en otro tiempo toda una casa adornada para una boda. En otro tiempo comían los artesanos al medio día en sus talleres, contentándose con un poco de pan y vino, mientras las mujeres comían en casa; y éstas no bebían vino fuera de las horas de comer. Al presente la juventud quiere gozar, derrocha el dinero en los juegos, en las comidas, en adornos y con mujeres, ha perdido la veneración á los ancianos y malgasta el tiempo en la ociosidad. De los cargos públicos se procura sacar provecho, como si se tratara de una industria.» «Los tiempos, opinaba Alejandra Strozzi, en una carta de 1466, no son favorables para el matrimonio, y los jóvenes prefieren permanecer solteros. Las cosas están en mala situación y jamás se hicieron tales gastos como en el día de hoy en los atavíos de las mujeres. Ninguna dote es tan grande que la novia no la lleve sobre su persona, en vestidos de seda y joyas, cuando sale de la casa paterna» (2).

En la época de Lorenzo de' Médici, en la cual se produjo una mudanza perniciosa en casi todos los órdenes, llegó hasta á darse el caso de arruinarse algunos enteramente por efecto del lujo, y

(1) Cf. Müntz, *Renaissance* 50 (rentas públicas de 1455); Gregorovius VII, 347 (rentas de 1492; cf. además Gottlob, *Cam. ap.* 256 s.) y respecto á Venecia, Luigi da Porto 26 y Burckhardt, *Cultur I*º, 63.

(2) Reumont, *Lorenzo II*º, 223 y *Kl. Schriften*, 131 s.

de este género ofrece raro ejemplo Benedetto Salutati. El convite que en 1476 dió éste con sus socios comerciales á los hijos del rey Ferrante, recuerda, por su exceso, el famoso del cardenal Pedro Riario (1). Hase observado, sin embargo, con razón, que semejantes extremos se reducen á casos raros; en general todavía era sencilla en toda Italia la manera de vivir, y tampoco deben tomarse demasiado á la letra las lamentaciones de los contemporáneos (2). Con todo eso, no se puede negar el empeoramiento acaecido durante el siglo xv. Muchas familias ricas daban mal ejemplo; las bodas celebradas en Junio de 1466 entre Bernardo Rucellai y Nannina de' Médici, costaron más de 150.000 libras de la moneda actual (3).

Con las riquezas y el comercio, que favorecían el lujo, estaban en relación íntima la usura y el fraude. Ya San Bernardino de Sena flagela los diferentes géneros de fraudes, y las excesivas ganancias de que se hacían culpables los mercaderes, y principalmente trata con dureza de los *stocchi* (*stocco*, estoque), que consistía en encarecer el precio, acaparando las mercancías para venderlas caras y volverlas á comprar baratas. Con razón, dice, se les dió el nombre que llevan; pues atravesaban y mataban á los hombres, y debían ser arrojados de la ciudad. No menos reprende Bernardino á aquellos que se servían de pesas y medidas falsas, los cuales sabían muy bien que pecaban; pero decían para sí: «que aprovecha abarrotar la casa hasta el techo con hacienda bien ó mal adquirida». Lleno de indignación habla el Santo contra los usureros cristianos, «los cuales llegan hasta á dar dinero á los judíos para que ejerciten la usura con otros cristianos» (4). Tal estado de cosas no se mejoró, sino más bien se empeoró, según se colige de los sermones de Gabriel de Barletta (1476), Roberto de Lecce y Miguel de Milán. Este último ofrece un completo catálogo de los

(1) Palagi, *Il convito fatto ai figliuoli del Re di Napoli da Benedetto Salutati e compagni mercanti fiorentini il 16 Febbraio del 1476*. Firenze, 1873. Sobre el banquete del cardenal Riario, v. nuestras indicaciones vol. IV, pág. 218 s.

(2) Juicio de Reumont, Lorenzo II, 313, 323.

(3) *Vita italiana nel Rinascimento* I, 125 s., 130 s. Sobremanera grande era el lujo que se desplegaba en las bodas de los príncipes, v. Motta, *Nozze principesche nel Quattrocento*. Milano (per nozze) 1894.

(4) Gudemann, 244 s., quien niega toda usura de los judíos, mas ciertamente en contradicción con las fuentes. Era con todo muy natural, que los predicadores reprendiesen ante todo á los cristianos, pues los judíos no iban á los sermones.

convenios y tratos fraudulentos, procurando explicar á su manera las expresiones técnicas (1). Toda una serie de sermones de Miguel de Milán trata del comercio fraudulento y de los falsos pesos (2). Uno de los sermones de Gabriel de Barletta reproduce, con el estilo vivo que le caracteriza, el siguiente coloquio: «—Tú, vecino, ¿eres por ventura cristiano? —Sí, Padre; bautizado en tal ó cual iglesia. —¿Qué oficio tienes? —Me dedico á la usura. —¡Oh! ¡si los vestidos de tu mujer se pusieran en una prensa, se exprimirla de ellos la viva sangre de los pobres!» (3)

Ya de estos pasajes se saca que no eran en manera alguna sólo los judíos los que chupaban de un modo inaudito la sangre del pueblo. Los cristianos judaicos ejercitaban la usura (como lo lamentaba el Consejo de la ciudad de Verona), todavía más desmedidamente que los mismos israelitas (4).

Aun cuando en todas partes tronaban contra la usura, y en algunas ciudades, como, por ejemplo, en Plasencia, se establecieron contra ella los más severos castigos, negando á los usureros la Sagrada Comunión y sepultura eclesiástica (5), el daño no llevaba trazas de ceder. Naturalmente, se mostraba éste más violento en aquellas ciudades que, como Florencia y Venecia, eran centro del comercio, especialmente del cambio de la moneda. Todos los patriotas y escritores de la ciudad del Arno, sus predicadores y legisladores, designan en primera línea la usura como daño principal y radical; y que en esto no se trata de exageraciones oratorias lo muestran documentos auténticos. No era desacostumbrado cobrar el interés de 30 por 100 (6). En el año de 1420 se prohibió á los prestamistas recibir más del 20 por 100; pero no por eso se mejoró el estado de las cosas. Diez años más tarde se emprendió otro camino, procurando poner un dique á la usura de los cristianos con tolerar la de los judíos, á quienes se permitió cobrar el 20 por 100. Todo fué inútil: judíos y cristianos se aunaron entonces

(1) Gudemann, 245.

(2) Mich. de Mediolano, Sermones, parte II, n. 81 y toda la tercera parte. V. también Rob. de Lizio, Quadrag. de peccatis, 123.

(3) G. Barleta, Sermones (Lugdun. 1511) 48^b.

(4) Della Corte, Storia di Verona III (Venezia, 1744), 6.

(5) Gudemann, 246.

(6) Pöhlmann, 80 s. Cf. Endemann, Studien I, 32 s. Jannet, Le crédit populaire et les banques en Italie 12 s. Según Moroni (XLVI, 252), se tomaba entonces en Italia, hasta el 70 y 80 por 100. En Plasencia, en tiempo de Bernardino de Feltre, la tasa usual era el 40 por 100. V. Wadding XIV, 481.

para chupar la sangre del pueblo (1). Los eclesiásticos y los seculares se explayaban en conmovedoras quejas. San Antonino escribió una obra particular contra la usura, en la cual levantó con la mayor fuerza su voz contra semejante crimen (2). Veinte años después de la muerte del Santo, exclamaba el honrado Vespasiano da Bisticci: «¡Tú, oh ciudad de Florencia, necesitas convertirte; pues estás llena de usuras y ganancias ilícitas! El uno consume al otro; la descarada codicia ha sembrado por todas partes la enemistad, y los maleficios han llegado de tal manera á convertirse en costumbre, que nadie se avergüenza ya de ellos. En los últimos tiempos has visto en tus ciudadanos cosas tan inauditas, tales desórdenes y quiebras, que no parecen sino castigos de Dios, y con todo eso perseveras en tu dureza. No hay para ti esperanza, pues no piensas en otra cosa sino en hacer dinero; y, sin embargo, ves de qué manera la hacienda de tus ciudadanos se desvanece en humo apenas han cerrado los ojos.» Semejantes exhortaciones dirigía Vespasiano da Bisticci á los milaneses (3), y todavía hablaban de una manera más apremiante los predicadores; pero éstos no se contentaron con palabras, sino procuraron y hallaron algún remedio, mediante la erección de las públicas casas de préstamo.

Los Franciscanos fueron, como antes en el siglo XIII, así también en la segunda mitad del siglo XV, los que tomaron en sus manos este movimiento de reforma social, con aprobación de la Sede Apostólica (4). Por su íntimo trato con todas las clases de la sociedad habían adquirido un conocimiento profundo de la inconsiderada manera con que los judíos y cristianos judaicos sabían utilizar las dificultades momentáneas de los que pedían dinero prestado, para exigirles un interés increíblemente subido. Para precaver que los usureros utilizaran los apuros, principalmente de los hombres de exigua fortuna, se resolvieron á fundar establecimientos en los cuales, todo aquel que necesitaba dinero contante, pudiera hallarlo dejando una prenda, y esto sin pagar interés, por cuanto el capital circulante se alcanzaba por medio de donativos voluntarios, cuestaciones, regalos y fundaciones, de donde tomó el

(1) Reumont, Lorenzo II^o, 308 s. Pöhlmann 81, Ehrenberg I, 68.

(2) De Usuris. Cf. Fabricius-Mansi I, 111 y Endemann I, 34 s.

(3) Vespasiano da Bisticci, Vite, ed. Frati III, 322.

(4) Cf. Jannet, 10.

nombre de *monte* (como si fuera montón de dinero), del cual se consideraba propietaria la colectividad de los pobres ó el establecimiento mismo. Al principio fueron estas casas de préstamos instituciones privadas, y luego se hicieron públicas.

Al Estado de la Iglesia pertenece la gloria de poder ostentar los primeros de estos establecimientos de beneficencia ó *Montes de Piedad*; los papas reconocieron en seguida la importancia y trascendencia de tales instituciones para el mejoramiento de la vida y progreso económico del pueblo, y los promovieron según sus fuerzas. En el año de 1463 confirmó Pío II la primera casa de préstamos de Orvieto, y Paulo II, en 1464, la de Perugia, y en ambos lugares fueron los Franciscanos quienes promovieron y llevaron á cabo esta importante reforma social (1). Sixto IV erigió otro semejante establecimiento en su ciudad natal, Savona, y con el tiempo se crearon semejantes instituciones en Asís, Mantua, Pavia, Ravenna, Verona, Alejandría, Ferrara, Parma, Reggio de Emilia, Rimini, Cesena, Montagnana, Chieti, Rieti, Narni, Arcevia, Gubbio, Monfelicce, Brescia, Lucca, Milán, Aquila, etc. Casi en todas partes fueron los Franciscanos los que procuraron al pueblo aquel nuevo medio de defenderse contra los excesos del capitalismo. Principalmente el santo Bernardino de Feltre se mostró incansable en esta empresa; sus excursiones apostólicas, extendidas á toda la Italia, fueron en todas partes acompañadas de la fundación ó acrecentamiento de las casas de préstamos; y el rápido crecimiento de tales instituciones es la mejor prueba de que respondían en alto grado á una necesidad práctica, particularmente en las ciudades pequeñas. A la verdad, no faltó resistencia por parte de los usureros; y

(1) Además de la bibliografía indicada en la presente obra cf. también Wetzzer und Welte's Kirchenlexikon VII², 1690 s. Bruders Staatslexikon III, 1092 s. Blaize, Des monts de piété. 2 vols. Paris, 1856. Endemann en Hildebrands Jahrb. v. Nationalökonomie I (1863), 324 ss. Endemann, Studien der romanisch-canonistischen Wirthschafts y Rechtslehre I (1874) 460-471. Miscell. Francesc. VI, 159 s. A. Bertolini en el Giorn. d. Economisti III. Suppl. (1891) 527 s. O. Scalvanti, Il mons pietatis di Perugia. Perugia, 1892. Calvi, Vicende del monte di pietà di Milano. Milano, 1871. A. Balletti, Il Santo Monte della Pietà di Reggio nell' Emilia. Reggio, 1894. Anselmi, Il Monte d' Arcevia. Foligno, 1894. N. Mengozzi, Il Monte dei Paschi di Siena. I. Siena, 1891. Schmoller en el Jahrb. V. Gesetzgebung y Volkswirtschaft IV (1880), 87 ss. Nübling, Die Judengemeinden des Mittelalters (Ulm, 1896) 499 s. Zdekauer en el Arch. st. ital. 4. Serie XVII, 63 ss. Brüll en Hist.-polit. Bl. CXIX, 422 s. Ehrenberg I, 68. De Decker, Les monts de piété en Belgique. Bruxell. 1844 (introducción) y la obra demasiado poco apreciada de Jannet, 4 s.

es muy á propósito para demostrar la supremacía y poderío social que habían alcanzado los judíos en la Italia de entonces, principalmente enseñoreándose del negocio de banca, la guerra que emprendieron contra las cajas de préstamos (1); y no es menos significativo el hecho de que, en 1514, en Cesena, donde se permitía á los prestamistas israelitas el interés del 20 por 100, se manifestó muy seriamente el temor de que los judíos llegarían á ser por sus riquezas dueños de toda la ciudad (2).

Algunos príncipes, como Juan Galeazzo Sforza, de Milán, y Juan Bentivoglio, de Bolonia, se pusieron del lado de los usureros judíos, pero hallaron un inexorable adversario en el bienaventurado *Bernardino de Feltre* (3). Por la enérgica é incansable actividad de este varón animoso contra los judíos, se echa de ver cuán pernicioso influjo ejercieran éstos á la sazón en Italia, y hasta qué extremo chuparan la sangre del pueblo, así de los ricos como de los pobres. Por efecto de esto, cundió en una gran parte del pueblo italiano un movimiento antisemítico, de suerte que en muchas ocasiones se llegaron á cometer excesos lamentables; pero de éstos no puede hacerse responsable á Bernardino de Feltre, el cual predicaba, no solamente contra los usureros judíos, sino también contra los cristianos, y prevenía contra los excesos. «Ninguno que tenga cuenta con la salud de su alma, predicaba el Santo en Crema, puede dañar á los judíos en sus personas ni en sus haciendas, ni de otra suerte; pues también á los judíos se debe dispensar la justicia y caridad cristiana. Así lo requieren las disposiciones de los papas, así la cristiana caridad. Pero por otra parte prohíbe la disciplina eclesiástica un comercio íntimo y constante con los israelitas. Ni siquiera en calidad de médicos se les debe emplear, según ahora se hace comúnmente» (4). A pesar de esto, los usureros judíos procuraron quitar de en medio al célebre predicador, apelando al asesinato; pero Bernardino escapó á sus asechanzas y continuó su predicación (5). En el año de 1486 le llamó Inocen-

(1) Jannet, 14. A. Bellucci editó como publicación de bodas, los estatutos del Monte de pietà de Rieti de 1489. Perugia, 1890.

(2) Hergenröther, *Regesta Leonis X*, n. 8238. Vogelstein, 117.

(3) Cf. los artículos de Erler, sobre las persecuciones contra los judíos, en el *Verings Archiv f. Kirchenrecht* L, 61 ss.; LIII, 3 ss.

(4) *Acta Sanctor.*, Sept. VII, 868, 882. Erler, loc. cit., LIII, 9, 13.

(5) Hallándose él en Módena, una judía le envió frutas envenenadas. V. Erler, loc. cit., L, 62.

cio VIII á Roma, de donde se expidió poco después una bula decisiva en favor de los *Montes de Piedad*.

En Florencia debía establecerse en 1473 una casa de préstamos; pero se logró estorbar este asunto, y parece que los judíos sobornaron á las autoridades y á Lorenzo de' Médici con 100.000 ducados de oro. Cuando Bernardino de Feltre se detuvo en el año de 1488 en la ciudad del Arno, volvió á trabajar por la erección de un establecimiento semejante; mas también esta vez lograron los judíos salirse con la suya, por medio de intrigas y sobornos; de suerte que, hasta Savonarola, no se puso por obra aquella fundación. La ordenanza que se expidió entonces descubre toda la grandeza de la usura judaica, pues se dice en ella que los judíos establecidos en Florencia se hacían pagar por sus préstamos el 32 y medio por 100 con interés compuesto; de modo que, cien escudos prestados, se convertían en cincuenta años en una suma de más de 49.791.556 escudos y pico (1).

Como las casas de préstamos aumentaban continuamente la extensión de sus operaciones, crecieron asimismo los gastos de su administración, por lo cual fué preciso desistir del préstamo completamente gratuito, exigiendo un pequeño premio para cubrir aquellos gastos. Contra esto opusieron los Dominicos, que de esta suerte se quebrantaba la prohibición canónica del interés (2), y sobre esta cuestión se trabó una contienda literaria, en la que influyeron asimismo las rivalidades de las Ordenes. Pero la sabiduría de la Santa Sede acertó también entonces á adoptar el justo medio. Como en otro tiempo Martín V había decretado la licitud de la compra de censos (3), así hicieron lo propio sus sucesores en lo tocante á las casas de préstamos. Ya Pío II, Paulo II, Sixto IV, Inocencio VIII y finalmente Julio II, habían otorgado su confirmación á algunos particulares establecimientos de este género (4), los cuales fueron generalmente recomendados y defen-

(1) Cf. Villari, Savonarola (edición alemana), I, 223. Cf. De Rossi, *Ricordanze*, 238 s. Jannet 12, n. 5. Perrens, II, 147. Reumont, Lorenzo II^o, 309. El testimonio citado en el texto contradice las afirmaciones de Gudemann (v. arriba pág. 140, not. 4), y Reinach (*Hist. des israélites* [París, 1885], 152), los cuales niegan toda usura de parte de los judíos. Cf. también Pélissier, *Textes*, 532 s.

(2) Cf. Jannet, 13, y *Bruders Staatslexikon*, III, 1093.

(3) Cf. Bruder, *Finanzpolitik Rudolfs IV, von Oesterreich* (Innsbruck, 1886), 95 s.

(4) V. arriba pág. 143, como también Eriker, loc. cit., I, 63; LIII, 6, 9 y Jannet, 24.

didos contra toda impugnación, por un decreto de León X dado á 4 de Mayo de 1515 en el quinto Concilio de Letrán. Declaróse lícito el pago de una retribución, mientras su importe no excediera el de los gastos necesarios, y se amenazó con la excomunión á quien osare afirmar lo contrario (1). El descenso del interés del dinero durante el siglo xvi, coincidió en parte con el florecimiento de las casas de préstamos (2).

Lo propio que la usura, estaba desde antiguo profundamente arraigada en Italia la mala costumbre del juego. En ningún país del mundo alcanzó éste por entonces tan grande extensión como allí. Ya en los siglos xiii y xiv se entregaban ricos y pobres apasionadamente á este vicio, y aun los judíos italianos se vieron atacados del furor de jugar. Principalmente en la época anual de la residencia en el campo, en la que se ejercía menor vigilancia, era cuando se entregaban apasionadamente á este pernicioso ejercicio. Las ordenaciones en contra no faltaban, y entre todas las numerosas colecciones de estatutos de las ciudades, no se halla ni una sola que no contenga algunas ordenanzas contra los juegos (3). En Florencia se prohibieron ya en el año de 1285 los dados y otros juegos de azar; pero lo propio allí que en otras partes, semejantes prohibiciones (las cuales se repitieron también en el siglo xv) fueron tanto menos eficaces, cuanto permitían el juego en ciertos días determinados. Más eficaz fué la acción de algunos varones de sentimientos genuinamente religiosos, como el bienaventurado Dominici y los santos Bernardino y Antonino. De este último se refiere que, en cierta ocasión, después de haber predicado en la iglesia de San Estéfano, iba por el Borgo de los SS. Apóstoles; y pasando por la loggia de los Buondelmonti, vió allí una reunión de personas jugando. Acercóse á ellos y trastornó sus mesas; con lo cual, avergonzados, se arrojaron los presentes á sus pies pidiéndole perdón (4). Por desgracia el influjo de tales reformadores se paralizó de nuevo por los excesos que se permitieron los asembla-

(1) Hefele-Hergenröther, VIII, 646.

(2) Jannet, 15.

(3) Además de Burckhardt, *Cultur*, II^o, 305 s., cf. para el siglo xiii y xiv los estudios de historia del derecho de Zdekauer en el *Arch. st. ital.* 4 serie, XVIII. 20 s.; XIX, 3 s. V. además Lensi, *Bibliografía ital. di giuochi di carte*. Firenze, 1892, Luzio-Renier, *Mantova e Urbino*, Torino, 1893, y Ceci, *Il giuoco a Napoli* (Est. d. Arch. Nap.). Napoli, 1896.

(4) V. Rösler, *Dominici's Erziehungslehre*, 36, y Reumont, *Lorenzo* II^o 315.

dos cardenales y nepotes pontificios (1); y las más vivas descripciones que traza León Bautista Alberti de los jugadores de su época (2), se refieren muy verosímilmente á las costumbres de la misma Roma. Por lo demás, las otras grandes ciudades, como por ejemplo Génova, no le iban en zaga en esta parte (3).

Otro de los lados sombríos, y por ventura el peor, de la vida de los italianos de entonces, era la deshonestidad. Los lamentos de los contemporáneos, principalmente de los predicadores, sobre dicho vicio, son innumerables. Uno de ellos, Roberto de Lecce, llega hasta á emitir la afirmación de que, en su época, la deshonestidad se había extendido más que antes del Diluvio universal (4). Pero, aun cuando esto sea indudablemente una exageración, no queda, sin embargo, lugar á duda sobre que la inmoralidad había hecho terribles progresos en todas las grandes ciudades y aun en muchas de las pequeñas, en la época del Renacimiento; y los más groseros desórdenes eran muy frecuentes, principalmente entre las personas instruidas y de elevada clase. La ilegitimidad de los hijos no se consideraba apenas como una mancha, en términos que casi no se hacía ya diferencia entre los hijos bastardos y los de legítimo nacimiento (5).

Aun cuando se hallen honrosas excepciones, sin embargo, la mayoría de los príncipes italianos de la época del Renacimiento estaban demasiadamente contaminados de la corrupción moral. La terrible inmoralidad de los Borja no es en manera alguna un fenómeno aislado; casi todos los nobles de Italia vivían á la sazón de un modo semejante, y ya el origen mismo de muchos de ellos es harto significativo. «Italia, escribía Eneas Silvio Piccolomini, en su Historia de Federico III, está en nuestros tiempos regida por príncipes procreados fuera del matrimonio» (6). Cuando Pío II

(1) Citamos, especialmente, á Franceschetto Cibo, del cual hablaremos todavía más adelante.

(2) Cena di famiglia en las Opere volgari I, 176 ss. Cf. Rösler y Keumont, loc. cit.

(3) Belgrano, 434.

(4) Roberto Caraccioli, *Quadragesimale de peccatis* (Venet., 1490) 146. Gledemann, 219.

(5) Cf. Zeller, *Italie et Renaissance*, 188. Villari, *Machiavelli*, I, 10. Grimm, *Michelangelo*, I^a, 114. Frantz, *Sixtus IV*, 37 s. y R. di Soragna en la *Rassegna naz.*, X (1882), 131.

(6) Ae. Sylvius, *Gesch. Kaiser Friedrichs, III*, traducida por Ilgen, t. II (Leipzig, 1890), 135. Cf. Cugnoni, 199. En la mayor parte de las otras naciones

llegó á Ferrara en el año de 1459, se hallaron en su recibimiento siete príncipes, de los cuales ni uno solo había nacido de matrimonio legítimo.

Circunstancias de semejante naturaleza explican, que aquella época de las dinastías bastardas no se escandalizara tampoco gran cosa por el origen de los Borja; como generalmente se manifestó una excesiva indulgencia y laxitud en los juicios morales (1). Con la deshonestidad andaban mano á mano la crueldad y el deseo de venganza. Muchos de los soberanos ilegítimos se permitieron cosas verdaderamente horrendas. La historia de los Malatesta en Rimini, de los Manfredi en Faenza y de los Baglioni en Perusa, demuestran una cruenta barbarie que infunde pavor. Juan Pablo Baglioni vivía en incesto con su propia hermana. Pandolfo Petrucci, tirano desde 1490 de la ciudad de Sena, desgarrada por las parcialidades, se divertía en el verano haciendo rodar por el monte Amiata moles de piedra, sin cuidarse de si aplastaban ó no á alguno (2).

Todo el esplendor de la cultura no basta para sobredorar la desmoralización y horribles atentados que ofrece la historia de los Sforza en Milán, y de los Este en Ferrara. Las crueldades domésticas parecían no haber de tener fin. En Ferrara se decapitaba á una princesa «acusada de adulterio con su hijastro» (1425); los príncipes legítimos é ilegítimos huían de la Corte, y aun en tierras extranjeras se veían amenazados por emisarios asesinos (esto en 1471); á lo cual se añadían continuas conspiraciones del exterior. El bastardo de un bastardo pretendió arrebatár el señorío al legítimo heredero Hércules I; más adelante (1493) parece haber éste envenenado á su mujer, por haberse enterado de que ella pretendía envenenarle á él, y esto por encargo de su hermano Ferrante de Nápoles. El final de esta tragedia lo formó el complot de dos bastardos contra sus hermanos el duque reinante Alfonso I y el cardenal Hipólito (1506), el cual, descubierto á tiempo, se castigó con perpetuo encarcelamiento de los culpables (3).

de Europa no iban las cosas mejor. Cf. Höfler, *Die Aera der Bastarden am Schluss des Mittelalters* (Abhandl. d. Böhm. Gesellsch. d. Wiss., VII. Folge, IV. Bd.). Prag, 1891.

(1) Cf. Cian, *Cortegiano* 35. Graf, *Cinquecento*, 120.

(2) Burckhardt, *Cultur*, I^o, 28 s., 34. Tommasini, *Machiavelli*, I, 335. Bonazzi, I, 729.

(3) Burckhardt, *Cultur* I^o, 47 s. Cf. Müntz, *Hist. de l'Art* I, 139 s., Belgrano 40 y Bonazzi I, 730.

Por ventura eran todavía más horribles las circunstancias en la corte de Ferrante de Nápoles. Incansablemente activo, juntaba este príncipe, con una elevada cultura intelectual, la perversidad y crueldad de una fiera. Con horror contemplaba Pontano el gozo satánico de Ferrante, el cual se reía de placer y se frotaba las manos cuando pensaba en lo bien guardados que tenía en sus cárceles á los prisioneros, á los cuales dejaba en angustiosa incertidumbre sobre la suerte que les estaba destinada. Casi todas estas víctimas eran hombres de quien el Rey se había apoderado á traición, en parte invitándoles á su propia mesa real. Con razón se ha calificado de verdaderamente infernal la conducta de Ferrante respecto de su ministro Antonello Petrucci, el cual había envejecido y enfermado en su servicio, y lleno de ansiedad creciente, hacía al Rey continuos regalos, que éste admitía como si tal cosa. Finalmente, una apariencia de participación del ministro en la última conjuración de los barones, dió pretexto para que se le prendiera y ejecutara. Del hijo y sucesor de Ferrante, Alfonso, duque de Calabria, dice el cronista francés Felipe de Comines, que era el más cruel, perverso, vicioso y grosero hombre que jamás se había visto (1).

Incomparablemente mejor era el estado de las cosas en la corte de los Gonzaga de Mantua, aunque tampoco allí faltaron excesos. Aun en la corte de los Montefeltre, en Urbino, de la cual hace Baltasar Castiglione una descripción tan atractiva, bien que grandemente idealizada, se representaban con grande aplauso comedias tan inmorales como *La Calandria* (2).

Profundas y oscuras sombras ofrece también la familia de los Médici, principalmente Lorenzo. Educado por su excelente madre, no llegó *Lorenzo de' Médici* á perder la fe, como lo demostró con su muerte; pero, sin embargo, la vida del gran Mecenas de las artes y las ciencias, estuvo con demasiada frecuencia muy lejos de conformarse con las prescripciones de la religión cristiana. El cruel saqueo de la ciudad de Volterra, la rapiña de los fondos reunidos en las cajas de ahorro para doncellas, por efecto del cual muchas de éstas, defraudadas de su dote, se entregaron al vicio;

(1) V. Gothein, 32 s., 364 s., 523-526 y Burckhardt I^o, 36-37.

(2) Hablaremos extensamente sobre eso más abajo, al tratar del estado del teatro. Respecto á las sobredichas cortes, cf. Reumont, III, 2, 136 s., 329 s. Burckhardt I^o, 43 s. Cian, Cortegiano 17 s., y especialmente Luzio-Renier, Mantova e Urbino. Torino 1893.

la desvergonzada codicia con que se apropió la hacienda del Estado, son manchas de que no le pueden eximir ni aun sus más calurosos encomiadores. Casi continuamente estuvo Lorenzo enredado en aventuras amorosas, y durante años enteros mantuvo ilícitas relaciones con una mujer casada. Hoy discutía en la Academia Platónica sobre la virtud y la moralidad y escribía piadosos poemas, y al día siguiente entonaba en una sociedad disoluta sus inmorales canciones de carnaval, ó se hacía leer por Luis Pulci los fútiles cuentos de Morgante. Las palabras y ejemplos de un hombre tal, debieron ejercer en los florentinos un influjo profundamente corruptor, y su gobierno fué no menos pernicioso que brillante (1).

Lo propio que en Florencia, también en Venecia, cabalmente muchos de aquellos que estaban al frente del Estado, daban los peores ejemplos. Las cosas que cuenta un embajador mantuano en el año de 1475, sobre la inmoralidad del Dux setentón Pedro Mocénigo, y refieren otros acerca de la corrupción de los *nobili*, parecen casi increíbles; así que, no puede sorprendernos que en el último tercio del siglo xv se hallaran traidores entre los más encumbrados funcionarios de la República; que un Soranzo fuera ahorcado en el extranjero como sacrilego, y un Contarini echado en cadenas por efracción (2).

(1) Cf. Reumont, Lorenzo II^o, 346 y Gesch. Roms. III, 1, 355. Stern I, 178. Villari, Savonarola (edición alemana), I, 30 s., 37 s., 40. Baudrillart 342 s. Owen 152. Gaspary II, 247 s. 251. Frantz, Sixtus IV, 33 s. Cantù I, 186, 222, y Buser, Lorenzo II s. El documento citado en esta última obra, p. 121, nada prueba ciertamente acerca de la inmoralidad de Lorenzo; porque no se trata de 50 hermosas esclavas, como cree Buser, sino de 50 pieles eslovenas!

(2) V. Molmenti, 291, 296. Belgrano 408. Burckhardt I^o, 64. Suministra una prueba de la corrupción de costumbres de P. Mocénigo, la *carta que ponemos á continuación, la cual es también característica por la ligereza en juzgar semejantes extravíos.

Illustrissimo Signore mio..... Preterea sono quatro giorni che questo Duxe è stato molto grave de doglia de fiancho, et de renella con la urina ignea et sanguinosa, in modo chel collegio delli medici di questa cità longamente disputorno se doverano cavarli sangue o non. Et tandem, propter nimiam senectutem, quoniam septuagenarius est, concluseno de non cavargello, ma applicarli altri remedii, et ita factum est, per modo che heri le doglie erano molto rimesse, et la urina asai ratificata; pur se dubita chel non voglia concedere el loco ad un altro. Advisando la Vostra Sublimità che la principale casone quale è attribuita ad questi soi accidenti si è il coito, perchè quando el ritorno capitanço della armata, el meno doe femine Turche zovine et, ut fertur, asai belle, le quali per evitare la solitudine, se dice che molte volte tene tute doe nel lecto. La quale cosa meo iuditio merita qualche excusatione per-

Es de todo punto asombrosa la indulgencia con que las personas cultas contemplaban los excesos de los grandes. Poetas y literatos, y más adelante hasta los pintores, glorificaron las vergonzosas pasiones de los príncipes, aun durante su vida, de una manera que ha parecido á los siglos posteriores el colmo de la indiscreción, y pasaba entonces por inocente homenaje (1).

Con los príncipes emulaban en la inmoralidad los representantes del falso Renacimiento: muchos de aquellos humanistas que habían sabido hacerse indispensables en casi todas las cortes de los príncipes, como educadores de sus hijos, como oradores y diplomáticos.

Por lo que toca á la sociedad que no pertenecía á las cortes, no es posible formular un juicio definitivo y comprensivo acerca de sus circunstancias morales. Ya antes hemos indicado cuán buenos y excelentes elementos se hallaban todavía en ella (2), lo cual puede principalmente decirse de las clases de cultura media, «cuyas capas de población se extienden desde los modestos burgueses dedicados á las industrias, hasta el patriciado de las ciudades». Para ellos los intereses religiosos ocupaban resueltamente el centro de sus ideas, y acostumbrados á una vida más constantemente arreglada, y fundada en una puntual actividad, conservaron su fantasía más severamente enfrenada que las clases superiores é inferiores á ellos. Dichas clases sentían muy viva y enérgicamente la relajación del clero, y reclamaban su enmienda, aun cuando no fuera sino para su propia ciudad; y en este sentido se expresan todas las numerosas crónicas procedentes de aquellos círculos sociales (3).

En general no acertaríamos con el verdadero estado histórico de aquella sociedad si tomáramos á la letra las descripciones de los poetas y satíricos, de los predicadores y novelistas; pues los

chè bisogna che la zoventude facia suo curso. Me racomando humilmente alla V. S. Ill^{ma}.

Data Venetiis die dominico XI februarii 1475.

Illustris ducalis dominationis vestrae
Servus Leonardus Botta.

(a tergo) (Illustrissim)mo principi et excellentissimo domino (domino Galeaz Marie Sfortie Vicecomiti (duci) Mediolani etc. domino meo singularissimo, etc. Pot. estere Venezia 1474 (la carta se halla por equivocación en el legajo perteneciente á este año). *Archivo público de Milán*.

(1) Burckhardt I^o, 53. Gothein 525.

(2) V. arriba p. 56 ss.

(3) Gothein, Ignatius von Loyola, 81; cf. Bonazzi I, 730.

tales exageran y generalizan casi sin excepción. De semejantes fuentes sólo pueden sacarse conclusiones inciertas ó mentirosas (1). Pero sin embargo, no puede ponerse en duda que, á par de los muchos elementos buenos existentes todavía, la sociedad italiana del siglo xv contenía también muchos otros malos (2); á lo cual contribuían de muy pernicioso modo, además de las causas de indole general, la literatura y el teatro.

Sólo para las personas instruídas era asequible la *literatura* obscena de los representantes del falso Renacimiento; de un Beccadelli, Valla, Poggio y sus innumerables secuaces; pero en los más extensos círculos difundíase el veneno por medio de las novelas y comedias escritas en el lenguaje popular. A las novelas de Boccaccio (las cuales fueron impresas repetidas veces en el siglo xv, la primera vez por un judío) (3), siguieron los engendros, todavía mucho más obscenos de un Ser Cambi, Massuccio, Gentile Sermini, Francisco Vettori, Bandello y otros. El argumento favorito de aquellos novelistas, eran las relaciones sexuales en su más craso realismo, y juntamente la hostilidad contra el matrimonio y la familia. El engaño de maridos confiados, y las infidelidades cometidas contra otros celosos, á pesar de toda su vigilancia; los sacerdotes y los frailes, que engañan y seducen, y á su vez son burlados y castigados; se hallan á cada paso. En general predomina la tendencia á disculpar el adulterio y hasta á glorificarlo, con tal que se haya llevado á efecto con cierta astucia é ingenio (4). Lo propio que entre los representantes del

(1) Cf. las observaciones, que Wotke ha publicado en el Programa sobre Ercole Strozza (Viena (1892) 11 s., y en la All. Zeitung, 1893, n.º 29, supl., las cuales son muy atendibles, bien que tal vez, acá y allá, demasiado extremadas. Sería de desear, que el sobredicho sabio especificase más en particular todavía sus opiniones. Schultheiss se expresa en el mismo sentido que Wotke, en la All. Zeitung, 1892, n.º 301, supl. Cf. también Ranke, Zur Kritik 153*. Arch. st. ital. 4. Serie II, 288 s. Gaspary II, 452-453. Grant en Die Nation IV, 482 s., y además Geiger en la Zeitschr. f. vergleich. Lit.-Gesch. N. F. II, 250 s.

(2) Cf. para un territorio determinado, Belgrano 422 s., 453 s. Aunque los predicadores exageran frecuentemente, con todo muchos de sus dichos son positivos y fidedignos. Cf. por ejemplo, Sermones de Sanctis, Gabr. Barlete 12.

(3) Hofmann, Barbara von Mantua, 25. El Decámeron de Boccaccio se hallaba aún en las manos de algunas mujeres; v. Mai, Spicil. IX, 616. Sobre la difusión de malos libros, cf. entre otras obras, Sermones Gabr. Barlete 13.

(4) Cf. nuestras indicaciones vol. I, p. 26, not. 3, y la bibliografía especial allí apuntada. V. también Dandolo, Secolo di Leone X. II (Milano, 1861), 155 s.

falso Renacimiento, se descubre también aquí el amor libre como ideal á que debe aspirarse; y se fué llegando gradualmente tan lejos, que hasta varones por otra parte honestos, defendían la licitud del divorcio. Es de gran interés, en este respecto, la comparación entre las opiniones de dos de los más notables escritores del Renacimiento: León Bautista Alberti y Baltasar Castiglione. El primero escribió en lenguaje vulgar una obra sobre la educación, la cual, comparada con el trabajo de Dominici, manifiesta ya el pernicioso influjo del Renacimiento pagano; pues en éste se edifica la moral sobre el firme cimiento del Cristianismo, al paso que en el primero se hace estribar en motivos puramente humanos. Verdad es que Alberti da una larga serie de excelentes instrucciones; pero raras veces pronuncia el nombre de Cristo; y los ejemplos y autoridades se sacan de los escritores antiguos (1). Con todo eso, el genial autor defiende con firmeza, en su escrito, la indisolubilidad del sacramento del matrimonio. Por el contrario, un cuarto de siglo más tarde, un escritor, por otra parte tan noble como Baltasar Castiglione, se atrevió á expresar en su «Cortesano» ideas que se parecen mucho á una apología del adulterio (2). Pontano llega á decir claramente, que la mujer casada debe apartar la vista de las relaciones amorosas de su marido con las sirvientas (3).

Todavía hubieron de ejercer un efecto más pernicioso, bajo el aspecto moral, las epopeyas románticas de un Boyardo y un Ariosto. En la caballeresca epopeya romántica del primero, no faltan groseros chistes y descripciones lúbricas (4); pero es todavía mucho peor el «Orlando el Furioso» del celebrado poeta cortesano de los Este. No sólo todas las contiendas allí descritas nacen de la sensualidad de los héroes y heroínas, sino tampoco faltan descripciones enteramente sensuales y obscenas, las cuales producen un efecto tanto más peligroso, cuanto el poeta acierta á vestirlas con mayor magnificencia de colores. Algunos pasajes de esta obra artística, la más importante que produjo la poesía en el período del Renacimiento, son de tal naturaleza, que los

(1) Cf. Rösler, Dominici's Erziehungslehre 186 s., y el hermoso libro del mismo docto autor: Die Frauenfrage (Viena, 1893) 207.

(2) V. el interesante artículo de Cian, Divorzisti e Antidivorzisti nel Rinascimento italiano, en la Gazzetta Letteraria de Turín, 1893, n.º 6.

(3) Gothein, Culturentwicklung, 572.

(4) Cf. Ersch-Gruber, 2 sección, XXVI, 25.

más de los traductores no se han atrevido á verterlos (1); y el mismo Ariosto dice, al describir la audaz y grotescamente indecorosa inconstancia, y la ineludible astucia y deslealtad de todas las mujeres:

Mujeres y los que apreciáis á las mujeres,
¡Por Dios, no déis oídos á estos cuentos...!
Este canto pasad, que es el más verde....
Vuelva diez hojas el lector, y siga.

A éstos se añaden asimismo otros pasajes acerbamente satíricos contra la mala vida de los clérigos. A la verdad Ariosto no era el más autorizado para descargar en esta parte el azote de la sátira; pues toda su vida estuvo llena de desórdenes (2); pero, por el contrario, mantiénese el poeta lejos de cualquiera ataque contra la fe, llegando hasta prevenir en una de sus sátiras contra semejantes extravíos (3).

Lo peor, bajo el aspecto moral, se lo permitió Ariosto en el terreno de *la comedia*; y la profunda corrupción de las cortes italianas en la época del Renacimiento, no se refleja por ventura tan crudamente en ningún otro terreno como en este género literario, en el cual no puede desconocerse el pernicioso influjo de la Antigüedad.

A uno de los representantes del falso Renacimiento, Pomponio

(1) Cf. Ruth, *Gesch. der ital. Poesie* II, 293 s. Maffei, *Storia di Lett. ital.* 3, 2 (Milano, 1825. II, 61-64). Gaspari II, 412, 429 s., 436 s. Weiss, *Apologie* II, 382. Burckhardt II³, 45. Schneegans, *Groteske Satire* 112 s. F. Schmidt, *Der rasende Roland*, in d. *Allg. Zeitung* 1882, Nr. 308 y 310. Müller, *Keuschheitsideen* (Mainz 1897) 53 s. El privilegio que obtuvo Ariosto para la publicación de su Orlando, ha dado lugar á la necia acusación, de que León X aprobó el poema, cuando él no pretendió otra cosa que dar su acostumbrada defensa contra toda falsificación. Reumont III, 2, 347.

(2) Ariosto, dice Ruth II, 245, necesitaba siempre una amiga para vivir y componer sus poesías. Aun á la edad de cincuenta años, rehusó el cargo honorífico de embajador en Roma, que hubiera podido poner término á sus cuidados materiales, únicamente porque esta colocación habría de separarle de su amiga, obligándole á dejar á Ferrara (Satira VII, 57 s). Para permanecer libre, dice él mismo en la sátira segunda, no quiso contraer matrimonio. Cf. también Fernow, *Ariosto's Leben* (Zürich 1809) 81 s., 86 s., 177. Prölsz I, 2, 107 y Schuchardt en la *All. Zeitung* 1875, n.º 149, supl., y *Romanisches und Keltisches*, Berlín, 1886.

(3) Además de Ranke, *Zur Gesch. d. ital. Poesie*, Werke LI-LII, 204, cf. especialmente Gabotto, *La politica e la religiosità di L. Ariosto*, en la *Rassegna Emiliana*. Modena, 1889, Noviembre.

Leto, y al fastuoso Hércules I de Ferrara, pertenece la ambigua gloria de haber vuelto á poner en escena las comedias de Plauto y de Terencio. No hubo fiesta alguna en la Academia romana ni en la Corte de Ferrara, que no se solemnizase con la representación de las comedias, tan llenas de obscenos chistes, de los mencionados autores. A la verdad, las representaciones promovidas por Pomponio Leto, conservaron un sabor acentuadamente arqueológico; pero en Ferrara fué muy de otro modo: sólo allí celebraron Plauto y Terencio su verdadero resurgimiento. Estos autores fueron abiertamente los favoritos del duque Hércules I, á quien se debe considerar como el verdadero fundador del teatro del Renacimiento (1). Con la magnificencia de la representación, emulaba la ambigua moralidad de algunas piezas, en las cuales no podía faltar las más de las veces el baile que llamaban *Moresca*. En el Carnaval de 1486 se representaron en Ferrara por primera vez en lengua italiana los *Menechmos* (Mellizos) de Plauto (2). Esta comedia alcanzó particular aceptación en el período del Renacimiento, y ejerció el mayor influjo en el desarrollo de la comedia italiana. Además, el sucesor de Hércules, Alfonso I, siguió fomentando ardorosamente este género de diversiones teatrales. En su corte se representó por primera vez, en el Carnaval de 1508, la *Cassaria* (el cofrecillo), compuesta por Ariosto á imitación de Plauto (3). Pero el carácter licencioso del argumento de esta pieza, cuyo personaje principal es un alcahuete que trata en hermosas esclavas según el antiguo estilo romano, fué sobrepujado todavía por Ariosto en los *Suppositi* (los hijos supuestos), que se puso por primera vez en escena en Ferrara en el año de 1509. La tercera comedia de Ariosto *Lena* (la alcahueta), se mueve en el mismo cieno de la más baja inmoralidad, á pesar de lo cual fué representada delante de toda la corte en el año de 1528, con ocasión de la boda del príncipe Hércules con Renata de Valois (4).

(1) Lo que sigue está tomado de D'Ancona, *Origini del Teatro italiano*. 2. ediz. Torino 1891, y Flechsig, *Dekoration der modernen Bühne* 6 ss. 10 s.

(2) *Diario Ferrarese* 278.

(3) Campori, *Notizie per la vita di L. Ariosto* (2. ediz., Modena, 1871) 68-69. Flechsig, *Dekoration der modernen Bühne* 20 ss.

(4) Sobre las comedias de Ariosto, cf. Klein IV, 304 s., 326 ss., 351 ss. Gaspary II, 416 s. Prölsz I, 2, 109 ss. Boulerweg II, 58 s. Feuerlein, *Die ital. Komödie*, en la *Preusz. Jahrb. XLVII*, 10 ss. Sobre las representaciones dadas en Ferrara, v. Campori l. c. 69 s. y Flechsig 22 ss. V. también Campanini,

Con apasionamiento semejante al de su padre, Isabel de Este, esposa del marqués Francisco Gonzaga, fomentó el teatro de Mantua; y también en Urbino penetró victoriosamente el teatro profano. En Roma se representaron las primeras comedias clásicas verosímilmente en el reinado de Inocencio VIII, y no quedaron limitadas al corto círculo de los humanistas. Pronto los cardenales aseglarados y otros altos dignatarios eclesiásticos, pusieron los salones de sus palacios á disposición de Pomponio Leto. Principalmente el cardenal Rafael Riario favoreció el teatro con la magnificencia de un príncipe (1). En tiempo de Alejandro VI se acrecentó notablemente el gusto por los espectáculos teatrales, de suerte que la representación de algunas piezas, en parte totalmente indecorosas, vino á ser un elemento indispensable de las festividades cortesanas. En la época del Carnaval, por cuyos regocijos se interesaba vivamente Alejandro VI, se representaron siempre muchas comedias. En el año de 1502 aquel indigno Papa hizo ejecutar los *Menechmos* en sus habitaciones (2). Fué una gran dicha que el belicoso Julio II tuviera menos inclinación á este género de cosas; pero desgraciadamente procedió de otra suerte su sucesor León X, codicioso de todo género de placeres; el cual no se avergonzó de asistir á la fastuosa representación de la inmoral comedia del cardenal Bibbiena «*Calandria*», que se había puesto en escena por vez primera en Urbino, en el Carnaval de 1513 (3).

La inmoralidad de las comedias de Ariosto y Bibbiena, fué todavía superada por las de Maquiavelo; cuya «*Mandragola*» (la

L'Ariosto (Bologna, 1891). Giorn. d. lett. XX, 282 s. y V. Rossi, I suppositi ridotti a scenario, (Nozze Flamini). Bergamo, 1896.

(1) D'Ancona, Origini II, 65 ss. 347 ss. Flechsig 25 ss., 35 s., 41 s.

(2) Dispaeci di A. Giustiniani I, 379, 404, 413. Sanuto IV, 722, 767, 782. Ademollo, Il Carnevale di Roma (Firenze, 1891) 23 ss. Flechsig 46 s.

(3) Pungileoni 288. Arch. st. p. le Marche III, 183 ss. Luzio-Renier, Mantova e Urbino 213 ss. D'Ancona, Origini II, 77 s., 88 s., 101 s. Luzio, F. Gonzaga 18 s. Flechsig 60 s. Celli en la Nuova rivista Misena VII: Un carnevale alla corte d'Urbino e la prima rappresentazione della Calandria. Sobre la Calandria, además de los citados, cf. también Klein IV, 392 ss. Gaspary II, 577 s. Prölsz I, 2, 101 ss. Graf, Studi drammatici 87 ss. Reumont III, 2, 138. Preusz. Jahrb. XLVII, 15 ss. R. Wendriner, Die Quellen von B. Dovizi's Calandria, Halle 1895, demuestra, que Bibbiena al componer la Calandria más se dejó influir por Boccaccio que por Plauto. Por lo demás, dice Castiglione que en la representación de la Calandria, se cambiaron algunas escenas «que quizá no hubiesen podido ponerse á los ojos del público».

poción mágica) trata principalmente de relaciones inmorales, manejando la prosa con tal maestría, que resulta lo más peligroso que se pueda pensar. Con increíble descaro se glorifica el adulterio, en un diálogo lleno de fluidez y fuerza; de suerte que las pasiones más vehementes y las más bajas concupiscencias, se han presentado pocas veces con más vivacidad. En aquella obscena pieza derramó Maquiavelo toda la corrupción de su propio carácter, y juntamente todo el odio contra los sacerdotes de que estaba lleno. No es, como en Dante, el santo enojo contra los individuos, indignos representantes de la Iglesia, lo que anima á Maquiavelo; sino la frívola sátira que se esfuerza por poner en ridículo á toda la clase y la institución misma, de la que se traza la más repugnante caricatura que puede imaginarse en Fra Timoteo, el fraile codicioso y disimulado, que escarnece las cosas más santas de su Iglesia, para ganarse el dinero que se le ha ofrecido por absolver de una acción infame.

No es mejor otra segunda comedia de Maquiavelo, *Clizia*, imitación de una infame pieza de Plauto. En el prólogo advierte el autor, que piensa haber evitado todo lo indecente. A la verdad, había procurado excitar la risa, y llegaba hasta representar enamorados; pero lo que en ello pudiera haber de escandaloso se dice de tal suerte, que las señoras que se hallaren presentes podrán oírlo sin ruborizarse. En realidad, la pieza contenía pasajes suficientes para hacer enrojecer aun á los hombres (1). Hasta un humanista como Giglio Gregorio Giraldi, exclamó enojado: «¡Oh tiempos, oh costumbres! toda la basura que el Cristianismo había arrojado de la antigua escena, ha vuelto á caer sobre el teatro» (2).

Había entonces dos mundos diferentes: el de las cortes, donde tales comedias podían representarse, y el de la sociedad burguesa

(1) Cf. Klein IV, 371 ss., 422 ss. Gaspari II, 579 ss. Prölsz I, 2, 118 s. De Amicis, *L'imitazione latina nella commedia italiana* (Pisa, 1871) 92-93. Graf, *Studi drammatici* 131 ss. Machiavelli als Komödiendichter, en la *Allg. Zeitung*, 1891, n.º 237, supl. Samosch, *Machiavelli als Komödiendichter*. Minden, 1888. G. Tambara, *Intorno alla Clizia di N. Machiavelli*. Rovigo, 1895. Villari, *Machiavelli III*, 134 ss.; en la pág. 136 demuestra el autor, que la representación de la *Mandragola* ante León X es una fábula. M. Mastelloni, *La Mandragola* (Napoli 1896), y el *Giorn. d. lett.* XXIX, 532, niegan también que Machiavelli en la *Mandragola* intentase un fin moral. Sobre el tiempo en que se compuso esta comedia, v. Mondolfo, *La Genesi della Mandragola* (Teramo, 1897) y *Giorn. l. c.* 115 s. 567 s.

(2) Ruth II, 507.

que continuaba cultivando las representaciones sagradas, las cuales constituían un saludable contrapeso contra las tendencias frívolas del Renacimiento pagano. Pero á la larga no pudo, sin embargo, sostenerse el drama religioso, y el movimiento nacido de los círculos de los humanistas, y encaminado á producir un completo renacimiento de los espectáculos clásicos, amenazaba su existencia y lo condujo finalmente á su ruina (1).

De muy pernicioso efecto sobre la moralidad de las clases más acomodadas fué, á par de la literatura obscena, el uso extendido en Italia desde mediados del siglo xiv, de tener por *esclavos* doncellas orientales, y más raras veces, muchachos y jóvenes (2). Antes de las conquistas de los turcos eran principalmente tártaras y circasianas, llevadas á Italia en especial por los venecianos y genoveses. Pero más adelante se hallan más esclavas de Serbia, Bulgaria, griegas y albanesas. Repetidas veces se renovaron con rigor las leyes contra este comercio, cuyos abusos aumentaban continuamente; y produce extraña impresión la manera como, aun en la correspondencia particular de personas muy honorables, se trata de este abuso como de una cosa enteramente inocua, describiendo con la mayor naturalidad las diversas clases y cualidades de aquellas esclavas (3). En casi todas las grandes ciudades de Italia: Venecia, Florencia, Mantua, Ferrara, Lucca, Génova y Nápoles, puede demostrarse la existencia de semejantes esclavos de uno y otro sexo. En las brillantes cortes de los príncipes, se mantenían, á causa de la rareza, además de enanos y juglares, algunos moros y moras, dando especial importancia al color negro de su tez. Pintores cortesanos eternizaron en sus frescos algunos de aquellos tipos (4). Casi todas las casas distinguidas de Florencia tenían esclavas, y este abuso condujo con harta fre-

(1) D'Ancona IP, 61 ss. Flechsig 6.

(2) Cf. Zamboni, Gli Ezzelini, Dante e gli schiavi (Vienna 1870) 242 s., 280 Bongi, Le schiave orientali in Italia, en la Nuova Antologia (1868) II. Burckhardt IP, 78 s. Zanelli, Le schiave orientali a Firenze nei sec. XIV, XV. Firenze, 1885. Reumont, en Hist. Jahrb. VII, 51 ss. Molmenti 293 ss. Gothein 411 s. Luzio-Renier, Buffoni, nani e schiavi dei Gonzaga ai tempi d'Isabella d'Este (Roma, 1891) 61 s. Vita italiana nel Rinascimento I, 91 ss. Giorn. d. lett. ital. XXXII, 215.

(3) Cf. Lettere di Alessandra Macinghi negli Strozzi (Firenze 1877) 475.

(4) Así lo hizo Mantegna en el palacio de Mantua, en la Camera degli Sposi. Más tarde, Paolo Veronese sobre todo, se complacía en poner negros en sus composiciones tan magníficas por su colorido.

cuencia á destruir la felicidad de las familias. Algunas veces se criaban juntamente los hijos legítimos con los ilegítimos; así Carlos, el que fué luego preboste de Prato, hijo de Cosimo de' Médici el Viejo y de una esclava circasiana, fué educado en la casa paterna junto con los demás hijos; y no se sabe siquiera de qué madre nació María, hija de Piero, hijo de Cosimo de' Médici. Podemos decir que en todas las familias que tenían esclavas, no era nada menos que ejemplar la moralidad de los señores. Por las cartas particulares se echa de ver, de qué manera los jóvenes mercaderes nobles aborrecían el matrimonio, y refiriéndose á esto escribía una vez á sus hijos Alejandra Strozzi: «El demonio no es tan negro como le pintan» (1).

Para conocer el estado de la moralidad, nos ofrece una cierta medida otra ingrata manifestación que no puede pasar en silencio el historiador de la cultura. Ya en el siglo xiv había llegado á ser grande en muchas ciudades italianas el número de las desgraciadas que vivían del vicio; pero en el siglo xv se advierte en esta materia un deplorable crecimiento. Aun acerca de ciudades pequeñas, como Orvieto y Perugia, poseemos sobre esto aflictivos testimonios (2). Generalmente se toleraba aquella clase de perso-

(1) Reumont, en Hist. Jahrb. VII, 57 y Kl. Schriften 134 s. Cf. Arch. st. ital. 5 serie IV, 163. En Sena, á principios del siglo xv, se vieron obligados, por interés del Estado, á oponerse al creciente celibato de los varones; v. L. Fumi, Bando di prender moglie in Siena. Siena, 1878. En Luca se decretó en 1454, que ningún soltero de veinte á cincuenta años, pudiese ocupar ningún cargo (v. Giorn. ligust. 1890, 188), ordenación que fué imitada en 1465 por Città di Castello; v. Muzi, Mem. eccles. e civili di Città di Castello, I, 230; II, 28.

(2) Fabretti, Documenti di storia Perugina. Vol. I. Torino, 1887, trae decretos de 1424, 1436, 1478, 1486, 1487 contra las meretrices; pero todas estas ordenaciones nada aprovecharon. Ya en 1488 se publicó un nuevo edicto, que quedó asimismo sin efecto. Por lo que toca á Orvieto, hallaránse muchos testimonios de lo que decimos en el Diario di Ser Tommaso di Silvestro, v. gr. 166, 168, etc. Cuanto á otras ciudades (Florencia, Bolonia, Ferrara, Sena, Viterbo, Faenza y Roma), pueden verse muchos datos en el estudio de Rezasco, en el Giornale ligustico 1890, 161 ss. Respecto de Milán, cf. Arch. st. lomb. XVIII, 1000 s. Respecto de Génova, cf. Belgrano 429 s. Respecto de Padua, Lovarini, Die Frauenwettrennen in Padua. Berlin, 1892. Respecto de Turín, v. Gabotto, en el Giorn. ligust. 1890, 316 ss. Por lo que toca á Mantua, v. Giorn. d. Lett. ital. XIX, 472. s. Luzio-Renier, Buffoni 44, y Bertolotti en Mendico A.º V, n.º 10. Es importante para conocer la corrupción de costumbres que había en Pavia, un *edicto del duque de Milán, Galeazzo María Sforza, de 6 de Junio de 1475, contra el modo indecoroso de proceder ante el tribunal; se halla en el *Archivo municipal de Pavia*. Sobre los vicios y desenfadada licencia de los estudiantes de Roma, v. Giorn. d. Lett. II, 134 s.; cuanto á los de Pistoya, v. Arch. st. ital. 4 Serie, VII, 114 s.

nas, para evitar mayores males. En los grandes centros del comercio extranjero, principalmente en Venecia, Roma y Nápoles, el estado de cosas fué empeorando continuamente en este respecto, en el decurso del siglo xv, en términos que, el cronista Infessura, cuyo testimonio no es, por lo demás, muy seguro, estima el número de aquellas desgraciadas, que vivían en Roma en el año de 1490, en 6.800 (1); en Venecia se contaban á principios del siglo xvi no menos de 11.000, para una población de 300.000 habitantes (2). Esta gente gozaba allí de gran libertad, al paso que en las más de las ciudades se veían sometidas, como personas infames, á multitud de limitaciones; á pesar de lo cual, la audacia de semejante clase de mujeres fué creciendo cada día más.

Principalmente era peligrosa la circunstancia de haber revestido el vicio, desde fines del siglo xv, formas cada vez más palia-
das, y por lo mismo más seductoras. Es característico, en este respecto, el haberse adoptado entonces, para designar á las mujeres públicas, en vez del nombre antes usado de *pecadoras*, el más decoroso y mejor sonante de *cortesanas*. El Diario de Alejandro VI, de Burchard, demuestra que este nombre era ya usual en 1498 (3); y respondiendo á esta denominación, se esforzaron las que la llevaban por conseguir también una educación brillante. Vemos de qué manera cultivaban aquellas «damas» la música, leían los poetas y sabían hablar y aun escribir, con elegancia. Las cartas de las mismas, muestran una expresión segura y correcta, y hasta citas en latín. Principalmente en el siglo xvi estas personas del *demi-monde* que vivían con el mayor lujo en fastuosas viviendas, desempeñaban en las grandes ciudades, en particular en Venecia y Roma, un papel provocativo, y cuando iban á paseo las acompañaba un numeroso séquito. Llegaba-

(1) Infessura, ed. Tommasini 260. Respecto de Roma, cf. Reumont, III, 1, 442 s.; 2, 461 s. Lange, Papstesel 70; Luzio, F. Gonzaga 29 s. Armellini, Censimento di Roma sotto Leone X. Roma 1882. Viollet (contra Woker) en la Rev. hist. XII, 444 s., y las obras especiales citadas más abajo, p. 161, not. 1.

(2) V. Sanuto, VIII, 414. Molmenti, 287. Graf, 286. Leggi e memorie venete sulla prostituzione sino alla caduta della repubblica. A spese del conte di Orford. Venezia, 1870-1872, y (G. Tassini) Cenni storici e leggi circa il libertinaggio in Venezia. Venezia, 1886. Les courtisanes et la police des mœurs à Venise. Bordeaux, 1886. Sobre los atentados inmorales en Venecia, v. Pélissier, Textes, 5-10 s.

(3) Cortegiana, hoc est meretrix honesta. Burchardi Diarium, II, 442-444; cf. III, 167.

ron á ser objeto de poemas, y algunas veces poetisas ellas mismas. Una de las más famosas cortesanas romanas, que llevaba el orgulloso nombre de Imperia, y era la amiga del rico banquero Agustino Chigi, tuvo por maestro de poesía vulgar á Strascino de Sena (1). Su temprana muerte preservó á Imperia de la suerte de las más de sus compañeras, las cuales, después de haber disipado su hermosura y riqueza, acabaron en el hospital ó en la indigencia (2).

La Iglesia se esforzó por oponerse á esta perversión, principalmente fundando establecimientos para la enmienda de las penitentes, y dando orden para colocar en matrimonio á las infelices víctimas (3). Los predicadores de penitencia trabajaron incansablemente para poner coto al vicio y, por lo menos á tiempos, lograron reducirlo, ó tenerlo más á raya (4). A las veces se tuvieron asimismo especiales predicaciones para la conversión de las pecadoras. Un narrador mantuano refiere, haber pronunciado el fervoroso *Egidio de Viterbo*, semejantes sermones en Roma, durante la cuaresma del año 1508 (5). Algunas se convirtieron entonces, y

(1) Además del estudio fundamental de Graf, 224 s., cf.: Gaspary II, 508; Burckhardt, *Cultur*, II^o, 138 s.; Gregorovius VIII, 281 s.; Canello, *Storia d. lett. ital.* (Milano, 1880), 15 ss.; Schultheiss en la *Allg. Zeitung*, 1892, n.º 298; Minghetti, Raffaele, 94; Gabotto, Merula, 127 s. Vogelstein, 134 s. Pavesi, *Il bordello di Pavia*, en *Mem. dell' Ist. lomb.*, 20. Maulde la Clavière, *Femmes*, 483 ss. Reumont, loc. cit., como también las obras especiales que se siguen, las cuales ciertamente se refieren en gran parte al siglo xvi. Ferrai, *Lettere di Cortegiane del sec. xvi*. Firenze, 1884, y además Luzio en el *Giorn. d. lett.*, III, 432 ss. Bertolotti, *Repressioni straordinarie alla prostituzione in Roma nel sec. xvi*. Roma, 1887. Arullani, *Appunti sulle cortegiane nel cinquecento*, en *Bibl. d. scuole class. ital.*, VI (1894), 14. V. Cian, *Galanterie ital. del sec. xvi*, en *La Letteratura*. Torino, 1887. Rodocanachi, *Courtisanes et Buffons. Étude des mœurs romains au xvi^e siècle*. Paris, 1894, y además Cian, en el *Giorn. d. Lett. ital.*, XXIV, 446 ss. Se está esperando un nuevo trabajo de V. Rossi; cf. también sus *Lettere di A. Calmo*. Torino, 1888.

(2) Así Tullia d'Aragona, célebre también como poetisa (cf. *Nuova Antologia*, IV [1886], 655 s.; Celani, *Le Rime di T. d' Aragona*. Bologna, 1891; Luzio en la *Riv. st. Mantov.*, I [1885]; Bongi en la *Riv. crit. d. lett. ital.*, IV [1887], 186 s., y Biagi, *T. d'Aragona*. Firenze, 1897), vino á parar en tal pobreza, que pasó sus últimos años en una taberna del Trastevere, donde murió. V. Corvisieri, *Il testamento di Tullia d'Aragona* (1556), en *Fanfulla della Domenica*, 1886.

(3) Cf. Graf, 272. Kriegk, *Frankfurts Bürgerthum N. F.*, 331. Pavesi, en la memoria, citada arriba, nota 1.

(4) Cf. *Giorn. ligustico*, 1890, 319.

(5) A questi dì frate Egidio ha facto una predica per convertire tutte queste bagasse (bagascie) de Roma; quando furno alla presentia sua tutte volevano

también las amigas de Rodrigo y César Borja, Vanozza de Cataneis y Fiammetta, procuraron en su edad avanzada satisfacer con obras de penitencia por su pecaminosa juventud (1). Pero generalmente continuaron las circunstancias de una manera tan desconsoladora como antes (2), á lo cual contribuyó no poco, en Roma, el mal ejemplo que daba el mismo clero (3). Sólo en la época de la restauración católica se puso fin á aquellos vergonzosos excesos.

Sin embargo, no era la multitud de cortesanas el peor de los daños que afligieron á la Italia del Renacimiento; y el historiador de este período no puede menos de descubrir otro lado todavía más repugnante. Hay testimonios irrecusables que no permiten dudar haber renacido también á la sazón el abominable pecado nacional de los griegos (4). Perseguido con inexorable rigor, y casi totalmente desarraigado por la Iglesia y por las legislaciones civiles informadas de su espíritu, durante la Edad Media, volvió á introducirse ahora entre muchos ciegos adoradores de la Antigüedad pagana, cubriéndose con el risueño y brillante atavío de antiguas leyendas y poemas. En Venecia, Sena y Nápoles, aparece ya á principios del Quattrocento; y ya San Bernardino

fare mirabilia et promessoli el partito molto largo; partite che furno a Lucha te vidi. Vero é che alcune per essere state assai in questo peccato se sonno convertite parte a le monache de ponte Sisto et in el monasterio de S. Georgio. Carta de César de Bechadellis (no Beccodelli, como escribe Bertolotti [l. c. 8] á la marquesa Isabel de Mantua), fechada en Roma, á 5 de Marzo de 1508. *Archivo Gonzaga de Mantua*. Cf. sobre esto Cian en el *Giorn. d. lett.* XXIX, 404.

(1) Sobre Vannoza, v. abajo lib. 1, cap. 6. Sobre Fiammetta, que ha dado nombre á la Piazza Fiammetta, que va de la Maschera d'Oro á San Apolinar, v. Adinolfi, *Torre de' Sanguigni*, 15 ss. Graf, 279 s., demuestra, cómo aún entre las cortesanas, no se había amortiguado enteramente la religión.

(2) Cf. la relación de Grossino, de Enero de 1512, en Luzio, F. *Gonzaga*, 29-30. Las cartas publicadas por Caffi en el *Bibliofilo*, 1887, pág. 39 s., muestran con qué dificultades tropezaban los predicadores, aun apoyados por la autoridad civil.

(3) Cf. más abajo, pág. 128 s.

(4) Además de las indicaciones bibliográficas que hicimos en el vol. I, p. 137, nota 5, cf. también para lo que sigue, Knebel, II, 150. Landucci, 251, 298. *Diario di Ser Tommaso*, 712. *Burchardi Diarium*, III, 397. Platina en Vairani, *Mon. Cremon.*, I, 28. Cenni sul libertinaggio a Venezia (v. arriba pág. 160, nota), 17 ss. Gudemann, 219 s. Lange, *Papstesel*, 24. Perrens, II, 147. Belgrano, 427 ss. Guidicini, *Miscell. Bologn.*, 43 ss. Frizzoni, 132. Villari, *Machiavelli*, I, 574. Villari-Casanova, 7, 501 s., 507. *Machiavelli, Lettere familiari* p. c. di E. Alvisi. Ediz. integra (no se halla en el comercio) (Firenze, 1883), 233, 317, 321, 325, 335, 337.

de Sena persiguió con inflamadas palabras en sus sermones aquel vergonzoso extravío, amenazando con la ira de Dios (1). Entre los misioneros posteriores, fueron principalmente Roberto de Lecce, Miguel de Milán y Gabriel de Barletta, los que levantaron su voz exhortando y previniendo contra esta corrupción creciente (2); y asimismo la legislación civil procuró, principalmente en Venecia, poner coto con rigurosos castigos á esta forma de liviandad; pero en vano. Los representantes del Renacimiento pagan glorificaban pública y desvergonzadamente el pecado contra natura, que en otro tiempo había sido la maldición del mundo antiguo; algunos llegaban á gloriarse de él; otros lo disculpaban alegando el precedente de los más ilustres personajes antiguos, á cuya imitación tendía, como hacia un supremo objetivo, el conato de aquellos humanistas. En su sátira séptima, llegó á decir Ariosto: que casi todos los humanistas estaban manchados con el vicio por el cual había Dios castigado á Sodoma y Gomorra (3). Esto es sin duda exagerado, y generalmente deben rechazarse como increíbles inculpaciones de este género relativas al vicioso carácter de aquella época, la cual no perdonó ni á la gravedad de un Miguel Angel (4). Pero cabalmente respecto de muchos humanistas, apenas puede ponerse en duda la veracidad de dicha acusación, por más que en los versos de algunos de ellos se tratara sólo de un juego poético (5). Pomponio Leto se defendió contra una inculpación semejante, alegando el ejemplo de Sócrates; y el poeta Cósmico, en un obsceno poema, aduce la autoridad de Platón (6). Apenas puede dudarse que también el jefe de los poetas y huma-

(1) Voigt, *Wiederbelebung*, II^o, 471 s.

(2) Michael de Mediolano, *Sermones* P. I, 65; P. II, 64; P. III, in fine. Gabr. Barleta, *Sermones de Sanctis* f. 78. Rob. de Litio, *Serm.*, 30. V. también Arch. Veneto, 1888, fasc. 71, pág. 237 s.

(3) Senza quel vizio son pochi umanisti
Che fe' a Dio forza, non che persuase
Di far Gomorra e i suoi vicini tristi.

Sátira VII, 25 s.

(4) Cf. Burckhardt, P, 180-190 y Jansen, *Soddoma*, 42 s. También Leonardo da Vinci fué sin causa acusado de sodomía; v. *Repertorium für Kunstgesch.*, XX, 397.

(5) Esto lo hace notar Retzer, *Leben des F. Balbi* (Wien, 1790), 58, respecto de su héroe.

(6) *Giorn. st. d. Lett. ital.*, XIII, 144. Sobre P. Laetus, v. nuestras indicaciones, IV, 50 ss.

nistas de la corte de Lorenzo de' Médici, Angelo Poliziano (1), y el cronista veneciano Sanuto, pagaron tributo al vicio griego (2); y asimismo Antonio Loredano, embajador de Venecia en Roma en tiempo de Inocencio VIII, perdió su colocación por el escándalo dado en esta materia (3).

Fué lo peor para la nación el haber penetrado también aquel vicio en las clases inferiores. Ya en tiempo de la expedición de Carlos VIII escribía un cronista: «Todo el país, todas las ciudades, Roma, Florencia, Nápoles, Bolonia, Ferrara, están contagiados» (4); muchos predicadores designaban las calamidades de los italianos, las guerras, carestías y terremotos, como justo castigo del cielo por la continuidad de estos pecados. El Patriarca de Venecia Antonio Contarini decía en el año de 1511 á sus paisanos, aterrorizados por un gran terremoto; que era el castigo de Dios porque no querían apartarse de la vida viciosa (5).

También manifiesta estar muy embotado el sentimiento moral, la repetición con que se perpetraban los homicidios en las iglesias; algunos de los cuales tenían íntima relación con el exagerado renacimiento de las ideas antiguas: en muchas partes se manifestaron los genuinos sucesores de Bruto y Casio, tan alabados por los humanistas (6). También es vergonzoso el modo como los Estados se valieron del asesinato, el cual fué, principalmente en Venecia, un medio favorito para librarse de los enemigos, tanto exteriores como interiores. Con asombrosa desaprensión se deliberaba y se tomaban resoluciones sobre estas cosas en pleno Consejo; y el Gobierno consideraba el asesinato como medio político, en términos que Pontano podía decir: «En Italia ninguna cosa hay de menos precio que la vida de los hombres.» ¿Podemos,

(1) Cf. Uzielli, 232 s., donde también se prueba, que Poliziano tenía un canonicato. Sobre la vida y los escritos de Poliziano, cf. Graesse, II, 3, 711 s.; Gaspary, II, 213 s., 218 s.; Hoffmann, *Lebensbilder berühmter Humanisten*, I, Leipzig, 1837; Mähly, A. Poliziano. Leipzig, 1864; C. Castellani, A. Poliziano, Carrara, 1868; *Vita italiana*, II, 1 ss.; *In memoria di A. Poliziano*. Siena, 1894. Del Lungo, Florentia; uomini e cose nel Quattrocento. Firenze, 1897.

(2) Suministra la prueba de ello el despacho de un embajador, que hasta ahora ha pasado inadvertido, y ha sido publicado por Luzio, P. Aretino (Torino, 1888), II, nota 1.

(3) Navagiero en Muratori, XXIII, 1194.

(4) Muratori, XXIV, 12. Cf. Knebel, II, 150. V. también Steinhausens *Zeitschr.*, f. Culturgesch., III (1896), 41.

(5) Sanuto, XII, 84 s.

(6) Cf. nuestras explicaciones, vol. II, p. 228 ss. V. también Hausrat, 22.

pues, maravillarnos de que aumentara al propio tiempo el uso de los duelos, y floreciera en muchas regiones el bandolerismo, que era, de antiguo, daño hereditario de Italia? (1)

Una corrupción moral del carácter de la que acabamos de describir, debía conducir necesariamente á muchos á la indiferencia religiosa, cuya más genuina y significativa expresión se halla en la famosa historia de los tres anillos de Boccaccio (2). Que en la corte de Lorenzo de' Médici se podían manifestar sin reparos semejantes modos de ver, lo muestra el *Morgante maggiore*, de Luis Pulci. Cada uno de los cantos de este romántico poema heroico comienza con una oración, en que se pide á Dios y á los Santos aliento y entusiasmo para referir las más insensatas buras que siguen después en el poema. En el segundo canto se invoca á Júpiter crucificado, para que ayude á terminar la historia. En el cuarto se parodia el Gloria en versos medio italianos medio latinos, y en otro la Oración dominical. Cuanto más profano es un canto, tanto le precede una introducción más sublime. De una manera no menos repugnante se refieren y motivan las rápidas conversiones y bautismos. Y apenas se pueden escarnecer las cosas santas de una manera más frívola é indigna, de lo que allí se hace. Esta mofa conduce al poeta hasta la profesión de su fe en la bondad relativa de todas las religiones; en cuyo fondo, á pesar de las protestaciones de la ortodoxia de sus creencias, se halla un modo de pensar substancialmente teístico (3).

Por ventura eran todavía más peligrosos los sentimientos y enseñanzas de algunos representantes del Renacimiento pagano. El programa de esta tendencia gentilica, lo propuso Lorenzo Valla en su tratado «Sobre el placer», publicado en el año 1431, en

(1) Á la bibliografía que citamos en el vol. IV, p. 264, hay que añadir todavía: Marini, I, 277; Sybels Hist. Zeitschrift, LII, 374 s., y Nolibac, Erasme en Italie, 20. Sobre los bandoleros, v. Burckhardt, II², 220 s.; sobre el duelo, v. Cian, Cortegiano, 45.

(2) Burckhardt, II², 265, 340. Para lo que sigue, esperaba hallar luz é ilustración en la obra de Owen, The Sceptics of the Italian Renaissance. London, 1893. Pero he sufrido un terrible desengaño y no puedo dejar de confirmar el juicio desfavorable de Zimmermann, en el Lit. Handweiser, 1893, 340 s. Lo que trae Skaife, 131 s., tocante á Florencia, es también de todo punto insuficiente.

(3) Ruth, II, 142 s., 198, 202 s. Burckhardt, II², 266. Owen, 147 ss., 153 s. Settembrini, Lez. di lett. ital., 330. Reumont, Lorenzo, II², 44 s. Gaspary, II, 275 s. Véase la burla que hace L. Pulci sobre la inmortalidad, en un soneto suyo, publicado en el Arch. st. ital. N. T., IX, 49 ss.

el cual celebró su resurrección el epicureísmo de la Antigüedad. ¡Placer, placer, y nada más que placer!, es lo que Valla reclama; el deleite sensitivo es para él el supremo bien, y por esto ensalzó como dichosos á aquellos pueblos de la Antigüedad pagana, donde la lujuria llegó á elevarse hasta la dignidad de un culto (1):

Por fortuna el Renacimiento cristiano se opuso al pagano, y la primera de estas tendencias alcanzó más adelante tanta fuerza, que Valla no encontró teóricamente ningún secuaz (2); pero en la práctica, su evangelio del placer fué extendiéndose á círculos cada vez más amplios, á medida que el siglo xv se acercaba á su fin. Los humanistas, aunque llenos de las ideas puramente naturalistas de la Antigüedad, tuvieron dificultad en romper abiertamente con la Iglesia, hasta por respetos de prudencia, y en parte, porque eran demasidamente indiferentes para ocuparse con seriedad en las cuestiones religiosas. Algunos de ellos alcanzaron fama de ateos á causa de su indiferentismo, y porque al propio tiempo se permitían infames discursos contra la Iglesia; «pero ninguno de los tales profesó un ateísmo de convicción, con algún fundamento especulativo, ni se hubiera atrevido á proponerlo» (3). Y que, á pesar de toda la libertad que se concedía, la Autoridad eclesiástica procediera con rigor contra las opiniones propiamente heréticas, lo demuestra la suerte de los académicos romanos en tiempo de Paulo II (4), y asimismo el castigo de Zanino de Solcia, Juan da Montecatini, Nicolás Lelio Cósmico y otros; pero, por lo demás, tales defensores de doctrinas heréticas se hallan bastante aislados en la época del Renacimiento, en la cual, fuera de los Valdenses y Fraticelos, ninguna herejía alcanzó en Italia extensión notable (5). Por más que la frivolidad y el escepticismo debilitaran en

(1) Cf. nuestras indicaciones, vol. I, p. 126 s.

(2) Gabotto, L. Valla e l' Epicureismo nel Quattrocento. Parte prima (Milano-Torino, 1889), 50. La continuación de este trabajo no se ha publicado por desgracia hasta ahora.

(3) Burckhardt, II^a, 272.

(4) Cf. nuestras indicaciones, vol. IV, p. 41 ss., y Uzielli, 187 ss.

(5) Cf. nuestras indicaciones, vol. IV, p. 104 ss.; Uzielli, 212 s., y Cantú, I, 182 ss.; III, 699 s. Sobre el poeta paduano Niccolò Lelio Cosmico, cf. el excelente estudio de V. Rossi, publicado en el Giorn. st. d. Lett. ital., XIII, 101 ss.; y además la carta sacada á luz allí mismo, XXIII, 461 s., que demuestra, que la acusación de herejía dirigida contra este poeta, no estaba enteramente destituida de fundamento. Sobre un hereje de Bolonia, que decía, que Cristo todavía no había venido, v. Baptista Mantuanus, De patientia, l. III, c. 13.

muchos el sentimiento religioso (1), no se halla apenas en aquel período la tenaz contumacia en sostener ideas heréticas; aun cuando se expresasen las opiniones más frívolas y libres, no se llegó casi nunca á un rompimiento formal con el Cristianismo y con la Iglesia (2); y ante la austera faz de la muerte, aun los más avanzados se volvieron á convertir á la antigua verdad. Ciertamente es que *Codrus Urceus*, profesor de Bolonia, dijo á sus oyentes, no se sabía lo que después de la muerte del hombre ocurría con su alma ó su espíritu, y que todos los discursos acerca del más allá son espantajos para intimidar á las viejas. Pero al acercarse la muerte, se reconcilió, no obstante, con Dios y con la Iglesia, exhortando asimismo á sus discípulos á convertirse á la fe (3). Por semejante manera, aun Segismundo Malatesta y Maquiavelo, buscaron á la hora de la muerte consuelo y auxilio en aquella Iglesia de quien tanto se habían enajenado en su vida y modo de pensar; y murieron, después de hacer una penitente confesión, fortalecidos con el santo Viático (4).

En éstos como en otros casos, se mostró una vez más, cuán profundamente había penetrado el Cristianismo en el alma del pueblo italiano; así que, apenas podemos imaginarnos bastante-mente la grandeza de los contrastes entre los cuales se movían los hombres de aquella época de transición. Cabalmente respecto de Segismundo Malatesta se ha descubierto recientemente otro testimonio de este género; pues aquel hombre que pagaba público tributo al paganismo y á sus vicios, se hizo esculpir en mármol la figura de la calavera de uno de sus mayores, ¡para no olvidarse nunca (como dice la inscripción) de su antepasado, y rogar diariamente por la salud de su alma! (5)

El andar vacilando en vida entre las más libres opiniones y la religión en que habían sido educados, y acabar por abrazarse con ésta en la hora de la muerte, fué lo ordinario en un gran número de literatos y humanistas (6), y esto hallamos también en dos hu-

(1) Cf. los lamentos de Ant. de Vercellis, Sermones, f. 243.

(2) Esto lo hace notar con razón, v. Bezold, en Sybels Zeitschrift, XLIX, 212.

(3) Burckhardt, Cultur, II^a, 274. Cf. Malagola, Codro Urceo (Bologna, 1878), 186 ss.

(4) Cf. nuestras indicaciones, vol. I, p. 140.

(5) En la obra de Yriarte, Un condottiere, 230, puede verse un grabado de este cráneo, que se hallaba en poder de M. Campori, en Módena.

(6) Cf. Carducci, Studi lett., 99; Gaspary, II, 275, y Uzielli, 218. Aunque los mismos Poggio y P. Leto escribieron alguna vez religiosamente (v. Giorn. d.

manistas pertenecientes al Sud de Italia: Juan Gioviano Pontano y Antonio Galateo.

Pontano (1426-1503) (1) manifiesta en sus escritos haberse apropiado las ideas de la heroica Antigüedad, en términos que no pueden menos de considerarse sumamente peligrosos. En su lucha contra la superstición, fué más allá de la raya, llegando hasta atacar la invocación de los Santos, la cual se atrevió audazmente á equiparar con la idolatría de los antiguos. Al propio tiempo escribió Pontano, como dócil discípulo de Beccadelli, poemas donde imitó toda la liviandad de la decadencia romana. Algunas de estas composiciones están penetradas de repugnante cinismo, y sus descripciones de la vida frívola que se llevaba en los baños de Bayas, están llenas de ardiente sensualidad. Todavía en su edad avanzada compuso poemas por extremo licenciosos sobre su propia vida inmoral. Otro carácter parecido al de Pontano, es el de su discípulo *Marullus*, quien, en sus himnos á la Naturaleza, celebra á los varios dioses antiguos casi como seres de real existencia. «Y habiendo Erasmo hallado el poema demasiado poco cristiano, recibióse esto como una intencionada ofensa á los italianos, y se contestó irónicamente: que desear musas cristianas era desearlas bárbaras» (2). Pontano fué, en Nápoles, el centro de una asociación de eruditos, que tomó el nombre de *Academia Pontaniana*. Lo propio que en la Academia Romana de Pomponio Leto, tomaban sus miembros nombres latinos: Pontano se llamó Joviano en lugar de Juan, y Sannazaro, Actius Sincerus (3).

Galateo, que era asimismo miembro de aquel círculo de eruditos, es autor de un notable diálogo que lleva el título de «Eremita». Esta composición no sólo contiene rudos ataques contra el clero y apasionadas querellas contra Roma, sino impugna también, con burlas y veras, algunas doctrinas de la fe; se ridiculizan algunos personajes venerables de la historia bíblica y eclesiástica,

lett., XXIX, 410-411), esto se ha de atribuir á la religiosidad precedente; pero no demuestra (como tampoco los escritos edificantes de Pietro Aretino), que tales hombres dejasen de pertenecer al Renacimiento pagano.

(1) Cf. las biografías de Pontano, por Sarno (Napoli, 1761) y Tallarigo (Napoli, 1874), como también Rossi, Quattrocento, 340 s., 344 s., 346, 355, y Gothein, en los pasajes citados en la p. 167, nota 3.

(2) Gothein, 34, 427 s., 439 s., 449 s., 537 s., 594 y Gaspary, II, 299 s., 301 ss., 307 s., 317 s.

(3) Gaspary, II, 301.

y se llega hasta á escarnecer á San Jerónimo por sus declaraciones contra los clásicos paganos. Pero aquel extraño escrito termina con un fervoroso himno á María (1).

El mismo hombre que tan rudamente había atacado á Roma en aquel diálogo, dirigióse en tiempo de Julio II á la Ciudad eterna, para ofrecer al Papa una copia del «documento original griego» de la donación de Constantino (2). Desde Nápoles había en otro tiempo atacado Valla esta donación (3), y ahora un humanista napolitano salía á la defensa del mismo documento, del cual se burlaba poco después Ariosto, diciendo hallarse en la luna, entre otras cosas fútiles (4).

Si consideramos en su conjunto á los humanistas, podemos decir verdaderamente, que el exagerado entusiasmo por la Antigüedad debilitó en ellos, casi sin advertirlo, el entusiasmo religioso. Al paso que se menospreciaba la Edad Media, y sólo se concedía valor á la Antigüedad clásica, se fué produciendo una peligrosa indiferencia respecto de las diversas religiones. Lo propiamente cristiano y dogmático, y en general todo cuanto procedía de la Edad Media, pareció bárbaro á los apasionados entusiastas del Renacimiento. Indiferentes á la esencial distinción hecha por la Iglesia entre el Cristianismo y el Paganismo, mezclaban los tales una y otra religión, llegando á vestir los pensamientos cristianos con el lenguaje gentilico. Dios se volvió á llamar Júpiter, como ya le había llamado Dante, Sommo Jove; el cielo, Olimpo, los Santos, dioses, y la excomunión, *dirae*. Donde quiera tocaban aquellos humanistas al Cristianismo, lo paganizaban (5). El

(1) Gothein, 462 s., quien utilizó el diálogo de Galateo que se halla en un manuscrito de la biblioteca de Nápoles, y da de él un análisis muy circunstanciado, pues, como él dice, «apenas hay que esperar que este documento se publique en breve». Ignoraba, pues, que este diálogo estaba impreso hacía mucho tiempo en la Collana di Scrittori di Terra d'Otranto II (Leccè, 1875), 1 ss. N. Barone (Studi sulla vita de A. Galateo, 83) ha descuidado consultar las explicaciones de Gothein. El cree (36), que el diálogo se compuso hacia 1496.

(2) Barone, Studi, 47 ss. Bartholomaeus Picernus de Montearduo compuso una traducción latina del documento de la donación, y la dedicó á Julio II; sobre un ejemplar incompleto de este manuscrito, v. Innsbr. Zeitschr. f. kath. Theol., 1898, p. 189; uno completo se halla en la biblioteca palatina de Munich.

(3) Cf. nuestras indicaciones, vol. I, p. 128 s.

(4) Orlando Furioso, XXXIV, 80. Cf. el estudio de Gabotto, 224, citado más arriba, p. 155. El embajador veneciano G. Donatto, hablando con Alejandro VI, se expresó en son de burla acerca de la donación de Constantino. Cf. sobre esto Cian, Cortegiana, 201.

(5) Burckhardt, II³, 277-278; cf. 201 y I³, 177, 201 s.; Gregorovius, VII³, 498;

poeta Publio Gregorio de Città di Castello invocó á las musas al par de la Santísima Trinidad y la Virgen María; y dice que María «abre y cierra las puertas del Olimpo» (1). Todavía va más allá Pontano, el cual, no sólo da á los Santos el título de *divus*, sino hasta el de *deus*; tenía á los ángeles como sencillamente idénticos con los genios de la gentilidad, y el estado de las almas después de la muerte, descrito por él, se parece mucho al reino de las sombras de que hablan los antiguos (2). En gran parte por puros deseos de imitar á los antiguos poetas de la decadencia, componían poemas obscenos (3). Algunos humanistas eran tan audaces, que no tenían dificultad en poner lo obsceno á continuación de lo santo. Una colección manuscrita de poesías del tiempo de Alejandro VI, contiene una serie de epigramas donde se celebra primero á la Virgen María y á muchas santas mujeres, y luego, con la misma inspiración y sin separación ni observación ninguna, celebra á las cortesanas de su tiempo. Semejante manera de equiparar estas cosas, demuestra cuánto había embotado el nuevo paganismo los sentimientos morales y religiosos (4).

No sería exageración si afirmáramos que la imitación de los antiguos llegó á constituir, en muchos partidarios del Renacimiento pagano, una verdadera manía; los dechados que se proponían eran, ante todo: como tiranos, César y Augusto; como republicanos, Bruto; como generales, Escipión y Aníbal; como filósofos, Aristóteles y Platón; como escritores, Cicerón y Virgilio (5).

Lo propio que algunas obras de arte de aquella época (6), se ve, aun en humanistas tan sinceramente cristianos como Bautista Spagnolo y Jacobo Sannazaro, lo pagano y lo cristiano mezclados por extraña manera (7). Al principio del primer libro de su ce-

Piper, *Mythologie*, I, 280; Gruyer, 176; Schneegans, 199 s.; Rossi, *Quattrocento*, 45, 190, 192.

(1) Gabotto, *Pubblio Gregorio da Città di Castello* (ibid., 1890), 25.

(2) Burckhardt, *IP*, 278. Sobre la justificada oposición de Savonarola á tales poetas, cf. Glossner, *Savonarola als Apologet und Philosoph* (Paderborn, 1898), 20 s.

(3) Cf. Lazzari, 7 ss.

(4) **Epitaphia clarissimarum mulierum que virtute, arte aut aliqua nota claruerunt*. Cod. de Hartmann Schedel, perteneciente á la *Biblioteca pública de Munich*. V. Gregorovius, *L. Borgia* 89 (3 edición, 96).

(5) Villari, *Machiavelli*, I, 25.

(6) Cf. más abajo, p. 149 s.

(7) V. Gabotto, *Un poeta beatificato*. Schizzo di Battista Spagnolo da Mantova. Venezia, 1892; *La fede di J. Sannazaro*. Bologna, 1891, y Piper, *Mytholo-*

lebrado poema sobre la Natividad de Cristo, invoca *Sannazaro* á las musas después de los ángeles. El poeta designa generalmente el cielo con el nombre de Olimpo, á Dios Padre con el de Tonante ó Dominador del Alto Olimpo ó Rey de los dioses. Cristo es celebrado como Padre de los dioses, María como Diosa Madre y Reina de las diosas. Verdad es que el poeta acentúa, que la fábula de los dioses no puede sostenerse ante la luz de la historia evangélica; pero, sin embargo, continúa mezclando los mitos con las ideas cristianas. Las fiebres mortales, se dice en la descripción de los milagros de Cristo, cederían ante Él, la ira de Diana se aplacaría, las Furias serían arrojadas al Tártaro y los posesos sanados. Por ventura en grado todavía mayor, rindió homenaje á este mal gusto *Pedro Bembo*, cuyos epitafios celebran á los difuntos de una manera totalmente pagana. En su himno á San Esteban, se muestra Dios Padre en su gloria en medio del Olimpo, Cristo como «el sublime héroe», María como «resplandeciente ninfa», y al final, suplica que se aparte de él la ira de los dioses. Semejantes pruebas de mal gusto se hallan en sus epístolas, y aun como secretario particular de León X, se sirvió frecuentemente de una parecida forma de expresión (1). Los conservadores de Roma, habiendo restaurado una cisterna en el Capitolio, escribieron encima, como antiguos romanos: «Nosotros hemos cimentado este recipiente; tú, ¡oh Júpiter! llénalo con lluvias, y sé favorable á los que presiden á tu monte» (2).

Es también característica la costumbre, cada día más extendida, de usar como nombre de pila nombres griegos y romanos. Ya Petrarca llama á sus amigos Lelio, Sócrates y Simónides; se hacía nombrar él mismo Cicerón, y daba á su hija el nombre de Tulia. Una familia noble puso á sus hijos los nombres de Agamenón, Aquiles y Tydeo; un pintor llamó á su hijo Apeles y á su hija Minerva. Muchos humanistas dejaron sus nombres acostumbrados y tomaron en su lugar otros antiguos; y finalmente, se fue

gie, I, 282 s. En el tomo siguiente volveré á hablar de Sannazaro. Constituye una excepción el poeta Ugolino Verino, que deja á un lado enteramente el aparato clásico, por considerarlo incompatible con el argumento cristiano (cf. Lazzari, 101 s.).

(1) Piper, *Mythologie*, loc. cit. Cf. Gaspary, II, 401; Reumont, III, 2, 322 s., y Cantú, I, 189-190.

(2) Forcella, I, 32. Gregorovius, VIII³, 272 s., donde hay todavía otros ejemplos, particularmente del tiempo de León X, de los que volveremos á hablar en el tomo IV.

tan allá, que aun mozas livianas tomaron en Roma y en otras partes nombres clásicos, como Lucrecia, Casandra, Porcia, Pentesi-lea. Por semejante manera se dió también denominaciones antiguas á otras relaciones sociales, cargos y ceremonias (1). Ciertamente, al principio no se trataba sino de una moda y un juego que no debe juzgarse con excesiva severidad. Los pedantes se daban el gusto de designar cualquiera Concejo como Patres Conscripti, cualquiera comunidad de monjas como Vírgenes vestales, y dar á cualquier Santo el título de divus ó deus; al paso que personas de más fino gusto, como Paulo Giovio, no hacían probablemente en esta parte sino lo que no podían evitar. Como Giovio no parece dar á esto importancia alguna, no ofende el que en sus armoniosas frases se llame á los cardenales *senatores*, á su decano *Princeps Senatus*, las excomuniones *dirae*, el carnaval Luper-calía, etc.; y cabalmente en este autor se manifiesta con claridad cuánto debemos guardarnos de sacar, de semejantes formas de estilo, un juicio precipitado sobre toda la manera de pensar de aquellos escritores (2).

Sin embargo, semejantes juegos podían tomar un carácter peligroso. Por ventura era lo más arriesgado el aplicar la fraseología pagana del elegante estilo humanista á la ciencia teológica, como lo intentó *Paulo Cortesius*, secretario de Alejandro VI, y más adelante protonotario apostólico, en su Compendio de Dogmática publicado en 1503. Verdad es que Cortesio quiere permanecer en el terreno de la ortodoxia y refuta las falsas opiniones de los filósofos gentiles; pero está al propio tiempo penetrado de que las antiguas doctrinas de la sabiduría mundana son imprescindibles para ilustrar y esclarecer las verdades religiosas. Es indudablemente peligrosa su mofa contra la Escolástica, y asimismo el ropaje pagano de que viste Cortesio su Dogmática no carece de peligros. No sólo para designar las personas é instituciones del culto, sino también para expresar conceptos puramente teológicos, se emplean allí las expresiones paganas, y así se

(1) Además de nuestras indicaciones en los vols. anteriores, cf. especialmente Schneegans 119, Lazzari 52 y Burckhardt I^o, 291. Este escritor trata también de la poesía macarrónica y de la sátira burlesca del clasicismo llevado hasta la exageración por los humanistas. Hablaremos más en particular sobre esto, señaladamente sobre Folengo, en el tomo siguiente de la presente obra.

(2) Burckhardt I^o, 292-293. Cf. también nuestras indicaciones en la Introducción, vol. I.

llama á Cristo el Dios del rayo y del trueno, á María Madre de los dioses, y á los difuntos, *manes*. San Agustín es encomiado como dios de los teólogos y vidente Pytio de la Teología; Santo Tomás de Aquino como Apolo de la Cristiandad. Se da principio á la doctrina del pecado original, diciendo que se va á considerar allí al Faetón del género humano. El infierno se describe de una manera enteramente gentilica, como Tártaro, con sus ríos Cocito, Averno, y su laguna Estigia (1).

Forma el más rudo contraste que imaginarse puede con la tendencia humanista representada por Cortesio, la obra de *Adriano de Corneto* «Sobre la verdadera Filosofía», publicada en Bolonia en 1507; en la cual se combaten con la mayor dureza, tanto la Filosofía aristotélica como la platónica, todo el Humanismo, y generalmente toda ciencia y conocimiento humano. La fuente de toda la fe y de toda la ciencia es, según Adriano, la Sagrada Escritura: la fe precede á la ciencia; sin la fe es imposible una ciencia verdadera, y la razón humana es impotente para alcanzar el conocimiento de las cosas divinas; sólo el estudio profundo de la Biblia procura la ciencia, la felicidad y bienaventuranza. «A todos los filósofos, dice Adriano, les falta el ejemplo de la divina humildad que Cristo hizo brillar en la plenitud de los tiempos. No pregunto yo lo que los filósofos dicen; pregunto lo que hacen. Los dialécticos, cuya cabeza es Aristóteles, se ocupan en extender las redes de las demostraciones, y su arte es la disputa, de la cual debe huir el cristiano. La Dialéctica hase de desechar totalmente, y asimismo debe despreciarse el ornato de la Retórica, aplicándose á la gravedad de la Sagrada Escritura. La interpretación eclesiástica ha de dirigirse á toda la Humanidad, pues la Iglesia no se compone de algunos académicos, sino de todo el pueblo común. Nada aprovecha conocer las verdades de la Geometría, la Aritmética y la Música; y la Astrología y la Geometría, no sólo no conducen á la salud, sino enredan en errores y apartan de Dios. Conviene más alabar al Señor con el corazón, que ensalzarle con la música. Verdad es que la Gramática, y también la Literatura, pueden ser de provecho en la vida para distinguir entre lo verdadero y lo falso; pero las artes liberales no merecen este nombre; pues no son ellas quien nos hace libres, sino Cristo.

(1) Schröckh, *Kirchengesch.* XXXIV, 218 s. Piper, *Mythologie* I, 287-289, y Gebhardt, *Adrian von Corneto* 71 s.

Cebo del demonio son las obras de los poetas, la sabiduría de los mundanos y la pompa de las frases retóricas; las cuales encandenan los oídos y vencen el corazón, pero no le dan la hartura de la verdad. Platón y Aristóteles, los epicúreos y los estoicos están todos condenados en el infierno con el demonio, y los filósofos son los patriarcas de los herejes. No hemos de buscar las causas de las cosas, sino al Criador de ellas; la más santa y sabia simplicidad consiste en querer ser tenido por loco, y no admirar la sabiduría de la carne.»

Sin embargo, es notable la confesión: «En todo caso, si los filósofos han dicho, por ventura, algo verdadero y conforme con nuestra fe, como principalmente los platónicos, no sólo no hemos de temer por esto, sino hemos de ařebatárselo como á ilegítimos poseedores, y aplicarlo á nuestro provecho. Ciertamente es muy poco, en comparación de lo que nos ofrece la Divina Escritura.» Hacia el fin del libro, exclama Adriano: «¿Por qué he de hablar acerca de la Física, la Ética y la Lógica? Cuanto pueda sacar de allí la humana lengua, se contiene en las Sagradas Escrituras; y su autoridad es mayor que la capacidad de todo el espíritu humano.» El argumento de la obra culmina, por consiguiente, en la idea: «que toda ciencia mundana es insensatez, y sólo en Dios se halla la verdad y la sabiduría. Para llegar á Dios, para alcanzar esa sabiduría, no se necesita el conocimiento de la Filosofía ó de alguna otra disciplina; no es menester el estudio de los escritos platónicos ó aristotélicos, sino sólo y puramente una firme fe en la religión revelada, cual se contiene en la Biblia» (1).

Esta obra extraña está toda entretejida de citas tomadas de los cuatro grandes Doctores de la Iglesia, de quien tan alto concepto tiene, pero arrancándolas de un modo totalmente arbitrario de su contexto, aduciéndolas muchas veces con poca exactitud, y escogiéndolas enteramente conforme á la tendencia y designio del autor.

Aunque en algunos puntos particulares no pueda negarse que tiene alguna razón, Adriano va en sus apreciaciones mucho más allá de los justos límites (2). Su juicio absolutamente condenato-

(1) Gebhardt, Adrian von Corneto 54-67.

(2) Así insiste con razón en la importancia de la conducta práctica y de la vida de los mismos filósofos, como también en que la enseñanza de la Iglesia debe ser generalmente inteligible y popular.

rio de la Filosofía y de las ciencias, está en contradicción con el de los Padres de la Iglesia de quien hace tanto caudal (1), en contradicción con los grandes teólogos de la Edad Media, y se opone á la actitud que tomó la Iglesia respecto de la ciencia, del Renacimiento literario y de la Antigüedad. En ninguna época desconoció la Iglesia católica el valor de ésta, principalmente como medio de formación, por más que nunca pudo considerar lo antiguo como fin supremo, ni como ideal á que deba aspirarse. La actitud de la Iglesia estaba en principio claramente señalada: lo antiguo debía utilizarse para fomentar el conocimiento natural y profundizar la conciencia específicamente cristiana, no para disiparla, y mucho menos para destruirla (2). Mas la verdad es que tanto las exageraciones de los partidarios del falso Renacimiento como el celo indiscreto de los que opinaban como Adriano, dificultaba extraordinariamente á los representantes de la Iglesia conservar el justo medio entre aquellos extremos. Y si la Iglesia no podía en manera alguna confiarse del todo al Humanismo, tampoco podía del todo desecharlo, por cuanto el estudio de los clásicos paganos ofrecía realmente el más importante é imprescindible medio de formación, y la misma literatura patristica, v. gr., no puede llegar á entenderse sin el conocimiento de la Antigüedad pagana. Era necesario, por tanto, guardar el justo medio, y teniendo todas las consideraciones á la nueva tendencia de la vida cultural y al fomento de las ciencias y las artes, se habían de conservar prácticamente en vigor las doctrinas y preceptos del Cristianismo. Estaba en la misma naturaleza de las cosas que, á pesar de toda la claridad sobre los principios que en último término se imponían, en los casos particulares se vacilara en la práctica, por cuanto se había de resolver en cada uno, qué cosas podían considerarse como lícitas y cuáles no. Además, era sumamente difícil trazar la línea divisoria entre el Renacimiento cristiano y el pagano, por cuanto ambas tendencias se hallaban en contacto, y no raras veces abigarradamente mezcladas en una misma personalidad. Fuera de que, en muchos, las apariencias del Humanismo pagano se reducían á seguir una moda superficial (3). La verdadera conciliación de los grandes con-

(1) Cf. Gebhardt 67 ss.

(2) Cf. nuestras explicaciones vol. I, p. 114 ss.

(3) Esto lo hace notar con razón Burckhardt, I^o, 291.

trastes no se halló, sin embargo, hasta la época de la restauración católica (1).

Un influjo particularmente peligroso de la Antigüedad, fué el haber comunicado á la época del Renacimiento su género de superstición; bien que juntamente influyeron, sin embargo, elementos arábigos, los cuales habían desempeñado ya un gran papel con el Emperador Federico II (2).

La más extensamente difundida forma de superstición era la *Astrología*, la cual se presentaba las más veces íntimamente enlazada con la Astronomía. Petrarca había en su tiempo combatido animosamente la Astrología, pero no obtuvo en manera alguna su objeto; y todo el siglo xv y una parte del xvi, estuvieron dominados por la vana creencia de que podía averiguarse lo porvenir por la posición relativa que en cada momento tienen los planetas entre sí y respecto de los signos del Zodíaco. Formóse, pues, un complicado sistema que atribuía á cada planeta una muchedumbre de propiedades las cuales se apoyaban, principalmente, en el carácter más ó menos mal entendido de las antiguas divinidades. La gente estaba firmemente persuadida de que ciertos planetas ejercían un influjo decisivo sobre los hombres que habían nacido en el tiempo de su eficacia, condicionada por las diversas constelaciones. Sólo algunos espíritus ilustrados,

«(1) En los tomos siguientes daremos todavía más pormenores acerca de estas relaciones.

(2) Para lo dicho en el texto, además de las exposiciones fundamentales de Burckhardt II, 279 ss., cf. también las obras siguientes de Gabotto, en las cuales el autor utiliza muchos documentos de archivos y expone nuevas opiniones: *L'Astrologia nel Quattrocento in rapporto colla civiltà. Osservazioni e documenti inediti*. Milano-Torino, 1889. 2. *Nuove ricerche e documenti sull'Astrologia alla corte degli Estensi e degli Sforza*, obra publicada en la revista *La Letteratura*. Torino, 1891. 3. Bartol. Manfredi e *l'Astrologia alla corte di Mantova*. Torino, 1891. 4. *Alcuni appunti per la cronologia della vita dell'astrologo Luca Gaurico*. Napoli, 1892. V. también Percopo, Pomponio Gaurico e Luca Gaurico. Napoli, 1895, y *Giorn. d. lett.* XXIX, 554 s., como también *Arch. st. lomb.* 1897, 462. Zumbini, *L'Astrologia e la mitologia nel Pontano e nel Folengo*, en la *Rassegna crit. d. lett. ital.* II, 1-2. Gabotto, *Merula* III s. Casanova, *L'Astrologia e la consegna del bastone al capitano generale della rep. Fiorentina*. Estr. d. *Arch. st. ital.* Firenze, 1895. Meyer, *Der Aberglaube des Mittelalters und der nächsten Jahrhunderte* (Basilea, 1884) 5 ss. Gallardo, *Bibl. Española* II, 514 (impresiones italianas de obras sobre la astrología). Grässe III, I, 936. Cian, *Cortegiano* 34. Schmarzow, *Melozzo* 87. Uzielli 214 s. Rohr, en las *Hist.-pol.* Bl. CXVIII, 822 s. Gudemann demuestra que los judíos de Italia se dedicaban también á la astrología.

como señaladamente Pío II, se mantuvieron exentos de toda superstición. En la mayor parte de las Universidades, junto á la Astronomía se habían constituido profesores especiales de Astrología, los cuales establecieron sistemas enteros de aquella ciencia vana. En ninguna Corte de Italia faltaba su astrólogo, y en algunas, como por ejemplo en Mantua, llegó á haber varios. Casi todas las resoluciones importantes de los soberanos, y aun los más insignificantes negocios, como los viajes de las personas principales, el recibimiento de embajadores extranjeros, el tomar una medicina, se determinaron consultando á las estrellas. Aun los más atrevidos capitanes de mercenarios del siglo xv, como Bartolomé Alviano, Bartolomé Orsini, Paulo Vitelli, estaban poseídos de la firme creencia en la Astrología (1). Principalmente floreció esta vana ciencia en Padua, Milán y Bolonia. En todas partes se arraigaban las preocupaciones astrológicas, en los calendarios y en la Medicina, en los vaticinios populares y en las imaginaciones del vulgo (2). «Se llegó á tal extremo, dice Roberto de Lecce en sus sermones, que sin consultar á las estrellas nadie se atrevía ya á comer, á ponerse vestidos nuevos, ni generalmente, á emprender cosa alguna» (3). La Astrología estaba tan íntimamente enlazada con la vida italiana que, aun varios papas, como Sixto IV, Julio II, León X, y todavía más adelante Paulo III, se inclinaron ante los prejuicios de su época (4). Un cardenal fué causa de que se dedicara á Alejandro VI una obra «Sobre la divina ciencia de la Astrología» (5). El gran Cristóbal Landino esperaba seriamente conocer por las estrellas el porvenir de la Religión cristiana; el piadoso Domenico de' Domenichi pronunció un discurso en alabanza de la Astrología y para defenderla de sus adversarios (6). El erudito latinista y médico Paulo Toscanelli, que vivió como un santo asceta, sirvió de astrólogo á los Médici y al

(1) Gabotto, *L'Astrologia* 8.

(2) V. en la *Quidde's Zeitschrift* VIII, 63, el interesante artículo de v. Bezdold sobre la construcción de la historia por medio de la astrología. Cf. también Gabotto, *Notizie ed Estratti del poemetto inedito «de excellentium virorum principibus»* di Antonio Cornazzano (Pinerolo, 1889) 15 s.

(3) Rob. de Lito, *Quadrág. de peccatis* 43.

(4) Es dudoso, si Paulo II se dedicaba también á la astrología; v. nuestras indicaciones en el vol. IV. Sobre Sixto IV, v. también Gabotto, *Merula* 113, nota.

(5) Audiffredi 343.

(6) Villari, *Savonarola* (edición alemana) I, 243; cf. Machiavelli I, 200 y Skaffe 145 s. Sobre Domenichi, v. nuestras indicaciones en el vol. IV.

Gobierno florentino (1); verdad es que en él, y generalmente en los hombres de mejor espíritu, se puede presuponer que no se dejaban guiar por las estrellas en sus acciones, más que hasta cierto grado, y reconocían límites donde la Religión y la conciencia mandaban detenerse» (2). Muchos hombres de espíritu libre, como Pontano, partían en sus estudios astrológicos de la firme persuasión de una dependencia causal de todas las cosas del Universo; creyendo que el origen, la índole y el desenvolvimiento del hombre, estaban esencialmente influidos por las fuerzas de la Naturaleza que le rodea, y tenían la Astrología por una rama de las ciencias naturales, tan bien fundada como pudiera estarlo la Zoología de Aristóteles (3).

A las artes plásticas ofrecieron las ideas tanto astrológicas como astronómicas, fecundos argumentos para la representación del Zodiaco, de las figuras de las estrellas, y divinidades de los planetas. Son obras conocidas de este género los frescos del palacio Schifanoia de Ferrara, y de los aposentos Borja del Vaticano. La parte de las doctrinas astrológicas que se refiere á los hijos de los planetas, halla en la época del Renacimiento una concepción gráfica en las llamadas figuras de los planetas. Un tipo determinado de éstos se formó precisamente á mediados del siglo xv, y habiendo probablemente tenido origen en Florencia, hizo una extraña peregrinación por Italia hacia los Países Bajos y Alemania, y se conservó hasta el siglo xvi (4). Giorgione representó en un famoso cuadro, tres astrólogos con traje oriental en el mágico crepúsculo que se derrama al venir la noche sobre un paisaje selvático (5).

Uno de los muchos merecimientos de los predicadores de penitencia de aquella época, es haberse atrevido á combatir enérgicamente contra la Astrología; y no se puede condenar el desorden

(1) Cf. Uzielli 214 s. Toscanelli no perdió la fe en la astrología, hasta los últimos años de su vida, y á consecuencia de sus observaciones personales. L. c. 222-223.

(2) Burckhardt II, 281.

(3) Gothein, 446.

(4) En su docto estudio, intitulado: Los siete planetas, expone Lippmann las emigraciones y transformaciones de este cuadro del sistema planetario (Publ. de la sociedad calcográfica internacional para el año 1895).

(5) Ahora está en Viena. Hay una imagen de este cuadro en Lübke II, 497. Otra interpretación del cuadro trae Wickhoff; v. Kunsthist. Sammlungen des Kaiserhauses I (Wien, 1899), 8 s.

de esta superstición más sumariamente de lo que lo hicieron un Bernardino de Sena, un Antonio de Vercelli, Roberto de Lecce y Gabriel Barletta (1). También muchos humanistas se declararon contra la Astrología (2); Paulo II quiso prohibir su ejercicio (3); pero lo que formó época fué el escrito dirigido contra los astrólogos por Pico de la Mirándola, el cual combatió también clara y enérgicamente el modo parcial de estimar la Antigüedad clásica (4).

Desde entonces aquella superstición fué decayendo lentamente en Italia; los poetas cómicos, como Ariosto en sus «Nigrománticos», pudieron entregar al ridículo los fraudulentos artificios de la magia negra (5), y también la Pintura se acomodó á esta diferente manera de pensar; y así Rafael representó en la cúpula de la capilla Chigi, en Santa María del Popolo, en torno los dioses de los planetas y el cielo de las estrellas fijas, guardado y dirigido arriba por ángeles, y bendecido desde la cumbre por Dios Padre (6).

Fuera de la Astrología hubo también otras supersticiones de varias clases. Principalmente cierto número de humanistas eran especialmente crédulos acerca de los portentos y vaticinios. Poggio creía firmemente en prodigios de estilo antiguo; verdad es que no había ya oráculos, ni se podía interrogar á los dioses; pero volvióse á poner de moda, como augurio, el sacar á la suerte un pasaje de Virgilio interpretando los versos que se hallaban. También influyeron las ideas demoniacas del último período de la Antigüedad. El escrito atribuido al neoplatónico Jámblico, sobre los misterios de los egipcios, se publicó traducido al latín ya hacia fines del siglo xv. «Ni aun la Academia platónica de Florencia, v. gr., se mostraba enteramente libre de éstas y otras seme-

(1) Gudemann 222-224. Rob. de Lecce se dirigió principalmente contra la alquimia: Quadrag. de peccatis 122. Savonarola pertenece también al número de los que combatieron la superstición; cf. Geffcken, 208. Bapt. Mantuanus se expresa en términos enérgicos contra los alquimistas de su tiempo: De patientia l. III, c. 2; cf. *ibid.* c. 12 contra los astrólogos.

(2) Cf. Voigt, *Wiederbelebung* II, 492 s.

(3) Cf. nuestras indicaciones en el vol. IV.

(4) Burckhardt I^o, 244.

(5) Ruth II, 526 s., Carriere 81 s. Gaspari II, 418 s.; cf. Gabotto, *L' Astrologia*, 39.

(6) Burckhardt II^o, 288. Sobre Pico de la Mirándola, cf. Bezold, *Astrolog. Geschichtsconstruction* loc. cit. 65 y Uzielli 223 s.; cf. 220 s. sobre el adversario de Pico, Lucio Bellanti.

jantes fantasías de los neoplatónicos de la decadencia romana». También renació la imaginación de que se podía utilizar el servicio de los demonios para fines particulares; y ya Sixto IV, en un breve de 1474, tuvo que proceder contra algunos carmelitas de Bolonia que habían afirmado no ser malo interrogar las respuestas de los demonios. Es verdad que tampoco en este terreno faltó la oposición, y es digno de advertir, que los poetas y novelistas pudieron atreverse á poner en ridículo las artes mágicas, teniendo la seguridad de ser aplaudidos. Desde principios del siglo xvi se puede asegurar generalmente, que se nota la disminución de las artes mágicas (1).

Lo propio que la superstición tuvieron también relación con las particulares maneras de concebir de la Antigüedad los peligrosos extravíos en que se descarriaron no pocos filósofos de la época del Renacimiento (2). *Gemistos Plethon*, entusiasta discípulo de Platón, cuyas doctrinas entendía en sentido neoplatónico, ignoraba el Cristianismo, y en sus opiniones religiosas retrocedió hasta la gentilidad. De la renovación de su filosofía, esperaba el restablecimiento de una religión universal (3).

La contienda de Plethon con los aristotélicos griegos de su tiempo, fué suavizada por el gran cardenal Bessarion, el cual, en su célebre escrito en defensa de Platón, acentuaba la concordia de ambos maestros áticos entre sí, pero llamando al propio tiempo la atención sobre los errores que los separan del Cristianismo (4). Todavía con mayor entusiasmo que Plethon, se dedicó á la filosofía platónica *Marsilio Ficino*. Hondamente penetrado de la verdad de la religión cristiana, aquel hombre lleno de espíritu, que en el año de 1473 abrazó el estado eclesiástico, procuró conciliar la doctrina platónica con el culto cristiano. Personalmente fué Ficino enteramente creyente y sacerdote irrepreensible; pero no por

(1) Burckhardt II^o, 291 ss.; cf. Cian, Cortegiano 249 y Vogelstein 133 s. Es interesante la enumeración de las diversas clases de superstición que hace Antonius Vercell., Sermon. f. 162 sq. Cf. también Rob. de Litio, Quadrages. 44.

(2) Además de Burckhardt II^o, 312, cf. Ritter, Gesch. der Phil. IX, 220 ss. Stöckl, Gesch. d. Phil. III, 202 ss. Rixner, Gesch. der Phil. 194 ss. Hassner, Gesch. der Phil. II, 678 ss. V. también Heinrich, Dogmatik, I, 95, 104.

(3) Además de nuestras indicaciones del vol. II, cf. también Burckhardt, II^o, 260; Stein 126 s., y Zeitschr. f. Kirchengesch. XIX, 279 s.

(4) Sobre esta obra de Bessarion, cf. Haßner, loc. cit. y Willmann 72 s.

eso dejó de ser peligroso su conato de conciliar el Cristianismo y el Platonismo. Plethon quiso colocar en lugar del Cristianismo una mezcla de neoplatonismo y dogmas de las religiones orientales. Ficino, encantado por la belleza de lo antiguo, quería resolver el Platonismo en el Cristianismo, sin barruntar, según parece, el peligro de disipar con esto el Cristianismo positivo. Su misticismo, acrecentado por una abierta propensión á la Astrología, despertó sospechas. En el año de 1489 fué acusado de magia ante Inocencio VIII, de lo cual logró, sin embargo, defenderse con buen éxito; pero no puede ser absuelto de haber mezclado peligrosamente el Cristianismo con el Platonismo, y su entusiasmo por Platón traspasó todos los justos límites. Ficino se atrevía á saludar á sus oyentes, en lugar del antiguo saludo: «Amados en Cristo», llamándolos: «Amados en Platón». Finalmente, acabóse por consagrar á este filósofo un culto formal, como si hubiera sido un Santo, encendiendo lámparas ante su imagen, poniéndola al lado de los Apóstoles y de los Profetas, y celebrando fiestas en su honor; y hasta qué extremo se llegara, lo muestra la proposición hecha con toda seriedad, de que se leyeran fragmentos de los escritos platónicos, junto con las perícopes dominicales (1).

A Marsilio Ficino hay que asociar su joven amigo *Juan Pico de la Mirándola*, como la más brillante personalidad de la Academia platónica de Florencia. Raras veces ha alcanzado un hombre eminente tan unánimes alabanzas de sus contemporáneos, como aquel vástago de una ilustre familia. El encanto de la belleza, la gracia del lenguaje, la elevación ideal de su carácter, le ganaban todos los corazones. Lo propio que su maestro, se esforzó también Pico por demostrar la íntima concordancia de todas las doctrinas filosóficas paganas, entre sí y con la Escolástica y Mística cristianas. Pero Pico no ponía, sin embargo, en primer lugar á Platón, sino las confusas doctrinas misteriosas de la Cábala. Esta tentativa de hallar por las ciencias secretas cultivadas por los judíos,

(1) Cf. Reumont, Lorenzo II^o, 25 ss. Rohrbacher-Knöpfler 310. Rocholl en Briegers Zeitschr. für Kirchengesch. XIII, 53 ss. Carriere 26 s. Stein 129 s., 154 s. Fischer I^o, 88 s. Willmann 74 s. Lazzari 73 s. Rossi, Quattrocento 224 s. 426. Gaspary II, 166 s. Gabotto, L'epicureismo di Marsilio Ficino. Milano, 1891. Cf. Giorn. st. d. Lett. XVIII, 459 s. Sobre las obras astrológico-médicas de Marsilio Ficino, v. Weitenweber, Des Marsilius Ficinus Werk De vita studiosorum, nebst Bemerkungen über den Hellenismus. Prag 1858. Cf. ahora también Huit, Le Platonisme pendant la Renaissance, en los Annal. d. phil. chrét. N. S. XXXIII, 269 ss., 362 s.

más sólido apoyo de la verdad cristiana que por la antigua ciencia de los grandes teólogos, no puede considerarse sino como una debilidad y un extravío. Pero, no obstante, por muy frecuentemente que llegara Pico, con sus ideas neoplatónicas y cabalísticas, á ponerse en contradicción con la doctrina de la Iglesia, siempre se rectificó á tiempo, sometiéndose á la autoridad por Dios establecida (1).

A los platónicos florentinos se oponían los aristotélicos, los cuales se dividían en averroístas y alejandristas; su principal asiento era la Universidad de Padua, en la que se discutieron especialmente con ardor las cuestiones sobre la inmortalidad y la naturaleza del alma. A principios del siglo xvi había llegado á ser tan viva la controversia sobre estas materias, que los discípulos reclamaban de todo nuevo profesor, que comenzara por exponer su doctrina psicológica. En este concepto habían los aristotélicos del Renacimiento llegado á formular muy peligrosas proposiciones. Alejandristas y averroístas estaban de acuerdo sobre que no se podía demostrar filosóficamente la inmortalidad personal del alma. Los averroístas afirmaban además, que el alma no era sino una sola en todos los hombres. Marsilio Ficino fué quien principalmente hizo ver lo peligroso de estas opiniones: «Unos y otros, escribía, averroístas y alejandristas, destruyen la Religión. Los aristotélicos procuraban ampararse con la tesis de que una misma proposición puede ser verdadera según la Filosofía y falsa según la fe; y asimismo protestaban todos de su docilidad y sumisión á la doctrina de la Iglesia (2).

(1) Haffner II, 681 s. *Katholik* 1880, I, 192. Reumont loc. cit. Schröckh XXX, 441 s. Frantz, Sixtus IV, 9 s. Rixner 197 s. Willmann 80's. Rossi 230 s. 426. Arch. st. ital. 5. Serie XX, 159 s. (sobre Calori Cesis). Gaspary II, 171 s. Rocholl loc. cit. 62 ss. v. Bezold en Sybels Zeitschr. XLIX, 194 s. Arch. st. ital. N. S. IX, 2, 21 ss.; X, 1, 3 ss. Carriere 32 s. Dreydorff, Das System des Joh. Pico. Marburg, 1858; cf. además Hagsmann en el Liter. Handweiser 1868, n. 65. Vincenzo di Giovanni, G. Pico della Mirandola nella storia del rinascimento e della filosofia in Italia. Palermo 1894. F. Ceretti, Il salmo XLVII di David commentato dal conte G. Pico d. M. Milano, 1895. F. Ceretti, L'orazione domenicale esposta dal conte G. Pico d. M. Mirandola 1895. F. Ceretti, Sonetti ined. d. c. Pico d. M. Mirandola 1894. Dorez-Thuasne, Pic de la Mirandole. Paris, 1897.

(2) Además de las obras arriba citadas, cf. también Wetzer und Welte's Kirchenlexikon I, 531 s. y 1750. Lea III, 575. Rossi, Quattrocento 223, 426. Mabileau compuso un trabajo sobre la Universidad de Padua, que fué premiado, pero que todavía no se ha publicado. Antes había ya escrito su obra: Étude hist. sur la philosophie de la Renaissance en Italie. Paris, 1881.

A pesar de toda su anchura de corazón, no pudo Roma dejar de oponerse á tan peligrosas proposiciones. En la VIII sesión del Concilio de Letrán, de 19 de Diciembre de 1513, hizo publicar León X una constitución dogmática para afirmar la inmortalidad é individualidad del alma; y al propio tiempo desechó la nueva distinción entre las verdades filosófica y teológica, asentando que la verdad no puede contradecir á la verdad. Toda afirmación (se resolvió), que contradice á la verdad de la fe, es falsa y no puede ser enseñada. Además mandó el Concilio á los profesores de las Universidades, poner á salvo la verdad de la cristiana religión, aun en las discusiones de proposiciones y doctrinas filosóficas, y refutar según sus fuerzas los argumentos de los filósofos paganos y paganizantes sobre la mortalidad ó unidad del alma humana, la eternidad del mundo, etc. (1).

A pesar de esto, *Pedro Pomponazzi*, jefe de los alejandristas, llamado de Padua á Bolonia, tuvo la osadía de publicar en 1516 un escrito donde defendía haber sido la verdadera opinión de Aristóteles, que el alma es mortal incluso en su parte racional, alegando el testimonio de Alejandro Aphrodisias, y generalmente trató de establecer la imposibilidad de una demostración filosófica de la inmortalidad del alma (2). Los Minoritas consiguieron en Venecia que fuera quemado aquel peligroso libro; y en Roma y Bolonia hubiera tenido parecida suerte, si no se hubieran inter-

(1) Hergenröther VIII, 586.

(2) Además de la monografía de Fiorentino, Pietro Pomponazzi (Firenze, 1869), que es de todo punto insuficiente, cf. los artículos de Ferri en el Arch. st. ital. 3 serie, XV, 65 ss., en La Filosofia delle scuole ital. 1877, en el Giorn. Napolit. di Filosofia VIII (1878), 109-124 y en los Atti d. Lincei, Scienze mor. S. II, III, 875-876; Franck en el Journal des Savants 1869, Mayo y Julio. Ritter IX, 390 ss. Dittrich, Contarini 220 ss. Fischer I, 79 s. Fontana, Sulla immortalità dell' anima di Pietro Pomponazzi. Siena 1869. Podestà, Doc. sul P. (Estr. d. Atti d. Romagna). Bologna, 1868. Davari, Lettere di Pietro Pomponazzi. Mantova, 1877. Giorn. st. d. Lett. ital. VIII, 377 s. Owen 189 ss. Haffner II. 683 s. Stöckl III, 202 s. Lea III, 575 ss. Rixner 205 s. Lange, Gesch. des Materialismus (Iserlohn, 1866) 103 s. Credaro, Lo scetticismo degli Accademici II (Milano, 1893), 320. Ardigò, Pietro Pomponazzi. Mantova, 1869; Opere filosof. I. Mantova, 1882. L. Ferri, La psicologia di Pietro Pomponazzi secondo un manoscritto della Biblioteca Angelica di Roma (Comento ined. al De Anima di Aristotele). Roma, 1877. Cf. Zarncke's Centralblatt 1877, p. 1209. El estudio sobre el materialismo de Pietro Pomponazzi, publicado en el «Katholik», 1861, I, 150 s., ha sido poco advertido, á pesar de ser muy digno de agradecimiento. Spieker (Leben und Lehre des Pietro Pomponazzi im «Katholik» 1868, p. 8) es de opinión, que las protestaciones de sumisión á la Sede Romana, de Pomponazzi, no son más que pura forma y apariencia.

puesto afanosamente en favor de Pomponazzi, Bibbiena y Julio de'Médici, á los cuales no fué difícil representar aquel asunto, como si el filósofo hubiera tratado sólo de establecer históricamente la teoría psicológica de Aristóteles, sin la pretensión de defender positivamente su verdad; á lo cual se agregaba, protestar Pomponazzi con las más enérgicas expresiones, de su sumisión á la Iglesia. Esto engañó á muchos; pero, á pesar del grande influjo de Bibbiena y Julio de'Médici, hizo León X que se exigiera al filósofo una retractación á 13 de Junio de 1518 (1). Si Pomponazzi llegó á retractarse, no se sabe; pero si lo hizo, no abandonó, sin embargo, sus opiniones; como lo prueba entre otras cosas una relación desconocida hasta hace poco, sobre los últimos días de la vida del filósofo, el cual con apariencia de libre discusión había desarrollado los principios del materialismo en la Psicología. Como el célebre filósofo (refiere Antonio Brochardo á su padre, en una carta íntima de 20 de Mayo de 1525) padeciera graves enfermedades corporales, resolvióse á morir una vez para no morir tantas. Despreciando la muerte, como verdadero filósofo, se negó á tomar alimento; fueron inútiles todas las amenazas y todas las violencias que se emplearon para obligarle. Hasta la séptima noche, que fué la última, no rompió el silencio, y entonces dijo: «Me voy de aquí alegre» — «¿A dónde quieres ir, pues?» — preguntaron al filósofo. — «Donde todos los mortales van», fué su respuesta. — A la pregunta: «A dónde, pues, van los mortales», dijo Pomponazzi: «A donde yo y los demás vamos.» Los que le rodeaban hicieron un último esfuerzo para mover al moribundo á tomar alimento, pero fué inútil. El estoico exclamó con ira: «Dejadme; quiero morir.» — Y con estas palabras pasó de esta vida (2). Esta narración, apo-

(1) Cf. el documento de Ranke, *Pápste I^a*, 48, not. 1.

(2) La carta de Brochardo ha sido publicada por Cian, *Nuovi documenti su Pietro Pomponazzi (per nozze. Venezia, 1887)*, 29 s., y Sanuto XXXVIII, 387-388. Quizás aluda al fin aquí descrito de este filósofo, el ingenioso epítafio que trae Bayle, art. Pomp. note D: *Hic sepultus jaceo; quare? nescio nec si scis aut nescis curo; si vales bene est; vivens valui: fortassis et nunc valeo; si aut non? dicere nescio. Si Cian (Giorn. d. lett. XXIX, 415) recientemente, procura establecer como causa y razón única de haberse negado á tomar alimento, los padecimientos de Pomponazzi, hay que conceder que esa negativa estaba en parte motivada por los padecimientos corporales del filósofo; pero debe tenerse por seguro, que las expresiones de Pomponazzi demuestran la intención, de poner fin voluntariamente á su vida. Estas expresiones excluyen la suposición, de que los padecimientos del filósofo le habían quitado su espontánea y libre determinación.*

yada en el testimonio de un testigo ocular, descubre el hecho, cuidadosamente callado por los amigos de Pomponazzi, de que este filósofo, que bajo la máscara de sentimientos cristianos había enseñado un abierto materialismo (1), acabó por suicidarse. Felizmente este género de muerte era todavía algo de todo punto desacostumbrado en la época del Renacimiento (2).

Atendido el peligro de las opiniones profesadas por Pomponazzi y la gran difusión de las mismas, es satisfactorio cerciorarse de que no faltaron quienes escribieran en contra. Semejantes escritos compusieron el filósofo Agustín Nifo, quien dedicó su trabajo al Papa León X; el agustino Ambrosio Fiandini, el dominico Bartolomé di Spina, el mantuano Bartolomé Fiera, el servita Jerónimo Amideus de Luca, y el joven Gaspar Contarini, hijo de un patricio veneciano. Este último combatió en forma delicada y cortesana á su maestro, principalmente con las armas que le ofrecía la escuela tomística. Pomponazzi no se dignó responder á estos adversarios, excepto Nifo y Contarini; al primero de los cuales contestó con estilo duro y no pocas veces altanero, y al segundo cortésmente. Aún compuso Contarini otro breve escrito, en el cual, con todos los respetos á su antiguo maestro, se expresa, sin embargo, enérgica y resueltamente. Siguiendo paso á paso á su adversario, le refuta de un modo brillante (3).

Todavía fueron peores las consecuencias que sacó de las ideas de la antigüedad *Nicolas Maquiavelo*, el más genial representante del falso Renacimiento (4). Nunca por ventura se vistió un hombre

(1) Cf. «Katholik», loc. cit.

(2) Además de Cian, Nuovi doc. 22, cf. Motta, Suicidi nel quattrocento e nel cinquecento, en el Arch. st. lomb. XV, 96 ss. V. también Landucci 277.

(3) Además de las explicaciones en modo alguno objetivas de Fiorentino 41 s., 49 s., 52 s., 192 s., cf. Hergenröther VIII, 585 s., y particularmente la excelente monografía de Dittrich sobre Contarini 222 ss. La narración de Reusch, Index, I, 60, es insuficiente; Reusch ni siquiera conoce á Fiorentino.

(4) Mohl III, 519 ss., ha reunido la bibliografía sobre Maquiavelo. Cf. Mohl, Handwörterbuch der Staatswissensch. IV, 1093. Son muy dignas de atención las críticas que ha hecho Reumont, de las obras de Trendelenburg, Villari y Nitti en la Allg. Zeitung, 1877, n.º 248 ss. sulp. y en el Bonner Literaturblatt, 1872, p. 147 ss. Sobre los defectos de la obra de Tommasini, v. Deutsche Literaturzeitung, 1884, n.º 8; cf. también Sybels Zeitschr. LII, 554 s. Cf. además Owen, 162 ss. Gierke, Althusius, 299. Le Correspondant 1873, 1877 et 1882. Ellinger (Die antiken Quellen der Staatslehre Machiavelli's, art. publicado en la Zeitschr. für die ges. Staatswissenschaften XLIV, 1-58 [impresión ampliada, Tubinga, 1888]) hace ver la conexión de Maquiavelo con la Antigüedad. Para

del espíritu de la Antigüedad tan completamente como el mencionado político florentino; el cual en muchas cosas se regía también por las máximas paganas en su vida privada. Es verdaderamente aterradora la luz que sobre esto arrojan sus cartas á su íntimo amigo Francisco Vettori (1). Ambos eran almas parecidas; la política y las aventuras amorosas absorbían casi exclusivamente su atención; pero, á la verdad, su destino fué muy diferente. Vettori vivió con una gran posición como Embajador en Roma, al paso que Maquiavelo se vió condenado á una involuntaria ociosidad desde la revolución política de 1512. Esto fué muy duro para aquel hombre acostumbrado á la actividad, y es significativa, para conocer su modo de sentir, la manera como procuró consolarse. Junto con el estudio de los antiguos poetas é historiadores, buscó la distracción en míseros garitos y entregándose incesantemente á aventuras amorosas, de las cuales, además de la política del día, se habla principalmente en su correspondencia íntima con Vettori. Ni una palabra dedica allí á su mujer y á sus tres hijos (en 1514 le nació el cuarto). Bien puede ser que Maquiavelo exagere en la relación de sus amorosos lances, refiriendo cosas que sólo tengan una parte de verdad; pero, á pesar de esto, no se puede dudar que llevaba una vida desarreglada é inmoral (2). En la embriaguez de los sentidos buscaba el consuelo de su desgracia. «Aun cuando ya me acerco á los cincuenta (confiesa una vez paladinamente) ando todavía encadenado en las redes del amor. Ni los difíciles caminos pueden agotar mi paciencia, ni puede intimidarme la obscuridad de la noche. He abandonado todos los pensamientos de cosas serias y grandes, y ya no me deleita siquiera leer los antiguos ni hablar sobre los modernos. Todos mis pensamientos están dirigidos al amor, de lo cual doy gracias á Venus» (3). Algunas narraciones

la crítica de la nueva edición de la obra de Villari, cf. Pellegrini en la *Rassegna bibliogr. d. Lett. ital.* II, n.º 12. Pisa, 1894.

(1) N. Machiavelli, *Le lettere familiari*, p. p. E. Alvisi. Firenze, 1883. Gracias á la amabilidad del profesor Uzielli de Florencia, he tenido conocimiento de la edición íntegra de esta obra, la cual no se facilita al público en general por motivos de conveniencia. Por más desagradable que sea su lectura, con todo hay que lamentar se guarden tan secretos estos documentos; pues pertenecen de un modo enteramente esencial al retrato moral de Maquiavelo.

(2) Cf. *Giorn. st. d. Lett. ital.* II, 176 s. Villari II, 191 s. Gaspari II, 342, 369 y *Allg. Zeitung* 1875, n.º 25, p. 362. Sobre Vettori, v. también H. Rösemeier, *N. Machiavelli's erste Legation zu Maximilian I (Bückeburg, 1894)*, 40.

(3) Machiavelli, *Lettere familiari* 361. Cf. arriba not. 1.

de Maquiavelo sobre sus aventuras están concebidas en expresiones tan sucias, que aun el más moderno de sus encomiadores no puede menos de sentir repugnancia y asco (1); y varias cartas son obscenas hasta tal punto, que nadie hasta ahora se ha atrevido á publicarlas. Los apuros pecuniarios en que se halló Maquiavelo le hicieron abandonar pronto la cínica risa sobre cosas obscenas. A la verdad, no era enteramente pobre; pero sus ingresos no bastaban para cubrir las atenciones de su familia. Acostumbrado á gastar el dinero pródigamente, se vió entonces necesitado á contar cada maravedí. Inútilmente buscó por todas maneras algún empleo que le diera ocupación y pan; y para volver á llamar sobre sí la atención de los Médici, escribió su libro universalmente conocido de *El Príncipe* (2).

Que en la vida civil (explica allí Maquiavelo), lo propio que en la doméstica y en el trato íntimo, sea honroso guardar la palabra dada y vivir irrepreensiblemente, cosa es que á nadie se oculta. Pero, á pesar de esto, se ve por la experiencia, que aquéllos llevan al cabo grandes cosas, que saben reducir á los hombres á su servicio por medio de la astucia ó de la fuerza. Ser bueno y obrar bien, no sólo no es necesario en la vida pública, sino muchas veces perjudicial. Sólo exige la prudencia, que se aprenda á ser un grande hipócrita y á disimular, para conservar en lo exterior la apariencia de bondad. Mas el querer obrar bien en todas las circunstancias, vale tanto como entregarse á la ruina. Es necesario saber, conforme á las ocasiones, dejar de ser bueno, y ser medio hombre y medio fiera, medio zorra y medio león; mas con todo, los más de los éxitos los obtienen siempre aquellos que saben mejor representar el papel de la zorra. Con esto, sin embargo, hay que evitar

(1) Villari, Machiavelli II, 192; cf. además Uzielli, 232.

(2) Cf. Baumgarten, *Gesch. Karls V*, I, 522 ss., quien demuestra, que no se puede aceptar ni la opinión de Ranke (*Z. Kritik* 163*), de que «el Príncipe» sea la expresión de las ideas dominantes en 1514, ni la de Villari, de que este libro se escribió en 1515, sino que estaba ya entouces terminado, como se deduce de una carta de Maquiavelo de 10 de Diciembre de 1513 (*Opere* VIII, 96); y además, que este escrito, que se mantiene siempre en generalidades, y no toca para nada sucesos especiales de la política de aquel tiempo, no se escribió para algunas circunstancias políticas determinadas, ni tampoco propiamente para los Médici; pues Maquiavelo, después de terminado su libro, delibera con un amigo, sobre si ha de dedicarlo á los Médici. Geiger en la *Zeitschrift für vergl. Literaturgesch.* Neue Folge II, 251, es del mismo parecer; Villari en la nueva edición, en lo esencial está firme en su opinión (*v. Giorn. d. lett.* XXIX, 479).

Petri dignitas etiam in indigno haere-
de non deficit.

LEO I.

PRÓLOGO

DE LA PRIMERA Y SEGUNDA EDICION

Conforme al primitivo plan de la obra, debía el presente tomo llegar hasta la conclusión del Concilio Lateranense, en 1517; mas la abundancia de materiales resultó tan grande, que me hizo resolver á terminarlo con la muerte de Julio II (1513), para que esta parte no alcanzara una extensión desmesurada. Tampoco parecía oportuno compendiar la exposición, precisamente tratándose de pontificados tan trascendentales como los de Alejandro VI y Julio II, y asimismo la diversidad de los juicios sobre los mencionados papas hacía necesario un estudio lo más hondo posible, el cual requería, finalmente, lo extenso y esparcido de los materiales de los archivos. Entre éstos se hallan actas hasta ahora completamente impenetrables para las modernas investigaciones históricas; lo cual vale principalmente respecto de los documentos del Archivo consistorial del Vaticano y de los Breves y Bulas de Alejandro VI, que se hallan en el Archivo secreto pontificio. Hacia tres siglos que los *Regesta* del Papa Borja, que forman un conjunto de 113 gruesos tomos en cuarto (Nr. 772-884), se habían retirado de los ojos del público, y en la primavera del año de 1888 obtuve de la Santidad del Papa León XIII el permiso especial, necesario para examinar aquellas actas, por la bondadosa intervención del Cardenal Hergenroether, que entretanto ha pasado de esta vida. Concedióseme plena libertad para el estudio de aquellas fuentes; liberalidad por la cual reitero al magnánimo Pontífice, que volvió á abrir el Archivo secreto pontificio, la expresión de mi más respetuoso agradecimiento.

Ofrecen muy importantes complementos las relaciones de embajadores contenidas en los archivos italianos, entre los cuales

hay que poner de relieve especialmente las colecciones de Mantua, Módena y Milán. Ciertamente es que Gregorovio y Balán utilizaron los dos primeros archivos mencionados; pero no los agotaron en manera alguna. Así hallé en el *Archivo Gonzaga* de Mantua un documento por el cual se hace insostenible la opinión de aquéllos que pretendían eximir de toda mácula á Lucrecia Borja.

De mayor importancia son las actas del Archivo de Estado de Milán, el cual, junto con numerosos despachos de los embajadores ducales, contiene toda la correspondencia, en parte cifrada, que el Cardenal Ascanio Sforza, profundamente iniciado en los secretos de los Borja, dirigió á su hermano el duque Luis Moro. A pesar de la trascendencia de dicha colección para la historia de los Borja, Gregorovio la había omitido de intento, á causa del desorden en que se hallaba. Sobre esto escribía el mismo, en el apéndice al núm. 76 de la *Allgemeine Zeitung*, año de 1876: «No me fué posible sacar á la luz pública los despachos de los embajadores milaneses en Roma, de aquel tiempo (los cuales podrían contener algunas noticias de importancia), por hallarse al presente diseminados en cien legajos imposibles de determinar.» Un número considerable de felices hallazgos me recompensó abundantemente el trabajo de escudriñar aquellos documentos.

De esta suerte, para la siguiente narración, se han utilizado por vez primera de un modo extenso, tres de los más importantes archivos, y al propio tiempo se ha tenido en cuenta, del más completo modo posible, el material de otros archivos y colecciones de manuscritos, así como la bibliografía impresa, que es extraordinariamente copiosa.

Aun cuando, pues, no sea imposible que salgan á luz todavía nuevos documentos para la historia del Papa Borja, olvidados ahora en ocultos lugares, hemos podido, sin embargo, agotar los materiales en lo esencial. Y, en todo caso, los documentos empleados en el presente tomo bastan para facultarnos á formular en conjunto un juicio definitivo. Verdad es que no se puede pronunciar todavía la última palabra acerca de todos los puntos; pues, generalmente, la investigación de pormenores ofrece siempre margen á nuevos trabajos. Pero podemos asentar firmemente lo principal: que en adelante cualquiera tentativa de vindicar la memoria de Alejandro VI carece de toda probabilidad de buen resultado.

No menos copiosos materiales inéditos hemos tenido á nuestra disposición para los pontificados de Inocencio VIII y Julio II. Asimismo acerca del memorable modo como el Papa Róvere favoreció las artes, principalmente para la historia de la construcción de la Iglesia de San Pedro y las relaciones entre Bramante y Julio II, he logrado hallar en el Archivo secreto pontificio, en la Biblioteca angélica de Roma y en el Archivo de Estado de Módena, interesantes y todavía inéditas noticias. La detenida y en parte nueva explicación de las inmortales obras de arte, creadas por Miguel Ángel y Rafael, por encargo de Julio II, pude conferirla enteramente con mi venerado amigo el prelado Federico Schneider, y en parte también con Jacobo Burckhardt; y ambos declararon su conformidad con la nueva explicación de los frescos de Rafael de la sala de Heliodoro. A los mencionados, como generalmente á todos aquellos que me auxiliaron en mi trabajo, muy dificultado por la falta de una mayor biblioteca, reitero en este lugar una vez más mi profundo reconocimiento.

LUDOVICO PASTOR.

15 de Agosto de 1895.

prudentemente la apariencia y el escándalo del vicio. Si los hombres fueran buenos, ciertamente estas máximas serían malas; mas ahora, por una parte, están llenos de malicia, y por esto es menester no guardar tampoco la palabra; por otra parte, son tan necios, que no obedecen sino á la necesidad y á la violencia, y los engañadores encuentran siempre gente dispuesta á dejarse engañar. La única regla de prudencia que nunca y en ningún caso se debe quebrantar, es como sigue: vuélvete siempre conforme al viento, y ten cuenta que nunca te escape el éxito. Pues el pueblo juzga siempre sólo conforme á la apariencia y al resultado, y en el mundo no hay otra cosa que pueblo (1).

Para disculpar á Maquiavelo se ha hecho observar, que su libro no se pensó como un código general, sino se destinaba solamente para casos excepcionales; pero, desde el punto de vista del Cristianismo, semejante disculpa no puede sostenerse. La religión de Jesucristo no conoce para todos los hombres, para los más altos como para los más bajos, y para todos los casos que imaginarse pueda, sino una ley moral. Jamás el buen fin puede justificar el empleo de un medio intrínsecamente malo.

Maquiavelo enseñó lo diametralmente contrario. Lo que glorifica, en su conciso, elocuente y por extremo claro lenguaje, es la completa separación entre la política y los eternos principios del Cristianismo. Jamás se han expuesto las doctrinas disolventes con semejante elocuencia, con tal agudeza y, al mismo tiempo, con tan gran descaro. El fondo y el espíritu de su política son tales como si nada supiéramos de Dios y de su justicia, para no decir nada del Cristianismo. Que éste venía siendo, desde hacía tantos siglos, el firme cimiento de toda la vida pública y privada y el más importante factor de la vida espiritual de todas las naciones europeas, lo ignoró Maquiavelo completamente. Su manera de pensar era del todo gentillica; el dechado de su política es la de la antigua Roma, exclusivamente fundada sobre la fuerza brutal y el astuto cálculo. De la justicia no se hace absolutamente mención, y en algunos puntos sobrepuja Maquiavelo la crueldad é insensibilidad de los peores de sus contemporáneos, pues el mismo César

(1) Machiavelli, *Il Principe*, c. 18, 15. Weiss, *Apologie* II^a, 623-624. La pretensión de que el soberano debe saber imitar á las bestias, para poder ser zorra y león, idea que repite muchas veces Maquiavelo, procede de Plutarco; v. Ellinger en la *Zeitschr. für die ges. Staatswissenschaften* XLIV, 50.

Borja, que mató á sus antiguos aliados, nunca destruyó, sin embargo, las ciudades, como se recomienda en el capítulo V de *El Príncipe* para determinados casos. «El que llega á enseñorearse de una ciudad, se dice allí, que está acostumbrada á vivir libre, y no la destruye, ha de prepararse á ser destruído por ella.» Ningún pasaje de todo el libro manifiesta acaso con más claridad, que no pudo ser escrito como instrucción práctica para Lorenzo de' Médici. Aquí se descubre cuán en abstracto, y sin la idea de una inmediata aplicación de sus doctrinas, planteó Maquiavelo su teoría (1).

Lo mismo hemos de decir de la exhortación á los Médici, que se ha hecho célebre, y se halla en el capítulo XXVI (por ventura añadido más tarde), de «librar de los bárbaros á Italia», la cual ha adquirido al autor fama de entusiasta apóstol de la unidad italiana. «Vemos, se dice allí, de qué manera Italia suplica á Dios que se digne enviarle quién la redima de estas barbáricas crueldades y crímenes; vémosla asimismo del todo dispuesta y ganosa para seguir una bandera, si hubiere alguno que la enarbolará.» Compárense con esto las cartas particulares escritas con intimidación por Maquiavelo en los años de 1513 y 1514: «Por lo que toca á la unión de los italianos, acentúa allí, es cosa que me da risa; en primer lugar, porque aquí nunca llega á conseguirse ninguna unión para cosa buena, y aun cuando las mismas cabezas se unieran, no basta esto, por cuanto no tenemos ningún soldado que valga un maravedí, exceptuados los españoles; en segundo lugar, porque los miembros jamás están de acuerdo con las cabezas» (2).

La afirmación del unánime deseo de los italianos, así como toda la excitación contenida en el capítulo XXVI para su unión y liberación de Italia, no es otra cosa que una fantasía, que nada tiene que ver con el pensamiento fundamental de *El Príncipe*. Maquiavelo no tuvo ante los ojos ningún grande fin práctico en su política, la cual fué más bien simplemente el resultado de la experiencia de su vida y de sus estudios humanísticos. Lo que él propone en su famosa obra, no es, en substancia, sino la exposición sistemática y elaboración de la práctica política seguida realmente en su

(1) Para lo del texto, cf. el juicio de Baumgarten, *Gesch. Karls V.* I, 531-532, con quien concuerda Fr. Schlegel (en Weiss, *Weltgesch.* IV, 963). Como son diversos los aspectos por que miran este punto, aparece mucho más notable esta conformidad.

(2) Machiavelli, *Opere* VIII, 75 s. Baumgarten, *Gesch. Karls V.* I, 531-532.

tiempo; el cual, ni en la vida pública ni en la privada, conoció los escrúpulos morales, y se valió, sin el más mínimo reparo, de la violencia y el fraude. Maquiavelo, alabando sin ambages esta detestable política (acentuada todavía con algún rasgo tomado de la antigüedad pagana), como verdadera médula de la prudencia del hombre de Estado, pensó hacerse recomendable á Lorenzo de' Médici (1).

No menos peligrosas opiniones que en *El Príncipe* expuso Maquiavelo en sus discursos sobre Livio. Ya en los primeros capítulos disculpó á Rómulo por haber quitado la vida á su propio hermano y mandado matar al que había sido elegido con él. «Los inteligentes, dice Maquiavelo, perdonarán á Rómulo aquella atrevida acción, en gracia del fin que perseguía y del resultado que produjo.» En otro pasaje, dice Maquiavelo: «Cuando se trata precisamente de la salvación de la patria, no debe prestarse atención á ninguna dificultad, sobre si es justo ó injusto, humano ó cruel, laudable ó reprehensible, sino, dejando aparte todos los otros respetos, hay que echar mano absolutamente del medio que pueda salvar su vida y conservar la libertad» (2).

Que un hombre dominado por semejantes ideas estuviera, no solamente ajeno al Cristianismo y á la Iglesia, sino lleno de íntima hostilidad contra ellos, es fácil de comprender. Maquiavelo, más pagano que cristiano, y completamente escéptico (3), está lleno de furibundo rencor contra los sacerdotes y, sobre todo, contra los papas. Contra ellos le parecen lícitos todos los medios, aun los más criminales; y reprende á Juan Pablo Baglione porque, en el año de 1506, dejó escapar la hermosa coyuntura de hacer prisionero á traición al Supremo Jerarca de la Iglesia. «Por cobardía no entendió Baglione, ó por mejor decir, no osó llevar á cabo una empresa que se le ofrecía, en la cual todos hubieran admirado la intrepidez de su espíritu, y con la que hubiera dejado una eterna fama; pues hubiera sido el primero en mostrar á los prelados, cuán poco temor inspira aquel que vive y gobierna como ellos; el primero que hubiera logrado una cosa, cuya grandeza sobrepuja

(1) Baumgarten, loc. cit. I, 535-536.

(2) Discorsi sopra la prima deca di Tito Livio I, c. 9; III, c. 41. Villari, Machiavelli II, 260, 266.

(3) F. Falco, N. Machiavelli (Lucca, 1896) 15, llama pagano á Maquiavelo, mientras que Cian (Giorn. d. lett. XXIX, 531) quisiera designarlo más bien como escéptico.

con mucho á todos los oprobios y á todos los peligros que pudieran estar enlazados con ella» (1). Aun los más resueltos enemigos del Papado califican de irritante este pasaje, «saturado de odio á los sacerdotes», por la negación de todas las ideas morales que en él se contiene (2).

El odio de Maquiavelo no se extendía solamente á las personas, sino también á las cosas. Verdad es que reconoce y acentúa la importancia y necesidad de la religión para todo Estado político; pero considerándola, no obstante, sólo como un piadoso engaño. Una religión perfecta ha de tener, á sus ojos, un fin directamente político; ha de fomentar el patriotismo, y éste entendido al modo pagano. Por esto le atrae el paganismo romano en tales términos, que lo recomienda como el ideal de una religión política (3). Como para los paganos antiguos, es la religión para Maquiavelo puramente una institución del Estado, un medio político para la dirección de los ignorantes, y su destino le parece sometido, como todas las demás cosas terrenas, á las leyes de una circulación fatalista (4). Del Cristianismo no tenía inteligencia alguna, antes bien la religión del Salvador del mundo le parecía peligrosa para su ideal del Estado. «La religión cristiana, dice, sólo enseña á padecer, y esta manera de vivir parece haber debilitado el mundo, haciéndole víctima de los hombres perversos. La antigua religión no ha declarado santo á nadie, sino á los varones de gloria mundana, como fueron los príncipes y caudillos de los ejércitos. Por el contrario, la religión cristiana ha glorificado principalmente á los hombres de vida contemplativa y propia humillación. Generalmente ha colocado la suma bondad en la humildad, en desechar y despreciar las cosas humanas, al paso que los antiguos la colocaron en la grandeza del alma, en la fortaleza del cuerpo, y en todas aquellas cosas que son apropiadas para hacer fuertes á los hombres» (5).

Lo propio que de la cristiana religión, no se forma este escritor (entregado con la más extrema parcialidad á las ideas del paganismo antiguo), sino una caricatura de la Iglesia, de su primado y

(1) Discorsi I, c. 27.

(2) Juicio de Brosch, Julius II, 128; cf. Grimm, Michelangelo I^a, 292, y Gregorovius, L. Borgia, 91 s.

(3) Owen, 166. Cf. el estudio de Ellinger, arriba citado, 78.

(4) Hipler, 72.

(5) Discorsi II, c. 2; cf. Villari II, 265.

sacerdocio. Si la religión cristiana (escribe hipócritamente, y poniéndose en contradicción con los hechos más públicos) se hubiera conservado en la forma que fué establecida por su Fundador, las cosas hubieran ido de otro modo, y los hombres hubieran vivido mucho más felices; mas no puedo admitir ninguna más clara prueba de haberse debilitado y corrompido la religión, que el ver de qué manera los pueblos tienen menos religión cuanto más próximos están á Roma» (1). Maquiavelo, que pone en este lugar á cargo de la Iglesia las cosas que se hacían contra ella, sabía bien que se hallaba bastante aislado en su odiosa interpretación. «Por cuanto algunos son de parecer, dice él mismo, que la prosperidad de la Nación italiana depende de la Romana Iglesia, quiero aducir contra ellos dos principales pruebas.» Una de éstas es la repetición de lo que había advertido ya antes: que por efecto del mal ejemplo de la Corte romana, Italia había perdido *toda* piedad y *toda* religión (2). Pero esta afirmación contradice directamente á la verdad (3). El celo por la religión cristiana en boca de un hombre que declaraba al mismo tiempo el Cristianismo como peligroso para el Estado, no necesita ulterior explicación. El segundo argumento es de tan poco valor como el primero; es á saber: que solamente los papas son culpables de la desunión y debilidad de Italia (4). Como historiador hubiera debido saber Maquiavelo, que sólo Roma, capital del mundo y centro del antiguo poder y cultura, podía ser digna y apropiada para convertirse en asiento de la Iglesia universal fundada por Jesucristo; y habiéndose hecho Roma, bajo la soberanía de los papas, punto de partida para la victoriosa y pacífica marcha de la civilización cristiana, cumplió una misión infinitamente más beneficiosa que en la Antigüedad, cuando sus férreos pasos habían triturado á los pue-

(1) Discorsi I, c. 12. Villari II, 262. Hipler 73. Wegele, Dante's Leben (3.^a edición, Jena, 1879) 5, hace notar, cuán injusto es hacer responsables, como lo hace Maquiavelo, á solos los papas, de las dimensiones políticas de Italia. Cf. la cita en nuestro primer tomo. V. también Höfler en las Hist.-polit. Bl. XLVII, 424.

(2) La prima è, che per gli esempi rei di quella corte, questa provincia ha perduto ogni divozione ed ogni religione. Discorsi I, c. 12.

(3) Cf. nuestras explicaciones más arriba, p. 56 ss. Maulde (Origines 125) nota contra Maquiavelo, que no fué la Curia la que corrompió á Italia, sino al contrario, que la corrupción de los italianos fué la que invadió también la Curia.

(4) Discorsi I, c. 12.

blos (1). Maquiavelo no echó de ver, que un Estado absolutista y militar no sólo hubiera destruído la exuberante vida municipal y provincial de Italia, y doblegado la nación bajo el yugo tiránico de un déspota, sino que además hubiera hecho imposible el magnífico florecimiento de las artes y las ciencias, que constituye la gloria inmortal de la Italia del Renacimiento (2). Para todas estas cosas no tuvo sentido alguno ni inteligencia, aquel hombre aprisionado en los mágicos círculos de las ideas antiguas. El Pontificado es para él la raíz de todos los males; él ha corrompido la religión y el Estado, y, por consiguiente, debe ser destruído. Que en semejante caso la unidad religiosa, y con ella asimismo la unidad política de la nación italiana se hubiera aniquilado, no parece haberle pasado por las mientes á Maquiavelo. Por lo demás, su objetivo iba todavía más allá del aniquilamiento del Papado y de la Iglesia romana; y para un hombre, para quien el Estado se imponía á todo, así á la religión como á la moral, no podía ser otro sino la secularización de la religión. Consecuente consigo, debía desear Maquiavelo ver colocada, en lugar de la religión cristiana, la antigua, ó lo que él llamaba el patriotismo; en lugar de la Iglesia universal, el Estado nacional divinizado, que es ley y fin de sí mismo (3).

No puede sorprender, por consiguiente, que un hombre que sostenía tales opiniones, y en la teoría y en la práctica era una especie de mezcla de cínico y platónico (4), llegara por fin á ser considerado por sus propios compatriotas como un criminal, y que sus contemporáneos no quisieran creer que se había convertido en el lecho de muerte. «La causa del odio universal que pesaba sobre Maquiavelo, escribe Varchi, era lo licencioso de sus palabras, su vida escandalosa y su obra de «El Príncipe» (5). En este libro culmina el falso renacimiento pagano, cuya victoria hubiera sido la ruina de la nación italiana (6).

(1) Hipler, 73.

(2) Cantú I, 193; cf. 198 la notable sentencia de Guicciardini. V. también K. Fischer, *Gesch. d. Phil.* I³, 75.

(3) En este sentido, se expresa casi literalmente Forscher, quien no escribe en manera alguna con criterio católico. K. Fischer, *Gesch. d. Phil.* I³, 86. Cf. también Haffner en el «Katholik», 1875, I, 234; Gaspary II, 356 s.; Cantú I, 192 s. y Carriere 217 s. sobre la exageración de la idea del Estado en Maquiavelo.

(4) Juicio de Reumont, en el *Bonner Lit-Blatt*, 1872, 147.

(5) Varchi I, 150. Cf. Burckhardt, I³, 82.

(6) Gregorovius (L. Borgia 124) es también de opinión, que esta cultura

Pero por más que se rechacen como caricaturas las imágenes que traza Maquiavelo del estado en que se hallaban entonces las cosas eclesiásticas, es sin embargo indudable, que una gran parte del clero italiano, desde las Órdenes mendicantes hasta los más altos prelados, tenían mucha participación en casi todos los abusos hasta aquí descritos. Cuanto más íntimamente se había enlazado la Iglesia con toda la vida pública social, tanto más se vió amenazada en sus miembros y representantes por los peligros del mundo, é inficionada por su corrupción. El egoísmo, la soberbia, la codicia, que hallaban su expresión en la inaudita acumulación de beneficios y en la simonía; el fausto y las excesivas comodidades, la más refinada y grosera sensualidad, habían alcanzado grande extensión en el estado eclesiástico. Cuán grande fuera la depravación, lo manifiestan los conmovedores lamentos de los contemporáneos (1), y lo prueban numerosos é indubitables hechos.

Lo peor era, que tampoco la Santa Sede había quedado exenta de aquella corrupción. El aseglaramiento comenzó allí con Paulo II, aumentó en tiempo de Sixto IV (2) é Inocencio VIII, y alcanzó su apogeo bajo Alejandro VI, el cual profanó vergonzosamente con su vida inmoral la sede del Príncipe de los Apóstoles (3). La depravación moral de aquella época sorprendió también á algunos observadores extranjeros, como al caballero Arnolfo de Harff (4).

Asimismo ofrecía una tristísima imagen la vida de muchos cardenales, obispos y prelados de aquel tiempo, que reunían en su mano beneficios sobre beneficios (5), y se entregaban sin reparo

alabada por los humanistas, se precipitaba vertiginosamente hacia el abismo que había de tragarla.

(1) Además de las sentencias de Pio II, Nicolás de Cusa y Doménico de' Domenichi, que citamos en el tomo II de la presente obra, cf. los autores siguientes, para no citar más que hombres de ideas religiosas, cuyos testimonios tienen doble valor: Rodericus de Arevalo, *Speculum vitae* II, 20; Laurent. Iustinianus, *Opera* (Basileae, 1565) 570 sqq.; Bapt. Mantuanus, *De calamitatibus temp. libri* III, especialmente p. 56 ss., y las numerosas expresiones de misioneros, de las que Güdemann 218 s. ha reunido una porción; estas últimas ciertamente deben ser apreciadas con cautela.

(2) Cf. nuestras indicaciones vol. IV, p. 171, 175, 392 ss.

(3) Sobre esto trataremos en particular más abajo en los libros primero y segundo.

(4) A. v. Harff, *Pilgerfahrt*, 36-37.

(5) Pueden verse ejemplos de esto en Roscoe, Leo X, I, 21; Cantú I, 21, y más abajo en el decurso de la propia narración histórica.

á una vida nada eclesiástica, fastuosamente mundana y pecaminosa. Esta mudanza se manifestó en el Colegio Cardenalicio en tiempo de Sixto IV (1). Durante el reinado de Inocencio VIII aumentó la corrupción en términos (2) que, después de su muerte, pudo Alejandro VI, valiéndose del soborno, conseguir su elección. Cuán inmorales personas entraran en tiempo del Papa Borja en el Senado de la Iglesia, se ve echando una mirada sobre la vida de un Hipólito de Este, Francisco Iloris, César Borja y otros (3). Hasta Julio II no comenzó un mejoramiento por lo menos parcial, por más que también él adornó con la sagrada púrpura á hombres tan indignos como Segismundo Gonzaga y Francisco Alidosi (4). La tendencia rigurosamente eclesiástica no volvió á predominar en el Colegio Cardenalicio hasta mediados del siglo xvi.

No es, pues, de maravillar, que hallándose en tales circunstancias aun el más alto clero, anduviera por los suelos la disciplina eclesiástica, y así entre el clero regular como el secular, se extendieran cada vez más los desórdenes y las inmoralidades de toda clase.

La sal de la tierra se había desvanecido en muchas partes; mas donde se pierde la pureza de las costumbres, no se conserva incorrupta mas más de las veces la fe. A esto se agregó además el influjo del falso Renacimiento, para conducir á no pocos á varios descarríos. Sacerdotes indignos de esta clase fueron los que dieron alguna ocasión á Erasmo y á Lutero, que visitaron la ciudad de Roma en tiempo de Julio II, para sus descripciones, indudable-

(1) Cf. nuestras indicaciones, vol. IV, p. 389 ss. Bapt. Mantuanus, *De vita beata*, 182, se lamenta, de que muchas veces las personas menos aptas, se afanan por ocupar las sedes episcopales.

(2) V. más abajo, lib. I, especialmente cap. 6.

(3) Sobre los dichos, hablaremos por menudo en el decurso de la narración siguiente. Sobre el cardenal Iloris, v. Paris de Grassis, ed. Döllinger, 372. Del cardenal Hipólito de Este se cuenta, que pagó á un asesino para que cegara á su hermano natural Julio, porque una amiga del cardenal había hallado sus ojos hermosos. Gregorovius, VIII^o, 72. Cian, *Cortegiano*, 35. Cf. también Hesnaut, *Le Mal français à l'époque de l'expédition de Charles VIII en Italie* (Paris, 1886), 24 ss., 49 ss. Thuasne, *Djem-Sultan*, 304 s. Sobre la prodigalidad de los cardenales, v. entre otros, á Gabr. Barletta, *Sermones*, f. 87.

(4) De Alidosi se hablará más por menudo en el libro tercero. Sobre la depravación de costumbres de los cardenales S. Gonzaga y Cornaro, cf. el testimonio en Luzzio, F. Gonzaga, 46-47. Cuál fuese aún el estado de cosas en tiempo de Julio II, lo muestra la relación del embajador de Ferrara, fechada en Roma á 17 de Junio de 1506, donde éste señala el favor de que gozaba la cortesana Imperia con diversos cardenales. *Archivo público de Módena*.

mente exageradas en mucha parte (1). Pero yerran, sin embargo, los que imaginan que la corrupción del clero fué mayor precisamente en Roma (2). Acerca de casi todas las ciudades de la Península italiana se hallan testimonios de depravación de los eclesiásticos (3). En algunos lugares, como, v. gr., en Venecia, las circunstancias eran harto peores que en Roma (4), y es muy natural que, en tal estado de cosas desapareciera en muchos sitios el influjo y la veneración del estado sacerdotal, como lo lamentan muchos contemporáneos (5). La desmoralización de buena parte del clero era tan grande, que en varias ocasiones se levantaron voces reclamando el matrimonio de los sacerdotes; y contra un escrito semejante compuso Rodrigo de Sancta Ella un Tratado que dedicó al Papa Sixto IV (6).

Indeciblemente tristes eran las circunstancias en no pocos mo-

(1) Nohac, Erasme en Italie, 76-79 y Hausrath, 57, 69.

(2) En general cf. Cantù, I, 201 s. Para Génova, cf. Belgrano, 473 s.; para Verona, Tüb. Quartalschr., 1859, 16; para Friúl, Cian en el Giorn. de lett., XXIX, 412-413; para Perugia, Bonazzi, II, 729 s.; para Orvieto, Diario di Ser Tommaso, 736; para Fermo, Leopardi, N. Buonafede, 18; para Ferrara, Solerti, Vita ferrarese en Atti d. Romagna, 3 Serie, X, 18; para Nepi, Diario Nepesino, 121, 131, 157; para Chieti, Hist. Jahrb., V, 347; para Pavia, la *ordenación del duque de Milán al podestà de Pavia, fechada á 27 de Septiembre de 1470 (contiene quejas acerca de los eclesiásticos, que por la noche andan vagando sin hábito clerical). *Archivo municipal de Pavia*. También en Sicilia eran grandes los abusos. Cf. el *breve de Sixto IV, á los abades de Santa María de Bosco y San Placidimo, fechado en Roma, á 4 de Noviembre de 1475, y la *ordenación del virrey, fechada en Palermo, á 26 de Octubre de 1500, contra los eclesiásticos que tenían concubinas. Los dos documentos se hallan en el *Archivo público de Palermo*.

(3) Además de Brosch, en Sybels Histor. Zeitschrift, XXXVII, 309 s., cf. también Cenni Sul libertinaggio, 22 s., 30 y el *breve de Inocencio VIII de 31 de Octubre de 1487. *Archivo público de Venecia*. Sobre el estado de cosas que reinaba en Roma, hállanse testimonios inequívocos en el Burchardi Diarium, I, 240 s.: II, 79 s. V. además *P. Candidus venerab. fratri Antonio ord. Jesuator., dat. Mediolani, 1453, Jun. 5, Cod. 235 de la *Biblioteca Ambrosiana de Milán*. Carta de P. Barrocius de 1481, publicada en las Anecdota Veneta. ed. Contarini, f. 202; cf. además Fl. Ambrosius, De rebus gestis ac scriptis operibus Bapt. Mantuani (Taurini, 1784), 186; Freher III, 186; Voigt, Pius II, III, 502 s.; Reumont, III, 2, 457 s.; Gottlob, Cam. ap., 25 s.

(4) Cf. Gabr. Barletta. Sermones, f. 35.

(5) Cf. Theiner, Die Einführung der erzwungenen Ehelosigkeit (N. A. v. Nippold. Barmen o. J.), III, 128 s.

(6) *Roderici de Sancta Ella (cf. Graesse, Trésor, VI, 1, 143. Hain, Rep., IV, 13 s., 31-32. Mazzetti, Prof. Bol. [1847] 266 s.) contra impugnatores celibatus et castitatem presbyterorum ad Xistum P. M. Espléndido manuscrito del Renacimiento con el escudo de Sixto IV. Cod. Vat. 3639. *Biblioteca Vaticana*.

nasterios. En muchas partes se violaban los tres votos esenciales de la religión: la castidad, pobreza y obediencia (1). Numerosos individuos de las Órdenes religiosas, decía el franciscano Roberto de Lecce, no lo son más que en el nombre (2). Cuán perniciosos elementos albergaran algunos monasterios, lo muestra el ejemplo del pintor Fra Filippo Lippi y del ya mencionado novelista Bandello, el cual, por lo demás, vivió generalmente en las cortes (3). También en muchos monasterios de monjas se había aflojado peligrosamente la disciplina (4).

A la vista de tales daños, que ofrecían á los satíricos materia demasiadamente copiosa, no puede negarse sin embargo, por otra parte, á la época del Renacimiento, el testimonio de que muchos superiores regulares, animados de buenos sentimientos, como principalmente Egidio de Viterbo (5), piadosos obispos como Antonino y Lorenzo Giustiniani, así como no pocos papas, no se cansaron de proponer siempre nuevos proyectos de reforma. Precisamente en el terreno de la reforma de los monasterios se alcanzaron resultados notables (6). En particular ejerció grande y duradero influjo en Italia la congregación benedictina de *Santa Justina de Padua*, fundada en el año de 1412 por el veneciano Ludovico Barbo, para la renovación del buen espíritu en los monasterios y la enmienda de las costumbres en el pueblo (7); la cual no sólo fundó muchos y nuevos establecimientos como los de Bassano, del monte Agriano junto á Verona, de Génova, S. Spirito en Pavia, S. Dioni-

(1) Cf. Cronica de Bologna, 736. Wolf, I, 857. Diario di Ser Tommaso, 631. Molmenti, 291. Gudemann, 218 s. Theiner-Nippold, Einführung der erzwungenen Ehelosigkeit, III, 101. Gherardi, Documenti, 69 s. Cantù, I, 205. Reumont, Kl. Schriften, 19. Fl. Ambrosius, Bapt. Mantuanus, 190. Morsolin, L' Abate di Monte Subasio, 4 s. Bollet. st. d. Suizz. ital., VIII, 234. Pélissier, Textes, 542.

(2) Rob. de Litio, Quadrag. de peccatis 53. El predicador deplora señaladamente la inmixción de los religiosos en la administración parroquial.

(3) Cf. arriba p. 152, y sobre Lippi más abajo, p. 218. Uno de los vicios principales de entonces era, que había demasiados que entraban en los conventos sin vocación, y eran allí admitidos con demasiada facilidad. Esto lo hace notar Rob. de Litio, Serm. 35.

(4) Pueden verse ejemplos de ello en los Annal. Bonon. 897 y en Belgrano 477 s., 482. Cf. Bossi, Recup. Fesul. epist. 42, 43. Sanuto IV, 305 y Giorn. liguistico XII, 37 s.

(5) Cf. Lämmer, Z. Kirchengesch. 65 s.

(6) Sobre los esfuerzos de los papas, v. nuestras indicaciones vol. I, p. 493 s., vol. III, p. 259 ss., vol. IV, p. 102, 358 ss., y más abajo, en muchos pasajes. En general, cf. Weiss, Vor der Reformation 22 s.

(7) Cf. «Katholik», 1859, II, 1361 s., y Dittrich, en el Hist. Jahrb. V, 320 s.

sio en Milán, sino envió también monjes á otros monasterios ya existentes para reformarlos. Con el tiempo se juntaron á la nueva reforma numerosos monasterios benedictinos de Italia, entre ellos Santa María de Florencia, San Pablo de Roma, San Jorge Maggiore de Venecia, San Polirone en el ducado de Mantua, San Severino en el reino de Nápoles, San Pedro de Perugia, San Próculo de Bolonia, San Pedro de Módena, San Pedro de Glisciate en Milán y San Sixto de Plasencia. Al paso que en muchas otras partes las reformas monásticas fueron solamente efímeras, esta reforma de los monasterios benedictinos tuvo el privilegio de hacerse permanente (1), de lo cual es testimonio la brillante pintura que el dominico de Ulma, Félix Faber, que visitó á Santa Justina en el año de 1487, trazó del estado y progreso de dicha congregación. Faber acentúa también que el ejemplo de los benedictinos reformados influyó favorablemente en las demás Órdenes (2).

Otra nueva prueba de que, á la par de los corrompidos y aborrecedores de la reforma, se habían conservado también elementos mejores en los monasterios, que eran precisamente los que padecían mayor descrédito, nos la ofrece la consideración de los grandes predicadores de penitencia, los cuales casi sin excepción pertenecieron á las Órdenes religiosas.

III

Estos predicadores de penitencia que, tanto en las grandes como en las pequeñas ciudades de la Península, hacían resonar incesantemente palabras de exhortación y de amenaza contra los vicios, son una de las más admirables manifestaciones de la Italia del Renacimiento. Lo que hicieron aquellos hombres para el me-

(1) «Katholik», 1859, 1360 s., 1489 ss.; 1860, 200 s., 425 ss. Dittrich, en el Hist. Jahrb. V, 320 s., donde hay todavía otras indicaciones bibliográficas.

(2) F. Fabri Evagatorium, ed. Hassler III (Stuttgartiae, 1849), 393. También un predicador de aquel tiempo, cuyo juicio es ordinariamente muy severo, dice: «Nonne videmus in hac vita multos religiosos et religiosas qui propter Deum mundum contemnunt, castitatem perpetuam et voluntariam paupertatem observant; quique rejecta propria voluntate usque ad sepulturam obedientiae praelatorum se submitunt.» Ant. Vercell., Serm. fol. 244.

joramiento de las circunstancias sociales, está todavía por explorar, pero lo conocido hasta ahora nos presenta su acción como reformadores de las costumbres, como políticos sociales y fautores de la paz, rodeada de una luz por extremo brillante. La poderosa impresión que hicieron en sus contemporáneos aquellos bienhechores y salvadores de los pueblos, estribaba principalmente en la conmoción de las conciencias. Su predicación se adaptaba de una manera admirable á las circunstancias de aquellos cuya enmienda pretendían; y con particular preferencia y energía suma, describían los múltiples castigos temporales que el pecado atrae sobre el pecador. Sin duda alguna era este argumento el más á propósito para conducir á la reflexión y á la penitencia á los hombres livianos y amantes del placer de la época del Renacimiento (1).

Así predicaron en aquel tiempo Bernardino de Sena (m. 1444), Alberto da Sarteano (m. 1450), Antonio de Rímíni (hacia 1450), Silvestre de Sena (hacia 1450), Juan de Prato (hacia 1455), Juan Capistrano (m. 1456), Antonio de Bitonto (m. 1459), Jacobo della Marca (m. 1476), Roberto de Lecce (m. 1483), Antonio de Verceli (m. 1483), Miguel da Carcano (hacia 1485), Bernardino de Feltre (m. 1494) y Bernardino de Bustis (m. 1500). Todos los mencionados pertenecían á la Orden Franciscana, cuya principal misión ha consistido siempre en la conciliación de las oposiciones sociales; pero asimismo de las otras familias religiosas salieron no pocos celebrados predicadores. Entre los más notables hemos de mencionar aquí á los servitas Paulo Attavanti y Cesario de' Contughi; los dominicos Juan Dominici, Juan da Nápoli y Gabriel Barletta; al carmelita Bautista Panezio, y á los agustinos Aurelio Brandolino Lippi y Egidio de Viterbo (2).

(1) Burckhardt, *Cultur II*º, 239-240.

(2) A las indicaciones bibliográficas, hechas en nuestro primer volumen p. 144, not. 2, hay que añadir todavía: Tiraboschi, VI, 2, 422 ss. Gräse, *Lehrbuch der Literaturgesch.* II, 173 ss. y Rossi, *Quattrocento* 102 s. Sobre las predicaciones de S. Bernardino de Sena, cf. O. Bracci en las *Conferenze tenute n. R. Accad. d. Rozzi*. Siena, 1895, y *Arch. st. ital.* 5 Serie XVII, 201 s., donde se señalan más obras, á las que hay que juntar ahora: Thureau-Dangin, *Un prédicateur populaire dans l'Italie de la Renaissance: S. Bernardin de Sienne*. Paris, 1896, y la crítica de Bracci en el *Arch. st. ital.*, 5 Serie, XVIII, 415 s. Sobre Bernardino de Feltre, v. Grupp, en *Hist.-polit. Bl.* CXXI, 144 s., y la monografía de Flornöy. Paris, 1897, y además las observaciones que se hallan en los *Anal. Bolland.* 1897, 188 sq. Fuera de eso, Hain en Gräse trae la lista de los sermones impresos. Es sumamente grande el número de los que están todavía inéditos, de los cuales posee una rica colección, especialmente

Apenas es posible imaginar otra cosa más conmovedora que las predicaciones de aquellos hombres, en las cuales se descubren sin misericordia los lados oscuros de la época, aunque no raras veces exagerándolos (1). La serie de los sermones, cuando se guardaba en ellos algún orden, solía acomodarse á los Mandamientos de Dios y de la Iglesia; y los pecados y vicios á ellos opuestos eran flagelados sin piedad, con ejemplos tomados de la vida común. Los argumentos se sacan las más veces de la Sagrada Escritura y los Padres de la Iglesia, y el fin de los predicadores es ante todo práctico. La instrucción propiamente dicha del pueblo en las verdades de la fe, se dejaba á los predicadores ordinarios y permanentes, al paso que los predicadores de penitencia se proponían ante todo la transformación moral de sus auditorios. La eficacia práctica era para ellos el principal objeto. Presentábanse en las ciudades en determinadas épocas, principalmente en la Cuaresma, y además sobre todo con ocasión de las graves contiendas públicas ó escandalosas enemistades privadas; cuando eran más terribles la falta de seguridad pública y la inmoralidad, ó reinaban enfermedades asoladoras. Con inflamado entusiasmo se consagraban á la conversión de los pecadores, á animar á los buenos y fortalecer á los que vacilaban; pero atendían asimismo á remediar los daños corporales, como se ve por la erección de las casas de préstamos. A las veces procuraban también algunos predicadores fomentar la devoción de algún Santo especial, como vemos que los dos grandes Bernardinos de la Orden Franciscana trabajaron con éxito para extender la devoción de San José (2). Para conseguir su fin se esforzaban ante todo aquellos misioneros por hablar de una manera comprensible y fácil de entender. Las narraciones tomadas de la vida común, las propias experiencias, ejemplos enérgicos y medios intuitivos, les servían para sujetar la atención; su tono era á veces de amenaza y castigo, otras veces de una conversación sencilla y amistosa con los

la *Biblioteca nacional de Florencia*. Los registros de muchas iglesias prueban con cuanto celo se predicaba; cf. v. gr. *Nota de «predicatori che hanno predicato in S. Martino di Lucca de quali si è conservata la nota nell'Archivio de Signori Canonici dal 1406 ss.» Manuscrito de la *Bibl. de Lucca*. Volveremos á hablar por menudo de Egidio de Viterbo más abajo, y particularmente en el libro cuarto.

(1) Juicio de Gudemann 259.

(2) Beissel en las *Stimmen aus Maria-Laach*, XXXVIII, 284 s.

oyentes, á los cuales apostrofaban con frecuencia directamente (1); y cuánto se acomodara esta manera de predicar al gusto del pueblo italiano, lo muestra la concurrencia enteramente extraordinaria, así como el éxito de los más de los nombrados predicadores. Cuando ellos se presentaban, toda la ciudad y sus alrededores se ponía en movimiento, se cerraban las más de las veces todas las tiendas, y no siendo bastante capaces las iglesias para contener el número de los concurrentes, se elegían con frecuencia las plazas públicas. Apretadas hombro con hombro se aglomeraban las gentes á millares y aguantaban durante horas enteras, pues los sermones eran generalmente muy largos. De la predicación de Roberto de Lecce en Perusa, en el año de 1448, se refiere haberse hallado en ella 15.000 personas de la ciudad y sus alrededores, las cuales ya mucho antes tenían ocupados todos los sitios, y el sermón solía durar cuatro horas (2).

En las mencionadas predicaciones de Roberto de Lecce, en el año de 1448, se empleó un medio particularmente apropiado para conmover á los oyentes, ayudando al discurso con la presentación de vivas imágenes. Así entonces salió de la catedral de Perusa el Cristo cargado con la cruz, y á su encuentro María vestida de negro dirigiéndose luego la procesión hacia el lugar del predicador, donde se representaba la crucifixión y llanto de las pías mujeres al pie de la cruz, y finalmente, el descendimiento. El pueblo acompañaba aquellas escenas con llantos y sollozos. También se hace mención de otras semejantes representaciones usadas en su predicación por otros Franciscanos (3).

El primer resultado que conseguían los predicadores en breve tiempo, casi en todas partes, era que se pusiese en libertad á los pobres presos por deudas y se quemaran «las vanidades», esto es, los dados, barajas, máscaras, cabellos postizos, cédulas mágicas, imágenes indecorosas, libros y cantares mundanos é instrumentos músicos. Estas cosas se clavaban en un andamio puesto en una plaza pública, en cuyo extremo se solía poner una figura de

(1) Además de Burckhardt II^o, 240, cf. especialmente Torraca, Rob. da Lecce, en el Arch. st. napolit. VII, 151 ss.

(2) Graziani, 597 s. sobre la predicación de Roberto de Lecce. Cf. también la relación sobre la estancia de S. Bernardino en Perusa, en las Cronache di Perugia, ed. Fabretti II, 5 ss. é ibid. 68 s. sobre la predicación de Jacobo de la Marca.

(3) Creizenach, I, 313-314. D'Ancona I^o, 280 s.

demonio, y después se abrasaba todo. Con esto los ánimos más endurecidos acababan por ceder; los que había mucho tiempo que no se habían confesado, hacían sus confesiones, se restituían los bienes injustamente retenidos, se retractaban las palabras calumniosas con que se había perjudicado, y se practicaban obras de penitencia para reconciliarse con Dios. Hacia el fin de un ciclo de sermones, cuando los ánimos estaban ya poderosamente conmovidos, venía el orador á lo que según las circunstancias de entonces se consideraba como fin principal. Era éste generalmente, en las terribles luchas de partido á la sazón comunes, la reconciliación de los enemigos, y hacer que se renunciara á la venganza. Levantando en alto la cruz hacía resonar el predicador la exhortación á perdonar, condonar y olvidar; y los cronistas refieren de qué manera prorrumpía entonces la muchedumbre en llantos y lamentos, llenando el aire con el clamor de «¡Jesús, misericordia!» y se tomaban inmediatamente las medidas oportunas para restablecer la paz de que por mucho tiempo se había carecido. «Entonces tenían lugar aquellos solemnes convenios de paz y mutuos abrazos, aun cuando hubieran mediado ya homicidios entre las partes contendientes; y por ventura se había hecho ya de antemano que volvieran á la ciudad para aquel sagrado momento los que andaban desterrados de ella. Parece que aquellas resoluciones pacíficas (paci) se observaron generalmente aun después de haberse terminado la predicación, y entonces el recuerdo del fraile quedaba como una bendición en la memoria de muchas generaciones. Pero no faltaban tampoco feroces y terribles crisis, como la que medió entre las familias Valle y Croce en Roma, en 1482, en las que resonó inútilmente aun la voz de un tan gran predicador como Roberto de Lecce; mas generalmente los resultados que alcanzaban los predicadores de penitencia, así en el concepto moral como en el social, eran de todo punto extraordinarios. Pocos periodos históricos pueden ofrecer tan raros ejemplos de la conversión de ciudades y provincias enteras, como la época del Renacimiento (1). El pueblo veneraba muchas veces como santos á los predicadores de penitencia, y cuando habían terminado el sermón final, que solía acabar con las palabras de la

(1) Fuera de las obras que hemos citado vol. I, p. 149, not. 3, entre las que sobresale, como siempre, Burckhardt II^o, 240 s., cf. también el estudio de Barzetti, 55 s.

bendición: «la paz sea con vosotros», se celebraba generalmente una procesión solemne, en la que tomaba parte toda la población, y asimismo las autoridades. A veces todos los adultos, desde los magistrados hasta los miembros de las hermandades de artesanos, recibían al fin de la misión (como podemos llamar la acción de aquellos predicadores de penitencia) el sagrado Cuerpo del Señor (1). Cuando entonces el predicador se marchaba de la ciudad, el entusiasmo del pueblo por su espiritual bienhechor se manifestaba muchas veces por maneras conmovedoras (2).

Es digno de admiración, de qué manera altos y bajos, príncipes y papas, toleraban las reprensiones de aquellos predicadores de penitencia (3), y no es menos admirable la libertad de ánimo con que aquellos varones ponían ante los ojos de todas las clases y estados sus pecados y vicios.

Lo propio que los demás daños, los más graves y mejores predicadores lamentaban asimismo los abusos de sus cohermanos en la manera de anunciar la palabra de Dios (4). Ellos nos dan noticia de predicadores que llevaban demasiadamente al púlpito la erudición de las escuelas, se perdían en agudezas y cuestiones teológicas, ó se metían en profundidades excesivas para el gusto del pueblo. No faltaban tampoco predicadores que declamaban

(1) Cf. Cronache di Perugia, ed. Fabretti II, 34.

(2) Burckhardt II, 240-242; cf. Torraca l. c. 143 s. y Cronache di Perugia, ed. Fabretti II, 68.

(3) Cf. nuestras indicaciones vol. I, p. 144 ss., como también Burckhardt II, 244 y Güdemann 218, 259. El Papa más vehemente de todo este tiempo, Julio II, fué precisamente uno de los que favorecieron y alentaron con mayor celo á los predicadores francos é ingenuos en decir las verdades. Repetidas veces envió predicadores á diversos lugares; cf. Lib. brev. 25 f. f. 44': 1506 Dec. 20 Bonon. (ao. 4.º): fratri Martino Sennensi ord. de monte Carmelo. Orden de, in ecclesia Cruciferorum Venetorum verbum Dei et doctrinam evangelicam iuxta traditam tibi a Deo facultatem festis nativitatis et quadragesimae proximae futurae praedicare. Ibid. f. 117: 1507 Jan. 28 Bonon. (ao. 4.º): Timotheo de Medicis Lucensi ord. S. Francisci: este religioso es enviado á Sena para predicar la Cuaresma. Julio II estimaba en mucho que Egidio de Viterbo tuviese los sermones en Roma, como se saca del breve de 4 de Noviembre de 1505 á Egidio de Viterbo, que se halla copiado en el apéndice, n.º 87. *Archivo secreto pontificio*. En tiempo de Julio II, predicó también en Roma el agustino Mariano da Cavi. En una carta fechada en Roma, el 20 de Enero de 1508, el cardenal Gonzaga alaba la erudición y vida ejemplar de este varón, que antes había predicado con muy feliz éxito en Bolonia, Florencia y Nápoles. *Archivo Gonzaga de Mantua*.

(4) Cf. Rob. de Litio P. II, Serm. 8. V. también Mich. de Mediolano P. III, p. 50. Otras citas pueden verse en Güdemann 258.

en las iglesias la sabiduría pagana nuevamente descubierta, en discursos de abigarrados matices, con perjuicio de la sublimidad de las doctrinas del Cristianismo; substituyendo los pasajes de la Sagrada Escritura y de los Padres, hasta entonces únicamente usados, con alegaciones de los poetas y filósofos paganos, y hasta mezclaban la mitología gentílica con la dogmática cristiana (1). No era menos peligroso el proceder de algunos, que, en vez de enseñar al pueblo y edificarle, no buscaban sino la vana gloria, refiriendo en el púlpito todo género de fingidos milagros, anunciando en la sagrada cátedra nuevas y falsas profecías y fábulas insanas, exagerando los males presentes, pintando el vicio de una manera sumamente indecorosa, atacando sin miramiento á los dignatarios eclesiásticos y hasta al mismo Papa, presentando la Iglesia como totalmente corrompida, y anunciando, con la alegación de mentirosas señales ó imaginadas revelaciones, espantosos castigos inminentes, como la destrucción de Roma, la disolución de la Iglesia, la venida del Anticristo; y hablaban más de política y de otras cosas mundanas, que de lo único que era necesario (2).

Muchos de éstos, tanto buenos como malos aspectos de la predicación de entonces, se concentraron en su más alto grado en un hombre que por algún tiempo llenó con su celebridad toda la Italia, es á saber: Jerónimo Savonarola, nacido el 21 de Septiembre de 1452. Un sermón de penitencia de cierto fraile agustino, fué lo que produjo en aquel hombre de talento, hijo de una antigua familia de Ferrara, la resolución de entrar en la orden de los Dominicos, sin previo conocimiento de sus padres. Savo-

(1) Más tarde los teatinos procuraron oponerse á este abuso: v. Tüb. Theol. Quartalschrift 1859, 12 s.

(2) Cf. Antoninus, Summa theol. P. III, tit. 18, c. 4 y más abajo los decretos del concilio de Letrán. Antes de éste, es indudable que era defectuosa la inspección y censura, aunque en general, se tenía cuidado de no dejar subir á la sagrada cátedra sino sólo á los monjes ó clérigos, que por lo menos hubiesen recibido las órdenes menores. Pero como observa Burckhardt, I^o, 243, «tampoco aquí se podía fijar un límite preciso, pues por largo tiempo la Iglesia, y por tanto también el púlpito, eran reclamados para diversos fines de publicidad, como actos judiciales, publicaciones, lecciones, etc., y muchas veces se dejaba hablar á los humanistas y legos, aun para pronunciar verdaderos discursos.» Sobre el proceso contra un predicador de Milán en el año 1492, cf. Ghinzoni en el Arch. st. lomb. XIII, 42 ss. Por desgracia, los hechos enunciados en los documentos que aquí se citan, no son bastante precisos y categóricos, para poder determinar la culpa real del predicador.

narola había oído casualmente aquel sermón en un viaje á Faenza, en el año de 1474, y al siguiente era ya novicio en el convento de dominicos de Bolonia. Los padres del nuevo fraile hallaron entre sus papeles un escrito «Sobre el menosprecio del mundo». El fogoso joven trazaba allí una espantosa imagen de las costumbres de sus contemporáneos; y en edad en que todavía podía conocer muy poco el mundo, parece no haber ya tenido ojos para ver el bien, que todavía se hallaba en abundancia. Sólo ve lo malo, en tan alto grado que le trae á la memoria á Sodoma y Gomorra. El primer año de su vida religiosa compuso Savonarola su poema «Sobre la decadencia de la Iglesia», en el cual asimismo se describen solamente los lados sombríos de las circunstancias de la época. La Iglesia se presenta allí como una casta virgen, porque en ella permanece siempre inmaculada la fe. A la pregunta de Savonarola: «¿Dónde están los maestros, dónde la ciencia, la caridad cristiana y la pureza de los antiguos?»; la doncella le toma de la mano, y le dice: «Cuando yo vi cuán soberbia ambición había penetrado en Roma y manchándolo todo, me retiré y me encerré en este lugar, donde ahora paso la vida en la tristeza.» Después le muestra las terribles heridas que le han inferido la malicia y las pasiones humanas. Lleno de dolor, excita Savonarola á los santos y á los mártires á llorar. «¡Manchado está el templo y el edificio casto!» A su pregunta: «¿Quién tiene la culpa de esto?», responde la Iglesia: «La soberbia, la concupiscencia de los ojos y de la carne». «¿No podría yo, pues, poner coto á tan grande maldad?», exclama Savonarola. «Tú, llora y calla» le contesta la Iglesia, «pues esto me parece lo mejor» (1).

En la oración y los ejercicios de penitencia buscó el joven dominico consuelo contra el tormento que le producía la vista de la depravación religiosa y moral. En Bolonia había dirigido Savonarola la instrucción de los novicios; en el año de 1481 ó 1482 enviáronle sus superiores como predicador á Florencia, centro y foco del Renacimiento (2). La profunda corrupción moral que se ofreció á los ojos de Savonarola en la residencia de Lorenzo el Magnífico, la extendida inmoralidad, la duda y las sátiras de los

(1) Poesie di Fra G. Savonarola ed. Guasti 10-15.

(2) No es enteramente cierto el tiempo de la primera venida de Savonarola á Florencia; Gherardi 369 ss., se decide por 1482, Villari I, 73 por 1481.

florentinos, llenaron á aquel varón austero de profundo dolor, y se resolvió á emplear todos los medios para oponerse á aquella corrupción. Pero sus primeros sermones en la iglesia de San Lorenzo no obtuvieron casi ninguna resonancia. Las maneras y estilo del predicador forastero, parecieron á los florentinos incultos y rudos; su acento lombardo áspero, su expresión dura y poco escogida, y sus gestos exagerados y violentos. Más principalmente echaban de menos en aquellos discursos religiosos las citas acostumbradas de los poetas y filósofos. Su orador predilecto era Fra Mariano, favorecido de los Médici, en cuyos sermones las amplias naves de la iglesia de S. Spirito apenas podían contener la muchedumbre de los oyentes. Angelo Poliziano pondera en Fra Mariano la sonoridad de la voz, lo escogido de la dicción, el arte en la construcción de la frase y la armonía de las cadencias. «Jamás he conocido, continúa él mismo, un hombre á la vez más avasallador y circunspecto. Ni repele con excesiva severidad, ni engaña ó seduce con exagerada indulgencia. Algunos predicadores creen tener dominio sobre la vida y la muerte de los hombres, y abusando de su poder, miran con sombríos ojos y fatigan por el continuo tono censorio. Por el contrario, Fra Mariano es el hombre de la moderación. Severo censor en el púlpito, luego que baja de él se explaya en amigables y atractivos discursos» (1). La frialdad de los florentinos no arredró á Savonarola, antes bien le inflamó todavía más para emprender sin miramientos la lucha contra los vicios; pero al propio tiempo llenóse su fantasía de escenas del Antiguo y Nuevo Testamento, y las imágenes de los antiguos Profetas y del Apocalipsis cobraron nueva vida á sus ojos. Un día creyó haber tenido una visión y oído la voz de Dios que le encargaba anunciar al pueblo las calamidades que amenazaban á la Iglesia. Pronto la creencia de su divina misión se convirtió para él en certidumbre; «y una vez entrado en el círculo mágico de las contemplaciones y ensueños visionarios, jamás volvió á salir de él hasta que se vió preso» (2).

Fué completamente conforme con los deseos de Savonarola el haberle enviado sus superiores, para los sermones de Cuaresma de 1484 y 1485, á San Gimignano, ciudad montañesa del distrito de Sena; allí se atrevió por primera vez á formular su programa

(1) Reumont, Lorenzo II, 390.

(2) Schwab en el Bonner Literaturblatt IV, 898.

profético en las tres sentencias que se hicieron célebres: «La Iglesia será castigada — y luego renovada, — y esto acaecerá pronto.» En Brescia expuso en 1486 el Apocalipsis, amenazó con la ira de Dios y excitó á general penitencia; y la resonancia que tuvieron estas predicaciones restituyó á Savonarola la confianza en sí mismo, que casi había llegado á perder en Florencia. «Estoy más decidido que nunca, escribía á su madre á 25 de Enero de 1489, á consagrar el alma y el cuerpo, y todo el saber que Dios me ha concedido, por amor de Él y para salud del prójimo, y como no puedo hacer eso en mi país, por eso quiero hacerlo fuera de él. Exhortad á todos á que vivan honestamente; hoy me marcho á Génova». Todavía aquel mismo año regresó á Florencia (1) y el 1.º de Agosto de 1490 subió al púlpito de San Marcos, para explicar el Apocalipsis y obtuvo un éxito decisivo. La mudanza que se realizó en su favor fué tan repentina como grandiosa. Por efecto de la inmensa concurrencia que acudía á sus sermones, se le cedió, en la Cuaresma de 1491, el púlpito de la catedral. Horas enteras aguardaba aquella muchedumbre de millares de personas la aparición del hombrecillo de pálido rostro, la frente surcada de arrugas, pronunciada nariz aguileña y ojos fogosos de espiritual penetración (2). A los florentinos todo les

(1) Villari, I, 88-91.

(2) Además de las finas gemas de Giovanni delle Corniole, el retrato que más ciertamente reproduce las facciones del gran predicador, es el que pintó Bartolomeo della Porta, cuya copia (no el original, como Wolmann, II, 602 y casi todos los modernos indican; pues se ignora su paradero) está expuesto actualmente en el convento de S. Marcos. Cf. Rubieri, *Il ritratto di Fra' Girolamo*. Firenze, 1855, y Frantz, *Fra Bartolomeo* 94 ss., donde hay también portmenores sobre otros retratos y medallas. El dominico Fra Benedetto, en su poema épico «Los cedros del Líbano», publicado por Marchese, pinta así el exterior de Savonarola:

Fué pequeño de cuerpo, pero sano,
Sus miembros delicados, hasta el punto
Que su sagrada mano relucía;
Afable siempre, perturbado nunca;
Su mirar vivo, hermoso y penetrante,
Sus ojos bajos, gratamente negros,
Negro el cabello, espesa era su barba,
Su boca fina, su semblante oblongo,
Y algo encorvada la nariz tenía.

Gregorovius, *Wanderjahre* I, 283-284. Sobre dos medallas de Savonarola y Domenico da Pescia, pertenecientes al Museo de Viena, v. Rivist. ital. di numismatica 1892. Sobre el medallón de arcilla pintada del Museo de Berlín, v. Bode en el *Jahrb. d. preuss. Kunstsamml.* 1887.

parecía nuevo en Fra Girolamo: la personalidad del predicador, como la materia y fondo de sus discursos; y cuando con el sublime lenguaje de las imágenes del Antiguo Testamento, cuyo espíritu le poseía, derramaba irresistiblemente sobre los auditorios el torrente de su palabra poderosa, se habría podido creer en realidad que había resucitado de nuevo uno de los antiguos Profetas de Israel, para conducir al pueblo á la penitencia anunciando los amenazadores juicios de Dios (1). «Introdujo como una nueva manera de predicar, escribe el cronista florentino Cerretani; pues, á semejanza de los Apóstoles, no hacía divisiones ni proponía interrogaciones, y desdeñaba todo el ornato retórico. Limitábase á declarar algún pasaje del Antiguo Testamento, teniendo ante los ojos como único fin el restablecimiento de la sencillez de la antigua Iglesia (2). El que este predicador subiera de continuo en la estima de los florentinos, era tanto más de maravillar, por cuanto decía á aquel pueblo de tan especiales dotes artísticas las cosas más amargas, sin miramiento alguno, y frecuentemente con exageración, declarando su belleza por vana liviandad, reprendiendo la inmoralidad de las pinturas y flagelando con duras palabras toda la vida de Florencia, á pesar de su ingeniosidad y agudeza, como sensual y viciosa (3). La forma y manera como predicaba Savonarola hacia que los oyentes recibieran todo esto, y aun con frecuencia reconocieran su culpa prorrumpiendo en lágrimas. En los sermones escritos se tropieza repetidas veces con la observación del escritor: «Aquí me saltaron las lágrimas y no pude seguir adelante.» La lectura de estos apuntes nunca puede, naturalmente, reemplazar por completo la viva voz; pero «aun las mismas palabras escritas llevan en sí aquella conmovedora expresión que, por su originalidad y simplicidad, pueden comunicar casi como la palabra hablada» (4). Sus atrevidas imágenes arrebatában la viva imaginación de la muchedumbre, su «profunda emoción», sus terribles amenazas de inminentes castigos, obraban con una fuerza irresistible sobre el fácilmente impresionable pueblo. Inútilmente procuró Lorenzo de' Médici, en su conato de atraer á sí todo lo notable,

(1) Perrens, Savonarola 79. Cf. Klaczko. Jules II, 340 ss. Ya Simón Filipepi compara á Savonarola con «los antiguos profetas, apóstoles y mártires». Villari-Casanova 476.

(2) Villari I, 151, n. 2.

(3) Weiss IV, 231.

(4) Frantz, Sixtus IV, 76.

ganarse al predicador que tan grande influencia había alcanzado. Por más que Savonarola irritó temerariamente á aquel hombre poderoso, omitiendo la visita acostumbrada, después de su elección para prior del convento de San Marcos edificado de nuevo por los Médici; el prudente Lorenzo se abstuvo de molestarle, y se hubo, ante su pública, desmesurada y violenta contradicción, como un perfecto estadista y hombre de mundo. Por muy gravemente que se viera provocado, no se dejó arrastrar á ningún paso extraordinario ó imprudente, antes bien recibió con aristocrática tolerancia las injurias y ofensas del apasionado predicador (1). Y todavía más: cuando Lorenzo sintió llegarse su última hora, hizo que fuera á verle el terrible censor de las costumbres (2). Si Savonarola hubiese tenido moderación, hubiera podido ser incalculable su influjo sobre aquel magnate que, á pesar de toda su liviandad, no era en manera alguna refractario á las consideraciones religiosas. Pero su espíritu impetuoso le arrebatava, y su conato hacia el fin, que tenía ante los ojos, de llevar á cabo una profunda reforma de todas las cosas, le hizo olvidar los límites prescritos por la previsión y la prudencia.

El influjo y la independencia de Savonarola aumentaron grandemente por haber Alejandro VI concedido que la Congregación toscana de su Orden se separara de la provincia de Lombardía. Entonces se introdujo en San Marcos una severa reforma. El mismo Savonarola daba á todos un vivo ejemplo de las máximas que les inculcaba. Sus vestidos eran siempre de la tela más basta, su cama la más dura, su celda la más pequeña y pobre (3).

(1) Reumont, Lorenzo, II^a, 396.

(2) Sobre la célebre controversia, si Savonarola puso realmente por condición en aquella coyuntura á la absolución que le pedía Lorenzo, que restituyera la libertad de Florencia, y recibió de él una respuesta negativa, cf. Villari, I^a, 182-186 y Arch. st. ital., 5. Serie I, 201 s. Parece que Villari no conoció, ni el estudio publicado por Schwab en el Bonner Literaturblatt, IV, 899, ni la obra de Frantz, Fra Bartolomeo, 75 s. Sobre todo este asunto, cf. también las observaciones de Pellegrini en el Giorn. st. d. Lett. ital., X, 246 s., quien nota con razón, que Villari se fía demasiado del Pseudo-Burlamacchi. V. también Rev. hist., XXXVIII, 168; Armstrong en la Engl. Hist. Review, IV, 448 s., y Hartwig en la Hist. Zeitschr., LXIV, 181, 188 s.

(3) Villari, I^a, 179. Perrens, 110 s. Para ir á las celdas de Savonarola, se pasa por un oratorio, en cuya pared exterior hay la inscripción siguiente:

Leo X. P. M. die Epi || ph. MDXVI hoc || ora^m ingr^m X annos ||
et X quadr. fribus || totiens visitanti || bus concessit.

Este oratorio del convento nada tiene que ver propiamente con Savonarola, y

Con creciente osadía, pero sin moderación, se expresó Savonarola en los sermones de Adviento de 1493, sobre la corrupción del clero, y no menos sobre los vicios de los príncipes. «Los predicadores, decía, lisonjean el día de hoy los oídos, con Aristóteles, Virgilio, Ovidio, Cicerón, Dante y Petrarca, y no se preocupan de la salud de las almas. ¿Por qué no enseñan, en lugar de tantos libros, el único donde se contiene la ley y la vida? El Evangelio, ¡oh cristianos! deberíais traer siempre con vosotros; pero no me refiero al libro, sino á su espíritu; pues, si no tienes el espíritu de la gracia, nada te aprovecharía traer contigo todo el volumen. Tanto son, por consiguiente, más menguados aquellos que se cuelgan al cuello multitud de breves y cédulas de indulgencia, de suerte que no parecen sino vendedores que se dirigen á la feria. La caridad cristiana no reside en los papeles ni en los libros; los verdaderos libros de Cristo son los Apóstoles y los Santos, y la verdadera vida consiste en imitar la vida de ellos. Pero ahora los hombres, y principalmente los clérigos, se han convertido en libros del demonio. Hablan contra la soberbia y la ambición, y se hunden en ellas hasta las cejas; predicán la castidad y mantienen concubinas y mancebos; mandan observar el ayuno y juntamente viven en el lujo. No valen para nada, son libros falsos, libros del demonio; pues éste escribe en ellos toda su malicia y todos sus vicios. Los prelados se pavonean con sus dignidades y desprecian á los demás; exigen que uno se incline y arrastre delante de ellos, aspiran á las primeras cátedras en las escuelas y á los primeros

León X, al conceder la indulgencia á los visitantes, no pensó sin duda alguna en aquel personaje. Dicho oratorio no está ligado estrechamente á la memoria del fogoso dominico, sino desde época muy reciente, en que se le erigió allí un monumento. Contiguos á este lugar se hallan el aposento de estudio y el dormitorio de Savonarola. Estas dos celdas son muy pequeñas, cada una tiene sólo cuatro pasos en cuadro y una ventanita pequeña, algo más de dos pies de alta, redonda en su parte superior. V. Brunner, *Studien*, I, 71. En la primera celda se hallan ahora las «reliquias» de Savonarola, que en otro tiempo se conservaban en la sacristía de San Marcos: su rosario, capa, cilicio, ropa interior y un pedazo del poste en que sufrió la muerte. En *San Marcos* se conservan además dos biblias, cuyas notas marginales se atribuyen á Savonarola, aunque Villari, II, 129, duda de la exactitud de esta afirmación. En cambio, el citado sabio considera como procedentes realmente de Savonarola las glosas de dos biblias, que se hallan, la una en la *Biblioteca nacional*, y la otra en la *Riccardiana*. En 1888, el conde Paar, embajador de Austria en el Vaticano, me mostró en su rica colección una biblia con numerosas notas marginales de Savonarola.

púlpitos de Italia. Tienen gusto en que se les halle por la mañana en la plaza, y se les salude llamándoles maestros y *rabbi*; ensanchan las orlas de sus vestidos y dilatan sus filacterias, se llenan de hinchazón, afectando gravedad en el rostro, y pretenden ser entendidos á la menor señal. Todo está arruinado en la Iglesia. Los prelados no tienen ya facultad para distinguir entre el bien y el mal, entre lo verdadero y lo falso. Mira como ahora los prelados y predicadores tienen todo su sentido solamente en la tierra y en las cosas terrenas, y no tienen ya puesta en el corazón la solitud de las almas. En los primeros tiempos de la Iglesia los cálices eran de palo y los prelados de oro; pero ahora tiene la Iglesia cálices de oro y prelados de palo» (1).

Todavía produjeron mayor asombro los sermones cuaresmales que pronunció Savonarola en el año 1494, en los cuales relacionó los castigos profetizados por él, con la venida de un nuevo Ciro que cruzaría sin resistencia toda la Italia. En Septiembre volvió sobre el mismo asunto; ya se habían extendido obscuros rumores sobre la expedición de los franceses, y aumentaba la general ansiedad. A 21 de Septiembre alcanzó ésta su más alto grado: las amplias naves de la catedral de Florencia apenas podían contener la muchedumbre que ya desde varias horas esperaba con indescriptible expectación y emoción. Por fin subió Savonarola al púlpito, y, con tono terrible, comenzó con las palabras de la Sagrada Escritura: «*Ecce ego adducam aquas super terram*» (he aquí que enviaré las aguas sobre la tierra). Estas palabras que traían á la memoria cierta profecía muy extendida, sobre una grande inundación, encendieron al auditorio, como si hubiera caído un rayo en el templo; la tristeza y el terror se apoderaron de los innumerables oyentes, «y fué tan grande el espanto, las lágrimas y los sollozos, escribe el cronista Cerretani, que todos andaban por la ciudad como medio muertos y sin habla». Y Poliziano dice que se le erizaron los cabellos (2).

Algunas semanas después fueron expulsados los Médici y el monarca francés celebraba su brillante entrada en Florencia. La terrible realización de las predicciones de Savonarola, su eficaz

(1) Prediche del r. p. Fra G. Savonarola sopra il salmo Quam bonus. Vinegia, 1544 (Predica VII, f. 56 s. Pred. VIII, f. 72». Pred. XXIII, f. 247 ss., 256. Villari, Savonarola (edición alemana), I, 128-129, 132.

(2) Villari, I, 203. Simone Filipepi (Villari-Casanova, 475) aprecia en 8,000 á 10,000 personas el número ordinario de los oyentes de Savonarola.

intercesión para conservar la paz en la ciudad durante la presencia de los franceses, había aumentado su influjo hasta lo incommensurable. El pueblo miraba en él al verdadero profeta de todas las cosas que habían sucedido; sólo él había sido capaz de mudar el ánimo del monarca francés antes de su entrada en Florencia; sólo él le había podido mover á marcharse. De él se esperaba, por consiguiente, el consejo y el auxilio, y la orden de todo lo que se había de hacer entonces en la difícil obra de modificar la constitución (1). De esta suerte el Prior de San Marcos se vió empujado por las circunstancias más y más cada día hacia un terreno extraño, peligroso y resbaladizo. Su intervención en los negocios políticos nació seguramente de las mejores y más puras intenciones; pero, sin embargo, fué imprudente, peligrosa y funesta. Savonarola justificó dicha intervención alegando haberla creído necesaria para la salud de las almas. «¡No me querías creer, exclamaba, dirigiéndose al pueblo, en sus sermones sobre la reforma de la constitución; pero ahora has visto que todas las palabras han venido á cumplirse, y no es mi voluntad quien me las inspira, sino *vienen del Señor*. Escuchad, por consiguiente, á quien no busca otra cosa sino la salud de vuestras almas. Purificad vuestros corazones, velad por el bien común, olvidad los intereses privados. ¡Si con este espíritu renováis vuestra ciudad, ella vendrá á ser más gloriosa de lo que fué antes en tiempo alguno! ¡Y tú, oh pueblo de Florencia, comenzarás la reforma de toda Italia, y levantarás tu vuelo sobre todo el mundo, para llevar la reforma á todas las partes!» Esta reforma, continuaba enseñando Savonarola, debe empezar por el clero, y subordinar el bienestar temporal al moral y religioso; si Cósimo de' Médici había dicho que los Estados no se regían con Padrenuestros, esto era precisamente la máxima de un tirano; si querían una buena constitución, era necesario referirla á Dios. Si esto no fuera así, á la verdad, él no quería tener que ver con los negocios del Estado.

Para esta nueva constitución recomendaba, en un sermón en la catedral, cuatro cosas principales: Temor de Dios y restablecimiento de las buenas costumbres; amor á la constitución democrática (*governo popolare*) y al bien común, posponiendo cualquiera ventaja privada; una completa amnistía para los partidarios del anterior Gobierno, y benignidad para los deudores del Estado; y

(1) Villari, I^a, 256.

finalmente, la institución de un gobierno sobre la más ancha base (*governo universale*), en el cual debían tomar parte todos los ciudadanos (1). Sucedió lo que no era creíble: el Prior de San Marcos llevó al cabo el planteamiento de una constitución democrática, y las ideas expresadas en sus sermones se convirtieron en leyes del Estado. El Gran Consejo se fundó como él lo había propuesto, reformáronse los tributos, se mató la usura erigiendo un Monte de Piedad, ordenóse la administración de Justicia y se suprimió el abuso de las tumultuarias asambleas populares, llamadas Parla-mentos, que habían explotado los Médici (2).

La reforma política no era más que una parte de la grande incumbencia que se había propuesto Savonarola: sus planes abrazaban tanto la vida social, como la ciencia, la literatura y el arte. Contra el Paganismo del falso Renacimiento había de hacerse que reinara de nuevo en todos los terrenos la vida cristiana. Su «*Eviva Cristo*» debía ir de boca en boca; el libro de la divina ley debía ser la norma sublime de la vida política y social, científica y artística. En este sentido se hizo á Cristo Rey de Florencia y se le proclamó protector de su libertad (3).

La elección de Cristo por Rey de Florencia, tenía además otro sentido diferente. Savonarola pretendía ser órgano de particulares revelaciones y encargos divinos. Su ánimo poético y excitable hasta el fanatismo; su ardiente fantasía, y el haberse enfrascado en los libros proféticos y apocalípticos de la Sagrada Escritura, y en las predicaciones de un Abad Joaquín y Telesforo, engendraron en él la firme creencia de que tenía inmediatas comunicaciones con Dios y con los ángeles. Creyó oír voces divinas y ver celestiales visiones. «Las visiones fueron alcanzando gradualmente un predominio tal sobre su conciencia reflexiva, que aun estando en conversación con otros, veía el cielo abierto y oía voces, y no dudaba ya estar realmente en inmediato comercio con el mundo de los espíritus.» «Lo que veía en espíritu y anunciaba, dice él mismo en su escrito sobre las visiones, era para mí mucho más cierto que

(1) Villari, I, 276 s., 279.

(2) Sobre Savonarola, como reformador de la constitución florentina, además de Villari, I, 283 ss., 316 s., cf. también Frantz, *Sixtus IV*, 58 ss. V. además Gherardi, 323 s. Cipolla en Arch. Venet, 1874. Thomas, *Les révolutions polit. de Florence* (Paris, 1881), 348 s. Bernon en la Rev. des quest. hist., LXXXVIII, 563 s., y Spectator en la Allg. Zeitung, 1898, supl., n.º 169.

(3) Cf. Frantz, Fra Bartolomeo, 74, 76-79; cf. Perrens, 175 s.

los primeros principios lo son para los filósofos.» Una circunstancia exterior le afirmó todavía más en sus fantasías, y logró que echara de sí con vehemencia toda clase de dudas. En su convento de San Marcos había un fraile sonámbulo llamado *Silvestre Maruffi*, el cual tenía frecuentemente visiones y hablaba cosas extraordinarias. Este hombre inspiró pronto á Savonarola una tan ciega confianza, que llegó hasta dar alguna vez por propia, una visión de Maruffi, con un pretendido encargo de los ángeles (1); y aseguraba ser imposible que se engañara sobre sus divinas ilustraciones. «Yo conozco la pureza de mis intentos, he rogado fervorosamente al Señor, y me esfuerzo por seguir sus pisadas. He pasado noches enteras velando en oración, he perdido mi tranquilidad, he sacrificado mi salud y mi vida por el bien del prójimo. ¡No, no es posible que el Señor me haya engañado de esta suerte! Esta luz es la misma verdad, que viene en ayuda de mi inteligencia y guía mi caridad cristiana» (2).

En la fogosidad de su elocuencia contra la corrupción poderosamente fomentada por los Médici, se dejó también el apasionado dominico arrebatar no raras veces á muchas exageradas afirmaciones (3); y por causa de ellas nació la opinión de haber Savonarola sido enemigo de las ciencias y de las artes; pero las modernas investigaciones han manifestado, no obstante, que tal imputación era injusta. Está averiguado que Savonarola cuidó de los estudios en su convento, recomendando particularmente el estudio del griego y de las lenguas orientales, en provecho de las misiones; aunque, á la verdad, sin haber alcanzado resultados notables. Es además cosa cierta que Savonarola salvó para Florencia la magnífica biblioteca de los Médici. ¿Pudo un hombre semejante ser enemigo de las ciencias? Contra el reproche de haber sido adversario de la poesía y de los poetas, se defendió el mismo Savonarola. «Jamás me ha pasado por las mientes, escribe, condenar la poesía, sino sólo el abuso que muchos hacen de ella»; y luego explica más por-

(1) Villari, I, 330-331. Schwab en el Bonner Literaturblatt, IV, 903. Quiero hacer notar aquí expresamente contra Schnitzer, 567, para evitar otras malas inteligencias, que estoy muy lejos de tener á Savonarola por un impostor, pero tampoco puedo ver en él á un verdadero profeta, enviado por Dios. Cf. sobre eso más abajo, libro 2, cap. 6.

(2) Cf. Villari, I, 330 s. Schwab en el Bonner Literaturblatt, IV, 903 s., y Tocco en La Vita ital., II, 381 s.

(3) Burckhardt, II, 249.

menor este abuso. «Hay una falsa clase de pretendidos poetas, dice, que no saben hacer otra cosa sino imitar siempre servilmente á los griegos y romanos; quieren usar las mismas formas y los metros, invocan los mismos dioses y suelen emplear siempre los mismos nombres y las mismas palabras que ellos. Nosotros somos tan hombres como los antiguos, y hemos recibido asimismo de Dios la facultad de dar nombre diferente á las cosas que de día en día se mudan; pero aquéllos se han hecho en tales términos esclavos de los antiguos, que no sólo faltan en la manera de usar de ellos, mas se niegan generalmente á decir nada que los antiguos no hayan dicho antes. Lo cual no solamente es una falsa manera de componer poesía, sino también una verdadera peste para la juventud. Yo ciertamente no rehusaría el trabajo de demostrarlo, si esto no fuese más claro que el sol. La experiencia, maestra de todas las cosas, ha puesto tan claro ante los ojos de todos, los daños que se originan de esta falsa manera de poetizar, que sería enteramente superfluo volverlo á demostrar de nuevo. Pero, ¿qué diremos cuando aun los paganos mismos condenan á los poetas? ¿No fué por ventura Platón, á quien hoy se complacen tanto en levantar hasta el cielo, quien declaró ser necesaria una ley que expulsara de la ciudad á aquellos poetas que, con el ejemplo y autoridad de infames deidades, y con el halago de escandalosos poemas, despiertan la concupiscencia vergonzosa y aceleran la ruina moral? ¿Qué hacen, por el contrario, nuestros cristianos príncipes? ¿Por qué no dan una ley que destierre de las ciudades á esos falsos poetas junto con sus libros, y aquellos escritos de los antiguos que tratan de cosas deshonestas y alaban á los falsos dioses? Sería una gran dicha que se despreciaran semejantes escritos y no quedaran más que aquéllos que sirven para fomentar la virtud» (1).

Opiniones enteramente parecidas defendió Savonarola respecto de las artes del diseño. En repetidas ocasiones explicó, qué es lo que reprende en el arte de su tiempo, y qué desearía ver sustituido en su lugar. Lo que combate también allí con razón, es el falso Renacimiento pagano que profanaba el arte religioso y lo abatía al polvo de los motivos y sentimientos terrenos, cuando no enteramente impuros. Generalmente no quiere oír hablar de arte que no sirva á la religión, y por esto flagela principalmente las

(1) Villari (edición alemana), II, 118-119.

representaciones del cuerpo desnudo, como deshonestas y corruptoras, principalmente por cuanto los cuadros de las iglesias sirven de libros para los niños y las mujeres (1). Levanta enérgicamente su voz contra el naturalismo en el terreno del arte religioso, aun cuando reconoce que el estudio del natural es el punto de partida de todo cultivo de las artes; persuade á los artistas atiendan más á la expresión y á la belleza de los conceptos, que á la perfección de la forma.

Se esforzaba por desterrar del arte todo lujo; bien que generalizando y exagerando también en esta parte no pocas veces, de una manera que no correspondía á la realidad de los hechos. «Vestís y adornáis á la Madre de Dios, como á vuestras cortesanas, y le dais las facciones de vuestras queridas. Y luego dicen los jóvenes, señalando á esta ó aquella mujer: Esta es la Magdalena, ésta es San Juan, ésta es la Virgen. Pues sus retratos es lo que pintáis en las iglesias, con lo cual se socava el respeto debido á las cosas santas. En esto hacéis muy mal vosotros los artistas, y si supierais, como yo sé, cuánto daño causáis con ello, ciertamente os abstendríais de practicarlo. Todo es falso y vano lo que representáis en vuestros cuadros. ¿O creéis, por ventura, que la Virgen María anduvo por el mundo como vosotros la pintáis? Pues yo os digo que vestía como una pobre mujer del pueblo» (2).

En oposición á esto reclamaba Savonarola una manera de concebir lo más grave y severa posible: «Las imágenes santas deben elevarse sobre la común naturaleza, y como tales ofrecer caracteres típicos que las den á conocer; y su traje debe ser grave y sin adornos, correspondiente al tiempo antiguo en que vivieron.»

Algunas expresiones de Savonarola acerca del arte, no pueden considerarse exentas de parcialidad y exageración; pero en varios aspectos su oposición contra los extravíos del arte de entonces estaba enteramente justificada. No se puede negar que, principalmente en los últimos decenios del siglo xv había comenzado á

(1) Bode, 223. Cf. Müntz, *Les Précurseurs*, 227; cf. p. 229 ss. y 237. Savonarola no era enemigo del arte, como lo ha demostrado el primero, sin dejar lugar á duda, L. Gruyer, *Les Illustrations des écrits de J. Savonarole publiés en Italie au 15^e et au 16^e siècle et les paroles de Savonarole sur l'Art*. París, 1879. Cf. además Río, *De l'Art chrétien*, II, 368. Frantz, II, 666. Hettner, *Italienische Studien*, 145-153. Müntz en *L'Art*, 1881, IV, 162 s. Ulmann, *Botticelli* 140 s. V. también A. Reichensperger, «Zur Charakteristik der Renaissance», en la *Köln. Volkszeitung*, 1881, n.º 347.

(2) Villari (edición alemana), II, 116.

penetrar en el arte italiano una tendencia sensual; tendencia que se ha de considerar como errónea, aun desde el punto de vista meramente estético. La más ligera consideración de muchas obras de arte creadas entonces, muestra comúnmente el grande realismo y la creciente complacencia de los artistas en la representación de los numerosos accesorios que los italianos estimaban y á que tenían afición en la vida cotidiana, y alegraban por consiguiente el ánimo del pintor. Es indudable que uno y otro exceso, precisamente en la época de Savonarola, «alcanzaban algunas veces tan gran predominio, y se ponían de manera en primer término, que padecía por ello el argumento de la obra de arte, la cual, por otra parte, por el inconsiderado naturalismo, apenas podía reconocerse con frecuencia como un objeto santo y destinado á la devoción.»

La costumbre, que no pocas veces condujo á abusos, de retratar en las imágenes de Santos á los contemporáneos, fué aumentando más y más en la segunda mitad del siglo xv, y cuando Donatello tomaba por modelo para una estatua de un profeta, á un hombre como Poggio, esto traspasaba ciertamente los límites de lo permitido. Lo mismo se puede decir en algún sentido de la Adoración de los Reyes de Boticelli, de los frescos de Benozzo Gozzoli en el campo santo de Pisa y en San Gimignano, y los de Ghirlandajo en Santa María Novella de Florencia (1). Mucho más escandaloso era, que el inmoral carmelita fra Filippo Lippi pintara continuamente en las imágenes de la Virgen á Lucrecia Ruti, con quien tenía ilícitas relaciones (2). Y es muy característico para aquella época, que se continuaran haciendo á Lippi encargos para las iglesias, á pesar del escándalo que daba (3).

Aun cuando el abuso de los motivos mitológicos, lo propio que las representaciones sensuales y descaradas, fueran todavía excepciones en el siglo xv, se habían ya de lamentar, sin embargo, algunos graves extravíos en este sentido. Así fra Bartolomeo

(1) Por más bellezas que presenten los frescos de Ghirlandajo que adornan el coro de Santa María Novella, con todo eso, hay que calificar como una suerte de profanación de la historia sagrada, el haberse puesto en los mismos nada menos que 21 retratos de miembros de las dos familias á cuyas expensas se hicieron los frescos. Müntz, *Précurseurs*, 230. Cf. Burckhardt, *Beiträge*, 215 s.

(2) Cf. Guhl, I, 24. Crowe-Cavalcaselle, III, 52 s.

(3) Esto lo hace resaltar con razón F. Rieffel en su ingenioso bosquejo, «Ghirlandajo und Botticelli», publicado en la *Frankf. Zeitung*, de 21 de Enero de 1898.

pintó antes de su conversión á San Sebastián, en forma tal que, según refiere Vasari, dentro de poco tiempo se tuvo que quitar de la iglesia aquella imagen, por efecto de las tristes experiencias adquiridas por los confesores (1). Tampoco están libres de reprensión algunos cuadros y grabados de Mantegna, que, por lo demás, permaneció siempre personalmente fiel á la Iglesia (2). Asimismo el Juicio Final que Lucas Signorelli pintó en la catedral de Orvieto traspasa muchas veces, en el empleo del desnudo, los límites que pueden permitirse en una iglesia; y en la cenefa llegó hasta representar asuntos mitológicos. El mismo artista pintó para el viejo Lorenzo algunos cuadros de dioses desnudos en el palacio de Pandolfo Petrucci de Sena, entre otros una bacanal (3). También procede de él el cuadro de «la educación de Pan», con grupos de dioses desnudos, que se halla ahora en el Museo de Berlín (4). Por extremo inconvenientes son algunos frescos de Sodoma (5), y los del joven Corregio, en la cámara de San Paolo de Parma del año de 1518, los cuales pintó para la abadesa de aquel rico monasterio de monjas, Donna Giovanna, dama de humanística formación. El techo de la sala se halla transformado en un parral, en cuyos huecos se ocultan genios y amorcillos. Las Gracias, las Parcas, la Fortuna, Sátiros, y hasta una Venus desnuda, están pintados al claro oscuro en 16 lunetas; en la pared principal de aquella asamblea de dioses, aparece Diana poco cubierta; y todo ello es mitológico, nada cristiano (6). Merecen asimismo reprensión, desde el punto de vista cristiano, las imágenes de Venus de Sandro Boticelli y Piero di Cósimo, aun cuando no se advierta en ellas aquella liviandad que en los artistas posteriores (7).

Es una iglesia enteramente extraña el llamado «Templo de Malatesta», de Rímíni, el cual transformó, por encargo de aquel tirano, León Bautista Alberti. Los accesorios gentílicos adquieren allí una intolerable extensión, y apenas se halla una inscripción de argumento religioso. La estatua de San Miguel es la ima-

(1) Vasari, III (ed. 1598), 1, 39.

(2) Piper, I, 1, 326.

(3) Piper, I, 1, 322.

(4) Crowe-Cavalcaselle, IV, 1, Hälfte, 85 ss.

(5) Cf. Hist.-pol. Bl. LXXXI, 363 s. y Frizzoni, 116.

(6) Cf. Woltmann, II, 706. Naumanns Archiv für zeichnende Künste, VII, 117 ss., y Rumohr, Drei Reisen nach Italien (Leipzig, 1832), 159.

(7) Piper, I, 1, 327; cf. Burckhardt, Beiträge, 423 s.

gen de la amada de Malatesta, la célebre Issota. En la capilla de San Jerónimo aparece el Olimpo pagano: Diana, Marte, Mercurio, Saturno y hasta Venus desnuda (1). En la magnífica fachada de la cartuja de Pavía el zócalo está cubierto con medallones de Emperadores romanos y héroes gentiles. También en las puertas de la catedral de Como se ven figuras de la antigua mitología é historia, centauros que llevan á la grupa mujeres desnudas, pavos, Hércules y Mucio Scevola. Estas imágenes puramente decorativas están, parte copiadas de antiguos sarcófagos, ó gemas, parte nacidas de la fantasía del escultor. Por semejante manera las puertas de bronce labradas por Antonio Filarete (1441-1447) para la antigua iglesia de San Pedro, ostentan grupos mitológicos entre las hojarascas en forma de arabescos, que rodean las hojas de la puerta (2). Hasta algunos monumentos sepulcrales carecen de toda señal cristiana. Ejemplos de este género son, los sarcófagos de Jacobo della Cuercia, actualmente en la Galería de Florencia (3); el sepulcro de Piero y Cósimo de'Médici, de Verrocchio, en San Lorenzo de Florencia (4). El sepulcro de Rolando de'Médici en la Anunziata (5), y el mismo de Juan de'Médici, de Donatello, en San Lorenzo de Florencia (6), no tienen ni un solo símbolo cristiano. Lo mismo se advierte en el sepulcro de Marco Antonio della Torre (m. 1506) y de su hijo, ejecutados por Andrés Riccio para San Fermo de Verona, en los cuales se explaya el elemento pagano antiguo de una manera enteramente caprichosa. Los ocho bajo-relieves exquisitamente labrados representan la vida y muerte del célebre médico, en estilo tan enteramente antiguo, que el espectador cristiano no puede menos de escandalizarse: el sabio está dando su lección rodeado de Apolo y de Hygiea (la salud) delante de una estatua de Minerva; en el lecho de muerte le rodean Apolo y las Parcas. Sus allegados ruegan á los dioses por su salud, sacrificando víctimas; el alma del difunto sube á la barca de Aqueronte; en el Elíseo le esperan las Gracias; la diosa de la

(1) Cf. nuestras indicaciones, vol. III, págs. 154-155.

(2) Piper, I, 1, 292-294.

(3) En una pila bautismal de la catedral de Sena, esculpida por Quercia, al lado de escenas bíblicas, se ven también amores, tritones, centauros. Cf. Piper, I, 1, 292 ss.

(4) Müntz, I, 59.

(5) Müntz, I, 424.

(6) Müntz, I, 429.

gloria, entre Pegaso y la Muerte, colocan una corona sobre su cadáver (1). Hasta en el sepulcro del Papa Sixto IV, mandado construir por su sobrino Juliano della Róvere, se encuentra una mezcla de imágenes cristianas y paganas, como transición á una manera de concebir enteramente mundana (2). Pero, por lo común, los papas del siglo xv todavía mantuvieron al arte dentro de los convenientes límites, mientras en Florencia se manifestaban ya muchos abusos (3).

Tales extravíos, que, á la verdad, no se hicieron frecuentes hasta más adelante, explican suficientemente ciertas expresiones de Savonarola, por otra parte no exentas de exageración. La justicia de su oposición fué reconocida aun por muchos pintores, y, en general, el elocuente dominico ejerció una influencia profunda en toda una serie de artistas.

En el convento de San Marcos trabajaban entonces los miniaturistas Benedetto, Filippo Lapacino y Eustaquio, los pintores Agustín di Paolo del Mugello, Agustín de' Macconi, Andrés de Florencia y, sobre todo, Fra Bartolomeo della Porta; finalmente, los arquitectos Doménico di Paolo y Francisco di Prato y, además, dos de la familia della Robbia. Pero también fuera del convento era muy grande el número de los artistas que pueden designarse como partidarios de Savonarola. Baste mencionar aquí á los pintores Sandro Botticelli y Lorenzo di Credi, los cuales quemaron, lo propio que Fra Bartolomeo, sus estudios del desnudo; y además Perugino, luego el arquitecto Crónaca y los escultores Baccio da Monte Lupo, Ferrucci, Baccio Baldini, Juan delle Corniole, Sandro Botticelli y, sobre todo, Miguel Angel. En una serie de obras de arte producidas entonces, se puede señalar con certidumbre la influencia de Savonarola (4). Puédese decir esto principalmente de

(1) Estos bajos relieves se hallan ahora en el Louvre de París.

(2) Cf. Gregorovius, *Die Grabmäler der römischen Päpste* (1857) 101 ss. y nuestras indicaciones, vol. IV, pág. 443.

(3) Müntz, *Précurseurs* 224. «En thèse générale les papes montraient une réserve excessive vis-à-vis des beaux-arts. On chercherait vainement à Rome ces compositions mythologiques, qui remplissaient dès-lors les palais de Florence.»

(4) Bode, 222-223. Cf. Woltmann, II, 602. Schultze, S. Marco, 61. P. Marchese, *Memorie dei più insigni Pittori, Scultori e Architetti domenicani*, I (ed. IV), 512 ss. Müntz, *Précurseurs*, 231-232. Kraus, Dante, 607 s. Steinmann, Botticelli, 26 s., y el *Madonnenideal* de Michelangelo en la *Zeitschr. f. bild. Künste*. 1896, 169 s., 201 s. Como Farinelli (*Rassegna bibliograf. d. lett. ital.*

las conmovedoras esculturas de Juan della Robbia, que representan el llanto sobre el Salvador difunto. La muerte de Cristo, la lamentación sobre el Salvador difunto, que Savonarola describía en sus sermones con tan penetrativas frases, no se han representado en Florencia en ninguna época con tanta frecuencia como entonces. Pedro Perugino, en los últimos años del siglo xv, cultivó casi exclusivamente tales asuntos; el magnífico fresco monumental de la Crucifixión, en la sala capitular de Santa María Maddalena dei Pazzi; el Descendimiento, en el palacio Pitti; la Oración en el Huerto, el Crucifijo, la Pietà, en la Academia de Florencia, proceden todos de los años 1494-1497. Casi á la misma época pertenecen las representaciones del Descendimiento, de Miguel Ángel, que se halla en la Galería Nacional de Londres, y de Sandro Botticelli y Filippino Lippi en la Pinacoteca de Munich; algo más tarde se ejecutó la Pietà, de Andrés Sansovino, en S. Spirito, y se encargó á Filippino el gran Descendimiento que se halla en la Academia de Florencia, y no fué concluído hasta 1504 por Perugino. Por el mismo tiempo se originaron el fresco del Juicio Final, de Fra Bartolomeo, para Santa María Nuova, y la incomparable Pietà de Miguel Ángel, de San Pedro de Roma, que pertenece á la misma tendencia artística (1).

El acentuar la gravedad en la pintura religiosa, y asimismo el regreso á la sencillez y llaneza de la forma y colorido, fué sin duda alguna meritorio, en consideración al peligro de ciertas tendencias artísticas de aquella época hacia un exagerado naturalismo y un detallismo barroco; sin embargo, falta en las más de aquellas obras de arte la natural frescura é ingenuidad; en una palabra, la verdad intrínseca que, por otra parte, solemos admirar en los pintores del siglo xv. En cambio las obras de aquellos artistas aparecen muchas veces forzadas y exageradas en su misma gravedad (2).

Por lo demás, esta dirección del arte correspondió al carácter general de la influencia de Savonarola, principalmente á su impe-

IV, 242), soy también yo de opinión, que Steinmann en la última memoria va á veces demasiado lejos.

(1) Bode, 224; cf. Ulmann, Botticelli, 144 s. Steinmann, Botticelli, 85, Repertorium f. Kunstwissenschaft, XX, 428.

(2) Bode, 225; cf. Ulmann, Botticelli, 140, 146.

tuosa, y en parte exagerada, acción reformatoria en el terreno de la vida civil.

Los éxitos que obtuvo en Florencia desde 1495, en particular por medio de sus sermones morales, fueron de momento enteramente extraordinarios. Las elocuentes palabras con que condenaba la ociosidad y los vicios, excitaba al verdadero amor de Dios y del prójimo, y exhortaba principalmente á los niños á la frecuente recepción de los Santos Sacramentos y á la íntima veneración de la Santísima Virgen, ejercieron, por de pronto, grande influjo; de suerte que el aspecto de aquella liviana ciudad parecía como trocado. Las mujeres deponían sus ricos adornos, se vestían con sencillez y andaban con recato; los jóvenes licenciosos se habían hecho de una vez modestos y devotos; los mortales enemigos se abrazaban; los banqueros y mercaderes restituían voluntariamente los bienes injustamente adquiridos, suspendíanse las fiestas y los juegos. Las inmorales canciones del Carnaval cedían su lugar á los cánticos sagrados; las iglesias estaban repletas, aumentaba considerablemente la recepción de los Santos Sacramentos y las limosnas se distribuían con más abundancia que nunca. El número de los frailes de San Marcos subió desde 50 á 238, y entre los nuevamente admitidos se hallaban hijos de las principales familias, y asimismo hombres de edad madura y gran fama en las letras, la ciencia y la política, como Pandolfo Rucellai, Jorge Vespucci, Zanobi Acciaiuoli, Pedro Pablo Urbino, profesor de Medicina, un maestro israelita de Pico de la Mirándola, además de otros muchos (1).

Había comenzado en Florencia una vida nueva; pero la gran cuestión era: si duraría mucho tiempo. Para su duración era, en primer lugar, pernicioso que el prior de San Marcos, en su lucha contra la corrupción fomentada por los Médici, traspasaba muchas veces, no sólo los justos límites de la prudencia, sino también los de la edad.

Savonarola introdujo en la vida religiosa un espíritu estrecho, angustiado y exagerado, que no había conocido la Edad Media. Era un rigorista de índole parecida á la de Tertuliano; raras veces sabía mantenerse en el justo medio, y dirigiendo su atención principalmente á lo malo, incurría cada día más en el peligro de perder de vista lo mucho bueno que existía aún. No acertaba á averi-

(1) Villari, P, 362 s.

guarse con la época en que había nacido. «El Renacimiento era para él un mundo extraño, del cual no conocía sino los extremos» (1); y á estos extremos oponía él otros, que era imposible, principalmente en Florencia, que alcanzasen una permanente duración.

Savonarola quería, indudablemente con la mejor intención, apartar de la Iglesia todo lo mundano; pero en su celo apasionado, no echaba de ver que la Iglesia, por su misma naturaleza, ha de vivir en el mundo. Sin haber conocido jamás de cerca la vida práctica, trasladaba sus ideas monásticas á todas las circunstancias de la vida civil, y condenaba con excesiva dureza y parcialidad, aun cosas que eran de suyo lícitas. El continuo reproche de sus adversarios: que pretendía convertir la ciudad de Florencia en un solo monasterio, haciendo á todos sus habitantes frailes y monjas, no carecía del todo de fundamento. «Un dominico, escribía ya á 17 de Noviembre de 1494 el embajador de Mantua, ha puesto tanto temor en los habitantes, que todos se entregan á la devoción, y tres días á la semana no se alimentan sino con pan y agua, y otros dos con sólo pan y vino. Las jóvenes, y aun parte de las mujeres casadas, se retiran á los conventos, de suerte que no se ven en Florencia sino muchachos, hombres y viejas» (2). Cualquiera juicio que se forme sobre esta relación, colígese de ella que, por efecto de las predicaciones de penitencia de Savonarola, inspiradas indudablemente por el buen deseo, se produjo una excesiva irrupción de las personas del mundo en los monasterios (3). Las cosas llegaron á tal punto, que se hubieron de rebajar los derechos que pagaban al fisco los carniceros, porque amenazaba á aquella pobre gente una completa ruina. Ayunar es indudablemente una buena obra; pero semejantes ayunos eran excesivos, y, no pudiendo durar mucho tiempo, debían acarrear una reacción contraria. Aun las diversiones mundanas enteramente lícitas, prohibíalas el fraile do-

(1) Böhringer, 1033; cf. Stern, I, 277.

(2) Arch. st. Lomb. I, 331.

(3) Esto lo demuestra también la relación de Vaglienti: *Infinitissimi figliuoli d'uomini da bene lasciavano i padri loro e le loro madri e gittavansi alla religione sotto el suo mantello; e non che giovani della terra, ma cittadina e quali avevano avuto moglie e figliuoli lasciavano e loro figliuoli e facevansi frati*. Randi, Savonarola giudicato da Piero Vaglienti cronista Fiorentino (Firenze, 1893), 49. Simone Filipepi (Villari-Casanova, 477) menciona, que seis hermanos de la casa Strozzi entraron en religión.

minico en su indiscreto celo (1). Las morbosas exageraciones de los florentinos en el terreno religioso, bajo la dirección, incondicionalmente obedecida, de Savonarola (2), excitaron las burlas de toda Italia. Los que no simpatizaban con la nueva tendencia se lamentaban paladinamente de verse enredados, contra su voluntad, en aquel modo de proceder claramente exagerado y en muchas cosas ridículo, de suerte que, aun algunos partidarios de Savonarola, comenzaron finalmente á creer que las cosas iban demasiado lejos. Savonarola sintió la necesidad de confirmar á los suyos y refutar en un sermón las objeciones que cada día se formulaban más claramente. «Hermano: tú nos has destruido enteramente; todo el día no hacemos más que rezar y ayunar, y ayunar y rezar de nuevo; no podemos sufrirlo más; nos hemos hecho la fábula de toda Italia. Nuestros vecinos dicen burlándose: «¿No ayuna ya la gente en Florencia?» Se nos persigue por nuestros continuos ayunos. Florencia, se dice, ha vestido la cogulla, y el pueblo no es ahora sino una caterva de frailes. No podemos tolerar por más tiempo el ridículo que atrae sobre nosotros este ayunar y rezar perpetuos.—Ven acá, pues, y dime: esto que tú haces ¿es bueno ó malo? No puedes afirmar que el ayuno y la oración sea algo malo; y puesto que son buenos, continúa por este camino y deja hablar á la gente» (3).

Los medios que recomendaba Savonarola para la realización de su reforma eran, conforme al espíritu de la época, de muy rigurosa índole. Los jugadores públicos debían ser inmediatamente castigados con tormento, y á los blasfemos se les debía perforar la lengua (4). Con toda severidad reclamaba Savonarola el espionaje de los servidores contra los amos de casa, y, generalmente, no se arredró ante ningún ataque contra la libertad de la vida privada, tan estimada siempre en Florencia. Los más repugnantes

(1) Cf. Gaspary, II, 199 y 664, donde está citado un notable pasaje de D. Gianotti. Este testimonio de un hombre, que por otra parte apreciaba mucho á Savonarola, muestra lo erradas que andan las tentativas, hechas también en este punto por los modernos apologistas de Savonarola, para justificarle.

(2) Todo lo que decía Savonarola, escribe Piero Vaglienti, era considerado por sus parciales, como Evangelio, y había muchos, que creían más á él, que si hubiese hablado el mismo S. Pablo. *Rivista delle biblioteche dir. di G. Biagi*, IV, 52.

(3) Perrens, 265-266.

(4) Böhlinger, 853-854; cf. Pastor, *Zur Beurtheilung Savonarola's*, 54 s.

medios de fuerza, el espionaje y las denuncias, debían contribuir juntamente para entablar en la vida de todos los ciudadanos una perfección que, en tan alto grado, nunca será posible sino para pocos. Que Savonarola, por causa de su parcialidad y estrechez de corazón, era en el fondo el hombre menos á propósito (1) para obtener una efectiva y durable mudanza en la manera de vivir de sus conciudadanos, por ventura ninguna otra cosa lo muestra más claramente que el hecho de haber puesto toda su tiránica policía en manos de inexpertos muchachos.

Estos inquisidores, en quien miraba Savonarola los santos ciudadanos del porvenir, debían recorrer la ciudad por todas partes, para perseguir á los viciosos. Su jurisdicción se extendía hasta las jóvenes y mujeres, y aun contra las mujerzuelas de mala vida (2). Llevando largos palos en las manos, exigían, con grande importunidad, de todos los transeuntes, limosnas para fines piadosos (3). Se dió el caso de que aquellos muchachos penetraran á viva fuerza en las casas, quitaran á los jugadores las cartas y dados y aun el mismo dinero, confiscándoles las harpas, laúdes, perfumes olorosos, juegos, máscaras y obras poéticas, para llevarlas al quemadero. El descontento por estas intolerables vejaciones aumentaba de día en día; pero Savonarola se burlaba de ello; y como muchos ciudadanos, haciendo uso de su derecho contra los muchachos que se

(1) Juicio de Burckhard, II^a, 249 s., quien advierte: «Lo que más tarde logró dificultosamente Calvino en Ginebra, con su férrea energía y manteniendo por fuera la ciudad en permanente estado de sitio, es á saber: la transformación de la vida pública y privada, no debía en Florencia pasar de intento, y como tal, había de exacerbar en extremo á los adversarios.»

(2) Schnitzer, 552 aduce esto último sin reprenderlo, citando la Pred. sup. Amos f. XCVIII^a, CIV^b. Si Schnitzer cree además, que era imposible que la policía pueril pudiese ser tan tiránica, por estar puesta en manos de muchachos que todavía no habían llegado á la edad de la razón, causa maravilla que en este punto ignore el testimonio de Landucci, por mí aducido (Zur Beurtheilung Savonarola's, 55, not. 1). Este apasionado partidario de Savonarola dice expresamente (Diario, 127), que quien hacía resistencia á la policía pueril, corría riesgo de perder la vida. Estas violencias eran inminentes no directamente de parte de los niños, sino de sus partidarios y defensores. F. X. Kraus (Lit. Rundschau, 1898, p. 68) llama á la policía pueril de Savonarola «propiamente insensata». También la crónica de Simone Filipepi, tan exaltado parcial de Savonarola, editada recientemente por Villari-Casanova, refiere lo siguiente (477): *Li fanciulli così reformati tenevano in terrore tutti i ribaldi della plebe..., essi andavano, scorrendo et perseguitando giuocatori et simili altri ribaldi con tanto zelo et spirito che non si poteva resistere all' impeto loro.*

(3) Cf. la relación de Somenzi en el Arch. st. ital. N. S. XVIII, 8-9.

presentaban con tanta arrogancia, los rechazaban á palos, dióles Savonarola guardia para su defensa. El fanatismo de los niños y de sus custodios aumentó hasta tal punto, según lo atestigua hasta un tan entusiasta venerador de Savonarola como el cronista Landucci, que cualquiera que hacia contradicción á aquella policía del nuevo profeta, que lo enseñoreaba todo con poder dictatorial (1), se ponía en peligro de perder la vida (2). A pesar de este terrorismo, á pesar de las inflamadas predicaciones del prior de San Marcos, nunca se sujetó, con todo, al nuevo régimen sino una parte de los florentinos. La lucha de los partidos, cuyas olas habian de tragar al reformador, aumentaba de día en día, y las circunstancias se hacían cada vez más violentas é intolerables. En lugar de la prometida paz, toda Florencia y cada una de sus familias se hallaban desgarradas por las luchas y el desasosiego.

«En todas las casas (lamentaban los exacerbados adversarios de Savonarola), se había encendido la discordia. El varón y la mujer, el padre y el hijo; todos, en una palabra, peleaban entre sí. Todo el día se oían terribles amenazas: la suegra echaba de su casa á la nuera, el marido á su mujer, y sólo estaban de acuerdo en vivir separados unos de otros. Las mujeres escribían secretamente á Savonarola, para descubrirle los planes que sus maridos tramaban contra él.» Los padres abandonaban á sus hijos para entrar en un monasterio, y desde la media noche las mujeres acudían medio locas á la catedral, contendían allí con los adversarios del profeta, y decían que era la verdadera luz, y quien no le creyera, un hereje (3). No hacían sino repetir lo que Savonarola había dicho innumerables veces sobre su divina misión.

No parece muy conforme con semejante vocación, la manera de predicar que desde el principio usaba no pocas veces Savonarola. Reprendía á los florentinos diciéndoles: «Vuestra vida es una vida de puercos.» Los príncipes que invadirían á Italia, los representaba como barberos con grandes navajas de afeitar; y las calamidades que acarrearían, como una ensalada de borrajas, amargas para el gusto; la reforma de las costumbres como un

(1) Cf. Sanuto, I, 79.

(2) Cf. arriba pág. 225, n. 2.

(3) Perrens, 210. Cf. la pintura que hace Vaglianti en la Riv. delle bibliot. IV, 53, 61. V. también Hase, 35.

molino de donde saldría la harina de la sabiduría. Después de tales predicaciones se conducían sus partidarios de muy extraña manera, y llamaban á esto «hacerse loco por amor de Cristo» (1). Aun la llamada «quemazón de las vanidades», revistió un carácter trivial y demasiadamente teatral. Al poner fuego en la hoguera, salía al balcón la Señoría, resonaban las campanas del Palazzo Vecchio, llenábase el aire de cánticos y sonidos de trompetas, y luego se dirigía la gente á la plaza de San Marcos para celebrar allí una fiesta de la mayor locura (*maggior pazzia*), como la llamaba el mismo Savonarola. Formaban tres círculos; en el más interior los Dominicos de San Marcos, alternando con niños vestidos de ángeles, luego los clérigos jóvenes y los legos, y en el círculo extremo los ancianos, ciudadanos y sacerdotes. Todos llevaban coronas en la cabeza, y entonces ejecutaban en la plaza una danza (2).

Savonarola no se percataba de la ridiculez de semejantes medios, antes bien defendía aquellas extrañas danzas alegando el ejemplo de David, y anunciaba que en breve se verían otras cosas todavía mucho más extraordinarias (3). No pensaba que el morbooso acrecentamiento y exageración del indiscreto sentimiento religioso había de dar lugar al agotamiento, y no conoció tampoco que la violencia de su proceder debía excitar una reacción contraria. Uno de los lados más inconvenientes de la conducta de los partidarios de Savonarola consistía, en que formaban á manera de una Iglesia dentro de la Iglesia; y este género de separación era ya propiamente el paso primero hacia la formación de una Iglesia nacional, que se hubiera seguido indudablemente, de haber durado más largo tiempo aquel orden de cosas (4).

(1) Hase, 125; cf. 32.

(2) Burckhardt, II^a, 251. Perrens, 267 s.; cf. Hase, 84 s. Estos procedimientos de los partidarios de Savonarola recuerdan en muchas cosas los del Ejército de salvación, de nuestra época. Heyck (Die Mediceer. Bielefeld, 1897, p. 118), emite un juicio todavía más duro, pues hasta habla de «escenas propias de derviches». Spectator (Allg. Zeitung, 1898, supl. 143), al tratar de las fiestas de los fanciulli (muchachos), hace reparar la futilidad y nadería de todo este negocio y el tránsito de lo sublime á lo ridículo, y cita una carta de una monja, recientemente impresa como Nozze-publication, la cual no he podido ver, en la que la misma ruega á Savonarola, se interese por el corte y medida de las sayas de sus pensionistas.

(3) Perrens, 268.

(4) Juicio de Burckhardt, II^a, 246, en el cual me afirmo, á pesar de lo que dice Schnitzer, 554, quien también aquí pasa en silencio los puntos flacos de

La misma morbosa exageración, la misma estrechez y limitación de criterio, manifestó Savonarola cuando salió del terreno moral y entró en el político, como vino á suceder muy pronto. También aquí, entregándose á las alucinaciones de su excitada fantasía, se hizo pasar como profeta divino. No conoció poco ni mucho cuán inconveniente era, que en sus profecías hiciese hablar á Dios, en gran parte desde el punto de vista de los florentinos, acerca del monarca francés, sobre la grandeza de la ciudad, el vencimiento de todos sus enemigos y la reconquista de Pisa. Hasta llegó á aplicar á aquellos vaticinios suyos, lo que Cristo había dicho de sus palabras: que ni una tilde faltaría ó quedaría sin cumplir. Es menester considerar además, que no se trataba allí en manera alguna solamente de profecías relativas al desenvolvimiento del reino de Dios; sino con frecuencia de cosas muy exteriores y meramente políticas, como el futuro poderío de Florencia, la reconquista de Pisa, etc., y ni aun arredró á Savonarola lo más mínimo, ver que muchos de sus vaticinios no se realizaban (1).

La jefatura política de Savonarola, su acción en un terreno totalmente extraño á la vocación religiosa, junto con el papel de profeta que desempeñaba, no sólo le sacó de los rieles del ministerio propiamente eclesiástico, sino le fué empujando incesantemente hacia el abismo, donde por fin se había de precipitar. No puede negarse que el fraile de San Marcos, no solamente despertó con su proceder las pasiones políticas, sino inflamóse él mismo hasta llegar á un político fanatismo (2).

Hasta admiradores incondicionales de Savonarola se ven obligados á confesar, que no pocas veces se dejó arrastrar en el púlito á un lenguaje que no cuadraba en ninguna manera á un mi-

Savonarola. Cuán lejos se deje llevar este autor por su celo apologético, lo demuestra la siguiente afirmación, que al mismo tiempo encierra gran desconocimiento de la vocación del predicador: «En tales circunstancias era ciertamente muy fácil de entender, que el Estado amenazado en su existencia conminase con gravísimos castigos contra todo ataque á la libertad felizmente alcanzada, y por tanto estaba *realmente del todo justificado* [puesto por Schnitzer con letras más separadas], el que Savonarola exhortase á los fieles, á que no usasen de clemencia con los que se hiciesen culpables de alta traición, sino que los hiciesen pedazos sin misericordia».

(1) Böhringer, 881-886.

(2) Juicio de Schwab en el Bonner Theol. Lit.-Bl., IV, 902. Cf. también Grisar, 396.

nistro de la paz. Así decía en un sermón contra los llamados parlamentos, ó tumultuarias asambleas populares de que tantas veces habian abusado los Médici: «Cualquiera que convoque un parlamento semejante debe, si es miembro de la Señoría, ser decapitado; y cualquier otro ser declarado rebelde y despojado de sus bienes. Si los *signori* quieren celebrar un parlamento, cualquiera puede sin pecado hacerlos pedazos.» Era el 28 de Julio de 1495 cuando Savonarola llegó á tales extremos en su político apasionamiento; catorce días después su propuesta recibía fuerza de ley. Cuando en Octubre, después de la marcha de Carlos VIII, intentaron los Médici regresar á Florencia, Savonarola, con el crucifijo en la mano, pidió la muerte para todos aquellos sin excepción, que quisieran volver á establecer la tiranía. Inmediatamente se promulgó una ley que de nuevo ponía á precio la cabeza de los Médici, y contenía como una general convocación á las armas (1).

Pero el hombre que hacía tales proposiciones y obtenía su sanción, reclamaba para sí el derecho de ser inmediato intérprete de la divina voluntad, aun en los asuntos de la administración pública. Su fin era establecer en Florencia un Gobierno teocrático, como el que habían tenido los judíos en la época de los Jueces. Por esto sus ideas religiosas tomaban forma política y pretendía substituir el principio monárquico por el democrático bajo la inmediata influencia de la Divinidad; Savonarola, como otro nuevo Daniel, debía comunicar al pueblo florentino las respuestas y ordenaciones divinas (2). Florencia á fines del siglo xv no se hallaba en estado de tolerar por largo tiempo una teocracia semejante, en la cual sería finalmente Savonarola la última instancia como intérprete de la voluntad divina, y constituiría el principio monárquico, vindicando para sí cierto modo de infalibilidad. En esto se encerraba el peligro, aun para todas sus instituciones eclesiásticas en Florencia (3).

(1) Villari, I, 309, 388.

(2) Marchese, I, 181.

(3) Frantz, Sixtus IV, 88 s. Brosch (Deutsche Zeitschr. für Geschichtswissenschaft, 1898, II, 268) hace notar también la imposibilidad de transformar á Florencia, de un modo duradero, en un Estado teocrático. Por lo demás, yerra Brosch al suponer que he puesto en duda la ortodoxia católico-romana de Savonarola; al contrario, ya en la edición anterior, señalé como del todo inadmi-

Lo que finalmente produjo la caída y ruina de Savonarola fué precisamente su papel de profeta, el cual debía ser para él una espada de dos filos; pues, con la misma facilidad que el pueblo se había dejado persuadir que era un verdadero profeta de Dios, se dejó vencer luego, en cuanto vió fallidas sus esperanzas, de que había sido un falso profeta y le había engañado miserablemente (1).

Cuán poco profunda fuera la renovación espiritual de Florencia, se manifestó inmediatamente después de la trágica muerte de Savonarola (2). Sólo reducida á pequeñas agrupaciones duró la reforma implantada por aquel elocuente predicador moral, mientras que en la gran masa del pueblo se disipó muy pronto toda gravedad religiosa. La mudanza de las costumbres, planteada en muchas cosas por manera minuciosa y exagerada, no fué generalmente durable (3). Por lo demás, ya Savonarola había experimentado en sus mismos días, que el influjo que alcanzaba sobre los florentinos mediante sus predicaciones tenía muy pocas raíces. Tan luego como callaba, volvían inmediatamente á levantar cabeza los vicios y la incredulidad. Entonces se desahogaba en amargos reproches contra aquel pueblo á quien amaba tanto, amenazándole con la ira de Dios, y declarándole que la felicidad prometida se trocaría en terribles castigos. Pero toda su elocuencia no era capaz de borrar el rasgo principal del carácter florentino: su apasionamiento por la política. Había una insoluble oposición entre los florentinos y su entusiasta profeta: éste había tomado parte en los trastornos políticos, principalmente por el interés de la religión: el Estado debía oponerse á la corrupción con medidas de fuerza, y llevar á cabo una renovación moral y religiosa. Los florentinos, por el contrario, sólo tenían interés por la reforma religiosa en cuanto servía para la libertad política. De aquí procedía el notable fenómeno de que, cuantas veces Savonarola se alejaba en sus predicaciones de la política, perdía la atención de sus oyentes. Así se vió forzado á declarar á Cristo Rey de Florencia; á hacer que la Virgen María aconsejara desde

sible, la opinión de que Savonarola hubiese expuesto la doctrina luterana de la justificación.

(1) Böhlinger, 886.

(2) Sobre el conflicto de Savonarola con Alejandro VI y su fin, v. abajo, lib. 2, cap. 6.

(3) Frantz, Sixtus IV, 84; cf. 75 y Marchese, I, 292 s.

el púlpito, se aceptase la nueva constitución, y el Señor mandara que se suprimieran los parlamentos. Vióse conducido asimismo á comparar la nueva constitución con la jerarquía de los ángeles, y los días de la revolución de Florencia con los siete días de la creación. Pero todo fué en vano: Savonarola no pudo borrar los efectos de la perniciosa dominación de los Médici, y el entusiasmo religioso y la renovación moral producidos por él fueron pasajeros; fueron un fuego que se inflamó rápidamente, pero pronto se extinguió (1).

Al paso que en Florencia obtuvo Savonarola por lo menos algunos efectos de su acción reformatoria, su general programa de reforma, atrevidamente concebido, pero formulado con poca claridad, fracasó por completo. Extraordinariamente funestas fueron en esta parte, en primer lugar, las esperanzas que colocó en un monarca tan liviano é inmoral como el rey Carlos VIII de Francia (2). Cuando este nuevo mesías hubo salido de Italia, y fracasaron los planes franceses, disipáronse también las fantásticas esperanzas de su profeta; pero éste entró entonces por el camino de la rebelión contra los poseedores (á la verdad enteramente indignos), de la autoridad legítima; con lo cual no solamente acarreó su propia ruina, sino perjudicó también á la causa de la verdadera reforma, la cual no podía alcanzarse por el camino de la revolución.

Santa Catalina dè Sena había escrito en otro tiempo al Gobierno de Florencia que, aun cuando el Papa fuera un demonio encarnado, se le debía, no obstante, obedecer; no por su causa, sino como Vicario del Señor, refiriendo la obediencia á Dios (3). Savonarola, por el contrario, despreciando la excomunión de Alejandro VI, y aun llegando á amenazar con que le depondría por medio de un concilio, atacó los mismos cimientos de toda la constitución eclesiástica (4). La reunión de una asamblea universal de la Iglesia para reformar las cosas eclesiásticas era, por cierto, urgentemente necesaria; pero en todo caso, un concilio

(1) Villari, P, 456 ss. y Gelli, Fra G. Savonarola. App. alle Letture di Famiglia (Firenze, 1857), 9.

(2) Höfler, Rom. Welt, 226, dice con razón, que todo el conato de Savonarola se hizo insostenible, luego que identificó su causa con la del rey de Francia.

(3) Cf. nuestras indicaciones, vol. I, p. 226.

(4) Más abajo, lib. 2, cap. 6, daremos más pormenores sobre esto.

sin la cabeza de la Iglesia, y hasta contra ella, no podía remediar los daños presentes, sino debería, por el contrario, aumentarlos todavía más (1). Ya el Sínodo de Basilea, por las infinitas dificult-

(1) Así juzga el dominico Marchese (I, 254), muy favorable á Savonarola. Schnitzer, 648, aun en este punto procura excusar enteramente á Savonarola; cree él, «que la reunión de un concilio para deponer á Alejandro VI, hubiese sido enteramente favorable al interés bien entendido de la Iglesia». En lo cual pierde de vista del todo dos cosas: la primera es, que Savonarola quería confiar el papel de reformador de la Iglesia y del Papado á un monarca tan inmoral y aventurero como Carlos VIII; en esta idea se afirmaba con obstinación á pesar de su imposibilidad y de todos los desengaños. La segunda es, que tal tentativa de concilio, encerraba en sí muy serio peligro de un cisma, no siendo absolutamente de esperar que, aunque Alejandro VI personalmente se acomodase al concilio, habrían hecho lo mismo sus allegados. No puede caber duda, que en semejante caso, César y los cardenales dependientes de él hubiesen creado un antipapa, y que después de esto los Estados hubiesen abrazado uno ú otro partido. El cisma se habría terminado; pero tal escisión de la Iglesia habría traído consigo todavía mayores inconvenientes que el mismo gobierno de Alejandro VI.—Para demostrar que Savonarola en nada había errado al promover un concilio, indica Schnitzer, 560 s., «que la convocación de un concilio sin consentimiento del Papa, ó aun contra su voluntad, puede hacerse canónicamente por medio de los príncipes, en ciertas circunstancias». Cita para eso especialmente á Juan de Torquemada y á San Antonino. No hemos de averiguar aquí el valor y exactitud de las opiniones expresadas por dichos autores. Me limitaré á examinar la manera cómo Schnitzer aprecia estas sentencias. La opinión del primero la resume así Schnitzer: «Según J. de Torquemada, en caso que el Papa haya caído en sospecha grave de herejía, conforme al parecer de hombres autorizados y doctos, ha de ser amonestado por los *cardenales*, para que se sincere por medio de una pública profesión de fe; si rehusa hacer esto, *hay que demandarle* que convoque un concilio general; y si se niega también á esto, entonces los *cardenales* tienen que reunirlo; si éstos son negligentes, pueden hacerlo el *emperador* y los *príncipes cristianos*, ó los prelados podrían reunirse por sí mismos.» Sin embargo, Savonarola no procedió según esta teoría; no siguió la tramitación designada aquí como necesaria, y eludiendo las instancias eclesiásticas, se dirigió inmediatamente al emperador y á los príncipes. Sobre la opinión de San Antonino observa Schnitzer: «Según San Antonino, en caso que el Papa sea hereje, ó sospechoso de herejía, no le toca á él convocar el concilio: este derecho pertenece á los cardenales, luego al patriarca ortodoxo de Constantinopla, después al emperador, á los reyes y á otros príncipes (Summa s. Theol. Pars, III, tit. 23, cap. 2, §7)». Si se consulta la obra de San Antonino, se ve que la indicación de Schnitzer no es del todo exacta. He aquí lo que se lee en el lugar citado: Dicunt autem aliqui, quod papa negligente et nolente convocare concilium ad locum idoneum pro aliqua causa ardua imminente, potestas congregandi concilium spectat *primo* ad omnes cardinales... *Secundo* spectat ad patriarchas et precipue ad Constantinopolitanum... *Tercio* ad imperatorem. *Quarto* ad reges. *Quinto* ad alios principes. Por tanto, también aquí se insiste muy resueltamente en la tramitación, que Savonarola no observó. A dónde vendría á parar el orden en la Iglesia, si pudiese cada cual, prescindiendo de las instancias eclesiásticas, dirigirse al poder secular para deponer al Papa, que según su opinión

tades que produjo en lugar de la esperada reforma, había demostrado, qué efectos habían de seguirse inevitablemente del intento de invertir el orden natural de todo régimen, especialmente en la Iglesia (1).

Savonarola, en su estado de sobreexcitación nerviosa, y seducido por sus imaginadas visiones y revelaciones, no tuvo clara conciencia de los efectos que debían de seguirse de su modo de proceder (2); pero pronto se había de manifestar qué fuerzas había puesto en movimiento, abandonando la sólida base de toda reforma en sentido católico; es á saber: la subordinación á la suprema autoridad legítima (3). Después de su trágica muerte, una dura persecución descargó sobre sus partidarios, muchos de los cuales se retiraron al campo (4); pero pronto volvieron á levantarse los *frateschi* (como se llamaba á los secuaces de Savonarola), y en Marzo de 1499 tenían en su poder todos los cargos públicos. La memoria y veneración de Savonarola volvieron á revivir entonces, por más que el General de la Orden dominicana se opuso con la más severa prohibición (5). A fines del año de 1500 se presentó como predicador popular en Florencia un hombre extraño, llamado *Martín di Brozzi*. Con sus vestidos andrajosos y los cabellos enmarañados, Martín, que anunciaba continuamente las más terribles profecías y castigos, producía el efecto de un hombre medio loco; sin embargo, el pueblo bajo, fácilmente inflamable, se interesó vivísimamente por el «loco de Brozzi» (6). Este aceptó la designación: «Dios, les decía, castigará á Italia, Roma y Florencia por la muerte de Savonarola; y porque no quisieron creer al profeta sabio, por esto ha enviado Dios en mi persona un profeta loco.» El Gobierno hizo encarcelar dos veces á aquel extraño fanático, sin que por esto le moviera á renunciar á sus ideas (7).

fuese hereje. Las demostraciones inconcusas, que Savonarola dijo poseer, de la herejía de Alejandro VI, nunca han salido á la luz pública; tampoco hay prueba alguna de que Alejandro VI tuviese realmente ideas heréticas.

(1) Cf. nuestras indicaciones vol. I, p. 472 s.

(2) Frantz, Sixtus IV, 82.

(3) Rösler, Dominici 60.

(4) Sanuto I, 969. Cf. Simone Filipepi en Villari-Casanova 493.

(5) Cf. Ranke, Studien 328. Marchese I, 305 s. Gherardi, Doc. 329 s.

(6) Pazzo di Brozzi, es el nombre de una pequeña ciudad que hay junto á Florencia, en el camino de Pisa.

(7) Cambi XXI, 168. Marchese I, 310. Por la notable pintura del nacimien-

Qué efecto hubiera producido la realización consecuente de las ideas de Savonarola, lo mostró muy poco después una tentativa tan notable como peligrosa, para introducir reformas en el terreno eclesiástico, según los designios del Prior de San Marcos. Este conato demostró cuán justa había sido la sentencia de condenación pronunciada por las autoridades eclesiásticas, aun cuando no por esto se justifique enteramente el procedimiento judicial seguido contra Savonarola, especialmente el empleo del tormento (1).

Conforme á la relación del cronista florentino Cerretani (2), veinte partidarios de Savonarola, personas del pueblo bajo, se habían reunido en una asociación, celebraban secretamente frecuentes asambleas, y se eligieron un Papa á quien se sometieron enteramente, tanto en las cosas espirituales como en las temporales. El hombre elevado á esta dignidad era un florentino de baja suerte llamado *Pedro Bernardino*, de veinticuatro años de edad y poca estampa; tenía negros ojos, nariz larga y una voz ronca. Desprovisto de toda instrucción superior, se distinguía por su grande astucia. Este hombre había de comenzar una nueva serie de papas de la nueva Iglesia purificada, en substitución de los aseglarados sucesores que tenía San Pedro en Roma (3). A

to de Cristo de S. Botticelli (que se halla ahora en la galería nacional de Londres) consta cómo seguían influyendo entre los artistas las ideas y profecías de Savonarola. Este cuadro, en el que Savonarola y sus dos compañeros de suplicio aparecen como figuras ideales, lleva la siguiente inscripción en lengua griega: «Esta imagen la pinté yo, Alejandro, al fin del año 1500 durante las revueltas de Italia, en el tiempo medio después del tiempo, según el capítulo XI de S. Juan, en el segundo ¡vael del Apocalipsis, en tiempo de la libertad del diablo de tres años y medio, pero después será éste encadenado según el cap. XII, y nosotros le veremos pisado y hollado como en esta pintura»; v. Sydney Colvin, en *The Academy* 15 Febr. 1871, p. 130, y Ulmann, Botticelli, 148 s.

(1) Höfler, *Italianische Zustände gegen Ende des 15. Jahrhunderts* 30.

(2) Cf. en el apéndice, n.º 49, el texto de la narración sumamente notable, sobre la que ha llamado el primero la atención Höfler, *Italianische Zustände* 30 s. Con todo, como las citas que trae Höfler son muchas veces inexactas, y la relación es en sí de grandísimo interés, he tenido por necesario publicarla textualmente. Vettori, *Viaggio* 16 s., menciona también brevemente á Pietro Bernardo, como propagador de una nuova religione. Sobre sus predicaciones y escritos, cf. las interesantes indicaciones de Moreni II, 513 nota, tan poco atendidas por Höfler, como el pasaje de Vettori.

(3) Cf. Höfler 31, quien advierte, que Bernardino trae á la memoria á un profeta semejante de Parma, que apareció en el siglo XIII, y sin poder dar pruebas de una vocación superior, pretextando una inspiración de lo alto, y

fuerza de oír asiduamente los sermones de Savonarola y leer con afán sus escritos, había alcanzado Pedro Bernardido tal conocimiento de la Biblia, que la sabía casi de memoria. Ya en vida de Savonarola había predicado en las plazas y sitios públicos á los niños y al pueblo con tanta elocuencia, que todos se maravillaban. Después de la muerte de su profeta, continuó Bernardino esta actividad en secretas reuniones. Las nuevas doctrinas que anunciaba á sus secuaces eran de índole por extremo peligrosa y enteramente revolucionaria: la Iglesia, explicaba, ha de renovarse con la espada; después de la muerte de Savonarola no ha quedado ningún justo en la tierra. Hasta que se realice la renovación de la Iglesia, no es ya necesario confesarse, pues todos los sacerdotes y religiosos son tibios. Pedro Bernardino ejercía por sí mismo las funciones eclesiásticas; llevaba consigo aceite con el cual ungía las sienes de sus secuaces: «Sea esta la unción del Espíritu Santo», les decía. Los nuevos sectarios oraban solamente en espíritu, no oían misa y vestían pobremente. Cuando comían juntos, paraba súbitamente Pedro Bernardino, y decía: «El Espíritu quiere que oremos.» Luego, después de haber rezado en silencio, daba la señal para que continuara la comida. El nuevo papa era venerado por sus secuaces como profeta, y en todo cuanto hacía ó decía miraban señales de las grandes mudanzas que se iban á realizar en el terreno político, por medio de los franceses, alemanes ó turcos, ó del próximo trastorno de la Iglesia.

Las secretas reuniones de los sectarios no pudieron á la larga ocultarse á la Inquisición y al arzobispo de Florencia; y requerido por ellos, prohibió el Consejo de los Ocho aquellas asambleas, y mandó practicar cierto número de detenciones. «El nuevo papa declaró á sus partidarios, que ya había previsto todo esto, y luego les exhortó á que salieran secretamente de Florencia. Los sectarios se dirigieron á Bolonia, y desde allí á Mirándola, donde fueron amigablemente recibidos por el erudito conde Juan Francisco, nieto del célebre Juan de la Mirándola y ardiente entusiasta de Savonarola. Poco después se vió el Conde sitiado por sus her-

especiales gracias del Espíritu Santo, indujo á un número bastante considerable de personas, á que viviesen en una aparente pobreza y sencillez evangélicas; hasta que el desenfreno introducido en sus costumbres, hizo necesaria la intervención de las autoridades eclesiásticas y civiles.

manos Ludovico y Federico; los cuales tenían pretensiones de heredar el Estado de Mirandola, y eran apoyados en ellas por el duque de Ferrara Hércules I y Juan Jacobo Trivulzio. Juan Francisco se vió en tan grande apuro, que perdió el ánimo; pero los mencionados sectarios le demostraron ser voluntad de Dios, que alcanzaría victoria contra todos sus enemigos. El Conde creyó aquellas mentirosas seguridades; pero sus fuerzas eran inferiores á las de los enemigos, y en Agosto del año 1502 perdió sus dominios (1), y se vió en apuros para escapar con vida. Los sectarios, los ungidos como se llamaban á sí mismos, cayeron en manos de los victoriosos sitiadores, y éstos hallaron que los tales ungidos tenían opiniones heréticas, y llevaban una vida inmoral. Por efecto de esto, Pedro Bernardino fué quemado con algunos de sus compañeros; y los otros desterrados ó entregados á los florentinos (2).

A pesar de este infeliz suceso, todavía en el tiempo siguiente se hicieron en Italia repetidas tentativas de destruir la antigua organización tradicional de la Iglesia, substituyendo en su lugar un sacerdocio lego; y en la creciente decadencia de las cosas eclesiásticas, no faltaron algunos hombres que se creyeron llamados á emprender reformas de este género (3). Así en el año de 1508 en Florencia, donde continuaba viva la supersticiosa veneración de Savonarola y de sus vaticinios, lo propio que el tono de la predicación por él introducido sobre la renovación y castigo de la Iglesia (4), se presentó un eremita llamado *Jerónimo de Bér-gamo*. De aspecto demacrado y pálido y largas barbas, predicaba Jerónimo en la iglesia de S. Espíritu, que Italia sería despedazada, Roma, Venecia y Milán arruinadas completamente, y que pueblos de quienes antes no se había tenido ninguna noti-

(1) Guicciardini, V, c. 4; cf. Tiraboschi, VII, 1, 307. Mem. d. Mirandola II, 53. Balan, Assedù, della Mirandola 10.

(2) Aquí se habían vuelto á agitar, precisamente en el año 1502, los partidarios de Savonarola, como se saca de las ordenaciones del general de los dominicos Bandello, publicadas por Gherardi, Documenti 335. Si los flagelantes venidos de Italia, que en 1501 se presentaron en Alemania y Suiza, tenían conexión con Savonarola, no se puede deducir desgraciadamente de la relación que hay en Trittemius, Chron. Sponh. 415. También Anshelm (Berner Chronik, III, 152 s.) hace mención de estos peregrinos, y dice que difundían profecías, pero no da ningunos otros puntos de apoyo suficientes acerca de sus relaciones con el movimiento religioso de Italia.

(3) Höfler, Italienische Zustände 33.

(4) Cf. Landucci 285. Cambi, XXI, 204, 256. Villari, II, 309.

cia, devastarían aquellas ciudades con el hierro y el fuego (1). También otros predicadores se explayaron entonces en Florencia en terribles vaticinios sobre las inminentes tribulaciones y la renovación de la Iglesia (2).

En los años siguientes resonaron semejantes voces sobre la ruina del sacerdocio y la humillación y reforma de la Iglesia romana, aun en la misma proximidad del Papa (3). En tiempo de León X el abuso de los frailes y ermitaños que profetizaban creció en tales términos, que hizo necesaria la intervención de la autoridad eclesiástica. En la sesión XI del Concilio de Letrán (19 de Diciembre de 1516) se ordenó: Que ningún clérigo secular ó regular quienquiera que fuese, pudiera ejercitar el oficio de predicar sin haber sido antes rigurosa y concienzudamente examinado por los superiores á quienes perteneciera, y juzgado capaz, tanto por su conducta, edad y honestidad, como por su ciencia y prudencia. En cualquiera parte que quisiere predicar, es necesario que acredite su capacidad ante los obispos, por medio de los testimonios competentes. A los predicadores ordena el Concilio, que anuncien la verdad evangélica y la Sagrada Escritura, conforme á la declaración y exposición de los Santos Padres, sin añadir cosas contrarias ó diferentes según su propio arbitrio. Principalmente deben abstenerse los predicadores de predecir futuros daños para un tiempo determinado, ó la venida del Anticristo, ó el día del último juicio; pues dice la Sagrada Escritura, que no nos toca á nosotros conocer los tiempos y momentos (Act. Ap. I, 7). «Los que hasta ahora han predicho semejantes cosas, continúa el Concilio, eran mentirosos, y por ellos padeció mengua el prestigio de los demás predicadores que anuncian convenientemente la palabra de Dios. Nadie puede predecir cosas futuras valiéndose de la Sagrada Escritura, ó afirmar que las sabe por el Espíritu Santo, ó por revelación divina, ó apoyarse en ajenas y vanas adivinaciones; sino todos, conforme el divino precepto, deben anunciar el Evangelio á toda criatura, detestando los vicios y recomendando las virtudes, exhortando á procurar la paz y la mutua caridad, tan recomendada por

(1) Höfler, *Italienische Zustände* 33. El «predicador de Bérgamo», mencionado por Sanuto, VII, 409, es el mismo probablemente que Jerónimo de Bérgamo.

(2) Landucci, 285.

(3) Corp. dipl. Portug. I, 133 y Sanuto, XII, 323.

el Salvador. Nadie debe atreverse á rasgar la sagrada vestidura de Cristo, ni rebajar públicamente ó escarnecer á los obispos, prelados y demás superiores.» Por lo que á las profecías se refiere, no pueden anunciarse al pueblo antes de haber sido examinadas por la Sede Apostólica ó los correspondientes obispos. Pues no se debe creer fácilmente á todo espíritu, y por eso exhorta el Apóstol al examen de los mismos. Los que obraren contra estas disposiciones, incurrirán en la prohibición de predicar y excomunión, de la cual sólo podrán ser absueltos por el Papa (1).

Cuán necesarias fueran estas severas ordenaciones, se advierte echando una mirada á los excesos en que incurrieran, precisamente en los primeros años de León X, algunos ermitaños predicadores y frailes profetas.

Hacia el año de 1513, refiere Jacobo Pitti, se habían congregado doce Franciscanos conventuales para recorrer las diferentes regiones de Italia según que entre sí las habían repartido, y descubrir á sus oyentes los secretos del porvenir (2). Uno de ellos, *Francisco da Montepulciano*, predicó en el Adviento en S. Croce de Florencia, trazando tan terribles descripciones de los castigos que amenazaban á los italianos, principalmente á los romanos y florentinos, que los oyentes casi perdieron el juicio. Lleno de terror, exclamaba el pueblo una y otra vez: «¡Misericordia!» Toda la ciudad se puso en movimiento, por cuanto los vaticinios del predicador llegaron, más bien aumentados que disminuidos, á aquellos que, por efecto del enorme concurso, no habían podido acercarse á oírle. Las predicciones de Savonarola se repitieron con nueva fuerza, y todos los descontentos se inquietaron de suerte, que pusieron en cuidado al Gobierno. El Vicario del arzobispo de Florencia mandó comparecer al predicador y halló que su conducta era mejor que su capacidad mental. La fiesta de San Esteban profetizó Francisco da Montepulciano la ruina de la ciudad de Roma, de los sacerdotes y de los frailes: ninguno de los malos quedaría con vida. Por tres años quedaría el pueblo sin predicación y sin misa; sobrevendría una terrible matanza, en la cual, casi todos los varones morirían, y ni aún se perdonaría á las mujeres y á los niños. Todos los vínculos sociales se destruirían, y las madres llegarían á comerse á sus propios hijos. Todas estas cosas acaecerían

(1) Hergenröther, VIII, 707-708.

(2) Pitti, 112.

cuando pareciera que el monarca francés no tenía fuerza, cuando el hijo del rey Federico volviera á su reino y reinara un Papa canónicamente elegido. El predicador terminó excitando á hacer penitencia, y sus oyentes estaban como fuera de sí. El Gobierno se dirigió inmediatamente á Roma para tomar consejo del Papa León X, cuando el predicador murió súbitamente de una pulmonía á 31 de Diciembre de 1513. El pueblo corrió á besar los pies del difunto como si fuera un Santo, por lo cual se hubo de enterrar el cadáver por la noche con todo sigilo. Pero el espíritu de profecía, nuevamente inflamado, no se pudo volver á acallar sino con gran trabajo. Se presentaron otros frailes predicando sobre la persecución que amenazaba á la Iglesia; que sería elegido un antipapa, falsos cardenales, falsos obispos y surgirían falsos profetas. Pronto se lanzaron asimismo á profetizar algunas monjas y beatas, doncellas y labriegos; por lo cual la autoridad episcopal prohibió, bajo las más severas penas, que nadie predicara ú oyera confesiones sin permiso de la autoridad legítima, y asimismo prohibió todas aquellas profecías y arbitrarias exposiciones de la Sagrada Escritura, todos los secretos conventículos religiosos, y el llevar consigo reliquias de Savonarola ó de sus secuaces (1).

A pesar de estas severas ordenaciones, el movimiento desencadenado por Savonarola en la ciudad del Arno, no se aquietó tan pronto; durante toda una generación se conservaron los partidarios del difunto profeta como una secta que se propagaba secretamente. La fe de los partidarios de Savonarola había llegado á convertirse en un sistema, que podríamos designar con el nombre de «pietismo político nacional florentino». Savonarola fué transformado en aquellos círculos en un verdadero Santo: atribuíase milagrosa eficacia á sus reliquias: huesos, cenizas y cosas semejantes, y se continuó creyendo firmemente en sus profecías sobre una espantosa ruina de Roma, y sobre el restablecimiento de la República florentina. Hasta un hombre tan grave como Miguel Angel parece haber estado enredado en aquellos manejos. «En un antiguo manuscrito florentino se refiere, de qué manera, en el año de 1513, vió en Roma un meteoro, y resolviéndose de presto, trazó una imagen de él: un cometa con triple cola, de la que un fascículo señalaba á Roma, el segundo á Florencia y el tercero el Oriente.

(1) Pitti, 112-113. Sobre Francisco de Montepulciano, cf. además Cambi, XXII, 37-39. Landucci, 343-344. Burckhardt, II^a, 244 s. D'Ancona, II^a, 163.

Todos pueden ver este dibujo en poder del mismo Miguel Angel y lo que significa es claro, es á saber: terribles calamidades que amenazan á Roma y á Florencia y á la Iglesia católica, á lo que parece, por parte del Emperador turco ó de algún otro de los grandes Señores cristianos. En Roma y en Florencia acamparían los bárbaros más terriblemente que lo hicieron en Prato en el año de 1512* (1). En Febrero de 1515 la autoridad eclesiástica hubo de proceder en Florencia contra un fraile llamado *Teodoro*, hijo de un cierto Juan de Scutari. Este discípulo de Savonarola había predicado durante todo un año, hallando gran séquito, especialmente entre las mujeres, las cuales le veneraban como santo. Teodoro protestaba haberle un ángel revelado, como gran misterio, que él (Teodoro) sería en la futura renovación de la Iglesia el Papa Angélico, cuya venida había vaticinado Savonarola. Sometióse á Teodoro á un juicio, en que no se empleó, sin embargo, el tormento; pues Teodoro pidió entonces perdón á Dios y á los hombres. El Vicario del Arzobispo prohibió después, so pena de excomunión, que se predicara sin permiso de los superiores legítimos, que se difundieran profecías ó se guardaran reliquias de Savonarola; y León X aprobó estas disposiciones (2). A pesar de todo, las profecías de Savonarola acerca de la renovación de la Iglesia y la futura época de felicidad y bienaventuranza para todos los cristianos, y particularmente de una era de paz y de libertad en Florencia, anduvieron todavía de boca en boca durante algunos años entre el pueblo florentino; y algunos fanáticos continuaron buscando afanosamente las señales que debían anunciar aquella gran mudanza del mundo.

Uno de estos profetas se presentó en tiempo de Maquiavelo en la persona de *Francisco da Meleto* (3). Hijo de un florentino y de

(1) Grimm, Michelangelo, II^a, 30, 31.

(2) Además de Cambi, XXII, 59-60 y Moreni, II, 208 s., 511 s., cf. el escrito contemporáneo, sumamente raro: *Processo di don Theodoro mo | nacho che si faceva chiamare | papa Angelicho | s. l. et a.*, citado ya por mí en mi obra «Zur Beurtheilung Savonarola's.» 63, por el cual quedan demostradas las relaciones de Teodoro con Savonarola, que ha negado Luotto (*Il vero Savonarola*, Firenze, 1897), 313. De la crónica citada por Moreni (l. c.) consta esto tan claramente, que parece inconcebible que Luotto negase tales relaciones. El breve de León X de 17 de Abril de 1515, aducido por Luotto l. c. según Bartoli, no se halla en los registros de Hergenröther, sino en Moreni 511-515, según el original existente en el archivo arzobispal de Florencia.

(3) Para lo que sigue, cf. el interesante estudio de S. Bonghi en el Arch. st. ital. 5 Serie, III, 62 ss.

una esclava circasiana, Francisco, siendo todavía joven, había ido á Constantinopla en 1473, á lo que parece por negocios mercantiles, y allí tuvo muchas disputas con los judíos en orden á su conversión al Cristianismo. Acaso durante su permanencia en la capital del terrible enemigo que amenazaba á la Cristiandad con los mayores males, se dirigieron por primera vez los pensamientos de aquel joven á descorrer el velo del porvenir que había de librar al mundo de la barbarie del Islam. Habiendo regresado á Florencia, fué probablemente arrastrado Francisco por el movimiento que dirigía Savonarola; y luego se abismó en la lectura de escritos proféticos. El remate fué, creerse, por inspiración del Espíritu Santo, en estado de descubrir los misterios que ocultaba el porvenir. Los resultados de sus investigaciones, fundadas principalmente en cálculos, los expuso en dos escritos que se imprimieron inmediatamente. El primero de ellos, acerca de los misterios de la Sagrada Escritura, parece haber tenido tan grande resonancia, que Francisco se confirmó en la creencia de su misión profética, y se resolvió á dedicar su segundo trabajo al Papa León X, recién elegido; el cual se lo permitió. En este segundo escrito explicaba el profeta, que la gran mudanza había de comenzar en el año de 1517 con la conversión de los judíos, y en 1536 terminaría con la extirpación del Islamismo. Entretanto habíanse extendido más en Florencia tales ideas, y algunos predicadores las anunciaron desde el púlpito. Con razón pareció esto peligroso á las autoridades eclesiásticas, y el Concilio provincial de Florencia, reunido en 1517 bajo la presidencia del cardenal obispo Julio de'Médici (que fué más tarde Papa Clemente VII), resolvió prohibir las obras de Francisco da Meleto y asimismo el que se anunciaran desde el púlpito sus opiniones. León X confirmó esta resolución y el profeta, que de tal suerte se había extraviado, parece se sometió, pues no se vuelve á oír hablar de él. La extraordinaria rareza de sus escritos indica haber sido destruidos todos los ejemplares que se pudieron hallar.

Es por extremo notable haberse presentado también profetas en otras partes de Italia durante aquel tiempo crítico.

En Milán compareció en Agosto de 1516, después de la segunda conquista de los franceses, un solitario toscano, *Jerónimo de Sena*, el cual, sin permiso del arzobispo, comenzó á predicar en la catedral. El aspecto y modo de vivir de este profeta eran tan extraños,

que muy pronto toda la ciudad quiso verle y oírle. Algunos escritores contemporáneos comparan al nuevo predicador con San Juan Bautista, y le pintan diciendo, que era un hombre alto y demacrado, que andaba descalzo, sin camisa y la cabeza descubierta, llevando solamente un sayo de grosero paño y una pobre capa de parecida estofa. Los enmarañados cabellos y la barba larga y aborascada aumentaban la impresión grave y casi selvática de aquel predicador, que tendría unos treinta años y hablaba con mucha expedición. Después de haber terminado sus peroraciones, dirigíase siempre al altar de la Santísima Virgen, donde se postraba en el suelo y perseveraba en larga oración. Todas las tardes hacia tocar las campanas de la catedral, y rezaba con los numerosos devotos que concurrían, la *Salve Regina*. De día en día encontraba aquel extraño solitario mayor partido entre el pueblo, contribuyendo á esto especialmente la extraordinaria austeridad de vida del nuevo profeta. Su único alimento era pan, agua y raíces, y servíale de lecho la dura tierra. No recibía limosnas, y lo que se le daba lo empleaba en cirios para la imagen de la Virgen María, y asimismo en la construcción de una nueva lámpara y un altar especial en la catedral. Que un lego desprovisto de autorización eclesiástica pudiera desplegar semejante actividad, se explica principalmente por cuanto la predicación del solitario toscano en Milán ocurrió en un tiempo de gran desorden público. Pero á la larga era tanto más difícil que todo su proceder dejara de hallar contradicción, cuanto que Jerónimo de Sena se disparaba de la manera más violenta contra los sacerdotes y principalmente contra los frailes. Ninguno de sus sermones pasaba sin semejantes ataques, y con todo eso el partido del predicador aumentaba de día en día, principalmente entre el sexo femenino. Citado ante la autoridad civil y eclesiástica, para dar razón de su conducta, respondió Jerónimo, breve y resueltamente, que había venido á anunciar la palabra de Dios. Cierta día un fraile dijo á la cara en la catedral al intruso predicador, que estaba excomulgado, porque la Iglesia no permitía anunciar la divina palabra sino á los sacerdotes, diáconos y subdiáconos; pero el solitario se remitió al ejemplo de San Pablo, quien sin ninguna orden sagrada había convertido todo el mundo. A la réplica de que el gran Apóstol había recibido particular gracia del Espíritu Santo, contestó Jerónimo asegurando: «Yo he sido enviado por Dios.» Los conti-

nuos ataques contra el clero, y la perturbación de los divinos oficios en la catedral, por efecto de aquellos sermones, hicieron que se acabara por cerrar el templo al solitario. Este cedió entonces el campo, y á 28 de Diciembre salió de la ciudad, donde sus partidarios no volvieron á aquietarse sino pasado algún tiempo (1).

Otra manifestación, incomparablemente más peligrosa fué todavía la de cierto *Fra Bonaventura* que, en Mayo del mismo año de 1516, se presentó en Roma dándose por el tantas veces vaticinado Papa Angélico y Salvador del mundo. Es muy probable que, así en éste como en los demás profetas de aquella época, influyera Savonarola, que á su vez estaba enteramente imbuido en las ideas del abad Joaquín y de Telesforo, y así no debe considerarse tampoco como casual que, precisamente en el año de 1516, los eremitas italianos de San Agustín mandaran imprimir en Venecia las profecías de Telesforo (2). El número de los partidarios de Fra Bonaventura, los cuales le besaban los pies como Vicario de Cristo, parece haber ascendido á 20,000. Dicho predicador compuso un escrito destinado al Dux de Venecia, en el cual describía á la Iglesia romana como la mujer del Apocalipsis. A la cabeza de aquel trabajo iba un escrito que comenzaba con estas palabras: «Buenaventura, elegido por Dios para Pastor de la Iglesia en Sión, coronado por mano de los ángeles, destinado para la redención del mundo, á todos los fieles de Cristo ofrece salud y bendición apostólica.» En este escrito excomulgaba al Papa León X, á todos los cardenales y prelados, y exhortaba á apartarse de la Iglesia romana. Requería á todos los príncipes cristianos que se pusieran de su parte. En particular recomendaba á Venecia tuviese buena amistad con el rey de Francia, pues éste era el instrumento escogido por Dios para la renovación de la Iglesia y conversión de los turcos. No es, pues, de maravillar que semejante fanático fuera encerrado en el castillo de Sant Angelo, con lo cual se dispersó la gran caterva de sus partidarios (3).

(1) Prato, *Storia di Milano*, en el Arch. st. ital. III, 357-359; cf. ibid. 431-432 la relación de Burigozzo.

(2) Cf. Grauert, en el *Deutschen Hausschatz*, XVII, 710. Sobre Telesforo, v. nuestras indicaciones, vol. I, p. 281 s.

(3) Cf. Höfler, *Italianische Zustände*, 36, 56-57. En 1491, había ya un profeta anunciado en Roma la pronta venida del papa Angélico; cf. más abajo, lib. I, cap. 6.

Los fenómenos de esta índole demuestran la fermentación que se había apoderado de los ánimos, y cuán hondamente se sentía la necesidad de una reforma de las cosas eclesiásticas; importaba, pues, sobre todo, que esta reforma se hiciera, no por los revolucionarios y fanáticos, sino por la autoridad instituida por Dios, y por los caminos legítimos, dentro de la disciplina eclesiástica. Julio II, después que sus predecesores habían diferido demasadamente poner manos á la obra, había entrado en el mejor camino, convocando el Concilio de Letrán, única medida que prometía conducir al éxito deseado. Cuán poco se pudiera esperar de las tendencias fanáticas en pro de la verdadera reforma, lo manifiesta la circunstancia de no haber tenido dificultad, en aquel momento decisivo, los partidarios de las profecías de Savonarola, en ponerse al lado del conciliábulo revolucionario de Pisa, que no hacía sino servir á los fines políticos del monarca francés contra el Concilio legítimo del legítimo Papa Julio II (1). La muerte de este enérgico príncipe de la Iglesia, cabalmente en el momento en que el Concilio se disponía á acometer la más importante cuestión de la época, acrecentó la trascendencia de la futura elección pontificia.

El cometido reservado al sucesor de Julio II era el más difícil que imaginarse puede. Cuanto en la Iglesia y en el Pontificado había de humano, había sufrido la suerte de todas las humanas cosas; la corrupción no había invadido la médula, la esencia; pero los daños habían penetrado muy hondo, no sólo en Italia, sino también en los más de los otros países de la Cristiandad. Casi en todas partes hallábanse graves abusos en la vida religiosa, y en todas partes había padecido el prestigio del Pontificado (2). Por muchos conceptos las circunstancias habían llegado á ser tales, que no se necesitaba sino una chispa para encender los abundantes combustibles acumulados, produciendo vivas llamas que habrían de consumir lo bueno junto con lo malo. La catástrofe que se temía en Roma (3), y asimismo en el otro lado de los

(1) Cf. Perrens, II, 480-481. Villari, Machiavelli, II, 130.

(2) Sobre esto dará más pormenores el tomo cuarto de la presente obra.

(3) Se admite generalmente, que la moneda de Luis XII, con la leyenda: *Perdam Babilonis nomen*, pertenece al tiempo de Julio II (Gieseler, II, 4, 191, nota), lo cual es falso. En efecto, Beltrando de' Costabili, embajador de Ferrara cerca de Alejandro VI, refiere en un *despacho, fechado en Roma, á 11 de Agosto de 1502: **Qui se he monstrato da diversi uno ducato novo facto stam-*

Alpes (1), ya en los días del Papa Borja, se manifestaba públicamente en muchos países, principalmente en Italia y en Alemania (2), en la forma de terribles vaticinios; el cisma, con el cual amenazaban repetidas veces á los papas los soberanos de España, Alemania y Francia (3), no podía evitarse sino mediante una reforma fundamental en la cabeza y en los miembros.

pare per la Maestà Christianissima, il quale da uno canto ha sculpita la testa de Suo Maestà, da l'altro ha li tri ziglii cum lettere che dicono: Perdam nomen Babilonis. (En Wolf, 1, 927, la inscripción y la representación del reverso se indica de otra manera.) Et pigliandosse universalmente Roma per Babilonia qui se ne fa varii iudicii. *Archivo público de Modena.*

(1) Maulde la Clavière, *Chroniques de J. d'Auton*, I, 296.

(2) V. Döllinger en el *Hist. Taschenbuch*, 1871, 281 s.; cf. 358 s. En el cuarto tomo volveremos á hablar todavía de estas profecías alemanas.

(3) Sobre estas amenazas y sus consecuencias, trataremos extensamente en el libro 2 y 3.

LIBRO PRIMERO

Inocencio VIII

(1484-1492)

CAPÍTULO PRIMERO

Turbulencias en Roma durante la sede vacante Elección y principios del gobierno de Inocencio VIII

La noticia de la muerte de Sixto IV, acaecida á 12 de Agosto del año de 1484, puso á toda Roma en conmoción y fué causa de que estallaran inmediatamente las más graves turbulencias en la Ciudad, apenas guarnecida con escasas tropas. Hizose notar un poderoso movimiento en favor de los Colonna y contra Jerónimo Riario, el privado más favorecido por el difunto Papa. Una furiosa muchedumbre popular se lanzó ya el 13 de Agosto, á los clamores de «Colonna, Colonna», contra el palacio de Jerónimo, y lo saqueó tan enteramente, que no quedaron de él sino las paredes desnudas. Aun en los árboles y arbustos del jardín contiguo desahogó el pueblo su furia (1).

No menos tristes días que para los nepotes, sobrevinieron ahora generalmente para todos los paisanos y partidarios del Papa de Liguria. Luego, el mismo día 13 de Agosto, fueron presa del furor popular los almacenes de cereales del Trastevere, junto con dos barcos cargados de vino, pertenecientes á genoveses, y pronto no estuvo segura en Roma la hacienda de ninguna persona de Liguria. Hasta el hospital de los genoveses fué destruído, y asimismo las provisiones acumuladas en Castel Giubileo por Catalina, la

(1) Relación de G. Vespucci, publicada por Thuasne, I, 498. Cf. la relación de Stefano Guidott, en Cian, *Cat. Sforza* 8 (aquí en la línea 25 hay que leer *soi* en vez de *doi*, y en la línea 27, *desfono* en vez de *desono*). Infessura, 161. Cf. también la continuación de la crónica de Caleffini por C. Merenda, en el Cod. 1-1-4 de la *Bibl. Chigi*.

esposa de Jerónimo, fueron destruídas ó robadas (1). La misma Catalina corrió animosamente al castillo de Sant Angelo, depuso al vicecastellano, y declaró que no entregaría la fortaleza sino al nuevo Papa elegido (2). Los cardenales, parte de los cuales se congregaron inmediatamente en el palacio del camarlengo Rafael Riario, hicieron, á la verdad, todo lo que en semejantes circunstancias era posible para restablecer el orden en la Ciudad (3); pero por de pronto fueron impotentes para imponerse á la universal conmoción.

Jerónimo Riario, á la terrible nueva de la defunción de Sixto IV, había inmediatamente levantado el sitio de Paliano, con tanto apresuramiento, que su retirada se pareció mucho á una huida, abandonándose en ella la artillería de sitio, los carros de municiones y tiendas de campaña, y las bestias de carga. En la víspera de la Asunción de la Virgen llegó Jerónimo con sus tropas á la vista de Roma, y, conformándose con la orden de los cardenales, acampó junto á Ponte Molle, con intención de permanecer allí hasta la elección del nuevo Papa. Temíase que el nepote obligaría por fuerza á elegir un pontífice de su agrado (4); en realidad, el ánimo del conde no se hallaba en manera alguna debilitado, pues confiaba en su ejército, en el poder de los Orsini y en la posesión del castillo de Sant-Angelo, y asimismo esperaba Riario obtener el apoyo de algunos miembros del Sacro Colegio (5). Sin embargo, luego, á los dos días, tuvo por prudente retirarse á Isola Farnese, cuyo castillo, situado en la comarca de los antiguos Veyos, pertenecía á Virginio Orsini (6). La causa de aquella retirada fué mejorarse de día en día las esperanzas de sus enemigos. Los habitantes de Cavi, Capránica y Marino habían vuelto á llamar á los Colonna, y en Roma el cardenal Juan Colonna había sido recibido por el pueblo con júbilo. Entonces regresaron también á Roma Próspero y Fabricio Colonna, con fuerza considerable de ejército (7), y la Ciudad, á donde concurrían armados los vasallos y

(1) Infessura, 161-163. Not. di Nantiporto, 1089.

(2) Pasolini, I, 148.

(3) *Despacho de B. Arlotti, fechado en Roma, á 15 de Agosto de 1484. *Archivo público de Módena*.

(4) Despacho de L. Lantus de 14 de Agosto de 1484. Arch. d. Soc. Rom. XI, 618. Sobre el sitio de Paliano, v. vol. IV, lib. III, c. VIII.

(5) Relación de G. Vespucci de 15 de Agosto de 1484, en Thuasne, I, 499-500.

(6) Not. di Nantiporto, 1089. Cf. Thuasne, I, 502.

(7) Infessura, 164-165.

adictos de uno y otro partido, se pareció en breve tiempo á un campamento abierto. A cada momento amenazaba estallar la guerra civil; todas las tiendas estaban cerradas, y el que osaba salir de su casa, no tenía ya segura la vida. Los palacios de los cardenales se transformaron en pequeñas fortalezas, y, según la relación de un diplomático, parece que sus dueños preveían un ataque inmediato. Principalmente los cardenales Juliano della Róvere y Rodrigo de Borja, se habían distinguido por la manera como llenaron de tropa sus moradas, levantando bastiones y guarneciéndolos con artillería. En el Trastevere se habían atrancado los puentes y las puertas. Los Orsini se habían atrincherado en el monte Giordano, pues á cada momento esperaban el ataque de sus enemigos. Toda la Ciudad estaba llena de armas y de tumulto (1).

Tal era la situación de Roma, cuando el 17 de Agosto del año de 1484 comenzaron las exequias de Sixto IV. Sólo una parte de los cardenales se hallaron presentes en ellas: Juliano della Róvere no abandonó su bien fortificado palacio sobre las alturas de San Pedro ad Víncula, y por semejante manera declararon los cardenales Colonna y Savelli, que no podían acudir á San Pedro ni al conclave en el Vaticano, mientras el castillo de Sant-Angelo se hallara en poder de la enérgica consorte de Jerónimo Riario. No contentos con los partidarios que ya habían acudido, hicieron los citados cardenales venir también tropas de Aquila, Terni, Amelia y otras ciudades gibelinas. La mayoría de los cardenales, principalmente el cardenal Cibo, abrigaban, lo mismo que los mencionados, la resuelta opinión de que era indispensablemente necesario un lugar seguro para la elección pontificia (2). Entretanto, iba de día en día aumentando el tumulto y la confusión. Ya se hablaba de doble elección y de cisma (3), cuando la intervención del cardenal Marco Barbo produjo una mudanza en mejor. Todos, hasta Juliano della Róvere, se fiaban de aquel tan prudente como prestigioso príncipe de la Iglesia, y por de pronto se logró ajustar un convenio con Jerónimo Riario. Mediante el pago de 8.000 du-

(1) Cf. Not. di Nantiporto, 1089-1090, como también las relaciones de los embajadores de Sena y Florencia publicadas en el Arch. d. Soc. Rom. XI, 619, 620 y en Thuasne, I, 502.

(2) Sigismondo de' Conti, I, 207.

(3) Cf. el despacho de Vespucii, publicado por Thuasne, I, 502, 504, así como la relación latina, publicada por Schmarsow, Melozzo, 377.

cados, y además otras concesiones, mandó éste entregar el castillo de Sant Angelo, el cual se confió, en nombre del Sacro Colegio, al obispo de Todi. Convínose además, que Jerónimo se retiraría á sus Estados, y Virgilio Orsini, con sus partidarios, á Viterbo, mientras los Colonna saldrían al propio tiempo de la Ciudad con sus tropas, y Jácome Conti entregaría la guardia del palacio; desde el día de la coronación del nuevo Papa se debería observar una tregua, que duraría un mes (1).

Restablecida así, hasta cierto punto, la tranquilidad, se pudo pensar seriamente en disponer el conclave en el Vaticano. A 25 de Agosto se habían terminado las exequias de Sixto IV, y el día siguiente los 25 cardenales que se hallaban en Roma entraron en el conclave (2).

Hacia mucho tiempo que no habia sido tan crecido el número de los electores, pues en los conclaves de Nicolao V, Pio II y Sixto IV tomaron parte sólo diez y ocho cardenales; en el de Calixto III no más de quince, al paso que en la elección de Paulo II se habían hallado presentes veinte miembros del Sacro Colegio. Desde el punto de vista nacional, la relación era semejante á la del año 1471: los veintiún cardenales italianos tenían una absoluta preponderancia sobre los cuatro extranjeros, es, á saber: dos españoles, Borja y Moles; el portugués Jorge da Costa y el francés Filiberto Hugonet.

La historia del reinado de Sixto IV ha mostrado, por cuán peligrosa manera aumentó este Papa el número de los cardenales aseptuagenarios (3), y la consecuencia de ello fué, haber sido los conclaves de los años 1484 y 1492, de los más lamentables que refiere la Historia de la Iglesia.

(1) Infessura, 164-165. Sanudo, Vite, 1235. Pasolini, I, 156 ss. Cf. Thuasne, I, 507, 510 y Arch. d. Soc. Rom. XI, 622-623. Catalina puso al principio dificultades, v. Pasolini, l. c.

(2) Paolo dello Mastro, ed. Peláez, 106. Sigismondo de' Conti (I, 209) indica por error el 27 de Agosto como fecha de la entrada de los cardenales en el conclave. El discurso super electione futuri pontificis está anotado en Audifredi, 261. Sobre el número de los electores varían los datos. V. Novaes y Ciaconius, III, 92, 103; con todo eso, todas las buenas fuentes dan el número 25; por ejemplo, Sigismondo de' Conti, 209 s.; Paolo dello Mastro, l. c.; Burchardi Diarium, I, 24; Arrivabene en una *relación de 25 de Agosto de 1484 (*Archivo Gonzaga de Mantua*), y las *Acta consist. Arm. 31, t. 52, f. 69. *Archivo secreto pontificio*.

(3) Cf. nuestras indicaciones, vol. IV, p. 389 ss., y más arriba la introducción, p. 195.

Lo primero que hicieron los cardenales en el conclave de 1484, fué redactar una capitulación electoral, con lo cual obraban públicamente contra la prohibición de Inocencio VI. Dicha capitulación, que fué suscrita á 28 de Agosto por todos los cardenales, muestra de qué manera aumentaban las pretensiones de éstos: la constitución monárquica de la Iglesia debía transformarse en aristocrática; y principalmente andaban solícitos por las ventajas personales de los electores. Conforme á esto, hallábase á la cabeza de aquel documento la disposición de que cada cardenal recibiría mensualmente 100 ducados de la Cámara Apostólica, en caso que las rentas de sus beneficios no alcanzaran á 4.000 ducados anuales (según la actual estimación de la moneda, 200.000 francos). Era nueva la ordenación, según la cual, los cardenales que por causa de la elección sufrieran de algunos príncipes seculares la privación de sus rentas, deberían obtener una indemnización completa. Sólo en segunda línea vienen las disposiciones verdaderamente saludables: continuación de la guerra contra los turcos, reforma de la Iglesia, convocación de un concilio y disminución del nepotismo. «El que una buena elección era medio mucho más eficaz que la más extensa capitulación, contra todo género de desórdenes, no parece haber pasado por la mente de los cardenales» (1).

Las opiniones acerca de la persona en quien recaería la suprema dignidad, eran muy discordantes. El embajador mantuano refiere, á 15 de Agosto de 1484, que en primer término procuraba para sí aquella dignidad el cardenal Esteban Nardini, amado de los romanos y favorecido por muchos cardenales. «Otros nombraban al anciano cardenal Conti, adicto al partido de los Orsini, el cual es una persona digna, y cuyo prudente hermano goza aquí de gran valimiento. Al cardenal Moles le perjudica su nacionalidad española; pero como es un señor digno y de edad, y se ha mantenido ajeno á las enconadas contiendas, tiene, según el parecer de algunas personas, probabilidades de ser elegido. También nombran muchos al cardenal Marco Barbo, el cual sería un excelente Papa, por su buen carácter, su prudencia y general prestigio; pero

(1) Döllinger, *Kirchengesch.* 357. El texto de la capitulación electoral se halla en Raynald, 1484, n.º 28 sqq.; Aretin, *Beitr. z. Gesch.* I, 6, 73 ss., y en el Burchardi *Diarium*, I, 33 sqq.; aquí también, p. 62, hay el juramento prestado por el elegido para confirmar las cláusulas de la capitulación. Sobre algunas cláusulas del documento, cf. Gottlob, *Cam. ap.* 238, 288, 291.

—añade el embajador— es veneciano» (1). Ya hemos hecho mención de la intervención beneficiosa de Barbo en las turbulencias que siguieron á la muerte de Sixto IV, y su elección hubiera sido indudablemente provechosa para la Iglesia, y también otros contemporáneos manifestaron esta manera de ver. El embajador de Sena da cuenta, á 22 de Agosto, de que generalmente los cortesanos y todas las personas á quienes no ciega la pasión, y se interesan por el bien de la Iglesia, desean la elevación de Barbo ó de Piccolomini. Este era favorecido por Nápoles y aquél por Milán, y asimismo el cardenal Borja trabajaba afanosamente por sí propio (2). En favor de Borja, y en otro caso de Conti, había comenzado á trabajar, luego después de la muerte de Sixto IV, el partido de los Orsini, aliado con el conde Jerónimo (3).

Como de suyo se entiende, tampoco estaba inactiva la diplomacia italiana. Los esfuerzos de los aliados por la paz de Bagnolo (4) y antes de ella, se encaminaban á procurar la triple corona á un príncipe eclesiástico partidario de la confederación de los Estados italianos, ó por lo menos neutral. Debiase evitar que fuese elegido un veneciano, genovés ó ultramontano (no italiano); pero, en particular, los conatos de los aliados llevaban muy diferentes direcciones; á lo cual se agregaba la ambición de cada uno de los cardenales. El embajador de Ferrara Arlotti, dice, en un despacho de 26 de Agosto: «Es posible que la contienda sea tan empeñada, que haga recaer la elección en un candidato neutral, como Moles, Costa ó Piccolomini, todos los cuales son personas dignas (5). También intentaron influir inmediatamente en los electores el duque Alfonso de Calabria y Ludovico Sforza, duque de Bari, y el Regente de Milán por medio de un escrito dirigido á 26 de Agosto á sus delegados en Roma, en el cual se contenía la determinada orden de participar

(1) Relación de Stefano Guidotti, fechada en Roma, á 15 de Agosto de 1484, publicada por Cian, *Cat. Sforza*, 9.

(2) Arch. d. Soc. Rom. XI, 623-624.

(3) Relación del embajador de Sena de 16 de Agosto de 1484, l. c. 618-619.

(4) Cf. nuestras indicaciones, vol. IV, p. 355 s.

(5) *Per quelli da Milano se fa puncta per Novara o Milano, per la M^a del Re per Napoli o Vicecancelliero. Per altri S. Marco o Malfeta. Et tanta poteria essere la concurrentia tra costoro che la sorte poteria achadere supra uno de questi tri Gerunda, Portugallo o Sena che sono tenuti neutrali et persone digne. *Despacho de Arlotti, fechado en Roma, á 26 de Agosto de 1484. *Archivo público de Módena*.

á Jerónimo Riario y Virginio Orsini, que se opusieran con todo su poder á la elección de los cardenales Costa, Cibo, Savelli y Barbo, absteniéndose, sin embargo, de emplear la fuerza. También se habla en aquel escrito, de otros seis cardenales cuyos nombres desgraciadamente no se consignan, encargando que se favorezca su elección. El mismo día dirigieron los mencionados príncipes otro escrito á los cardenales Juan d'Aragona y Ascanio María Sforza, el cual debía ser entregado al consistorio de todos los cardenales y leído en él. Si este documento hubiese llegado á tiempo, tendríamos en él el primer caso de una fôrmal exclusiva é inclusiva en la elección pontificia por parte de los Estados (1).

El propio cabecilla de los cardenales adictos á la Liga era el Vicecanciller *Rodrigo de Borja*. Todos los narradores convienen en que aquel ambicioso prelado empleó todos los medios para alcanzar la suprema dignidad. Ya á 18 de Agosto de 1484 anunciaba el embajador florentino, que Borja conspiraba afanosamente: al cardenal Juan d'Aragona le había prometido el oficio de Vicecanciller y su palacio; al cardenal Colonna 25,000 ducados y la abadía de Subiaco; parecidas recompensas había propuesto también al cardenal Savelli (2). «El que más trabaja su candidatura, refería tres días después el embajador de Ferrara, es Rodrigo de Borja, á pesar de lo cual no se puede formar hasta ahora juicio definitivo sobre la probabilidad de su triunfo.» El embajador trae luego á la memoria el proverbio romano, que por ventura se halla aquí mencionado por primera vez: «el que entra en el conclave como Papa, sale de él como cardenal» (3). Juan d'Aragona, hijo de Ferrante de Nápoles, Ascanio Sforza, y asimismo el Camarlengo Rafael Riario, favorecían resueltamente á Borja, el cual se creía tan seguro de su definitivo éxito, que había tomado todo género de medidas de precaución para impedir que su magnífico palacio fuera, según costumbre, saqueado por el pue-

(1) Thuasne, I, 512-513. Gennarelli, 55. Petrucelli della Gattina, I, 308 s. Sigmüller, Papstwahlen, 104-105.

(2) Thuasne, I, 503.

(3) «Sopra tutti piu forza de pratica fa el Vicecancelliero per se, ma certamente perfín a qua non se può firmare el iudicio. Anche é qua proverbio, che per opinione intra papa in conclave usisce fuora cardinale.» *Relación de B. Arlotti, fechada en Roma, á 21 de Agosto de 1484. *Archivo público de Módena*.

blo (1). No obstante, por muy amplias que fueran las promesas de dinero, hacienda y beneficios, hechas por Borja, no pudo, con todo eso, obtener una segura mayoría. «Borja es tenido por tan orgulloso y desleal, escribe el embajador florentino á 21 de Agosto, que no es necesario abrigar temor alguno de su elección» (2). Su deslealtad la había demostrado el Vicecanciller luego después de la muerte de Sixto IV; pues, habiendo estado siempre hasta entonces al lado de los Colonna, se pasó al de los Orsini para alcanzar, con el auxilio de éstos, la tiara pontificia (3). Pero finalmente comprendió la imposibilidad de obtener aquel objeto por esta vez, y desde entonces se esforzó en procurar la elección de su paisano Moles, cuya ancianidad y estado de salud hacían esperar en breve un nuevo conclave (4).

Una cosa semejante que á Borja acaeció también al jefe del partido contrario *Juliano della Róvere*, el cual sólo podía contar seguramente con los cardenales Savelli, Colonna, Cibo y los dos Róvere. La debilidad de una y otra facción se descubrió luego en el primer escrutinio, celebrado en la mañana del 28 de Agosto; pues en él obtuvo el cardenal Barbo diez votos, y según otras relaciones, once y hasta doce. El maestro de ceremonias Burchard refiere, que en aquel día, por miedo de que Barbo pudiera obtener los diez y siete votos necesarios, se había resuelto no permitir ningún acceso después del primer escrutinio (5).

Entonces intervino resueltamente en las negociaciones Juliano della Róvere, cuyo candidato era un hombre que se lo debía todo; es á saber: *Juan Bautista Cibo*, cardenal de Santa Cecilia y obispo de Molfetta. Con toda la decisión y energía de su carácter, gastó Juliano todo su influjo en favor del mencionado cardenal, no desdeñando para ello ni aun el empleo del soborno (6). Era tanto más fácil atraer á los aseglarados príncipes de la Iglesia, por cuanto éstos temían que Juliano se aliara con los cardenales

(1) Not. di Nantiporto, 1091. Cf. Thuasne, I, 519.

(2) Thuasne, I, 507.

(3) Cf. Schmarsow, Melozzo, 377.

(4) Cf. las relaciones de embajadores, publicadas por Thuasne I, 512, 516, 518.

(5) Burchardi Diarium I, 56-57. En los *Mandati de Inocencio VIII, vol. I (1484-1486), al 28 de Septiembre de 1484, se halla anotada una paga para Joanni Burkardo clerico cerimoniar. *Archivo público de Roma*.

(6) Los datos de los embajadores que se refieren á esto, puede comprobarse casi completamente ser exactos. Cf. Hagen, Papstwahlen, 14-15.

venecianos, en cuyo caso hubiera subido á la Silla de San Pedro el severo cardenal Barbo. Juliano ganó en primer lugar á los cardenales Orsini y Rafael Riario, luego á Ascanio Sforza, y éste, por su parte, atrajo á Rodrigo Borja, el cual movió á adherirse á Juan d'Aragona (1). Juan Burchard, que tomó parte en el conclave, refiere de qué manera el cardenal Cibo accedió aquella noche, en su celda, á los deseos de sus futuros electores, suscribiendo sus solicitudes (2). Las negociaciones habían durado toda la noche, y á la mañana del 29 de Agosto de 1484 logró Juliano della Róvere disponer en favor de Cibo de diez y ocho votos. El partido contrario abandonó, como inútil, toda resistencia, y á las nueve de la mañana pudo el cardenal Piccolomini anunciar á la muchedumbre del pueblo, que aguardaba frente al Vaticano, que el cardenal Cibo había sido elegido Papa y tomado el nombre de *Inocencio VIII*. La multitud prorrumpió en clamores de aprobación; en seguida comenzaron á repicar las campanas del palacio y de la iglesia de San Pedro, y resonó el estampido de los cañones del castillo de Sant-Angelo (3).

El nuevamente elegido, que por primera vez volvió á tomar un nombre usado por algún Papa en la época del cisma, era de edad de cincuenta y dos años, de más que mediana estatura, fuerte y lleno de rostro; el color de su tez era extraordinariamente blanco y sus ojos débiles (4). Procedía de una distinguida

(1) Cf. las relaciones de Vespucci, en Thuasne I, 516 ss., como también Infessura, 170 s., y además Sägmmüller, 108 s. B. Arlotti escribía desde Roma á su duque, el 1 de Septiembre de 1484: «Como sia proceduta questa election seria un lungo dire, ma questa è la verita che San Piero ad vincula è quello che lo ha facto papa et li revⁿⁱ car^{li} Aragona et Vesconte l'hano seguito. Perche altramante tocavano cum mane, che San Picro ad viucla se seria inteso cum li cardinali Venetiani et seria ne caduta la sorte in el car^{le} S. Marco, el qual nel primo scrutinio hebbe piu voce cha niuno altro et per questo la sequente nocte fuo voltata tutta questa pratica in modo che costui è papa et chiamase Innocentio ottavo. *Archivo publico de Modena*.

(2) Burchardi Diarium I, 62. En la interpretación de este pasaje, convengo con Sägmmüller, 110 s., contra Hagen, Papstwahl, 8 s. Apenas se puede ya dudar que Inocencio VIII fué nombrado Papa por medios simoníacos.

(3) Burchardi Diarium, I, 62. Paolo dello Mastro, ed. Pelaez 106.

(4) Cf. las relaciones publicadas por Thuasne, I, 517 y Sigismondo de' Conti, II, 37. Grabados de monedas con retratos del Papa, pueden verse en Friedländer, tabla 33. Fraknói, Math. Corvinus, 227. Müntz, Les arts 16 y Armand I, p. 60, n. 5. Sobre el retrato pintado por Mantegna, v. Jahrb. der Sammlungen des österreich. Kaiserhauses, XVII, 140. Cf. también Müntz, l. c. 20-21 y

familia genovesa, emparentada con la riquísima de los Doria (1). Las noticias genealógicas sobre el linaje de Cibo, han sido desfiguradas por legendarias relaciones. Si la familia de Cibo era de origen asiático, si estaba emparentada con los Tomacelli, deudos de Inocencio VII, son cosas inciertas. Ciertamente es solamente, que Arán Cibo es nombrado en 1437 como Anziano en documentos genoveses, y asimismo, que trabajó mucho tiempo en Nápoles en el gobierno y administración de Justicia, y fué en 1455 Senador de Roma (2). De su matrimonio con la patricia genovesa Teodorina de' Mari, procedía Juan Bautista Cibo, el cual nació en el año de 1432. Hizo sus estudios en Padua y en Roma, sin pensar al principio en abrazar el estado eclesiástico. En la inmoral corte aragonesa de Nápoles no vivió Juan Bautista mejor que los demás, y tuvo dos hijos ilegítimos: una hija, Teodorina, y un hijo, Franceschetto (3). Es harto característico para el cardenal

Barbier de Montault, Oeuvres, III, 379 sobre la divisa del Papa: «Leaulté passe tout.»

(1) Staffetti, l. s. ha publicado la bibliografía sobre la familia Cibo (así hay que escribir este nombre; v. Cian en el *Giorn. d. lett.* XXIX, 417). En una *relación, fechada en Roma, á 10 de Mayo de 1485, Arrivabene hace resaltar el parentesco del Papa con Lázaro Doria. L. Doria, dicese aquí, è molto intimo al papa; è lo piu riccho cittadino di quella città. *Archivo Gonzaga de Mantua*.

(2) Cf. Viani, *Memorie d. famiglia Cibo*. Pisa, 1808. *Atti Mod.* VII, 309 s., 319. Ciacconius, III, 104. Marini I, 228. Reumont, *Beiträge* IV, 192 s. Vitale, *Storia de' Senat.* di R. II, 430. Lo que trae Cerri, 59 ss., está en gran parte falto de crítica.

(3) La acusación que ya presentó Infessura (p. 175), de que J. B. Cibo, quebrantó, siendo sacerdote, el voto de castidad, es falsa; pues Sigismondo de' Conti dice expresamente (II, 33): *Habuit Innocentius Franciscettum et Theodorinam filios ante sacerdotium*. Pero no menos falso es también el dato, de que esos hijos procedían de un matrimonio legítimo; porque Sigismondo añade inmediatamente: *non ex uxore susceptos*; cf. además II, 37 y Burchardi *Diarium*, I, 321, como también los autores allí citados. Si fuera de los dos sobredichos, fueron más todavía los hijos, como se podría inferir de las relaciones de embajadores, citadas por Thuasne, I, 517, 519, es cosa incierta; v. Creighton, III, 120. Son exageraciones los datos de Infessura y del poeta Marullus, quienes hablan de 7 y 16 hijos respectivamente. En la presente materia, un poeta epigramático es de tan dudosa autoridad como Infessura, cuya falta de veracidad, ya ha sido arriba demostrada, y á la verdad, en un punto aún más grave. El epigrama de Marullus:

«Octo nocens pueros genuit, totidemque puellas;
Hunc merito potuit dicere Roma patrem»

que muchas veces se ha tomado al pie de la letra, deja ver claramente, que tiene el carácter de un juego de palabras. El pasaje de Egidio de Viterbo, ci-

Juliano, que no tuviera escrúpulos en promover á la dignidad suprema á un hombre de tales antecedentes; sin embargo, hay que advertir que, después que Juan Bautista abrazó el estado eclesiástico, no se hallan ya testimonios desfavorables acerca de su manera de vivir; y asimismo la circunstancia de haberle tomado á su servicio el cardenal Calandrini, varón de puras costumbres, es indicio de la enmienda de su vida. En Abril de 1467 le otorgó Paulo II el obispado de Savona, el cual trocó, en tiempo de Sixto IV, con el de Molfetta, cerca de Bari junto al mar Adriático (1). Cibo trabó amistad íntima con el nepote del Papa Róvere, Juliano, y á él debió ante todo su rápido encumbramiento en la jerarquía eclesiástica. También al Papa Sixto IV agradaba el obispo de Molfetta por su carácter blando y suave, y así le nombró su Datario, y á 7 de Mayo de 1473 le recibió en el Colegio cardenalicio (2). Por su obispado se designó desde entonces generalmente á Cibo, con el nombre de cardenal de Molfetta.

En la Curia era el cardenal Cibo muy querido: «Nadie, refiere un contemporáneo, se apartó de él disgustado; á todos recibía con bondad y benignidad verdaderamente paternal; tenía amistad con los grandes y con los pequeños, con los ricos y con los pobres» (3). Cerca de Sixto IV gozó el cardenal Cibo de tan gran prestigio, que al salir el Papa de Roma en Junio de 1476, le dejó como Legado de la Ciudad, y Cibo desempeñó aquel cargo, doblemente difícil por razón de las circunstancias del tiempo, á satisfacción del Papa (4).

tado más abajo, en la p. 283, nota 4, es retórico. En 1883, el Museo de Berlín adquirió un busto de Teodorina Cibo, de tamaño más que natural, probablemente obra de Gian Cristóforo Romano; v. Bodo-Tschudi, *Bildwerke der christlichen Epoche* (Berlín, 1888), 68 y Bode, *Ital. Plastik*, 165-166.

(1) Cf. Gams, 822, 898 y Ughelli, IV, 741; I, 918. V. también Jacob. Volaterranus en Muratori XXIII, 119 y nuestras indicaciones, vol. IV, p. 390.

(2) B. Arlotti escribe, en 1 de Septiembre de 1484, á su duque: «Dice que él ha conocido bien al Papa cuando era cardenal, pero honores mutant mores, ma certamente la benignita et afabilita l'ha tanto innata et abituata ch'ogniuno sta in ferma speranza che habiamo un bon papa. *Archivio público de Modena*. Egidio de Viterbo advierte lo siguiente acerca de Inocencio VIII: «Qui cum omnium mortalium humanissimus ac comis maxime atque urbanus esset, Sixto carus effectus datarius ac tandem cardinalis est factus. Hist. viginti secul. Cod. C. 8, 19, f. 314. *Biblioteca Angelica de Roma*.

(3) Sigismondo de' Conti, I, 211-212. Cf. Thuasne, I, 517, 519, y además Gotlob en el Hist. Jahrb. VII, 316.

(4) V. nuestras indicaciones, vol. IV, p. 262.

Así como todas las relaciones están de acuerdo en alabar la bondad y los sentimientos benévolos y amables del nuevo Papa elegido, así concuerdan también en atestiguar su condescendencia, debilidad y carácter poco independiente. «Hacia más la impresión de un hombre que se deja guiar por ajenos consejos, que no del que los rige, escribía ya el 29 de Agosto de 1484 el embajador florentino; y el mismo echaba menos en el nuevo Papa, una formación honda, y experiencia en los negocios de Estado» (1). Atendidas estas condiciones de carácter, no sorprenderá á nadie que Juliano della Róvere, á quien debía Cibo, así la dignidad de cardenal como la de Papa, alcanzara una influencia del todo preponderante. «Mientras en tiempo de su tío podía poco ó nada, puede ahora obtenerlo todo del nuevo Papa», decía el embajador de Ferrara á 13 de Septiembre de 1484 (2). «Enviad una buena carta al cardenal de San Pedro, escribía á Lorenzo de' Médici el embajador florentino; pues él es Papa y más que Papa» (3). Esta situación de las cosas se manifestó también en seguida, en que el cardenal Juliano estableció su habitación en el Vaticano. El hermano de Juliano, Juan della Róvere, no sólo continuó siendo Prefecto de Roma, sino fué nombrado además, en Diciembre, Capitán General de la Iglesia (4).

Luego después de su elección, se había obligado Inocencio VIII con las autoridades de Roma, á no dar todos los oficios y beneficios de la Ciudad sino á ciudadanos romanos; y el no haber guar-

(1) Cf. Fabronius, II, 257, 259. Thuasne, I, 517. Reumont, Lorenzo, II^a, 200.

(2) *Carta de B. Arlotti á la duquesa de Ferrara, fechada en Roma, á 13 de Septiembre de 1484. *Archivo público de Modena*.

(3) V. Fabronius, II, 259 y Brosch, Julius II, 308. El embajador genovés en Roma, Iázaro Doria, advierte en una *relación de 23 de Agosto de 1485, que negociar con el Papa ó con Julián de la Róvere, era todo una misma cosa, che è tutto uno effetto. *Archivo público de Génova*.

(4) Burchardi Diarium, I, 71, 124. Not. di Nantiporto, 1093, y Cappelli, Carreggi, I, 277. Ya el día de su elección, Inocencio VIII la había participado á Juan de la Róvere, añadiendo la invitación para que viniese á su lado. *Lib. br., 18, f. 2^o. *Archivo secreto pontificio*. En la *carta de Arlotti, mencionada en la nota 2, se lee: *Madama. Se la V. S. J. ha inteso de la gran bona gratia ha cum el novo papa tra et sopra l' altri el r. car^o Sanpiero ad vincula lo fece far vescovo [con todo sólo de Molfetta] et poi cardinale et novissimamente li ha durato fatica assay et havuto bona parte a farlo papa et S. S. vole li stia apresso et alogia in pallatio. *Archivo público de Modena*. Inocencio VIII había propuesto, en un consistorio de 26 de Noviembre, el nombramiento de Juan de la Róvere, al cual todos los cardenales dieron su asentimiento. * Carta de A. Sforza de este día, existente en el *Archivo público de Milán*.

dado este compromiso fué, en primera línea, lo que irritó de tal manera contra Inocencio VIII al escribano del Senado Romano, Infessura, que le movió á escribir contra él mordaces epigramas (1); pero para juzgar este asunto hay que tener, sin embargo, en cuenta, que era muy difícil para el Papa «mantener la promesa dada á la Ciudad, ante las pretensiones de los codiciosos preladados». Sus electores y los partidarios de ellos querían ser recompensados, y sus amigos personales y parientes (2) exigían que se les atendiera. Las justificadas quejas contra semejante principio de su gobierno, se acallaron por de pronto con las brillantes fiestas de la coronación del Papa y del *possesso*.

A 11 de Septiembre se hallaban terminados todos los preparativos para la coronación, en los cuales se habían ocupado artistas como Perugino y Antoniasso Romano (3). Al día siguiente tuvo lugar el solemne acto; por la mañana se dirigió el Papa á San Pedro, celebró la misa pontifical y dió la bendición al pueblo. Luego le coronó el cardenal Piccolomini delante de San Pedro, y después de breve descanso, se encaminó en procesión solemne á la toma de posesión de Letrán. El homenaje de los judíos, acostumbrado en semejante ocasión, se hizo esta vez en el recinto interior del castillo de Sant-Ángelo, para protegerlos así de los malos tratamientos del pueblo rudo. Burchard describe extensamente la procesión de Letrán, y también poseemos una relación italiana y otra tedesca; de suerte que conocemos minuciosamente todos los pormenores. Una enorme muchedumbre llenaba las calles, adornadas con ramajes y preciosos tapices; diez y seis poderosos señores llevaban «el palio, debajo del cual cabalgaba el Papa en un blanco caballo, cubierto y vestido de preciosas ropas de blanco y oro, y Su Santidad llevaba en la cabeza una hermosa y rica corona, un ramo en la mano, alrededor del cuello un precioso y finísimo encaje, y delante del pecho una magnífica cruz de oro; y daba la bendición» (4).

(1) Infessura, 174.

(2) Gregorovius, VII, 272.

(3) Schmarsow, Melozzo, 371. En los *Mandati para los años 1484-1486, al 8 de Septiembre de 1484, se hallan registradas pagas para XIII tibianis qui interfuerunt coronationi S. D. N. En el 19 de Enero de 1485, se ven igualmente pagas pro festo coronationis. *Archivo público de Roma*. Cf. Müntz, Les arts, 135-136.

(4) Chmel, Materialien z. österreich. Gesch., II (Wien, 1838), 358. La relación que este autor ha copiado del archivo de Riedeck, se les ha pa-

Inocencio VIII, cuyo afable carácter ensalza el embajador de Ferrara (1), pudo quedar tanto más satisfecho de aquella jornada, por cuanto se hicieron todas las cosas sin notable alteración del orden (2). El mismo 12 de Septiembre se despacharon las solemnes bulas que anunciaban á todos los príncipes y Estados de la Cristiandad la ascensión al trono del nuevo Jearca supremo de la Iglesia, y les requerían á orar para obtenerle un pontificado venturoso (3).

Ciertamente era muy necesaria la oración, pues Inocencio VIII tomó el gobierno de la Iglesia y de los Estados pontificios en circunstancias tanto más difíciles, cuanto que él se encontraba, desde el punto de vista financiero, con la más desfavorable situación

sado por alto á Reumont y Gregorovius. Fuera de esto, cf. especialmente Burchardi Diarium, I, 90 ss. (v. Cancellieri, Possessi, 46 ss.; cf. Berliner, II, 75; Vogelstein, 21); carta de Vespucci de 13 de Septiembre de 1484, en Gennarelli, 48; Paolo dello Mastro, ed. Pelaez, 106, y la *relación de B. Arlotti, fechada en Roma á 13 de Septiembre de 1484. *Archivo público de Módena*.

(1) En la *relación citada arriba, nota anterior.

(2) El 19 de Septiembre de 1484, el duque de Milán *escribió á su embajador J. A. de Talentis, que ha visto con placer por su carta del 14, que la coronación del Papa se ha efectuado con tanta solemnidad et quietud de quello populo quanto desyderare se fosse potuto. *Archivo público de Milán*. Cf. también Arch. d. Soc. Rom., XI, 629.

(3) El Papa ya antes de la coronación participó su elección á algunos príncipes y prelados. Cf. Raynald, 1484, n. 46 s. La *bula oficial *Salvator noster*, dat. prid. Id. Sept., se conserva en los archivos de *Florenia, Colonia y Mantua*. De Ennen, III, 880, se saca, que una bula de esta especie se envió á la *Universidad* de Colonia, pero ya no se conserva; en cambio existe todavía la dirigida á la Universidad de Cracovia, v. Mon. Pol., XI, 506. Las Universidades de París y de Heidelberg recibieron también aviso de la elección por una carta especial; v. Guettée, VIII, 60; Hautz, I, 354. Dorez-Thuasne, 32. Las ciudades de los Estados de la Iglesia (cf. Cod. C., IV, 1 de la *Biblioteca de la Universidad de Génova*) y varios eminentes prelados y arzobispos recibieron semejantes anuncios. Cf. el registro de la bula dirigida al arzobispo de Salzburgo, en el *Archivo del gobierno imperial de Salzburgo*, Rub. 1, fasc. 4.º El Burchardi Diarium enumera las numerosas embajadas que prestaron el juramento de obediencia (cf. Audiffredi, 265 s., 273 s., 277; el discurso de A. Geraldini de que aquí se da cuenta, junto con la respuesta de Inocencio VIII, se hallan también manuscritos en la *Biblioteca de Bremen*). Entre los discursos de enhorabuena de los embajadores, de los cuales la mayor parte se imprimieron ya entonces, los que más llamaron la atención fueron el de Tito Vespasiano Strozza (cf. la monografía de Albrecht [Dresde, 1891] 36), y el del obispo de Worms, Juan de Dalberg; este último tenía de extraordinario, ser alemán su autor; y la circunstancia de haberse hecho de él dos ediciones en Roma, demuestra la mucha aceptación que tuvo. Cf. Morneweg, Joh. v. Dalberg (Heidelberg, 1887), 95-99.

que se pueda pensar (1). No puede negarse que el nuevo Papa elegido estaba lleno de buenos propósitos: «Tres cosas, dijo repetidas veces el mismo día de su coronación, quería sobre todo promover con gran celo: la paz, la justicia y el bienestar de la Ciudad (2). Según esto, para que se ejerciera rigurosamente la justicia é inspección en Roma, y se obtuviera una paz entre los Colonna y los Orsini, se nombró en seguida una diputación de cardenales (3); y aun más allá de los límites de su territorio, se esforzó desde luego Inocencio VIII por entablar la paz. Ante todo puso empeño en terminar la prolija contienda acerca de Sarzana, y ya á 17 de Septiembre trató de ello con los embajadores de Nápoles, Florencia y Milán. Después de la reciente inteligencia (dijo el Papa en aquella ocasión), consideraba deber de su apostólico oficio, asegurar aquella paz, para que todos los Estados italianos gozaran realmente de sus frutos, y se pudieran reponer de los pesados gastos, los cuales habían gravado á la Santa Sede con una deuda de más de 250,000 ducados. La cuestión acerca de Sarzana, complicada por el ataque de los florentinos á Pietrasanta, le traía solícito, considerando la índole de los genoveses á los cuales no arredraría encender en llamas todo el mundo, y que ya en otras ocasiones habían llamado á Italia á los extranjeros. Génova se había dirigido á él para que arreglase aquel negocio por vía de derecho. Bien sabía que su predecesor lo había intentado inútilmente; pero como natural de Génova y en más favorable situación que el Papa Sixto, esperaba alcanzar un buen resultado, por cuanto la Señoría de Florencia haría ciertamente lo posible para zanjar la controversia (4).

(1) *Breve regibus Hispanie, dat. ut s. (7 Dec., 1484): *Invenimus in hac nostra ad apostolatus apicem assumptione aerarium camere apost' non modo pecuniis exhaustum, sed debitis etiam magnis gravatum. Lib. brev., 18, f. 74. Archivo secreto pontificio.*

(2) *Che ad tre cose vole attender cum studio et effcatia: a pace, iustitia et abundantia. *Relación de B. Arlotti de 13 de Septiembre de 1484. Ya en 1 de Septiembre, había hablado Arlotti de los sentimientos pacíficos del Papa. Las dos *cartas se hallan en el *Archivo público de Módena.*

(3) Infessura 177 y la relación del embajador publicada en el Arch. d. Soc. Rom., XI, 631. Sobre la comisión de los cardenales, cf. la *carta del cardenal A. Sforza, fechada en Roma, á 26 de Septiembre de 1484. *Archivo público de Milán.*

(4) Relación de Vespucci de 18 de Septiembre de 1484, publicada por Genarelli, 51 s. Reumont, Lorenzo, II^a, 238 s.; cf. 197, 232 s. V. también el estudio muy raro de Giacomo da Fieno, Della legazione a Roma di Lazzaro Doria il

Pocos días después, á 22 de Septiembre, se publicó el nombramiento de los nuevos cardenales legados: Nardini debía ir á Aviñón, Moles á la Campaña, Savelli á Bolonia, Orsini á la Marca de Ancona, Ascanio Sforza al Patrimonio, y se confirmaba la legación de Arcimboldi en Perugia (1). El envío de un Legado á Aviñón reclamaba especial prisa, en atención á las circunstancias de aquel país (2); pero Nardini y Moles no llegaron á encargarse siquiera de sus legaciones, pues el primero murió luego á 22 de Octubre y el segundo á 21 de Noviembre de 1484 (3).

El Papa mismo enfermó luego en Octubre de dicho año (4), y pronto se descubrió que, á pesar de sus buenos propósitos, le faltaban así la energía como la penetración para ejercitar el oficio de mediador entre las ciudades de Italia, llenas de envidias y recelos por su comercio. La mediación del Papa en la contienda sobre Sarzana quedó sin resultados; y en la primavera del siguiente año volvió á enfermar Inocencio VIII, mientras se encendía á su vez la discordia entre los Orsini y los Colonna. A 12 de Marzo de 1485, refiere Segismundo de' Conti, acometió al Papa una violenta calentura que le tuvo tres meses postrado en el lecho, y su estado era tan peligroso, que se llegó ya á tenerle por muerto. El Protonotario Obbietto Fieschi hizo anunciar en seguida á los Orsini que el Papa había fallecido, y ellos ocuparon casi inmediatamente el Ponte Molle y todos los puentes del Anio, para conservar el paso libre á la Ciudad. Pero pronto hubieron de arrepentirse de ello; pues en seguida llegó la noticia de que el Papa vivía. Los solícitos cuidados de los célebres médicos Ludovico Podocatharo y Jácome de San Genesio habían librado á Inocencio VIII de la muerte, y el Papa, ya antes inclinado á los Colonna, se les

1485. *Saggio di studi sulla diplomazia genovese*. Sampierdarena, 1863, que escapó á Reumont.

(1) En el Burchardi Diarium, I, 125, se dice, sin indicar la fecha, que esto sucedió en el primero ó segundo consistorio. La fecha que doy en el texto, la tomo de una ** relación de A. Sforza de 22 de Septiembre; v. apéndice. n.º 1. *Archivo público de Milán*.

(2) Cf. sobre esto el *breve al rey de Francia de 16 de Octubre de 1484. Lib. brev., 18, f. 36. *Archivo secreto pontificio*.

(3) Burchardi Diarium, I, 113, 115. * Carta del cardenal A. Sforza, fechada en Roma, á 24 de Octubre de 1484. *Archivo público de Milán*.

(4) En una * carta fechada en Roma, á 9 de Octubre de 1484, el cardenal Ascanio Sforza, anuncia que la noche pasada el Papa cayó enfermo. *Archivo público de Milán*.

adhirió entonces todavía en mayor grado. También la suerte de la guerra fué al principio favorable á los Colonna, los cuales se apoderaron en dos días de Nemi y Genzano; pero luego fueron derrotados por los Orsini (1). Aumentó en sumo grado la trascendencia de aquellas inacabables contiendas, que inútilmente se afanaba por zanjar Inocencio VIII, la discordia entre el Papa y el rey de Nápoles que cada día se hizo más violenta.

(1) Sigismondo de' Conti, I, 218-220. Cf. Burchardi Diarium, I, 142. Infesura, 178. Not. di Nantiporto, 1093. En una *carta de 5 de Abril de 1485, el cardenal A. Sforza pondera, cuán flaco y endeble ha quedado el Papa, á consecuencia de la enfermedad. *Archivo público de Milán*.

Diferencias entre el Papa y Ferrante de Nápoles (1484-1487). Enlace de familia con Lorenzo de Médici.

Aun cuando el rey Ferrante de Nápoles había trabajado por excluir de la elección pontificia al cardenal Cibo, hizo, sin embargo, semblante de haberse alegrado con la elevación del mismo al trono pontificio, y le envió en seguida un escrito gratulatorio. Inocencio VIII le dió las gracias á correo vuelto, recordando sus anteriores relaciones con Nápoles y certificando al Rey, que haría por él todo lo que pudiese con buena conciencia, y esperaba asimismo que Ferrante se portaría como príncipe católico (1).

El duque Alfonso de Calabria, hijo del monarca napolitano, fué quien motivó la primera discordancia en las relaciones entre Nápoles y Roma. A 20 de Octubre de 1484, regresando de Ferrara, llegó Alfonso á Roma, donde fué recibido por el Papa de la manera más honrosa y amigable (2); mas, como el duque solicitara la incorporación de Benevento, Terracina y Ponte Corvo al Reino de su padre, declaró Inocencio VIII no poder acceder á ello. Dicese que Alfonso le contestó entonces en tono ame-

(1) Raynald, 1484, n.º 47.

(2) Burchardi Diarium, I, 111, y Leostello, 43 s. Alfonso fué recibido por el Papa el 22 de Octubre; después de este recibimiento, el cardenal Borja dió en su magnífico palacio un espléndido banquete al egregio huésped; v. en el apéndice n.º 2, la carta del cardenal Ascanio Sforza de 22 de Octubre de 1484. *Archivo público de Milán.*

nazador, que en breve llevaría las cosas á términos, que el Papa solicitara espontáneamente aquella incorporación. Este primer choque entre ambos vecinos, puso en contingencia el que se enviara á Roma una embajada napolitana para prestar obediencia al Papa; y con el fin de obtenerla se apeló á un expediente poco decoroso. Redactáronse bulas acerca de la incorporación de las mencionadas ciudades, pero no se pusieron, sin embargo, en manos de los agentes del Rey, sino entregáronse al cardenal Juliano della Róvere para que las guardara; y al propio tiempo declaró Inocencio VIII, en presencia de un nōtario, que aquellos documentos sólo se habían redactado aparentemente para sustraerse á la violencia del Rey; que el renunciar á aquellas ciudades no entraba absolutamente en sus miras, antes bien estaba dispuesto á rechazar con la fuerza cualquiera ataque violento; y como Alfonso concentrara tropas en los límites de los Estados de la Iglesia, también el Papa se dedicó por su parte á juntar soldados y adquirir alianzas (1).

Ante todo procuró Inocencio VIII asegurarse de Venecia. El 28 de Febrero de 1485 se levantaron las censuras eclesiásticas dictadas por Sixto IV contra los venecianos, después de lo cual envió la Señoría una embajada de obediencia (2) y el Papa mandó á la Ciudad de las lagunas al obispo de Cervia, Tomás Catanei, para negociar que el capitán de compañías mercenarias Roberto Sanseverino se pasara al servicio de la Iglesia (3).

La tirantez entre Roma y Nápoles aumentó, cuando Ferrante, no sólo rehusó pagar el censo feudal, sino se permitió asimismo intolerables extralimitaciones en asuntos puramente eclesiásticos, obligando al clero á pagar tributos arbitrarios, y vendiendo los obispados á personas indignas (4). En el verano de 1485 se llegó á un abierto rompimiento. En la fiesta de San Pedro y San Pablo

(1) Sigismondo de' Conti, I, 216.

(2) La bula de absolución se halla en Raynald, 1485, n.º 45; cf. Navagiero, 1192. Malipiero, 301. *Breve al dux G. Mocenigo de 2 de Marzo de 1485 (*Archivo público de Venecia*). *Carta del cardenal A. Sforza, fechada en Roma á 28 de Febrero de 1485 (*Archivo público de Milán*), y *despacho de Arrivabene, fechado en Roma á 26 de Marzo de 1485 (*Archivo Gonzaga de Mantua*). Sobre el acto de prestar obediencia, v. Burchardi Diarium, I, 148-149; en 29 de Junio, Inocencio VIII *dió por ello las gracias al dux; v. Lib. brev. 18, f. 207^b. *Archivo secreto pontificio*.

(3) Sigismondo de' Conti, I, 217.

(4) L. c. 226 s. Cf. Reumont, Lorenzo, II, 217. Christophe, II, 311-312.

presentóse el embajador napolitano sin el censo feudal, ofreciendo sólo la hacanea blanca. Inocencio VIII no pudo admitir la disculpa de que el rey se hallaba imposibilitado para la paga por su empresa contra Otranto; pues desde entonces habían ya transcurrido algunos años. Y como el Papa se negara á aceptar la hacanea sin el censo, el enviado de Ferrante formuló una protesta (1).

Casi al propio tiempo estalló la guerra de los barones napolitanos. Quien dió ocasión á aquél, «el más terrible de todos los dramas del siglo xv», fué asimismo Alfonso de Calabria. Este «soberbio, violento, desleal y cruel» príncipe, movió á su padre á abatir á la nobleza descontenta, por medio de un súbito y traicionero ataque. En el verano de 1485 juzgó Alfonso llegada la ocasión favorable: el conde de Montorio, que tenía el gobierno de la rica ciudad de Áquila, fué atraído á Chieti y reducido allí á prisión, y la ciudadela de Áquila se guarneció con tropas napolitanas (2). Los barones conocieron muy pronto que les amenazaba la misma suerte que el rey Luis XI de Francia preparaba á los grandes de su reino, y no estando dispuestos á entregarse á merced de la tiranía aragonesa, resolvieron ponerse en defensa. Los moradores de Áquila expulsaron, luego en otoño de 1485, la guarnición napolitana, y enarbolaron la bandera de la Iglesia (3), y poco después siguieron también su ejemplo otras ciudades y territorios napolitanos (4).

En la capital pontificia, que en el mes de Julio había estado afligida por la peste (5), se atendía con la mayor expectación al desarrollo de los asuntos del Reino vecino. «Inocencio VIII, refiere el embajador de Mantua, á 18 de Julio de 1485, tiene puesta toda su atención en el negocio de los barones.» Ya antes habían

(1) Giannone, III, 350 s.

(2) Cf. Porzio, 59 ss. Reumont, Lorenzo, II, 217. Gothein, Süditalien, 226.

(3) Cf. Croniche di Napoli en Arch. stor. Napolit. I, 57. Notar Giacomo, 156, y Rivera, La dedizione degli Aquilani ad Innocenzo VIII, en el Bollett. d. Soc. patria negli Abruzzi, I (Aquila, 1889), 36 ss.

(4) Notar Giacomo, 157. Cf. Borgia, Benevento, III, 422.

(5) Cf. sobre esto las *cartas del cardenal A. Sforza, fechadas en Roma, á 2, 11 y 22 de Julio de 1485 (numerosas defunciones—muchos huyen), en el *Archivo público de Milán*, como también los *despachos de Arlotti. En 7 de Julio, da cuenta el mismo de numerosas defunciones; el 18 de Julio refiere el progreso de la epidemia, que todavía por Octubre seguía furiosa. *Relaciones de 7, 8, y 10 de Octubre, existentes todas en el *Archivo público de Módena*.

éstos presentado al Papa sus graves quejas contra Ferrante, y ahora comparecieron de nuevo en Roma sus mensajeros demandando socorro. El lenguaje que empleaban aquellos delegados era el de la desesperación: antes preferirían los males más extremos, que someterse á la tiranía de Ferrante y Alfonso, y si el Papa no les auxiliaba se entregarían á una potencia extranjera (1).

Vemos, pues, que Inocencio VIII se vió formalmente constreñido á tomar parte en la guerra de los barones, y apenas se necesitaron los esfuerzos del cardenal Juliano, enemistado con los aragoneses, para provocar la resolución. El peligro era tanto mayor, cuanto que podía temerse de una y otra parte, que llamaran á Italia á los turcos. De qué lado se había de poner el Papa, no podía ser dudoso: la violación hecha por Ferrante de los derechos de la Iglesia, así como las experiencias que con aquel príncipe «terrible y desleal» habían hecho los anteriores papas, hablaban con demasiada claridad (2).

En este momento procuró Ferrante conjurar todavía la tormenta que le amenazaba, enviando á Roma, como mediador, á principios de Octubre de 1485, á su hijo el cardenal Juan d'Aragona. Mas precisamente reinaba entonces en la Ciudad eterna una enfermedad contagiosa, la cual atacó también al cardenal Juan, y á 17 de Octubre era ya cadáver (3).

(1) Sigismondo de' Conti, I, 227-228. El *despacho del embajador mantuano Arrivabene, fechado en Roma, á 18 de Julio de 1485, se halla en el *Archivo Gonzaga de Mantua*.

(2) Cf. Lebreton, VI, 345, y Reumont, Lorenzo, II, 218. Sobre los motivos de la conducta de Julián, v. Brosch, Julius, II, 34 s., y además Cipolla, 632. Respecto del llamamiento á los turcos, v. Sigismondo de' Conti, I, 228.

(3) Infessura (ed. Tommasini, 186 s.) dice que el cardenal de Aragón (cf. Mazzuchelli, I, 2, 927), murió de veneno. El editor Tommasini pasa en silencio este pasaje, como ya lo advierte Gennarelli, 72: Monumenta legationum Florentinorum ne verbum quidem faciunt de veneno. El Notar Giacomo, 153, tampoco dice nada de veneno. Leostello, 81, refiere expresamente que el cardenal sucumbió de una fiebre. Añadamos todavía, que Infessura se equivoca en la fecha del día de la muerte. Por fin, hablan también de una manera decisiva contra este autor algunas *relaciones de embajadores que yo he descubierto; de modo que el mismo Tommasini ya no tendrá dificultad en admitir que, en este lugar, no ofrece seguridad el cronista. Respecto á este punto, son de consideración: 1) La *relación de Arrivabene, fechada en Roma, á 17 de Octubre de 1485: Questa notte a le hore X se ne morto lo card. de Aragona. (No se dice aquí nada de veneno.) *Archivo Gonzaga de Mantua*. 2) *Carta de Arlotti, fechada en Roma, á 7 de Octubre de 1485: reina la peste en Roma. Luego después de la llegada del cardenal de Aragón, murieron dos de su comitiva. El mismo cardenal está en cama. 8 de Octubre: numerosos

Mientras el hijo de Ferrante yacía en el lecho de muerte, deliberaban los cardenales (1) con el Papa sobre los negocios de Nápoles, y el resultado fué hacer suya la Santa Sede la causa de los barones, tomando á Águila bajo su protección, y decidiendo la guerra contra el Rey (2). A 14 de Octubre se redactó la bula donde se contenían las razones de esto, y diez días después se fijó en las puertas de la iglesia de San Pedro (3).

Con cuán poca seriedad tomara el monarca napolitano las proposiciones de paz que hacía presentar en Roma, lo muestra la circunstancia de haberse declarado abiertamente protector de los Orsini, los cuales habían rechazado poco antes la mediación pacífica del Papa (4). Las tentativas de Ferrante para entrar en tratos con los barones, fracasaron completamente, porque nadie se fiaba de él, y la rebelión se extendió en breve tiempo por todo el Reino.

casos de muerte en Roma. El qual cardinale (d' Aragona) sta pur cosi debile con la febre continua et doi proportionali (sic!) benche mostrano esser legieri, pur questa sira ha preso una medicina de renbarbaro et prima per via del stomacale se li è facta in piu volte bone evacuation de sangue. S. S^{ma} R^{ma} spera ben de se et anche li medici non desperano. 10 de Octubre: El cardinal va mejor. 17 de Octubre: In quest' hora el rev. et ill. quondam cardinale de Ragona vestro cugnato (la carta va dirigida al duque Hércules) expiravit. Con gran devotion et religione è passato. Elogio del difunto. Io de continuo me li sum trovato in la infirmata et in la morte. *Archivo público de Módena*.

(1) Los cardenales ausentes, por un *breve de 4 de Octubre de 1485, recibieron orden de volver prontamente, antes del próximo sábado. Recibieron semejantes breves M. Car^{ma} S. Marci, Andegav., Ulixb. y Neapol. Lib. brev. 19, f. 12. *Archivo secreto pontificio*.

(2) Sigismondo de' Conti, I, 222. Cf. * el breve al episc. Balneoregien., dat. 1485, Oct. 18 (el Papa manifiesta su gozo de que Aquila vuelva á la Iglesia) y el dirigido al dil. fil. camerario et quinque artium civit. nostre Aquil., dat. ut s. (este último breve se halla ahora impreso en el Bollett. st. d. Soc. patria negli Abruzzi, I, 42). Lib. brev. 19, f. 21; ibid. f. 21, hay un *breve de 26 de Octubre, por el que se dispone que se envíen inmediatamente tropas á Aquila; va dirigido á Giov. Franc. de Balneo, Héctor de Forlivio, y á otros capitanes del Papa. *Archivo secreto pontificio*.

(3) La bula se halla en Sigismondo de' Conti, I, 223-234. Arrivabene habla de ella en su relación de 25 de Octubre de 1485: *Heri la S^{ma} di N. S. fece attachar a le porte di S. Pietro la bolla piombata de la justificatione suoa circa questa impresa del Reame. *Archivo Gonzaga de Mantua*. Está por tanto en un error Fraknói, Mathias Corvinus, 227, cuando dice que esta bula no se publicó hasta el 1.º de Noviembre, contra lo cual habla también la relación publicada por Cappelli, 45.

(4) Además de Infessura, 180-183, cf. las *cartas del cardenal A. Sforza, fechadas en Roma, á 3 y 8 de Julio de 1485 (*Archivo público de Múln*), y los *despachos de Arlotti, fechados en Roma, á 7 y 18 de Julio de 1485. *Archivo público de Módena*.

Para intimidar al Papa, apeló Ferrante al espantajo que hacía largo tiempo venían empleando todos aquéllos que por cualquiera causa tenían contiendas con Roma; es á saber: hacer agitar la cuestión del concilio. Para este fin se puso en relaciones con su yerno Matías Corvino de Hungría; se avisó al embajador napolitano que requiriese á Matías para que prestara á su padre político auxilios materiales, disuadiera á Venecia de apoyar al Papa, y apelara á un concilio contra la desmedida codicia é intolerable altanería de Roma (1). Matías Corvino entró en estos planes, y luego, á 29 de Enero de 1486, declaró en una solemne asamblea de los prelados y Grandes húngaros, y en presencia de los embajadores veneciano y florentino, que no dejaría en el atolladero al padre de su esposa. Al Papa amenazó Matías Corvino con retirarle la obediencia y apelar á un concilio, y á los venecianos con la guerra. Ya á fines de Marzo se dirigieron á Nápoles 800 jinetes húngaros, y luego otros 200 jinetes y 700 soldados de infantería. Al propio tiempo se puso Matías en relaciones con los turcos, para que éstos apartaran á los venecianos de auxiliar al Papa (2).

Lo propio que Hungría, declaróse también Milán en favor del monarca napolitano, y éste procuró además ganar á Lorenzo de' Médici. Para estorbarlo envió el Papa á la ciudad del Arno al arzobispo de Florencia Rinaldo Orsini. Allí declaró éste, «que Inocencio VIII estaba dispuesto á emprender la guerra; hacía meses había exhortado al Rey, por medio del difunto cardenal d' Aragona y de su hermano don Francisco; pero Ferrante había procedido siempre sin ningún miramiento, de suerte que las cosas debían seguir finalmente su curso». Esta misión de Orsini no tuvo resultado y Lorenzo se puso de parte de Ferrante (3).

También el Papa se afanó por procurarse aliados. Por mediación de Lázaro Doria ajustó una alianza con Génova en Noviembre de 1485, y además procuró alcanzar el apoyo de Venecia. Asimismo los barones se dirigieron por de pronto al gobierno veneciano, pero no obtuvieron más que el mismo Papa: Venecia solamente consintió en que Roberto Sanseverino, á quien el Papa

(1) *Ferdinandi primi instruct.* (ed. Volpicella, Napoli, 1861), n.º 5. Cf. Tal-
larigo, *Giov. Pontano*, I (S. Severino-Marche, 1869-1871), 181.

(2) *Fraknói, Mathias Corvinus*, 228.

(3) *Reumont, Lorenzo*, II, 222 s. *Christope*, II, 318.

trataba de tomar á su servicio, pudiera partirse «según su libre arbitrio» (1).

El Papa aguardaba á Roberto Sanseverino con tanta ansiedad, que le mandó ir deprisa á Roma sin sus tropas inmediatamente, para acordar el plan de campaña (2). Roberto entró el 10 de Noviembre de 1485 en la Ciudad eterna por la Porta del Popolo, donde se le hizo un solemne recibimiento. Aquel mismo día comunicó Inocencio VIII la noticia de esto á los aquilanos, añadiendo la indicación, que luego les comunicaría las resoluciones tomadas con Roberto (3). Para el mismo efecto fueron llamados á Roma los días siguientes el señor de Anguillara, Pedro Juan de Savelli, Francisco de Colonna y otros (4). A 30 de Noviembre prestó Roberto juramento en manos del Papa, como abanderado de la Iglesia (5). El tiempo era sumamente crítico, pues ya se había presentado el enemigo á la vista de Roma.

Alfonso de Calabria había penetrado en los Estados de la Iglesia con doce banderas de caballería, uniéndose en Vicovaro con Virginio Orsini. De Florencia llegaron considerables tropas auxiliares, pero de Milán sólo 100 jinetes (6). Los enemigos se apoderaron desde luego del puente Nomentano y extendieron sus correrías hasta las mismas puertas de Roma. En la ciudad se produjeron los más graves desórdenes: en medio de la confusión general sólo un hombre conservó la cabeza serena: el cardenal Juliano della Róvere; y si Roma no cayó en manos de los enemigos, los cuales tenían toda su esperanza en los auxilios que pensaban recibir de la misma Ciudad, túvolo que agradecer el Papa á la férrea energía de aquel prelado. Ni de día ni de noche se permitía Juliano ningún descanso; y en las frías noches de Diciembre se le vió,

(1) Raynald, 1485, n. 43. Romanin, IV, 422 nota. Cf. en el apéndice, n.º 3, los * breves tomados del *Archivio segreto pontificio*.

(2) V. en el apéndice n.º 4, el * breve de 30 de Octubre de 1485 (*Archivio segreto pontificio*) y Sigismondo de' Conti, I, 230.

(3) Burchardi Diarium, I, 158, y el breve de 10 de Noviembre de 1485, publicado en el Bollett. st. d. Soc. patr. negli Abruzzi, I, 49.

(4) *Lib. brev., 19, f. 46^b: Dom. Anguillarie, Pier Joh. militi de Sabellis, Paschali viceduci Gravine, dat. XIII. Nov. [1485]; Francisco de Columna notario nostro, episc. Massan., dat. XIV Nov. *Archivio segreto pontificio*.

(5) Burchardi Diarium, I, 166 ss. En Sigismondo de' Conti, I, 239, hay que leer Decemb. en vez de Novemb.

(6) Sigismondo de' Conti, I, 238. Todavía en 1 de Noviembre de 1485, el Papa había dirigido * breves á Virginio y Paolo Orsini, en los cuales los disuadía de sus incursiones. Lib. brev., 19, f. 41. *Archivio segreto pontificio*.

junto con los cardenales Colonna y Savelli, inspeccionar las guardias de las puertas y murallas. El Vaticano se convirtió en una fortaleza; fué saqueada la casa del embajador de Nápoles é incendiada la ciudadela que tenían los Orsini en Monte Giordano. Virginio Orsini juró vengarse: quería cortar la cabeza á Julianio y hacerla pasear por la Ciudad clavada en una lanza (1).

La osadía de los enemigos aumentaba á medida que conocían cuán débil era la guarnición de Roma. Roberto Sanseverino y Juan della Róvere no tenían todavía ningunas tropas, y los colonneses estaban en Áquila; de suerte que la Ciudad no poseía en realidad otra defensa que las guardias del palacio y alguna caballería y artillería (2). En este apuro se permitió la vuelta á todos los delincuentes, procurando por este medio aumentar las filas de los defensores; no es, pues, de maravillar, que los robos y homicidios se contaran entonces entre los sucesos ordinarios (3).

Virginio Orsini hacía la guerra contra Roma, no sólo con la espada, sino también con la pluma, proclamando en folletos, así la deposición del cardenal Julianio, á quien atribuía los más repugnantes vicios, como de Inocencio VIII. Se excitó á los romanos á rebelarse contra el indigno señorío del «marinero genovés», que ni siquiera era verdadero Papa. Orsini ofrecía su apoyo para el nombramiento de un nuevo Pontífice romano y de nuevos cardenales, y amenazaba con mandar arrojar al Tíber á Inocencio VIII (4).

Aun cuando los romanos resistieron las excitaciones á la rebelión, no por esto dejaba de ser muy triste la situación del Papa. Ninguna de las vías que conducían á la Ciudad, estaba ya segura; los viajeros y aun los embajadores eran despojados sin misericordia (5). La carestía había alcanzado su grado máximo en la Ciudad, de hecho bloqueada, cuando llegaron finalmente, á 24 de Diciembre de 1485, las tropas de Roberto Sanseverino. Este condujo desde luego sus soldados á la presencia del Papa y los cardenales, y luego se dirigió contra los enemigos (6).

(1) Infessura, 189 s., 192. Sigismondo de' Conti, I, 239 s.

(2) Esto lo dice expresamente Sigismondo de' Conti, I, 241.

(3) Not. di Nantiporto, 1097. Infessura, 190.

(4) Cf. Infessura, 192-193. Sigismondo de' Conti, I, 241-242.

(5) Sigismondo de' Conti, I, 241. Cf. Infessura, 196, y Not. di Nantiporto, 1099, acerca del robo del embajador de Maximiliano de Austria, cometido el año 1486 por los soldados mercenarios de Roberto Sanseverino.

(6) Cf. Burchardi Diarium, I, 171 ss. y la * carta del cardenal A. Sforza, fechada en Roma, á 27 de Diciembre de 1485. *Archivo público de Míln.*

Las cosas tomaron entonces un giro favorable á los pontificios. Ya en el mes de Diciembre se tomó por asalto el puente Nomentano, y en Enero de 1486, fué Mentana arrebatada á los Orsini. Sobre esto entregó el cardenal Orsini Monte Rotondo y se dirigió á Roma para reconciliarse con el Papa (1). La defección del cardenal Orsini aterró al duque Alfonso de tal suerte, que abandonó su ejército, y como un fugitivo, corrió apresuradamente á Pitigliano. Paulo Orsini se encargó de las tropas desamparadas por su caudillo, y las condujo á Vicovaro (2). Por el mismo tiempo adoleció Inocencio VIII, que ya el año anterior había pasado varios meses enfermo; á 21 de Enero de 1486 se propagó como un reguero de pólvora el rumor de que el Papa había muerto y Virginio Orsini había penetrado en la Ciudad; una indescriptible turbación se apoderó de los habitantes de Roma, pues tenían un general saqueo. Semejante excitación duró todo el día y no pudo sosegararse ni aun con haberse mostrado en las ventanas el Papa, que se hallaba mejorado. Aquel falso rumor tuvo por efecto sublevarse los habitantes de Mentana, por lo cual Inocencio VIII ordenó la destrucción de dicho castillo (3).

Sólo el ruin estado en que se hallaba, en la Italia de entonces, el arte de la guerra (4), explica que pudiera sostenerse también la lucha en los meses siguientes, sin llegar á una acción decisiva. Los Estados de la Iglesia tuvieron mucho que sufrir, y no se veía el término de las devastaciones.

Ya á 30 de Enero de 1486 había Inocencio VIII hecho explicar al Emperador su apurada situación por medio de un Legado, reclamando su auxilio (5); pero más eficaces medidas que de parte

(1) Not. di Nantiporto, 1099. Infessura, 193. Leostello, 97 s., 104 s. Sigismondo de' Conti, I, 243 s. Cappelli, 49-50. Sobre el combate del puente de la vía Nomentana, v. también la * carta del cardenal A. Sforza, fechada en Roma, á 28 de Diciembre de 1485. *Archivo público de Milán*.

(2) Reumont, Lorenzo, II, 224.

(3) Infessura, 196-198. Not. di Nantiporto, 1099. Sigismondo de' Conti, I, 240. Cappelli, 50. Borgia, Benevento III, 423 s. V. la * carta de Arrivabene, fechada en Roma á 24 de Enero de 1486 (*Archivo Gonzaga de Mantua*), como también la * carta de un desconocido, escrita en Roma, el 21 de Enero de 1486, existente en el *Archivo público de Milán*.

(4) Cf. arriba, p. 50.

(5) V. el * breve de 30 de Enero de 1486. *Archivo secreto pontificio*. Cf. el * breve á Basilea, del mismo día. *Archivo público de Basilea*. Sobre la actitud de Inocencio VIII en la elección de Maximiliano I como rey de Romanos, por Febrero de 1486, v. Ulmann, en las *Forschungen*, XXII, 156. La conjetura

de Federico III se podían esperar de los reyes de España; pues, en general, esta potencia entonces creciente comenzaba á intervenir cada día más en las complicaciones de Italia. Don Fernando y doña Isabel intentaron desde luego una mediación pacífica, por la cual les dió las gracias el Papa á 10 de Febrero de 1486. Pocos días después explicó Inocencio VIII al duque de Bretaña, que le había exhortado á la paz, los excesos de Ferrante, haciendo notar expresamente que los barones habían sido reducidos por el Rey á tal extremo de desesperación que, en caso de negárseles el apoyo del Papa, se procurarían el de los turcos (1).

Como de Venecia ningún auxilio podía esperarse, el Papa, ó más bien el cardenal Juliano della Róvere, así como el cardenal Balue, que desde Febrero de 1485 actuaba en Roma como embajador de Carlos VIII y protector de los intereses de Francia (2), habían puesto los ojos en el duque Renato de Lorena. Este príncipe, apoyándose en los derechos de su abuelo, tenía pretensiones á la herencia de Nápoles, las cuales favorecía entonces Inocencio VIII; pero no todos los miembros del Sacro Colegio asentían á ello, y á 6 de Marzo de 1486 se llegó en el Consistorio á muy agrias explicaciones: Balue y Ascanio Sforza se trabaron de palabras con tal violencia, que Inocencio VIII les mandó callar (3). A pesar de esta oposición, Balue y Juliano supieron confirmar al Papa en la política hasta entonces seguida, y resolverle á implorar el auxilio de Francia (4); a 23 de Marzo se embarcó Juliano en Ostia con dirección á Génova, á donde llegó á principio de Abril; y según todas las apariencias, debía ir desde allí á la Corte de Carlos VIII de Francia, para mover á éste á prestar también su apoyo.

que expresa aquí este autor, en la nota 1, respecto de la fecha de las cartas del Papa, puedo yo completarla, pues consta del *Lib. brev., 19, f. 237 del *Archivo secreto pontificio*, que las dos cartas (tanto la dirigida al emperador Federico, como la escrita á Maximiliano I) llevan la fecha de 9 de Marzo de 1485.

(1) Raynald, 1486, n. 23.

(2) Cf. la excelente monografía de Forgeot, J. Balue, 125 ss.

(3) Cf. las cartas de A. Sforza, publicadas en el Arch. st. ital., IV, 2, 66 s., y en el Arch. st. napol., XI, 759 s., como también la **relación de Arrivabene, fechada en Roma, á 6 de Marzo de 1486. *Archivo Gonzaga de Mantua*.

(4) * El 10 de Marzo de 1486, el Papa escribió al rey de Francia que había recibido su carta, sobre el negocio de Nápoles, y siguen después expresiones laudatorias para el rey. Lib. brev., 19, f. 240; *ibid.* * Breve laudatorio del mismo día al duci Borbonii y f. 250, * Breve al rey de Francia de 15 de Marzo; el Papa le anuncia el envío de cirios benditos en agradecimiento por sus buenas intenciones. *Archivo secreto pontificio*.

Sin embargo, el cardenal se quedó en Génova negociando con el embajador de Renato y procurando el armamento de una flota (1).

A 9 de Mayo dirigió Inocencio VIII palabras de elogio á los barones napolitanos, certificándoles estaba dispuesto á emplear todos sus recursos para continuar la guerra (2). Casi al mismo tiempo derrotó Alfonso de Calabria á Roberto Sanseverino cerca de Montorio (3); y el enemigo volvió entonces á avanzar contra Roma. No sólo la capital se vió en sumo peligro, sino también todo el Estado de la Iglesia. Hacía meses que trabajaban los florentinos por sublevar á Perusa, Città di Castello, Viterbo, Asís, Foligno, Montefalco, Spoleto, Todi y Orvieto; y aun cuando las conjuraciones tramadas en aquellas ciudades no dieron resultado, vióse, sin embargo, el Papa, por aquellas intrigas, necesitado á dividir sus fuerzas (4). En Abril de 1486 el capitán de mercenarios Boccolino Guzzoni se apoderó de la ciudad de Osimo (5), y al mismo tiempo llegó á Roma la nueva de haber Matías Corvino enviado tropas para ocupar la importante plaza de Ancona (6). Otras noticias anunciaban haberse presentado sospechosas embarcaciones turcas en las costas del Adriático; á todo esto se añadía la más

(1) V. Brosch, Julius II, 36 s., donde con todo la partida de Julián se retrasa al «fin de Marzo». La fecha indicada en el texto, la que se halla en el Burcardi Diarium, I, 182, y en Cappelli, 53, está confirmada por la relación citrada de Arrivabene, fecha en Roma, á 23 de Marzo de 1486. *Archivo Gonzaga de Mantua*. Para este negocio cf. también Buser, Beziehungen, 246 s., y en el apéndice n.º 5, el *breve á Julián, de Mayo de 1485. *Archivo secreto pontificio*.

(2) *Principibus et baronibus regni Neapolit. Nobis et S. R. S. adhaerent. Lib. brev. 19, f. 361. *Archivo secreto pontificio*.

(3) Porzio, Congiura de' Baroni lib. II, c. 33 s. Rosmini, Trivulzio, II, 143 ss. Cipolla, 637. Bollett. d. Soc. negli Abruzzi, I, 177.

(4) Sismondi, XI, 289-290. La mayor parte de las ciudades permaneció fiel al Papa. Cf. los *breves laudatorios dirigidos, á Viterbo, el 10 de Febrero y á Perusa el 28 de Febrero y el 5 de Marzo de 1486. Lib. brev. 19, f. 178, 215, 228º. Por los *breves á Perusa, fechados en Roma, el 5, 20 de Febrero y 12 de Abril de 1486, aparece cómo el Papa se vió obligado á dividir sus fuerzas. Cod. C. IV, 1 de la *Biblioteca de la Universidad de Génova*.

(5) Sobre este negocio, cf. Sigismondo de' Conti, I, 272 s.; Ugolini, II, 49 s.; Cecconi, Carte dipl. Osimane, 71-72 y Boccolino Guzzoni, 50 ss.

(6) *Gubernatori Marchie. Ex quodam magnae fidei viro e partibus Segnie nuper accepimus regem Hungariae aliquas copias suas navibus versus Anconam transmittere decrevisse non tam uti regi Neapolit. auxilium ferat quam ut terris nostris damnum aliquod inferat. Síguese la orden de oponerse á ello, y de mantener fiel á Ancona. Dat. Rom. 23 April. 1486. Lib. brev. 19, f. 317. *Archivo secreto pontificio*.

extremada falta de dinero, en la cual se insiste en numerosos breves (1).

Bajo la influencia de todos estos acaecimientos comenzó á arrepentirse Inocencio VIII de haberse metido en la guerra de Nápoles con la confianza de recibir auxilio de los poco seguros venecianos (2). Semejantes consideraciones habían sido hasta entonces rechazadas por Juliano della Róvere; mas este hombre, á quien se podía propiamente considerar como el alma de la resistencia contra Ferrante, estaba lejos de Roma. El último día de Mayo llegaron á Roma los embajadores del monarca francés y el duque Renato (3), y entablaron negociaciones con el Papa sobre los asuntos de Nápoles; pero los embajadores de Don Fernando el Católico, que tenían el establecimiento de los franceses en Italia, se opusieron á sus planes y procuraron atraer al Papa á un arreglo. Las reflexiones de los diplomáticos españoles fueron apoyadas por los cardenales Savelli y Borja, y éste y Balue llegaron á violentas explicaciones en el consistorio (4). En Aquila estalló una rebelión contra el señorío de la Iglesia, mientras el ejército del duque Alfonso hacía muy amenazadores progresos. Sus tropas avanzaban victoriosamente y se extendían hasta las puertas de Roma. La terminación de la guerra parecía entonces imponerse tanto más, cuanto la rebelión aumentaba incesantemente entre los mismos funcionarios del Papa. Las traiciones eran cosa diaria, y no se podía tener confianza sino en pocos gobernadores de fortalezas (5). Aun un Papa menos débil que Inocencio VIII hubiera en tales circunstancias ajustado la paz. Envióse pues, á decir, tanto al cardenal Juliano como al duque Renato, que ya que habían diferido tanto su vuelta, la dejaran ahora para mejor tiempo; la ruina de Roma y de los Estados de la Iglesia no podía evitarse sino mediante un tratado de paz (6).

(1) Abajo en el cap. VI, traeremos los testimonios de eso.

(2) Cf. Cappelli, 52 y Sigismondo de' Conti, I, 258.

(3) Burchardi Diarium, I, 204. Sobre el viaje de los mismos, cf. * Lib. brev. 19, f. 386-387. *Archivo secreto pontificio*.

(4) Infessura, 202. Sismondi, XI, 292. Forgeot, J. Balue, 131-132. Sobre Aquila, v. Cappelli, 55.

(5) Infessura, 206, 209, 210-214. Cf. Leostello, 110 s.

(6) Sigismondo de' Conti, I, 260. Dice el mismo en la p. 259, que la paz fué ajustada por Agosto de 1486, para que los franceses no recogiesen el fruto de la guerra, y luego España por envidia acudiese en auxilio de Ferrante. Julián

Encomendáronse las negociaciones sobre los particulares artículos de ésta al cardenal Juan Michiel, y se llegó muy pronto á un acuerdo, por haberse mostrado Ferrante muy condescendiente por temor á Francia. Su capitán general Juan Trivulzio, y el humanista Pontano, fueron al Vaticano secretamente, donde en la noche del 9 al 10 de Agosto de 1486 se firmaron los preliminares de la paz (1), y el 11 de Agosto se concluyó ésta definitivamente. Los principales artículos de aquel convenio, cuya garantía tomaron á su cargo los monarcas españoles, Milán y Florencia, eran los siguientes: Ferrante reconocía la soberanía feudal del Papa y prometía pagarle el tradicional censo junto con los atrasos. Los barones rebeldes obedecerían al Rey, mediante una completa amnistia; Aquila podría elegir libremente entre Roma y Nápoles; Virginio Orsini pediría perdón al Papa, y todos los obispados y beneficios serían libremente otorgados por Inocencio VIII (2).

Vemos, pues, que Ferrante concedía tantas cosas, que no se echaba de ver en la paz su victoriosa posición; y no pudo ser sólo el temor de Francia lo que movió al Rey á contraer tales obligaciones. Esta paz no se comprende enteramente sino considerando las posteriores acciones del Rey, el cual, si por una parte se mostró muy dispuesto á hacer por escrito aquellas concesiones, supo eludir con no menos destreza la ejecución de ellas, y todo aquel convenio se deshizo con tanta celeridad como se había ajustado. Ya en Septiembre echó Ferrante de Aquila á las tropas pontificias, hizo matar al que la gobernaba en nombre del Papa, y sometió la ciudad sin restricciones á su señorío. Luego tomó el desleal monarca venganza terrible de los barones, y no contento con reducirlos á prisión, echó en la cárcel hasta á las mujeres é

volvió á Roma el 12 de Septiembre, pero halló en el Papa tan poca inclinación á emprender una nueva guerra con Nápoles, que se retiró á Ostia. Capelli, 59.

(1) Cf. la carta de Trivulzio, publicada por Rosmini, II, 149, 150.

(2) Cf. Infessura, 214 s. Sanudo, Vite 1238 s. Porzio, 148. Cipolla, 638-639; este último autor trae pormenores sobre la suerte de R. Sanseverino, acerca de cuya fidelidad, según Sigismondo de' Conti entre otros, se había inducido á error al Papa, pero sin causa (v. Arch. d. Soc. Rom. XIX, 180 sqq.). Cf. también el apéndice, n.º 6, el *despacho de Arrivabene de 11 de Agosto de 1486. *Archivo Gonzaga de Mantua*. El mismo embajador anuncia á 12 de Septiembre, en consonancia con el Burchardi Diarium, I, 208, que la publicación oficial de la paz, no se efectuó sino aquel mismo día. Cf. Notar Giacomo, 160. De las grandes fiestas dispuestas en Bólonia para conmemorar la conclusión de la paz da cuenta *Ghirardacci, *Istoria di Bologna* ad a. 1486, Cod. 768 de la *Biblioteca de la Universidad de Bologna*.

hijos de aquellos desgraciados, al paso que les confiscó todos sus bienes, aun los capitales que poseían en el extranjero. Luego que no tuvo nada que temer de los barones, comenzó á hacer formal escarnio de la autoridad pontificia. Rehusó el pago del tributo feudal, y dispuso de los beneficios eclesiásticos sin consideración alguna al Papa: «la mano del Rey pesaba más gravemente que nunca sobre la Iglesia» (1).

Todavía no contento con todo esto, procuró Ferrante angustiar al Papa, desposeído de toda defensa, excitando turbulencias en los Estados pontificios (2). Frente á esta política de violencia consciente y sin miramientos, obró Inocencio VIII con la mayor debilidad, haciéndolo todo á medias y sin resolución. Tentando diferentes alianzas, sin una constante manera de proceder, logró que nadie se fiara de él. Todavía en el año de 1486 había entablado el Papa con Venecia nuevas negociaciones, las cuales condujeron á una Liga veneto-romana publicada á principios de Febrero de 1487. Pero luego al siguiente mes vaciló, inclinándose del lado de los florentinos (3). Convínose en una alianza matrimonial entre la segunda hija de Lorenzo, Magdalena, y Franceschetto Cibo; bien que á causa de la edad sobradamente juvenil de la prometida, hubo de diferirse todavía la boda. «Entretanto acaecieron cosas que podrían haber detenido á Lorenzo, si no hubieran sido tan apremiantes sus deseos de alcanzar en Roma un punto de apoyo, y si sus esperanzas de dominar al débil Papa no se hubieran confirmado con nuevos sucesos» (4).

En el mismo año de 1487 halló el de Médici una ocasión de obligar al Papa; pues en Osimo se había sublevado de nuevo el condottiero Boccolino Guzzoni y entrado en relaciones con el sultán Bayaceto. Como se demostró por cartas interceptadas, aquel temerario rebelde tenía en realidad el designio de poner en manos de los turcos la Marca picentina (5); y como el Sultán pa-

(1) Sigismondo de' Conti, I, 261; II, 30. Reumont, Lorenzo, II^a, 228 s., y Rom., III, 1, 192. Gothein, Süditalien 527 s.

(2) Lebreton, VI, 349 s.

(3) Brosch, Julius II, 39. Sobre la liga con Venecia, que puso á Lorenzo en suma conmoción (v. Cappelli, 63), cf. Sigismondo de' Conti, I, 281, 423 s.; Burchardi Diarium, I, 237 sqq., y Buser, Lorenzo, 82.

(4) Reumont, Lorenzo II^a, 240-242. Cf. la «relación de Pandolfini de 21 de Marzo de 1487. *Archivo público de Florencia*.

(5) Cf. Sigismondo de' Conti, I, 273 ss., 310. Sugenheim, 361. Brosch, Julius II, 41, 309-310. Rosmini, II, 158 s. Ugolini, II, 54 ss. Cipolla, 641 s. V. tam-

recía inclinado á aceptar sus proposiciones, era indispensable proceder rápidamente; Inocencio VIII no dejó de hacerlo así en esta ocasión. Ya en Marzo de 1487 fué enviado contra Boccolino el belicoso Juliano della Róvere (1); pero como á causa de la falta de dinero, no dispusiera de fuerzas suficientes, ni pudiera alcanzar resultado alguno, reclamó el Papa el auxilio de Milán; pero Juan Jacobo Trivulzio, uno de los más hábiles capitanes de su tiempo, enviado de allí en Mayo, no pudo tampoco apoderarse de Osimo. En Julio solicitó Juliano su reemplazo y fué substituído por el cardenal Balue. Cuando éste llegó á la vista de Osimo, Trivulzio había puesto ya á la ciudad en tal apuro, que era inminente su rendición.

La mediación hábil del embajador florentino, logró que se ajustara un convenio, en virtud del cual Boccolino se obligó á salir de la ciudad y dirigirse á Florencia, mediante el pago de 8,000 ducados (2). Las amistosas relaciones del Papa con los Médici, fueron presto asimismo de provecho para los Orsini, pues la esposa de Lorenzo era hermana de Virginio Orsini. Ninguno sintió más agriamente aquella mudanza que el cardenal Juliano. A 19 de Julio de 1487 había regresado éste disgustado de Osimo, y cuando en Agosto el Papa volvió á recibir formalmente en su gracia á los Orsini, salió de Roma y se marchó á Bolonia; pero, sin embargo, pronto volvió á reconciliarse con el Papa (3).

Mientras la guerra contra Osimo andaba todavía indecisa, esforzábese Ferrante en llevar al último extremo su contienda con Inocencio VIII. En Mayo de 1487 fué enviado Troyano de' Bottuni como delegado extraordinario á Roma, Florencia y

bién Morus, Bibl. Picena, V, 197, y la monografía de Cecconi, Boccolino Guzzoni, 74 s.

(1) Cf. las *relaciones de Pandolfini de 2, 10 y 11 de Marzo de 1487. *Archivo público de Florencia*.

(2) Reumont, Lorenzo II^a, 238, y Cecconi, Boccolino Guzzoni, 83 ss., 91 ss., 100 s. Por un *breve de 16 de Agosto de 1487, Inocencio VIII dió las gracias al soberano de Milán, por haberle enviado á Trivulzio para reducir á Osimo. El original se halla en el *Archivo público de Milán*. Por un *breve de 1 de Septiembre de 1487, Inocencio VIII dió las gracias á los Perusinos, por los subsidios en dinero que le habían suministrado. C. IV, 1 de la *Biblioteca de la Universidad de Génova*.

(3) Infessura, 227. Not. di Nantiporto, 1105. Brosch, Julius II, 42. Según un *despacho de Arlotti, fechado en Roma, á 19 de Julio de 1487, Julián volvió á Roma en este día.

Milán, llevando instrucciones de Ferrante para negar descaradamente todas las obligaciones á que se había sometido en la paz de 11 de Agosto de 1486 (1). En la segunda mitad de Julio de 1487 reunió Inocencio VIII á los cardenales en un consistorio para deliberar sobre los asuntos de Nápoles. Todos convinieron en que el honor de la Santa Sede obligaba á intervenir: se resolvió presentar al rey de España, á Milán y á Florencia, que habían garantizado la paz, quejas por el quebrantamiento de ella; además debía enviarse un nuncio á Nápoles para entablar una reclamación, y caso de que los barones hubieran cometido nuevas faltas, exigir que se siguiera contra ellos un proceso legítimo con intervención del Papa. En este sentido estaba concebida la instrucción, fechada á 24 de Julio de 1487, para el nuncio Pedro Vicentino, obispo de Cesena (2); pero el modo cómo se trató en Nápoles á aquel enviado, basta para caracterizar á Ferrante. Negóse á dar audiencia al nuncio; por lo cual Vicentino salió al encuentro del Rey, cuando éste iba de caza, á las puertas de su palacio, y le obligó á escuchar los requerimientos del Papa. En su respuesta no se contentó Ferrante con una rotunda negativa, sino añadió la mofa: No había olvidado el pago del censo feudal, pero á consecuencia de los gastos que había hecho por la Iglesia, se hallaba entonces sin dinero. Tocante á su intromisión en los negocios eclesiásticos, de que el nuncio había tratado en segundo lugar, observó el Rey, que él conocía bien á sus súbditos, y el Papa no, y que, por tanto, continuaría dando asimismo las prebendas á aquellos á quienes tenía por dignos, y que Inocencio VIII se podía contentar con la confirmación. Y como Pedro Vicentino recordara en último lugar, haber sido encarcelados los barones contra lo convenido, trajo el Rey á la memoria la prisión y posterior liberación de los cardenales Colonna y Savelli por Sixto IV; añadiendo: «Así quiero yo también proceder con mis súbditos traidores.» Después de lo cual mandó tocar el cuerno de caza y pasó de largo sin saludar siquiera al nuncio (3).

(1) Ferdinandi Instruct. 217 sqq. Reumont, Lorenzo II^a, 242 s.

(2) Reumont, loc. cit. El texto de la Instrucción se halla en Raynald, 1487, n. 10. Sobre el consistorio, v. Cappelli, 67 y una * carta de Arlotti, fechada en Roma, á 19 de Julio de 1487. *Archivo público de Módena*.

(3) Fuera de Infessura, 229-230, cf. también el despacho del embajador de Módena, publicado por Balan, 242, not. 3. V. también Nunziante, *Lettere di Pontano*, 3.

A vista de semejante falta de consideración, Inocencio VIII pareció por de pronto haber perdido todo su aplomo. «Juan Jacobo Trivulzio, escribe el embajador de Ferrara á 6 de Septiembre de 1487, dice de la pusilanimidad, falta de cabeza y miseria del Papa, lo que no pudiera decirse sino del hombre más simple; y añade, que si no le infundieran ánimo y le mantuvieran en vida, haría el más desdichado fin» (1).

La debilidad del Papa incitó á Ferrante á proceder todavía con menos miramientos, decretando entonces una solemne apelación á un concilio (2). Ocho días después de haberse recibido esta noticia en Florencia, llegó á presencia de Lorenzo de' Médici el secretario privado del Papa, Jacobo Gherardi de Volterra, el cual llevaba la secreta comisión de ajustar contra Nápoles una liga entre Florencia, Milán y Venecia; pero como Lorenzo no quiso absolutamente oír hablar de acudir á las armas, y disuadió al Papa el empleo de censuras eclesiásticas, todo aquel plan se resolvió en nada (3). Verdad es que en Roma, todavía en Octubre se hablaba públicamente de que Inocencio se disponía á fulminar contra Ferrante sentencia de excomunión, interdicto y deposición; pero de la continuación de las negociaciones con Milán y Florencia se colegía que no se llegaría á dar aquel paso extremo, y en lugar de él se procuraría obtener una inteligencia (4). Precisamente el influjo de Lorenzo con el Papa tenía entonces fuerza particular, por estar próximo el desposorio de Franceschetto Cibo con Magdalena de' Médici.

A 13 de Noviembre entró en Roma la novia acompañada de su madre Clarisa; el 18 del mismo mes dió el Papa un banquete en honor de los futuros esposos, y les regaló joyas por valor de 10.000 ducados (5). Todavía al principio de su pontificado se había negado Inocencio VIII á permitir que Franceschetto residiera en Roma (6); y ahora, aquel hombre cuya debilidad no tenía

(1) Cappelli, 68. Reumont, Lorenzo II^a, 247.

(2) Cf. las relaciones publicadas por Buser, Lorenzo, 85 s., y por Cappelli, 68, como también Baluze, I, 518 s.

(3) Cf. Tabarrini, en el Arch. st. ital., 3 Serie, VII, 2, 3 s.; X, 2, 3 ss.; Reumont, Lorenzo II^a, 248 s., y Buser, Lorenzo, 86 s.

(4) **Carta de B. Arlotti, fechada en Roma, á 25 de Octubre de 1487. *Archivo público de Módena*.

(5) Burchardi Diarium, I, 275. Cappelli, 69. Staffetti, 4.

(6) Esto lo cuenta un testigo muy digno de fe, conviene saber, el cardenal A. Sforza, en una *carta, fechada en Roma, á 12 de Octubre de 1484: *Sono

límites, celebraba la boda del mismo en su propio palacio. A 20 de Enero de 1488 se firmó el contrato matrimonial (1) y, con no pequeño disgusto de Lorenzo, observó el Papa cierta reserva en lo tocante á conceder posesiones á Franceschetto; pero, á la verdad, todavía irritó más al de Médici que se difiriese conceder á su segundo hijo Juan la prometida dignidad cardenalicia (2).

El matrimonio de Magdalena con Franceschetto, el cual era de edad mucho mayor, no fué feliz. El grosero Cibo carecía de talento, y estaba además en alto grado invadido por la corrupción de su tiempo. Sólo sentía interés por el dinero, que derrochaba, por otra parte, pródigamente en el juego y la crápula. Pero, aun prescindiendo de esto, el enlace familiar entre los Cibo y los Médici, fué un precedente en gran manera pernicioso; pues entonces «por primera vez, fué en cierto modo reconocido el hijo de un Papa, é introducido en la escena política» (3). Con razón, pues, formula Egidio de Viterbo, particularmente por respecto á aquel funesto error, un muy duro juicio contra Inocencio VIII (4).

circa tre dì chel figliolo de N. S. è venuto qui con poca dimonstrazione de S. S^{ta} et sta molto privatamente et per quanto intendo vole parta da qui et vada stare a Napoli o altrove ne li lochi de la chiesa. *Archivo público de Milán.*

(1) Gregorovius, *Das Archiv der Notare des Capitols*, 503.

(2) Cf. Reumont, Lorenzo, II^a, 359 ss., quien advierte: «Las cartas dirigidas por el yerno al suegro son, con todas sus quejas, más honrosas para Inocencio VIII, que para los que le asediaban con sus demandas.»

(3) Reumont, Lorenzo, II^a, 240 s. Staffetti, 5, 8 s.

(4) Por Noviembre del año siguiente, Inocencio VIII, celebró igualmente en el Vaticano el casamiento de su nieta Peretta (hija de Teodorina) con el comerciante genovés Gherardo Usodimare: el Papa asistió en persona al banquete de bodas; cf. Burchardi *Diarium*, I, 320-322, quien advierte: *Res hec secreta non fuit, sed per totam urbem divulgata et prescita. Ego non interfui, sed fratre prefati Guilielmi camerarii secreti, qui interfuit, hec mihi referente, notavi, licet contra normam ceremoniarum nostrarum acta sint, que expresse prohibent mulieres esse in convivio cum pontifice.* He aquí el juicio de Egidio de Viterbo en su **Hist. XX saecul.* (este pasaje no se halla completo en Gregorovius, VII^a, 271): *Primus pontificum filios filiasque palam ostentavit, primus eorum apertas fecit nuptias, primus domesticos hymeneos celebravit. Utinam ut exemplo prius caruit, ita postea imitatore caruisset (f. 315).* Sobre las sátiras contra los nepotes de Inocencio VIII, v. Luzio en el *Giorn. d. Lett. ital.* XIX, 89, y además Cod. 9846 de la *Biblioteca palatina de Viena.*

PRÓLOGO

DE LA TERCERA Y CUARTA EDICIÓN

Apenas habían transcurrido dos años y medio desde la aparición del presente tomo, cuando nos anunció la casa editorial, que las dos primeras ediciones estaban para agotarse. Esta prueba del vivo interés que despierta en extensos círculos la HISTORIA DE LOS PAPAS, ha sido para mí un nuevo acicate, que me espoleaba á no rehuir ningún trabajo para enmendar y enriquecer la obra. Ante todo, tomé en cuenta, del modo más completo posible, toda la bibliografía nacional y extranjera, publicada desde 1895, y satisface á las observaciones justificadas; por fin, eché mano asimismo de nuevos materiales inéditos, hallados en Florencia, París, Roma, Venecia y Viena.

Mi juicio acerca de Alejandro VI ha tenido que quedar invariable, por cuanto las reclamaciones presentadas por uno que otro se apoyan en lucubraciones insostenibles de autores modernos. Respecto de la cuestión sobre Savonarola, que tanto se ha agitado recientemente, ya me tomé con un cierto número de críticos, en un trabajo especial publicado en 1898. Lo que desde entonces se ha venido publicando sobre este punto, ha sido examinado concienzudamente, tomando en cuenta todas las objeciones dignas de aprecio, y juzgando, en las notas, los más modernos conatos de trazar una completa apología de aquel varón notable. Cuanto mayor ha sido el apasionamiento con que han abrazado algunos, la defensa de Savonarola, tanto más me he esforzado yo por continuar sosteniendo como antes mi opinión, de una manera serena y estrictamente científica.

También esta vez hemos dedicado una especial solicitud á los puntos tocantes á la Historia del arte, los cuales ya en las edicio-

nes anteriores obtuvieron el reconocimiento de eminentes especialistas, como Burckhardt, Kraus, Müntz y Steinmann. Las secciones sobre las relaciones de los literatos con Inocencio VIII, Alejandro VI y Julio II, han sufrido una completa refundición y ampliación considerable. Casi todos los capítulos llevan grandes y pequeñas añadiduras. Por efecto de lo cual, aunque muchas secciones se han abreviado, omitiendo en ellas las citas intercaladas en el texto, y el Apéndice de documentos se ha impreso en tipo menor, ha crecido, sin embargo, el presente tomo notablemente desde las primeras ediciones (1).

LUDOVICO PASTOR.

Innsbruck, 29 de Junio de 1899.

(1) A partir de este volumen, la versión castellana de las innumerables notas ha corrido enteramente á cargo de nuestro diligente hermano de religión P. J. Monserrat, S. J. *Suum cuique*.

CATÁLOGO

de los archivos y colecciones de manuscritos utilizados

- AIX (Provenza), Biblioteca Méjan-
nes 328.
AREZZO, Biblioteca 597.
BASILEA, Archivo 197, 683, 718, 737.
BERLÍN, Biblioteca 328, 484.
BOLONIA, archivo público 257, 270,
330, 572, 591, 602, 620, 632, 633,
634, 638, 653, 654, 665, 684, 702,
715, 740, 876, 928, 930.
Biblioteca de la Universidad
201, 300, 334, 458, 616, 620.
BREMEN, Biblioteca 186.
BRIXEN, Archivo del Prínc. obispo
505.
COLONIA, Archivo público 186.
DRESDEN, Biblioteca 253.
DÜSSELDORFF, Archivo público
230, 233, 368.
FLORENCIA, Biblioteca Riccardia-
na 142.
Biblioteca de S. Marcos 141.
Biblioteca nacional 79, 133, 142,
163, 216, 217, 237, 289, 290, 296,
431, 568, 649, 696, 698, 705, 707,
709, 897, 903—904.
Archivo público 13, 71, 186, 202,
209, 235, 254, 272, 273, 293, 314,
316, 327, 330, 355, 356, 371, 505,
582, 583, 670, 736, 880—881.
FRANKFURT a. M., Archivo pú-
blico 244, 513.
GALLEN, St., biblioteca abacial 505.
GÉNOVA, Archivo público 184,
728.
Biblioteca de la Universidad 186,
199, 202, 208, 244, 269, 610, 654.
GLIS en Brieg, Archivo familiar
de Jörg auf der Flue 701.
GRENOBLE, Biblioteca 301.
GRIES, Archivo 627.
HALL (Tirol), Archivo provincial
de los Franciscanos 261.
IMOLA, Archivo público 580.
INNSBRUCK, Archivo 692.
KATWYK (Hollanda), Biblioteca
del Colegio de los Jesuitas 251.
LONDRES, British Museum 568,
674.
LUCCA, Biblioteca capitular 235.
Archivo público 224.
Biblioteca de la ciudad 133.
MANTUA, Biblioteca Capilupi 496,
597.
Archivo Gonzaga 100, 136,
177, 182, 186, 191, 192, 193, 194,
196, 198, 201, 211, 213, 214, 227,
228, 229, 237, 238, 239, 240, 241,
272, 274, 283, 289, 294, 300, 308,

(1) Respecto de las citas de esta colección, cf. vol I, p. 62, not. 1.

CAPÍTULO III

Turbulencias en la Romaña. Contienda y paz final entre Roma y Nápoles

La primavera de 1488 vió estallar peligrosas turbulencias en la Romaña. A 14 de Abril fué asesinado alevosamente por tres conjurados, Jerónimo Riario, que se había hecho aborrecer por sus brutales arbitrariedades y crueldades. La ruina del poder de los Riarios parecía inevitable; pero la animosa consorte del asesinado, Catalina, sostuvo el castillo de Forlì, hasta que fué librado por las tropas milanesas, conservando con esto el señorío para su joven hijo Octaviano (1).

Los conjurados se habían dirigido inmediatamente en demanda de socorro, así á Lorenzo de' Médici como á Inocencio VIII. Las sospechas expresadas por Checho Orsi, propio tramador del complot, de que el Papa había sido iniciado en la conspiración, carecen enteramente de fundamento. Aun prescindiendo del todo de no

(1) Cf. Bernardi, I, 1, 229 sqq. Cipolla, 647. Pasolini, I, 199 s. 207 s. Sobre las relaciones de Jerónimo Riario con Inocencio VIII, quien luego al punto después de su elección le dió en feudo las ciudades de Imola y Forlì, se sabe poco. Como quiera que sea, es de sumo interés una *carta del cardenal A. Sforza, fechada en Roma, á 17 de Septiembre de 1485, en parte cifrada, la cual pertenece á este lugar: En ella se lee (los pasajes cifrados están escritos en caracteres itálicos): * *Da bon loco sono avisato che el C. Hieronymo ha facto offerire al papa squadre dece de gente d'arme per la impresa del Reame et lo papa le ha acceptate. Archivo público de Milán.* No conozco confirmación alguna de esta noticia.

merecer confianza el testimonio de un hombre semejante, el mismo Checho lo contradijo, apelando á la mediación de Lorenzo para obtener del Papa que favoreciese su empresa (1).

Una parte de la población de Forlì deseaba muy vivamente la inmediata soberanía de la Iglesia, y despachó enviados á Roma con la súplica de que el Papa tomara la ciudad bajo su amparo. Por esto mandó Inocencio VIII que algunas tropas de Cesena se dirigieran á Forlì, al mando del protonotario Bernardino Savelli, las cuales, sin embargo, cayeron prisioneras del ejército milanés. Entonces desistió el Papa de toda ulterior intervención, aun cuando hubiera podido defender la causa de la ciudad, que le estaba sometida según todas las reglas del derecho. Sin atención á que Jerónimo Riario se le había mostrado muy hostil durante el reinado de Sixto IV, recomendó á los de Forlì los hijos menores del asesinado, y dió también al cardenal Rafael Riario, enviado á Forlì, instrucciones sobre este punto (2).

Inocencio VIII tenía además otra razón especial para no mezclarse en las contiendas de la Romaña, pues precisamente por aquel tiempo trabajaba el monarca napolitano infatigablemente por sublevar las ciudades de los Estados de la Iglesia contra su legítimo señor. La rebelión de la importante ciudad de Ancona, que ya se había temido dos años antes, se realizó ahora con efecto. Fué una terrible sorpresa, que el Consejo de Ancona, en los primeros días de Abril de 1488, enarbolara en la torre de la Casa de la Ciudad, y asimismo en los mástiles de sus barcos, la bandera húngara, como señal de haberse puesto bajo el amparo del yerno de Ferrante, Matías Corvino (3). Cuando Inocencio VIII hubo de tolerar la pérdida de la más importante de sus plazas marítimas del Adriático, ¡cuánto menos podría pasarle por las mientes interesarse por Forlì! Los reproches que le hace por

(1) Relación de Stefano de Cástrocaro, publicada por Gennarelli, 101-103 y Thuasne, I, 521-524. Merece notarse también, que el otro asesino, Ludovico Orsi, en directa contradicción con Checho Orsi, declaró que, fuera de él, Checho y el tercer conjurado, ningún hombre del mundo había tenido conocimiento del proyecto. Cf. también Pasolini, I, 248; III, 116. Cian, Cat. Sforza, 15, asiente á Pasolini, pero cree que, respecto de las turbaciones de la Romaña, Inocencio VIII se hallaba en una situación análoga á la de Sixto IV respecto de la conjuración de los Pazzi.

(2) Sigismondo de' Conti, I, 315-316; cf. Bernardi, I, 274.

(3) Fraknói, Mathias Corvinus, 22 s. Aquí también hay pormenores sobre la posterior ruptura de la alianza entre Ancona y Hungría.

este concepto el apasionado cronista romano Infessura (1), son injustos; pues si el Papa hubiera atendido á los requerimientos de los de Forlì, se hubiera visto envuelto en una guerra, no sólo con Milán sino también con Florencia. Lorenzo de' Médici dijo sin rodeos, que aún vería de mejor gana á Forlì en poder de Milán que en el de Roma. La Iglesia, dijo entonces el de Médici al enviado de Ferrara, era al presente más temible que la misma Venecia, y esta consideración había influido principalmente en él para determinarle á ponerse del lado del rey Ferrante contra el Papa (2).

Poco después llenó á Inocencio VIII de temor una nueva noticia de Romaña: á 31 de Mayo Galeoto Manfredi, señor de Faenza, perdió la vida por celos de su mujer. Entonces se produjeron también allí tumultos, y al poco tiempo amenazó una guerra entre Florencia y Milán. También en estas turbulencias intervino el Papa procurando la paz por mediación del obispo de Rimini (3).

Asimismo trabajó el Supremo Jerarca de la Iglesia en favor de la paz en Perusa, desgarrada por las luchas de partido. Ya en el año de 1487 se había afanado el Papa en este sentido (4); en Diciembre del mencionado año había nombrado Gobernador de aquella ciudad á su propio hermano Mauricio Cibo (5). Este «inteligente y hábil» varón, intentó una solución pacífica de aquellas inacabables desavenencias; pero, sin embargo, sus esfuerzos fracasaron, lo propio que los de Franceschetto Cibo enviado á Perusa en Julio de 1488 (6). A fines de Octubre, con honda pena del Papa (7), se encendió de nuevo la hereditaria lucha de las familias Baglioni y Oddi, llenando aquella ciudad, digna de compasión, de incendios, robos y homicidios. Aquellas luchas terminaron siendo arrojados los Oddi; y como los Baglioni podían esperar

(1) Infessura, 232, donde por lo demás hay que notar el *ul fertur*.

(2) Cappelli, 72. Cf. Reumont, Lorenzo, II^a, 270 s.

(3) Sigismondo de' Conti, I, 316.

(4) Cf. el *breve á Perusa, fechado el 10 de Enero de 1487. Cod. C. IV, 1 de la *Biblioteca de la Universidad de Génova*.

(5) *Breve de 18 de Diciembre de 1487, l. c. Angelo da Sutri fué el sustituto de M. Cibo, quien no llegó á Perusa hasta el 22 de Febrero de 1488 (Graziani, 669).

(6) Además de Graziani, 670 ss., cf. los *breves del Papa á Perusa de 9 y 11 de Julio y 22 de Septiembre de 1488. Cod. cit. de la *Biblioteca de la Universidad de Génova*.

(7) Cf. el *breve á Perusa de 31 de Octubre de 1488, l. c.

auxilios militares de parte de Ferrante, creyó Inocencio VIII deberse abstener de tomar medidas rigurosas contra ellos. En Noviembre de 1488 envió á Perusa al cardenal Piccolomini, igualmente señalado por su prudencia y su elocuencia, y la infatigable actividad de aquel prelado moderó el ímpetu de los Baglioni, y previno que Perusa se desligara completamente, según se temía, de la soberanía del Papa (1).

También acertó el cardenal Piccolomini, con rara habilidad, á terminar las antiguas cuestiones de límites entre Foligno y Spello, librando con esto á Inocencio por lo menos de aquella solitud (2).

Tanto mayor cuidado é inquietud producía al Papa la conducta del monarca napolitano, que continuaba siendo por demás hostil y provocativa. Inútilmente se esforzó la Corte española, en la primavera de 1489, por terminar la contienda; Ferrante no parecía, por sus ataques personales contra el Papa y sus partidarios, sino querer llegar á un abierto rompimiento con Inocencio VIII. Era un peligroso juego el que ejecutaba el Rey de Nápoles; pues una guerra con el Papa podía, es verdad, hacerle señor de los Estados de la Iglesia, pero asimismo prepararle ya entonces el destino que seis años más adelante sufrió realmente su hijo; y es el mayor de los méritos de Lorenzo de' Médici haber prevenido en el año de 1489 el choque que parecía inevitable entre Ferrante é Inocencio VIII (3).

El Rey de Nápoles se vió no poco apoyado en su provocativa actitud contra Roma por el rey de Hungría Matías Corvino, el cual procuraba entonces sobre todo llevarse á Hungría al príncipe turco Hixem; y como su embajador en Roma no había podido conseguir esto, se adelantó Matías hasta la terrible amenaza de llevar á Italia, en caso contrario, al Sultán de los turcos. Por otra parte declaró Matías al nuncio pontificio, que su honor le prohibía abandonar al monarca napolitano (4).

Como «el honor del Rey de Hungría» no le había estorbado apoderarse de Ancona, tampoco le prohibió ahora entrar en relaciones

(1) Sigismondo de' Conti, I, 317. Cf. Reumont, Lorenzo, II, 279 s. Respecto al nombramiento de Piccolomini, cf. Graziani, 690 s. y una * carta de Arlotti, fechada en Roma, á 9 de Noviembre de 1488. *Archivo público de Módena*.

(2) Sigismondo de' Conti, I, 317.

(3) Juicio de Reumont, Lorenzo, II, 370-371.

(4) Fraknói, Mathias Corvinus, 262. Sobre Hixem, cf. el capítulo siguiente.

con vasallos del Papa, y asimismo con el famoso capitán de mercenarios Julio César Varano, las cuales se ordenaban á promover la rebelión de los mismos (1). Por medio de levantamientos en los Estados de la Iglesia se debía humillar al Papa, hasta convertirlo en un dócil instrumento. Inocencio VIII procuró defenderse contra aquellos ataques del mejor modo posible. En Mayo de 1489 tomó la resolución de fulminar contra Ferrante las mayores penas (2); á 27 de Junio nombróse capitán general de la Iglesia á Nicolao Orsini, Conde de Pitigliano; tres días después se expidió la amenaza de excomunión contra Ferrante, si éste no cumplía en el término de dos meses las obligaciones contraídas en la paz de 1486 (3). Ferrante no parecía tampoco entonces dispuesto á pagar el censo feudal, poner en libertad á los barones y desistir de su intromisión en los asuntos puramente eclesiásticos; por lo cual creyó Inocencio VIII no poder diferir ya más el último paso. Ponía sus esperanzas en el auxilio extranjero, y le confirmaba en ello el cardenal Balue (4). Precisamente entonces Carlos VIII de Francia y Maximiliano de Austria habían ajustado paces en Frankfort sobre el Main (Julio de 1489). «¿No podían los dos príncipes reconciliados reunir sus fuerzas militares, y como obedientes hijos de la Iglesia, poner primero orden en las cosas de Italia, y emprender luego la cruzada contra los turcos? Si uno de aquellos príncipes apremiase á Ludovico por causa de Génova ó de Milán ¿no dejaría éste su ambigua actitud respecto del Papa y le ofrecería presto y resuelto auxilio contra Nápoles? ¿Cómo podría Ferrante rehusar por más tiempo la paz, cuando el poder de toda la Cristiandad estaba al lado del Papa?» Esperanzas de este jaez, las cuales estaban ciertamente poco conformes con la realidad de las circunstancias, eran alimentadas en Roma principalmente por la viva fantasía del cardenal Balue y por los delegados franceses (5);

(1) Loc. cit. 262-263.

(2) Cf. la carta de Pier Vettori, embajador florentino en Nápoles, de 30 de Mayo de 1489. Av. il princ. LI, n.º 8. *Archivio público de Florencia*.

(3) Infessura, 245. Burchardi Diarium I, 360.

(4) Forgeot, J. Balue, 136.

(5) Buser, Beziehungen, 269-271. Forgeot, l. c. Inocencio VIII había obtenido títulos al agradecimiento de Maximiliano, trabajando por librar al rey de manos de los rebeldes flamencos; v. Forschungen zur deutschen Geschichte, XXII, 158. Molinet, Chroniques, ed. Buchon, III, 294. De un despacho inadvertido por Ulmann y publicado por Cappelli, 70, se saca cómo entonces todavía intrigaban los franceses con el Papa contra Maximiliano I; por lo demás, este

y también de España esperaba Inocencio VIII recibir apoyo (1).

A principios de Septiembre de 1489 había transcurrido ya el plazo intimado al Rey de Nápoles; á 11 de dicho mes celebró el Papa un consistorio, para el cual se convocó á todos los embajadores presentes en Roma. En un largo discurso explicó Inocencio VIII las relaciones históricas y jurídicas de Nápoles con la Santa Sede; expuso extensamente el proceder de los dos últimos reyes con la Iglesia, y principalmente el quebrantamiento de las obligaciones feudales y del último tratado, por parte de Ferrante, así como sus consecuencias. Luego leyó el Notario de la Cámara Apostólica un documento, acordado en consistorio secreto, por el que se declaraba que Ferrante quedaba privado de su corona, y Nápoles, por derecho feudal, volvía á los Estados de la Iglesia. El embajador napolitano que se hallaba presente, pidió copia de aquel documento y permiso para leer una declaración en defensa de su Señor. El Papa se lo concedió. El escrito de defensa explicaba, por qué razones no debía el Rey pagar el censo, y que ya en Nápoles había apelado al Concilio, es á saber: al Concilio de Basilea, que no había sido disuelto legítimamente, y, por consiguiente, continuaba abierto; pues, por la resistencia del Papa, el derecho de convocación había pasado al Emperador. No fué difícil al obispo de Alejandria descubrir la inanidad del extraño punto de vista en que se colocaba el rey Ferrante; por lo cual el embajador napolitano evitó toda negociación ulterior, y el Papa terminó en seguida el consistorio (2).

La guerra entre Roma y Nápoles parecía, pues, inevitable, como quiera que el enérgico proceder del supremo Jerarca de la Iglesia no servía sino para hacer á Ferrante todavía más contu-

despacho confirma la conjetura del sobredicho Ulmann, de que, por consideración á Francia, Maximiliano no fué reconocido en Roma como rey de Romanos, sino de una manera condicionada. Sobre la paz de Frankfort, cf. más abajo.

(1) Cf. la relación de Laufredini de 23 de Octubre de 1489, en el Arch. st. ital. 3 Serie, XV, 296-297.

(2) Sobre el consistorio de 11 de Septiembre de 1489, acerca del cual Infesura, 250 y Burchardi *Diarium*, I, 364, no hablan sino muy brevemente y con inexactitud (Burchard dice con entera ingenuidad: non interfui, etc.), he utilizado una relación muy puntualizada y todavía inédita del embajador de Ferrara Arlotti, fechada ex urbe die XI Septemb. 1489. *Archivio pubblico de Modena*. Cf. ibid. una *carta de Arlotti de 15 de Septiembre de 1489, y un *despacho de G. L. Cataneo, fechado en Roma, á 12 de Septiembre de 1489. *Archivio Gonzaga de Mantua*.

maz y provocativo. Al rey de Francia Carlos VIII, que le disuadía de acudir á la guerra contra Roma, escribió Ferrante, que estaba lleno de filial obediencia respecto del Papa y totalmente ajeno de pensar en armamentos ó cualquiera acción bélica contra la Santa Sede (1). Mas de qué manera se hubiera de entender esta declaración, dada por aquel hombre astuto en Octubre de 1489, lo manifestó su conducta en el siguiente año. Al Rey de Romanos, Maximiliano, procuró entonces irritar Ferrante, aunque en vano, enviándole un escrito contra Roma, en el cual se pintaba con los más negros colores la vida del Papa y de su Corte (2). Para el mismo Inocencio VIII no tenía Ferrante sino mofas y amenazas. Así, en Enero de 1490, hizo declarar, que ofrecería la hacanea, pero no pagaría ni un maravedí de tributo, ni perdonaría á ninguno de los barones culpables (3). En Mayo dijo en Florencia un enviado napolitano, que su Señor no estaba dispuesto á tolerar por más tiempo las injurias y afrentas del Papa; y que si éste perseveraba contra su deber en su injusta contumacia, el Rey se presentaría en Roma con la lanza en ristre para contestar al Papa de una manera que le haría comprender su error (4).

El rey Ferrante se podía permitir semejante lenguaje, por cuanto el Supremo Jefe de la Iglesia parecía abandonado de todas las Potencias. Verdad es que el anciano Emperador Federico, exhortó en Marzo á la paz al monarca napolitano (5); pero así él como su hijo Maximiliano estaban demasiado embargados por otros negocios para que pudieran interesarse con eficacia por la causa del Papa. Mas en Italia, ninguno movía una mano para defender la autoridad pontifical continuamente escarnecida por Ferrante. Con amargas palabras se quejaba de esto Inocencio VIII al embajador florentino Pandolfini. «Por respeto á las representa-

(1) Nunziante, *Lettere di Pontano*, 12-13.

(2) *Infessura*, 256. Cf. Lichnowsky, VIII, Registro núms. 1415, 1417, 1419.

(3) Cherrier, I, 341.

(4) Relación del embajador de Ferrara, publicada por Cappelli, 80. Sobre el proceder del embajador de Nápoles, que movió una disputa por causa de precedencia, y al fin amenazó con las armas, cf. Burchardi *Diarium*, I, 140 sq. y una carta del cardenal A. Sforza, fechada en Roma, á 30 de Mayo de 1490. *Archivo público de Milán*.

(5) Carta del emperador Federico III al rey Ferrante, fechada en Linz, á 29 de Marzo de 1490. El original se halla en el *Archivo privado palatino y público de Viena*, Romana I; ni en Chmel, *Regesten*, ni en los registros publicados por Lichnowsky, VIII, se hace de ella mención y, por lo que veo, tampoco ha sido impresa en otra parte.

ciones de las Potencias italianas había él usado de condescendencia con el Rey; pero ésta no había servido sino para hacerle más audaz; las Potencias lo veían y le dejaban insultar. Si los italianos se preocupaban tan poco de su honra, se vería obligado á dirigirse á los extranjeros.» Jamás, añade Pandolfini, había visto al Papa tan irritado. Hice lo que pude para apaciguarle, representándole que la moderación empleada con el Rey no había hecho sino aprovechar á su causa, y que podía contar con el apoyo de Florencia, Milán y Venecia. El Papa no le dejó terminar. Sólo se le entretenía con buenas palabras, pero en realidad no podía esperar auxilio efectivo sino de Florencia. No se podía contar con Milán, á causa de las vacilaciones de Sforza, y Venecia nunca acababa de poner manos á la obra. Él estaba resuelto á poner fin á aquel estado de cosas. Excomulgaría al Rey, le declararía reo de herejía y pondría su reino en entredicho. Tenía para esto completo derecho. De todo daría cuenta á los Estados aliados; si el rey le envolvía en la guerra, como amenazaba, y nadie acudía en su auxilio, se marcharía al extranjero, donde sería recibido con los brazos abiertos, y hallaría socorro para volver á recobrar lo suyo, con vergüenza y perjuicio de los demás. Él no podía permanecer en Italia sino con la dignidad que correspondía á un Papa; le era imposible resistir al Rey si le dejaban en el atolladero, así por las escasas fuerzas bélicas de la Iglesia como por la poca seguridad de los barones romanos, que no harían sino alegrarse de sus apuros. Tenía, pues, por enteramente justificado dirigirse al extranjero, en caso que no pudiera de otra suerte salvar la dignidad de la Sede Apostólica. Otros papas lo habían hecho también así, y habían regresado con honra y gloria» (1).

Vemos, pues, que parecía iba á repetirse el destierro de Aviñón; pues entre las naciones extranjeras pensaba Inocencio VIII por de pronto en Francia. En realidad, la situación del Papa apenas era tolerable; casi diariamente había de temer nuevos ataques de Ferrante; en Julio se recibió la nueva de haber obtenido Nápoles la defección de Benevento (2); pocos meses después se

(1) Reumont, Lorenzo II, 377-378. El texto original de la relación de Pandolfini, de 28 de Julio de 1490, v. en Fabronius, II, 353-358.

(2) *Die ultima Julii 1490. L'è venuto lettere de Benivento, che la terra è ribellata contra pontificem pro rege Ferdinando, tamen ancor non si crede.

supo que Ferrante andaba intrigando para atraer á los Colonna á su partido (1). Cabalmente por aquel tiempo Inocencio VIII, que ya en Agosto había estado muy enfermo (2), adoleció de una tan violenta calentura, que recibió con gran devoción el sagrado Viático; y después de una momentánea mejoría, le dieron los médicos por desahuciado (3). A 26 de Septiembre se dijo en Roma que había muerto, y la noticia se dió con tal certidumbre, que el embajador de Ferrara la hizo comunicar á su Estado por medio de un correo extraordinario (4). A la mañana siguiente presentaba Roma el aspecto de un campamento: cada cual quería estar armado contra las turbulencias que eran de temer. En medio de la confusión general intentó Franceschetto Cibo apoderarse del tesoro Pontificio, y del principe Hixem, que moraba en el Vaticano; de este último, para venderlo á Ferrante por medio de Virginio Orsini. Felizmente la vigilancia de los cardenales hizo fracasar aquel alevoso intento; levantóse un inventario del tesoro pontificio, y confiése la custodia de los fondos al cardenal Savelli (5). Pronto se descubrió ser falsa la noticia de la muerte del

*Commiss. S. D. N. Pape ad episc. Tarvisin. Codex n. 90 (chart. saec. XV), f. 32^a. *Biblioteca de la ciudad de Verona*. Cf. también Infessura, 258, y Leo-stello 351.

(1) Cf. Desjardins, I, 438, nota 2.

(2) V. Thuasne, Djem-Sultan, 273.

(3) *Relación de Giov. Lucido Cataneo, fechada en Roma, á 21 de Septiembre de 1490: El Papa tiene febra continua e vehemente. 24 de Septiembre: el Papa va mejor: vero che la S^{ma} S. ha habuto molto de sbatere e se communico cum multa devotione tanto quanto dir se possa. 25 de Septiembre: El Papa está mejor, pero tiene todavía fiebre. 26 de Septiembre: El Papa padece un catarro e si tene da i medici per spaciato. *Archivo Gonzaga de Mantua*. Sobre la salud vacilante de Inocencio VIII, cf. las relaciones siguientes: 1.^a De *Arlotti, fecha en Roma el 29 de Noviembre de 1488: El Papa estuvo enfermo. 8 de Diciembre: El Papa está de nuevo sano. *Archivo público de Módena*. 2. del *cardenal A. Sforza, fechada en Roma, á 30 de Mayo de 1490: El Papa está doliente. *Archivo público de Milán*. 3. En 15 de Agosto de 1490, el embajador veneciano daba tan malas nuevas del estado de salud de Inocencio VIII, que su gobierno le envió instrucciones el día 20, sobre la conducta que había de observar en caso que el Papa muriese. Mon. Hung. IV, 263.

(4) Yo hallé en el *Archivo público de Módena*, el respectivo *despacho de Arlotti, fechado en Roma á 26 de Septiembre de 1480. Por defuera lleva esta anotación: Subito, subito; cito, cito; cf. también apéndice, n.º 7 (despacho de 26 de Septiembre). Por tanto, es falsa la fecha indicada por Gregorovius VII³, 289 y Creighton, III, 136 (la cual procede de Infessura, 260).

(5) Cf. el despacho del embajador florentino, publicado por Desjardins, I, 484, nota 2 (el editor lo traslada falsamente al año 1491) é Infessura, 260-261;

Papa: Inocencio había estado realmente á la muerte por efecto de una especie de ataque de apoplejía; pero ya el día 28 estaba mejor (1) y parece haber dicho, que todavía esperaba sobrevivir á todos los cardenales. La verdad es que había de esto pocas probabilidades, pues su salud quedó muy quebrantada. En vano procuró reponerse con los saludables aires del mar en Porto d'Anzio y Ostia. Á su regreso el 30 de Noviembre se creyó realmente advertir que el cambio de aires le había sentado bien (2); pero pocos días después vuelve el embajador mantuano á dar cuenta de un nuevo ataque de fiebre (3). Estas continuas enfermedades de Inocencio VIII son dignas de tomarse en cuenta al formular el juicio sobre la debilidad de su conducta; á lo cual se añadía el estado deplorable de la hacienda, que ponía al Papa en los mayores apuros (4).

En tal situación de las cosas, no se podía pensar en una acción del Papa contra Nápoles; Ferrante lo sabía muy bien, y continuaba inconvencible en su provocativa actitud. En la fiesta de San Pedro y San Pablo se repitió lo acaecido el año de 1485: la hacanea sin el censo fué rehusada, de lo cual protestó el embajador napolitano (5). Según la relación de Segismundo de' Conti, continuaba todavía el Papa por aquel tiempo creyendo recibir auxilios de Florencia y Milán; y esta esperanza, difícilmente comprensible en vista de las experiencias antecedentes, no se desvaneció completamente sino por la conducta de aquellos Estados respecto de las contiendas entre Ascoli y Fermo. Ya en el año de 1487 había procurado el cardenal Juliano della Róvere zanjar aquel incómodo negocio, pero sin resultado. Las cosas se iban empeorando á ojos vistas. En el verano de 1491 atacaron los de

las indicaciones que hace este autor—ciertamente con el aditamento *ut fertur* sobre el rico contenido del tesoro, „las cuales Coppi (Finanze, 22) no pone en duda, no merecen ningún crédito, y están en contradicción con todas las otras noticias ciertas; V. abajo y Müntz, Les arts, 39.

(1) *Relación de Arlotti, fechada en Roma á 28 de Septiembre de 1490. *Archivo público de Módena*.

(2) *Carta de Arlotti, fechada en Roma, á 2 de Diciembre de 1490. *Archivo público de Módena*.

(3) *El papa sta cum la quartana a modo usato hora mancho male hora piu. Despacho de G. L., Cataneo, fechado en Roma á 3 de Diciembre de 1490. *Archivo Gonzaga de Mantua*.

(4) Cf. abajo, cap. 6.

(5) Cappelli, 81.

Ascoli la ciudad de Offida; el Vicelegado de la Marca se vió sitiado, y mataron á un enviado del Papa. En castigo de estos delitos, y para terminar aquel anárquico estado de cosas, envió Inocencio VIII en Agosto al cardenal Balue y á Nicolao Orsini, con tropas. Éstas tomaron á Monte Brandone, y hubieran domado asimismo á los de Ascoli, si no se les hubiera opuesto Virginio Orsini á la cabeza de un ejército napolitano. Inocencio VIII se dirigió entonces en demanda de auxilio á Venecia, Milán y Florencia, pero sin ningún éxito. Por el contrario, todas aquellas potencias estaban resueltas á estorbar por todos los medios posibles, que se aquietara y fortaleciera el señorío del Papa (1); y es cosa que arroja muy desfavorable luz sobre Lorenzo de' Médici que, á pesar de haber emparentado con el Papa, y á pesar de los beneficios que recibía de Roma, tomara parte en aquellas intrigas; como que fuera también principalmente quien ayudó en Perusa á la victoria de los Baglioni (2).

La experiencia adquirida en el negocio de Ascoli, y luego las súplicas de los cardenales y de los romanos, movieron entonces al Papa á intentar una inmediata inteligencia con Ferrante (3); el cual, por miedo de Francia, con quien mantenía Inocencio VIII íntimas relaciones, ofreció condiciones mucho más favorables de lo que se hubiera podido esperar. Joviano Pontano fué en Diciembre á Roma, donde, después de vencer varias dificultades, se llegó á una avenencia, y á 27 de Enero de 1492, se publicó en un consistorio secreto el convenio con Nápoles (4). Las condiciones eran como sigue: se atribuía al Papa el derecho de fallar la causa de los barones presos; como tributo feudal pagaría el Rey inmediatamente 36,000 ducados, y en lo futuro mantendría anualmente 2,000 caballos y cinco trirremes á disposición de la Iglesia ro-

(1) Sigismondo de' Conti, II, 32. Cf. Burchardi Diarium, I, 415. Balan, V, 250 s. Puede verse en la obra de Trinchera, II, 1, 1 ss., cuán audazmente negó Ferrante su participación en el negocio de Ascoli.

(2) Reumont, Lorenzo II^a, 280 s.

(3) La narración de Sigismondo de' Conti, II, 31-33, según la cual la conducta de las potencias italianas en el negocio de Ascoli, ejerció decisiva influencia en la resolución de Inocencio VIII, está confirmada enteramente por las relaciones del embajador del duque de Este, publicadas por Balan, V, 251, nota 1. Según esto, hay que corregir á Reumont, Lorenzo, II^a, 380.

(4) Cappelli, 82. Burchardi Diarium, I, 442. Tallarigo, Pontano (Napoli, 1874), 234 s. Thuasne, Djem-Sultan, 289 s. Nunziante, Lettere di Pontano, 4 s., y *carta de G. L. Cataneo, fechada en Roma á 15 de Febrero de 1492. *Archivo Gonsaga de Mantua*. La fecha que trae Raynald, 1492, n. 10, es inexacta.

mana, conservándose también el acostumbrado ofrecimiento de la hacanea (1).

El anciano rey de Nápoles parecía entonces como trocado respecto del Papa; se deshacía formalmente en demostraciones de agradecimiento y amistad, y hasta procuró contraer una alianza de familia con Inocencio VIII, casando á su tío don Luis de Aragón con Battistina, hija de Teodorina y de Gerardo Usodimare. El temor de Francia fué lo que movió á Ferrante á unirse estrechamente con Roma; pues el astuto príncipe conocía muy bien, cuán peligroso debía serle el acrecentamiento de la Monarquía de Francia. A esto se añadía el peligro de los turcos, el cual le movió á enviar á Roma un delegado napolitano (2). A 27 de Mayo, Fernando, príncipe de Capua, hijo de Alfonso de Calabria y nieto de Ferrante, llegó á Roma, donde fué recibido con regia magnificencia (3); en términos que dice un cronista, no querer describir el fausto que se ostentó, porque se tendría por ficción (4); y esta afirmación está confirmada por las relaciones contemporáneas de los embajadores. Principalmente una comida de gala que dió el cardenal Ascanio Sforza, y duró seis horas, parece haber superado toda expectación. Asimismo se procuraron otros placeres por medio de espectáculos (5). Los desposorios de Luis de Aragón con Battistina Cibo, celebrados en el Vaticano, dieron lugar á nueva ostentación de magnificencia (6); pero al propio tiempo que estas fiestas, se celebraban muy serias negociaciones; pues el propio fin del viaje de Fernando era obtener del Papa la investidura de Nápoles, de suerte que se asegurase la sucesión al trono. Grande actividad para estorbar este plan

(1) Sigismondo de' Conti, I, 33. Cf. Gottlob, Cam. ap. 233, y Thuasne. l. c. 293.

(2) Cf. abajo c. 4.

(3) Además del Burchardi Diarium, I, 477, y la *crónica de Parenti (*Biblioteca Nacional de Florencia*), cf. también la *relación de G. A. Boccaccio, fechada en Roma á 27 de Mayo de 1492. *Archivo público de Módena*.

(4) Infessura, 273-274.

(5) *El rev^{mo} mons. Ascanio fa uno apparato quodammodo incredibile per honorare el dicto principe a casa soa ad uno pranso che sera tuto il giorno; fa cuprire tute quelle strade et cosi il cortillo con quello suo orto guasto dove se farà el pranso con uno apparato regale et dove se recitarano molte comedie et representatione; non se attende ad altro se non de fare una cosa singulare ali di nostri. *Segunda carta de G. A. Boccaccio de 27 de Mayo. Cf. además la **relación de 5 de Junio de 1492. *Archivo público de Módena*.

(6) Burchardi Diarium, I, 487, 488.

desplegaron los embajadores franceses, que cabalmente se hallaban entonces en Roma por razón de otro importante negocio; es á saber: Carlos VIII de Francia había quitado al rey Maximiliano la heredera de Bretaña, Ana, desposada con éste sólo por procurador, con el fin de obtener la posesión de aquella importante provincia. A causa de los citados desposorios por procurador, era necesaria la dispensa pontificia; y también se requería otra, pues Carlos estaba asimismo desposado con Margarita de Borgoña y tenía parentesco con Ana. Estas dispensas se concedieron, bien que manteniéndose de todo punto secretas, y negando Inocencio VIII á los embajadores haberlas concedido (1).

El monarca francés confiaba, después de este éxito, poder estorbar también la investidura de Fernando. Con un pretexto se dirigió á Roma el caballerizo de Carlos VIII Perron de Baschi, en la primavera de 1492, para estorbar la investidura del aragonés y reclamarla para Francia (2); pero por muy condescendiente que se hubiera mostrado el Papa en la cuestión de las dispensas, no manifestó inclinación alguna á acceder á estos nuevos deseos. La misión de Perron de Baschi fracasó enteramente. A 4 de Junio se leyó en consistorio secreto una bula sobre la sucesión al trono de Nápoles, en virtud de la cual debía suceder á Ferrante su hijo Alfonso, y en caso que éste hubiera fallecido antes que su padre, el príncipe de Capua (3). El embajador francés quiso formular contra esto una protesta; pero por orden del Papa no se le permitió la entrada en el consistorio (4).

(1) V. Ulmann, *Max. I*, I, 124 s., 139 s.; cf. además Grauert, en el *Hist. Jahrb.* VII, 451.

(2) Buser, *Beziehungen*, 304, 531 s.

(3) Burchardi *Diarium*, I, 488. Sigismondo de' Conti, II, 34. *Parenti *Chronik* (*Biblioteca nacional de Florencia*). Raynald, 1492, n.º 11-13. Borgia, *Dom. temp. nelle due Sicilie* (Roma, 1789), 198-199.

(4) Trinchera, I, 115-116.

CAPÍTULO IV

La cuestión de Oriente El Príncipe turco Hixem en Roma Toma de Granada.—Muerte del Papa

De todas las funestas consecuencias que produjeron las contiendas con Nápoles durante casi todo el reinado de Inocencio VIII, fué la más perniciosa el estorbar la guerra contra los turcos.

Recibíanse continuamente de Oriente las más tristes noticias. Precisamente en tiempo de la elección pontificia, había el sultán Bayaceto inundado la Moldavia con sus salvajes hordas y conquistado allí dos plazas importantes: Kilia y Akjerman (1). Movidó por la reciente impresión de éstas y otras noticias sobre los armamentos que los turcos hacían por mar, se dirigió Inocencio VIII, luego después de su elevación, á los Estados italianos y á todas las Potencias de Europa, representándoles la grandeza del peligro que amenazaba por una misma manera á la Iglesia y á la cultura occidental, y requiriéndoles á acudir aceleradamente á la defensa: todos debían, en el más breve tiempo posible, enviar á Roma delegados provistos de poderes bastantes para deliberar sobre aquel negocio trascendental, pues el peligro no sufría mayor dilación (2). El mismo día 21 de Noviembre de 1484, en que

(1) Fraknói, Mathias Corvinus, 220.

(2) Raynald, 1484, n.º 61 del *Lib. brev. 18, f. 63. Aquí hay todavía añadido:

*Similia regi Ferdinando, duci Mediol., Florent., duci Sabaudiae, duci Ferrariae, march. Mantuae, march. Montisferrati, card. et duci ac ant. Januen.,

desplegaron los embajadores franceses, que cabalmente se hallaban entonces en Roma por razón de otro importante negocio; es á saber: Carlos VIII de Francia había quitado al rey Maximiliano la heredera de Bretaña, Ana, desposada con éste sólo por procurador, con el fin de obtener la posesión de aquella importante provincia. A causa de los citados desposorios por procurador, era necesaria la dispensa pontificia; y también se requería otra, pues Carlos estaba asimismo desposado con Margarita de Borgoña y tenía parentesco con Ana. Estas dispensas se concedieron, bien que manteniéndose de todo punto secretas, y negando Inocencio VIII á los embajadores haberlas concedido (1).

El monarca francés confiaba, después de este éxito, poder estorbar también la investidura de Fernando. Con un pretexto se dirigió á Roma el caballerizo de Carlos VIII Perron de Baschi, en la primavera de 1492, para estorbar la investidura del aragonés y reclamarla para Francia (2); pero por muy condescendiente que se hubiera mostrado el Papa en la cuestión de las dispensas, no manifestó inclinación alguna á acceder á estos nuevos deseos. La misión de Perron de Baschi fracasó enteramente. A 4 de Junio se leyó en consistorio secreto una bula sobre la sucesión al trono de Nápoles, en virtud de la cual debía suceder á Ferrante su hijo Alfonso, y en caso que éste hubiera fallecido antes que su padre, el príncipe de Capua (3). El embajador francés quiso formular contra esto una protesta; pero por orden del Papa no se le permitió la entrada en el consistorio (4).

(1) V. Ulmann, *Max. I*, I, 124 s., 139 s.; cf. además Grauert, en el *Hist. Jahrb.* VII, 451.

(2) Buser, *Beziehungen*, 304, 531 s.

(3) Burchardi *Diarium*, I, 488. Sigismondo de' Conti, II, 34. *Parenti *Chronik* (*Biblioteca nacional de Florencia*). Raynald, 1492, n.º 11-13. Borgia, *Dom. temp. nelle due Sicilie* (Roma, 1789), 198-199.

(4) Trinchera, I, 115-116.

CAPÍTULO IV

La cuestión de Oriente El Príncipe turco Hixem en Roma Toma de Granada.—Muerte del Papa

De todas las funestas consecuencias que produjeron las contiendas con Nápoles durante casi todo el reinado de Inocencio VIII, fué la más perniciosa el estorbar la guerra contra los turcos.

Recibíanse continuamente de Oriente las más tristes noticias. Precisamente en tiempo de la elección pontificia, había el sultán Bayaceto inundado la Moldavia con sus salvajes hordas y conquistado allí dos plazas importantes: Kilia y Akjerman (1). Movidó por la reciente impresión de éstas y otras noticias sobre los armamentos que los turcos hacían por mar, se dirigió Inocencio VIII, luego después de su elevación, á los Estados italianos y á todas las Potencias de Europa, representándoles la grandeza del peligro que amenazaba por una misma manera á la Iglesia y á la cultura occidental, y requiriéndoles á acudir aceleradamente á la defensa: todos debían, en el más breve tiempo posible, enviar á Roma delegados provistos de poderes bastantes para deliberar sobre aquel negocio trascendental, pues el peligro no sufría mayor dilación (2). El mismo día 21 de Noviembre de 1484, en que

(1) Fraknói, Mathias Corvinus, 220.

(2) Raynald, 1484, n.º 61 del *Lib. brev. 18, f. 63. Aquí hay todavía añadido:

*Similia regi Ferdinando, duci Mediol., Florent., duci Sabaudiae, duci Ferrariae, march. Mantuae, march. Montisferrati, card. et duci ac ant. Januen.,

está fechada aquella encíclica, se envió una especial exhortación al rey de Hungría Matías Corvino, envuelto en guerra con el Emperador Federico III, para que convirtiese todas sus fuerzas contra el enemigo de la fe (1). Por el mismo tiempo se dirigió el Papa al rey Don Fernando de Aragón y Castilla, á quien pertenecía Sicilia, excitándole á defender aquella isla, amenazada por los turcos (2). También se interesó Inocencio VIII por la defensa de Rodas, y en Febrero del año de 1485 hizo determinadas proposiciones al rey de Nápoles para proteger las costas italianas amenazadas por los armamentos navales de los turcos. Era necesario disponer una flota de defensa de 60 trirremes y 20 buques de transporte, para cuyos gastos deberían pagar Nápoles y Milán 75,000 ducados cada uno, Florencia 30,000, Ferrara y Sena 8,000, Mantua 6,000, Montferrato y Lucca cada uno 2,000 y Piombino 1,000 ducados. Fué mal precedente que la opulenta Florencia se eximiera en seguida de aquella prestación con fútiles pretextos. Por el contrario, para la guerra con Génova tenía dinero suficiente; y todas las exhortaciones del Papa, demostrándole cuánto más importante era el negocio de los turcos, donde se trataba de la salud de Italia y de la Religión, hallaron oídos sordos (3).

Mientras Inocencio VIII á principios del año de 1485 escribía de nuevo á Don Fernando de Aragón y Castilla sobre la protección de las costas sicilianas, él mismo dió buen ejemplo tomando con energía la fortificación de sus ciudades marítimas del Adriático, principalmente Ancona. El Legado de la Marca, cardenal Orsini, el gobernador de Fano y, finalmente, los mismos anconitanos, recibieron órdenes tocantes á esto (4). Cuando en Abril llega-

imperatorii, regi Franciae, duci Britanniae, duci Maximil., regi Angliae, regi Hispaniae, regi Scotiae, regi Daciae, regi Portugalliae, regi Poloniae, duci Saxoniae, march. Brandeb., comiti Palat. Rheni, Joh. archiepisc. Treviren., Hermano archiepisc. Colon., Bertoldo archiep. Mogunt., ad confederatos, duci Austriae, duci Bavariae, Senensibus, Lucensibus. *Archivo secreto pontificio*.

(1) Theiner, *Mon. Ung.* II, 501-502, y Raynald, 1484, n.º 62-63.

(2) Raynald, 1484, n.º 67-68, cf. 69 y 71.

(3) Raynald, 1485, n.º 4.

(4) *Legato Marchie, dat. ut s. (22 de Enero de 1485): Varii rumores quotidie afferuntur de apparatibus Turci qui in Italiam venire meditantur et diverse etiam rationes extant ut id credatur. Ordénale que tenga cuenta con la defensa de las costas, y particularmente de Ancona. Lib. brev. 18, f. 105; *ibid.* f. 114: Anconitanis, dat. ut s. (1.º de Febrero de 1485); *Ibid.* f. 115: *Gubernatori Fani, dat. ut s. (4 de Febrero de 1485). *Archivo secreto pontificio*. Cf. Gottlob, *Cam.* ap. 126 s.

ron noticias, según las cuales no era de temer el ataque de los turcos durante el año de 1485, se advirtió á los Legados de la Marca que no cesaran á pesar de esto en tomar medidas para la defensa (1).

La contienda trabada en el verano de 1485 entre Roma y Nápoles, tuvo por consecuencia relegar completamente al último término la cuestión de la guerra contra los turcos. El Papa se hubo de limitar á defender sus costas, rechazar á los piratas, y auxiliar á muchos fugitivos que venían de las tierras conquistadas por los infieles (2). Inocencio VIII se vió entonces en tan grandes apuros, que no pudo ocuparse más en aquel importante negocio. Todavía no se había secado la tinta del tratado de paz ajustado por Ferrante en Agosto de 1486, cuando el Rey lo volvió á quebrantar. Al siguiente año tuvo que sufrir Inocencio VIII que el señor de Osimo, Boccolino Guzzoni, se pusiera en relaciones con el Sultán incitándole á emprender un ataque contra la Marca (3); pero ni aun en aquellos aciagos tiempos perdió de vista el Papa el asunto de la cruzada. En Diciembre de 1486, fué enviado el maestro *Raimundo Peraudi* (Perauld) á la Corte del Emperador Federico, disgustado por entonces contra el Papa, y el carmelita *Graciano da Villanova* á la de Maximiliano. Y como contra toda expectación hallaron ambos bien dispuesto el ánimo de los mencionados príncipes, para entrar en los planes de cruzada del Papa (4), expidió Inocencio VIII en Mayo de 1487 una bula en que describía la grandeza del peligro con que los turcos amenazaban á Alemania é Italia, y se declaraba dispuesto á emplear

(1) *Bapt. Card. de Ursinis, legato Marchie, dat. Romae VI. Aprilis, 1485. Lib. brev. 18, f. 163. Por Junio del año siguiente, dejáronse ver buques turcos en el Adriático, por lo cual en un *breve de 12 de Junio de 1486, se daban instrucciones de vigilar bien las costas al gobernador de la Marca. Lib. brev. 19, f. 416. *Archivo secreto pontificio*.

(2) Cf. el *breve legato marchie Anconitanae, dat. ut s. (18 de Octubre de 1485): Placet nobis admodum quod provideri feceris locis maritimis provincie ob Turcorum incursionem. Lib. brev. 19, f. 21. *Archivo secreto pontificio*. Cf. el decreto del senado de Loreto, para defender de los turcos la iglesia de la Santa Casa, tan célebre por las peregrinaciones, en el Arch. st. dell' Arte, I, 419 s. Respecto de los piratas, cf. Guglielmotti, 481 ss., sobre los pensionados por Inocencio VIII, v. Gottlob, Cam. ap. 63, 203. En 21 de Mayo de 1485, Inocencio VIII exhortó al gran príncipe de Moscovia á que desistiese de sus devastadoras campañas contra Livonia; v. Raynald, 1485, n.º 16.

(3) Cf. arriba p. 279.

(4) Schneider, Peraudi, 10, y Gottlob, Peraudi, 450

todos los medios para excitar á la Cristiandad á oponer resistencia. Asimismo ensalzaba la prontitud de ánimo del Emperador y otros príncipes y reyes, para la guerra contra los turcos, é imponía á todas las provincias de la Iglesia pertenecientes al Imperio, á las iglesias, monasterios y beneficios, y asimismo á todas las personas eclesiásticas sin distinción, un diezmo de sus rentas por un año. Fueron nombrados colectores generales Raimundo Peraudi y Graciano da Villanova, y se los proveyó de todas las facultades y derechos necesarios (1).

Peraudi produjo en Alemania la más favorable impresión. «Era, escribe Tritemio, un varón de las más puras costumbres y forma de vida, señalado en todos conceptos por lo irreprochable de su carácter. Grande era su amor á la justicia, y en el menosprecio de los honores y riquezas del mundo demostró una maravillosa constancia. No hubo generalmente en nuestro tiempo otro que le fuera semejante.» Estas palabras parecen casi exageradas; pero los príncipes y sabios alemanes que en aquel tiempo se hallaron en contacto con Peraudi, le tributaron semejante reconocimiento (2). Respecto á la expedición contra los turcos estaba el Legado animado de un celo verdaderamente encendido, á pesar de lo cual, nada pudo conseguir. Las circunstancias políticas del Imperio estaban muy turbadas, el egoísmo de los Estados era excesivamente grande; ni los legos ni los eclesiásticos entendían la importancia de la causa común, y Peraudi tuvo que sufrir en este concepto los más amargos desengaños.

A 26 de Junio de 1487 el arzobispo Bertoldo de Maguncia y

(1) Gottlob, Peraudi, 450, según las fuentes vaticanas. Chmel, Reg. 8001. Pertenece también á este lugar un breve del Papa á Hércules de Ferrara, fechado en 1487, s. die, que por desgracia está medio rasgado, en que se exhorta á éste, á prestar ayuda contra los turcos. El original se halla en el *Archivo público de Módena*. Probablemente se trató también del asunto de los turcos con la embajada del rey de Inglaterra, Enrique VII, quien estaba entonces en muy buenas relaciones con Inocencio VIII, á la cual llegó á Roma el 8 de Mayo de 1487 (v. Arch. d. Soc. Rom. III, 182 s.). En 1487 y 1489, Enrique VII autorizó, es verdad, la publicación de las bulas de la cruzada, pero los colectores del Papa no obtuvieron éxito muy feliz. La corte se portó con bastante indiferencia (v. Busch, England, I, 243, 388), pero Inocencio VIII no dejó de excitar aún en 1490 á la guerra contra los turcos por medio de sus nuncios; v. Audiffredi, 294.

(2) Schneider, Peraudi, 1-2, donde se citan los documentos. Flores se expresa en términos desfavorables acerca de Peraudi; llámale vanidoso y locuaz (Brown, State Papers, I, 191); pero este juicio de un enemigo no merece ningún crédito. Cf. Schneider, 22.

los príncipes electores de Sajonia y Brandeburgo dirigieron al Papa un escrito, en el que le rogaban desistiera de imponer el diezmo: era imposible recaudarlo al mismo tiempo que los subsidios necesarios para el mantenimiento personal de la Imperial Majestad. Queremos, decían, pasar en silencio las acostumbradas cargas de la Iglesia, las cuales no ocasionan poca molestia; pero las guerras, violencias y continuas escisiones que la Iglesia y el clero han tenido que sufrir tanto tiempo, han conducido las cosas eclesiásticas á situación tan triste, que ninguna Iglesia ni dignidad parecen conservar su esplendor antiguo, y es de temer que den en tierra con la sobrecarga. Vuestra Santidad considere á qué términos puede conducir á los hombres la extrema necesidad. En casos desesperados, se persuaden de que todo sin distinción es permitido, y lo justo é injusto, lo bueno y lo malo alcanzan una misma estimación, pues la necesidad no reconoce ley (1).

Según Tritemio, celebró el clero entonces reuniones en todas partes, se entregó á deliberaciones, y acabó por resolverse á apelar del Papa mal informado al que debía informarse mejor (2). Por efecto de esta resistencia se vió Inocencio VIII en la necesidad de suspender la imposición del diezmo en Alemania (3); pero no por eso abandonó el plan de guerra contra los turcos. Ante todo se debía obtener el auxilio de Francia, y á 16 de Noviembre de 1487 salieron de la Ciudad eterna los enviados destinados á la Corte francesa: el vicentino Leonello Cheregato, obispo de Traù, y el español Antonio Flórez (4). El 20 de Enero de 1488 pronun-

(1) Müller, *Reichstags-Teatrum Friedr. III*, 130 s. *Gesch. d. Nuntien*, II, 700-711. Weiss, Berthold v. Henneberg, 12. Gebhardt, 58 (2.^a edición, 68). Sobre las quejas que por entonces formó el emperador contra el Papa, v. Janssen, *Reichs corresp.* II, 477 s., y *Forsch. zur deutschen Gesch.* XX, 157. Cf. también las quejas de Federico de 1486, en Schlözer, *Briefwechsel*, X, 269 s.

(2) Trithemius, II, 529. Weiss, loc. cit.

(3) Grotfend, *Quellen*, I, 46.

(4) Gottlob, Peraudi, 451, ya los hace partir el 13 de Noviembre; pero Bonfr. Arlotti, que estaba bien informado, escribe en un *despacho de 17 de Noviembre de 1487, que la víspera salieron para Francia los nuncios. *Archivo público de Módena*. Aquí, como en la relación publicada por Cappelli, 69, y que hasta ahora ha pasado inadvertida, se indica, que los nuncios habían de negociar también la supresión de la Pragmática Sanción, contra la cual se publicó en Roma un escrito en 1486 (Audiffredi, 274); cf. además Sigismondo de' Conti, II, 22 y Thuasne, Djem-Sultan, 184. Thuasne, 174, traslada falsamente la partida de los nuncios á los primeros días de Diciembre. La Instruc-

ció Cheregato en el palacio real de París, en presencia de Carlos VIII, una enérgica oración sobre la guerra de los turcos, en la cual aludió á los gloriosos hechos llevados á cabo por los predecesores del Rey, y asimismo por los papas, contra los infieles, y pintó con frases conmovedoras el contraste entre lo antiguo y lo presente. «¿Quién hubiera considerado posible, en tiempo de vuestros predecesores, que viniéramos hoy á reclamar auxilio para Italia y para los Estados pontificios, contra el inhumano enemigo del nombre cristiano, á pesar de que en otro tiempo precisamente vuestros predecesores pelearon contra la Media Luna por la Religión de Cristo?» Para demostrar cuán grande era el peligro en aquellos momentos, refirió el Nuncio los propósitos de Boccolino Guzzoni. El fracaso de aquel intento no había servido sino para espolear al Sultán á atacar inmediatamente á Italia. Los Estados de la Península italiana no podían por sí solos defenderse con buen éxito; por lo cual el Papa reclamaba el auxilio de las demás Potencias cristianas; y esto, sólo era posible á condición que reinara entre ellas la paz. Por eso ofrecía Inocencio VIII su ayuda para componer las lamentables discordias; y como quiera que tales desavenencias, y generalmente las guerras, eran penas con que Dios castigaba las faltas de los príncipes y de los pueblos, convenía que el Rey se opusiera á los abusos eclesiásticos que se habían originado también en Francia. La forma y manera como Cheregato se expresó acerca de esto, confirman las noticias que sacamos de otras fuentes, sobre que llevaba el encargo de combatir las máximas hostiles á Roma, las cuales se habían formulado en la llamada Pragmática Sanción. En último lugar solicitó el Nuncio, en muy apremiante forma, la entrega del hermano del Sultán, el conocido y desgraciado príncipe Hixem, á quien en el año de 1482 había conducido á Francia el Gran Maestre de la Orden de los Caballeros de Rodas (1).

Las negociaciones de ambos Nuncios en Francia se dificultaron no poco en el tiempo siguiente, por el curso que tomaron los negocios de Flandes. Allí había quedado Maximiliano, desde primero de Febrero de 1488, prisionero de sus vasallos, sobre lo cual para los nuncios franceses se halla también en el Cod. 185 de la Bibl. d. fraternità di S. María de Arezzo; v. Mazzatinti, Inventari, VI, 209.

(1) La alocución de Cheregato fué impresa aquel mismo año en Roma (por Steph. Plank) (Audiffredi, 284); de nuevo fué publicada en el apéndice á la obra de Sigismondo de' Conti, I, 428 ss.

cual, correspondiendo el Papa á los ruegos del Emperador, fulminó el interdicto contra los rebeldes por medio del arzobispo de Colonia (1). Cuando llegó esta noticia á la Corte francesa, declararon allí: que perteneciendo Flandes á Francia, aquella grave censura eclesiástica no se debía haber pronunciado sin conocimiento de Carlos VIII, y que tampoco por sí misma estaba fundada, pues Maximiliano había hecho á los flamencos muchas y graves injusticias (2). El partido antirromano de Francia se apoderó en seguida de este negocio. El abogado real Johannes Magistri, «enemigo de Dios y de la Sede Apostólica», (escribía desde Tours Cheregato á 16 de Mayo de 1488), se ha regocijado por el interdicto fulminado contra los flamencos, porque le da pretexto para calumniar á la Santa Sede» (3). En apoyo de Cheregato fué también enviado más adelante á Francia Raimundo Peraudi, el cual, como francés de nacimiento, y por el gran prestigio que había gozado cerca de Luis XI, pareció á propósito para llevar á efecto la paz entre Carlos VIII y Maximiliano. Desde Francia corrió luego Peraudi á Alemania, con el fin de recaudar, predicando la indulgencia, fondos para la cruzada, y preparar el buen éxito de la Dieta que estaba convocada en Frankfort sobre el Main (4).

La Asamblea de Frankfort se abrió á 6 de Julio de 1489, y un breve que se leyó en ella, pinta con elocuentes frases el peligro de los turcos, sobre el cual Inocencio VIII había llamado urgentemente la atención del Emperador ya á 26 de Marzo de 1488 (5). ¿Por ventura no habían empleado ya los papas todos los medios para juntar todos los pueblos y príncipes cristianos contra el ene-

(1) Cf. arriba, p. 288, not. 5, como también Thuasne, *Djem-Sultan*, 405 s., y la carta de Federico III al colegio de los cardenales, publicada por Valentini, *Lettere lat. di Principi Austriaci*. Venezia, 1856.

(2) Relación de Cheregato, publicada por Ljubic, 51.

(3) V. Ljubic, 59.

(4) Schneider, Peraudi, 12-14. Sobre R. Peraudi como comisario de la cruzada, tratará más en particular el Dr. Paulus dentro de poco en el *Histor. Jahrbuch*.

(5) De Rodas, se dice aquí, han llegado malas noticias. El peligro por causa de los turcos es grande, eo magis quod apud Apolloniam quam Valonam appellant belli apparatus esse nunciatur. Solicitase urgentemente al emperador para que preste auxilio. Nos vero, ut hactenus fecimus, nunquam ab officio nostro cessabimus quibuscunque rebus poterimus usque ad proprii sanguinis effusionem dignitatem huius s. sedis defendendo et protegendo. Hoja suelta impresa por la *Biblioteca pública de Munich* (Abth. VI, n.º 14).

migo hereditario? ¿Habría sido todo esto en vano? El asunto no sufría ninguna otra dilación; por lo cual Su Santidad exhortaba á todos los príncipes á enviar lo más pronto posible á Roma sus delegados, con poderes para deliberar con él sobre el plan de una guerra común. Pero sobre todo, era menester apartarse de cualquiera disensión y contienda, para lo cual ofrecía el Papa de buena gana el auxilio de sus Legados. El, por su parte, no sólo se hallaba dispuesto á emplear todos los recursos que estaban á disposición de la Santa Sede, sino á tomar personalmente parte en la expedición, si así se resolviera. Había escrito en el mismo sentido á los demás príncipes de la Cristiandad, y confiaba que serían oídas allí, como por los alemanes, sus paternas amonestaciones y ruegos (1). Peraudi supo dar fuerza á estas palabras con extraordinaria habilidad, y ya á los diez días había logrado que se jurara la paz entre el Rey de Romanos y el embajador de Carlos VIII, que se hallaba en Frankfort (2).

En el tiempo siguiente se ocupó Peraudi, por una parte, en publicar en Alemania la indulgencia de la cruzada, y por otra, interviniendo en la negociación conducida por el obispo de Orte, Angelus, Nuncio pontificio en la corte de Hungría, para obtener una paz entre Matías Corvino y el Emperador. En este último asunto se logró finalmente, por lo menos, que á 19 de Febrero de 1490 se fijara como término de la tregua el 8 de Septiembre (3).

Ya antes de abrirse la dieta de Frankfort, había obtenido el Nuncio una decisiva victoria en otro negocio estrechamente enlazado con el de la guerra contra los turcos, asegurándose de la persona de quién, según la opinión común, dependía el éxito de la cruzada. Era éste el hermano menor del sultán, el famoso *Hixem* (4), quien por causa de sus aspiraciones al trono se había

(1) Gottlob, Peraudi, 452. También es un testimonio del celo del Papa por la guerra contra los turcos, un *breve á Luca, de 12 de Abril de 1489. *Archivo público de Luca*. Arm. 6, n. 429.

(2) Du Mont, III, 2, 237. Cf. Burchardi Diarium, I, 352. Kervyn de Lettenhove, *Lettres de Philippe de Commines*, II, 68 s. Schneider, Peraudi, 14 s. Ulmann, Maximilian I, I, 70. Sobre una carta de indulgencia de Peraudi, del año 1489, v. el Programa del gimnasio de Feldkirch 1860, p. 186 s.; sobre otra, de 1490. v. Serapeum, 1489, p. 330.

(3) Schneider, loc. cit. 14-19. Ulmann, Maximilian I, I, 82. Fraknoi, Math. Corvinus, 266.

(4) Schneider, *Türkenzugscongress*, 4, y especialmente Thuasne, Djem-Sultan, 3 ss. Sobre un precursor de Djem, v. nuestras indicaciones auténticas, vol. III, p. 364, not. 4.

refugiado entre los Caballeros de Rodas. Hixem había desembarcado en Rodas el año de 1482, y el Gran Maestre de los Sanjuanistas, Pedro d'Aubusson, vió en aquel príncipe un poderoso medio para tener en jaque al sultán Bayaceto. Ajustóse, pues, un tratado entre el Sultán y el Gran Maestre, en virtud del cual éste se obligaba á guardar en su custodia al pretendiente, á condición que se mantuvieran relaciones pacíficas y se le pagara una provisión anual de 45.000 ducados (1). Desde entonces vivió Hixem en una encomienda que tenían los Sanjuanistas en Auvernia. En el tiempo siguiente procuraron Carlos VIII, de Francia, Matias Corvino de Hungría, Nápoles, Venecia é Inocencio VIII, que se les entregara al Gran Turco, como llamaban á Hixem.

Ya en el año de 1485 había hecho el Papa grandes esfuerzos con este fin (2); pero todas aquellas negociaciones no produjeron ningún resultado, siendo principalmente Ferrante, el mortal enemigo de Inocencio VIII, quien acertó á frustrar los conatos del Papa (3); y si los nuncios pontificios Leonelo Cheregato y Antonio Flórez, que se hallaban en Francia, acabaron finalmente por obtener la entrega, no lo consiguieron sino á costa de grandes concesiones hechas por Roma. El Gran Maestre de Rodas, Pedro d'Aubusson, obtuvo el capelo cardenalicio, y la Orden considerables privilegios y libertades; al monarca francés se le ganó elevando al cardenalato al arzobispo de Burdeos (más adelante de Lyon), Andrés d'Espinay, y probablemente asimismo con la promesa de estorbar, negando la dispensa, el matrimonio de Ana de Bretaña con el rico Alain d'Albret (4). El tratado de extradición que, con el consentimiento de Carlos VIII, ajustó Inocencio VIII con los Caballeros de Rodas, determinaba: «que el Príncipe conservaría también en adelante, para su propia seguridad, una guardia formada de Sanjuanistas; que el Papa cobraría, por una parte, la provisión de los 45.000 ducados que pagaba el sultán á la Orden; mas, por otra parte, se obligaba á satisfacer 10.000 ducados, en caso de entregar el príncipe á otro monarca sin consentimiento del rey de Francia» (5).

(1) Thuasne, Djem-Sultan, 84 ss. Cf. Forgeot, J. Balue, 143.

(2) Raynald, 1485, n. 12. Zinkeisen, II, 484. Thuasne, Djem-Sultan, 131 ss.

(3) Cf. Fraknói, Math. Corvinus, 22 s.

(4) Buser, Beziehungen, 261-262. Thuasne, Djem-Sultan, 173 s. Ljubic, 56. Cherrier, I, 187. Sobre los nombramientos de cardenales, v. abajo, cap. 5.

(5) Zinkeisen, II, 485. Otras relaciones hablan sólo de 40,000 ducados de pensión; v. Heidenheimer, Correspondenz, 513, nota 1.

El rey de Nápoles salió fuera de sí con esta victoria alcanzada por el Papa, en tales términos, que concibió el aventurado plan de apoderarse de Hixem durante su viaje de Francia á Roma (1); pero la navegación del Príncipe se concluyó, no obstante, con felicidad; á 6 de Marzo de 1489 desembarcó en Civitavecchia, donde su guardián Guido de Blanchefort, Prior de Auvernia, lo entregó al cardenal Balue (2). En la tarde del 13 de Marzo, el hijo del conquistador de Constantinopla celebró su entrada en la Ciudad eterna por la Porta Portese. Toda Roma se puso en movimiento, y concurrió un tan gran golpe de personas de toda edad y sexo, que sólo con los mayores esfuerzos fué posible abrirse camino por entre la apiñada muchedumbre. El pueblo no acababa de hartarse de contemplar aquel raro espectáculo, y abrigaba la firme persuasión de haber escapado de un grave peligro; pues habíase extendido en toda la Ciudad la profecía de que el Sultán iría á Roma y establecería su habitación en el Vaticano; y todos mostraban universalmente su alegría, por haberse cumplido aquel vaticinio, por la bondad divina, en un tan diferente sentido (3).

Por mandato del Papa fué recibido Hixem con todos los honores debidos á un soberano; en la puerta le saludaron los familiares de los cardenales (bien que no se halló entre ellos ningún prelado), los diplomáticos extranjeros, el Senador y Franceschetto Cibo. Pero el príncipe turco se mantuvo casi del todo indiferente ante aquellas demostraciones honoríficas: semejante á una estatua, montaba casi inmóvil en la blanca hacanea del Papa, y sólo con una leve inclinación de cabeza daba á entender que comprendía las saluciones. Tampoco concedió mayor atención á los presentes del Papa, que consistían en 700 escudos y ropas de brocado. Mudo y melancólico cabalgó hasta el Vaticano entre Franceschetto Cibo y el Prior de Auvernia. La larga comitiva, á la cual se agregó, con exageradas demostraciones de reverencia genuinamente orientales, el embajador del sultán de Babilonia, avanzó lentamente, pasando por la Issola di San Bartolomeo, Piazza Giudea y Campo di Fiore hacia el palacio del Pontífice, donde se

(1) Mon. Hung. IV, 6. Fraknói, loc. cit.

(2) Burchardi Diarium, I, 335. Thuasne, Djem-Sultan, 226. Forgeot, 145 s.

(3) Sigismondo de' Conti, I, 325. Buser, Beziehungen 262, traslada equivocadamente al 30 de Marzo la entrada de Hixem; Sigismondo l. c. comete asimismo un error, indicando el 15 de Marzo.

señalaron al Príncipe los aposentos destinados para los regios huéspedes (1).

Al día siguiente se celebró un consistorio público, al fin del cual recibió el Papa al Gran Turco. Acompañado de Franceschetto Cibo y del Prior de Auvernia entró Hixem en la sala. Prescindióse de la observancia del ceremonial acostumbrado, para que la noticia de esto no perjudicara entre los turcos al prestigio del Príncipe. Con una ligera inclinación de cabeza y llevándose la mano derecha á la barba, se dirigió Hixem al Papa y le besó en el hombro derecho. Inocencio VIII le hizo saber, por medio de un intérprete, que consideraba como una gracia de Dios, poderle saludar, y que en una conferencia privada le comunicaría más largamente lo que convenía para el bien de la Cristiandad. El Papa certificó á Hixem de su benevolencia: podía estar tranquilo, pues todas las cosas se habían ya ordenado oportunamente. Después que el Gran Turco le hubo dado gracias por ello, saludó por su orden á los cardenales (2).

Soñ una prueba de la expectación que despertó Hixem en Roma las numerosas descripciones, trazadas por los contemporáneos, del aspecto exterior del Príncipe; de las cuales es la más conocida la que hizo el famoso pintor Mantegna al marqués Francisco Gonzaga de Mantua, en una carta de 15 de Junio de 1489. «El hermano del Turco, escribe, vive aquí en el palacio, con buena guardia. Nuestro Señor le procurà los más variados pasatiempos, como cacerías, músicas, convites y cosas semejantes. Algunas veces viene á comer al palacio nuevo, donde yo pinto, y para ser un bárbaro, se conduce muy bien. Su ademán está lleno de orgullosa majestad. Ni siquiera en presencia del Papa se descubre la

(1) Cf. Burchardi Diarium, I, 336 s. y Sigismondo de' Conti, I, 325, que fueron testigos oculares. V. además Infessura, 241 s. y de los modernos, Gregorovius, VII*, 286 s., y Thuasne, Djem-Sultan, 227 ss., 422 ss. Cf. también la *relación del embajador de Ferrara, de 14 de Marzo. *Archivo público de Módena*.

(2) Cf. Burchardi Diarium, I, 341, que en todo lo esencial concuerda con Sigismondo de' Conti, I, 326. La *relación discrepante de Arlotti, de 14 de Marzo de 1487, no es digna de fe. Cf. también Serdonati, 66, y Thuasne, Djem-Sultan, 233 s. G. L. Cataneo en una *carta, fechada en Roma, á 17 de Marzo de 1489, cuenta lo siguiente: *El fratello del Turcho hozi dè essere in audientia cum el papa. El dì che se ge apresentoe in publico [consistorio] non disse altro per interprete se non che li piacerea molto vedere S. B** per haver cosi desiderato longamente e se li prestava orechie li daria alchuni boni advisi. *Archivo Gonzaga de Mantua*.

cabeza, ni tampoco delante de él se descubren los demás. Come cinco veces al día y duerme otras tantas, y antes de comer bebe agua azucarada. Su andar es el de un elefante, y sus movimientos, agraciados como los de un tonel veneciano. Los suyos le alaban mucho y le elogian como un gran jinete, aunque hasta ahora no le he visto montar. Frecuentemente tiene los ojos medio cerrados; es de índole cruel, y dicen que ha quitado la vida á cuatro personas; este día maltrató duramente á un intérprete. Se cree que Baco le visita con frecuencia, y en general sus gentes le temen. No hace caso de nada, como persona que nada entiende. Duerme vestido, da audiencia sentado como los partos con las piernas cruzadas. En la cabeza lleva 30,000 varas de tela (1), y sus calzones son tan anchos que podría esconderse en ellos. Tiene rostro terrible, principalmente cuando recibe la visita de Baco (1).

Claro está que parte de los rasgos que aquí se describen, contienen evidente exageración, pero muchos otros se hallan confirmados por diferentes relaciones. Las opiniones sobre la edad de Hixem son muy diversas: mientras Guillermo Caoursin no le da más que 28 años, dice Segismundo de'Conti que tenía 35, y este último acentúa su exterior feroz y la inconstancia y crueldad de su carácter. Por lo demás ambos escritores mencionados concuerdan en la descripción del extraordinario huésped, pintándole como hombre robusto y muy desarrollado, de obscura tez, nariz aguileña y ojos azules y atravesados (2). Los embajadores de Ferrara y Mantua, que conocían las hermosas medallas del conquistador de Constantinopla, labradas por artistas italianos, insisten principalmente en la semejanza entre el padre y el hijo (3).

(1) Bottari, VIII, 22. Cf. Reumont, III, 1, 193 y Guhl, I, 55-56. Sobre las poesías de Hixem, v. Hammer-Purgstall, *Gesch. der osman. Dichtkunst*, I, 145 s.; sobre su retrato, v. Steinmann, *Pinturicchio*, 69 s.

(2) G. Caoursin, en Thuasne, *Burchardi Diarium*, I, 537; cf. *ibid.* 527, la pintura de M. Bossus. V. también Fenillet de Conches, *Causeries d'un curieux* IV (Paris, 1868), 461 s.; *Le Bougy* en la *Rev. contemp.* 1862; Thuasne, *Djem-Sultan*, 231 s., y *Rev. d. quest. hist.* 1892, Juillet, 289.

(3) Cf. *la carta de Arlotti de 14 de Marzo de 1489 (*Archivo público de Módena*), y *relación de G. L. Cataneo, fechada en Roma, á 17 de Marzo de 1489: **Lui è del aspetto che ho significato et de anni circha trentacinque e assai si asimiglia a la faza del patre secundo le medaglie* [pueden verse copias de estas medallas en Hertzberg, 618, y Fraknói, M. Corvinus, 97] si ritrovano. *Archivo Gonzaga de Mantua*.

Al principio se trató de conducir á Spoleto ú Orvieto (1) á Hixem, en quien el Papa poseía una inestimable prenda contra el sultán Bayaceto; pero al fin se creyó que en ninguna parte estaba mejor guardado que en el Vaticano. Allí habitó el príncipe en aposentos magníficamente adornados, desde donde se disfrutaba una hermosa vista sobre las viñas y jardines. A su mantenimiento se atendía con tal liberalidad, que se gastaban en ello 15,000 ducados anuales. «Esto fué muy pesado, dice Segismundo de'Conti, para el Papa, que se veía apremiado por tantas partes; pero consintió en ello por consideración al provecho de la Cristiandad (2).

Ya en otoño de 1489 se hallaba el Papa afanosamente ocupado con los preparativos para una cruzada (3). El Sultán conocía muy bien la continua amenaza contenida en la posesión de Hixem, y vinieron á aumentar su solicitud las negociaciones entabladas por la diplomacia pontificia con el sultán de Egipto (4), y el plan de Inocencio VIII de congregar en su Corte á los delegados de todas las Potencias cristianas, para deliberar sobre la cuestión de Oriente (5). En este apuro recurrió el Sultán á un medio, que desgraciadamente emplearon con frecuencia en aquellos tiempos asimismo las Potencias occidentales. Un perverso noble de la Marca de Ancona, Cristófano di Castrano, que llevaba por sobrenombre Magrino, debía envenenar la fuente del Belvedere, de donde se tomaba el agua para la mesa de Hixem é Inocencio VIII, y en recompensa se prometió al asesino, Negroponto y una elevada posición en el ejército turco. Según todas las apariencias había

(1) *Relación de Arlotti de 14 de Marzo de 1489 (*Archivo público de Módena*), y *carta de G. L. Cataneo de 17 de Marzo de 1489: «Esso Turcho ha facto pregare N. S.^{re} lo toglia de mane a quelli da Rhodi e lo tenga a Roma. In summa S. S.^{re} persevera in volerlo mandare a Orveto e nel tempo chel sta qui se li da ogni piacere lasarlo vedere el palazzo vechio e novo e simile cose. *Archivo Gonsaga de Mantua*.

(2) Sigismondo de' Conti, I, 328. Cf. Thuasne, Djem-Sultan, 238, 240.

(3) Forgeot, J. Baluc, 147.

(4) Cf. Alleghretti, 825. Raynald, 1489, n. 4. V. también Müller, Relaz. 237; Thuasne, Djem-Sultan, 254, y Weil, Gesch. d. Kalifen V (Stuttgart, 1862), 345, N. 1.

(5) Sigismondo de' Conti, I, 328. Al principio del año 1490, el célebre Calímaco se presentó en Roma con una comisión del rey de Polonia; desaconsejó el plan de una unión de toda la Cristiandad contra los turcos, y en cambio indicó las ventajas que se seguirían de una alianza del Papa con el rey de Polonia, quien estaba preparado para una campaña contra los infieles, y entre todos los príncipes era el más á propósito para esta empresa. Zeissberg, Poln. Geschichtschreibung 369. Mon. Polon. XI, 521. Caro V, 2, 953 s., 646 s.

también en Roma cómplices de aquel atentado. Magrino se descubrió él mismo en Venecia, fué preso, llevado á Roma y ejecutado allí en Mayo de 1490 (1).

A las invitaciones pontificias de 8 de Mayo de 1489, llegaron casi de todas partes respuestas de asentimiento (2), y por efecto de ellas se expidieron en Diciembre breves, fijando para la reunión del congreso de legados en Roma el 25 de Marzo de 1490 (3). Principalmente trabajaba para este efecto el excelente Raimundo Peraudi, el cual en un hermoso escrito explicaba al rey de Polonia, «cómo el Papa Inocencio, desde el primer día de su pontificado hasta la hora presente, no pensaba en otra cosa sino en la manera de socorrer á la amenazada República cristiana, principalmente ahora, cuando, por la posesión del hermano del Sultán, el príncipe Hixem, se ofrecía la mejor coyuntura; pues éste había prometido que si, con el auxilio de los cristianos, obtenía el Califato, retiraría á los turcos del territorio europeo, y hasta cedería la ciudad de Constantinopla. Por eso el Papa había enviado sus delegados á todas las cortes europeas, para zanjar todas las controversias pendientes y unir á todos los pueblos en una misma expedición. El mismo, Peraudi, había ido á Francia y Alemania, y se había obtenido la paz entre el rey Carlos y Maximiliano. También la Bretaña, Flandes y Brabante se habían pacificado; en la paz entre el Emperador y Hungría se trabajaba entonces. Por lo cual pedía él á Su Majestad y le conjuraba por la miseri-

(1) Infessura, 254-256. Sigismondo de' Conti, II, 39 (donde no merecen crédito las indicaciones sobre el género de veneno), y Thuasne, Djem-Sultan, 261 s., 269 s. Ya por Diciembre de 1489, el Papa trabajó todo lo posible por prender al delincuente, como se saca de la *Commiss. S. D. N. Pape ad episc. Tarvisinum. Cod. 90 de la *Biblioteca de la ciudad de Verona*, f. 5^a-6. Aquí se llama al culpado Macrino Castracán, y se advierte: *Non vidi mai homo più apassionato del N. S^r per questo et delibera sapere che sono quelli de urbe che ano intelligentia cum Macrino; de lui non fa tanto computo quanto de li complici et fautori. Cuánto se temían desde el principio las intrigas de Bayaceto respecto de Hixem, lo muestra el siguiente pasaje de la *relación de G. L. Cataneo de 17 de Marzo de 1489, mencionada en la pág. 309, not. 1.: *Un Turcho che desmonto a Napoli capito in questa terra nel arivare del Turcho e per suspetto è sta carcerato. *Archivo Gonzaga de Mantua*.

(2) Schneider, *Türkenzugcongress* 4.

(3) *Breve á Hércules de Ferrara, fechado en Roma, á 6 de Diciembre de 1489. El original se halla en el *Archivo público de Módena*. Cf. el breve de 7 de Diciembre de 1489, en Theiner, *Mon. Pol.* II, 251. El breve al emperador de 4 de Diciembre de 1489, se imprimió entonces en seguida. Hay de él un ejemplar en la *Biblioteca de palacio de Munich* (I. Can. F. 156).

cordia de Cristo, que atendiera como rey católico y piadoso á secundar los deseos del Papa» (1).

Por ruegos de Federico III y Maximiliano, se difirió algunos meses la apertura del congreso. A 25 de Marzo el obispo de Cesena Pedro Mansi de Vicenza pronunció un discurso de apertura, por cierto muy elocuente (2); pero las negociaciones propiamente dichas no comenzaron hasta después de Pentecostés, y en ellas no tomó parte Venecia, para no descomponer sus buenas relaciones con la Sublime Puerta (3).

Acerca del decurso del congreso, poseemos la relación de Segismundo de' Conti, la cual completa una serie de documentos (4); á 3 de Junio se congregaron todos los cardenales y los embajadores en el Palacio pontificio, y en esta reunión trajo Inocencio VIII á la memoria, en un largo discurso, los esfuerzos que había llevado á cabo hasta entonces para disponer una expedición contra los turcos. Después de muchos afanes y grandes sacrificios pecuniarios, había logrado tener en su poder á Hixem, lo cual le había parecido de extraordinaria importancia, porque el príncipe turco era un motivo de continuo temor para su hermano Bayaceto, como quiera que los pueblos y los jenízaros estaban resueltos á promover en favor suyo una sublevación. No debía dejarse de utilizar aquella coyuntura enviada del cielo, por lo cual habíase de considerar ante todo, dónde y con qué clase de tropas, si por tierra ó por mar, ó al mismo tiempo de ambos modos, debería comenzarse la lucha; la grandeza del ejército, el armamento de la flota, si las fuerzas de mar y las de tierra habrían de avanzar separadas, ó si deberían emprender el ataque en varias secciones; todas estas cosas habrían de ser asunto de las deliberaciones. Si era menester elegir uno ó varios comandantes generales, cuán grandes sumas de dinero se habrían de emplear, y de

(1) Gottlob, Peraudi, 453. Entre los breves publicados en el Magaz. f. Kirchenrecht, tomo I (Leipzig, 1778), pertenece á este lugar el que lleva el n.º 3; está fechado á 22 de Agosto de 1489: se encarga á Peraudi pregunte á los príncipes, cuándo podrán venir á Roma al congreso.

(2) Ha sido publicado otra vez en el apéndice á Sigismondo de' Conti, II, 413-423, según una impresión de aquel mismo tiempo (v. Audiffredi, 294).

(3) Thuasne, Djem-Sultan, 265.

(4) Particularmente por la *relación acompañada de documentos del embajador de Juliers Johann Nagell, dirigida al duque Guillermo I, que se halla en el *Archivo público de Düsseldorf* (Abtheilung Jülich-Berg, Polit. Begebenheiten I, A), y de que se ha servido Schneider, *Türkenzugscongress*, 1 ss.

qué manera podrían recaudarse; si se debería formar un fondo de reserva para atender á eventuales reveses, cuánto tiempo era de prever que duraría la guerra, cuánta cantidad de vituallas y de material de guerra debería procurarse, cómo se habrían de repartir las contribuciones; todos éstos eran puntos sobre los cuales se debería tomar consejo. Convendría que los cardenales reflexionaran sobre ello, para poder, en tiempo oportuno, ayudar con su parecer. Por ventura se habría de considerar además, si sería de provecho imponer, en virtud de la autoridad apostólica, siguiendo el ejemplo del Papa Sixto, una paz ó tregua por algún tiempo entre los Príncipes cristianos (1).

En el tiempo siguiente no faltaron las acostumbradas cuestiones de precedencia. Las deliberaciones que tuvieron los delegados, divididos en un partido alemán y otro güelfo, procedieron muy lentamente; y se tuvo que agradecer á los alemanes, y en primera línea á los enviados del Emperador, el que finalmente se diera una respuesta, correspondiente con exactitud á las cuestiones propuestas por el Papa. En el documento que sobre esto se entregó al Papa y á los cardenales, exponían los delegados principalmente lo que sigue: «En primer lugar damos gracias á Dios por haber inspirado al Papa tales pensamientos, y luego al mismo Inocencio VIII por sus esfuerzos respecto de Hixem, en el cual se tiene la más importante prenda para mantener en perpetuo temor á los turcos y dividir su reino. Por esta razón se le ha de guardar en Roma de la mejor manera posible, y luego acordar, conforme al consejo de personas entendidas, la manera cómo se le deberá emplear en la campaña.» Cuanto á la dirección de la guerra, acentuaron los delegados la necesidad de formar tres ejércitos: uno de ellos debían armarlo el Papa y los Estados italianos, el otro Alemania, Hungría, Polonia y los reinos del Norte, y el tercero Francia, España é Inglaterra; y además de los propios generales se debería nombrar también un comandante general común. En el caso que el Emperador ó el Rey de Romanos tomaran parte en la expedición, reclamaban los alemanes para ellos este mando general, al paso que los demás eran de parecer que los Príncipes, después de deliberar con el Papa, procedieran desde el principio de la guerra á la elección de un comandante general. Además se encarece el extraordinario provecho que se

(1) Schneider, *Türkenzugscongress*, 5-6.

seguiría, para la empresa de la cruzada, de que el Papa tomara parte en ella personalmente. Los gastos para el sostenimiento del ejército, debería recaudarlos cada Príncipe en particular, imponiendo equitativamente una contribución á los eclesiásticos y á los legos; y cuanto á la duración de la guerra, se podría por de pronto pensar en hacerla tres años.

Pareció de particular importancia que se reunieran las tropas á un mismo tiempo y con la mayor rapidez posible, concurriendo los alemanes á Viena, y los demás á Ancona, Brindis ó Messina. El ejército alemán debería avanzar por Hungría y Valakia, y la escuadra atacar el Peloponeso y Eubea; los franceses y españoles, junto con la caballería italiana, debían trasladarse á Valona, para lanzarse desde allí contra el enemigo. Al propio tiempo se debía hacer la guerra á los moros. Pero se consideró como necesario prerequisite, que el Papa procurase zanjar las contiendas entre los príncipes cristianos, y ajustar entre ellos una paz, por lo menos temporal.

En su respuesta les dió Inocencio VIII las gracias por sus buenos designios de combatir contra los turcos valiéndose de Hixem. La cuestión sobre si el príncipe turco debería acompañar la expedición, libre ó custodiado, la dejaba en todo caso á la decisión de aquéllos que conocían mejor el territorio y gentes del enemigo; sin embargo, acerca del empleo del Príncipe, se habría de tomar una resolución lo más pronto posible. Respecto á la formación de los ejércitos, simultaneidad en el comienzo de la guerra, vías de ataque y establecimiento de una paz general, declaró el Papa estar de acuerdo, en lo substancial, con las proposiciones de los delegados. El mando general deberían tenerlo el Emperador ó el Rey de Romanos, como quiera que ambos eran los defensores natos de la Iglesia. En lo relativo á la recaudación de los subsidios para la guerra, los príncipes deberían exigir el dinero á los legos, al paso que él pondría contribuciones sobre los bienes eclesiásticos; pero sobre esto podría todavía seguirse tratando. Parecía suficiente que el ejército constara de 15,000 jinetes y 80.000 infantes; pero podría, sin embargo, convenirse con los príncipes cristianos, sobre determinar más en particular el grueso del ejército y la armada. Acerca de tomar él parte personalmente se expresó Inocencio VIII con alguna vaguedad, diciendo que seguiría el ejemplo de sus predecesores y no dejaría por

hacer cosa alguna. La guerra habría de durar por lo menos cinco años y no sólo tres, y comenzar desde luego el año próximo, por cuanto era de esperar que por aquel mismo tiempo atacaría á los turcos el sultán de Egipto. Además, acentúa el Papa, sin duda refiriéndose á la actitud hostil del monarca napolitano, que los príncipes tendrían también grave obligación de velar por la tranquilidad de los Estados pontificios. Expresamente insistió Inocencio VIII en la necesidad de una acción pronta, pues toda la victoria dependía de la rapidez con que se procediera (1). Al fin expresó su admiración porque los delegados se remitían siempre en sus deliberaciones á la definitiva resolución de sus soberanos; él, sin embargo, había pedido que se enviaran delegados provistos con suficientes poderes; debían, por lo tanto, procurarse, á lo menos ahora, tales mandatos con la mayor presteza, para que no se perdiera, por efecto de nuevas dilaciones, la favorable ocasión que daba la presencia de Hixem (2). A 30 de Julio cerró el

(1) «Las proposiciones de la Curia para la dirección de la guerra, opina Schneider (*Türkenzugscongress* 11), denotan grande pericia y circunspección, pero en todo caso, deben su origen por la mayor parte á los embajadores del emperador alemán. Ciertamente, también podría pensarse en el cardenal, Julián de la Róvere, tan experimentado en la guerra, que más tarde se llamó Julio II.» Calimaco (v. arriba p. 309, not. 5) había comunicado al Papa importantes noticias sobre el estado del imperio turco.

(2) Sigismondo de' Conti, II, 1-4 y los documentos del archivo del Capitolio, publicados en la misma obra, en el apéndice 424-436. También los hay copiosos en otras partes; anoto aquí los siguientes manuscritos, que en parte ofrecen mejores lecciones: 1) Colección de códices sin signatura de la *Biblioteca Altieri de Roma*. 2) Cod. Ottob. 1888, f. 161-173. *Bibl. Vatic.* 3) Cod. D. IV, 22, t. 202-217 de la *Bibl. Casanat. de Roma*. 4) Politicor. varia VII, f. 330 sqq. *Archivo secreto pontificio*. 5) *Archivo público de Düsseldorf*. V. Schneider, *Türkenzugscongress* 7-11, á quien con todo se le ha pasado enteramente inadvertida la impresión que hay en la edición de Sigismondo de' Conti. 6) *Archivo público de Venecia*, Cod. miscell. 672. La Responsio Innocentii VIII que hay en el códice 6, Plut. XIV del *Archivo del Capitolio*, como la que hay en el manuscrito de la *Bibl. Casanat.* llevan la fecha: Die lunae XXVI Julii; se señala el mismo día en el manuscrito del archivo de Düsseldorf, como en el del archivo de Venecia. El Cod. Ottob. en cambio tiene die lunae 16 Julii. Como en 1490, cayó en lunes el 26, y no el 16 de Julio, parece aquella fecha la verdadera. Pero habla en contra, el que N. Franco, al dar un extracto de la respuesta del Papa, anota lo siguiente: *Die XII Julii 1490. Questa matina el Nostro Signor in consistorio ha proposto questo et benche el sia piu diffuso, tamen sollicito collegi memoria. Cod. 90, f. 28º s. de la *Biblioteca de la ciudad de Verona*. Aquí hay que advertir que, en 1490, también cayó en lunes el 12 de Julio. En 31 de Julio de 1490, Inocencio VIII dirigió una *carta á Federico III acerca del congreso sobre la campaña contra los turcos. *Archivo público de Viena*. V. el registro en Lichnowsky, VIII, n. 1416.

Papa el congreso de los delegados, con el designio de continuarlo después que recibieran más amplios poderes; pero esto no se llegó á verificar (1).

Según la opinión, por ventura algún tanto optimista, de Segismundo de' Conti, se hubiera llegado entonces, á pesar de todas las dificultades, á realizar una expedición general contra los turcos, si el rey de Hungría, Matías Corvino, que sólo tenía á la sazón 47 años de edad, no hubiera fallecido de un ataque de apoplejía á 6 de Abril de 1490 (2). Esta muerte acarrearía indudablemente una grave pérdida para la causa cristiana, y sus consecuencias fueron tanto más funestas, cuanto estallaron entonces en Hungría las más reñidas disensiones acerca de la sucesión al trono. El rey Maximiliano aprovechó aquella favorable coyuntura para arrebatar á los húngaros sus Estados hereditarios; á 19 de Agosto entró en Viena, saludado con júbilo por sus habitantes. A 4 de Octubre salió de allí contra Hungría, para obtener por la fuerza de las armas el reconocimiento de sus derechos al trono; pero la falta de dinero, y el haberse amotinado sus lansquenetes, estorbaron su victoriosa carrera. Como del Imperio no podían esperarse sino muy escasos auxilios, á 7 de Noviembre de 1491 se ajustó en Presburgo la paz entre Maximiliano y Ladislao de Hungría. También el Papa se había afanado por alcanzar una pacífica avenencia; pero la razón decisiva fué ciertamente la discordia que se trabó con nueva aspereza entre Maximiliano y Carlos VIII de Francia (3).

Mientras las circunstancias políticas se enredaban así en el Norte, de una manera muy perjudicial para la guerra contra los turcos, el rey de Nápoles ponía en el mayor apuro al Papa, fatigado á la sazón por una grave enfermedad (4). Venecia, la primera Potencia marítima europea, continuaba siguiendo constantemente su antigua política mercantil, procurando alcanzar aquel estado de cosas del que se esperaban mayores ganancias para el comercio veneciano. Venecia fué quien enteró exactamente al Sultán de las negociaciones del congreso celebrado en

(1) Schneider, *Türkenzugscongress*, 11.

(2) Sigismondo de' Conti, II, 4. Fraknói, *M. Corvinus*, 270. Cf. también la exposición de Lascaris en el *Serapeum*, 1849, 68.

(3) Ulmann, *Maximilian*, I, 1, 97 ss., 110 ss., 112 s. Huber, III, 295 ss. Krones, II, 484 ss.

(4) Cf. arriba, p. 292 s.

Roma (1). ¿Cómo podía, por consiguiente, pensarse en una guerra general contra la Media Luna? Sólo colocándose en este punto de vista, se puede comprender que Inocencio VIII admitiera las proposiciones que en Noviembre del año 1490 le hizo una embajada turca.

El sultán Bayaceto vivía en perpetuo temor de que se sirviera del príncipe Hixem como de un instrumento muy eficaz para combatir su Imperio; y después de haber fracasado su tentativa de quitar de enmedio al Príncipe con veneno, apremiado por las noticias que recibía de Roma, se resolvió á emprender otro camino. Despachó, pues, una embajada al Papa, la cual llegó á Roma á 30 de Noviembre de 1490, llevando presentes y una carta del Sultán para Inocencio VIII. Aquel documento, redactado en lengua griega, estaba escrito en un rollo de papiro pulimentado y no sellado; y en él rogaba el Sultán que se retuviera á su hermano Hixem en Roma, con las mismas condiciones que á su tiempo se habían convenido con el Gran Maestre de Rodas (2).

(1) Cf. Schneider, *Türkenzugcongress*, 11, nota 4 y 12. En cuán amigables relaciones estuviese Florencia con el Sultán en 1487 y 1488, lo muestran los documentos publicados por Müller, *Relaz.* 237, 288.

(2) Sigismondo de' Conti, II, 23 s., cuya relación está confirmada generalmente por las cartas de los embajadores. Fuera de las relaciones del *Archivio público de Florencia*, aducidas ya por Thuasne, *Djem-Sultan*, 276 s., he utilizado de las cartas dichas las siguientes: a) ** Relación de Bonfrancesco Arlotti, fechada en Roma, á 2 de Diciembre de 1490 (*Archivio público de Módena*). b) ** Relación de los embajadores milaneses (Jac. episc. Dherton. et Steph. Taberna), fechada en Roma, á 2 de Diciembre de 1490 (*Archivio público de Milán*); aquí hallé también en la serie *Turchia* una traducción latina contemporánea de la carta del Sultán; el contenido concuerda con la traslación que traen Sigismondo y Baluze; la misma traducción difiere muchas veces, como también tienen diverso texto las traducciones de Sigismondo y Baluze. Para que pueda el lector comparar, pongo aquí el principio de este documento: Sultan Parazit Chan Dei gratia magnus imperator ac utriusque etc. omnium christianorum patri et domino dom. Rom. eccl'es. antistiti dignissimo. Post condecetentem et iustam allocutionem. Significamus Tue Divinitati intellexisse nos a r. card. magno magistro Rhodique domino germanum nostrum isthic degere ad presens, qui a nominati cardinalis proceribus istuc adductus nunc quoque sub illoꝝ custodia est. Que res urbis quidem pergrata visa est admodumque letati sumus ipsum apud vos hospitari etc. La traducción del *Archivio público de Milán* lleva la fecha de 16 de Mayo de 1490, en lo cual difiere de Sigismundo de' Conti y Baluze, *Miscell.* I, 517, que indican el 17 de Mayo. También en otras partes, en las colecciones de manuscritos se encuentran frecuentemente traducciones de la carta del Sultán á Inocencio VIII; así hay una, por ejemplo, en el Cod. 511 de la *Biblioteca capitular de Luca*. Hay otra además (con la fecha 20 de Mayo) en el Cod. 716 de la *Biblioteca de Mu-*

El Papa aceptó los presentes del Sultán y permitió también que su embajador visitara al príncipe Hixem, para que se cerciorase del buen estado de su salud. Para las negociaciones convocó también Inocencio VIII á los embajadores de las Potencias cristianas que se hallaban en Roma; pues no quiso en un negocio tan importante y que á todos tocaba, proceder con independencia.

El embajador turco había prometido al principio, que su Señor no molestaría con guerra á ningún país de la Cristiandad, mientras se tuviera á Hixem en segura custodia; pero más adelante limitó, sin embargo, esta declaración notablemente: sólo dejaría de hacer la guerra á los habitantes de las costas del mar Adriático, quedando Hungría expresamente exceptuada. A consecuencia de esto no se ajustó un convenio propiamente dicho. El embajador dejó en Roma la pensión anual para Hixem, que se había pagado hasta entonces en Rodas, y recibió del Papa un escrito para el Sultán, en el cual se declaraba, que la respuesta definitiva á las proposiciones del mismo no se podía dar hasta después de haber interrogado el parecer de las demás Potencias cristianas (1). No faltaron (refiere Segismundo de' Conti) hombres de peso, á quienes pareció locura que el Papa se mostrara tan condescendiente con el bárbaro turco, y entrara por codicia de la ganancia en una manera de comercio con él; sin embargo, añade él mismo rectificando este parecer: todo esto se hizo solamente con el designio de apartar de la Cristiandad las penalidades de una guerra y obtener preciosas reliquias del Salvador que se hallaban en poder del Sultán (2).

Pero por mucho que se exagere el deseo del Papa de adquirir para Roma aquellas reliquias, y amparar á la Cristiandad contra los acometimientos de los turcos, no se puede negar que aquella especie de tributación influyó mucho en determinar su conducta. Por lo demás hase ponderado, con razón, en este respecto, que

nich, y una tercera en el Ms. 1238 de la *Biblioteca nacional de París*; v. Thuasne, *Djem-Sultan*, 277. El texto griego (cf. *Briegers Zeitschr.* VII, 152, y *Nolhac*, *F. Orsini*, 340) del *Cod. Vatic.* gr. 1408, f. 219^v lleva la fecha: 22 de Mayo de 1490.

(1) La fecha que falta en Sigismundo de' Conti, II, 25-26, puedo restablecerla según una copia coetánea existente en el *Archivo público de Milán*; hela aquí: 1490 tertio Non. Januar. A. 7°.

(2) Sigismundo de' Conti, l. c. Infessura, 261. Sobre los presentes del Sultán, v. la relación florentina, citada por Thuasne, 278 (cf. *ibid.* 280 para la crítica de Infessura) y la **relación de Arlotti, citada en la pág. 316, not. 2.

aquella ganancia era lo único que podía alcanzar el Papa en las circunstancias actuales, atendida la falta de celo por la cruzada que se veía en los más de los príncipes (1).

Mientras por una parte se tenía en jaque al sultán Bayaceto, con esta manera de conservar siempre dispuesto á su más peligroso enemigo, y se le obligaba á pagar cierta especie de tributo; en el Occidente los Reyes Católicos quebrantaban para siempre las fuerzas del Islam. A 2 de Enero de 1492 se rindió Granada, y tremoló en la Alhambra la bandera de la Cruz, con el gran crucifijo de plata regalado por Sixto IV, que había precedido al ejército durante toda aquella campaña (2). Con esto terminó aquel drama de ocho siglos de la Historia de España; perfeccionóse la unidad nacional de este país, y se puso en estado de intervenir poderosamente en la historia de Europa y principalmente de Italia. Don Fernando el Católico había conocido, en esta última y decisiva lucha con el Islam, toda la falsía de su primo Don Ferrante de Nápoles, el cual secretamente había prestado auxilio contra él á los moros; y no se necesitaba sino uno ú otro acaecimiento para moverle á que, en lugar de continuar la lucha contra los moros á lo largo de la costa septentrional del Africa, procurase apoderarse de Sicilia, considerándola como punto de Arquímedes desde el cual podía levantar sobre sus quicios á Italia y someterla, un pedazo tras otro, al poderío del Reino aragonés (3).

La rendición de Granada excitó en toda la Cristiandad un inmenso júbilo, y en aquel importante acaecimiento se miró una especie de compensación por la pérdida de Constantinopla. Muchos soñaban ya con la reconquista de Jersusalén; algunos humanistas cristianos, como lo hizo en Florencia el noble Hugolino Verino, celebraron aquella victoria en versos entusiastas (4);

(1) Artaud de Montor, *Geschichte der Päpste*, continuada por Zailler, IV (Augsburgo, 1854), 172. Cf. Gröne, II, 293.

(2) Prescott, I, 402-403, 486. Hefele, Ximenes, 23 s. Schirrmacher, *Gesch. Spaniens*, VI, 712. G. Volpi, *La resa di Granata (1492) descritta dall' oratore di Castiglia e di Aragona presso la s. sede*. Lucca, 1889. Florian, *Gonzalo de Córdoba ó la conquista de Granada; historia de las acciones heroicas, etc.*, escrita en francés y vertida al español por D. J. López de Penalver. París, 1892. Durán y Lerchundi, *La toma de Granada*. Granada, 1892.

(3) Höfler, *Rodrigo de Borja*, 54-55.

(4) Cf. Lazzari, 143 ss. Aquí hay noticias circunstanciadas sobre el *poema de Verino, que se conserva en la *Biblioteca nacional de Florencia*, Magliab. Cl. VII, Cod. 383.

pero, sin embargo, en ninguna parte fué mayor la alegría que en Roma, donde se venía siguiendo hacia años, con el más vivo interés, la guerra contra los moros (1). En la noche del 31 de Enero al 1 de Febrero, se recibió aquella importante noticia: Don Fernando la había comunicado al mismo Papa (2). Durante varios días se celebró el trascendental acontecimiento con fiestas eclesiásticas y civiles. El mismo Inocencio VIII se dirigió en procesión solemne desde el Vaticano á Santiago, iglesia nãcional de los españoles en la Piazza Navona, donde se rezó una misa de acción de gracias, y al fin se dió la bendición papal. Los embajadores españoles hicieron representar la conquista de Granada, el cardenal Rafael Riario la entrada triunfal de los soberanos españoles, mientras el cardenal Borja, acaso por primera vez, ofreció á los romanos el espectáculo de una corrida de toros (3).

Después que el rey Ferrante ajustó la paz con el Papa á 22 de Enero de 1492, pareció volverse á interesar también por la cuestión de Oriente; por lo menos indica esto la carta con que el Rēy puso á Inocencio VIII en conocimiento del proceder de los turcos (4). En Mayo de 1492 fué Pontano enviado á Roma con el fin de deliberar sobre las medidas comunes para defender la Cristiandad contra su poderoso enemigo (5). Esta mudanza no se ocultó al Sultán, el cual vivía en perpetuo temor por causa de Hixem, y así envió

(1) Cuando en 17 de Junio de 1485 llegó á Roma la noticia de la victoria de Fernando sobre los moros, al punto se dispusieron grandes fiestas; v. las *cartas de Arrivabene, fechadas en Roma á 18 de Junio y 16 de Julio de 1485 (*Archivo Gonsaga*), como también la *carta del cardenal A. Sforza, fechada en Roma á 22 de Julio de 1485. *Archivo público de Mídn.* En el año 1488, Fernando envió al Papa á Roma cien prisioneros moros, en agradecimiento por los socorros que había recibido de él durante la guerra; v. Sigismondo de' Conti, I, 307-308.

(2) *In questa nocte passata circa le sette hore giunse la nova vera et certa de la intrata del Re de Spagna in Granata cum grandissimo triumpho et ordine secondo ha scritto S. M^a al papa. *Despacho de Boccaccio, fechado en Roma, á 1.º de Febrero de 1492. *Archivo de Módena*.

(3) Burchardi Diarium, I, 444 sq. Cf. Sigismondo de' Conti, I, 328, 374-375; Audiffredi, 309, 318; Cian en el Giorn. d. Lett. XXIX, 423; Trinchera, II, 45; los pasajes reunidos por Thuasne, Djem-Sultan, 294 s., y Chassant, Des essais dramatiques imités de l'antiquité (Paris, 1852), 135, como también la *carta de Boccaccio, fechada en Roma, á 8 de Febrero de 1492 (*Archivo de Módena*), y las de G. L. Cataneo, fechadas en Roma, á 15 y 17 de Febrero de 1492. *Archivo Gonsaga de Mantua*.

(4) Trinchera, II, 1, 57-58, 60, 79 s., 94, 101, 106 s., 124. Sobre el envío de Alfonso á Otranto, ibíd. 128 s.

(5) Nunziante, Lettere di Pontano, 8.

nuevos mensajeros tanto á Nápoles (1) como á Roma. Estos últimos llevaban, por encargo del Sultán, una preciosa reliquia: la lanza con que Longinos abrió el costado del Salvador puesto en la cruz. Por orden del Papa salieron á recibir, en Ancona, aquella sagrada prenda, Nicolao Cibo, arzobispo de Arlés, y Lucas Borsiano, obispo de Foligno, y la llevaron á Narni encerrada en un estuche de cristal adornado de oro. Desde allí la condujeron á la Ciudad eterna los cardenales Juliano della Róvere y Jorge Costa, y aun cuando Inocencio VIII estaba entonces bastante enfermo, persistió en tomar parte en la solemnidad de su recibimiento. Cuando el día 31 de Mayo de 1492 se acercaron á la Ciudad los cardenales mencionados con la Sagrada Lanza, salió á su encuentro el Papa hasta la Porta del Popolo, y tomó la reliquia con grande reverencia, pronunciando un breve discurso sobre la pasión del Señor; y luego la llevó á San Pedro con una gran procesión por las calles festivamente adornadas. Pero no quedó allí definitivamente la Sagrada Lanza, sino hizo la guardar el Papa en sus habitaciones particulares (2). Al enviado turco le declaró en una audiencia de despedida, á 14 de Junio, que participara al Sultán, que en caso de atacar los turcos los países cristianos, el Papa se les opondría inmediatamente valiéndose de Hixem; y con la misma declaración se envió luego además á Constantinopla otro particular mensajero (3).

El recibimiento de la Sagrada Lanza, escribía un contemporáneo, puede llamarse el acto postrero de Inocencio VIII; la guerra y los temores de la guerra le habían ocupado de suerte, que du-

(1) Trinchera, II, 1, 98, 99, 102, 103, 105-106.

(2) Burchardi Diarium, I, 473 ss. Sigismondo de' Conti, II, 28-29. Infessura, 274. Notar Giacomo, 175. Not. di Nantiporto, 1108. Bernabei en Ciavarini, Croniche Anconit. (Ancona, 1870) 204. Bernaldez, I, 307, como también las *relaciones de Boccaccio (fechada en Roma á 27 de Mayo de 1492. *Archivo público de Módena*) y *Brognolus (fechada en Roma, á 27 de Mayo de 1492. *Archivo Gonzaga de Mantua*). Para la historia de esta reliquia y de reliquias análogas conservadas en Nuremberg y París, cf. Wetzzer und Welte's Kirchenglexikon, VII^o, 1419-1422, y Thuasne, Djem-Sultan, 298. Este último autor ha utilizado también una porción de nuevas relaciones sobre la embajada turca de 1492. El relicario de la santa lanza se halla todavía en el tesoro de S. Pedro. Barbier de Montault, Oeuvres, II, 117. Sobre el acrecentamiento del culto del Sdo. Corazón de Jesús por la adquisición de la santa Lanza, cf. Hattler, Die bildliche Darstellung des göttl. Herzens (2.^a edición, Innsbruck, 1894), 7, y Graus en el *Kirchenschmuck*, 1895, p. 84 s.

(3) Thuasne, Djem-Sultan, 302.

rante todo su reinado no pudo visitar á Loreto ni las diferentes partes de los Estados pontificios, como había sido su ardiente deseo. Sólo muy raras veces salió de Roma para dirigirse á Ostia ó á la Villa Magliana (1); pero además de los temores de la guerra, fué sobre todo el mal estado de la salud del Papa, lo que estorbó sus viajes.

Lo mismo que en otoño de 1490, se vió también Inocencio VIII, en el año siguiente, fatigado repetidas veces por la fiebre y dolores intestinales; pero el arte del célebre Jácome de San Genesio le devolvió todavía la salud (2). Sin embargo, desde Marzo de 1492, el Papa, que ya tenía 60 años, volvió á hallarse enfermo (3). Precisamente por aquel tiempo parecía estar amenazada de nuevo la paz de Italia, á consecuencia del fallecimiento de Lorenzo de' Médici (8 de Abril); por lo cual el Papa no anduvo remiso en tomar medidas de precaución (4), como asimismo algún tiempo después, con motivo de la rebelión de Cesena (5). A pesar de estos cuidados se mejoró su estado de salud en tales términos que, como hemos visto, pudo asistir á la recepción de la Sagrada Lanza y á los desposorios de Luis de Aragón con Battistina Cibo. La segunda mitad de Junio la pasó Inocencio VIII regularmente bien, y después de la fiesta de San Pedro y San Pablo pensaba salir á los alrededores para recrearse (6); pero el 22 ó

(1) Sigismondo de' Conti, II, 29.

(2) Sigismondo de' Conti, II, 36. Cf. Leostello, 398, y el breve de 20 de Febrero de 1491, publicado por Lichnowsky, VIII, Reg. n.º 1510. Sobre la enfermedad del Papa, por el otoño de 1490, v. Graziani, 737 y Leostello, 371.

(3) *Relación de G. L. Cataneo, fechada en Roma, á 19 de Marzo de 1492: tres días que el Papa padece male di fianchi; 12 de Abril: El Papa va mejor: tutavia non se reha ne è per liberarsi cosi presto. *Archivo Gonzaga de Mantua*. Cf. la *carta del cardenal A. Sforza de 16 de Abril de 1492. *Archivo público de Milán*.

(4) Además de Reumont, Lorenzo, II, 422 s., cf. también la *carta de Cataneo, citada en la nota 3, quien refiere, que, con ocasión de la muerte de Lorenzo, el Papa ha escrito á Florencia et ha rasonato de far legato del patrimonio el car* de' Medici. El mismo embajador anuncia en 15 de Abril, que el Papa ha escrito á todas las potencias italianas interesándose por los Médici. *Archivo Gonzaga de Mantua*.

(5) Cf. el *breve á Hércules de Ferrara, fechado en Roma, á 21 de Junio de 1492. El original se halla en el *Archivo público de Módena*.

(6) *Carta de F. Brognolus, fechada en Roma á 17 de Junio de 1492: El Papa sta pure assai bene. 23 de Junio: El Papa Dio gratia sta pur assai meglio; fatto el dì di S. Pietro S. B* vol andare ad alcune terre qui contigue a Roma per pigliare un pocho di piacere con speranza di fortificarsi meglio. *Archivo Gonzaga de Mantua*.

23 de Junio se reprodujeron sus dolores intestinales, volvióse á abrir una antigua herida que tenía en la pierna, y á esto se añadieron accidentes de fiebre. Los médicos no estuvieron de acuerdo entre sí, pero ya entonces se temió un fatal desenlace (1). El Papa conservaba, sin embargo, tanta energía vital, que al principio tuvo en nada los malos pronósticos. A 30 de Junio volvió á hallarse mejor, y esta mejoría continuó por de pronto en el mes de Julio; pero el común sentir de todos era que se aproximaba lentamente á su fin (2).

La desesperada enfermedad del Papa tuvo por primera consecuencia el agravarse todavía considerablemente la falta de seguridad en Roma. Por algún tiempo parecía que amenazaban disolverse todos los vínculos del orden; apenas pasaba un día sin algún homicidio. Los cardenales hacían vigilar cuidadosamente al príncipe Hixem; levantóse inventario del tesoro de la Iglesia, mientras el Vicecamarlengo Bartolomé Moreno tuvo por prudente refugiarse en el palacio Mattei, y luego en el Belvedere. Las turbulencias alcanzaron tal incremento, que varios barones, á persuasión del cardenal Juliano, pospusieron sus odios de partido, y se unieron con los conservadores para mantener el orden, á lo cual siguió una tranquilidad mayor (3).

Inocencio VIII murió cual convenía á un Papa; ya á 15 de Julio se había confesado, y al día siguiente comulgó (4); el 17 creíase ya que estaba en los últimos alientos (5), pero su naturaleza tenaz resistió todavía ocho días enteros. Sin embargo, no se

(1) Además de Sigismondo de' Conti, II, 37, hay que consultar una *carta de F. Brognolus, á Bárbara, marquesa de Mantua: Io scrivo al vostro ill^{mo} sig. consorte de la Ex. V. come el papa sta molto male per una gran passione che li da sei di in qua in quella gamba dove la havuto male gran tempo; se teme mal desenlace. *Archivo Gonzaga de Mantua*.

(2) *Carta de F. Brognolus al marqués de Mantua, fechada en Roma á 30 de Junio de 1492: El Papa se halla mejor. 12 de Julio: El papa sta ora ben or male; a iudicio de ognuno el si va consumando a pocho a pocho. *Archivo Gonzaga de Mantua*.

(3) Cf. el despacho del embajador florentino, publicado por Thuasne, I, 569 ss. é Infessura, 274 ad 276; mas aquí las fechas no son exactas. Infessura dice que el inventario se compuso die lunae 16 dicti mensis; pero F. Brognolus ya pudo hablar del hecho en una *carta de 12 de Julio de 1492. *Archivo Gonzaga de Mantua*.

(4) Despacho del embajador de Florencia de 15 de Julio, en Thuasne, I, 567.

(5) *Despacho de Brognolus, fechado en Roma á 17 de Julio de 1492: nunc laborat in extremis. *Archivo Gonzaga de Mantua*.

consideraba posible su restablecimiento, y todo el arte de los médicos resultó ineficaz (1). «No hay ninguna esperanza, escribía á 19 de Julio el embajador florentino; las fuerzas del Papa están consumidas hasta tal punto, que ya no es más que un espíritu. Por lo demás, conserva todavía todo el conocimiento» (2). Fuera de la excesiva solicitud por los suyos, que manifestó en los últimos días (3), la muerte de Inocencio VIII fué edificante. De acuerdo con el embajador florentino, refiere Segismundo de' Conti que el Papa llamó á los cardenales en torno de su lecho, y aun cuando el hablar le costaba grande esfuerzo, se disculpó sin embargo, en un largo discurso, de no haber estado á la altura que requería la pesada carga de su oficio; por lo cual pedía perdón. Luego les exhortó el moribundo á la concordia, y á elegirle un sucesor mejor. En presencia de los cardenales hizo en seguida que los camareros levantaran inventario de los fondos y objetos de valor que se hallaron, y mandó llevar á San Pedro la Sagrada Lanza. Despedidos los cardenales, recibió con lágrimas el Sagrado Viático (4).

Después de una agonía de cinco días (5) falleció Inocencio VIII el 25 de Julio de 1492 á las 24 (9 de la noche) (6), y tuvo

(1) Intessura, 275-276 cuenta, que el médico particular de Inocencio VIII, judío, hizo degollar tres niños de diez años, y trajo al Papa la sangre que obtuvo, como único medio de conservarle la vida. Como el Papa rehusase la sangre, huyóse el desalmado médico. Si esta relación estuviese fundada (como Gregorovius parece creer VII^o, 297), tendríamos un ejemplo raro del empleo de la sangre humana por los judíos para fines terapéuticos. Pero los esmerados despachos de los agentes mantuanos, todavía inéditos, que he recorrido, no dicen cosa semejante. En las relaciones de Valori, tampoco se lee nada de esto. Un relator, que anuncia con toda puntualidad cuanto tomó el Papa (cf. Thuasne, I, 571), no hubiese dejado de mencionar sin duda tan horrible remedio. Cf. también Vogelstein, 22 s.

(2) Thuasne I, 569.

(3) Ibid.

(4) Sigismondo de' Conti, I, 36-37. Según indica este autor, pasó esta escena *pridie quam expiraret*. Como Sigismondo no es siempre exacto en las fechas, daría yo la preferencia á la indicación de Valori, quien traslada al 17 de Julio la exhortación del Papa á los cardenales; pero por lo demás, cuenta lo mismo que Sigismondo (aunque más brevemente). V. también el pasaje relativo á este hecho en el diario de Franceschetto, escrito de su propia mano, que se conserva en el *Archivio pubblico de Massa*, y que ha sido publicado en el Arch. st. ital. 5 Serie, XII, 152, n. 1.

(5) *Carta de F. Brognolus, fechada en Roma á 25 de Julio de 1492: El papa è stato quatro o cinque dì quodammodo in transito. *Archivio Gonzaga de Mantua*. Cf. también Ricordi di Sacchi ep N. di Tuccia, 426.

(6) *Despacho de Boccaccio, fechado en Roma á 25 de Julio de 1492: El

en San Pedro el lugar de su último reposo. Su memoria ha quedado más viva que la de algunos grandes papas, por cuanto su monumento de bronce, obra de Antonio Pollajuolo, es de los pocos que fueron trasladados de la antigua iglesia de San Pedro á la nueva. Allí se le ve todavía, junto á un pilar de la izquierda nave lateral, colocado mucho más alto de lo que había intentado el artista. El Papa está representado en él dos veces; la una como figura colosal entronizada en una hornacina, teniendo en la mano izquierda la Sagrada Lanza y levantando la derecha para bendecir; á uno y otro lado se ven, de medio relieve, las figuras de las virtudes cardinales, y arriba, en el medio punto, las virtudes teologales. Debajo está la estatua yacente del Papa, descansando sobre un antiguo y sencillo sarcófago. «Por su originalidad, claridad de composición y maestría en la técnica del bronce, merece esta obra un sitio de honor entre las esculturas florentinas del quattrocento» (1).

La inscripción, compuesta posteriormente, alude al descubrimiento de América acaecido por aquel tiempo, con falta de exactitud histórica; pues hasta el 3 de Agosto de 1492 no se hizo á la vela, saliendo del puerto de Palos, el gran compatriota del Papa, Colón, para descubrir un Nuevo Mundo.

Papa murió circa le 24 hore. *Archivio público de Modena*. La carta de Brognolus, mencionada en la nota 5, indica algún tiempo más tarde: La notte seguente venendo li 26 el papa passò di questa vita fra le cinque e sei hore di notte. Notar Giacomo 175: de iovedi venendo lo venerdì ad nocte ad hore cinque. Infessura, 276: sexta vel septima hora; Ricordi di Sacchi l. c.: tra le sette e l'otto hore; Valori in Thuasne I, 491, dice casi lo mismo que Boccaccio.

(1) Juicio de Burckhardt, Cicerone 358-359. Reumont, III, 1, 198, 423, 537 y Arch. st. dell'Arte IV, 367 s. Beissel en las «Stimmen aus Maria-Laach» XLVI, 490 ss. Bode, Ital. Plastik 165. Cf. Burchardi Diarium, II, 431 s. La imagen de este sepulcro puede verse en Valentini, Basilica Vatic. II, tab. 25, y Müntz, Précurseurs, 103. Sobre las subsiguientes colocaciones sucesivas del monumento, v. Anónimo Gaddiano ed. Fabriczy 138, nota. La Oratio rev. dom. Leonelli episc. Concord. habita Rome in ecclesia S. Petri in funere fe. re. dom. Innocentii pape VIII, coram s. cetu rev. dom. cardinalium et tota curia die XXVIII, mensis Julii 1492 se halla según Audiffredi, 308, en la *Bibl. Casanat.*, en una impresión coetánea. Otro ejemplar hallé yo en la *Bibl. Borghese*, que por desgracia está ahora desparramada por todas las regiones del mundo.

CAPÍTULO V

Relaciones de Inocencio VIII con las ciencias y las artes

La intranquilidad del gobierno de Inocencio VIII y los perpetuos apuros de su hacienda, así como su falta de energía, explican que, en comparación con la época de Sixto IV, fuera relativamente poca, durante su pontificado, la actividad desplegada en el terreno de las artes y de las ciencias. Sin embargo, todavía fué entonces más considerable en Roma la producción artística de lo que á primera vista parece; y la causa de esto es, que la mayor parte de las obras pertenecientes á la época de Inocencio VIII, ó han sido destruidas, ó se han hecho muy difíciles de reconocer. Pero si se desciende con cuidado á los particulares, se halla haberse producido aún entonces, tanto en el campo de la arquitectura como en el de la pintura, buen número de obras dignas de mención (1).

En el Vaticano continuó Inocencio VIII los trabajos de Paulo II, participando de la afición de este Papa á las piedras preciosas (2); y antiguas imágenes muestran cuán grandiosa era la fachada que mandó construir hacia la plaza de San Pedro.

(1) Algo más favorable todavía que este juicio de la primera edición es el que emite Müntz sobre la actividad artística de Inocencio VIII, en la obra fundamental *Les arts*, 13 s., 15 s., sacada de fuentes originales, que se ha publicado después.

(2) Cf. Pératé, 416. *Arch. st. dell'Arte* IV, 368 s., y Müntz, *Hist. de l'Art*. I, 102 y *Les arts*, 69-77.

en San Pedro el lugar de su último reposo. Su memoria ha quedado más viva que la de algunos grandes papas, por cuanto su monumento de bronce, obra de Antonio Pollajuolo, es de los pocos que fueron trasladados de la antigua iglesia de San Pedro á la nueva. Allí se le ve todavía, junto á un pilar de la izquierda nave lateral, colocado mucho más alto de lo que había intentado el artista. El Papa está representado en él dos veces; la una como figura colosal entronizada en una hornacina, teniendo en la mano izquierda la Sagrada Lanza y levantando la derecha para bendecir; á uno y otro lado se ven, de medio relieve, las figuras de las virtudes cardinales, y arriba, en el medio punto, las virtudes teologales. Debajo está la estatua yacente del Papa, descansando sobre un antiguo y sencillo sarcófago. «Por su originalidad, claridad de composición y maestría en la técnica del bronce, merece esta obra un sitio de honor entre las esculturas florentinas del quattrocento» (1).

La inscripción, compuesta posteriormente, alude al descubrimiento de América acaecido por aquel tiempo, con falta de exactitud histórica; pues hasta el 3 de Agosto de 1492 no se hizo á la vela, saliendo del puerto de Palos, el gran compatriota del Papa, Colón, para descubrir un Nuevo Mundo.

Papa murió circa le 24 hore. *Archivio público de Modena*. La carta de Brognolus, mencionada en la nota 5, indica algún tiempo más tarde: La notte seguente venendo li 26 el papa passò di questa vita fra le cinque e sei hore di notte. Notar Giacomo 175: de iovedi venendo lo venerdì ad nocte ad hore cinque. Infessura, 276: sexta vel septima hora; Ricordi di Sacchi l. c.: tra le sette e l'otto hore; Valori in Thuasne I, 491, dice casi lo mismo que Boccaccio.

(1) Juicio de Burckhardt, Cicerone 358-359. Reumont, III, 1, 198, 423, 537 y Arch. st. dell'Arte IV, 367 s. Beissel en las «Stimmen aus Maria-Laach» XLVI, 490 ss. Bode, Ital. Plastik 165. Cf. Burchardi Diarium, II, 431 s. La imagen de este sepulcro puede verse en Valentini, Basilica Vatic. II, tab. 25, y Müntz, Précurseurs, 103. Sobre las subsiguientes colocaciones sucesivas del monumento, v. Anónimo Gaddiano ed. Fabriczy 138, nota. La Oratio rev. dom. Leonelli episc. Concord. habita Rome in ecclesia S. Petri in funere fe. re. dom. Innocentii pape VIII, coram s. cetu rev. dom. cardinalium et tota curia die XXVIII, mensis Julii 1492 se halla según Audiffredi, 308, en la *Bibl. Casanat.*, en una impresión coetánea. Otro ejemplar hallé yo en la *Bibl. Borghese*, que por desgracia está ahora desparramada por todas las regiones del mundo.

CAPÍTULO V

Relaciones de Inocencio VIII con las ciencias y las artes

La intranquilidad del gobierno de Inocencio VIII y los perpetuos apuros de su hacienda, así como su falta de energía, explican que, en comparación con la época de Sixto IV, fuera relativamente poca, durante su pontificado, la actividad desplegada en el terreno de las artes y de las ciencias. Sin embargo, todavía fué entonces más considerable en Roma la producción artística de lo que á primera vista parece; y la causa de esto es, que la mayor parte de las obras pertenecientes á la época de Inocencio VIII, ó han sido destruidas, ó se han hecho muy difíciles de reconocer. Pero si se desciende con cuidado á los particulares, se halla haberse producido aún entonces, tanto en el campo de la arquitectura como en el de la pintura, buen número de obras dignas de mención (1).

En el Vaticano continuó Inocencio VIII los trabajos de Paulo II, participando de la afición de este Papa á las piedras preciosas (2); y antiguas imágenes muestran cuán grandiosa era la fachada que mandó construir hacia la plaza de San Pedro.

(1) Algo más favorable todavía que este juicio de la primera edición es el que emite Müntz sobre la actividad artística de Inocencio VIII, en la obra fundamental *Les arts*, 13 s., 15 s., sacada de fuentes originales, que se ha publicado después.

(2) Cf. Pératé, 416. *Arch. st. dell'Arte* IV, 368 s., y Müntz, *Hist. de l'Art*. I, 102 y *Les arts*, 69-77.

Asimismo adornó esta plaza con una hermosa fuente de mármol de dos grandes tazas circulares superpuestas; una de las cuales sirve todavía en la actualidad para el surtidor á la derecha del obelisco (1). No fueron menos extensos los trabajos de restauración ejecutados en Roma en tiempo de Inocencio VIII. Tales trabajos se emprendieron en el puente de Sant'Angelo, en el Ponte Molle, en el Capitolio, la fontana de Trevi, el castillo de Sant'Angelo, en las puertas y murallas de la Ciudad, y en toda una serie de iglesias, de las cuales merecen mencionarse, S. Agostino, S. Balbina, S. Biagio della Pagnotta, S. Croce, S. Giuliano de' Fiamminghi y S. Juan in Laterano (2). S. Maria della Pace se terminó, S. María in Vía Lata se edificó de nuevo, donde desgraciadamente se quitó un resto de un arco antiguo, y generalmente, en este tiempo como en el anterior, se tuvo muy poco cuidado de conservar las reliquias de la época romana (3).

En San Pedro hizo continuar Inocencio VIII la construcción, comenzada por Pío II, de la *loggia* de la bendición, edificar una nueva sacristía, y construir un magnífico tabernáculo para la Santa Lanza, decorado con un cuadro de Pinturicchio, el cual fué destruído en el año de 1606, con la capilla edificada por el cardenal Lorenzo Cibo (4). No fué de poca importancia para la capital pontificia la construcción de las calles comenzadas por su predecesor, que mandó continuar con celo Inocencio VIII, encomendando la inspección de aquellos trabajos al tesorero general Falcone de Sinibaldi, celebrado por Segismundo de'Conti (5).

Fuera de Roma mandó Inocencio VIII, en parte á Baccio Pontelli, ejecutar ó restaurar construcciones en las ciudadelas de

(1) Serdonati, 79. Gregorovius VII^a, 639. Cf. Burchardi Diarium, III, 173; Arch. st. dell' Arte IV, 368; Adinolfi, Portica, 123 ss., y Müntz, Les arts, 90 s.

(2) Müntz, Antiquités, 129 s., 149 s., 153, 156, 162. Cf. Burchardi Diarium, II, 69; Arch. st. dell' Arte IV, 466 ss.; Borgati, 88; Arch. st. ital. 3. Serie VI, 177; Müntz, Les arts, 92 s.

(3) Armellini, 634. Arch. st. dell' Arte IV, 464 s. Sobre la destrucción de monumentos antiguos, cf. Müntz, Antiquités, 35 s. Con todo, para la exportación de mármoles preciosos, era siempre necesario un permiso del Papa; cf. Müntz, Les arts, 287.

(4) Cf. Stevenson, Topografía e Monumenti 11. Arch. st. dell' Arte IV, 365 s., 456 s. Müntz, Les arts, 85 s. Los restos del ciborio se ven hoy en las criptas del Vaticano. Janer, III, 579, hace mención de un impuesto para los trabajos de S. Pedro.

(5) Sigismondo de'Conti, II, 41. Arch. st. ital. 3, Serie VI, 1, 176. Arch. st. dell' Arte IV, 62 s., 363 s. Müntz, Les arts, 64 s.

Argnano, Corchiano, Jesi, Osimo, Terracina, Tolfa, así como en los palacios pontificios de Viterbo y Aviñón (1); y también fomentó las obras en la catedral de Perugia, y en otras muchas iglesias y monasterios (2). Según los muchos documentos que tratan de ello, debieron ser bastante extensos los trabajos en el puerto y en la ciudadela de Civitavecchia, los cuales fueron dirigidos principalmente por Lorenzo de Pietrasanta, que llevó á cabo también otras obras en servicio del Papa (3).

Pero con los trabajos hasta ahora mencionados no se agota, sin embargo, la actividad arquitectónica de Inocencio VIII, pues también proceden de él el *Belvedere* del Vaticano y la *Villa Magliana*, situada á cinco millas de la Ciudad, en el valle del Tiber, sobre la carretera de Porto. Inocencio VIII había principiado ya á construir el castillo de caza de la Magliana siendo cardenal, y cuando Papa hizo ampliar y adornar esta villa (en la actualidad miserablemente arruinada), según lo demuestran las inscripciones encima las ventanas. La Magliana y Ostia fueron los últimos lugares que pudo visitar el Papa durante su intranquilo reinado; pues, por mucho que lo deseó, las dificultades de la época no le permitieron emprender un viaje á las principales ciudades de sus Estados, ni cumplir la peregrinación á Loreto que había prometido (4).

(1) Müntz en el Arch. st. dell' Arte IV, 466 ss.; ibid. III, 296 s. hay nuevos é importantes documentos sobre B. Pontelli, hallados por Müntz. Cf. Schmarsow, Melozzo, 344, y Arch. d. Soc. Rom. XX, 35. Con el título Pro fabrica palatii Viterb., hallé en el *Lib. brev. 17, f. 37, un documento, en que R[aphael] s. Georgii card., con arreglo á un mandato del Papa, ordena pagos para la construcción del palatium quod modo ad habitationem presidii provincie patrimonii in civit. Viterbii extruitur. Dat. Viterbii in arce die XVIII Maii 1484. *Archivo secreto pontificio*.

(2) Fuera de Müntz, Les arts, 99 s., cf. el *breve de Inocencio VIII al Gobierno de Perugia, fechado en Roma el 28 de Febrero de 1485 (registrado en el Cod. C. IV, 1 de la *Biblioteca de Génova*), y la *bula de 16 de Septiembre de 1486, en el *Archivo capitular de Perugia*. Inocencio VIII ayudó á la construcción y dotación de la iglesia de S. Martin de Worms, concediendo una indulgencia; la *escritura original correspondiente, con fecha 31 de Enero de 1485, se halla en el *Archivo de la ciudad de Francfort del Main*.

(3) Müntz en el Arch. st. dell' Arte IV, 61 s. Aquí se remite al lector á la obra de Frangipani, Storia de Civitavecchia, 124 s., que no he podido procurarme. Por tanto, no puedo decir con seguridad, si está inédito el breve de Inocencio VIII al thesaurarius provincie patrimonii, dat. Romae XI Sept. 1484 ante coronat., en el que se ordena la terminación del puerto de Civitavecchia. *Lib. brev. 17, f. 37. *Archivo secreto pontificio*.

(4) Sigismondo de' Conti, II, 29. Cf. Infessura, 280. En el libro IV volveré-

En sus últimos tiempos mandó Inocencio VIII transformar completamente, á lo que parece según un dibujo de Antonio Polajuolo, el palacio de verano edificado en la pendiente de la colina vaticana, hacia el monte Mario, que forma ahora el núcleo del museo eſcultórico del Vaticano. La dirección de aquéllos trabajos estuvo en manos de *Jacobo da Pietrasanta*, y, según Infessura, empleó el Papa 60,000 ducados en aquella construcción, que forma un cuadrilátero almenado, unido á la torre circular de Nicolao V (1). En dicha suma se comprenden, sin duda, los gastos para la decoración pictórica de la villa, á la que, por su magnífica vista sobre Roma y sus alrededores, desde el Soracte hasta los montes Albanos, se dió el nombre de Belvedere.

Las pinturas que ejecutaron Pinturicchio y Mantegna, en el nombrado palacio de recreo de los papas, han sido, por desgracia, destruidas, quedando sólo muy pequeños restos.

Según Vasari, por deseo del Papa decoró Pinturicchio toda una loggia del Belvedere con vistas de ciudades, entre ellas, Roma, Milán, Génova, Florencia, Venecia y Nápoles, «conforme á la manera de los flamencos», cosa que, como desconocida hasta entonces, acrecentó mucho su fama. Fuera de esto, según el mencionado escritor, ejecutó Pinturicchio en el Belvedere una imagen al fresco de la Santísima Virgen (2). La poética belleza del paisaje, en los cuadros de Pinturicchio que se hallan en la capilla Buffalini de Santa María de Araceli, nos permite apreciar la pérdida que sufrió el mundo artístico con la destrucción de los frescos del Belvedere; y el hecho de haber conocido Inocencio VIII las especiales dotes de *Pinturicchio* para la pintura del paisaje, induce á tener por injusto el juicio, no pocas veces repetido, de que aquel Papa no había entendido nada en materia de arte (3).

Más lamentable todavía es la pérdida de los frescos del otro pintor á quien ocupó Inocencio VIII en el Belvedere. Ya en el

mos á hablar de la Magliana, acerca de la cual hay que leer á Reumont, III, 1, 414 s., Müntz, *Les arts*, 101 s., y L. Gruner, *Villa M.* (Lipsia, 1847).

(1) Infessura, 279. *Arch. st. dell' Arte* IV, 458 s.; cf. *Jahrb. d. deutsch. archäol. Instituts*, V, 11, y Müntz, *Les arts*, 77 s.

(2) Cf. Vermiglioli, *Mem. di Pintur. Perugia*, 1837; Crowe-Cavalcaselle IV, 275 s.; Schmarsow, *Pinturicchio*, 27 s., 93 s.; Steinmann, *Pinturicchio*.

(3) Es maravillosa la predilección de Inocencio VIII por el arte flamenco (cf. abajo, p. 330), y me atrevería á formular la conjetura de que, cuando estuvo en la comercial Génova, adquirió conocimientos más particulares acerca del mismo.

año de 1484 negoció el cardenal Juliano della Róvere con los Gonzaga, por encargo de Inocencio VIII, para obtener que *Andrés Mantegna*, con razón muy estimado en Mantua, ejecutara algún trabajo en Roma (1); pero hasta 1488 no se dirigió á la Ciudad eterna aquel genial artista, con permiso del Marqués de Mantua, que le confirió antes la dignidad de caballero; y allí se le encargó la decoración de la capilla del Belvedere. Dos años enteros trabajó Mantegna en Roma, según él mismo dice, con toda diligencia y fatiga, para hacer lo mejor que pudiera, con el fin de honrar á la ilustre Casa de Gonzaga, de quien se consideraba como criado (2). Por esta causa es más doloroso que se destruyeran aquellos frescos al construir el Braccio nuovo en tiempo de Pío VI. El historiador del arte, Vasari, encomia la solicitud y amor con que trabajó allí Mantegna, en términos que sus obras parecían más bien miniaturas que pinturas al fresco; las cuales representaban principalmente la historia de San Juan Bautista, Santo tutelar de Inocencio VIII. Por efecto de las dificultades financieras del Papa, tuvo Mantegna mucho motivo de quejarse sobre el pago de sus trabajos, y Vasari refiere sus discretas observaciones sobre la escasez del salario, contando haber preguntado un día Inocencio VIII á Mantegna, qué significaba cierta figura que, por lo visto, no se le había encomendado. Parece que el artista respondió: «Es la Discreción, virtud del prudente comedimiento.» «Si quieres darle una buena compañera, le respondió el Papa, pinta á su lado la Paciencia.» Por lo demás, parece que Inocencio VIII indemnizó en alguna manera al artista, cuando su partida en el año de 1490 (3).

Además de Pinturicchio y Mantegna trabajaron también entonces en Roma *Filipino Lippi* y *Perugino*. Este último recibió muchos encargos del cardenal Juliano della Róvere, que era muy

(1) Arco, *Delle Arti in Mantova* II (Mantova, 1857), 69. Sobre Mantegna, cf. Baschet, en *Gaz. des beaux-arts* XX, 318 s., 478 s.; Braghirolli en el *Giorn. di erudiz. art.* I, 194 s.; Luzio-Renier en el *Giorn. d. Lett. ital.* XVI, 128 s.; Müntz, *Les arts*, 61, y la monografía de Thode. Bielefeld, 1898.

(2) Bottari, VIII, 25. Guhl, I, 52 s.

(3) Cortesius, *De cardinalatu*, 87. Guhl, I, 54. Reumont, III, 1, 431. Woltmann, II, 255. Chatard, *Descrizione del Vaticano*, III, 142. Müntz, l. c. Steinmann, *Rom.* 87-88. En ninguna parte se ha declarado, que yo sepa, por qué Mantegna escogió precisamente la historia del Bautista. La relación de este santo con Inocencio VIII, mencionada en el texto, declara suficientemente la elección.

inteligente en materia de arte (1), al paso que Lippi glorificó á Santo Tomás de Aquino en una capilla de la iglesia de los Dominicos, Santa María Sopra Minerva, que mandó construir con mucha liberalidad el cardenal Oliverio Caraffa. El artista desempeñó hábilmente su cometido, pero de una manera algo superficial. El programa de las pinturas procedía indudablemente del cardenal mismo, y numerosas inscripciones ayudan á la inteligencia de aquellos frescos, parte de los cuales están cubiertos por el monumento de Paulo IV. La pintura principal de la pared á la derecha de la entrada, representa la victoria de Santo Tomás sobre las herejías, y esta alegórica glorificación del Doctor de Aquino sobresale por la claridad de la composición, excelente efecto del color, magníficas testas características y apacible fondo. En la luneta de la izquierda, se ve á Santo Tomás ante la imagen del Salvador crucificado, que le dirige aquellas palabras: «Bien escribiste acerca de mí, ¿qué recompensa deseas?» A la derecha se ve el efecto que produce este prodigio en los contemporáneos. En la pared del altar pintó Lippi la Anunciación, con el fundador, y la Asunción de la Virgen Santísima, donde se ostenta todo el arte del maestro; los ángeles que se ciernen jubilosos son inefablemente bellos (2).

También Pinturicchio hizo muchas obras para cardenales (3), bien que todos estos trabajos hayan sido destruidos ó desaparecido, salvo pequeños restos; pero todavía resplandecen en toda su belleza, sus ya mencionados frescos de la Capilla Buffalini de Araceli, que glorifican las hazañas de San Bernardino de Sena (4).

Es digno de notarse, para conocer la actividad artística en tiempo de Inocencio VIII, el hecho de haber éste comprado en 1484 á unos mercaderes flamencos, tapices bordados donde se representaba á San Jorge y las artes liberales (5). También se fomentó la escultura, de lo cual son testimonio el hermoso estuche para los santos óleos, en la venerable iglesia de los Santos Cuatro

(1) Schmarsow, Pinturicchio, 21 s., 31 s.

(2) Hettner, 144. Woltmann, II, 178. Keppler en las Hist.-pol. Bl. LXXXVIII, 894 ss. Steinmann, Rom. 89-94.

(3) Cf. Lützow, Kunstschatze, 423 s, Crowe-Cavalcaselle, IV, 273.

(4) Excelentemente descritos por Steinmann, Rom. 94 s.; cf. también la monografía sobre Pinturicchio, 23 s.

(5) Reumont, III, 1, 432.

Coronados, y el gran altar de Cibo, en Santa María della Pace (1). El tesoro de los ornamentos pontificales se enriqueció con magníficas piezas, y principalmente recibió ricos presentes de este género la Capilla Sixtina (2). Asimismo fomentó Inocencio VIII las artes industriales, encargando presentes honoríficos, en particular espadas bendecidas, una de las cuales, del año 1491, se conserva todavía en el Museo de Cassel. Dióla el Papa en el mencionado año al landgrave Guillermo I de Hesse, que se detuvo en Roma á su regreso de la Tierra Santa. La orfebrería, en la cual alcanzaron entonces predominio las formas del Renacimiento, tomó grande impulso en tiempo de Inocencio VIII (3).

Para la Capilla Pontificia adquirió Inocencio VIII, en Octubre de 1486, uno de los más notables músicos de aquella época, *Joaquin des Prés*, el cual conservó todavía su colocación en tiempo de Alejandro VI (4). Cuán grande fama hubieran alcanzado ya entonces los músicos pontificios, lo muestra el hecho de haber ido á Roma, en otoño de 1487, Enrique Isaac, que fué luego compositor de la Corte de Maximiliano I, el cual llevó cartas de recomendación de Lorenzo de Médici para el Papa y Franceschetto Cibo (5).

Lo propio que en el terreno del arte, se mostró la Roma de Inocencio VIII inferior á la de Sixto IV en el de *las ciencias*; pero, sin embargo, no es admisible la suposición de que Inocencio VIII careciera enteramente de aficiones literarias. El movimiento humanístico era tan poderoso, que no podía el Papa permanecer

(1) Steinmann, Rom. 89.

(2) Müntz, Les arts, 121 s.

(3) Burchardi Diarium, I, 439 y Lessing en el Jahrb. d. preuss. Kunstsammlungen XVI (1895), 117 s. Aquí hay también indicaciones generales sobre las espadas bendecidas, que completan las de (Zaluski) Analecta de sacra in die natali Domini usitata caeremonia ensem etc. benedicendi (Varsov. 1726); Moroni, Diz., y Müntz, Les épées d'honneur, en la Rev. de l'Art chrét. 1889, 408 s.; 1890, 281 s. Cf. también ahora Mac Swiney de Mashanaglass, Le Portugal et le St. Siège I. Paris, 1898. Sobre los grabadores y monederos de Inocencio VIII, cf. Müntz, L'Atelier monét. de Rome. Doc. sur les graveurs et médailleurs de la cour pontif. depuis Innocent VIII jusqu'à Paul III, estudio publicado en la Rev. numismat. II (1884). Tirada aparte (París, 1884) 5 s., y Les arts, 104 s. Sobre la fabricación de monedas, v. Reumont, III, 1, 281 s. y particularmente la obra ya rara de Garampi, App. 202 ss.

(4) Cf. Streber en Wetzler u. Welte's Kirchenlexikon, VI^a, 1892, donde se indican más obras.

(5) V. Reumont, en el Anz. f. Kunde d. deutsch. Vorzeit 1882 Nr. 5, y F. Waldner, H. Ysaac (Innsbruck, 1895) 44 s.

ajeno á él. Inmediatamente cantó un humanista anónimo su coronación, mientras *Domenico Palladio Sorano* vaticinaba desde luego la vuelta de la dorada edad de Saturno (1). Semejantes esperanzas podían no parecer infundadas, atendiendo al hecho de haber sido ya acogidos por Inocencio VIII algunos eruditos, como Bonifacio Simonetta, antes que ascendiera al trono pontificio (2). A la verdad, las calamidades de la época no daban lugar á que se desarrollara un gran mecenazgo; pero precisamente cuando se considera la dificultad de las circunstancias, se ve uno más necesitado á reconocer que Inocencio favoreció en muchas maneras las ciencias y á sus representantes.

Las embajadas de obediencia fueron la primera coyuntura que puso al Papa en relación con muchos literatos; y que Inocencio VIII se interesaba por los estudios clásicos, se mostró con particular claridad cuando *Angelo Poliziano* fué á Roma en 1484 con la embajada florentina. En aquella ocasión le excitó el Papa, en presencia de ilustres personas, á traducir al latín las obras históricas de los griegos que referían las hazañas de los romanos, para hacerlas más asequibles á todos (3). A *Bartolomé Scala*, que habló en nombre de la embajada de obediencia de los florentinos, le nombró caballero y secretario apostólico (4). También Venecia envió á Roma como delegados para prestar la obediencia, á dos hombres de formación clásica: *Bernardo Bembo* y *Sebastián Badoer*, el primero de los cuales ostentó todo su arte retórico cuando se presentó delante del Papa (5); y la impresión de su discurso, cuidadosamente trabajado, debió ser tanto más brillante, cuanto que Inocencio VIII tenía poca facilidad de palabra para improvisar, hasta el extremo de que, los que le rodeaban, habían de intervenir casi siempre para ayudarle (6).

El honroso encargo hecho por el Papa á Poliziano cayó en terreno fértil, y por efecto de él, aquel eminente humanista, no menos distinguido como poeta que como filólogo, escogió á Herodiano, y se esforzó por traducirlo de la manera que el autor griego

(1) V. las indicaciones de Cian, en *Giorn. d. Lett. ital.* XXIX, 419-420.

(2) Reumont, III, 1, 359.

(3) *Politiani Opera* (Basil. 1553) 104.

(4) Tiraboschi, VI, 2, 49. Lazzari, 48.

(5) Cian, I. c.

(6) Esto lo testifica Paris de Grassis; cf. en el apéndice, n.º 132, el pasaje todavía inédito (*Bibl. Rossiana de Viena*).

hubiera escrito si se hubiera expresado en lengua romana. Inocencio VIII recompensó la dedicatoria de aquel libro con un breve especial, en el cual ponderaba que la obra sería ornato de su biblioteca, por su novedad y perfección, reconocidas por los eruditos de la Corte; estimuló al traductor á emprender otros trabajos semejantes, y como prueba de su agradecimiento y favor, le envió un presente de 200 ducados, que debían poner á Poliziano en estado de dedicarse en adelante sin estorbos á semejantes estudios (1). Poliziano correspondió á esta muestra de favor con una carta en que le daba las gracias en muy limado estilo, y con una oda que recordaba la Antigüedad, no por sólo el lenguaje; pues en ella se designaba al Papa como vice-Júpiter. Cuando Poliziano dedicó, en el año de 1491, al cardenal Antonio Pallavicino su poema *Nutritia*, reconoció de nuevo con gratitud el favor que le había dispensado el Papa (2).

También estuvo Inocencio VIII en buenas relaciones con los poetas humanistas *Aurelio Brandolino Lipo* y *Antonio Tebaldeo* (3), y no menos supo hacerse amigos los humanistas eminentes de la Academia romana. En el año de 1487 uno de ellos, *Pedro Marso*, pronunció delante del Papa un discurso que se imprimió inmediatamente, y donde la abundancia de reminiscencias clásicas que se ofrecen al lector, forma extraño contraste con el asunto de la oración; es á saber: el elogio de San Juan Evangelista (4); pero los contemporáneos no encontraban en ello nada chocante; Pedro Marso era uno de los más estimados oradores de la Roma de entonces, y obtuvo un canonicato en San Lorenzo in Dámaso, donde su inscripción sepulcral enaltece su erudición y vida irrepreensible (5).

Se ha hecho notar con razón, que el gran número de oraciones

(1) Este breve de 15 de Agosto de 1487 se halla en Politiani Opera 105; aquí mismo hay un breve á Lorenzo de' Médici, relativo á este mismo punto. La biblioteca vaticana conserva dos ejemplares de esta traducción de Herodiano en el Cod. Vat. 1836 (Bibl. Altemps) y 1859 (Bern. Caraffe prior. Neapolit. liber); dióse á la imprenta en 1493 (Audiffredi, 325).

(2) Politiani Opera, 105-106, 530, 609; cf. Reumont, III, 1, 358 s., y J. del Lungo, Pros. volg. del Poliziano, 262 s.

(3) Cian, l. c., promete dar sobre esto datos más particulares.

(4) P. Marsus, Panegyricus Innocentio VIII. P. M. dicatus in memoriam S. Iohannis Evang. S. l. et a. [1484]; cf. Audiffredi, 428 y Burchardi Diarium, I, 282.

(5) Sobre P. Marso, además de Audiffredi, 427, y Cian en el Giorn. d. Lett. ital. XXIX, 420-421, cf. particularmente Corsignani, Reggia Marsicana (Napoli, 1738), 208 s.

que se pronunciaban en presencia del Papa y los cardenales, debieron suministrar muchos estímulos á los literatos romanos. Los argumentos estaban las más veces determinados por la fiesta que caía en el día señalado, pero también se trataron en ellos otros asuntos. Así v. gr., *Antonio Lollio de San Germano* habló ásperamente contra los excesos de los judíos (1); Poliziano alaba otro discurso de Lollio sobre la Circuncisión de Cristo, calificándolo de «áureo» (2). Lollio habló por última vez á 24 de Marzo de 1486, y poco después murió de la peste. Burchard le alaba como varón verdaderamente bueno y docto (3). También el poeta humanista *Tito Vespasiano Strossi* pronunció una vez un discurso delante del Papa (4); Burchard menciona asimismo en su Diario la oración de un discípulo de Pomponio Leto, la cual, sin embargo, reprende duramente (5). A qué extremos condujera la excesiva estima de la forma clásica, lo manifiesta el hecho de haberse podido permitir el udinense Bartolo Lucano, pronunciar todo un sermón en hexámetros latinos (6).

Mas regularmente no eran humanistas, sino eclesiásticos, los que predicaban en presencia del Papa, y con mucha frecuencia se encargaba este cometido á los Procuradores de las más insignes Órdenes religiosas, en cuyo número se halló también el célebre eremita agustino, rival de Savonarola, *Mariano de Genazzano*; y entre los obispos á quienes se concedió dicho honor, es el más frecuentemente nombrado *Tito Veltri de Castro* (7).

Inocencio VIII se interesaba principalmente por la exacta observancia de las ceremonias eclesiásticas; por mandato suyo dispuso Agustín Patricius una nueva edición del *Pontificale romanum* (8), y es además digno de notarse, haber mandado el

(1) Este discurso se dió en seguida á la imprenta, v. Audiffredi, 264, 430.

(2) Politiani Opera, 110.

(3) Burchardi Diarium, I, 184.

(4) También se imprimió este discurso en aquel mismo tiempo, v. Audiffredi, 273.

(5) Burchardi Diarium, I, 173, 174.

(6) Este sermón lo trae Audiffredi, 416, 424.

(7) Cf. Burchardi Diarium, I, 141, 142, 143, 146, 168, 169, 170, 175, 176, 199, 202, 229, 232, 242, 243, 244, 245, 266, 267, 277, 279, 280, 283, 292, 299, 332, 344, 355, 371, 375, 376, 396, 399, 424, 436, 437, 440, 444, 458, 459. Los impresos ahora muy raros de los discursos pronunciados por Inocencio VIII, se hallan anotados en Audiffredi, 264, 265, 273, 274, 281, 282, 283, 291, 308, 428, 429, de un modo no absolutamente completo, aunque no falta mucho para serlo.

(8) Cf. Hoffmann, Nova script. collectio I, 372 sq. Audiffredi, 270 s.

Papa imprimir de nuevo á su costa la excelente obra del cardenal español Juan de Torquemada, *Sobre el Primado* (1).

Otro particular mérito adquirió Inocencio VIII, procurando levantar la Universidad romana, para lo cual cuidaba que se pagase entera y puntualmente el sueldo de los profesores; y sólo la muerte le impidió poner mano en la nueva edificación de aquel Centro docente (2). Son también muy notables los esfuerzos que hizo el Papa para llevar á Roma hábiles juristas; ptenécele la gloria de haber fijado en la Ciudad eterna á *Ludovico Bolognini* y *Felino Sandeo*, al último de los cuales, eminente en particular como canonista, nombró Auditor de la Rota (3). En 1490 envió Inocencio VIII dos breves á Florencia para atraer al famoso jurista *Bartolomé Sossino*, y también el jurista *Francisco Pellati* recibió del Papa demostraciones de benevolencia y favor (4). Cuánta estima hiciera Inocencio VIII de los hombres de formación humanística, lo muestra la circunstancia de haber confiado á algunos de ellos cargos importantes. El poeta coronado Antonio Geraldini, que celebró en doce églogas la vida de Cristo, fué Protonotario y Nuncio en España (5); al docto Ludovico Podocatharo le nombró el Papa su médico de cámara (6); como secretarios, estaban al servicio de Inocencio VIII, Gaspar Biondo, Andrés da Trebisonda, Gaspar da Volterra, Juan Pedro Arrivabene, el poeta Agustín Staccoli, Segismundo de' Conti y Juan Lorenzi (7). Este último, nacido en Venecia en 1440, había ido á Roma en 1472, donde era secretario de su compatriota el cardenal Marco Barbo; Inocencio VIII recibió al distinguido helenista entre sus

(1) V. Renazzi, I, 286-287. Sobre la obra de Torquemada, v. nuestras indicaciones, vol. II, p. 48 s.

(2) Renazzi, I, 186-187. Tampoco carece de interés una *carta de indulgencia, concedida por Bernardinus de Rechaneto, ord. min., ap. sedis commissar. convent. Parisien., ejusdem ord. in tota Germania procurator, sobre una indulgencia de Inocencio VIII para los de la cofradía s. Francisci et Antonii de Padua de los Minoritas de París, que contribuyan ad perfectionem, reparationem et edificationem librarie et refectorii, ecclesie et camerarum collegii pauperum studentium. El original se halla en la biblioteca del colegio de los jesuitas de *Katwyk en Holanda*.

(3) Renazzi, I, 186. Mazzuchelli, II, III, 1497.

(4) Fabronius, Adnot. ad Laurentii Medic. Magn. vita (Pisa, 1784) 79 s. Renazzi, I, 220, 290.

(5) Tiraboschi, VI, 2, 285.

(6) Marini, I, 218 s.

(7) Sigismondo de' Conti, II, 40.

secretarios en 1484, y al año siguiente le confirió el empleo de bibliotecario de la Vaticana (1). Lorenzi, que recibió además otras distinciones de Inocencio VIII fué asimismo encargado de traducir al latín á Herodiano (2). La falta de dinero del Papa explica que la biblioteca no adquiriese casi ningún aumento en su reinado; pero es interesante observar, que continuó en éste la gran liberalidad con que se permitía el uso de los manuscritos, aun fuera de su local, llegando hasta enviar á Poliziano á Florencia, por recomendación de Lorenzo de' Médici, cierto número de manuscritos de la biblioteca Vaticana (3).

Otra prueba de haber Inocencio VIII mantenido amistosas relaciones con los representantes del Renacimiento literario, se halla en las dedicatorias que aceptó de Tito Vespasiano Strozzi (4) y del famoso médico Zerbi (5). Asimismo distinguió el Papa á algunos humanistas extranjeros, como Juan Fuchsmagen (6). Fué muy provechoso haber nombrado su Tesorero mayor al romano Falcone de' Sinibaldi. Alaban su liberalidad principalmente Mateo Bosso y Juan Bautista Spagnoli, ambos muy estimados como poetas repentistas; el último de los cuales habló una vez en la fiesta de Todos los Santos de 1488, en presencia del Papa y los cardenales, y recitó también algunos otros poemas latinos en los

(1) V. Nohac, G. Lorenzi, en *Mél. d'archéol.* VIII (1888), 1 ss., donde hay pormenores sobre los sucesos posteriores de Lorenzi, quien cayó en desgracia en tiempo de Alejandro VI y perdió su destino, como también sobre su posición como humanista. Sobre Lorenzi, cf. también Nohac, *Bibl. de F. Orsini*, 228. *Giorn. d. Lett. ital.* XIII, 107, 112 s.; XXIX, 424, y Dalla Santa, *Una lettera di G. Lorenzi a D. Caleondila*. Venezia, 1895.

(2) J. del Lungo, *Prose volgari* (Firenze, 1867) 74. Dorez en la *Rev. d. Bibl.* (1894), IV, 396 s.

(3) Marini, II, 255. Müntz-Favre, *La Bibl. du Vatican*, 307-310. Como complemento á la historia de la Vaticana, me atrevo á llamar todavía la atención sobre dos * despachos del embajador de Ferrara, Arlotti, que no conoció Müntz-Favre. Dicho Arlotti refiere, en 3 de Enero de 1488: * Lo inventario de li libri de la bibliotecha apostolica è fornito e tengolo in casa consignatome da M. Demetrio [de Luca, custodio de la Vaticana en tiempo de Sixto IV; v. Müntz, l. c. 299 y nuestras indicaciones del vol. IV]. El 16 de Diciembre de 1488, escribe Arlotti: * Demetrio nostro custode de la bibliotecha apostolica ha estado muy grave, ahora va mejor. *Archivo público de Módena*.

(4) La colección de poesías de T. V. Strozzi, dedicada á Inocencio VIII se halla en la *Biblioteca de Dresde*; v. Albrecht, T. V. Strozzi. Dresde, 1891, y *Giorn. d. Lett. ital.* XVII, 166, 442.

(5) El Papa elevó la pensión de este sabio de 150 á 250 florines; v. Marini, I, 310. Cf. Renazzi, I, 224-225.

(6) Zingerle, *Beiträge*, 114.

convites pontificios (1). En tiempo de Inocencio VIII renació en Roma el drama clásico en idioma latino, para lo cual dió ocasión Pomponio Leto, cabeza de la Academia romana, que fomentaba con incansable celo la representación de piezas antiguas, principalmente de las comedias de Plauto y Terencio, en las festividades académicas. Pero aquellas representaciones no permanecieron mucho tiempo limitadas al pequeño y escogido círculo de los humanistas de la Academia: cardenales y otros altos dignatarios pusieron sus palacios á disposición de Pomponio. Principalmente fué el rico y poderoso cardenal Rafael Riario, quien con principesca liberalidad se esforzó por fomentar el teatro, adornando opulentamente la escena. Cuando el humanista Juan Sulpicio de Veroli quiso representar una tragedia, mandó el cardenal erigir una escena por extremo hermosa; y la pieza, que fué probablemente «El Hipólito de Séneca», logró tanto aplauso, que se repitió en el castillo de Sant-Ángelo en presencia del Papa (2), y el joven Tomás Inghirami, que representó en ella, recibió, por el papel que había desempeñado, el sobrenombre de Fedra.

Cuán grande poder hubiera alcanzado en Roma el impulso del Renacimiento, en el reinado de Inocencio VIII, y de qué manera había penetrado hasta el pueblo el entusiasmo por todo lo antiguo, lo muestra un acaecimiento de la primavera de 1485 (3).

(1) Cian trae más pormenores en el *Giorn. d. Lett. ital.* XXIX, 422 s.; cf. F. Ambrosius, *De rebus gestis Bapt. Mantuani* (Taurini, 1784) 35.

(2) Cf. Flehsig, 42-44; Cian, l. c., 423, nota 3. Renazzi, I, 237-238. Tiraboschi, VI, 2, 205, 394.

(3) La relación más fidedigna sobre el hallazgo del cadáver de la joven Romana de 1485, se halla en el diario del Notajo di Nantiporto, 1094. Cf. además la carta de Barthol. Fontius á Fr. Sacchetti, publicada por Janitschek, primero en su libro *Gesellschaft der Renaissance*, 120, y después, con correcciones, en el *Repert. f. Kunstwissenschaft*, VII, 239 hasta 240, como también otras dos cartas sacadas á luz por Hulsén, en las *Mittheil. d. österr. Instituts*, IV, 435-438 (aquí hay también la mejor crítica de las relaciones). Cf. además Infessura, 178 s. (cf. *Arch. d. Soc. Rom.* XI, 532 s.); Sigismondo de' Conti, II, 44-45; Alexander ab Alexandro, *Dies geniales*, III, c. 2, y Raffael Volaterranus, *Comment. urb.* (Lyon, 1552) 954. Yo hallé otra relación, todavía inédita, en el **Protocollo Notarile* de Paolo Benevieni (B. 494) con el título: *Nuove Ricordo chome negli an. dom. 1485 del mese d'Aprile ci fu lettere da Roma chome in via Appia presso a S. Sebastiano luogo detto capo de bove in uno sepolcro marmoreo fu trovata una fanciulla morta integra nolle [= nolle] manchava nulla ne naso ne capitelli [= capezzeli] ne labra ne denti ne lingua ne capelli imo piu che la carne cedeva e stimossi de circa 1700 anni fusse*

En la segunda mitad de Abril, ciertos albañiles lombardos, haciendo excavaciones en el conocido campo de ruinas de la Vía Appia, que se conoce con el nombre de Roma Vecchia, en el *Fondo statuario* perteneciente á los Olivetanos de Santa María Nuova, tropezaron, hacia la sexta piedra miliaria de la Ciudad, con monumentos antiguos; hallaron dos basamentos de estatuas con inscripciones del *Praefectus praetorio Herennius Potens*, restos de una sepultura de libertos de las gentes *Tulia y Terentia* y, finalmente, un sarcófago sin inscripción, que contenía un cadáver maravillosamente conservado por una artificiosa mezcla de bálsamo, aceite de cedro y trementina (1). Inmediatamente se condujo aquel cuerpo al palacio de los Conservadores, donde se expuso públicamente. El extraordinario hallazgo entusiasmó y puso en movimiento á toda la Ciudad, y su resonancia se percibe en casi todas las relaciones contemporáneas. El éxtasis de los anticuarios y humanistas, y la curiosidad del pueblo subieron al más alto grado; corrían por Roma los más diversos rumores y conjeturas, y se propalaban exageraciones y aun falsedades, desfigurando el caso. La general excitación se refleja en la diversidad de las relaciones, entre sí diferentes, cuyos pormenores sólo en parte se pueden atribuir á una observación exacta, y otra parte mucho más considerable á la fantasía de los referentes. Pero todos están de acuerdo acerca de la maravillosa conservación, y la mayoría hacen notar el sexo femenino y edad juvenil del cadáver. Con entusiasmo describen los contemporáneos de qué manera los miembros habían conservado su natural flexibilidad, el pelo su color negro, los dientes y uñas su firmeza y blancura; y parece haberse hallado también adornos en los dedos y cabeza del cadáver.

Como si se hubiera publicado una indulgencia, concurrían los romanos á millares al palacio de los Conservadores para admirar aquel cadáver de una romana; de suerte que, á vista de aquel entusiasta culto del cadáver de una gentil, parece haber abrigado

stata sotterra con una cuffia di filo d'oro all'ungherescha e per certi inditii che fusse Tulliola figliuola di Marcho Tullio Cicerone. *Archivo público de Florencia*.

(1) Hülsen, loc. cit. 89, alega el parecer de un botánico, que da como muy probable que el cadáver se habría conservado en aceite de oliva, mezclado con diversas resinas y substancias aromáticas. Flaquea en parte esta conjetura por la relación de Sigismondo de' Conti, II, 44, quien nota expresamente, que la manera de conservar indicada arriba en el texto ha sido comprobada por peritos.

el Papa Inocencio VIII el temor de que se extendiera en el pueblo un paganismo que le pudiera dar más cuidado que el de los literatos. Así, pues, dió orden de enterrar secretamente por la noche, delante de la Porta Pinciana, el cadáver, cuyo rostro comenzaba á ennegrecerse por efecto de la influencia del aire (1).

(1) La narración del texto se funda sobre todo en la notable disquisición de Hülsen, en las *Mittheil. d. österr. Instituts*, IV, 433-449, quien enmienda esencialmente y completa el estudio de H. Thode, dado á luz en la misma publicación, 75-91. También rechaza con razón la conjetura, de que la famosa cabeza de la joven de Lille sea una copia fiel del cadáver hallado en 1485. A la misma conclusión ha llegado H. Grimm, en el *Jahrb. d. preuss. Kunstsammlungen*, IV, 104-108. Heydemann en la *Lützow's Zeitschr.* XXI, 8 s., se declara también resueltamente contra la hipótesis de Thode. Habla contra ella el hecho, de que el cadáver hallado en Roma tenía los cabellos largos y negros, las orejas pequeñas, la frente baja, mientras que la cabeza de cera de Lille tiene los cabellos de un rubio dorado, las orejas considerablemente grandes y una frente demasiado elevada para la belleza antigua; la joven de Lille es de más edad. Sobre el cadáver de la joven, cf. además Burckhardt, I^a, 230. Gregorovius, VII, 555-556. Reymont, III, 1, 363. *Courrier de l'Art*, 1883, 312. *L'Art*, XXXV (1883), 1. *Mittheil. d. deutsch. archäol. Instituts*, VI, 18. Respecto de la fecha del hallazgo, ha indicado Hülsen, 448, que sería de interés, el comprobar si los embajadores ingleses, cuya llegada menciona el *Not. di Nantiporto* haber coincidido con la traslación del cadáver, llegaron realmente el 19 de Abril. A esta cuestión, que por falta de fuentes no pudo resolver Hülsen, púedese dar la solución con echar una ojeada al *Diarium Burchardi*, en el que (I, 145) se registra la llegada de esos embajadores al 20 de Abril de 1485.

CAPÍTULO VI

Defensa de las libertades y doctrina eclesiásticas.

La bula acerca de las brujas de 1484.

Circunstancias morales de la Corte romana.

Aseglaramiento de los cardenales.

Lo propio que en las cosas políticas, vió Inocencio VIII fuertemente atacada y menospreciada por muchas maneras su autoridad, en las eclesiásticas. En Italia, además de Nápoles, fueron principalmente las Repúblicas de Venecia y Florencia las que procuraron graves solicitudes al Papa, por sus continuos conatos de acrecentar la soberanía del Estado á costa de la independencia de la Iglesia. Ya en las negociaciones acerca de levantar las censuras fulminadas por Sixto IV contra la Ciudad de las lagunas, había procurado Inocencio VIII asegurar al clero veneciano contra la arbitraria imposición de tributos y la intromisión del Estado en la provisión de prebendas, pero inútilmente (1); y el tiempo siguiente manifestó aún con más claridad, que la Señoría no pensaba en manera alguna renunciar al conato de dominar completamente toda la vida de sus súbditos, aun en el terreno eclesiástico. En el año de 1485, habiendo quedado vacante el obispado de Padua, Inocencio VIII lo confirió al cardenal Michiel, al paso que Venecia propuso al arzobispo de Cividale, Pedro Barozzi. Ninguno de los dos quiso ceder, é inútilmente envió el

(1) Navagiero. 1192.

Papa un propio embajador á Venecia para hacer sus representaciones; la República continuó firme y acabó por llevar adelante su voluntad apelando á la violencia. Embargáronse al cardenal Michiel las rentas de todos sus beneficios en el distrito de Venecia, con lo cual se obtuvo que el Papa y el cardenal cedieran (1).

La muerte del distinguido cardenal Marco Barbo, Patriarca de Aquileya, acaecida en 1491, suscitó una grave y violenta contienda entre Venecia y Roma. Inocencio VIII había otorgado á 2 de Marzo la dignidad patriarcal al embajador veneciano en Roma, el docto Hermolao Barbaro, persona además de puras costumbres, el cual aceptó la dignidad sin pedir el permiso, necesario según las leyes, al Gobierno veneciano. Mas por ello había de ser duramente castigado, y obligado á deponer aquella dignidad, la cual destinaba Venecia á Nicolao Donato, obispo de Limisso en Chipre. Como Barbaro se había substraído por de pronto al poder de Venecia, se amenazó á su padre con penas pecuniarias en caso que no moviera á su hijo á ceder. Barbaro quiso entonces renunciar á su dignidad, pero el Papa rehusó su consentimiento; por lo cual se acordó en Venecia, que Hermolao Barbaro se había de presentar en el término de veinte días ante el Consejo de los Diez, y en caso contrario sería desterrado de todos los dominios de la República, y se le declararía privado de todos sus beneficios venecianos. Barbaro prefirió el destierro, y dedicado á sus trabajos literarios murió en el año de 1493. El Patriarcado, de cuyas rentas se apoderó el Gobierno veneciano, permaneció vacante durante el reinado de Inocencio VIII; y en tiempo de Alejandro VI alcanzó Venecia inmediatamente el nombramiento de Donato.(2).

También respecto de Florencia y Bolonia tuvo Inocencio VIII repetidos motivos de queja por la violación de las libertades eclesiásticas. En Florencia movió al Papa á intervenir, la arbitraria imposición de tributos al clero (3); y en Bolonia, la ejecución de un sacerdote, con infracción de las disposiciones del

(1) Navagiero, 1192-1193. Raynald, 1486, n.º 36.

(2) Malipiero, 687-688. Navagiero, 1200. Sigismondo de'Conti, II, 35, 47. Sanuto, Diari, I, 746-747. Tiraboschi, VI, 2, 151 s. Ughelli, V, 130-131. Zeno, Diss. Voss. II, 361 sq. Arch. st. ital. 3. Serie II, I, 123 ss. Cecchetti, I, 309. Lazzari, 138 s.

(3) Raynald, 1486, n.º 35.

Derecho canónico (1). Asimismo se vió el Papa varias veces necesitado á defender la libertad de la Iglesia contra el Gobierno de Milán (2).

Fuera de Italia no faltaban tampoco muy graves intrusiones por parte del poder civil; principalmente procedió con gran soberbia el rey de Hungría Matías Corvino; el cual, ya en el año 1485, determinó que los prelados que vivieran fuera del Reino no poseyeran en Hungría ningún beneficio, y si poseían algunos no pudieran percibir sus rentas. Esta disposición se puso inmediatamente en vigor sin miramiento alguno, y á un empleado del cardenal obispo de Erlau, que vivía en Roma, y quería llevar á su señor 2,500 ducados, le quitaron el dinero y lo enviaron á Buda. En el mismo año se produjo un nuevo conflicto con Roma, por haber Matías Corvino nombrado arzobispo de Gran á Hipólito de Este, que era todavía un muchacho. Inútilmente representó el Papa al Rey, que confiar á un niño la dirección de aquella Iglesia era tan irracional como injusto. Matías Corvino alegó en su respuesta, «que Su Santidad, en gracia de personas mucho más insignificantes, había concedido favores mucho más reprobables desde el punto de vista del Derecho canónico; y al propio tiempo declaró, que si Su Santidad nombraba á otro para arzobispo de Gran, podría éste á la verdad llevar el título, pero Hipólito percibiría las rentas del arzobispado». Y para dar á su declaración la conveniente fuerza, dispuso que, de las rentas del arzobispado, se enviaran 2,000 ducados á Ferrara, á manera de arras del mismo. En realidad, Matías Corvino llevó al cabo su pretensión: Hipólito fué á Hungría en el verano de 1487 y ocupó la Sede primacial (3).

Si Inocencio VIII cedió en la cuestión de Gran, perseveró, por el contrario, en la libertad del arzobispo de Kalocsa, á quien había reducido á prisión Matías Corvino; y como no produjeron resultado los breves más enérgicos, en otoño de 1488 se encargó al nuncio Angelo Pecchinolli hacerle reflexiones de palabra. Matías se declaró entonces dispuesto á poner al arzobispo bajo la

(1) Cf. los *breves á Bolonia, fechados en Roma á 4 de Septiembre y 30 de Octubre de 1486, 9 de Febrero y 26 de Mayo de 1487. *Archivo público de Bolonia*, Q. 3.

(2) Cf. el *breve á Milán, fechado en Roma, á 18 de Abril de 1492. *Archivo público de Milán*, Autogr. III, y Desjardins, I, 536.

(3) Fraknói, Math. Corvinus, 287 s., 289.

custodia del Legado pontificio, hasta que se tratara del proceso introducido contra él; pero poco después volvió á retirar esta promesa. El Nuncio representó sobre esto, con gran paz, al irritado monarca, la dificultad de la situación en que se veía; por haber anunciado ya al Papa la promesa del Rey, de entregarle al arzobispo preso. «Si pues ahora, dijo, anuncio lo contrario, Su Santidad creerá, ó que yo soy mentiroso, ó que Vuestra majestad no es de fiar.» Finalmente, por las apremiantes representaciones del Legado, se declaró Matias dispuesto á sacar de la cárcel al arzobispo de Kalocsa, y ponerlo, al arbitrio del Legado, en Erlau ó Visegrad, bajo una custodia acomodada á su estado; y cumplió su promesa (1).

Lo propio que el rey de Hungría, se permitió también Carlos VIII de Francia intrusiones imposibles de justificar, en el terreno eclesiástico. Ya en el año de 1485 hubo de quejarse Inocencio VIII de que, en Provenza, las autoridades civiles menospreciaban y maltrataban al clero; también en otras partes de Francia se procedía muy arbitrariamente en las cosas de la Iglesia, aplicando los Parlamentos el «*placet*» contra las bulas pontificias, negando frecuentemente la obediencia al Supremo Jefe de la Iglesia, y llegando á apelar las universidades, del Papa mal informado al que debía informarse mejor (2). Repetidas veces procedió también Inocencio VIII contra la Pragmática Sanción, y todavía á fines del año 1491 se trató de dar nuevo orden á las cosas eclesiásticas de Francia por medio de un concordato (3). Intrusiones parecidas á las de Carlos VIII se permitieron los soberanos de Inglaterra y Portugal, contra las cuales protestó el Papa. La enérgica oposición de Inocencio VIII á la pretensión de someter al «*placet*» de las autoridades civiles, los breves y bulas pontificias, movió al rey Juan II de Portugal á renunciar á ella (4).

(1) Fraknói, loc. cit. 248, 258 s. Theiner, Mon. Ung. II, 497, 508 s. V. también Fraknói en la revista Századok, año 1883, p. 489 ss.

(2) Hergenröther, VIII, 282. Sobre las diferencias que hubo entre Inocencio VIII y Carlos VIII el año 1487, v. Pélicier, Lettres de Charles VIII, I (Paris, 1898), 241, 261.

(3) Cf. Thuasne, Djem-Sultan, 184, 211 s., 287, 291 s. y más arriba, cap. 4, como también Baluze, IV, 28 s.

(4) Hardouin, Conc. IX, 1511 s. Wilkins, Concilia M. Britanniae, III, 617. Hergenröther, VIII, 286. Bellesheim, Irland, I, 572. Respecto á Portugal, v. Schäfer, II, 645 s. y el *breve al rey de Portugal, fechado á 3 de Febrero de 1486. Lib. brev. 19, f. 162. *Archivo secreto pontificio*.

Todavía en el año de 1492 expidió Inocencio VIII una constitución general en favor de la inmunidad y libertad de la Iglesia (1), á pesar de lo cual acusa Segismundo de'Conti á este Papa, de negligencia en defender las libertades eclesiásticas. Como ejemplo de ella aduce, haber permitido el Papa que se impusieran contribuciones al clero en Florencia y en otros Estados italianos, y que, después de su alianza con Lorenzo de Médici, sufrió en Perugia cosas que no decían bien con la dignidad de la Iglesia (2).

Tal vez fueron todavía más inconvenientes las concesiones que hizo el Papa á Don Fernando el Católico, evidentemente por motivos políticos. Ya á 8 de Diciembre de 1484 le concedió el patronato de las iglesias y monasterios de Granada y de las demás tierras é islas que librase del yugo mahometano (3); y á esto siguió un amplio derecho de provisión para Sicilia (4), y el otorgarle la administración del Gran Maestrazgo de las Ordenes militares de Alcántara y Calatrava (5).

Cuanto á canonizaciones, no verificó Inocencio VIII sino la del Marqués *Leopoldo de Austria*, del linaje de los Babenberg. Ya de Paulo II y Sixto IV había solicitado esta canonización el emperador Federico III (6), y luego después de la elección de Inocencio VIII había renovado sus súplicas; y así se prometió

(1) Raynald, 1491, n.º 17. Cf. también Sinnacher, VII, 18 s. y el documento mencionado en el Archiv. f. Gesch. Kärnthens, XVI, 57.

(2) Sigismondo de'Conti II, 142.

(3) Colección de los Concordatos, 231. Moroni LXVIII, 112. Phillips-Vering VIII, 200.

(4) Sentis, 102; ibid. 108 sobre el exequatur regio mantenido rigurosamente en Sicilia. En un * documento de Fernando, dat. in terra Platiae 1484 Dec. 13, se ordena, quod facta discussione cum magna curia et fisci patrono non procedatur ad executorias alicujus bullae Ap^{ae} praenotatae per fratrem Marium de Patti de Abbatia S. Pantaleonis. *Archivo público de Palermo*. Regia Monarchia I, 911. Allí mismo, f. 913, hay una * bula de Inocencio VIII: Romanum decet Pontificem, dat. Romae 1485 Non. Maii, in qua papa confirmat privilegia facta in fundatione monasterii S. Salvatoris [delante de Mesina; ordinis S. Basilii] per Rogerium et alios successores, ex qua bulla—asi concluye parcia'lmente el autor de esa colección—confirmatur monarchia considerata fundatione dicti monasterii.

(5) Cf. Wetzer und Welte's Kirchenlexikon I^o, 458; II^o, 1688.

(6) Cf. nuestras indicaciones vol. IV, p. 154. Keiblinger, Melk I, 637, y Schlecht, Zamometic, 46. Cf. Instructio nomine Ces. Maj. pro ven. dom. Petro Kuener. 1481 Kal. Oct. (inédita, que yo sepa), entre los Romana del *Archivo privado, palatino y público de Viena*.

determinadamente su beatificación para la Navidad de 1484 (1). Este plazo se guardó con regular exactitud; pues, á 6 de Enero de 1485, se puso á Leopoldo en el catálogo de los santos (2).

De Suecia rogaron á Inocencio VIII procediera á la canonización de Catalina, hija de Santa Brígida (3), al paso que de Escocia venía la petición, que se canonizara á la reina Margarita esposa de Jacobo III (4): el Gran Maestre de la Orden Teutónica se había interesado por la beatificación de Dorotea de Montau (5), y el rey Ferrante, por la de Jacobo della Marca (6). Pero de las informaciones iniciadas acerca de estas personas, ninguna llegó á su término en tiempo de Inocencio VIII. A los Franciscanos permitió este Papa celebrar anualmente, á 14 de Enero, la fiesta del Santísimo Nombre de Jesús (7).

Entre las otras disposiciones eclesiásticas de Inocencio VIII hay que mencionar, en primer lugar, el privilegio, muchas veces puesto en duda, por el que se concedió al Abad Juan IX del Cister, y á los abades de sus cuatro primeras abadías filiales: La Ferté, Pontigny, Claraval y Morimond, lo propio que á sus sucesores, además de otros importantes privilegios, la facultad de conferir el subdiaconado y diaconado, el primero á los individuos de toda la Orden, y el segundo á los religiosos de su monasterio (8). Indudablemente son legítimas las bulas de privilegios concedidas por Inocencio VIII á los Franciscanos, Dominicos, Agus-

(1) *Breve al emperador Federico II, con fecha 25 de Septiembre de 1484. Lib. brev. 18, f. 14^b. *Archivo secreto pontificio*.

(2) Bull. V, 299-303. Burchardi Diarium I, 31 s. Not. di Nantiporto 1093. H. Pez, Hist. s. Leopoldi (Viennae 1747), 125 sqq. Audiffredi, 268, 373.

(3) Raynald, 1485, n.º 61.

(4) Bellesheim, Schottische Kirchengesch. I, 303.

(5) V. Theiner, Mon. Pol. II, 233. Lämmer en el Kath. Wochenblatt der Diocese Culm, 1860, p. 44. Wölký, Urkundenbuch des Bisth. Culm I, 574-575. Hipler, Job. von Marienwerder und Dorothea von M. (Braunsberg 1865), 122, y Zeitschr. f. Gesch. Finnlands X, cuaderno 2.

(6) Trinchera II, 110-111.

(7) Heimbucher, I, 349.

(8) Bula Exposuit tuæ devotionis de 9 de Abril de 1489, publicada por Henríquez, Regula et Privilegia ord. Cist. (Antv. 1630), 109. Se declaran por la autenticidad, entre otros, Janauschek, Orig. Cist. I (Vindob. 1877), p. X, y particularmente Panhözl en los Stud. a. d. Benediktinerorden V, 441 ss.; v. también Heimbucher I, 226; una dificultad hay contra la autenticidad de la bula, con la que no han tenido cuenta estos investigadores, y es, la circunstancia, de que precisamente en 1489, se fabricaron muchas bulas falsas; cf. más abajo, p. 354.

tinios y Servitas (1). Como la lepra, una de las más horribles enfermedades de la Edad Media, había venido á ser ya muy rara á fines del siglo xv, Inocencio VIII suprimió en el año de 1490 la Orden de los Lazaristas, juntándolos con los Sanjuanistas. Pero esta bula pontificia sólo se introdujo en Italia y no fué admitida en Francia (2). También reunió Inocencio VIII con los Sanjuanistas los canónigos regulares del Santo Sepulcro. A los Hermanos Apóstoles dió el Papa una organización firme, prescribiéndoles la regla de San Agustín y obligándoles á usar un hábito religioso común; finalmente, aprobó la Orden, nuevamente fundada en España, de las Concepcionistas (3). Este Papa fomentó en muchas maneras las Hermandades (4), mandó proceder severamente contra un predicador francés que difundía muy peligrosas proposiciones (5), y asimismo contra el abuso de facultades pontificias en la diócesis de Brixen (6).

A vista de las herejías que se descubrían en los más diversos lugares, salió Inocencio VIII resueltamente á defender la pureza de la fe (7). Principalmente fueron los Valdenses y los Husitas los

(1) Además de Serdonati, 20, v. el Bull. ord. praedic. IV, 7, 12, 29, 32, 43. Kolde, Augustinercongregation, 206 y Heimbucher I, 473.

(2) Más tarde León X, á suplicación de Carlos V, intentó restablecer la orden en Calabria y Sicilia, y Pío IV procuró asegurarle la libertad de las elecciones; pero la extinguida fuerza vital ya no podía ser de nuevo excitada. Los caballeros franceses, cuyo gran maestre ya no fué reconocido por la Santa Sede desde Inocencio VIII, continuaron su inútil existencia hasta el día en que Enrique IV confirió las encomiendas, prioratos y beneficios todavía existentes á la orden cortesana fundada por él mismo, que se llamó la orden de S. Lázaro de Jerusalén y de Ntra. Sra. del Monte Carmelo, y halló su acabamiento en la revolución francesa. V. Hist.-polit. Blätter XXVIII, 625. Haeser I, 862; III, 87. Cibrario, Les ordres religieux de St. Lazaire, Lyon, 1860.

(3) Heimbucher I, 400, 490, 363. Cf. también Remling, Speier II, 190.

(4) Cf. arriba p. 85, 86, 87, 96 y Schlecht, Pápstl. Urk. für die Diöcese Augsburg (Zeitschr. f. Schwaben u. Neuburg Bd. XXIV), n.º 161. Inocencio VIII recomendó también frecuentemente que se protegiera á los miembros de la tercera orden. Cf. sus cartas al Consejo de Basilea y al obispo de esta ciudad, fechadas las dos Romae, Non. Maii A.º 2.º *Archivo de los Franciscanos de Hall, en el Tirol.*

(5) Cf. Du Pin, Nouv. Bibl. des auteurs eccl. XII, 149 s. Roskovány, Coelibatus II, 165 sq.

(6) Sinnacher VII, 6 s.; cf. 20 s. la bula para proteger los derechos de los obispos.

(7) Cf. Raynald, 1486, n.º 57; 1488, n.º 7. (El *breve que aquí se cita, está fechado en Roma, á 10 de Mayo de 1488. *Lib. brev. 20, f. 34.) Bernino, 212. Arch. st. lomb. VI, 552 s. Guettée VI, 61 s., Bull. ord. praedic. IV, 5, Lea II, 143, 266 s.; III, 621. Fulgosius, De dictis lib. IX, c. 11. Cf. los *breves al arzo-

que le dieron que hacer en este respecto. Si hemos de creer á Segismundo de'Conti, los Valdenses no sólo predicaban públicamente sus doctrinas en el Delfinado, sino también asesinaban á los fieles que no querían adherirse á su secta. En la primavera de 1487 envió Inocencio VIII al Delfinado á Alberto de Cattaneo, el cual logró, con el apoyo del Monarca francés, desarraigar casi completamente los errores en aquella provincia (1). También en Bohemia, donde Inocencio VIII reconoció el título de Rey á Ladislao, logró reconciliar con la Iglesia á un buen número de husitas (2).

Cuán solícitamente se velara en Roma por la pureza de la fe, se mostró cuando, en el año de 1486, el famoso Pico de la Mirándola se presentó en la Ciudad eterna. En el ánimo de aquel filósofo, de grandes cualidades y buenas intenciones, pero fantástico y apasionado, se habían mezclado por extraña manera, doctrinas platónicas con ideas cabalísticas (3). Lleno de gran confianza en sí mismo, propuso Pico nada menos que 900 tesis «dialécticas, morales, físicas, matemáticas, metafísicas, teológicas, mágicas y cabalísticas», parte halladas por él, parte sacadas de los escritos de los sabios caldaicos, arábigos, griegos, egipcios, hebreos y latinos. Respecto de las tesis, que Pico quería defender en su propio nombre y con sus propios argumentos, declaró expresamente: «que nada tenía por verdadero ó solamente probable sino lo que la Iglesia Católica y su Cabeza el Papa Inocencio VIII reconocieran como tal». La disputa de las tesis, que Pico envió á

bispo de Maguncia, fechado en Roma, á 18 de Junio de 1486, y al abad de Weingarten, fechado á 18 de Junio de 1486. *Lib. brev. 18, f. 203, 204^b. *Archivo segreto pontificio*.

(1) Además de la relación puntualizada de Sigismondo de' Conti, I, 302 s., cf. también Raynald, 1487, n.º 25. Berthier, Hist. de l'Église gallic., lib. L, an. 1487, y en particular la obra fundamental de Chevalier, Mém. hist. sur les hérésies en Dauphiné (Valence 1890), 38 ss. V. también Guettée VIII, 64 s., y Bender, Gesch. der Waldenser (Ulm 1850), 81; cf. 125 sobre la persecución de los Valdenses en el Piemonte, como también Hahn, 744 s. y Lea II, 159 s.

(2) V. Palacky V, 1, 303, cf. 381, y Raynald, 1485, n.º 19; 1486, n.º 58; 1487, n.º 24.

(3) Cf. arriba 181, como también Tiraboschi, Bibl. Mod. IV, 96 ss. Meiners, Lebensbeschreibungen II, 1 ss. Ritter IX, 291 ss. Stöckl III, 167. ss. Berti en la Rivist. contemporanea, XVI. Torino 1859. Reumont, Lorenzo II^o, 80 ss., 460. Pfülf en Wetzler und Welte's Kirchenlexikon 1549 ss. Villanueva XVIII, 43 s. Oreglia, G. Pico della Mirandola e la cabala. Mirandola, 1894. Tripepi en la revista Il Papato, anno XVI, Serie V, vol. XXI, p. 1 ss., 30 ss. Dorez en el Giorn. d. Lett. ital. XXV, 354 s. y Dorez-Thuasne, Pic de la Mirandole, 50 ss.

todas partes, debía ser pública, y á los sabios que vinieran de lejos les prometía reembolsarles los gastos del viaje. Aquel joven, hijo de príncipes, que no pasaba de los 23 años, codicioso de gloria, esperaba por medio de aquella disputa obtener un triunfo brillante; pero sucedióle al revés. Como teólogos experimentados señalaran algunas de aquellas tesis como sospechosas de herejía, negó el Papa la licencia para la disputa, y nombró una comisión de obispos, teólogos y juristas, para examinar las tesis del atrevido filósofo (1). El resultado fué: que algunas tesis de Pico eran heréticas, sospechosas de herejía y escandalosas; varias renovaban errores de los filósofos paganos, hacía tiempo desechados, y otras favorecían la superstición judaica. Inocencio VIII adoptó esta sentencia, enteramente justificada (2); y aun cuando gran número de tesis se reconoció ser católicas y verdaderas, á causa de hallarse mezcladas con otras falsas, condenó el Papa todo el catálogo de ellas y prohibió su lectura; pero, como tenían un carácter puramente académico, y su autor se había mostrado dispuesto á sujetarse al juicio de la Santa Sede, y aseguró asimismo con juramento, no defender jamás cosa semejante, el Papa salvó expresamente el buen nombre de Pico. El breve pontificio en que se dió esta sentencia llevaba la fecha de 4 de Agosto de 1487, pero no se publicó hasta Diciembre (3). Entretanto había Pico, según afirmaban sus adversarios, para explicar sus proposiciones en sentido católico, compuesto rapidísimamente (en veinte noches) una apología dedicada á Lorenzo de' Médici, y habíala hecho imprimir secretamente en los Estados de Nápoles, poniéndole la fecha atrasada de 31 de Mayo, para evitar la apariencia de que defendía afirmaciones desechadas por el Papa, después de haber declarado someterse al fallo de la Iglesia. En todo caso Pico aseguraba no haber tenido conocimiento del breve pontificio hasta 6 de Enero de 1488, en su viaje á Francia; y tomándolo al pie de la letra, no había en ello mentira; pero sin embargo, es muy verosímil que,

(1) V. el texto de las discusiones en Dorez-Thuasne, 114 s.

(2) Es indudable que algunas tesis no se pueden conciliar con los dogmas católicos. Así, por ejemplo, las afirmaciones de que Cristo no bajó al infierno realmente, sino sólo virtualmente; que el pecado mortal, limitado en cuanto al tiempo, no puede ser castigado con penas eternas; que ninguna ciencia nos certifica más de la divinidad de Cristo, que la magia y la cábala. Meiners, II, 24 s. Cf. Tiraboschi, Stor. d. Lett. ital. VI, 1, 32^a.

(3) Esto lo dice expresamente el embajador de Jewara en el despacho publicado por Cappelli, 70. El Breve se halla en el Bull. V, 327-329.

cuando escribió su defensa, el autor tuviera noticia del breve despatchado ya á 4 de Agosto.

El negocio se complicó entonces todavía más: Pico fué acusado de haber quebrantado el mencionado juramento, y procurado seguir defendiendo sus opiniones. El resultado fué, que se le citó á Roma, y aun se le tuvo tres semanas preso en Vincennes (1). Por efecto de la enérgica mediación de Lorenzo de' Médici, pudo, sin embargo, Pico retirarse á una villa de las cercanías de Florencia. Aquel erudito que hasta entonces había llevado una vida bastante liviana, sintiéndose profundamente abatido por la inesperada humillación, experimentó en su alma una completa mudanza. Renunció á toda ambición de gloria y honores, se consagró fervorosamente á la oración, á rigurosos ejercicios de penitencia y á las obras de misericordia, y al propio tiempo se dedicaba con febril ardor á los estudios teológicos y filosóficos. Así escribió varias obras exegeticas y filosóficas, y dejó sin terminar un escrito contra los siete enemigos de la religión: los incrédulos, los judíos, los mahometanos, los paganos, los herejes, los cristianos fingidos y los supersticiosos (astrólogos y nigromantes). Por consejo de Savonarola, resolvióse Pico á entrar en la Orden de Santo Domingo, pero antes que realizara este plan, la muerte sorprendió á aquel hombre incansablemente activo, á 17 de Noviembre de 1494 (2). El año antes había el Papa Alejandro VI absuelto á Pico en un propio breve, para el caso de que por ventura hubiese pecado sólo indirectamente contra su juramento; y al propio tiempo se decía allí, que Pico, en ninguna manera, ni aun por su apología, había sido hereje formal. Pero este documento no contiene, sin embargo, ningún reconocimiento expreso de las tesis condenadas por Inocencio VIII (3).

(1) Cf. la carta del obispo de Luca de 5 de Diciembre de 1487, citada por Cappelli, 75, n.º 3, y la carta del Papa de 16 de Diciembre de 1487, publicada por Fita, en el Boletín de la R. Acad. de la Historia (1890), 315-316. V. además Giorn. st. d. Lett. XXII (1893), 376; Dorez en la Rassegna bibliogr. d. Lett. ital. III (1895), 273 s., y Dorez-Thuasne, 70 s.

(2) Pico murió probablemente de veneno; v. Dorez en el Giorn. d. Lett. ital. XXXII, 362 s.; XXXIII, 180.

(3) Contra la interpretación de G. Pagani, Giov. Pico della Mirandola, condannato da Innocenzo VIII e prosciolto da Alessandro VI, en la revista Il Rosmini, vol. V, n.º 4, p. 232-249. Milano 1889. Cf. Civiltà cattolica, 1883, II, 616 s.; 1889, II, 262 ss. Osservatore Cattolico (Milano 1889), n.º 91 y 93. Scuola Cattolica, an. XVII, vol. XXXIII, p. 560 s. Tripepi en los estudios citados más

En varias ocasiones dieron también que hacer á Inocencio VIII los judíos españoles, cuyas usuras y proselitismo habían llegado á constituir un verdadero peligro para el país. Ya en 1484 intervino el Papa en este asunto, y al año siguiente permitió á los que secretamente permanecían en el judaísmo, lo propio que á los herejes ocultos, la secreta abjuración, «con tal que fuera con intervención del Rey y de la Reina» (1). Por aquel mismo tiempo se promovieron disturbios en Aragón por haberse introducido allí la Inquisición española. Los judíos bautizados, que continuaban secretamente adictos á su secta (los llamados marranos), pusieron en juego todos los medios contra la Inquisición; y cuando vieron que nada podían conseguir con el dinero, se resolvieron á perpetrar un asesinato. El 15 de Septiembre de 1485, el inquisidor *Pedro Arbués*, á quien con absoluta falsedad se le han atribuido excesivos rigores, fué atacado y mortalmente herido por los asesinos en la catedral de Zaragoza (2). Este acaecimiento y otros parecidos, persuadieron que sólo podían aprovechar contra los judíos las medidas extremas. Habían mutilado crucifijos, profanado hostias consagradas, y aun formado en Toledo una conjuración que tenía por fin entregar la ciudad en la fiesta del Corpus en manos de los judíos, asesinando á los cristianos que en ella

arriba, especialmente 37 s. (donde también está impreso el breve de Alejandro VI). V. además Reusch, Index I, 59; aquí también (p. 58) se habla de la Constitución del legado del Papa, Niccolò Franco, del año 1491, la cual contiene la prohibición más antigua que se conoce, de libros impresos (entre otros se hallan las tesis de Pico). Reusch reconoce, que Pico fué tratado por Roma con mucha consideración. Desde el breve de Alejandro VI, las tesis ya no están en el Índice; v. Pagani, G. Pico della Mirandola (Firenze 1897), 8.

(1) Raynald, 1484 n. 80, 81; 1485 n. 21. Sobre Inocencio VIII y la Inquisición española cf. Llorente, I, 281 s., 289, 291, 307 s. Gams, Kirchengeschichte Spaniens III, 2, 22 ss. Fita, en el Bol. de la R. Acad. de la Hist. XVI, 367 s. (muestra la falta de seguridad que hay en Llorente). Rodrigo, II, 99 s., 191 s. 104; la bula publicada en la pág. 101 s. confirma lo que hemos escrito en el vol. IV, p. 382 ss., sobre el carácter de la Inquisición española.

(2) La canonización de P. Arbués en el año 1867 (cf. G. Cozza, P. d. Arbues. Roma, 1867) dió lugar á los más violentos ataques contra la Santa Sede; Reusch, Kleine Schriften 286 ss. ha dado á conocer, que las más enconadas acometidas son obra de Döllinger. Contra este autor, cf. Hefe en el Deutschen Volksblatt 1867, n.º 121, 134, 173, 185; Civ. catt., Serie VI. XI, 273 s. 385 s.; Hist.-polit. Bl. LX, 854 ss.; Gams, Spanien III, 2. 25 ss., y Hergenröther, Kirche und Staat 599 ss. Cf. también Rohrbacher-Knöpfler, 73 s. Incitado por Döllinger (v. Michael, Döllinger [1892], 236 s.) creó Kaulbach el cuadro de apasionada tendencia «Arbues», cuyo carácter nada histórico reconocen Reusch loc. cit. y Lea, The Martyrdom of. S. P. Arbués. New York 1889.

vivían. Fernando el Católico se resolvió, pues, finalmente, á tomar una medida radical, y á 31 de Marzo de 1492, expidió un decreto en que se mandaba á todos los judíos escoger entre hacerse cristianos ó salir de España antes del 31 de Julio (1). Los más de los judíos españoles se dirigieron al vecino Reino de Portugal, gran número se marchó á Italia (2) y algunos á Roma, donde los más de los papas del siglo xv les habían concedido siempre una gran tolerancia (3). En la Ciudad eterna se habían establecido ya antes judíos expulsados de España, y llegándose á introducir hasta en los cargos eclesiásticos, en términos que motivaron la represión de Inocencio VIII (4).

Las más violentas acusaciones contra Inocencio VIII, han sido las fundadas en su bula de 5 de Diciembre de 1484 referente á la superstición de las brujas. Afírmase tenazmente, que con ella introdujo el Papa en el pueblo alemán las fantasías de demonios, duendes y brujas (5); pero nada puede haber más errado que semejante afirmación. De numerosos é indudables testimonios se saca, que mucho tiempo antes de publicarse la bula de Inocen-

(1) Hefele, Ximenes 290 s. Amador de los Ríos, Hist. de los Judíos de España III, 604 s., y Fita, Edicto de los reyes católicos desterrando de sus estados á todos los Judíos, en el Bol. de la R. Acad. de la Hist. XI (1887), 512-528. Sobre el peligro que amenazaba á España, de parte de los Judíos, cf. C. F. Heman, Die historische Weltstellung der Juden (2 edición, Leipzig 1882) 24 s.

(2) V. Rev. d'étud. juives XV, 117.

(3) Cf. Rev. d'étud. juives VII, 228.

(4) Infessura-Tommasini 227. Relaciónase con este hecho, en cierto sentido, la Oratio passionis dominice, de Ant. Lollius, habita coram Innocentio Octavo contra cervicosam iudeorum perfidiam, s. l., a. et typogr. Cf. Panzer, IX, 183.

(5) K. Müller, Bericht üb. d. gegenw. Stand d. Forschung auf dem Gebiet der vorreformatorischen Zeit 56. El primero que presentó la bula de Inocencio VIII como fuente de todos los procesos contra la hechicería, fué el pastor protestante J. M. Schwager (Gesch. d. Hexenprocesse I [Berlín 1784], 39). Soldan no pudo asentir á esta afirmación, pues habia examinado una serie de procesos de hechicería, anteriores á la bula. Con todo eso, sirvióse de ella para formular las acusaciones más graves que se pueden imaginar contra el Papado que, según él, con esta «declaración infalible», elevó á dogma la creencia en hechicerías, prohibida hasta entonces por la Iglesia (I, 288 s.) Döllinger repitió esta acusación (Janus 269 y Festrede d. Münch. Akad. 1887), que fué refutada por Sauter (Z. Hexenbulle [Ulm 1884] 65) y Haller en el Kathol. Schweizerbl. VIII (1892), 216 s., con tanto vigor, que ningún sabio de valer puede ya repetirla. Cf. también Michael, Döllinger (3 edición, Innsbruck 1894) 257, 547 s. y Hergenröther, Kirche und Staat 609 s. Contra las afirmaciones antihistóricas de Buchwald, cf. Hist.-polit. Bl. XCVIII, 312 s., 318 s. y Kayser en el Hist. Jahrb. VII, 326.

cio VIII se hallaba extendida en Alemania la insana creencia en las brujas, y cuán fantásticos colores revistiera esta superstición ya á principios del siglo xv, se puede ver por el *Formicarius* del dominico é inquisidor Juan Nider, publicado en la época del Concilio de Basilea. Allí se hallan ya casi todas las funestas imaginaciones que más adelante dieron ocupación á los jueces de las brujas. Aun cuando las ejecuciones de brujas parecen haber sido generalmente hasta entonces casos aislados, sin embargo, mucho tiempo antes de la bula de 1484 se habían formado procesos por brujería, en los cuales se había mezclado el poder civil, que en los procesos de la Inquisición permanecía completamente inactivo hasta que se trataba de ejecutar la sentencia (1).

¿Qué hizo, pues, Inocencio VIII?

En su bula de 5 de Diciembre de 1484 expone, en primer lugar, haberse enterado recientemente, «no sin grave solicitud», de que en algunas partes de la alta Alemania, como también en las provincias, ciudades, tierras, lugares y obispados de Maguncia, Colonia, Tréveris, Salzburgo y Brema, muchas personas de uno y otro sexo, apostatando de la católica fe, contraían con los demonios alianzas carnales, y con sus fórmulas y canciones de hechicería, con sus conjuros, maldiciones y brujerías indignas, inferían grandes perjuicios á los hombres y á los animales, y habían producido asimismo otros graves daños. «Aun la misma fe, que habían recibido en el bautismo, la negaban con boca maldecida.» Aunque, pues, los dos dominicos y profesores de Teología, Enrique Institoris en la Alta Alemania, y Jacobo Sprenger en la provincia del Rin, habían sido constituidos inquisidores contra la herética pravedad, con facultades pontificias; sin embargo, algunos clérigos y legos que pretendían ser más avisados de lo que convenía, se habían atrevido á afirmar que, por no haber sido aquellas regiones expresamente nombradas en las credenciales de los inquisidores, ni aquellas diócesis y ciudades, junto con las personas, no podían los inquisidores ejercer allí su cargo, ni prender y castigar á las tales personas. Por esta razón se expedía, en fuerza de la plenitud de la autoridad apostólica, la severa orden de que se dejase á ambos inquisidores ejercer su oficio sin obstáculos, contra

(1) Cf. Finke en el *Hist. Jahrb.* XIV, 341 s. y Janssen-Pastor, *Gesch. d. deutsch. Volkes* VIII, 495 s., 507 s. Tengo la esperanza de que mi venerado colega Finke dará todavía más extensión á sus exposiciones.

personas de cualquiera condición y estado. Luego todavía insiste el Papa expresamente en la antigua práctica eclesiástica, avisando á los inquisidores que, para evitar la hechicería, deben en todas las iglesias parroquiales de su distrito explicar al pueblo la divina palabra cuantas veces fuere necesario, y tomar á su arbitrio todas las providencias oportunas para la instrucción del mismo. Al obispo de Strasburgo le requería especialmente el Papa, para que protegiese y apoyase á los inquisidores por todas maneras, fulminando las más graves censuras eclesiásticas contra aquellos que se les opusieran ó les crearan dificultades, y reclamando, en caso necesario, el auxilio del brazo secular (1).

En toda esta bula no se contiene absolutamente ninguna decisión dogmática sobre la superstición de las brujas, partiendo solamente del supuesto, siempre defendido por la Iglesia, de la posibilidad de un influjo demoníaco en el hombre; y ni siquiera pretende que sean absolutamente ciertas las noticias que contiene sobre abusos de este género, que se suponen acaecidos. Ya la simple forma narrativa, con que no se hace sino repetir noticias que se habían comunicado al Papa, muestra que aquel documento no intenta obligar á nadie á tener *como de fe* semejantes cosas; y es de suyo del todo indiferente, que el Papa haya ó no tenido por exactas aquellas noticias. Su juicio, en este asunto, no tiene mayor trascendencia que una decisión pontificia en cualquiera otra cuestión no dogmática, v. gr., en un litigio benefical. Tampoco da la bula ninguna ordenación substancialmente nueva relativa á la superstición de las brujas, ni se puede afirmar que por ella se introdujeran las sangrientas persecuciones contra las brujas, puesto que ya, según el Derecho sajón del *Sachsenspiegel*, la hechicería se castigaba con pena de muerte en la hoguera. Lo que hizo Inocencio VIII se reduce á confirmar la jurisdicción de ambos inquisidores nombrados, en lo tocante al crimen de hechicería. La bula autorizaba solamente, en tales casos, el proceso canónico de la Inquisición, en el cual intervenían exclusivamente jueces eclesiásticos, y por consiguiente, se diferenciaba totalmente en su procedimiento de los posteriores procesos de brujas. Aun cuando la bula fomentara la persecución de las brujas, dando alas á los inquisidores para proceder con rigor, no por ello queda en manera alguna justificada la acusación de que Inocencio VIII introdujera

(1) Bull. V, 296 sqq.

los procesos de brujas y tuviera culpa en las crueles aberraciones que cayeron sobre la Humanidad en el tiempo siguiente (1).

Contra los abusos eclesiásticos no se tomó desgraciadamente, en tiempo de Inocencio VIII, ninguna medida eficaz (2); pero sin embargo es enteramente indigna de crédito la aseveración de

(1) Cf. Janssen-Pastor, VIII, 507 s., donde se trata más por menor de la obra *Malleus maleficarum* (martillo de las hechiceras). En la nueva edición del tomo VIII de Janssen, discutiré las opiniones que defiende Riezler (*Gesch. der Hexenprocesse in Baiern* [Stuttg. 1896] 88 s.). Baste aquí advertir, que Stieve (*Allg. Ztg.* 1897, supl., n.º 39) rechaza también como no demostrado el influjo decisivo que, según Riezler, debió de haber ejercido la bula de Inocencio VIII. A no tardar, Hansen publicará una exposición más amplia de la hechicería en la Edad Media. Vense prenuncios de esta obra en la *Westdeutsch. Zeitschr.* XVII, 119 ss. y en la *Hist. Zeitschr.* LXXXI, 385 s. Para la historia de los procesos de hechiceras y de la Inquisición, cf. también finalmente los siguientes *breves inéditos de Inocencio VIII, que debo á la bondad del Sr. profesor Schlecht. 18 de Junio de 1485, p. a.º I Rom. A.ºº Maguntino: Dicese en este breve que como los inquisidores Enrique Institoris y Jacobo Sprenger no pueden acudir á todas partes, el destinatario debe nombrar inquisidores en cada una de las diócesis. *Pro causa fidei. Brev. Innoc. VIII. lib. 1, f. 203.—D. ut supra. Sigismundo archiduci A.: Dícele que dé ayuda á los inquisidores, particularmente contra reprimendos maleficos utriusque sexus, ne aliquo pacto ad iudicium candentis ferri admittantur. Recomendación del abad Juan de Weingarten, á quien debe favorecer y no molestar. Brev. Innoc. VIII, l. 1, f. 204.—D. ut supra. A Juan, abad de Weingarten. El Papa le alaba porque defiende la fe contra los herejes, y apoya á los inquisidores. Le notifica que está recomendado á la protección del duque de Austria. *Archivo secreto pontificio*.—Sobre Enrique Institoris se halla un breve notable de Sixto IV en Schlecht, *Augsburger Urkunden* (*Zeitschr. Schwaben* XXIV) n.º 111.

(2) Fuera de renovar la constitución de Pío II contra el abuso de los privilegios eclesiásticos (Raynald, 1488, n.º 21-22), Inocencio VIII publicó también decretos contra el desorden que había en las encomiendas (v. *Collecta quorundam privileg. ordin. Cisterciensis opera Johannis abbatis Cistercii*. Divione 1491), y cierto número de disposiciones para la introducción de reformas en Italia (cf. *Bull. ord. Praed.*, IV, 15, 39), España y Portugal (Raynald, 1485, n.º 26; 1487, n.º 19-22; 1488, n.º 7), lo mismo que en Inglaterra (Wilkins, III, 632 s. Mansi, Suppl., V, 343 sq.), Alemania (Sinnacher, Brixen, VII, 6 s. Schlecht, *Augsb. Urkunden*, loc. cit., 168) y otras naciones (cf. Raynald, 1490, n.º 52. Christophe, II, 366. *Stud. aus d. Benediktinerorden*, VIII, 522. Theiner, *Mon. Slav.*, I, 520-521. Busch, *England*, I, 239. *Bull. ord. Praed.*, IV, 65). La fecha del *breve de reforma al episcopado portugués, es: 8 de Mayo de 1488. *Lib. brev.* 20, f. 25º. *Archivo secreto pontificio*. Refiérense á la reforma del clero de Perusa dos breves de Inocencio VIII, de 2 de Noviembre de 1487 y 3 de Abril de 1492, existentes en el Cod. IV, VI, 1 de la *Biblioteca de la Universidad de Génova*; sobre las reformas del obispado de Ratisbona, v. Janner III, 596; la bula que allí se menciona está fechada Romae 1490, 18 Cal. Maji, A.º 6.º Hay de ella una copia en la colección de diplomas del capitulo de la catedral de Ratisbona I, 128, que se halla en el *Archivo del Ordinario de Ratisbona*.

Infessura, que el Papa hubiese declarado lícito en Roma el concubinato (1). Se puede probar con documentos, que Inocencio VIII procedió con graves penas contra aquel delito, en Francia, España, Portugal y Hungría (2); por el contrario, no se ha presentado hasta ahora la prueba de que lo permitiera en Roma, y en todo caso se habrían de aducir para ello otros testimonios que la afirmación, en nada apoyada, de un cronista parcial y apasionado, el cual con demasiada frecuencia consignó, sin suficiente crítica, los rumores que en Roma corrían. Pero en el presente caso se puede señalar claramente de qué manera se originó rumor tan injurioso. En el año de 1489 se descubrió en Roma una coalición de empleados sin conciencia, los cuales hacían lucrativo comercio con la falsificación de bulas pontificias. Ni las súplicas ni las promesas de dinero fueron suficientes para apartar al Papa de castigar con el mayor rigor aquel delito. Los culpables, Domenico de Viterbo y Francisco Maldente fueron condenados á morir en la horca y sus cadáveres quemados en el Campo di Fiore (3).

De estos venales falsificadores salieron indudablemente bulas en el sentido indicado (4), y á los mismos debe atribuirse la responsabilidad del permiso que se pretende haber dado Inocencio VIII á los noruegos, de celebrar el santo Sacrificio de la misa sin vino (5).

(1) Caracteriza al último editor de Infessura, el Sr. Tommasini, (p. 259) el dejar pasar sin ninguna observación crítica esta monstruosa afirmación, mientras que por otra parte acompaña con notas las cosas más insignificantes. El documento que produce Raynald, 1490, n.º 22 contra el dato de Infessura, cállaselo el Sr. Tommasini con mucho cuidado.

(2) Cf. p. 354, not. 2. En el *Mandato al arzobispo de Ruán, fechado en Roma á 10 de Junio de 1488, en que se le ordena proceder contra el concubinato de los sacerdotes, se lee: Nos igitur tales et tantos abusos equo animo tolerare nequeunt. Lib. brev. 20, f. 167. *Archivo secreto pontificio*.

(3) Sigismondo de' Conti II, 37 s. Infessura, 250. Cf. Hergenröther, Kirche und Staat, 357 y Zingerle, Beiträge XXVII. Sobre la quema de otro falsario de bulas, hecha por Mayo de 1489, cuyas falsificaciones todavía se conservan en el *Archivo público de Viena*, v. Lichnowsky VIII, Registro n.º 1251. y Mittheil. des österreich. Instituts II, 615 ss.

(4) Hasta se puede indicar un caso determinado, en que una de estas bulas falsas obligó al Papa á protestar en contra. El *breve al arzobispo de Ruán de 10 de Junio de 1488, mencionado arriba, not. 2 (cf. Raynald, 1488, n.º 7) refiere, que el párroco de Saint-Albin, en la Normandía, pretextó haber alcanzado permiso del Papa para casarse; se dió orden al arzobispo de instruir proceso contra este crimen y esta calumnia.

(5) Contra esta noticia de Raphael Volaterranus (Geogr. l. VII) v. Aschbach, Kirchenlexicon III, 461, y Tripepi, Religione e storia o tre pontefici e tre calunnie. Roma 1872.

Esta coalición de empleados pontificios para falsificar bulas, arroja una viva luz sobre las circunstancias morales de la corte papal, donde Franceschetto Cibo daba el más escandaloso ejemplo. Asimismo facilitó mucho la intrusión de malos elementos en la Curia el progreso que hizo entonces la venalidad de los cargos. La extraordinaria falta de dinero (en parte ciertamente producida por el lujo y graves negligencias) con que tuvo que pelear Inocencio VIII durante su reinado (1), así como la general costumbre de la época (2), sirven para explicar este proceder, aunque no en manera alguna para disculparlo.

En la bula con que se aumentó el Colegio de los Secretarios desde seis hasta veinticuatro (ó acaso hasta treinta), se da claramente como causa de tal medida la necesidad de dinero, que condujo hasta empeñar la misma mitra del Papa (3). Los nuevos y antiguos secretarios (entre éstos Gaspar Biondo, Andrés da Trebisonda, Jácome da Volterra, Juan Pedro Arrivabene y Segismundo de' Conti) reunieron 62.400 ducados de oro, y á cambio de esto obtuvieron la concesión de ciertos favores y participación en los aranceles. Inocencio VIII creó también el *Colegio de los Plumbatores*. El que quería entrar en él y tener parte en los derechos, debía pagar de una vez 500 ducados de oro. Hasta el cargo de bibliotecario de la Vaticana se hizo entonces venal (4). Está á la

(1) Cf. Cappelli, 52. Cecconi, Boccolino Guzzoni, 140, 194 s. Müntz, Les arts, 38 ss. La Tiare, 65-66, 81-86. Gottlob, Cam. ap. 206 s., 213, 262; aquí mismo, 232 s., se ve lo que costaron materialmente los conflictos con Nápoles. Innumerables son los breves en que el Papa se queja de la abrumadora penuria del tesoro. Cf. Hist. Jahrb. VI, 455, *Breve á Bolonia de 2 de Agosto de 1486 (*Archivo público de Bolonia*); v. también *Lib. brev. 19, f. 392, 406, 414. *Archivo secreto pontificio*. En las Mittheil. d. ver. f. Gesch. von Nürnberg 1890 se ha publicado un documento sobre las relaciones de los Fugger con la corte del Papa.

(2) Cf. Burckhardt, Cultur, I^a, 48.

(3) Bull. V, 330 sqq.

(4) Gottlob, Cap. ap. 248-249. Cf. Infessura, 230; Sigismondo de' Conti II, 39 s.; Tangi en las Mittheil. d. österr. Instituts XIII, 75; Arch. d. Soc. Rom. XII, 15 s., y una *carta de Bonfrancesco Arlotti, fechada en Roma á 21 de Febrero de 1488: La S^{ma} di N. S^{ma} a questi di per liberarse da certi debiti et interesse, premissa matura consultatione, ha venduto l' intrata del suo secretariato ch' è in expeditione de brevi et bolle che passano per camera cum certi altri menicoli adiuncti per 62^o et 400 ducati partiti fra XXX secretari novamente creati. *Archivo público de Módena*.—Respecto de los auditores de la Rota, cuyo número había fijado en doce Sixto IV, en 1472, determinó Inocencio VIII en el año 1485, que este oficio era incompatible con un obispado que no estuviese in partibus infidelium. El fin de esta decisión, era el poder em-

mano cuántos perjuicios se debían seguir de tales disposiciones, y Segismundo termina su relación del aumento del número de los secretarios con estas palabras: «Desde entonces se hizo venal este oficio, que antes no se concedía sino como recompensa de la diligencia, fidelidad y elocuencia» (1). Los poseedores de nuevos oficios procuraban indemnizarse pronto á costa de otros. Semejantes empleados de la Curia, aborrecidos en todos los países por su codicia, no pensaban sino en sus ventajas personales y en inventar siempre nuevos medios para exprimir las iglesias, y se oponían naturalmente á cualquiera medida de reforma (2). También por otros conceptos alcanzó la venalidad y avaricia de los empleados una extensión espantosa. Los delincuentes se redimían de 'las penas por dinero, y la falta de seguridad y los desórdenes no llevaban trazas de concluir (3). Aun las personas que más de cerca rodeaban al Papa daban escándalo en muchos conceptos, lo cual se puede decir principalmente de Franceschetto Cibo, que procuraba adquirir dinero de las maneras más indignas, y se entregaba «á desórdenes doblemente indecorosos en el hijo de un Papa. En compañía de Jerónimo Tuttavilla andaba de noche por las calles, penetrando, para fines reprobables, en las casas de los ciudadanos, de donde, á la verdad, tenía que salir luego con desdoro y afrenta». Jugando con el cardenal Riario, perdió Franceschetto en una noche 14.000 ducados, y luego fué á quejarse al Papa de haber sido víctima de un engaño. El cardenal Balue perdió con el mismo Riario en una velada 8.000 ducados (4). Para poderse entregar á ésta y otras pasiones todavía peores, mostrábanse los aseglarados cardenales celosos por conservar y aumentar su poder.

Así se explica el artículo de la capitulación de elección, sobre que el Papa no podría aumentar el número de cardenales más allá de 24. Pero Inocencio VIII no se tuvo, sin embargo, por obligado con esto, y ya en Marzo de 1485 se oye hablar de su designio de

plear á todos los auditores en el servicio de la Curia; v. Hinschius, *Kirchenrecht*, I, 398-399. Sobre el cargo de secretario íntimo, creado por Inocencio VIII, v. Pieper, *Nuntiaturen*, 4.

(1) Sigismondo de' Conti II, 40. Cf. Döllinger, *Beiträge* III, 221.

(2) Döllinger, *Kirchengesch.* 367.

(3) Cf. Infessura, 237 s., 242 s., 256 s. Por lo demás, Gregorovius VII², 283, hace notar con razón que no era mejor la situación en todas las demás ciudades de Italia.

(4) Reumont, *Rom* III, 1, 179 s. y Lorenzo II², 402.

nombrar nuevos cardenales. El Sacro Colegio no asintió á esto en manera alguna (1) y la resistencia de los antiguos cardenales fué tan vehemente y duradera (2), que pasaron todavía cinco años hasta que Inocencio VIII pusiera por obra su propósito (3). Entretanto habían muerto no menos que nueve de los cardenales antiguos: en 1484, Filiberto Hugonet (12 de Septiembre) (4), Esteban Nardini (22 de Octubre) (5) y Juan Moles (21 de Noviembre); en 1485, Pedro Foscari (Septiembre) y Juan de Aragón; en 1486, Tomás Boucher (Junio) y el excelente Gabriel Rangoni (27 de Septiembre); y en 1488, Arcimboldi y Carlos de Borbón (13 de Septiembre) (6).

Si por una parte estas defunciones facilitaron el nombramiento de nuevos cardenales, por otra vinieron á dificultar este negocio las numerosas y extraordinariamente apremiantes solicitudes de los príncipes poderosos, para que se tuviera cuenta con sus candidatos (7). A principio de Marzo de 1489 llegaron finalmente á su término, y el 9 de dicho mes se procedió al nombramiento de cinco nuevos cardenales. Dos de ellos estaban ausentes: el gran Maestre

(1) **Despacho de J. P. Arrivabene, fechado en Roma á 16 de Marzo de 1485. *Archivo Gonzaga de Mantua*.

(2) Despacho del mismo, fechado en Roma á 17 de Febrero de 1486, loc. cit.

(3) Sobre las negociaciones relativas al nombramiento de nuevos cardenales en los años 1487 y 1488, v. Buser, Lorenzo, 73 s., y una *carta de Arloti, fechada en Roma á 29 de Noviembre de 1488. *Archivo público de Módena*.

(4) En una *carta de G. A. Vespucci de 13 de Septiembre de 1486, se lee: *Heri da nocte mori et rev^m car^o di Matiscon. *Archivo público de Florencia*, F. 39, f. 368. Esta indicación difiere de la del Burchardi Diarium I, 90. De la oración fúnebre del cardenal Hugonet, pronunciada por Antonius Lollius, existe un opúsculo muy raro de aquel tiempo, con este titulo: Oratio in funere domini r. card. Matisconensis, s. l. et a. 4^o.

(5) Cf. Bernardi I, 1, 126.

(6) Además de Burchardi Diarium I, passim, cf. Panvinus, 329 sq. y Ciacconius III, 146, cuyos datos sin embargo no siempre son exactos. V. también Bernays, P. Martyr, 6, y Battaggia, Fr. G. Rangoni (Venezia 1881), 21, 26.

(7) **Relación de J. L. Cataneo, fechada en Roma á 17 de Diciembre de 1488. *Archivo Gonzaga de Mantua*. Sobre las apretadas instancias que hizo el rey de Inglaterra para que se confiriese la púrpura al lord canceller John Morton, v. Brown I, 537 y Gebhard, Adrian von Corneto, 6. A principios de 1490, Calímaco trabajó en Roma, aunque inútilmente, por obtener el nombramiento de cardenal para el sexto y último hijo de Casimiro, rey de Polonia, elegido en 1488 obispo de Cracovia por el capítulo de esta ciudad. Zeissberg, Polnische Geschichtschreibung, 369. Fué igualmente inútil una súplica que con el mismo fin hizo más tarde Federico III. Cf. Lichnowsky, VII, Registro, n.º 1298.

de los Sanjuanistas, Pedro d'Aubusson, y el obispo de Burdeos, Andrés d'Espinay. Los tres presentes: Lorenzo Cibo (hijo de Mauricio, hermano del Papa), Ardicino della Porta, de Novara, y Antoniotto Pallavicini, de Génova, recibieron inmediatamente en aquella ocasión el capelo rojo. Todavía quedaron *in petto* otros tres: Maffeo Gherardo, de Venecia; Federico Sanseverino (hijo del conde Roberto) y Juan de Médici (1).

Algunos de los cardenales nuevamente nombrados, especialmente Ardicino della Porta, eran varones hábiles y dignos (2), lo cual hace más lamentable que se les asociaran el hijo ilegítimo del hermano de Inocencio VIII, y Juan de Médici, que no había salido todavía de la puericia. Rafael de Volterra reprende gravemente el desprecio que en este punto se hizo de los cánones eclesiásticos, lo cual traía á la memoria los peores tiempos, y el analista de la Iglesia se apropia con razón este juicio (3).

Juan de' Médici, hijo segundo de Lorenzo el Magnífico, no tenía entonces más de catorce años (nació el 11 de Diciembre de 1475). Instruido por célebres eruditos, como Poliziano y Demetrio Chalkóndylas, había sido destinado por su padre al estado eclesiástico en una edad en que no podía tratarse de libre resolución.

Apenas tenía siete años cuando ya recibió la tonsura, é inmediatamente se comenzó á buscar para él ricas prebendas. Con espantosa ingenuidad refiere Lorenzo de' Médici estos manejos en sus apuntes. Por medio de Luis XI obtuvo Juan, ya en 1483, la abadía de Font Douce, en el obispado de Saintes. Sixto IV confirmó esta colación declarando á aquel niño de siete años capaz de obtener beneficios, y nombrándole protonotario apostólico. En adelante, todos los beneficios, de cualquier género que fueran, que los Médici habían á las manos, se aplicaban al hijo de Lorenzo; ya en 1484 obtuvo la rica abadía vallumbrosana de Passignano, y

(1) Cf. Burchardi Diarium I, 332 sq. Sigismondo de' Conti I, 326 s. Sanudo, Vite 1244 s. Panvinus 328-329. Cardella 229 s. Thuasne, Djem-Sultan 236 s. *Ardicino della Porta escribe ex urbe 9 Martii 1489 á Lorenzo de' Médici: Nuntiamus eidem nos ambos (Ardicino y Juan de' Médici) hodie ad cardinalatus dignitatem assumptos fuisse. *Archivo público de Florencia*, F. 46, t. 557.

(2) Cf. Sigismondo de' Conti, I, 327 s.

(3) Raynald, 1489, n.º 19. Cuán mal efecto ejerció la promoción de Juan de' Medici, lo muestra el hecho de que el embajador de Ferrara principió *al punto* á diligenciar la admisión del joven Hipólito de Este en el colegio cardenalicio. **Relación de Arlotti, fechada en Roma á 14 de Marzo de 1489. *Archivo público de Módena*.

dos años después recibió en encomienda la antigua y venerable abadía de Monte Cassino (1).

Pero aquel hijo de príncipes había de subir todavía más alto: Lorenzo y sus delegados asaltaron incesantemente al Papa y á los cardenales con importunidad sin igual, para que recibieran en el Senado de la Iglesia á aquel adolescente á quien no se tenía escrúpulo en añadir dos años de edad (2). Inocencio VIII opuso larga resistencia: pero finalmente cedió, bien que determinando, en el nombramiento de cardenal de Juan de'Médici, que durante los tres años siguientes no usaría las exteriores insignias de su dignidad, ni tendría asiento ni voz en el Sacro Colegio. Estas determinaciones fueron muy molestas á Lorenzo, y ya á principios del año 1490 hizo que sus delegados urgieran para que se abreviasen aquellos tres años; pero Inocencio VIII, con el deseo de que Juan se consagrara durante aquel tiempo de prueba al estudio de la Teología y el Derecho canónico, permaneció inexorable, y Lorenzo hubo de tomar paciencia hasta que hubiera transcurrido el plazo fijado. Cuando finalmente amaneció aquel día de tanta honra para su hijo, hallábase él ya tan achacoso, que ni siquiera pudo asistir á la solemnidad eclesiástica (3). Inmediatamente después dirigióse el joven cardenal á Roma (4), donde se hicieron grandes preparativos para su recibimiento (5). El 22 de Marzo de 1492, después de medio día, entró el nuevo cardenal diácono de Santa María in Dominica, en la Ciudad eterna, por la Porta del Popolo, y al día siguiente le recibió el Papa en un consistorio con las ceremonias acostumbradas (6). El General de los Camaldulenses, Pedro Delfino, refiere que el joven cardenal produjo en todos muy favorable impresión por su actitud y comportamiento, y le hallaron más sesudo de lo que de su edad podía esperarse (7).

(1) Reumont, Lorenzo II^a, 361 s. Tosti, Monte Cassino III, 199. Cf. Cappel-
li 65.

(2) Roscoe, Leo, X, App. 2 ss. Buser, Lorenzo 73 ss.

(3) Cf. Roscoe, Leo X I, 37 ss. Reumont, Lorenzo II^a, 400 s.

(4) de Rossi, Ricordanze 278.

(5) Cf. el *despacho de Boccaccio, fechado en Roma á 21 de Marzo de 1492.
Archivo público de Módena.

(6) Además del Burchardi Diarium I, 454 sq. la *carta de Delfino citada en la nota que sigue, y la de Juan de' Medici, publicada por Roscoe, App. 17 s., cf. también la **relación de J. L. Cataneo, fechada en Roma, á 27 de Marzo de 1492, existente en el *Archivo Gonzaga de Mantua*.

(7) Carta de P. Delfino, que se halla en Roscoe, App. 16 y en el Burchardi Diarium I, 557-559.

Lorenzo de' Médici dirigió en seguida á su hijo una carta llena de consejos, la cual no sólo constituye una prueba de su prudencia política y exquisito conocimiento de los hombres, sino es al propio tiempo monumento de los buenos sentimientos de su autor, el cual, al fin de sus días, se convirtió de nuevo á la verdad cristiana. No pueden leerse sin emoción aquellos avisos para una «vida honesta, ejemplar y virtuosa», los cuales parecen doblemente necesarios para un joven, al dirigirse á una gran ciudad que se había convertido en «lugar de reunión de todos los males». No faltarían «malos consejeros, seductores y envidiosos» que intentarían «atraerlo al precipicio donde ellos mismos se habían despeñado. Los tales confían que vuestra juventud ha de facilitarles esto; por lo cual debéis tomar tanto mayor empeño en dejar frustradas sus esperanzas, cuanto actualmente el Colegio cardenalicio se halla más escaso de buenas cualidades. Acuérdomos yo haber visto ese Colegio lleno de hombres doctos y virtuosos, y es prudente seguir el ejemplo de aquéllos; pues seréis con tanto mayor seguridad amado y estimado, cuanto vuestra conducta más se diferencie de la de esos otros. Pero como Scila y Caribdis debéis tener igual cuidado en huir del reproche de hipocresía y de la mala nombradía. Habéis de tener mucho cuidado con la moderación, y tanto en vuestra conducta como en vuestras palabras, evitar todo aquello que pueda molestar á otros, sin hacer alarde de austeridad y rigor. Cosas son éstas que vos aprenderéis con el tiempo, y en las que procederéis mejor, según mi sentir, de lo que yo ahora podría avisaros.

«No os será difícil conocer de cuánta importancia sea la persona y el ejemplo de un cardenal. Si los cardenales fueran como debían, andaría el mundo mejor; pues siempre elegirían un buen Papa, y asegurarían de este modo la paz de la Cristiandad. Por tanto, esforzaos en ser tal, que si los otros se parecieran á vos hubiera de nacer de ello el mayor bien. En todo caso debéis tener advertencia en mostraros, en vuestro trato con los cardenales y otras personas de alta jerarquía, respetuoso y modesto, midiendo las cosas conforme al sereno juicio, y no según las pasiones de otros; pues muchos hacen fuerza á la razón proponiéndose como fin cosas ilícitas. Satisfaced asimismo á vuestra propia conciencia, no dando lugar ninguno en vuestra conversación á cosas ofensivas. Esta me parece en vuestro caso la primera y

más importante prescripción; pues aun cuando alguno se deje llevar por la pasión á la enemistad, sin embargo, la vuelta es fácil respecto de aquellos que no han dado ningún verdadero motivo de queja. En esta vuestra primera permanencia en Roma creo yo que haréis bien en serviros más de los oídos que de la lengua.

»Hoy os he entregado totalmente á Dios y á la Santa Iglesia. Por tanto, es necesario que seáis un buen eclesiástico, y persuadáis á todos, que anteponéis el bien y el honor de la Iglesia y de la Sede Apostólica, á todas las cosas de este mundo y á todos los demás respetos é intereses. Tened esto ante los ojos, y no os faltará ocasión de ser provechoso así á esta ciudad como á nuestra Casa, pues la concordia con la Iglesia es para la ciudad muy ventajosa, y vos debéis formar el lazo de unión entre ambas, mientras nuestra Casa va con la ciudad. Aun cuando ahora no puedan preverse las cosas por venir, creo yo, no obstante, así en general, que no nos faltarán medios de asegurarnos en uno y otro respecto, si vos perseveráis firmemente en la excelente resolución de dar á la Iglesia la preferencia sobre todo lo demás.

»Sois el más joven de los miembros del Sacro Colegio, no sólo de los presentes, sino generalmente de todos los que hasta ahora han entrado en él; por lo cual, es necesario que, cuando os reuniereis con otros, seáis tan atento como respetuoso, y ni en la capilla, ni en el consistorio ó diputación, os hagáis nunca esperar. Pronto conoceréis los más ó menos recomendables entre vuestros colegas. Con los de conducta desordenada haréis bien en evitar el trato íntimo, no sólo por la cosa en sí misma, sino también á causa de la opinión pública. Vuestra conversación con todos ha de versar sobre los objetos más generales que posible fuere. Al presentaros en las ocasiones solemnes, me parece más prudente que os quedéis algo atrás del término medio, que no que lo traspaséis.

»Yo preferiría una caballeriza bien provista y una servidumbre decorosa y bien ordenada, á la riqueza y á la pompa. Procurad vivir arregladamente, é introducir poco á poco un orden estable, lo cual por lo pronto, cuando el señor y la servidumbre son nuevos, no se puede conseguir. La seda y las joyas sólo en casos raros sientan bien á vuestra posición, y mejor os estarán algunas antigüedades excelentes y hermosos libros, y una sociedad más digna y erudita que numerosa. Gustad más de convidar frecuen-

temente á otras personas á vuestra mesa, que de asistir á muchos banquetes; pero también en esto se ha de proceder con mesura. Vos mismo usad manjares simples y procurad mucho movimiento; pues, en vuestra actual posición, es fácil contraer alguna enfermedad por falta de cuidado. Esta posición no es menos segura que elevada, por lo cual sucede muchas veces, que los que han llegado á ella se hacen negligentes, como diciéndose: que han conseguido un lugar alto, el cual creen poder conservar sin grandes esfuerzos, y esto perjudica con frecuencia, así á su posición como á su salud. En lo tocante á ésta, os aconsejo que seáis lo más precavido que pudiereis, y pequéis antes por defecto que por exceso de confianza.

»Una regla de vida os recomiendo en primer lugar: levantaos temprano por la mañana; pues, prescindiendo del provecho de la salud, os dará tiempo para atender á todos los negocios del día, y hallaréis muchas ventajas para cumplir con vuestras diversas obligaciones; pues habéis de rezar el oficio divino, estudiar, conceder audiencias y demás. Otra cosa es asimismo de importancia para las personas de vuestra clase: siempre, y principalmente ahora en estos comienzos, considerad de parte de noche lo que tenéis que hacer al día siguiente, para que los negocios no os tomen desprevenido. Por lo que toca á hablar en el consistorio, soy de parecer que en todas las cosas que ocurrieren ahora, lo más laudable y más conforme con vuestras circunstancias es que, por razón de vuestra juventud é inexperiencia, os atengáis al Santo Padre y á sus prudentes juicios. Sin duda seréis muchas veces solicitado para hablar de particulares negocios con Su Santidad, é interponer vuestra mediación. Tomad á pechos, en estos primeros tiempos, solicitar lo menos posible y no haceros cargoso al Santo Padre; pues él es por su índole inclinado á complacer, principalmente á aquellos que le atormentan menos los oídos. Páreceme conveniente tengáis cuidado de que no se le moleste, sino se le trate de cosas agradables, pues una petición presentada con modestia se acomoda mejor á su propio carácter y le deja más grato. Tened salud» (1).

El juicio de Lorenzo de' Médici sobre el Colegio cardenalicio en tiempo de Inocencio VIII, estaba, por desgracia, demasadamente justificado. No por eso dejaba de haber todavía algunos

(1) Fabronius II, 308 sq. Reumont, II, 406 ss.

varones dignos de estimación en el Senado de la Iglesia; pero los tales quedaban oscurecidos ante la mayoría de los aseglarados; y precisamente uno de los adalides de aquellos elementos mejores. Marco Barbo, murió en la primavera de 1491. «La muerte de aquel excelente varón, dice un contemporáneo, fué una grave pérdida para la Santa Sede y para toda la Cristiandad» (1).

Entre los cardenales mundanos descollaban: Ascanio Sforza, Riario, Orsini, Sclafenati, Juan Balue, Juliano della Róvere, Savelli y Rodrigo de Borja. Todos estos grandes señores estaban más ó menos fuertemente contagiados por la corrupción de las clases elevadas en la época del Renacimiento italiano. En magníficos palacios, rodeados del exquisito lujo de una cultura sumamente desarrollada, vivían estos cardenales enteramente como príncipes seglares, y parecían no considerar sus hábitos eclesiásticos sino como un ornamento de su estado; cazaban, jugaban grandes sumas, daban opíparos banquetes, celebraban sibaríticas fiestas, tomaban parte en las licenciosas diversiones del carnaval (2) y se permitían graves excesos en sus costumbres. Principalmente puede decirse esto de *Rodrigo de Borja*. Creado cardenal en sus años juveniles, y hecho Vicecanciller por su tío Calixto III, había juntado Rodrigo en su persona numerosos beneficios y disponía de una renta digna de un príncipe. Ya en tiempo de Sixto IV pasaba por el más rico de todos los cardenales, después de Estouteville (3). «Caballero brillante, corpulento y de majestuoso aspecto, al propio tiempo que de alegre carácter y persuasiva elocuencia, atraía, según la frase de un contemporáneo, á las mujeres hermosas, con más fuerza que el imán al hierro. Por su conducta desarreglada, había merecido ya el cardenal Rodrigo graves amonestaciones del Papa Pío II (4): pero todo fué inútil. Aun

(1) Sigismondo de' Conti, II, 35.

(2) Burckhardt, II^a, 163. Sobre la corrupción de las clases más elevadas, cf. más arriba nuestras indicaciones, p. 147 ss.

(3) Jacobus Volaterranus 130. Después de la muerte de Estouteville, creíase generalmente el más rico de todos los cardenales; v. Rossi, Ricordanze 279.

(4) Cf. nuestras indicaciones vol. II, p. 444 ss. Allí se han hecho también observaciones particulares sobre los apologistas modernos de Rodrigo. Si entre éstos no he nombrado á Nemec, ha sido porque él mismo ha confesado (p. 38), que respecto de la vida y costumbres de Rodrigo, se adhiere de todo en todo á la obra de Ollivier, llena enteramente de falsedades. Contiene también buenas observaciones contra los apologistas de Alejandro VI el estudio publicado

después de haber recibido el orden sacerdotal (probablemente en Agosto de 1468, cuando obtuvo el obispado de Albano, que en 1476 cambió con el de Porto), no abandonó su vida licenciosa, y hasta su fin le tuvo cautivo el demonio de la sensualidad.

Desde fines del séptimo decenio del siglo xv mantenía el cardenal Borja relaciones ilícitas con la romana *Vanozza de Cataneis*, nacida en 1442. Esta mujer, que contrajo matrimonio tres veces (en 1474 con Domenico de Arignano; en 1480 con el milanés Jorge de Croce, y en 1486 con el mantuano Carlos Canale), dió al cardenal cuatro hijos. Vanozza murió en Roma á los 76 años, el 26 de Noviembre de 1518, y en su epitafio se nombran sus hijos en el siguiente orden: César, Juan, Jofré y Lucrecia (1).

Además de los mencionados, tuvo el cardenal Rodrigo de Borja otros hijos; así tuvo un hijo llamado Pedro Luis, el cual había ya nacido seguramente poco después de 1460 (2) y una hija, Jerónima, los cuales hubo probablemente de otra madre (3). Rodrigo

por Douais en la revista *La Controverse: Les débats recents sur la vie privée d'Alexandre VI*, quien da en todo su asentimiento á L'Épinois, *Rev. d. quest. hist.* XXIX (1881), 357 s.

(1) El epitafio de Vanozza, que antiguamente se hallaba en Santa Maria del Popolo, ha desaparecido, al igual que otros mil, pero se ha conservado en una colección de manuscritos; dudar de su autenticidad con Ollivier, es simplemente ridículo (Reumont en el *Bonner Literaturblatt* V, 690). El epitafio es el siguiente:

Vanotiae Cathanae Caesare Valentiae Joane Candie
Jofrido Scylatii et Lucretia Ferrariae ducib. filiis nobili
Probitate insigni religione eximia pari et aetate et
Prudentia optime de xenodochio Lateraneñ. meritae
Hieronymus Picus fideicomiss. procur. ex test. pos.

Vix. an. LXXXVI, m. IV. d. XIII. obiit anno MDXVIII. XXVI. No.

Forcella, *Iscriz.* I, 335. Sobre Vanozza (forma diminutiva por Giovanna, como Paluzzo por Paolo), que según el testimonio de Jovio procuró en la vejez expiar sus culpas con ejercicios de piedad, cf. Gregorovius *VIP*, 305 s. y Lucrezia 10 ss. Henri de l'Épinois, Alexandre VI, en la *Rev. d. quest. hist.* XXIV (1881) 379 s. *Arch. st. ital.* 3. Serie, IX, 1, 80 s.; XVII, 324 s., 510. *Arch. d. Soc. Rom.* VII, 402 ss. y *Pericoli* 74 ss.

(2) Esto se saca de la escritura de legitimación otorgada por Sixto IV en 5 de Noviembre de 1481, en la que Pedro Luis es llamado *adolescens*, nacido de tunc Diacono Cardinali et soluta, como también de que, según otro documento, Pedro Luis en 1483, debía de tener á lo menos 20 años. Thuasne, *Burchardi Diarium* III, Suppl. à l'app. p. III s. Oliver 108 cree, que Pedro Luis ya había nacido hacia 1458; cf. 429 y *Mon. hist.* 226 ss.

(3) Cittadella, *Albero* n.º 32 y p. 49 s. Gregorovius, Lucrezia 18. Reumont en *Arch. st. ital.* 3 Serie, XVII, 330.

procuró al principio colocar á estos hijos, que poco á poco fueron legitimados, en su patria española. Para Pedro Luis adquirió en 1485 el Ducado de Gandía; y en el documento expedido por Don Fernando el Católico se dice expresamente, que el nuevo Duque procedía de padres nobles, que se había distinguido por sus conocimientos bélicos y disciplina militar, y servido celosamente en la guerra contra el rey de Granada. Pedro Luis, que se desposó con Doña María Enríquez, hija del Mayordomo y tío del Rey Don Fernando, marchó á Roma en 1488, y en el mes de Agosto enfermó gravemente y murió (de cierto antes del año 1491). Instituyó por su universal heredero al mejor de los hijos de Rodrigo, su hermano Juan. Este, nacido en 1474, casó también más adelante con la prometida esposa del difunto (1).

El tercer hijo del cardenal, por nombre *César*, nacido en 1475 (2), fué destinado al estado eclesiástico desde su niñez, sin atención á sus disposiciones y voluntad. Sixto IV le dispensó á 1 de Octubre de 1480 del impedimento canónico para recibir las órdenes; es á saber: por falta de legítimo nacimiento; puesto que tenía por padre á un cardenal obispo, y por madre á una mujer casada (3). Luego á la edad de siete años fué nombrado protonotario, y obtuvo beneficios en Játiva y en otras ciudades de España, y en tiempo de Inocencio VIII el obispado de Pamplona (4). Asimismo Jofré, nacido en 1480 ó 1481 se destinó al estado eclesiástico (5) y se le halla como canónigo, prebendado y arcediano de la catedral de Valencia. Lo propio que todos los demás hijos de Rodrigo, parece que también Lucrecia, nacida en 1478 (6), estuvo destinada al principio

(1) Höfler, R. de Borja 50 s. Oliver 437 s., 439 s. Mon. hist. 228 s.

(2) Reumont, en Arch. st. ital. 3 Serie, XVII, 327, hace nacer á César Borja en 1473. Thuasne, Burchardi Diarium I, 420 cre que César nació en 1474, mientras Gregorovius, Lucrezia 12, é Yriarte I, 36 están por el año 1476. L'Épinois, Alexandre VI, 371 s., muestra que estas opiniones difícilmente pueden ser exactas, y que parece más probable la fecha de 1475. Höfler, R. de Borja 53 admite 1474/75. Finalmente Oliver 409, cf. 420, 427, 434, se decide por 1475, y habla también en favor de esta fecha un documento de 31 de Agosto de 1492, que yo he hallado en el *Archivo secreto pontificio*; v. apéndice, n.º 15. Cf. también Engl. Hist. Review XII (1897), 562.

(3) De episcopo Cardinali genitus et conjugata. L'Épinois 373. Oliver 420.

(4) Oliver 427 s. y más abajo, apéndice, n.º 15.

(5) Cf. L'Épinois 378 y especialmente el documento de 31 de Agosto de 1499 que he hallado en el *Archivo secreto pontificio*, Cf. apéndice, n.º 17. V. también, n.º 19.

(6) Gregorovius, Lucrezia 12 (3 edición, 13), tiene por cierto que Lucrecia nació el 18 de Abril de 1480. Esta opinión, de que también participan Reumont,

á pasar la vida en la tierra de su padre, pues en 1491 se la había desposado con un español.

La madre de estos hijos, Vanozza de Cataneis, poseía en Roma productivas haciendas, y una casa en la Piazza Branca, muy cerca del palacio que se había construido el cardenal Rodrigo. Este edificio (en la actualidad Palazzo Sforza-Cesarini), pasaba, no sólo por el más hermoso de Roma, sino por uno de los primeros de toda Italia (1).

Jácome da Volterra escribía en tiempo de Inocencio VIII lo siguiente, acerca del cardenal Borja: «Es hombre de ingenio, hábil para todo y de altos pensamientos; su palabra es elocuente, y aunque no posee sino un mediano conocimiento de la literatura, tiene un estilo fácil. Es por naturaleza sagaz, y de admirable actividad en el manejo de los negocios; celébranse sus riquezas, y su prestigio es grande, por sus relaciones con los más de los reyes y de los príncipes. Posee un palacio tan hermoso como cómodamente dispuesto, el cual se ha construido casi á la mitad del camino entre el puente de Sant-Angelo y el Campo di Fiore. Es enorme la muchedumbre de las rentas que percibe de numerosos beneficios eclesiásticos, muchas abadías en España é Italia, y de los tres obispos de Valencia, Porto y Cartagena, mientras el cargo de Vicecanciller le produce, según se dice, 8,000 ducados de oro anuales. La multitud de sus alhajas de plata, sus perlas, oro y sedas, tapetes bordados y ornamentos sacerdotales, y sus libros sobre todas las ciencias, es muy grande, y todo ello de una magnificencia digna de un Rey ó de un Papa. Paso en silencio los innumerables adornos de sus camas y sus caballos, y asimismo lo demás que posee en oro, plata y sedas, así como su precioso y abundante guardarropa y los tesoros de dinero que ha amontonado» (2).

en el Arch. st. ital. 3 serie, XVII, 331 y Leonetti, parece con todo errónea, según los datos reunidos por L'Épinois, 376. Están además por el año 1478, Cittadella, Albero genealogico e di memorie sulla famiglia Borgia 34, y la Civ. catt. 3 Serie, IX, 724.

(1) Gasp. Veronen. en Muratori III, 2, 1036. Cf. Rosmini, Storia di Milano IV, 32; Cancellieri en Effem. lett. 1821; Ratti I, 84 s., y Leonetti I, 155 s. Gregorovius se equivoca al afirmar que el palacio de Borja no se construyó hasta después de 1482. Los pasajes de las fuentes citadas arriba, demuestran que el edificio en lo esencial estaba ya terminado en tiempo de Paulo II. Cf. en el apéndice n.º 13, el documento del *Archivio segreto pontificio*.

(2) Jacob. Volaterranus, 130. Cf. Gregorovius, Lucrezia, 17, quien aquí como en la 3.ª edición, 17, se equivoca completamente traduciendo *Chartaginensis*

Una carta, hasta ahora desconocida, del cardenal Ascanio Sforza, de 22 de Octubre de 1484 (1), da muy interesantes noticias sobre la vivienda extraordinariamente lujosa del cardenal Borja. El día mencionado daba Borja, que por lo demás no solía mostrarse amigo de los placeres de la mesa, una espléndida cena en su palacio, á la cual asistieron, además de Ascanio, otros tres cardenales, entre ellos Juliano della Róvere. Todo el palacio, refiere Ascanio Sforza, estaba adornado con el mayor fausto. En el primer gran salón veíanse por todas partes cubiertas las paredes de tapices bordados, que representaban acaecimientos históricos. Seguía una sala menor, asimismo cubiertas las paredes de hermosísimos gobelinos, y el suelo con alfombras, en perfecta armonía con lo demás del mueblaje. Entre éste descollaba una cama de aparato, con un cielorraso riquísimamente adornado de raso encarnado. En esta sala estaba también la *credenza* del cardenal, es á saber, un armario con aparador, en el cual se hallaban expuestos, en gran cantidad, vasos y vajillas de oro y plata, entre ellos trabajos de acabadísima perfección, que producían una vista maravillosa. Al mencionado salón seguían otros dos; uno tapizado de raso con alfombras en el suelo y un lecho de aparato de terciopelo alejandrino; y el otro, más rico todavía, contenía asimismo una cama de lujo cubierta de brocado de oro y adornada con la mayor magnificencia que se puede pensar. En medio había una mesa con tapete de terciopelo alejandrino, y rodeada de sillas finamente talladas (2).

Con Rodrigo de Borja emulaba, en afición al fausto y en riqueza, su rival *Ascanio Sforza*, á quien Sixto IV elevó en 1484 al cardenalato por consideraciones políticas, y proveyó copiosamente de lucrativos beneficios. Su renta sobrepujaba, en tiempo del sucesor de Inocencio VIII, á la de todos los cardenales, ascendiendo á 30,000 ducados, que hacen, según la actual estimación de

por Cartago. Sobre la edición de las *Glossae Roderici Portuens. episc. in regulas cancellariae*, v. Audiffredi, 282.

(1) V. el texto en el apéndice n.º 2, según el original, que hallé en el *Archivo público de Milán*.

(2) Si se compara este cuadro de historia de la civilización, con la pintura trazada por Gregorovius, Lucrezia, 15, de la disposición de la casa de Vanozza, tiene sobre ella la ventaja que no ha nacido de la fantasía y combinación de un escritor que vive cuatrocientos años más tarde, sino tiene su origen en la relación de un testigo ocular.

la moneda, un millón y medio de francos; y ponía al cardenal en estado de mantener una corte por extremo fastuosa. Con especial afición se entregaba Ascanio á la caza, y el número de sus caballos, perros y halcones, era extraordinariamente grande. Una fiesta nocturna que dió en los últimos años de Inocencio VIII al príncipe de Capua, Ferrantino, nieto del rey Ferrante, fué calificada por un contemporáneo de fabulosamente espléndida. Los amigos de Ascanio ensalzaban, con razón, su gran expedición en los negocios de Estado: y juntamente era el cardenal muy entendido en literatura y arte. A su servicio estaba Seraffín Aquilano. El cardenal Ascanio llegó hasta á ejercitarse en trabajos literarios, probó sus fuerzas en la poesía latina é italiana, y subvencionó liberalmente á los eruditos; y finalmente, es digno de reconocimiento no haber tampoco Ascanio Sforza, en la repartición de sus donativos, olvidado á los pobres de Roma (1).

No eran mucho mejores que Borja, desde el punto de vista moral, los cardenales *Federico Sanseverino* (2) y el rico *Bautista Orsini* (3), y asimismo el cardenal *Balue*, que volvía á vivir en Roma desde Febrero de 1485, estaba lleno de un espíritu predominantemente aseglarado. Las pasiones de este hombre ambicioso y extraordinariamente hábil, eran la política y el amontonar riquezas; y por causa de esto olvidaba todo lo demás. A pesar de todas las vicisitudes de su agitada vida, dejó Balue, al morir en el año de 1491, una fortuna de 100,000 ducados (4).

Muy aseglarado era además indudablemente *Juliano della Rovere*, la personalidad más notable del Colegio Cardenalicio. La política y la guerra eran sus pasiones dominantes; hombre «que llevaba enteramente el sello del siglo xv al cual pertenecía, y cuya fuerza de voluntad, impetuosidad en la acción, y grandiosidad de ideas y de planes, trasladó á la nueva época. Era ambicioso y soberbio, muy convencido de su propio valer, súbito en airarse hasta el furor, pero nunca rastrero ni pequeño (5). Ese cardenal observó

(1) Reumont III, 1, 199 s.; 263. Arch. st. Lomb. II, 379 s. Ratti I, 78 s. tiene una tendencia demasiado apologética.

(2) Cf. el *despacho de Costabile, fechado en Roma á 4 de Marzo de 1508. *Archivo público de Módena*.

(3) Sigismondo de' Conti, II, 264. Cf. Dispacci di A. Giustini I, 309.

(4) Cf. la monografía muy fundamental de Forgeot 125 s., 151 s., donde el cardenal es apreciado por primera vez justamente y por todos aspectos.

(5) Gregorovius VIII², 19 s.

nes anteriores obtuvieron el reconocimiento de eminentes especialistas, como Burckhardt, Kraus, Müntz y Steinmann. Las secciones sobre las relaciones de los literatos con Inocencio VIII, Alejandro VI y Julio II, han sufrido una completa refundición y ampliación considerable. Casi todos los capítulos llevan grandes y pequeñas añadiduras. Por efecto de lo cual, aunque muchas secciones se han abreviado, omitiendo en ellas las citas intercaladas en el texto, y el Apéndice de documentos se ha impreso en tipo menor, ha crecido, sin embargo, el presente tomo notablemente desde las primeras ediciones (1).

LUDOVICO PASTOR.

Innsbruck, 29 de Junio de 1899.

(1) A partir de este volumen, la versión castellana de las innumerables notas ha corrido enteramente á cargo de nuestro diligente hermano de religión P. J. Monserrat, S. J. *Suum cuique.*

CATÁLOGO

de los archivos y colecciones de manuscritos utilizados

- AIX** (Provenza), Biblioteca Méjan-
nes 328.
- AREZZO**, Biblioteca 597.
- BASILEA**, Archivo 197, 683, 718, 737.
- BERLÍN**, Biblioteca 328, 484.
- BOLONIA**, archivo público 257, 270,
330, 572, 591, 602, 620, 632, 633,
634, 638, 653, 654, 665, 684, 702,
715, 740, 876, 928, 930.
Biblioteca de la Universidad
201, 300, 334, 458, 616, 620.
- BREMEN**, Biblioteca 186.
- BRIXEN**, Archivo del Prínc. obispo
505.
- COLONIA**, Archivo público 186.
- DRESDEN**, Biblioteca 253.
- DÜSSELDORFF**, Archivo público
230, 233, 368.
- FLORENCIA**, Biblioteca Riccardia-
na 142.
Biblioteca de S. Marcos 141.
Biblioteca nacional 79, 133, 142,
163, 216, 217, 237, 289, 290, 296,
431, 568, 649, 696, 698, 705, 707,
709, 897, 903—904.
Archivo público 13, 71, 186, 202,
209, 235, 254, 272, 273, 293, 314,
316, 327, 330, 355, 356, 371, 505,
582, 583, 670, 736, 880—881.
- FRANKFURT a. M.**, Archivo pú-
blico 244, 513.
- GALLEN, St.**, biblioteca abacial 505.
- GÉNOVA**, Archivo público 184,
728.
Biblioteca de la Universidad 186,
199, 202, 208, 244, 269, 610, 654.
- GLIS en Brieg**, Archivo familiar
de Jörg auf der Flue 701.
- GRENOBLE**, Biblioteca 301.
- GRIES**, Archivo 627.
- HALL** (Tirol), Archivo provincial
de los Franciscanos 261.
- IMOLA**, Archivo público 580.
- INNSBRUCK**, Archivo 692.
- KATWYK** (Hollanda), Biblioteca
del Colegio de los Jesuitas 251.
- LONDRES**, British Museum 568,
674.
- LUCCA**, Biblioteca capitular 235.
Archivo público 224.
Biblioteca de la ciudad 133.
- MANTUA**, Biblioteca Capilupi 496,
597.
Archivo Gonzaga ¹ 100, 136,
177, 182, 186, 191, 192, 193, 194,
196, 198, 201, 211, 213, 214, 227,
228, 229, 237, 238, 239, 240, 241,
272, 274, 283, 289, 294, 300, 308,

(1) Respecto de las citas de esta colección, cf. vol I, p. 62, not. 1.

- 309, 311, 319, 321, 324, 325, 329,
334, 339, 340, 342, 346, 350, 351,
353, 358, 441, 449, 452, 453, 455,
456, 457, 458, 459, 460, 463, 474,
477, 486, 490, 491, 494, 495, 496,
497, 498, 508, 549, 550, 551, 552,
553, 555, 456, 559, 560, 561-562,
563, 564 a 565, 571, 572, 573,
577, 582-583, 584, 585, 586, 587,
588, 590, 596, 600, 601, 602, 604,
605, 608, 609, 610, 613, 618, 621,
624, 626, 628, 630, 633, 637-638,
687, 699, 702, 706, 719, 730, 781,
786, 877, 884 a 885, 888, 889,
890, 891, 901-902, 903, 905-906,
907, 908, 917, 918, 919, 920, 924
-925, 927-928, 928 a 929, 930,
931.
- MASSA, Archivo público 241.
- MILÁN, Biblioteca Ambrosiana 130.
 Archivo público '90-91, 185,
 186, 187, 188, 189, 190, 191, 192,
 194, 196, 197, 202, 204-205, 206,
 211, 213, 235, 237, 239, 257, 281,
 289, 291, 293, 296, 300, 302, 305,
 306, 311, 313, 314, 317, 318, 319,
 320, 321, 322, 323, 324, 325, 326,
 327, 330, 337, 338, 340, 341, 355,
 358, 359, 361, 368, 369, 370, 371,
 372, 376 a 377, 378, 379, 380,
 381, 382, 383, 384, 385, 392, 393,
 438-439, 440, 441, 442, 445, 462,
 463, 541, 699, 875, 876, 878-879,
 881, 882, 885 a 886, 887, 888, 892
 -893, 893-895, 896, 901.
- MÓDENA, Archivo público 129, 171
-172, 175, 179, 180, 181-182,
184, 185, 186, 187, 192, 193, 194,
203, 204, 208, 211, 213, 214, 216,
220, 222, 226, 227, 228, 229, 235,
236, 237, 238, 239, 241, 252, 271,
272, 273, 274, 282, 293, 296, 301,
303, 306, 310, 312, 356, 376, 377,
381, 383, 389, 445, 446, 447, 475,
482, 494, 497, 511, 516, 532, 534,
553, 555, 556, 560, 561, 562, 563,
564, 565, 571, 573, 581, 582, 583,
584, 586, 587, 590, 592, 594, 598,
613, 618, 621, 625, 633, 634, 635,
637, 638, 660, 651, 653, 718, 759,
770, 786, 875, 877-878, 879-880,
882, 883, 905, 907-908, 924, 925,
928, 929, 930.
- MUNICH, Biblioteca palatina y de
 Estado 106, 107, 223, 229, 235,
 484, 485, 493, 568, 626.
- NÁPOLES, Archivo público 370.
- NIEDERWALD en Wallis, Archivo
 717.
- PALERMO, Archivo público 130,
 259, 736.
- PARÍS, Biblioteca Nacional 235,
 306, 641, 675, 699, 704, 705, 715,
 718, 729, 731, 747, 763, 784, 786,
 932.
 Archivo nacional 440, 460.
- PAVIA, Archivo municipal 98, 130.
- PERUSA, Biblioteca 528.
 Archivo capitular 244, 541, 787.
 Archivo de la ciudad 607, 610,
 654.
- PISTOYA, Biblioteca 484.
- PRESZBURG, Archivo de la ciudad
 510.
- RATISBONA, Archivo ordinario
 269.
- REGGIO (Emilia), Archivo 719.
- REVAL, Archivo del consejo 734.
- ROMA a) Archivos:
 Archivo del' Anima 542.
 Archivo del Capitolo 233, 527.
 Archivo de los Ceremoniarios
 en el Vaticano 328, 478.
 Archivo Colonna 325, 368, 374,
 582, 888-889, 891.
 Archivo Gaetani 548.
 Archivo Orsini 318.
 Archivo Ricci 748.

Archivo S. Spirito 35.

Archivo Consistorial en el Vaticano 290, 295, 296, 306, 330, 335, 344, 345, 349, 350, 357, 358, 361, 368, 374, 440, 442, 445, 446, 447, 448, 453, 454, 458, 463, 468, 486, 494, 506 a 507, 508, 515, 531, 551, 553, 560, 564, 571, 572—573, 582, 600, 605, 606, 608, 610, 611, 612, 613, 614, 618, 620, 623, 624, 626, 627, 638, 647, 649, 650, 653, 662, 675, 677, 680, 683, 701, 718, 723, 726, 729, 730.

Archivo secreto pontificio 66, 136, 177, 185, 187, 188, 191, 193, 195, 196, 197, 198, 199, 218, 219, 233, 244, 245, 259, 260, 262, 268, 269, 270, 279, 280, 290, 294, 295, 304, 306, 314, 318, 319, 324, 328, 335, 343, 349, 358, 368, 370, 371, 374, 389, 392, 443, 454, 475, 476, 489, 505, 512, 521, 541, 571, 572, 573, 574—575, 576, 577, 579, 581—582, 584, 586, 587, 588, 589, 596, 597, 598, 600, 601, 603, 605, 606, 624 a 625, 632, 633, 650, 675, 676, 681, 684, 701, 734, 735, 736, 737, 739, 748, 756, 767, 768, 769, 783, 785, 787—788, 875, 876, 882, 883, 884, 885, 887, 891—892, 897—900, 903, 908, 909, 910, 911, 912, 913, 914, 915, 916, 917, 918—919, 920, 921, 922, 923, 925.

Archivo público 181, 185, 301, 313, 473, 522, 574, 576, 756.

b) Bibliotecas:

Biblioteca Altieri 233.

Biblioteca Angelica 184, 556, 557 a 558, 746, 773, 783, 931—932.

Biblioteca Barberini 293, 294, 338, 345, 357, 359, 361, 439, 475,

476, 487, 562, 883.

Biblioteca Borghese 242, 624, 897.

Biblioteca Casanatense 233, 242.

Biblioteca Chigi 175, 300, 321, 341, 345, 365, 572, 621, 637.

Biblioteca Corsini 597, 767.

Biblioteca Victor Manuel 328.

Biblioteca del Conde Paar 142.

Biblioteca Platner 487.

Biblioteca Vaticana 130, 233, 235, 249—250, 328, 454, 476, 484, 527, 597, 654, 703, 753, 897.

SALZBURG, Archivo del Gobierno provincial 186.

Biblioteca S. Pedro 599.

SENA, Biblioteca 454.

Archivo público 558, 603.

SIMANCAS, Archivo 598.

SITTEN, Archivo público 648.

TURIN, Archivo público 475, 684.

VENECIA, Biblioteca de S. Marcos 327, 335, 339, 360, 389, 558, 597, 907.

Archivo público 19—20, 21, 31, 33, 46, 74—75, 130, 191, 233, 314, 334, 335, 337, 381, 638.

VERONA, Biblioteca de la ciudad 212, 229, 233.

VIENA, Archivo palatino y de Estado 211, 233, 260, 270, 301, 723.

R. é Imp. biblioteca palatina 205, 347, 484, 669, 766.

Biblioteca Rossiana 249, 526, 665, 747, 932—933.

WÜRZBURGO, Archivo del distrito 626, 628, 925 a 927.

ZÜRICH, Archivo público 713.

tan mal como muchos de sus colegas la obligación del celibato; pero, á pesar de su vida aseglarada, siempre conservó, sin embargo, cierta gravedad y un fondo mejor, según que más adelante había de manifestarse (1). Grande aprecio merece Juliano como favorecedor de los artistas, á los cuales no olvidó nunca, ni aun en los más azarosos tiempos de su vida (2). En Aviñón se ve todavía actualmente el palacio episcopal construido por Juliano (ahora asiento del seminario), con sus colosales armas. Más adelante se ocupó principalmente en la construcción de su fuerte castillo de Ostia (3). Casi todos los cardenales atendían generalmente á construir edificios de índole eclesiástica y secular (4); no pocos de ellos mostraban particular interés por la Antigüedad clásica; y cuánto caso se hiciera de esta última lo muestra el hecho de que, un prelado tan piadoso y grave como Francisco Piccolomini, no tuviera dificultad en exponer, en su magnífico palacio, el conocido grupo de las Tres Gracias (5). El teatro se vió particularmente favorecido por el cardenal Rafael Riario (6), y muchos de los miembros del Sacro Colegio se entregaban á la caza. Cuán lujosa y pródiga hubiera venido á ser la vida de los más de aquellos «príncipes de la Iglesia», por ventura ninguna cosa lo muestra mejor que el hecho de haberse establecido en la capitulación electoral de 1484, como cantidad media para el mantenimiento de cada cardenal, la suma enorme de 4,000 ducados (según el valor actual de la moneda 200,000 francos) (7).

El poder de los cardenales se había acrecentado en tales términos, por la acumulación de prebendas y obispados extranjeros, y por sus alianzas con príncipes poderosos, que amenazaba innegablemente el peligro de verse los papas sometidos al Sacro

(1) Julián de la Róvere tenía tres hijas (v. Luzio-Renier, Mantova e Urbino 159) y padecía de *mal francese*, v. Sanuto VII, 32, Péliissier, Textes 545, y un *despacho del embajador de Mantua, fechado en Roma á 25 de Enero de 1506. *Archivo Gonsaga de Mantua*. No se puede demostrar que Julián estuviere dado al vicio nacional de la Grecia, como decían de él sus encarnizados enemigos políticos; v. Sybels, Hist. Zeitschr. XXXVII, 305 y abajo lib. 3.

(2) Müntz, Raphael 269 s.

(3) Cf. nuestras indicaciones vol. IV, p. 439, y Arch. d. Soc. Rom. XX, 84 s.

(4) Cf. el resumen en Müntz, Les arts 22 ss.

(5) V. Albertini 23. Sobre las estatuas de los palacios romanos, cf. Gori, Intorno a un opuscolo intitolato Antiquarie Prospettiche Romane composte per Prospettivo Milanese dipintore. Roma 1876.

(6) Cf. arriba p. 337 y Müntz, Les arts 43.

(7) Cf. arriba p. 253.

Colegio. ¡Cuán inconveniente no fué el influjo que ejerció durante el reinado de Inocencio VIII Juliano della Róvere! La manera autoritativa con que procedía por sí y ante sí, era casi inaudita; llegandó, en tiempo de la guerra de los barones napolitanos, á secuestrar por su propia autoridad un correo del Duque de Milán y tomarle sus papeles. Los enviados de Milán, Florencia y Ferrara se quejaron entonces, diciendo: que les bastaba un Papa, y que con dos tenían demasiado (1).

Un historiador moderno compara á los cardenales aseglarados y principescos de aquella época, con los senadores de la antigua Roma. «Casi cada uno de ellos estaba rodeado, como el Papa mismo, de una curia y de nepotes; andaban ó cabalgaban con traje guerrero, llevando al cinto preciosas espadas; en el palacio de casi todos los cardenales, vivía una tropa de servidores compuesta de varios centenares de personas, los cuales podían aumentarse fácilmente con los *bravi*. A esto se añadía el partido que tenían en el pueblo, al cual daba pábulo la corte del cardenal. Casi cada uno de aquellos príncipes de la Iglesia tenía una facción, y andaban á porfía entre sí en desplegar esplendidez, principalmente en las cabalgatas y en los juegos del Carnaval, en los que disponían á su costa carros triunfales con máscaras, coros de cantores y comediantes, y los hacían recorrer la ciudad. Los cardenales obscurecieron entonces á la Nobleza romana» (2). Su solicitud por el cultivo de la literatura y las artes, de cuyo ornato ninguna persona elevada hubiera prescindido en la época del Renacimiento, es el único punto luminoso en el proceder de aquellos príncipes de la Iglesia, cuyo aseglaramiento estaba en una contradicción por extremo ofensiva con su eclesiástica dignidad. No sólo entre los extranjeros producía justificado escándalo la vida de aquellos indignos prelados (3), sino también los naturales, principalmente

(1) Sobre este influjo, cf. arriba p. 260. La queja de los embajadores puede verse en Cappelli 48.

(2) Gregorovius VII^a, 280. Cf. Artaud 166. El pasaje relativo á las diversiones del carnaval se halla en la nueva edición de Infessura, 265.

(3) Tampoco faltaron algunos que tomaron ocasión de la conducta escandalosa de ciertos cardenales, para condenar la institución eclesiástica del Papado. En este sentido se expresó, de vuelta á su tierra, el canónigo Doctor Teodorico Morung, que por la primavera de 1485 había estado en Roma, para tratar negocios concernientes á la diócesis de Bamberg; v. Kraussold, Th. Morung II, (Bayreuth 1878), 76 y supl. VII, y J. Schneider, en el Archiv für Gesch. von Oberfranken XVII (1888), 5 s.

los grandes predicadores de penitencia (1), se expresaban en los términos más acerbos. A todos sobrepujo en este respecto el dominico Jerónimo Savonarola; el cual, en sus predicaciones, y especialmente en sus profecías, describe la más viva imagen que pensarse puede de la corrupción que había en la Iglesia, enlazando con ello la predicción de los castigos divinos (2).

El presentimiento de un castigo inminente se apoderó también del ánimo de otros contemporáneos: terribles profecías sobre la ruina de todo lo existente, y el escarmiento del corrompido clero, andaban de boca en boca (3), y los profetas publicaban sus vaticinios. En el año de 1491 se presentó uno de éstos en Roma.

Un contemporáneo describe á aquel predicador, pobremente vestido, y con una pequeña cruz de madera en la mano, asegurando que era muy elocuente y de elevada formación científica. En tono profético decía á la muchedumbre que se juntaba en torno de él en las plazas públicas: «¡Romanos: en este mismo año tendréis mucho que llorar, y vendrá sobre vosotros una gran tribulación; en el año próximo se extenderá esta tribulación sobre toda Italia, y en 1493 aparecerá finalmente el Pastor Angélico que, sin soberanía temporal, no buscará sino la salud de las almas (4).»

Hacían una impresión incomparablemente mayor las profecías que anunciaba Savonarola, y ellas fueron sin duda propiamente lo que comunicó á sus predicaciones, á sus escritos y á todo su proceder, tan extraordinaria fuerza. Muchos de sus vaticinios eran la explicación de visiones que pretendía haber tenido. En el año 1492 tuvo, en tiempo de los sermones de Adviento, un ensueño que tomó por indudable revelación divina. Parecióle como si viera en medio del cielo una mano con una espada, en la cual estaba escrito: «Pronto y aceleradamente descenderá la es-

(1) Cf. arriba p. 197 s.

(2) El poema de Savonarola, *De ruina ecclesiae* (1475), está lleno de las pinturas más sombrías; se halla en un opúsculo, que ha sido publicado por Guasti en número de 250 ejemplares solamente, con el título: *Poesie di Fra G. Savonarola* (Firenze 1862) 10-15. Cf. arriba p. 205.

(3) Cf. Malipiero 372. Los versos citados en este pasaje son más antiguos; su texto es diferente en un manuscrito de la biblioteca vaticana, v. Berger en la *Bibl. de l'École d'Athènes et de Rome VI* (1879), 1-2.

(4) *Infessura-Tommasini* 264-265.

pada del Señor sobre la tierra». Al mismo tiempo oía clara y definidamente muchas voces, que prometían á los buenos misericordia y amenazaban á los malos con castigos, exclamando que la ira de Dios estaba próxima. Súbitamente se volvió la espada contra la tierra, obscurecióse el aire, llovieron espadas, saetas y fuego, retumbaron terribles truenos, y la guerra, el hambre y la peste desolaron toda la tierra (1).

(1) Villari I^o, 165-166.

LIBRO SEGUNDO

Alejandro VI

(1492-1503)



CAPÍTULO PRIMERO

Elección y coronación de Alejandro VI. Nepotismo incipiente.—Contiendas y reconciliación con Ferrante de Nápoles.—Nombramiento de cardenales en Septiembre de 1493.

Durante la larga enfermedad de Inocencio VIII, habían tenido lugar en Roma graves desórdenes, y se veía venir con cuidado el tiempo de la sede vacante (1); pero por efecto de las enérgicas medidas tomadas por los cardenales y las autoridades romanas, transcurrió, sin embargo, al principio con bastante tranquilidad (2). Un embajador refiere á 7 de Agosto de 1492: «Es verdad que han sido muertos algunos y otros heridos, principalmente en el tiempo en que Inocencio VIII estaba en sus últimos alientos; pero después acá se han asentado las cosas más favorablemente» (3). La situación seguía siendo no obstante tal, que los cardenales aceleraron la celebración de las exequias por el Papa

(1) *La parte Orsina e Colonnese tutta in arme si levò secondo l'usanza a guardia di Roma e per defender ciascuna se seguiva alcuna occisione. Parenti, Cod. Magliabech. XXV, 2, 519, f. 133^b. *Biblioteca nacional de Florencia*. Cf. Sanudo, 1249, L. Chierigato en Sigismondo de' Conti II, 94 y Atti Mod. I, 429; contra Infessura, v. Cipolla, 671, n.º 1.

(2) V. los despachos del embajador de Florencia, publicados por Thuasne, I, 570 s., 573 s., 575.

(3) *Vero è che le (l'è) stato amazato qualche persona e feriti alcuni altri maxime in quello tempo chel papa era in quello extremo: poi le cose tuta via sono asetate meglio. Despacho de Brognolus, fechado en Roma á 7 de Agosto de 1492. *Archivo Gonzaga de Mantua*.

difunto. Rafael Riario, como Camarlengo, desempeñó el gobierno interino con vigor y energía. Gobernador de Roma era el abad de Saint Denis, Juan Villier de La Grolaie, para quien, algunos años después, labró Miguel Ángel el maravilloso grupo de mármol de la Pietà (1).

Era una cuestión importante, si los dos cardenales Sanseverino y Gherardo, todavía no publicados por Inocencio VIII, debían ser admitidos al conclave. El primero llegó a Roma á 24 de Julio, y obtuvo desde luego la admisión en el Sacro Colegio (2). Por Gherardo había interpuesto una eficaz intercesión el Consejo de los Diez de Venecia; y así, también al día siguiente después de su llegada (4 de Agosto), fué nombrado cardenal. Algunos le profetizaban la dignidad suprema, por haber llegado á Roma con el hábito blanco de los camaldulenses (3).

Inmediatamente después de terminadas las exequias (4), comenzó á 6 de Agosto el conclave, en que se hallaron 23 cardenales reunidos en la capilla Sixtina (5). La oración de costumbre fué pronunciada por el obispo español Don Bernardino López de Carvajal, pintando con graves y dignas palabras la triste situa-

(1) Cf. arriba en la introducción, p. 221 y abajo cap. 12.

(2) Infessura, 278, y *Carta del cardenal A. Sforza, fechada en Roma á 26 de Julio de 1492. *Archivo público de Milán*.

(3) *Acta consist. Alex. VI. Pii III. Jul. II. Leo X., f. 1. *Archivo consistorial del Vaticano*. En lo sucesivo, al tener que citar este volumen, que no lleva signatura alguna, nos limitaremos á esta indicación: Acta cons. Hay aún además en el *Archivo consistorial*, por lo que toca á Alejandro: 1) Un volumen marcado C^o Acta consist. 1489-1503, que concuerda en lo esencial con el antes citado. 2) Dígase lo mismo de otro volumen, señalado con el Nr. 88: Ex libro relat. consist. ab initio pontif. Alex. VI. 3) Es mucho más circunstanciado, pero sólo abarca un corto período, un volumen que lleva la marca C 303: Liber relat. consistorii tempore pontificatus f. re. Alex. PP. VI. a die XII. Nov. 1498 usque in diem V. Julii 1499. Infessura, 278, indica falsamente el 1 de Agosto para el día de la llegada de Gherardo. Sobre la mediación de Venecia, v. Brosch, Julius II, 312; la profecía está mencionada en *Parenti, l. c. *Biblioteca nacional de Florencia*.

(4) Los gastos de las mismas fueron considerables. En el Introitus et Exitus vol. 524, se halla registrado para el 30 de Marzo de 1493: *diversis mercatoribus (Medici, Sauli, Marcelli, Ricasoli, Gaddi, Rabatti) 16033 ducat. de camera 58 Bolog. pro totidem expositis in pannis et cera et aliis rebus in exequiis pape Innocentii VIII. *Archivo secreto pontificio*.

(5) Hergenröther VIII, 302. Brosch, loc. cit., 50, y Gregorovius indican equivocadamente, el uno 20 y el otro 25 cardenales. El número indicado en el texto está fijado por las *Acta consist. del *Archivo consistorial*; por él ya se han decidido Pagi V, 325; Novaes VI, 81; Hagen, Papstwahl, 15 s. y Sigmüller, 116.

ción de la Iglesia, y excitando á una pronta y buena elección. La custodia del conclave fué encomendada á los embajadores extranjeros y á cierto número de nobles romanos (1).

Los gabinetes de las Potencias italianas se venían ocupando hacia ya mucho tiempo, á causa del frágil estado de salud de Inocencio VIII, de la contingencia de una elección pontificia. En el archivo público de Milán se halla un documento sin fecha, verosímilmente de principios de 1491, de un enviado de los Sforza, que da interesantes noticias acerca de las circunstancias en que se hallaban los partidos en el Colegio Cardenalicio. Por este documento se ve que entonces el cardenal Ascanio Sforza podía contar con certidumbre con 7 cardenales, y además con otros 4 con alguna probabilidad. Su rival, Juliano della Róvere, tenía 9 partidarios; ninguno de los dos reunía, por tanto, la necesaria mayoría de los dos tercios. El que escribe estas noticias cree, que el cardenal Arcidino della Porta, y todavía más el portugués Costa, tenían las mayores probabilidades de ser elegidos (2).

Cuando á 25 de Julio de 1492, se esperaba por horas la muerte de Inocencio VIII, estaban ya en plena efervescencia las intrigas relativas á la elección papal; y eran designados entonces como candidatos, además de Costa y Arcidino della Porta, Caraffa y Zeno; otros se inclinaban á Piccolomini, y otros, á su vez, á Borja. «No os quiero escribir más en particular—decía el embajador florentino—sobre estas intrigas, para no confundiros á vos y á mí; pues las negociaciones no tienen fin y mudan de aspecto de hora en hora» (3). El mismo da cuenta, ya á 28 de Julio, de los ahincados conatos de los barones romanos para influir á su manera en la elección del Papa (4). No trabajaron menos en este respecto las Potencias extranjeras; y se refería que el rey Carlos VIII de Francia había hecho depositar en un Banco 200.000 ducados, y Génova otros 100.000, para estimular á la elección de Juliano

(1) Atti Mod. I, 429 y Zurita V, 14^b. El discurso de Carvajal (cf. Andiffredi, 309) se halla en Martène, Thes. II, 1775 s.; cf. Roszbach, Carvajal, 27, 29-32. J. Burchard asistió también al conclave, como se saca del *Regest. 867, f. 73. *Archivo secreto pontificio*.

(2) V. apéndice n.º 8. *Archivo público de Milán*. Sobre lo que se negociaba en Mayo de 1492, con motivo de la elección de Papa, v. Desjardins I, 549.

(3) Thuasne I, 572 s., 575.

(4) Thuasne I, 577.

della Róvere (1). A consecuencia de esto esperaban los genoveses como cosa cierta, el encumbramiento de su paisano (2).

Las potencias italianas habían entrado, á su vez, luego que recibieron la noticia de la mortal enfermedad de Inocencio VIII, en mutuas activas relaciones acerca de la elección pontificia; pero no podían llegar por ningún camino á un acuerdo. Principalmente Nápoles y Milán habían adoptado una actitud mutuamente hostil (3). El astuto rey de Nápoles, Ferrante procuraba, en este importante asunto, mantener sus designios en el mayor secreto posible. A 24 de Julio refiere el embajador milanés en Nápoles, que el Rey había declarado no quererse inmiscuir en la elección pontificia; el resultado de esto, lo había experimentado en la elección del Papa difunto; por lo cual dejaría á las cosas de Roma su libre curso (4). Pero el citado referente no duda, sin embargo, que Ferrante se ocupaba, á pesar de estas protestas, en el conclave inminente; y es de opinión, que el Rey trabajaría en procurar la elección de Piccolomini y enviaría á Roma á Camilo Pandone para ganar para su propósito á Juliano della Róvere. Alguna mayor luz arrojan sobre los conatos de Ferrante, las cartas dirigidas á su embajador Joviano Pontano, que, por lo demás, no son conocidas totalmente.

De la primera de ellas, de 20 de Julio, se colige que el Rey favorecía la elección de Juliano della Róvere, poniendo á su disposición á Virginio Orsini, á quien tenía á sueldo, así como á Fabricio y Próspero Colonna, á los cuales dió orden de aproximarse secretamente á Roma (5). La segunda carta cifrada á Pontano, es de 22 de Julio. El Rey se declara en ella contra la elección de Costa, y antes por la de Pedro González de Mendoza, encargando á Pontano que lo participe al cardenal della Róvere (6). Este último aparece, no obstante, ser incondicionalmente el hombre de confianza del Rey; y además se pensaba en Zeno, aunque sólo

(1) Relación de Cavalieri á Leonor de Aragón, de 6 de Agosto de 1492, en los Atti Mod. I, 429.

(2) *Carta de un anónimo, fechada en Génova á 24 de Julio de 1492. *Archivo público de Milán*.

(3) Petrucelli I, 343 y Sägmiüller 227.

(4) **Relación de A. Stangha, fechada en Nápoles á 24 de Julio de 1492. *Archivo público de Milán*.

(5) Trinchera II, 1, 143.

(6) Esta carta, que falta en Trinchera, se halla en Nunziante, Lettere da Pontano, 26-27.

para el caso de que no se pudiera llevar á efecto la elección de Róvere. Los reinos de Nápoles y Francia, aunque se preparaban á una lucha decisiva, tenían, sin embargo, un mismo candidato para la Sede pontificia (1).

No faltaban rivales á Juliano della Róvere; una relación por extremo interesante, y todavía inédita, de Juan Andrea Boccaccio, obispo de Módena, dirigida á la duquesa Eleonora de Ferrara, nombra como primer pretendiente á Ardicino della Porta, del partido de Ascanio Sforza; el cual se había ganado la general benevolencia por su bondad; como segundo á Caraffa, en tercer lugar á Ascanio Sforza, y en el cuarto, á Rodrigo de Borja. «Este varón, poderoso por sus riquezas,—añade el embajador—se halla en estado de recompensar copiosamente á sus partidarios: en primer lugar con el cargo de Vicecanciller, que es otro segundo Papa; luego con las ciudades de Civitá Castellana y Nepi; á esto se añade una abadía en Aquila con 1.000 ducados de renta, otra semejante en Albano, dos mayores en el reino de Nápoles, el obispado de Porto, con 1.200 ducados de renta, la abadía de Subiaco, con 22 lugares fuertes que producen 2.000 ducados, y en España no menos que 16 obispados, numerosas abadías y otros beneficios». El narrador nombra además como candidatos á la suprema dignidad, á los cardenales Savelli, Costa, Piccolomini y Michiel: «muchos—añade—hablan también de Fre-goso, Doménico della Róvere y Zeno.» Cada uno de los nombrados había hecho atrincherar su palacio, para precaverlo contra un saqueo; pues ya había sucedido repetidas veces en semejantes ocasiones esparcirse un falso rumor, para poder saquear, según la costumbre, la casa del que suponían elegido. «En secreto—continúa el embajador ferrarense—se habla también del cardenal Juliano; pero, no obstante, entre tantos pretendientes unõ solo ha de alcanzar su objeto, á no ser que se produzca un cisma (2). Que Ardicino della Porta tenía grandes probabilidades, lo atestigua también un despacho del embajador de Milán, de 4 de Agosto; el cual refiere que, como Juliano comprendiera, que ni él ni Costa

(1) Sægmüller 116. Sigismondo de' Conti II, 56, dice expresamente: *Ferdinandus post Innocentii obitum omnibus machinis est annixus, ut Alexandrum spe pontificatus deiceret: totus namque incubuit in Julianum card. S. Petri ad vincula etc.*

(2) V. en el apéndice, n.º 9, el texto de este importante * documento, que hallé en el *Archivo público de Módena*.

podrían ser elegidos, por esto se habría de poner á favor de un partidario de Ascanio; mas entre éstos, sólo podía tratarse de Ardicino della Porta; pues de Borja, Juliano no quería absolutamente oír hablar, y era también enemigo de Piccolomini; Caraffa no tenía ninguna probabilidad por causa del rey de Nápoles; pero podría, sin embargo, suceder, que della Róvere prefiriese el cardenal Zeno á Ardicino della Porta. El mencionado embajador da cuenta además, de una reunión que habían tenido Ascanio y Juliano, á 4 de Agosto, en la sacristía de San Pedro, en la cual el último habría ofrecido su voto y los de sus amigos al cardenal milanés (1).

Las cosas estaban, la víspera del conclave, en tal disposición que, Juliano della Róvere, aborrecido por su omnipotente influjo cerca del Papa difunto, y sus simpatías por Francia, no tenía ninguna probabilidad; al paso que el cardenal Ardicino della Porta y Ascanio Sforza, favorecidos por Milán, podían entregarse á fundadas esperanzas. Contra Borja pesaba especialmente la razón de ser español, y de que muchos cardenales italianos no querían un Papa extranjero (2); pero sus riquezas iban á dar en el conclave el golpe decisivo, como lo había previsto con maravillosa perspicacia el embajador de Ferrara.

El conclave comenzó á 6 de Agosto; y por de pronto se estableció una capitulación para la elección (3), empezando luego la lucha electoral. Por mucho tiempo permaneció ésta indecisa; tres escrutinios se verificaron sin fruto, según refiere á 10 de Agosto el embajador florentino, que pertenecía á la guardia del conclave; y Caraffa y Costa eran los que tenían más probabilidades (4). Ambos eran varones hábiles y Caraffa además una persona eminente; su elección, ó la de Costa, hubiera sido una extraordinaria felicidad para la Iglesia (5); pero, desgraciadamente, se cambió de súbito la situación. Como viera *Ascanio Sforza* que no había

(1) **Carta de St. Taberna, fechada en Roma á 4 de Agosto de 1492. *Archivo público de Milán*.

(2) Corio III, 463. Este pasaje muestra la inexactitud de la opinión de Gregorovius VII³, 300.

(3) Despacho del embajador de Florencia de 6 de Agosto de 1492, publicado por Thuasne I, 577. Raynald 1492, n.º 31 y Cod. XXXII, 242, de la *Biblioteca Barberini de Roma*.

(4) Este *despacho, que es extraño falte en Thuasne, lo doy en el apéndice n.º 10, según el original del *Archivo público de Florencia*.

(5) Sägmmüller 115; sobre Caraffa, cf. nuestras indicaciones vol. IV, p. 111.

posibilidad de ser él elegido Papa, dió oído á las brillantes promesas que le hacía Borja, ofreciéndole, no sólo el cargo de Vicecanciller y su propio palacio, sino también el castillo de Nepi, el obispado de Erlau, que producía 10,000 ducados, y otros beneficios (1). Al cardenal *Orsini*, le fueron ofrecidas las fuertes é importantes ciudades de Monticelli y Soriano, la Legación de la Marca y el obispado de Cartagena (2); al cardenal *Colonna*, la

(1) Según Infessura, 281, el cardenal Orsini habría recibido el palacio de Borja, y Sclafenati la ciudad de Nepi; Hagen, Papstwahl 20 s., ha demostrado que estos datos son ciertamente falsos; pero Tommasini, que á toda costa quiere sostener la grandísima seguridad de Infessura, hace como que ignora esto enteramente. Valori da cuenta de las investiduras de A. Sforza arriba mencionadas en su importante despacho de 12 de Agosto de 1492, publicado por Thuasne II, 610; cf. el despacho de Manfredi de 16 de Agosto, publicado por Cappelli, Savonarola 26. Los datos de Valori son confirmados por otras fuentes, como bien ha demostrado Hagen 20 s. Sin embargo de eso, como muchas veces y aun recientemente se ha puesto en duda que fuera simoníaca la elección de Alejandro (cf. Cerri 94; Nemec 81 s.; Leonetti, y adhiriéndose á él Tachy en la Revue des sciences ecclésiastiques. XLV [Amiens 1882], 141 ss.) ó del todo se ha negado (v. R. de Soragna en la Rass. naz. X [1882], 133), podría ser conveniente indicar todavía los documentos originales siguientes, hasta ahora desconocidos. Desde luego, hay que citar aquí el *despacho de Brognolo de 31 de Agosto de 1492, copiado en el apéndice n.º 18, en el cual ciertamente no se nombra á Sforza. Pero del mismo modo que Fraknói ha demostrado ya en el Erlauer Diöcesanblatt 1883, n.º 20, la colación del obispado de Erlau hecha en favor de A. Sforza (respecto de la fecha yerra Fraknói, pues la colación se efectuó el 31 de Agosto, según las *Acta consist.; con ellas concuerda la escritura de nombramiento que se halla en el *Regest. 772, f. 201^b: Rom. 1492 Prid. Cal. Sept.), pueden también probarse auténticamente las demás investiduras. Así, primeramente, la del cargo de vicecanciller se prueba por el *decreto Eximia tue Circ. industria, dat. Rom. 1492, VII Cal. Sept. *Regest. 869, f. 1; cf. Cod. XXXV, 94 de la *Biblioteca Barberini*, donde se lee, f. 269^b: Lecta et publicata fuit suprascripta bulla Romae in cons. apost. die lunae 27, mensis Aug. 1492. Sobre la cesión del palacio, v. apéndice n.º 13. La donación de Nepi es cierta; cf. Leonetti I, 61 y Ratti I, 86; este último procura excusar á Ascanio, pero sus argumentos son enteramente débiles. Cuanto á las otras investiduras, A. Sforza recibió también dos canonicatos, según *Regest. 773, f. 15^b (dat. Laterani 1492, VII Cal. Sept. A.º 1º); f. 45: el priorato de un monasterio de la diócesis de Calahorra, que poseía Alejandro VI (D. ut s.); f. 167: una abadía (D. ut s.); y otros favores f. 187, 260 y 295, todos dat. VII Cal. Sept. 1492. *Archivo secreto pontificio*.

(2) Cf. en el apéndice n.º 18, el *despacho de Brognolo de 31 de Agosto de 1492 (*Archivo Gonzaga de Mantua*), Thuasne II, 610 y *Regest. 772, f. 88^b: Bapt. S. Mariae Novae diac. card. de Ursini creatur in provincia Marchiae Anconit. ac civit., terris, castris et locis Massae Trebariae etc. nec non Asculi ap. sedis legatus ac pro S. P. et R. E. in temp. et spirit. vicarius generalis. Dat. Romae 1492 Prid. Cal. Sept. A.º 1º. *Archivo secreto pontificio*. Respecto de Monticelli, v. Hagen 23; en lo que toca á Cartagena se equivoca este autor, pues resulta del *Regest. 772, f. 31, que Orsini recibió ese obispado como ad-

abadía de Subiaco con todos los lugares fuertes que la rodeaban (1); á Savelli, Civita Castellana y el obispado de Mallorca (2); á Pallavicini, el obispado de Pamplona (3); á Juan Michiel, el obispado suburbicario de Porto (4); á los cardenales Sclafenati, Sanseverino, Riario y á Doménico della Róvere, se les aseguraron ricas abadías y pingües beneficios (5). Con el voto de Borja y los de los cardenales Ardicino della Porta y Conti, que pertenecía al partido de Sforza, llegó á disponer por medio de estos simoníacos manejos, de hasta 14 votos. Faltaba por consiguiente uno sólo para la mayoría de los dos tercios; pero éste era muy difícil alcanzarlo. Los cardenales Caraffa, Costa, Piccolomini y Zeno, no se dejaron ganar por las más espléndidas promesas; y á ellos seguía el joven Juan de' Médici (6). A Giuliano della Ró-

ministrador 1492 Prid. Cal. Sept. Esto lo confirman las *Acta consist. 1492 ult. Aug., existentes en el *Archivo consistorial*.

(1) Cf. apéndice, n.º 18 (*Despacho de 31 de Agosto) y Thuasne II, 611.

(2) El embajador de Florencia advierte solamente: Al card. Savello s'è date Civita Castellana et qualche altra cosa, mientras que Infessura nombra además la ecclesia S. Mariae Majoris; Tommasini no ha reparado que es imposible que sea exacto este último dato; Hagen, 25, refiere la «expresión evidentemente inexacta» al arcepreboste de aquella Iglesia. También esto es falso; en vez de Majoris, hay que leer más bien, en Infessura, Majoricensis. Esto se saca de las *Acta consist. y del *Regest. 772, f. 157: Joh. Bapt. Card. s. Nic. in carcere recibe la ecclesia Majoricensis, que hasta ahora pertenecía al Papa, dat. 1492 Prid. Cal. Sept.; ibid. f. 4: concesión de un monasterio al cardenal Savelli, con fecha del mismo día. *Archivo secreto pontificio* Cf. también en el apéndice n.º 18 el *despacho de 31 de Agosto.

(3) *Regest. 772, (1492 s. d.) y Acta consist. 1492 ult. Aug. *Archivo consistorial*.

(4) *Acta consist. 1492 ult. Aug. y Regest. 772, f. 55^b: Joh. Michaelis recibe la ecclesia Portuen., que hasta ahora poseía el Papa, dat. Rom. 1492 Prid. Cal. Sept. A.º 1.º Según eso, hay que corregir á Leonetti I, 61 y Hagen 27. En el *Regest. 869 se halla también, f. 39., Joh. episcopo Portuen. commendatur cantoria, dat. Rom. 1492, IV. Non. Sept. A.º 1.º; ibid. 41: Joh. etc. reservatur can. et praeb. eccl. Feltren. dat. Rom. 1492 [= 1493] Prid. Id. febr. A.º 1.º.

(5) Sclafenati, á quien no pudo demostrar Hagen, 27, se diese ninguna investidura, recibió la abadía cisterciense de Ripalta (*Regest. 772, f. 104, dat. 1492 VII Cal. Sept. Cf. también Trinchera II, 1, 161-162). Según Valori, loc. cit., Sanseverino recibió «la casa del Cardinale che fu di Milano con qualche altra cosa»; cuanto á este último, puedo traer también un documento del *Regest. 773, f. 206: concesión de una abadía á Sanseverino, dat. Rom. 1492 XIV Kal. Nov. Ibid. f. 230 un favor concedido á R. Riario (dat. Rom. 1492 tertio Id. Octob.) y en el *Regest. 772, f. 40^a y 43: Colación de beneficios en favor de R. Riario, dat. Rom. 1492 Prid. Cal. Sept. (cf. además Hagen 26). D. della Róvere recibió una abadía benedictina de la diócesis de Turín, dat. 1492 tertio Cal. Octob. *Regest. 772, f. 187. *Archivo secreto pontificio*.

(6) Jovius, Vitae II, 39, y Hagen 18.

vere, que por ningún precio quería consentir en la elección de Borja, se agregó el cardenal Basso; y tampoco Lorenzo Cibo tomó parte alguna en aquellas ilícitas negociaciones (1). Quedaba, por consiguiente, sólo el anciano Gherardo; y este hombre, ya apenas responsable de sus actos á causa de sus 95 años, se dejó ganar por los que le rodeaban, dando así el golpe decisivo en favor de Borja (2). En la noche del 10 al 11 de Agosto de 1492, tuvo lugar esta resolución, y en la madrugada del día siguiente se abrió la ventana del conclave, y se anunció, que el Vicecanciller *Rodrigo de Borja* había sido elegido *Papa Alejandro VI* (3).

Esta elección contradecía la expectación de los más (4); y aun cuando fué sin duda alguna válida, no por eso dejaba de ser ilícita, como obtenida por desmedidos manejos simoníacos. Por esta vía alcanzó—como dice el analista de la Iglesia—la suprema dignidad, permitiéndolo así los secretos designios de la Divina Providencia, un hombre á quien la Iglesia antigua no hubiera admitido á los grados inferiores del clero, á causa de su vida desarreglada. Comenzaban para la Iglesia romana días de afrenta y

(1) Hagen loc. cit. La suposición de Wahrmond (p. 58), de que Róvere no salió con las manos vacías y favoreció la elección de Borja, contradice á todas las fuentes auténticas.

(2) Cf. Sanudo, Duchi di Venezia 1250 (y además Hagen 28), como también en el apéndice, n.º 12 y 14 los *despachos de Vicomercatus de 18 de Agosto de 1492 (*Archivo público de Milán*), y de Trotti de 28 de Agosto de 1492. *Archivo público de Módena*.

(3) *Despacho de A. Sforza á su hermano, fechado en Roma á 11 de Agosto de 1492: Me congratulo con la Ex. V. *Archivo público de Milán*, Cart. gen. El notario Pietro Merili dice, que la elección se efectuó: Summo mane ante ortum solis. Gori, Archivio IV, 242. All' aurora, dicen los Ricordi di Sacchi en Tuccia 426. Valori (en Burchardi Diarium, ed Thuasne II, 1-2) designa la hora décima. Las Acta consist. f. 1º dicen: De mane circa horam undecimam. *Archivo consistorial*.

(4) *Carta de Franc. Tranchedinus ex Bononia, de 12 de Agosto de 1492. In questa nocte passata circa le VII hore è portata qui la nova de la creation del moderno pontefice quale è per sorte venuta in lo rº Monº Vicecancillero preter omnium fere opinionem. *Archivo público de Milán*, Cart. gen. Cf. *Parenti l. c. *Biblioteca nacional de Florencia*.

(5) También el profesor H. Grauert (Suplemento de la «Germania» 1898, p. 308) viene á decir esto mismo; pero es falso el motivo en que se funda, como demuestra el Prof. E. Michael, en la Zeitschr. f. kath. Theol. 1898, 761 ss. Después, en el Hist. Jahrb. XIX, 827-841, ha defendido Grauert su opinión, de que Nicolás II ya declaró inválida toda nueva ocupación simoníaca de la Santa Sede; pero ha sido refutado definitivamente por Michael (Zeitschr. f. kath. Theol. 1899, 191-200).

escándalo (1); cumpliase lo que, lleno de presentimientos, había vaticinado Savonarola: «La espada de la ira divina se había descargado sobre la tierra, y empezaban los castigos» (2).

Pero por muy fundado que sea este juicio, hay que prevenirse contra la suposición de que se hubiera extendido una opinión tan desfavorable, cuando Alejandro VI obtuvo el logro de sus ambiciones. Por el contrario, Rodrigo de Borja era tenido, al tiempo de su elección, por uno de los más hábiles miembros del Colegio Cardenalicio; parecía reunir en sí todas las cualidades de un eminente soberano temporal; sus extraordinarias aptitudes y conocimientos hacían que muchos le tuvieran por el hombre á propósito para dirigir, por entre las dificultades de la época, el Pontificado, que más que nunca formaba entonces el centro de toda la política. El que se contentaran sus contemporáneos con esto, relegando al último término todas las otras dificultades de carácter eclesiástico, es característico para conocer las tendencias de aquella época (3). Un contemporáneo, pintando la índole del nuevo Papa, decía de él solamente: «Es un varón de altos pensamientos y, con una mediana formación, de elocuencia fácil y llena de fuerza, sagaz por naturaleza y, sobre todo, de una inteligencia asombrosa para el manejo de los negocios» (4). Segismundo de Conti, que tuvo mucha ocasión de conocer bien al cardenal de Borja, le caracteriza como un hombre por extremo hábil, que reunía, con grandes dotes naturales, el estar muy versado en los negocios: «Hace 37 años—continúa—que toma asiento en el Colegio Cardenalicio, y desde su elevación por su tío Calixto III, no ha dejado nunca de asistir á un consistorio, salvo el caso de enfermedad»; cosa que se podía entonces decir de muy pocos. En los reinados de Pío II, Paulo II, Sixto IV é Inocencio VIII, tuvo mucho valimiento, y

(1) Raynald, 1456 n.º 41; 1492 n.º 26, como también Döllinger 353, 357 y Hergenröther, Kirchengesch. II, 1, 130. Sobre la vida de Alejandro VI antes de su elección, v. arriba, p. 364 ss.

(2) Villari, Savonarola I, 165 s.

(3) Cf. los juicios semejantes de Reumont, III, 1, 201, de Lange 33 y de Gregorovius VII, 303, 308 y Lucrezia Borgia 9, donde se advierte justamente, que nada hay más falso que el modo como comúnmente suele representarse á este Borja, como á un hombre sombrío y fiero. Por más que los testimonios que he aducido en el texto le den razón, quiero con todo hacer notar, que el cronista Schivenoglia 137 escribe de Rodrigo Borja en 1459: De un aspecto de fare ogni male. Pero esta pintura es enteramente singular.

(4) Jacobo de Volterra era quien juzgaba de este modo. Cf. arriba 367 ss. y Gregorovius VII, 303.

fué legado en España é Italia. Entendía la etiqueta mejor que otro alguno; sabía presentarse muy bien, y poseía un lenguaje brillante y un aspecto lleno de dignidad; á lo cual se agregaba su figura majestuosa. Se hallaba también precisamente en aquella edad en que, según Aristóteles, los hombres son más prudentes: contaba unos 60 años. Por efecto de sus fuerzas corporales, y del vigor de sus facultades espirituales, podía desempeñar muy bien las obligaciones de su nuevo cargo». Más adelante completa el mencionado historiador su carácter, escribiendo acerca de Alejandro VI: «Era alto y de robusta constitución; y á pesar del parpadeo de sus ojos, los tenía vivos; poseía un lenguaje por extremo apacible, y entendía perfectamente las cosas de hacienda» (1). Otros contemporáneos hablan de él por semejante manera. El célebre Pico de la Mirándola, quien á la verdad esperaba obtener una gracia especial de Alejandro VI, dirigió á 16 de Agosto de 1492 al nuevamente elegido, un escrito de felicitación en que hacía de él un elogio de todo punto brillante; el carácter y el espíritu del nuevo Papa y las esperanzas que muchos ponían en él para la salud de la Iglesia, se pintan allí de una manera enteramente entusiasta; y no falta la alusión á la hermosura corporal de Alejandro (2). También el obispo español Bernardino López de Carvajal realzaba, en 1493, la eximia belleza y fuerzas corporales del nuevamente elegido (3). Los retratos contemporáneos de Alejandro le muestran verdaderamente muy robusto; pero para nuestra apreciación actual, en ninguna manera hermoso; los rasgos de su fisonomía son groseros y sensuales, la nariz grande y curva, las grandes cejas negras y los pómulos salientes, llaman particularmente la atención; los labios aparecen gruesos y la barba metida; la testa es calva, y sólo en la parte posterior

(1) Sigismondo de' Conti II, 53, 270; cf. también 268. La edad del Papa se indica falsamente por algunos contemporáneos, v. gr. Schivenoglia, 137, Porzio (Thuasne II, 425) y Hieronymus Donato en Sanuto II, 836. El mismo Alejandro VI dijo á los cardenales el 1 de Enero de 1498, en presencia de Burchard, que el día anterior había cumplido 67 años, que nació en un día de año nuevo que cayó en domingo, en el primer año de Eugenio IV. Burchardi Diarium II, 425; cf. III, 228. Pero el año del nacimiento no puede ser el 1431; porque el día de año nuevo de aquel año no cayó en Domingo. Es probable que el verdadero año del nacimiento sea el 1430; v. Engl. Hist. Review XII, 562.

(2) Dorez ha publicado esta notable carta en el Giorn. d. Lett. ital. XXV, 360-361.

(3) Rossbach, Carvajal 35.

está coronada de raros cabellos grises. Así se muestra Alejandro VI en el famoso fresco de Pinturicchio en el *Appartamento Borgia*; en las medallas aún están más acusados sus rasgos. Un busto de mármol que se halla en el museo de Berlín, lo presenta algo más idealizado, y como conjunto, produce una impresión imponente (1). Este imponente exterior, cualidad á que dan grande importancia los italianos, se pone particularmente de relieve en la descripción que de Alejandro hizo Jerónimo Portius en 1493: «Es de alta estatura, de color mediano; sus ojos son negros y su boca algo gruesa. Goza de una salud robusta, y tolera sobre todo cuanto puede pensarse, todo género de fatigas. Es extraordinariamente elocuente, y toda incultura está lejos de él» (2).

En todas estas descripciones, nada se dice de la conducta moral de Borja; pero no se puede suponer con todo, que estas cosas fueran entonces enteramente ignoradas; antes bien se ha de atender á que, en la Italia de entonces, como también en España y en Francia, se juzgaban con increíble indulgencia (3). Los excesos de las personas de alto estado pertenecían, en el siglo xv, al número de las cosas que se ven todos los días: principalmente en Italia, reinaba en este punto el más deplorable estado de costumbres. La inmoralidad de los soberanos de Nápoles, Milán y Florencia, era de todo punto extraordinaria (4); y los italianos

(1) Sobre los retratos y medallas de Alejandro VI, cuyo rasgo común es la nariz corva, v. Yriarte, *Autour des Borgia* 79 s. Yriarte asimismo ha reproducido, aunque de una manera insuficiente, el fresco de Pinturicchio que hay en el *Appartamento Borgia*. Mucho mejores reproducciones de este retrato de Alejandro VI se hallan en la publicación de J. C. Heywood, dedicada á León XIII, y de la que por desgracia sólo se han editado veinte y cinco ejemplares, la cual está intitulada: *Documenta selecta e tabulario secreto vaticano, quae Romanor. Pontif. erga Americae populos curam ac studia tum ante tum paullo post insulas a Chr. Columbo repertas testantur phototypia descripta. Typis Vaticanis 1893*, en la obra lujosa de Ehrle-Stevenson, en Steinmann (Rom. 104) y en la revista *L'Oeuvre d'Art*, 1897, Oct. 1. Sobre las copias de este cuadro, v. *Jahrb. d. kunsth. Sammlungen d. österreich. Kaiserhauses* XVII, 141. El retrato de Alejandro de Tiziano (Museo de Amberes) se halla en Müntz, *Les arts* 140. Sobre las medallas de Caradosso, con la testa de Alejandro, cf. también *Jahrb. d. preuss. Kunstsaml.*, III, 38. Sobre el busto de mármol de Alejandro, que hay en el Museo de Berlín, v. *Preuss. Jahrb.* LI (1883), 408; Bode, *Porträtsulpturen* 19, 42. Grimm, *Michelangelo* I^a, 547 s. y Müntz l. c.

(2) Gregorovius, *L. Borgia*, 8. Cf. también Christophe II, 375 y los juicios citados por Acton, 353 s.

(3) Cipolla 672. Respecto de España, v. Höfler, *Aera der Bastarden* 54.

(4) Cf. arriba, p. 147 ss.

del Renacimiento se escandalizaban poco ó nada de que muchos príncipes eclesiásticos no vivieran mejor que los seculares; lo cual era, en primer término, consecuencia de la laxitud de las ideas morales de la época, á que se agregaba también, el mirarse entonces á los grandes prelados, especialmente como príncipes.

Al paso que, según parece, se perdonaba al cardenal de Borja su conducta anterior, se recibió sin embargo escándalo de la manera desvergonzada con que compró la dignidad suprema. Con amarga ironía refiere Infessura el soborno de los electores, con las siguientes palabras: «Luego en seguida que Alejandro VI fué creado Papa, repartió todos sus bienes á los pobres»; después de lo cual, sigue el catálogo de las recompensas concedidas á cada uno de los cardenales (1). El notario romano Latino de Masiis prorrumpe, al mencionar la simoníaca elección de Alejandro VI, en estos lamentos: «Oh Señor Jesucristo, ¡por nuestros pecados ha acontecido esto, que tu Vicario en la tierra haya sido elegido de tan indigna manera!» (2)

A pesar de ello, es un hecho que, en muchas partes dentro y fuera de Italia, se saludó con alegres esperanzas la elevación de Borja al Pontificado. No menos que Juan Pico de la Mirándola, escribía, á 16 de Agosto de 1492, una carta de felicitación á Alejandro VI, en la que manifestaba poner las mayores esperanzas en su ascensión al trono (3). En Roma estaban muchos animados de estos alegres afectos. Un hombre tan distinguido y lleno de fuerzas, prometía un brillante pontificado; y además, se ganaba al pueblo con su hermosura y majestuosa presencia (4). Ya en la tarde del 12 de Agosto, se dirigieron al Vaticano los conservadores de la Ciudad, con los ciudadanos más distinguidos, en número de 800, todos á caballo, con antorchas, para prestar homenaje al nuevamente elegido; y en la Ciudad se veían por todas partes alegres fogatas (5).

(1) Infessura 281.

(2) Gori, Archivio IV, 242. En cambio, en la crónica del Notar Giacomo 176, se menciona la elección simoníaca de Alejandro VI sin una palabra de reprensión.

(3) V. arriba p. 387.

(4) Gregorovius VII, 308. Por lo demás, el discurso de G. Maino citado aquí según un manuscrito de la *Biblioteca Chigi*, se ha impreso repetidas veces, v. Hain, n.º 10975-10978 y Gabotto, Giason del Maino 162-163.

(5) Cf. la relación en Burchard, ed. Gennarelli 206 y la *carta del senador Ambrosius Mirabilia á Barth. Calchus, fechada en Roma á 13 de Agosto

Con magnificencia del todo desacostumbrada, se solemnizó á 26 de Agosto la coronación del Papa. Los enviados de Florencia y de Mantua refieren concordes, que nunca se había visto una fiesta más espléndida (1). Una innumerable muchedumbre del pueblo y casi toda la nobleza del Patrimonio, había concurrido á la Ciudad Eterna. Era maravillosa la decoración de las calles con preciosos tapices, hermosas flores y guirnaldas, figuras y arcos de triunfo. Todo lo mejor del Renacimiento, y asimismo sus lados oscuros, se mostraron en aquella ocasión. Los poetas romanos rivalizaban á porfía en glorificar con sus elogios clásico-paganos, al mismo Papa á quien pocos años después cubrieron sin piedad de inauditos insultos. Hasta qué punto llegara tan indigna adulación, lo muestra el distico siguiente:

«Un César hizo grande á Roma, ora la levanta Alejandro
Osadamente hasta el cenit; hombre fué aquél, éste un dios» (2).

Con razón se escandalizaron varones graves, como el general de la Camáldula, Pedro Delfini, de semejantes desmedidas adulaciones. «Me trajo á la memoria la caducidad de todo lo humano, escribe Delfini á un su amigo, el accidente que presencié con mis propios ojos. En la basílica de Letrán, el Papa fué repentinamente acometido de un desmayo, y no volvió en sí hasta que se le roció el rostro con agua» (3). También toda la corte se hallaba, en la tarde de aquel día festivo, mortalmente fatigada por los esfuerzos, el polvo y el ardor del sol. «Vuestra señoría puede pensar, escribe el agente mantuano Brognolo, lo que significa haber cabalgado de ocho á diez millas en un día, entre semejante muchedumbre de gente.» (4)

de 1492. *Archivo público de Milán*. Sobre las fiestas celebradas en Bolonia, v. Ghirardacci lib. 36. Cod. 768 de la *Biblioteca de la Universidad de Bolonia*.

(1) V. Thuasne II, 615, y en el apéndice n.º 18 la *relación de Brognolo. *Archivo Gonsaga de Mantua*. Muy especificada es la descripción de Corio, que Thuasne II, 615 ha hecho imprimir de nuevo. Cf. Cancellieri, Possessi 51 s. Atti dell' Emilia III, 2, 250. Christophe II, 377 s. Arch. st. ital. 3. Serie VI, 1, 187-193, y las Actas publicadas por Müntz, Les arts 251 s. Sobre la medalla más notable de la coronación, grabada quizá por Caradosso, v. Jahrb. d. preuss. Kunsts III, 141.

(2) Reumont, III, 1, 202-203.

(3) Thuasne II, 4.

(4) V. apéndice n.º 18. (*Relación de 31 de Agosto.) Llevan la fecha del día de la coronación las cartas que á todas partes se enviaron, en las que Ale-

La afirmación del historiador Guicciardini, violento adversario de Borja, que la elección de Alejandro VI excitó desde luego espanto en todas las Potencias, es totalmente falsa en este universal modo de expresarse. Varias de las Potencias italianas saludaron, por el contrario, la elección con alegría extraordinaria, principalmente Milán. Un embajador refiere expresamente que el duque Luis el Moro manifestó claramente su júbilo por la obra de su hermano el cardenal Ascanio Sforza (1); y el duque tenía buenas razones para ello. «El cardenal Ascanio, escribe el senador Ambrosio Mirabilia, á 13 de Agosto, es quien ha hecho Papa á Rodrigo de Borja; y á consecuencia de esto ha conseguido tanto prestigio y tan gran poder, que no puede decirse ni escribirse bastante. No sólo es el más influyente con Alejandro VI, sino que se le considera casi como al mismo Papa (2).

Lo propio que en Milán se celebraba en Florencia la elección del Papa con fiestas y repiques de campanas; así el cardenal Sforza, como el mismo Alejandro VI, aun antes de verificarse la solemnidad de la coronación, dirigieron cartas á Piero de' Médici, en las cuales le aseguraban su amistad (3); de suerte que el hijo de Lorenzo no tenía razón para esperar del nuevo Papa sino favores. El Gran Maestre de los Sanjuanistas llegó hasta entregarse á la esperanza de que la sabiduría y justicia de Alejandro VI librarían al Oriente de la opresión de los turcos (4). El que en Italia hubiera algunos descontentos del éxito del conclave, no puede sor-

jandro VI anunciaba su elección y pedía oraciones para un feliz reinado. (cf. Ciaconius III, 156-157. Santarem X, 110-111. Leonetti I, 312-313. Una de estas cartas se halla manuscrita en el Cod. 1641 de la *Biblioteca de Grenoble*; la dirigida al archiduque Segismundo se halla en el *Archivo público de Viena*. En las *Divers. Alex. VI, 1492-1494, I. Bulletar. se hallan inscritas f. 1, para el 10 de Septiembre de 1492 (cf. f. 4) las expensas hechas para septem mazeriis euntibus cum litteris assumptionis in Franciam, Hispaniam, Angliam, Alamaniam, Neapolim, Mediol., Venet. *Archivo público de Roma*.

(1) *Despacho de Trotti, fechado en Milán á 13 de Agosto de 1492: Lo ill. S. Ludovico per il singular honor chel pretende che in questa creatione del pontefice habia havuto et guadagnato il rev^{mo} mons. Aschanio supra et ultra modum ne jubila. *Archivo público de Módena*. Cf. también el soneto de Pistoja que cita V. Rossi en el Arch. Veneto XXXV, 209. Por consiguiente, es enteramente falso lo que dice Villari, Savonarola I, 164: L'annunzio della sua elezione fu ricevuto in tutta Italia con rammarico universale.

(2) V. el *texto en el apéndice n.º 11, según el original del *Archivo público de Milán*.

(3) C. Landucci 66; Thuasne II, 113; Cappelli, Savonarola 27.

(4) Lamansky, 289.

prender á nadie, pues descontentos de este género los hubo aun en Génova, donde la mayoría, recordando con gratitud á Calixto III, saludó con júbilo la elección de su sobrino (1).

Tampoco la afirmación de Guicciardini, que la elección de Borja había arrancado al rey Ferrante de Nápoles lágrimas de dolor, ha de tomarse á la letra (2). De la carta del Rey no se colige nada semejante, y es poco digno de crédito, que un hombre como Ferrante derramase lágrimas en aquella ocasión, por más que sea cierto que la elevación de Borja, contra quien había trabajado afanosamente (3), no le fuera absolutamente nada agradable. Pero el astuto Rey sabía muy bien disimular sus verdaderos sentimientos; desde luego dirigió al Papa una epístola gratulatoria llena de las más amistosas expresiones (4), y encargó á 15 de Agosto á Virgilio Orsini, certificara al nuevo Papa su devoción como «de bueno y obediente hijo» (5). Ferrante podía esperar entonces que aún lograría ganarse á Alejandro VI, empresa á la verdad ardua en el estado de las relaciones entre Nápoles y Roma, las cuales eran de suerte, que á cada momento podían producirse graves contiendas (6). Estas relaciones entre Roma y Nápoles eran también las que despertaban en la corte española preocupaciones para lo porvenir. Conociáse en España la afición de Alejandro á las empresas arriesgadas, y se esperaba de su actividad que haría cosas extraordinarias en favor de los suyos, puesto que, ya siendo cardenal, había fundado para ellos el ducado de Gandía (7).

Manifiesto descontento acerca de la elección de Alejandro VI mostró el Gobierno de Venecia, y su embajador en Milán se expresó con la mayor amargura hablando con el representante de

(1) Senarega 532 y *Relación de C. Stangha, fechada en Génova á 15 de Agosto de 1492. *Archivo público de Milán*.

(2) Guicciardini, *Storia d'Italia* I, 1. Aunque Gregorovius VII, 316, (3 edición 310) pone en duda la exactitud de este dato, con todo Villari, Savonarola I, 164 la defiende; por lo demás, en su obra sobre Maquiavelo I, 207, Villari abandona en parte la opinión de Gregorovius.

(3) Sigismondo de'Conti II, 56 y Desjardins I, 439.

(4) *Relación del embajador de Milán, fechada en Roma á 20 de Agosto de 1492. *Archivo público de Milán*.

(5) Trinchera II, 1, 147-148.

(6) Así sucedió entonces en seguida á causa de la conducta del gobernador pontificio de Benevento, v. Trinchera II, 1, 148. A esto se añadía que Alejandro VI no olvidó tan fácilmente la oposición que Ferrante había hecho á su elección, v. Desjardins I, 439.

(7) Zurita V, 15. Höfler, Rodrigo de Borja, 58.

Ferrara: la suprema dignidad había sido comprada con simonía y mil engaños, y si Francia y España tuvieran noticia de este inaudito crimen rehusarían la obediencia. Muchos cardenales habían sido agraciados por el Papa con regalos; pero diez de ellos habían quedado sin estas muestras de favor y descontentos (1). La esperanza de un cisma, que aquí se indicaba, desvaneciéndose totalmente; pues casi todos los Estados prestaron obediencia á Alejandro VI con los más extremos homenajes. Luis el Moro había propuesto que los embajadores de la Liga (de Milán, Nápoles, Ferrara y Florencia) se presentaran en Roma simultáneamente; pero este plan fué desbaratado por la vanidad de Piero de' Médici, el cual tuvo la satisfacción de entrar él mismo en la Ciudad Eterna á la cabeza de los enviados florentinos, para desplegar allí á los ojos de todos sus fastuosas riquezas (2). Después de los florentinos, se presentaron para dar su obediencia los enviados de Génova, Milán y Venecia, y conforme al uso de la época, se agregaron á estas diputaciones los más famosos humanistas y eruditos. Así, de parte de los florentinos, Gentile Becchi, y de parte de Milán el célebre Giason del Maino (3). Las oraciones pronunciadas delante del Papa excitaron universal admiración, como otros tantos espectáculos de elocuencia humanística, y en seguida se esparcieron por medio de la imprenta á los más extensos círculos. Estaban entretejidas con innumerables alegaciones de los clásicos antiguos y contenían numerosas alabanzas del nuevo Papa, que, á la verdad, no eran más que frases usuales de adulación; pero al propio tiempo dejan ver claramente que, en realidad, se tenía opinión de ser Rodrigo Borja persona de capacidad extraordinaria (4).

(1) *Carta de Trotti de 28 de Agosto de 1492, que se halla en el apéndice n.º 14. *Archivo público de Módena*.

(2) Guicciardini I, 1. Sismondi XII, 81. Buser, *Beziehungen*, 308. Desjardins I, 444.

(3) Burchardi *Diarium* I, 8 sq., 18 sq. Gabotto, G. d. Maino, 159 s.

(4) Gregorovius VII³, 310. Cf. Acton, 353. Los discursos gratulatorios tenidos ante Alejandro VI fueron impresos casi todos en Roma por St. Plank y otros de 1492 á 1494; cf. Audiffredi, 310 s., 314 s., 319, 320 s., 324, 331, 455 s. La *Biblioteca Borghese*, vendida en pública subasta en 1893, era abundante en semejantes impresos contemporáneos. Cierta número de estos discursos gratulatorios se hallan reimpresos en *Clarorum hominum orat. Coloniae 1559*, también en las *Orationes gratulatoriae in electione pontif. imperat. etc. (Hano-viae 1613)*, como también en Lünig, *Orationes procerum Europae* I (Lipsiae, 1713), 113 sqq.

En el extranjero se esparció por muchas partes una grande opinión del nuevo Papa. En Valencia reinaba el mayor júbilo (1). El alemán Hartmann Schedel escribe, poco después de la ascensión al trono, en su libro de crónicas, que el mundo tenía mucho que esperar de las virtudes de un tal Papa. El nuevamente elegido, opina Schedel, «es un varón de grande ánimo y prudencia, de mucha previsión y versado en los negocios. En su juventud estuvo dedicado á los estudios en la Escuela superior de Bolonia, y creció en gloria y virtudes, en fama de erudición y en tal habilidad para todas las cosas, que el Papa Calixto III, hermano de su madre, le hizo cardenal, y fué público testimonio de su capacidad y talento que en tan juvenil edad se le recibiera en el número y asamblea de los reverendísimos y excelentísimos cardenales y obtuviera el empleo de Vicecanciller. Por su experiencia y noticia de todas estas cosas ha sido justamente preferido á otros para el gobierno y dirección de la navecilla de San Pedro; y aunque es un hombre de señoril aspecto, todavía hace subir de punto su alabanza principalmente el ser de nacionalidad española. En segundo lugar, es elogio suyo Valencia, y en tercer lugar, su ilustrísima familia. Es sucesor del Papa Calixto III, su tío, de feliz memoria, en el conocimiento de la Escritura, experiencia del arte y vida sincera, y en la benignidad, lealtad, saludable consejo, devoción y conocimiento de todas las cosas que pertenecen á una tan alta dignidad y estado. Por esto es bienaventurado, por estar adornado de tantas virtudes y elevado á tan augusta alteza. Esperamos que procurará el fomento y provecho de toda la Cristiandad, y que sabrá guiarse entre los furiosos acometimientos de esta peregrinación y entre los altos y peligrosos escollos del mar, y alcanzará la anhelada gloria celestial» (2). El Regente de Suecia, Sten Sture, envió á Roma presentes, para demostrar su alegría, magníficos caballos y preciosas pieles (3).

Las exterioridades y los primeros actos del nuevo Pontífice fortalecieron en muchos de sus contemporáneos la buena opinión que tenían del Papa Borja. En Roma procuró ante todo Alejan-

(1) Cf. Villanueva II, 213 s.

(2) Schedel, Chron. Chronicar. (Nürnberg 1493), f. 257^b. Cf. además Lange, 47 s.

(3) Estos presentes (nonnullos equos ac certas foderaturas de hermelinis et marta) son mencionados en la *Littera passus, dat. IV. Non. Mart. 1492, A° 1°. Regest. 879, f. 100. *Archivo secreto pontificio*.

dro VI, establecer buen gobierno y severa administración de justicia, la cual era tanto más necesaria, cuanto que en el breve tiempo desde la enfermedad de Inocencio VIII hasta la fiesta de la coronación de Alejandro, se habían cometido 220 homicidios. Contra estos malhechores mandó Alejandro que se procediera á una rigurosa investigación. Al propio tiempo nombró á ciertos varones que visitaran las cárceles, así como cuatro comisarios que oyeran las quejas en la Ciudad, y el mismo Alejandro daba audiencia á todos los que querían presentarle sus querellas (1). En la Hacienda, por extremo arruinada, procuró poner orden por medio de la economía, y de sus cuentas domésticas se colige, que se proponía la mayor moderación como regla general del gobierno de su Corte. Para todos los gastos de la casa del Papa sólo se gastaban mensualmente 700 ducados (3.500 francos). Consiguientemente, la mesa de Alejandro era de tal simplicidad, que los cardenales, mal acostumbrados, procuraban evitar todo lo posible sus invitaciones. «El Papa, escribe el embajador de Ferrara en 1495, no come más que de un plato, bien que éste ha de ser abundante.» Ascanio Sforza y otros, en primer lugar el cardenal Juan Borja, que solían ser comensales de S. S., y asimismo César, procuraron sustraerse á este honor, porque no les agradaba aquella parquedad, y evitaban comer con el Papa siempre y cuando les era posible (2).

También en otros conceptos oímos al principio del nuevo Papa muchas cosas dignas de elogio. El embajador de Florencia dice á 16 Agosto, que sus esfuerzos se dirigían á mantener la paz, y á mostrarse á todos, sin diferencia, como padre común (3). El representante de Ferrara da cuenta del designio de Alejandro de reformar su corte, introduciendo mudanzas, principalmente en las secretarías y en los empleos vejatorios, y asimismo se pensaba en mandar á los hijos de Alejandro á vivir lejos de Roma (4). Al enviado de Milán le aseguró el Papa, era su firme voluntad pro-

(1) Infessura, 282-283. Cf. la Constitución de 1 de Abril de 1493 en el Bull. V, 359 s. y Dal Re, 92. V. también Leonetti I, 321 s.

(2) Gregorovius, L. Borgia, 87-88, y Sybels Histor. Zeitschr. XXXVI, 158, cf. 161 s., como también la revista española de Chabas, «El Archivo. Revista de ciencias históricas», VII (Valencia 1893), 90. La relación de Gebhart, 183-184 está llena de errores. Sobre las deudas que halló Alejandro VI, v. Müntz, Les arts, 40.

(3) Thuasne, II, 613.

(4) Cappelli, Savonarola, 27.

curar la paz de Italia y la unión de la Cristiandad, para oponerse al peligro de los turcos; y que en este respecto tenía ante los ojos, como brillante ejemplo, á su tío Calixto III (1).

Es muy fundada la opinión de que hubo un momento en que Alejandro pensó verdaderamente en moderar su amor á sus parientes y cumplir con exacción los deberes de su elevado cargo (2). Desgraciadamente, aquellos buenos propósitos duraron muy poco tiempo, y el amor desmedido á los suyos se hizo sentir muy pronto. El deseo de elevar la casa de Borja á un permanente poderío, llegó á enseñorearse de todos sus pensamientos y designios. Ya en el consistorio de 31 de Agosto, donde recompensó á sus electores, otorgó Alejandro el obispado de Valencia, que producía 16.000 ducados, á su hijo César Borja, quien ya había recibido de Inocencio VIII el obispado de Pamplona (3). En el mismo consistorio hizo á su sobrino Juan, arzobispo de Monreale, cardenal de Santa Susana (4); al propio tiempo nombró entonces seis legados, parte de los cuales designó de nuevo, y á los otros los confirmó: es, á saber, Juliano della Róvere, para Aviñón; Fregoso, para

(1) *Relación del embajador de Milán, fechada en Roma á 20 de Agosto de 1492. *Archivo público de Milán*.

(2) Gregorovius, L. Borgia, 46, quien hace notar que Alejandro no hizo llamar inmediatamente á César á Roma. Por Octubre de 1493, Alejandro VI hizo algo para combatir el peligro turco, que precisamente entonces (v. Hammer II, 305) se presentaba muy amenazador, mas luego ciertamente tuvo que relegar esto á segundo término, en vista de la situación de Italia. Cf. los breves de 20 de Octubre de 1493 á Giangaleazzo y L. Moro (en el *Notizenblatt*, 1856, p. 421) y á Fernando de España (cuyo original se halla en la *Biblioteca nacional de París*, Espag. 318, f. 1). En una *carta, fechada en Roma á 19 de Octubre de 1493, A. Sforza da cuenta de las deliberaciones que se tuvieron acerca del asunto de los turcos, y dice que se resolvió la exacción de un diezmo. *Archivo público de Milán*.

(3) El día de este consistorio se indica muy diversamente: Fraknoi (v. arriba) y Hagen, 24, indican el 30 de Agosto, Gregorovius VII³, 312, el 1 de Septiembre. En cambio, en las *Acta consist. 1489-1503 C³, f. 44 del *Archivo consistorial* se lee expresamente die veneris ultima Aug. 1492, con lo que concuerdan la *escritura de concesión del obispado de Valencia, publicada en el apéndice n.º 15 (*Archivo secreto pontificio*) y la **relación de Boccaccio, fechada en Roma á 31 de Agosto de 1492. (*Archivo público de Módena*). Hay absoluta falsedad en poner en el 26 de Agosto la colación del obispado de Valencia, como lo hace Gregorovius, L. Borgia, 45. Según las *Acta consist., César recibió también entonces en encomienda el monasterium Vallisdegnae Cist. ord. Valent. dioec. Concuerda con esto el Regest. 772, f. 1^b. *Archivo secreto pontificio*.

(4) Cf. Boglino, 30-31 y en el apéndice n.º 16, el *breve de nombramiento de 31 de Agosto de 1492. *Archivo secreto pontificio*.

Campania; Savelli, para Spoleto; Orsini, para la Marca; Sforza, para Bolonia, y Médici, para el Patrimonio (1).

Fué desdicha de Alejandro que, á poco, toda su parentela se presentara en Roma, resuelta, con la más extremada falta de miramientos, á utilizar la buena ocasión que se les presentaba. Como en otro tiempo, en el reinado de Calixto III, corrieron á Roma, no sólo los parientes próximos, sino también los más lejanos colaterales y amigos de los Borja, para hacer allí su fortuna. «Ni diez Papados hubieran bastado para acallar aquella parentela»—escribe, ya en Noviembre de 1492, Gianandrea Boccaccio al duque de Ferrara (2).

La transformación que se realizó, desgraciadamente demasiado pronto, en el modo de proceder de Alejandro, nacía de un sentimiento en sí generoso: el amor á sus parientes, principalmente hacia sus hijos César, Juan, Jofré y Lucrecia (3). Esta, cuyo nombre es conocido en la Historia universal, gozaba especialmente de la privanza de su padre.

Sabido es, de qué manera los historiadores y poetas, desde aquel tiempo hasta nuestros días, han estado incansables en pintar á Lucrecia Borgia como causa de numerosos crímenes y escándalos del peor género. Pero, aunque se debe conceder que no dejó en absoluto de estar influida por el envenenado hálito de la atmósfera corrompida en que vivía, estuvo, sin embargo, muy lejos de ser aquel monstruo en que la han convertido las calumnias y las invenciones sensacionales. «Las más graves acusaciones é historias, descansan en relatos cuya exageración é inmundicia perversidad traspasan todos los límites de lo creíble y aun de lo posible, y en las sátiras de una ciudad, cuya malicia ha sido en todos tiempos la más acerada y mordaz.» Muchas cosas averiguadas están en contradicción con aquellas narraciones (4); y tampoco lo

(1) *Acta consist. Alex. VI. Pii III. Leon. X., f. 2^o en el *Archivio consistorial*.

(2) Gregorovius, L. Borja, 47.

(3) Cf. arriba p. 365 ss. Justamente dice Möhler II, 523: «La desdicha de este Papa fué su familia, y ella fué al mismo tiempo la desdicha de la Iglesia.»

(4) Reumont III, 1, 204. Cf. p. 206: «Lucrecia Borja ha de ser pura y simplemente descargada de la mayor parte de las imputaciones acumuladas sobre ella.» Cf. también Reumont en el *Bonner Literaturblatt* V (1870), 447 s. Gregorovius ignora completamente á Reumont, pero su disquisición y examen acerca de las acusaciones contra Lucrecia (p. 159 ss.), lo conducen á una conclusión análoga: «Nadie podrá creer que Lucrecia Borja, en medio de la corrupción

que se conoce de las exteriores acciones de Lucrecia, está en armonía con la legendaria imagen de su carácter.

Todos los contemporáneos convienen, en que estaba dotada de indescriptible gracia, apacibilidad y amabilidad. «Es de mediana estatura y semblante lindo,—escribe Nicolao Cagnolo de Parma;—su rostro prolongado, su nariz lindamente perfilada, sus cabellos rubios como el oro y sus ojos de color indefinido, la boca algo grande y los dientes de blancura deslumbradora; su cuello flexible y blanco, es robusto, pero de muy buenas proporciones. Todo su sér respira de continuo una risueña serenidad.» Otros narradores ensalzan de una manera especial su largo y ondulante cabello, rubio como el oro (1).

de Roma y de la sociedad de personas que la rodeaban, pudiese conservarse intachable; pero tampoco podrá afirmar, quien juzgue sin preocupación, que realmente fué culpable de los crímenes infandos de que se la acusa.» Hillebrand, Italia I, 317, en un estudio crítico de la obra de Gregorovius, resume en las palabras siguientes el resultado de la investigación de este autor: «Nada se ha podido descubrir contra Lucrecia. El docto historiador hubiese podido contentarse con este resultado bastante importante. Pero ha querido pasar más adelante, reconstruir la historia, y para eso ha llenado las lagunas con descripciones hipotéticas, con consideraciones sentimentales enteramente superfluas, del género que llaman los franceses *rapprochements*, que muchas veces tocan los límites del mal gusto.» Que esta crítica no sea infundada, se puede ver, cuando describe Gregorovius muy por menudo el «Salón» de Vanozza (p. 15-16), y llega hasta saber; las oraciones que recitó Vanozza durante el conclave Para la crítica de la obra de Gregorovius, cf. también Hist-polit. Blätter LXXVII, 577 s. Blaze de Bury en la Rev. d. Deux Mondes XX (1877), 243 ss., y S. Münz en la English Hist. Review, VII, 699. Gregorovius, 159 ss., apoya su investigación sobre las imputaciones contra Lucrecia, con la noticia de un agente del duque de Este en Venecia (con fecha 15 de Marzo de 1498), de que Lucrecia entonces había dado á luz un hijo natural. Pretende, á este propósito, Gregorovius, que excepto Malipiero y P. Capello, «ningún otro ha dicho de Lucrecia que hubiese tenido trato amoroso con alguna otra persona, cuyo nombre se citase» (p. 163). Esta afirmación es inexacta; pues, una carta inédita de Cristóbal Poggio, secretario de Bentivoglio, al marqués de Mantua, fechada en Bolonia á 2 de Marzo de 1498, contiene la siguiente noticia, que confirma la relación antes mencionada del agente del duque de Este, escrita por el mismo tiempo: «Dopo le altre mie per non ci esser cavalcata da Roma non ho altro di novo di là, se non che quello Peroto (es el mismo sobre cuya muerte se cierne una misteriosa obscuridad; más adelante hablaremos por menor acerca de esto) camariero primo di N. S., quale non se ritrovava, intendo essere in presone per haver ingravidato la figliola de S. M^a Lucretia. Este documento de no poca importancia se halla en un lugar bastante escondido, en medio de la correspondencia boloñesa del *Archivio Gonzaga de Mantua*. Con este documento se hace insostenible la opinión de aquéllos, que con R. di Soragna (Rassegna naz. X [1882], 124) quieren eximir á Lucrecia de toda mácula.

(1) Antonelli, L. Borgia in Ferrara (Ferrara 1867), 39. Cf. Gregorovius, 226.

Por desgracia, no se hallan retratos seguros de aquella notable mujer (1); pero, sin embargo, por las medallas que se acuñaron durante su permanencia en Ferrara, se puede formar una idea regularmente precisa de los rasgos de su fisonomía. La mejor de aquellas medallas, grabada probablemente en 1502 por Filippino Lippi, muestra cuán falsa es la opinión que, nacida de la maledicencia y pasión de partido, se había difundido tanto tiempo acerca de Lucrecia: una cabecita delicada, con líneas finas, más graciosa que bella, aniñada y de casi infantil aspecto, con los cabellos profusamente derramados sobre los hombros, y los grandes ojos de mirada vaga. Hay algo de muelle, de indecisión y falta de voluntad en estos rasgos; ninguna huella de pasión vehemente; todo indica una índole delicada, débil y pasiva, que no se sabe resolver (2); lo cual fué causa de que, los que rodearan á Lucrecia, ejercieran mayor influjo en sus destinos. De once años había sido prometida al noble caballero español D. Juan de Centelles, y luego á D. Gaspar, conde de Aversa; pero ambos esponsales fueron retractados. El omnipotente cardenal Ascanio Sforza procuró entonces el desposorio de Lucrecia con un miembro de su

(1) Esta es la opinión de Crowe-Cavalcaselle, Gregorovius y Campori. Yriarte, *Autour des Borgia*, 115 ss., se esfuerza por demostrar, qu'à défaut d'originaux incontestables dus à la main de quelque grand artiste du temps, il existe au moins trois copies d'un même portrait de L. Borgia; pero el investigador francés no ha llegado á resultados ciertos.

(2) Cf. Blaze de Bury en la *Revue des deux Mondes* XX (1877), 248, é *ibid.* Gebhart LXXXVIII (1888), 142. Esta medalla ha sido copiada muchas veces, por ejemplo en Friedlander (*Berl. Blätt. f. Nünzkunde* 1866, Nr. 8. Cf. Grimm, *Ueber Künstler und Kunstwerke* II, 81 s.), en Antonelli (l. c.), en Gregorovius y en Yriarte 118; aquí 117 está también copiada una segunda medalla. V. además *Jahrb. d. preuss. Kunsts.* III, 34 s. Ehrle-Stevenson, *Gli affreschi etc.* no reconoce que la Sta. Catalina que hay en el App. Borgia tenga las finas facciones de Lucrecia; á pesar de lo cual, Steinmann, *Rom* 104, tiene esto por seguro. Sobre la índole de Lucrecia advierte Hillebrand II, 47: «La historia no registra ningún hecho, ninguna palabra de Lucrecia: ésta lo deja pasar todo, nunca resiste, se acomoda con pasmosa celeridad á cada nueva situación á que es trasladada por su padre y hermano. Las cartas que de ella se conservan no indican que fuese persona de notables prendas: son enteramente correctas, sin colorido, sin pasión, sin agudeza de ingenio, sin propias observaciones, y por su vaciedad forman singular contraste con las vivas cartas de su correspondiente y cuñada, la bella, ingeniosa y atractiva marquesa Isabel de Gonzaga, la cual supo hacer traslucir su encantadora personalidad por en medio de la árida forma del estilo epistolar de entonces.» Acerca del casamiento de Lucrecia, dice también Hillebrand II, 49: «Naturalmente no se la consultó más de lo que se acostumbra consultar de ordinario á las hijas de los príncipes.»

familia. Juan Sforza, conde de Cotignola y señor de Pesaro. Alejandro VI acogió con gozo la ocasión de procurar á su hija tan brillante casamiento (1).

Esta serenidad, perpetuamente risueña, de Lucrecia era propia también de su hermano, como herencia de su padre, por más que en lo demás fueran de carácter tan diferente. «César es de genio grande y sobresaliente y distinguida índole,—escribe el enviado de Ferrara en 1493,—y ofrece á los ojos el aire del hijo de un príncipe; es muy particularmente alegre y de buen humor, y todo él festivo. Nunca tuvo inclinación al estado eclesiástico; pero su beneficio le produce más de 16.000 ducados» (2). De formación muy variada, conforme á las tendencias de su época, estimaba César las artes y á los artistas; trataba con poetas y pintores y llegaba

(1) Cf. Gregorovius, 39 ss., 47 s. Cf. Sitzungsberichte d. Münch. Akad., hist. Kl., 1872, 505 ss. Sobre Juan Sforza, v. Ratti I, 163 ss. Foucard ha descubierto en el archivo de Módena algunos nuevos documentos relativos al periodo de la morada de Lucrecia en Roma, el tiempo más oscuro de su vida, y los ha puesto á disposición de Gregorovius para la segunda edición de su libro, que salió á luz en 1876. Pero no por ellos ha padecido esencial mudanza la idea que se tenía formada de Lucrecia. No ha sucedido así con la carta del *Archivio Gonzaga de Mantua*, citada más arriba, p. 398, por la cual queda confirmada la de un agente del duque de Este que lleva la fecha de 15 de Marzo de 1498, en la que se anuncia que Lucrecia ha dado á luz un hijo natural. Después de este documento, no doy por excluido el que se descubran todavía otros nuevos, que faciliten pronunciar la última palabra sobre Lucrecia. Los materiales manuscritos, reunidos por Baschet para una biografía de Lucrecia, han ido á parar á manos de Yriarte; esperamos que este autor publicará estos documentos con más cuidado que Gregorovius. Luzio (Precettori d'Isabella, 42) ha hecho ya notar que la carta de Lucrecia, cuyo facsímile ha dado como suplemento Gregorovius en el n.º 62, no va dirigida á Isabel de Este, sino al marqués Francisco Gonzaga, como se saca también claramente del encabezamiento: Ill^{mo} S^{ro} mio. Un buen número de documentos, publicados por Gregorovius, están desfigurados por groseras faltas de lectura, lo cual se pone de manifiesto, si se los compara con los originales del *Archivio Gonzaga de Mantua*. Por ejemplo, en la relación de El Prete de 2 de Enero de 1502, copiada en el apéndice n.º 35, hay que leer zoie en vez de zove; so uno cosino en vez de so cosino; strete de uso en vez de strele; tanti alli colti en vez de tanti colti. En la carta de Troche (apéndice n.º 42), en vez del ininteligible asé, hay que leer cose. En la carta del marqués de Mantua de 22 de Septiembre de 1503 (apéndice n.º 49), hay que leer ch'el spiri en vez de del respiro; cossi en vez de assi; después de incontra debe ponerse un punto, etc. Malaguzzi-Valeri de Módena me dijo que los documentos que Gregorovius ha tomado del *Archivio pubblico de Módena*, necesitan también muchas veces de corrección.

(2) Gregorovius, Lucrezia Borgia, 54. Cf. además el retrato de César por P. Capello en su relación de 1500, publicada por Sanuto, III, 846. Sigismondo de' Conti, II, 61, llama también á César adolescentem spei magnae et indolis optimae.

hasta tener su propio poeta cortesano; pero su particular afición era el ejercicio de las armas y la política. Con un extraordinario talento militar y administrativo, juntaba una desacostumbrada energía de voluntad. Para llegar al poder, no retrocedía, como la mayor parte de los príncipes de su tiempo, ante el empleo de los más reprobables medios, con tal que le pudieran conducir á su objeto. Una vez conseguido éste, mostraba la parte mejor de su carácter (1). Genuino condottiero, era maestro en todos los ejercicios caballerescos, y hacía ventaja al mejor espada en las corridas de toros; de un solo tajo separó, á un poderoso toro, la cabeza del cuerpo. Su semblante, de obscuro color moreno, se desfiguró luego con numerosas pústulas que fácilmente le supuraban (2); la mirada penetrante de sus ojos centelleantes y hundidos, revelaba su carácter duro, al propio tiempo que su sensualidad, ambición, falsedad y astucia (3). Los que rodeaban de cerca á César, los criados de su casa, y más adelante sus guerreros, y aun su verdugo, D. Michelotto, eran casi exclusivamente españoles; y con su padre Alejandro VI, hablaba generalmente en español (4).

(1) Reumont, III, 2, 17. Cf. Hillebrand, II, 45, quien hace notar que César «no era mucho peor» que Luis XI de Francia, Fernando de España, y Enrique VII de Inglaterra.

(2) Estas manchas procedían de la sífilis (cf. la nota siguiente), lo cual, junto con otros motivos, podrían haber inducido á César, á no salir las más de las veces, sino con un antifaz.

(3) Jovius, *Elogia vir. illustr.* (Basil. 1575) 201-202; cf. Vettori, *Viaggio*, 74 s. César, al igual que A. Sforza y Julián de la Róvere padecía de *morbus gallicus* (sífilis); v. Thuasne, II, 521, n. 1, y Alvisi, 463. Está hoy generalmente reconocido que el cuadro quitado recientemente del palacio Borghese y trasladado á París, ni procede de Rafael ni es un retrato contemporáneo de César. Según Yriarte, *Autour des Borgia*, 113, el grabado en madera de la obra de Jovio trae su origen de un retrato contemporáneo: en la galería de los Uffici se conserva una copia del retrato que Jovio poseía. Yriarte publica, 112-113, una efigie de César que hay en la colección del conde Codrighi de Ímola, y ve en ella el retrato más auténtico de aquel hombre terrible. Pasolini, II, 227, falsamente y sin atender á las observaciones de Lermolieff (*Zeitschr. f. bild. Kunst.*, X, 102), da gran valor á un retrato de César, que se atribuye (sin fundamento) á Giorgione ó Palmeggiani, y se halla ahora en la galería de Forlì. El Dr. Vischer-Merian de Basilea tuvo la amabilidad de enviarme una copia de un retrato de César, enteramente desconocido hasta ahora, que se conserva en la galería Albani de Urbino. El Dr. Vischer ve al verdadero César en este retrato, que difiere del de Yriarte; otros retratos semejantes se hallan también en Umbría; entre otros puedo citar uno que posee el Sr. Giov. Bocchi en Penabilli.

(4) Burckhardt, *Cultur*, I, 104.

Ya el plan de casamiento de la hermana de César con un Sforza, había excitado el descontento de Ferrante (1); y poco después se añadieron todavía otros motivos para turbar las relaciones entre Roma y Nápoles. El rey Wladislao de Hungría se había declarado desobligado de su desposorio con la hija de Ferrante, y se preveía que el Papa daría su resolución en este sentido (2); y si estos asuntos privados llenaban al Rey de gran solicitud, todavía se la causaban mayor los ambiciosos planes de Luis el Moro, el cual trataba por todas maneras, de separar del trono de Milán á su sobrino Juan Galeazzo, casado con una nieta de Ferrante. Luis ponía para esto sus esperanzas, además de Francia, principalmente en el Papa, en el cual ejercía un influjo preponderante, por medio de su hermano Ascanio. No es, pues, de maravillar, que Ferrante aguardase con grande ansiedad, lo que podría conseguir en Roma su hijo Federico de Aragón, príncipe de Altamura. A 11 de Diciembre de 1492 había llegado éste á la Ciudad Eterna, para prestar la obediencia y atraer al Papa á una alianza (3). El cardenal Juliano della Róvere le había preparado en su palacio habitación magnífica (4). Federico prestó la obediencia á 21 de Diciembre, y la noche de Navidad recibió de mano del Papa una espada bendecida; pero á 10 de Enero de 1493, se marchó de Roma sin haber conseguido el fin de su misión (5); en una alianza no podía pensarse, y tampoco se mostraba el Papa propicio al negocio de los esponsales; lo cual no puede sorprender, si se considera, que Alejandro VI recibió precisamente por entonces la noticia de una perniciosa intriga urdida por el rey de Nápoles contra el Estado de la Iglesia.

Después de la muerte de Inocencio VIII, había Franceschetto Cibo huido cerca de su cuñado Piero de' Médici, y procurado desde allí vender sus posesiones en el Estado romano. Ya á 3 de Septiembre de 1492 se ajustó un contrato por medio de Ferrante

(1) Relación del embajador de Ferrara, publicada por Gregorovius, L. Borgia, 48.

(2) Cf. el estudio de Ovary, en el Századok, XXIV, 761 ss. V. también Ehes, Documente z. Gesch. d. Ehescheidung Heinrichs, VIII, 60, n. 1.

(3) Burchardi Diarium, II, 14 sq. Cf. también Notar Giacomo, 176.

(4) V. la ** relación de Brognolo de 29 de Noviembre de 1492. *Archivo Gonzaga de Mantua*.

(5) Burchardi Diarium, II, 22 sq., 26, 33 sq. y la *Carta de un agente milanés (Sebastiañus), fechada en Roma, á 14 de Enero de 1493. *Archivo público de Milán*.

y Piero de' Médici, mediante el cual, Virginio Orsini adquiría las ciudades de Cervetri y Anguillara, pagando por ellas 40.000 ducados (1). Era cosa evidente, que Virginio Orsini no podía haber aprontado semejante cantidad, sino con el auxilio de su amigo y protector Ferrante. Alejandro VI quedó enteramente sorprendido por esta venta, y se resolvió á no tolerar á ningún precio que aquellos importantes dominios vinieran á manos de un hombre que, en su tiempo, había amenazado arrojar al Tíber á Inocencio VIII. Virginio Orsini, Capitán general de las tropas napolitanas, estaba en tan estrechas relaciones con Nápoles, y asimismo con Florencia, que Alejandro VI vió con razón la mano de sus vecinos en todo aquel negocio, que proporcionaba al ambicioso barón romano un considerable aumento de poder. No necesitaba, pues, de las excitaciones de parte de Luis el Moro y del cardenal Ascanio, de las cuales se quejaba Ferrante; pues estaba patente el peligro de formarse en las cercanías de Roma una potencia semejante á la de los Prefectos de Vico (2). Cuando el Papa se enteró de que las tropas de Virginio habían ocupado ya aquellas ciudades, protestó en el consistorio de los cardenales, y se lamentó especialmente del proceder de Juliano della Róvere, que había prestado su favor, para que tan importantes dominios pasaran á manos de un enemigo de la Santa Sede. Juliano, por su parte, replicó: que no era con todo tan peligroso, como si aquellas ciudades hubieran caído en poder de un pariente del cardenal Ascanio (3). Lo mismo que en el conclave, seguían siendo ahora adversarios Ascanio Sforza y Juliano della Róvere; éste podía contar seguramente con el apoyo de Nápoles, de los Orsini y de los Colonna; mas, á pesar de esto, creyó deber temer por su seguridad en Roma, y por esta razón, á fines de año, se trasladó á la fuerte ciudadela que le había construído en Ostia el célebre San-

(1) Gregorovius, VII^o, 313-314 (4 edición 320-321); Gottlob, Cam. ap. 227; Thuanes, Djem-Sultan, 309, y Arch. d. Soc. Rom., X, 269.

(2) Cf. Sigismondo de' Conti, II, 57. Guicciardini, I, 1 y además Arch. st. ital. 3, Serie XIV, 390. En su Storia di Firenze dice Guicciardini (p. 99), que aquellas regiones habrían sido «un osso in gola» del Papa. Cf. también Renmont, en Sybels Zeitschr., XXIX, 322.

(3) Sigismondo de' Conti, II, 55. Para debilitar la influencia de A. Sforza, Julián de la Róvere había apoyado en secreto el nombramiento de Juan Borja para cardenal; v. la *carta de Boccaccio de 31 de Agosto de 1492. *Archivo público de Módena*; con ella se confirma la opinión de Brosch, Julius, II, 53.

gallo (1). Ferrante aprobó este paso y aseguró su amparo al cardenal (2). En Ostia recibió Juliano la visita de Federico de Aragón, que regresaba de Roma; y poco después la de Virginio Orsini, el cual le prometió todo su apoyo. El embajador que refiere esto, añade, que Ostia estaba por todos conceptos bien fortificada (3).

La ciudadela de Ostia pasaba entonces por inexpugnable, y dominaba la desembocadura del Tíber; por lo cual, el establecimiento de Juliano en ella, era una amenaza directa contra el Papa; y cuánta solicitud produjera en éste, lo manifiesta el caso que nos ha transmitido Infessura. «Un día,—refiere el mismo,—hizo Alejandro una excursión á Villa Magliana; y como se disparara allí un cañón para saludarle, sobrecogió al Papa un terror tan grande, que, aunque estaba todavía en ayunas, regresó acéleradamente al Vaticano, temiendo una acometida por parte de los secuaces de Juliano, y creyendo que aquel cañonazo era la señal convenida para ella (4).

De qué manera estuviera Alejandro VI dispuesto para todo, se colige del hecho de haber mandado entonces fortificar á Civita-vecchia (5); y como también en otras partes del Estado de la Iglesia se hacían notar principios de alteraciones, á las cuales, según toda probabilidad, no estaban ajenos Ferrante y Piero de' Médici, el Papa se vino á inclinar á una alianza defensiva con Venecia, que le proponían el cardenal Ascanio Sforza y Luis el Moro (6). Entonces se halló Ferrante apurado, y empleó todas sus artes diplomáticas para estorbar dicha alianza. En Marzo de 1493, envió á

(1) Infessura, 284 y Thuasne, II, 622 s.

(2) Trinchera, II, 1, 252-253.

(3) Sigismondo de' Conti, II, 56 y *Relación de Sebastianus, fechada en Roma á 19 de Enero de 1493: El S. Virginio è stato ad Hostia et dicto al car^a che non dubiti che per luy vole mettere il stato et la vita, cosi dicono Colonesi. Se terranno fermo cosi anche il Re Ferrando Ostia non ponno haver li avversarii; è ben munita et fornita di tutto. *Archivo público de Milán*.

(4) Infessura, 284. Por el mismo motivo sin duda, el Papa, por Febrero, fué á Santa María la Mayor, acompañado de gente armada. Burchardi *Diarium*, II, 45.

(5) Se inscribieron expensas pro munitione arcis Civitevetulae para el 21 de Febrero de 1493, en *Divers. Alex. VI, 1492-1494. *Bullet. I. Archivo público de Roma*. En Mayo de 1493, las expensas de Alejandro para fines militares ascendían á 26383 ducados; v. *Hist. Jahrb.* VI, 44 (donde hay que leer 1493 en vez de 1492).

(6) Sigismondo de' Conti, II, 57.

Roma al abad Rugio, para componer la cuestión acerca de Cervetri y Anguillara, y con el mismo objeto fueron enviados emisarios á Florencia y Milán. Propúsose que César Borja, que había vuelto al estado seglar, se casara con una hija del rey de Nápoles; y más adelante se trató del matrimonio del hermano menor de César, Jofré, con una princesa de la Casa de Aragón. Ferrante abrazó afanosamente este proyecto, y esperaba con ansia la conclusión de este negocio; pero todo ello se frustró de nuevo (1), muy probablemente por influjo del cardenal Ascanio. Ferrante se lamentó amargamente, escribiendo que el Papa debía entender «que no éramos muchachos, ni estábamos dispuestos á dejarnos burlar». Al propio tiempo trataba con ardor con Juliano della Róvere, y reunía tropas en los Abruzzos (2).

La temida alianza de Alejandro con Venecia y Milán, quedó por fin ajustada; y el 25 de Abril de 1493, se anunció en Roma la nueva liga, en la cual entraron también Sena, Ferrara y Mantua. Milán y Venecia se obligaban á enviar desde luego, en auxilio del Papa, algunos centenares de soldados contra Virginio Orsini (3).

El cardenal Juliano della Róvere continuaba entretanto fortificado en Ostia, y un embajador de Milán refiere á 7 de Marzo de 1493, que el cardenal no salía del castillo sin una fuerte escolta (4).

Más adelante consultó Juliano con Ferrante, á qué otro lugar seguro podría retirarse; y al mismo tiempo procuraba el monarca napolitano irritar por todos los modos posibles á los

(1) Trinchera, II, 1, 317 s., 320 s., 325 s., 330, 338, 343, 344 s., 348, 351, 355 s.; Gregorovius, VII, 316, y las relaciones florentinas, publicadas por Yriarte, César B., II, 322-323. Jofré había sido destinado desde el principio al estado eclesiástico; este hecho, hasta ahora desconocido, se saca del documento copiado en el n.º 17 del apéndice, el cual está tomado del *Archivio segreto pontificio*.

(2) Trinchera, II, 1, 360, 369 s., 382; cf. Reumont, III, 1, 209.

(3) Infessura, 284-285. Burchardi Diarium, II, 67 sq. Arch. napolit., IV, 774, 776-777. Thuasne, Djem-Sultan, 312. Sigismondo de' Conti, II, 58. Un * breve de 22 de Abril de 1493, contiene la orden dada á J. Sforza, de hacer celebrar una solemne procesión, en acción de gracias por la conclusión de la liga. *Archivio público de Florencia*. Urb. eccl. En el mismo día, se expidieron breves á los gobernadores de Perugia, Todi, etc., con la orden de publicar la liga. En 25 de Abril se notificó al dux la publicación; el * breve comienza con estas palabras: Quod felix faustumque div. M^{tes} esse velit, hodie etc. *Archivio público de Venecia*.

(4) **Relación de Stef. Taberna, fechada en Roma, á 7 de Marzo de 1493. *Archivio público de Milán*.

otros cardenales aliados de Róvere, los cuales se oponían al plan del Papa de nombrar nuevos cardenales. En Junio les hizo anunciar con gran secreto, que sus tropas estaban preparadas para ayudarles con las armas contra el Papa (1); y por el mismo tiempo dirigía Ferrante á Antonio d'Alessandro, su embajador en la corte de España, un escrito lleno de las más apasionadas expresiones, en que se esforzaba por demostrar su inculpabilidad, y presentar al Papa como propio causante de todas aquellas turbaciones: «Toda la política del mismo se dirigía á producir escándalos y contiendas; y el nuevo nombramiento de cardenales no tenía otro objeto sino recaudar dinero para emplearlo en hacer la guerra á Nápoles.» Finalmente, atacaba también al Papa personalmente. «Alejandro VI—escribía Ferrante—lleva una vida tal, que se ha hecho aborrecible para todos, sin miramiento á la Sede que ocupa; no cuida de otra cosa sino de encumbrar, con equidad ó sin ella, á sus hijos, y á esto se dirigen todos sus pensamientos y tratos. Quiere la guerra, y desde el principio de su reinado, no me ha hecho más que daño. Roma está más llena de soldados que de sacerdotes. Todos los pensamientos del Papa se emplean solamente en la guerra y en nuestra perdición, y el mismo pensamiento anima á aquellos que le aconsejan (los Sforza), y no piensan en otra cosa sino en tiranizar al Papado para llevarlo donde les acomode después de la muerte de su actual poseedor; Roma se convertirá en un campamento, principalmente para los milaneses» (2).

¡Habían pasado pocos meses, cuando Ferrante contraía la más íntima alianza con aquel mismo Papa á quien tan gravemente había inculpado! Que las acusaciones contra la conducta de Alejandro eran justificadas, no deja lugar á duda; y precisa-

(1) Trinchera, II, 1, 369 s., 383; 2, 48 s., 50, 51, 68 s.

(2) Trinchera, II, 41-48. «Esta carta, dice Reumont (Hist. Zeitschr., XXIX, 337) es un escrito acusatorio contra el papado, y especialmente contra Alejandro VI. Si se considera cuánto se había esforzado el rey tres meses antes por contraer una alianza de familia con este mismo Papa, y cómo realmente lo efectuó después, no se dará señalada importancia á los motivos morales de la acusación; pero tiene esta escritura doloroso interés, por ser un documento histórico de la decadencia de la autoridad moral al fin del siglo xv. El rey pensaba con razón, que la curia estaba llena de españoles que sólo tenían ante los ojos su propio interés, y fácilmente podían perjudicarle cerca de sus Soberanos, y así procuró ganarles por la mano con una pintura de la situación de Roma». El datario Juan López, tomó á su cargo defender al Papa contra las acusaciones de Ferrante, v. Bolet. d. Acad. d. Madrid, 1885, p. 438 sg.

mente por entonces dió una prueba de ello. A 12 de Junio de 1493, se celebró en el Vaticano, en presencia de Alejandro VI, la boda de Lucrecia Borgia con Juan Sforza de Pesaro; en el convite de bodas se vió á Alejandro VI, con 12 cardenales, repartidos en abigarrada mezcla entre las señoras presentes, en cuyo número se hallaba la célebre Julia Farnese. «Para terminar—refiere el embajador de Ferrara—las señoras danzaron, y como entremés se representó una buena comedia con mucho canto y música. El Papa y todos los demás cardenales se hallaron presentes. ¿Qué más diré acerca de esto? ¡No acabaría nunca de escribir! Así pasamos toda la noche; si bien ó mal, vuestra Excelencia podrá juzgarlo» (1).

Luego después de esta fiesta, llegó á Roma el embajador de Fernando el Católico, Diego López de Haro, para prestar su obediencia. Según dice Infessura, declaró López de Haro (19 de Junio de 1493), el desagrado de su Rey, el cual estaba incesantemente ocupado en la guerra contra los infieles, por las alteraciones de la paz en Italia y la acogida que se había dado en Roma á los judíos, que habían tenido que ser expulsados de España. A esto se hubo de juntar, según el mencionado historiador, la exigencia de que el Papa concediera al Rey, para su guerra contra los infieles, el sobrante de las prebendas de España que redituaban más de 100 ducados, amenazando que, de otra suerte, él mismo, por su propia autoridad, sabría apoderarse de aquellos fondos. El embajador habría además expresado sus quejas por la simonía que reinaba en Roma, y amonestado al Papa á que no concediera en adelante á ninguno, más de un beneficio curado. Otras cosas que representó además el embajador, relativas á reforma eclesiástica—dice Infessura—pásolas por alto. Juan Burchard, que al contrario de Infessura, se halló presente en aquella audiencia, no se enteró de que pasara allí nada de esto; y como por otra parte es por sí mismo poco verosímil, que un embajador enviado para prestar obediencia, procediera de este modo, la narración del escribano del Senado romano ofrece todos los caracteres que obli-

(1) Diario de Burchard, editado por Pieper, 21 s. Infessura, 287 (para cuya crítica v. Ratti, I, 166 s., y Pieper, 9). Gregorovius, L. Borgia, 57; apéndice número 10; ibid. n.º 9, hay el contrato de casamiento de 2 de Febrero de 1493. Cf. Allegretti, 827. Arch. st. lomb., 1875, 180. Concediéronse privilegios espirituales á los jóvenes esposos por una *bula de 29 de Mayo de 1494. *Archivio público de Venecia*, Urb. eccl.

gan á poner en duda su veracidad (1). Mucho más verosímil es la noticia del historiador español Zurita, de haber declarado López de Haro, que su Rey consideraba los negocios de Nápoles, pertenecientes á la Casa de Aragón, como suyos propios (2).

Como se comprende, Ferrante recibió el mayor gozo con esta declaración del embajador español (3); pero no se forjó la ilusión de que no necesitara todavía enérgicos esfuerzos para frustrar el plan que había fraguado Luis el Moro, por medio de su hermano el cardenal Ascanio, de obtener que el Papa concediera en feudo Nápoles al rey de Francia (4). Para ocurrir á este peligro, desplegó el monarca napolitano una actividad febril. Ya en la segunda mitad de Junio, envió á Roma á su segundo hijo Federico de Altamura, para componer la controversia relativa á Anguillara y apartar al Papa de la Liga; y para conseguir esto, no se ahorraron las amenazas. Federico se puso en relación con los cardenales que resistían al Papa, principalmente con Juliano della Róvere, al mismo tiempo que Alfonso de Calabria se aproximaba, amenazando con sus tropas las fronteras del Estado de la Iglesia. Pero estas medidas no tuvieron por de pronto otro efecto sino aumentar todavía más la influencia de Ascanio Sforza (5). Por esta causa se resolvió Ferrante á tentar otro camino, dando á Federico, que negociaba en Ostia con los cardenales de la oposición, Juliano della Róvere, Savelli y Colonna, el encargo de regresar á Roma y componer á cualquier precio los negocios de los Orsini, prometer que se aprontarían los derechos de la investidura, y procurar enlaces de familia con los Borja, aun antes de que el embajador francés Perron de Baschi llegara á Roma. Volvióse á proponer el plan de casamiento de Jofré de Borja, quien debía tomar por mujer á una hija natural del duque Alfonso de Calabria, por nombre Sancha, recibiendo como dote el principado de Squillace y el condado de Coriata; esta noticia debía mantenerse secreta hasta Navidad (6). Al mismo tiempo propuso el

(1) Diario de Burchard, editado por Pieper, 9-10, 27-28.

(2) Infessura, 288. Zurita, V, 26-27. Höfler, R. de Borja, 61 (donde el autor confunde á Burchard é Infessura).

(3) Trinchera, II, 2, 77.

(4) Zurita, V, 27.

(5) Trinchera, II, 2, 72, 79 s., 84, 86.

(6) Trinchera, II, 2, 113 s., 121 s., 129 s., 135 s., 141 s., y **Relación anónima, fechada en Roma á 13 de Agosto de 1493. *Archivo público de Milán*.

embajador español, el casamiento de Juan de Borja, segundo duque de Gandía, con María, hija del tío de Fernando el Católico (1).

¿Cómo hubiera podido Alejandro VI resistirse á proposiciones tan lisonjeras para el engrandecimiento de los suyos? Así que entró en estos planes con tanto mayor facilidad cuanto sus aliados, Venecia y Milán, habían tomado precisamente entonces una actitud que le exponía al peligro de quedar aislado (2). Faltaba todavía ordenar los asuntos de Virginio Orsini y Juliano della Róvere. Sólo después de larga resistencia, se resolvió el primero á pagar al Papa 35.000 ducados, á cuyo precio se le concedió la investidura de Cervetri y Anguillara. Al mismo tiempo debía efectuarse la reconciliación entre Juliano della Róvere y Alejandro VI. A 24 de Julio fué Virginio Orsini con el cardenal Juliano della Róvere á Roma, y ambos comieron con el Papa. A 1.º de Agosto pudo Federico anunciar á su padre, que el Papa había firmado los artículos del convenio (3). A 2 de Agosto el duque de Gandía, tiernamente amado por el Papa, emprendió su viaje de bodas á España, proveído de la manera más espléndida (4).

Pocos días después llegó á Roma Perron de Baschi, con el objeto de pedir para Carlos VIII la investidura de Nápoles. La contestación que recibió del Papa, estaba concebida en las expresiones más vagas. En una audiencia secreta, se expresó el Papa de la misma manera, y el embajador francés hubo de partirse á 9 de Agosto, sin haber obtenido cosa alguna (5).

(1) Höfler, Rodrigo de Borja, 62-63.

(2) Cipolla, 678.

(3) Infessura, 292. Thuasne, II, 641 s. Trinchera, II, 2, 196. De parte de Federico y Julián de la Róvere se había por fin renunciado á la pretensión de que A. Sforza debía salir del Vaticano; v. Trinchera, II, 2, 189 s. Brosch, 53. Arch. st. ital. 3. Serie XVI, 392-393. El segundo tercio del tributo de la investidura de Nápoles se pagó á la cámara apostólica ya en 31 de Agosto de 1493, con la suma de 10,823 $\frac{1}{4}$ florines. Gottlob, Cam. ap. 233.

(4) Además de Höfler (Rodrigo de Borja, 62 s.), cf. también los documentos inéditos de Alejandro VI en las Soluciones católicas, I (Valencia, 1893), 52 s., y Alejandro VI y el Duque de Gandía. Estudio sobre documentos Valencianos, en la revista El Archivo, Revista de ciencias históricas VII (Valencia, 1893), 85 s. Aquí se corrige la fecha de la partida indicada falsamente por Gregorovius y Höfler.

(5) *Cartas de A. Sforza á L. Moro, fechadas en Roma á 11 y 13 de Agosto de 1493. *Archivo público de Milán*. Delaborde, 283, sólo conoce la segunda

Ferrante se entregó entonces á la esperanza de que el temido temporal había pasado, y escribía lleno de júbilo á su embajador en Francia: «Si Perron de Baschi ha regresado á Francia, se abandonarán ahí muchos proyectos, y se caerá en la cuenta de muchos desengaños; tened buen ánimo, pues entre mí y el Papa reina muy buen acuerdo» (1). A 17 de Agosto se redactó el documento de infeudación en favor de Virginio Orsini; el día antes se había desposado por procurador Jofré de Borja, con Sancha, hija de Alfonso de Calabria (2); y á 21 de Agosto anunciaba Alejandro VI á Luis el Moro, el arreglo del asunto de Cervetri y Anguillara (3). Pocos días antes había escrito á su ciudad el embajador de Milán: «Muchos son de parecer, que el Papa ha perdido su perspicacia desde su elevación al trono; según mi opinión ha sucedido lo contrario. El ha sabido ajustar una Liga que ha hecho gemir al rey de Nápoles; ha sabido casar á su hija con un Sforza que, además del sueldo de Milán, tiene 12.000 ducados anuales de renta; ha humillado á Virginio Orsini obligándole á pagar, y llevado al rey Ferrante al punto de contraer con él relaciones de parentesco. ¿Son éstos actos de un hombre sin perspicacia? Alejandro quiere gozar de su poder con paz y tranquilidad.» Respecto del cardenal Ascanio Sforza, es de parecer el narrador, que no perderá su posición «á pesar de la privanza que goza ahora Juliano della Róvere» (4); pero sucedió, sin embargo, de

carta; la primera, de la que no existe sino una copia de época posterior, está puesta, por cierto equivocadamente, en el Cart. gen. 1492 Agosto.

(1) Trinchera II, 2, 205.

(2) Relación florentina en Thuasne II, 641 s. Para comprobar los documentos del *Archivio Orsini* citados por Gregorovius VII, 325 (4 edición, 332), cf. *Regest. 869, f. 88 y 90, dat. Romae 1493 sexto dec. Cal. Sept. A.º 1.º En el mismo día (17 de Agosto), V. Orsini fué absuelto de todas las censuras; la *bula correspondiente, Consuetam Sedis Ap^{ae} clementiam, se halla ibid., f.º 98. *Archivio segreto pontificio*.

(3) Exemplum brevis ap. Jo. Galeacio duci Mediolani et Luc. Moro duci Bari. Hay una copia en el *Archivio público de Milán* (está por equivocación en el año 1495).

(4) *Molti vogliono dire chel papa da poi che le papa non ha piu ingegno soleva havere. A me pare chel ne habia anchora piu che da poi chel era papa e capellano del Re ha saputo fare una liga con la quale da secore [= dà sicuramente] da sospirare al Re. Ha saputo maritare sua figlia in casa Sforzescha in uno S^{mo} chi ha 12 mila duc. d'intrata l'anno senza el soldo che li da il duca di Milano. Ha saputo tohare dal S. Virginio [35000] duc. et factolo venire piacevole et ha saputo cum la reputatione de questa liga condurre el Re ad aparentare cum lui et darli un tal stato con tal conditione per el figliolo. Non so

otra suerte; pues el próximo efecto de la reconciliación del Papa con Ferrante, Juliano y los Orsini, fué el pasajero disfavor del hasta entonces omnipotente cardenal Ascanio, quien tuvo que salir del palacio pontificio (1).

Las relaciones de Alejandro VI con Ferrante habíanse entre tanto turbado de nuevo, poco después de aquella concordia; y mejorándose luego otra vez, para volver á turbarse. Debió en todo caso impresionar desagradablemente á Ferrante que, en el nombramiento de cardenales de 20 de Septiembre de 1493, se tuviera en cuenta á todos los Estados importantes, excepción hecha de Nápoles (2).

Por Raimundo Peraudi había interpuesto su autoridad Maximiliano de Austria; por Juan de la Grolaie, Carlos VIII; por Bernardino López de Carvajal, Fernando de España; Inglaterra obtuvo entonces un cardenal en Juan Morton, arzobispo de Cantorbery; Venecia, en el eminente teólogo Domenico Grimani; Milán, en Bernardino Lunati; Roma, en Alejandro Farnese (hasta entonces tesorero general) y Juliano Cesarini; y Ferrara en Hipólito de Este. Por el arzobispo de Cracovia, Federico Casimir, se habían interesado el rey Wladislao de Hungría y Alberto de Polonia. A los mencionados, añadió también Alejandro VI á César Borja y al obispo de Alejandría Juan Antonio San Giorgio, varón eminente por sus conocimientos jurídicos y vida irreprehensible.

La primera promoción de cardenales de Alejandro VI no

se queste siano cose da homo chi non habia cervelo et ultimamente vole lui vivere et godersi el papato in pace et quiete. Relación anónima, fechada en Roma á 13 de Agosto de 1493 (se halla equivocadamente en el año 1495). *Archivo público de Milán*.

(1) Sobre eso tratan dos relaciones anónimas, medio rasgadas por desgracia, fechadas en Roma á 26 de Agosto de 1493 (están puestas por error en el año 1492), que se hallan en el *Archivo público de Milán*.

(2) Trinchera II, 2, 208, 211, 221, 233, 235, 241, 244, 260, 271, 280, 309 s. Sigismondo de' Conti II, 61. Senarega, 534. Sobre la creación de 20 de Septiembre (Rossbach, Carvajal, 36, la pone por error en el 20 de Agosto, Cardella, 249, en el 21 de Agosto) de 1493, v. *Acta consist., f. 3 (*Archivo consistorial*); según la misma fuente, la assignatio titularum se efectuó el 23 de Septiembre. Cf. también la *relación de N. Taberna de 24 de Septiembre de 1493. *Archivo público de Milán*. Concuerta con ella una *relación del agente de Mantua, Brognolo, fechada en Roma á 23 de Septiembre de 1493. Este agente había anunciado en 24 de Junio, que se había aplazado el nombramiento de los cardenales. Estas dos *relaciones se hallan en el *Archivo Gonsaga de Mantua*.

puede, por consiguiente, ser vituperada en su parte principal; en ella se tuvo cuenta con las diferentes nacionalidades, y es asimismo indiscutible, que varios de los nuevos cardenales eran varones dignos y capaces (1). Merece vituperio la elección de Hipólito de Este, que no tenía más de 15 años, y César de Borja, mucho más á propósito para soldado que para eclesiástico (2). Respecto al nombramiento de Alejandro Farnese, dice Segismundo de' Conti que se hizo á ruego de los romanos; pero no se puede dudar, que Alejandro mantenía ilícitas relaciones con la hermana de Farnese, Julia *la Bella*, la cual influyó en todo caso en el nombramiento de Alejandro. Dichas relaciones eran notorias y produjeron justo escándalo á muchos, no sólo en Roma, sino aun fuera de Italia. Pero el cardenal Farnese mostró luego ser de eminente capacidad, y justificó de esta manera su nombramiento (3).

(1) Sigismondo de' Conti II, 61-62. Cf. Ratti II, 258. Busch, England I, 387. Gregorovius VII^o, 330. Lo que dice Sigismondo sobre el nombramiento de Peraudi, se halla confirmado por las *Acta consist., en las cuales se lee expresamente, respecto de Peraudi: instante s. Romanor. imperatore. Según esta fuente hay que corregir á Schneider, Peraudi, 33; en este pasaje, la entrega del capelo cardenalicio á Peraudi se traslada al 21 de Abril de 1494. (Cf. también Archiv. f. Gesch. Kärnthens XV, 28.) Pero en las *Acta consist. se dice, que Peraudi llegó á Roma el 22 de Abril de 1494, y al día siguiente fué recibido en el consistorio. La causa porque no se envió el capelo al cardenal Peraudi, como ni á su colega polaco, consta de una *carta de A. Sforza, fechada en Orvieto á 26 de Noviembre de 1493, en la que se dice: que el intento del Papa es, che questi dui cardinali per desiderio di haver il capello procurasseno che quelli signori mandasseno la obedientia et per honorarla venesseno cum epsa ad pigliar il capello. *Archivo público de Milán*.

(2) César recibió las órdenes menores y el subdiaconado el 26 de Marzo de 1494, al mismo tiempo que Juan Borja (Burchardi Diarium II, 99). El presbiterado nunca lo llegó á recibir.

(3) Juicio de Reumont III, 1, 267. Infessura, quien pretende, por cierto con entera parcialidad, que *toda* la promoción del 20 de Septiembre no fué más que una especulación de dinero, llama á Julia (p. 293) concubina de Alejandro, y el mismo calificativo le da el folleto de Matarazzo, 4 y Sannazar, Epigr. 1 (Opera, 159). Más fuerza demostrativa tiene una carta de Alejandro VI á Lucrecia Borja, de 24 de Julio de 1494, en la que expresa el pontífice su descontento por la partida de Julia; Ugolini II, 521-522; con las cartas de L. Pucci de 23 y 24 de Diciembre de 1493, publicadas por Gregorovius, Lucrecia Borja, apéndice n.º 11, queda removida cualquier otra duda acerca de las relaciones ilícitas de Alejandro con la bella Julia, que por lo demás se remontan aún al tiempo de su cardenalato. Cf. también el despacho de Brognolo en el apéndice n.º 28; Pieper, Burchards Tagebuch, 16, 22 y L'Épinois, 397 s. Los rumores de este escandaloso comercio penetraron hasta Alemania, v. Gregorovius VII^o, 328 (4 edición, 334), y más tarde fueron tan generalmente creídos (cf. en Sanuto

La promoción de cardenales de 20 de Septiembre de 1493, robusteció mucho el poder de Alejandro VI, y fué un terrible golpe dirigido á los cardenales de la oposición. Al paso que el astuto Ferrante ocultaba lo mejor que podía su disgusto y esperaba en lo porvenir (1), dichos cardenales salieron fuera de sí, principalmente Juliano della Róvere, que por entonces estaba de nuevo enemistado con el Papa. Cuando Juliano recibió en Marino la noticia de aquellos nombramientos, prorrumpió en ruidosos gemidos y enfermó del disgusto. Lleno de gozo refiere esto el embajador milanés, á 24 de Septiembre, y añade: «Apenas puedo escribir cuánto prestigio haya granjeado este feliz suceso á V. E. y al cardenal Ascanio» (2). A 28 de Septiembre anunciaba éste á su hermano: «Los cardenales de la oposición continúan dando señales de sus hostiles sentimientos contra el Papa. El cardenal Caraffa permanece alejado de Roma; Costa quiere retirarse á Monte Oliveto, Juliano se está como estaba, y le siguen Fregoso y Conti. De Piccolomini nada se oye decir. A consecuencia de este estado de cosas, el Papa teme alteraciones y desea recibir el consejo de V. E.» (3).

XXXVI, 111, la relación sobre la muerte de Julia, acaecida en Marzo de 1524), que públicamente se echaba en cara á Paulo III la manera cómo había llegado á la dignidad cardenalicia; v. la carta publicada en la Rivist. cristiana II, 261 y la relación de Lorenzo editada en Albèri, 6, Serie III, 314. Alejandro Farnese (nacido en 1468), discípulo de P. Leto, fué nombrado por Inocencio VIII, protonotario apostólico y obispo de Montefiascone y Corneto. Alejandro VI, luego después de su elección, le hizo tesorero general; v. Gottlob, Cam. ap. 21, 87, 275. En el pasaje arriba mencionado, dice además Infessura, respecto á la creación de cardenales de Septiembre de 1493: in eorum creatione consenserunt tantum septem cardinales, reliqui dissenserunt. Contra esta afirmación, dice Mariana, Hist. Hisp. c. 26: Contra hiscere nemo cardinalium, cum quibus rem communicavit, ausus est. Sobre las fiestas celebradas en Ferrara, con ocasión de la elevación de Hipólito, v. *Caleffini, f. 312, en el Cod. I-I-4 de la *Bibl. Chigi de Roma*.

(1) Cf. Trinchera II, 2, 261, 266, 319, 346 s. V. también la ** carta de A. Sforza á L. Moro de 24 de Septiembre de 1493. *Archivo público de Milán*.

(2) V. apéndice n.º 20. Relación de Stef. Taberna de 24 de Septiembre de 1493. *Archivo público de Milán*.

(3) V. apéndice n.º 21. Relación de A. Sforza de 28 de Septiembre de 1493.

CAPÍTULO II

Alfonso II de Nápoles aliado de Alejandro VI. Fuga del cardenal Juliano della Róvere á Francia. Expedición de Carlos VIII á Italia.

En las relaciones entre Alejandro VI y Ferrante de Nápoles, se manifestaron á fines de 1493 nuevos síntomas de violenta excisión. A 5 de Diciembre se lamentaba Ferrante de la demasiada consideración que el Papa tenía al monarca francés; á 18 del mismo mes, dirigía una carta á su embajador en Roma, en la que, desfigurando en parte la verdad de los hechos, decía: «Nosotros y nuestro padre, hemos siempre obedecido á los papas; y con todo, no ha habido uno solo que no nos haya hecho el mayor daño que ha podido. Mas con este Papa, á pesar de ser oriundo de nuestra nación, no podemos vivir en paz ni un solo día. No sabemos á la verdad, por qué causa quiere vivir desavenido con nosotros; debe ser sin duda por mal influjo de las estrellas; pues parece una maldición, que todos los papas tengan que atormentarnos» (1). Toda la correspondencia posterior del Rey está llena de quejas contra Alejandro VI: que no cumplía sus promesas y no hacía cosa alguna para evitar el ataque por los franceses proyectado contra Nápoles; pero, no obstante, en toda ella se trasluce una segura esperanza de ganarse todavía la voluntad del Papa (2).

Ferrante sentía, como por instinto, que no se podía ya conjurar

(1) Trinchera II, 2, 322 s., 348 s.

(2) Trinchera II, 2, 378 s., 380 s., 390 s., 393 ss., 407 s., 411 s., 418 s., 421 s.

la catástrofe que amenazaba á su Reino, amasado con tanta sangre. El enlace de Maximiliano de Austria con Blanca Sforza (1), fué para el Rey un motivo más que le obligaba á ponerse en guardia contra el falaz Luis el Moro. Ferrante pasó en graves cuidados los últimos meses de su vida. A 27 de Enero de 1494 se recibió en Roma la noticia de su fallecimiento (2).

Era la gran cuestión, qué actitud tomaría el Papa respecto del nuevo rey, Alfonso II. Carlos VIII dispuso en seguida una embajada á Roma; y en el caso que el Papa se mostrara favorable á Alfonso, debían los enviados amenazar con la convocación de un concilio universal. Al propio tiempo se ponía el monarca francés en inteligencia con Juliano della Róvere, quien por sus íntimas relaciones con los Savelli, Colonna y Virginio Orsini, pertenecía al número de los más peligrosos enemigos de la Santa Sede (3).

En el Gabinete de Alejandro VI había recaído ya entre tanto la resolución decisiva sobre la cuestión de Nápoles. Alfonso había empleado todos los medios para ganarse al Papa, no sólo pagándole el tributo que su padre le había rehusado, sino prometiendo además pagarlo en lo futuro, y moviendo á Virginio Orsini á prometer al Papa una completa sumisión (4). Ya en los primeros días de Febrero de 1494, disuadió Alejandro VI á los embajadores franceses cualquiera empresa contra Nápoles; y en el mismo tiempo dirigió un escrito al rey de Francia, en que expresaba su asombro de que quisiera atacar á una potencia cristiana, cuando el peligro de los turcos hacía necesaria la alianza de todos los Estados europeos (5). Para mitigar un poco el enojo del monarca

(1) Alejandro VI dió el parabién á Ludovico el 15 de Noviembre de 1493; v. *Notizenblatt*, 1856, 422-423. A Maximiliano I se envió una espada bendecida; v. *Jahrb. der kunsth. Samml. des österr. Kaiserhauses* 1883, p. xxxi; Müntz en la *Revue de l'art chrét.* 1890, 291; Lessing en el *Jahrb. der preuss. Kunstsammlungen* XVI (1895), 113 s., y un *despacho de Stef. Taberna, fechado en Roma á 14 de Marzo de 1494. *Archivo público de Milán*.

(2) *Qui è nova della morte del Re de Napoli. Despacho de Cataneo, fechado en Roma á 27 de Enero de 1494. *Archivo Gonzaga de Mantua*. El mismo día, A. Sforza anunciaba á su hermano que Alfonso había notificado al Papa la muerte de su padre; y que el Papa daría el pésame al príncipe en un breve, en que le daría el título de rey. *Archivo público de Milán*. Cf. además la carta de A. Sforza de 29 de Enero de 1494, en el *Arch. st. lomb.* VI, 695.

(3) Delaborde, 306.

(4) Sigismondo de' Conti II, 62.

(5) Balan V, 305. Delaborde, 306-307, á quien con todo se le han pasado por

francés, se le envió á 9 de Marzo de 1494 la rosa de oro. A 14 del mismo mes llegaron los embajadores napolitanos: el arzobispo de Nápoles Alejandro Caraffa, el marqués de Gerace, el conde de Potenza y Antonio d'Alessandro, y prestaron secretamente la obediencia el día 20 (1). Dos días después se celebró un consistorio, en el cual se leyó una bula, por la que el Papa se declaraba formalmente en favor de la dinastía Aragonesa: Inocencio VIII había ya concedido la infeudación de Nápoles á Alfonso, como duque de Calabria, y ahora no podía legítimamente revocarse (2). Luego que Alfonso accedió á las exigencias de Alejandro en pro del duque de Gandía y de Jofré de Borja, aún se dió otro paso en su favor. A 18 de Abril dió el Papa, en consistorio, al cardenal Juan de Borja, la comisión de ir á Nápoles para coronar á Alfonso por rey. El consistorio duró ocho horas; pues el partido de oposición de los cardenales resistió con vehemencia, no queriendo acceder á que se apoyara al caduco trono de los aragoneses; al paso que el embajador francés amenazaba con un concilio (3). Todo fué inútil; el mismo día se extendió la bula para el legado que había de efectuar la coronación (4).

alto las indicaciones de Balan. El breve á Carlos VIII, sin fecha, se halla en Mansi-Baluze III, 122 sqq. En el *Archivo público de Milán* hallé una copia contemporánea de este breve, donde se indica como fecha el 3 de Febrero de 1494. Sobre el enfado del rey, v. Desjardins I, 280. Para probar la doblez de Alejandro VI, los historiadores modernos, desde Cherrier (I, 346, 384) hasta Gregorovius VII^a, 332 s. (4 edición, 339) citan una bula del mismo, de 1 de Febrero de 1494, en la que aprueba la invasión en Italia de Carlos VIII, y le concede libre paso por los Estados de la Iglesia para su campaña contra los turcos (hállase publicada en Malipiero, 404). Delaborde ha demostrado de una manera convincente, en la Bibl. de l'École des chartes, 1886, 512 ss., que esta bula pertenece al año 1495. Ni Gregorovius, ni Rossbach, Carvajal, 41, ni Creighton III, 177, han mencionado para nada esta demostración.

(1) Burchardi Diarium II, 93, 97 sq. y *Carta de A. Sforza, fechada en Roma á 14 y 20 de Marzo de 1494. *Archivo público de Milán*.

(2) *Carta de Ascanio de 22 de Marzo, publicada en parte por Rosmini II, 201 y Delaborde, 308-309. Cf. en el apéndice n.º 24, la *carta de Alejandro VI á Francisco de Sprats de 22 de Marzo de 1494. *Archivo secreto Pontificio*.

(3) Infessura, 296. Burchardi Diarium II, 108. *Acta consist. del *Archivo consistorial* y *Relación de Brognolo de 19 de Abril de 1494, existente en el *Archivo Gonzaga de Mantua*. En el *Archivo público de Milán* se conservan las *cartas de A. Sforza de 18 y 23 de Abril de 1494, relativas á este consistorio, pero por desgracia falta la clave de la cifra.

(4) Raynald, 1494, n.º 3-4. Cf. la carta de César de 18 de Abril en Mon. hist. 717. Sobre la llegada del legado á Nápoles y la coronación, v. los despachos del embajador de Milán en Nápoles, en el Arch. st. lomb. VI, 712 s.

Esta mudanza llenó á la Corte francesa de consternación y solicitud; y cartas de allí decían, que Carlos VIII retiraría la obediencia al Papa; que se quitarían á los cardenales y prelados fieles á Alejandro VI todos los beneficios que poseían en Francia, y se darian al cardenal Ascanio Sforza (1).

Otro peligro amenazaba al Papa por parte del cardenal Juliano della Róvere. En un despacho cifrado del embajador de Milán, Taberna, se habla, ya á 8 de Marzo de 1494, del modo de ganar para Francia á este príncipe de la Iglesia hasta entonces aliado de Nápoles, con el fin de valerse de él para atacar al Papa en el terreno eclesiástico (2); y en este sentido se entablaron negociaciones secretas (3); á 26 de Marzo fué Juliano á Roma; pero antes del consistorio, á 18 de Abril, se volvió de nuevo á Ostia, donde entró en íntimas relaciones con los Colonna (4).

«Si el cardenal Juliano logra marcharse á Francia—escribe Taberna, á 2 de Mayo,—se tendrá una terrible arma contra el Papa (5). Y logrólo en efecto.

A 24 de Abril de 1494, recibió Alejandro VI la noticia de que Juliano della Róvere había huído la noche anterior en un barco con veinte personas; que la fortaleza de Ostia se había aprovisionado para dos años, y estaba en poder del prefecto de la Ciudad Juan della Róvere. El Papa envió á rogar en seguida á los embajadores napolitanos, le prestaran auxilio para reconquistar aquella importante plaza que dominaba el Tiber. Semejante orden se envió á los Orsini y al conde de Pitigliano, quien llegó ya en la tarde del 25 de Abril. «Por todas partes—refiere al día siguiente el embajador de Mantua,—se preparan tropas y artillería contra Ostia» (6); la cual, aunque era muy fuerte, resistió

(1) Balan, 307, 310. A. Sforza quería salir de Roma ya á principios de Abril; pero no obtuvo del Papa permiso para ello; cf. su **carta, fechada en Roma á 6 de Abril de 1494, en el *Archivo público de Milán*.

(2) V. apéndice n.º 23. *Archivo público de Milán*.

(3) Delaborde, 347.

(4) Esto lo ha demostrado Brosch, 55 s., pero Gregorovius, VII, 333 (4 edición 339) no ha tenido con ello cuenta alguna. En un *despacho de 27 de Marzo de 1494, Brognolo anuncia la vuelta de Julián (ayer por la tarde). *Archivo Gonzaga de Mantua*.

(5) Delaborde 346.

(6) Además de Infessura, 296, y Allegretti, 829, cf. en el apéndice n.º 26, la *relación de Brognolo de 26 de Abril de 1494 (*Archivo Gonzaga de Mantua*) y una *carta cifrada de A. Sforza, fechada en Roma á 24 de Abril de 1494. *Archivo público de Milán*. V. apéndice, n.º 25. V. también Arch. st. Napol., XI,

sólo breve tiempo. Ya á fin de Mayo notificó Fabricio Colonna la capitulación. La conquista de Ostia fué para Alejandro de grande importancia; pues con esto se hizo ahora posible asegurar la comunicación marítima con el rey de Nápoles (1).

A 8 de Mayo verificó en Nápoles, el cardenal Juan de Borja, la coronación de Alfonso; y el día antes se había celebrado la boda de Jofré Borja con Sancha. Jofré obtuvo el ducado de Squillace, con una renta anual de 40.000 ducados; sus hermanos, Juan, duque de Gandía, y César, fueron también agraciados; el primero obtuvo el principado de Tricarico, y á César se le otorgaron pingües beneficios (2).

El cardenal Juliano había por de pronto huído á Génova, desde donde Luis el Moro facilitó su viaje á Francia (3). Dirigióse á su sede episcopal de Aviñón, y desde allí á la corte de Carlos VIII, quien ya á 17 de Marzo había publicado su designio de dirigirse á Italia. Esto acaeció mucho antes de la llegada de Juliano, el cual no llegó á Lión hasta 1.º de Junió. Las ardientes sugerencias de Róvere se juntaron entonces con los ruegos de los desterrados napolitanos y las intrigas de Luis el Moro, para acelerar la irrupción de los franceses en Italia (4). La situación política invitaba grandemente á aquella expedición de conquista: la absoluta confusión de las cosas de Italia, la debilidad de la dinastía aragonesa, y la impotencia del Imperio romano germánico, parecían provocar expresamente á semejante empresa (5).

La alianza de Juliano con el monarca francés, traía consigo

546 s. Sanudo, Spediz., 42, refiere que Julián huyó, para salvar su vida de una intentona de Alejandro contra él; la anécdota no parece probable, dice Brosch, 57, y tampoco se menciona en ninguna otra parte. Cf. también las relaciones de embajadores, citadas por Balan, 310 y Desjardins, I, 399.

(1) Gregorovius, VII², 334 (4 edición 340). Cf. Malipiero, 318, y en el apéndice dice n.º 27 el breve de 24 de Mayo de 1494. *Archivo Colonna de Roma*.

(2) Burchardi Diarium, II, 129 sq., 151 sq., 154 sq. Sanudo, Spediz., 36. Allegretti, 829. Este último indica expresamente el 8 de Mayo. Gregorovius, VII², 334 (4 edición 341), Creighton, III, 178 y Reumont, III, 1, 212, tienen fecha falsa. También se halla ésta equivocada en la edición de Caraccioli, publicada por Muratori, XXII, 116. Cf. además Mon. hist., 718 sq.

(3) Balan, 310.

(4) V. Cipolla, 690. Cherrier, I, 406. Delaborde, 320. Brosch, 51, no guarda el orden cronológico de los acontecimientos. Sobre el recibimiento que Carlos VIII hizo á Julián, v. las relaciones citadas por Desjardins, I, 299 s., 307, 310, 312; cf. 392.

(5) Cf. Janssen-Pastor, Gesch. d. deutschen Volkes, I¹⁷⁻¹⁸, 586.

para Alejandro VI un gran peligro. Desde el principio habían contado los enemigos del Papa con que el cardenal extendería la contienda al terreno eclesiástico. Conforme á esto declaró desde luego Carlos VIII á della Róvere, que deseaba tenerle á su lado en la entrevista que proyectaba en Roma con Alejandro VI, donde se habría de tratar de la reforma de la Iglesia. El mismo Juliano habló públicamente de la necesidad de convocar un concilio para proceder contra Alejandro VI (1). ¡Qué impresión debió producir en el Papa la noticia de esto, está claro! y lo que más le asustaba era la idea de que los cardenales sus enemigos y los otros adversarios suyos, pudieran aprovecharse de sus malas costumbres como pretexto para motivar su deposición; á lo cual se agregaban las tendencias galicanas de Francia, que amenazaban por igual la potencia material y espiritual de Roma. Es por consiguiente muy creible lo que comunica Ascanio Sforza á 18 de Junio, en una carta cifrada á su hermano: que el Papa se había asustado extraordinariamente, entendiendo que el cardenal Juliano fomentaba la idea del concilio y de la Pragmática Sanción (2). La ansiedad de Alejandro era ya conocida, cuando en Mayo llegaron á Roma los emisarios de Carlos VIII para «esclarecer los derechos de su soberano sobre Nápoles y exigir su investidura. Estos enviados fueron tratados con toda atención, por orden del Papa, y Alejandro VI llegó hasta á darles en su contestación algunas esperanzas, diciendo, quería someter á una nueva investigación los derechos de Carlos (3). Los embajadores previeron, sin embargo, que perseveraría en la alianza con Nápoles; y así, adoptaron secretamente muchas medidas para sublevar el Estado de la Iglesia, tomando definitivamente á sueldo de su Rey á Próspero y Fabricio Colonna y á otros barones (4). Ascanio Sforza había sido quien

(1) Cf. arriba p. 416 (Despacho de 8 de Marzo), como también Delaborde 348 y Desjardins, I, 399, 451.

(2) *S. S^a sta in infinito timore per temere supra modo del card. S. P. in v. lo concilio et la pramatica. *Despacho cifrado de A. Sforza, fechado en Roma, á 18 de Junio de 1494. *Archivo público de Milán*.

(3) Delaborde, 366. Buser, *Beziehungen*, 333, donde con todo la fecha de la carta del card. Peraudi podría ser inexacta. Cf. también Schneider, Peraudi, 37, Balan, 312, y la *carta de A. Sforza de 25 de Mayo de 1494. *Archivo público de Milán*.

(4) Delaborde, l. c. Sobre la disposición de ánimo del Papa, escribe el embajador florentino á 13 de Junio de 1494. *Mostro un fermo proposito et una costante fede et intentione verso la M^a del Re Alphonso, al quale non era per manchare, ma volea mettere la vita et il sangue per la defensione sua.

obtuvo la defección de los Colonna; y á 28 de Junio se dirigió á las fortalezas de los mismos. «El Papa—dice Segismundo de' Conti,—tenía los enemigos en su propia casa, y no disponiendo de ningún ejército considerable, tampoco podía esperar eficaz auxilio, ni del Rey de romanos, ni de otra alguna de las Potencias de Europa. También las ciudades lejanas del Estado eclesiástico, principalmente Bolonia, tomaban una actitud hartó ambigua (1). No es pues de maravillar que el Papa se sintiera, en estas circunstancias, sobrecogido de un temor rayano con la desesperación; y á esto respondieron las medidas que tomó para su defensa.

Su aliado, Alfonso de Nápoles, estaba ya desde la primavera en relaciones con el sultán Bayaceto; y Alejandro VI lo aprobaba, y recomendaba á 12 de Mayo al sultán el Estado Napolitano (2). En Junio solicitó de Bayaceto el pago anticipado de la pensión anual de Hixem (40.000 ducados), para poder atender con esta suma á las medidas encaminadas á defenderse contra Carlos VIII. Su emisario, el genovés Jorge Bocciardo, llevaba el encargo de representar al Sultán, que el rey de Francia se proponía apoderarse de Hixem, para colocarlo, después de la conquista de Nápoles, en el trono de Constantinopla. Bocciardo debía suplicar también al Sultán, procurase mover á Venecia á salir de su rigurosa neutralidad y tomar parte en la lucha contra Carlos VIII (3).

(1) Sigismondo de' Conti II, 65. Burchardi Diarium II, 180. También el cardenal Fregoso huyó entonces de Roma, v. Balan 314. Ascanio escribe en 6 de Julio desde Frascati, en 15 de Julio, 13, 22 y 25 de Agosto desde Genazzano, y en 22 de Septiembre otra vez desde Roma: Todas estas *cartas se hallan en el *Archivo público de Milán*. Sobre la actitud de Bolonia, v. Sanudo, Spediz. 55 s. y Desjardins I, 489.

(2) La minuta original de esta carta se halla entre los papeles del secretario del Papa L. Podocatharo, en la *Biblioteca de S. Marcos de Venecia*; Gregorovius VII^o, 341 se ha aprovechado de ella, dando algunos extractos, y Thuasne, Djem—Sultan, 326, la cita entera. Desde el principio de su reinado, Alejandro VI estaba en relación con el Sultán, por causa de Djem; cf. la interesante relación de Burchard sobre la audiencia que Alejandro VI concedió al embajador turco, el 12 de Junio de 1493, publicada por Pieper 19 s. Casi todos los Estados italianos de aquel tiempo se ponían en comunicación con los turcos abiertamente y sin ningún reparo, como lo pondera Burckhardt, *Cultur I*^o, 88 s.; lo nuevo era, que también un Papa entrase ahora por estos caminos.

(3) Cuando Bocciardo (cf. sobre él Pieper, *Tagebuch Burchards* 19, y Djem—Sultan 320) volvía á Roma por Noviembre de 1494, en compañía de un embajador turco, fueron los dos acometidos inopinadamente á diez millas de Anco-

Más adelante hizo todavía el Papa, por medio de un propio legado, otra tentativa en este sentido en la Ciudad de las lagu-

na, según un plan premeditado ya en Junio por los enemigos de Alejandro, (v. Makuscev II, 202 s.) y despojados de sus correspondencias; el embajador turco, que debía entregar á Alejandro VI la pensión por Hixem, logró escaparse, dejando ésta en manos de los salteadores; pero Bocciardo fué hecho prisionero y retenido en Sinigaglia por el fraguador del asalto, el prefecto de Roma, Juan de la Róvere. Este dió noticia al punto á su hermano, el cardenal Julián, de tan importante suceso (cf. el despacho de un embajador publicado en los Atti Mod. IV, 334). Los documentos cogidos fueron al punto divulgados por los enemigos de los Borjas. Burchard (II, 202 sq.) y Sanudo (Spediz. 42 s.) los aceptaron como auténticos en sus historias. La investigación crítica moderna ha reconocido entre estos documentos, como indudablemente auténtica, particularmente la Instrucción para Bocciardo. Otra cosa sucede con la carta del Sultán á Alejandro VI, de 12 ó 15 de Septiembre de 1494 (sobre los ejemplares impresos v. la colección citada por Heidenheimer, Correspondenz, 519-520). Numerosos son los ejemplares manuscritos que existen, también en las Inform. polit. de la *Biblioteca de Berlin*, v. Zinkeisen 491, como asimismo en una colección de escritos de la Biblioteca de Aix en la Provenza, M. no. 835, f. 285 ss., y en el Cod. 124 [procedente de S.'Andrea della Valle] de la *Biblioteca Vittorio Emanuele de Roma*, en que propone al Pontífice, hacer desaparecer á Hixem, y le promete pagar por el cadáver 300,000 ducados. Ya Du Boulais y más tarde particularmente Ranke (Zur Kritik [2 edición] 99 y Rom. und germ. Völker [2 edición] 52), como también Brosch (Julius II, 62) han declarado que esta carta del Sultán es una falsificación. Gregorovius VII, 341 juzga, que la carta parece «falsa en la forma, pero que quizá no lo sea cuanto al contenido». Heidenheimer se ha declarado muy vivamente por la autenticidad [Correspondenz 531 ss., p. 524 se halla el dato falso, de que Raynald tuvo á su disposición el texto original de Burchard. Ni en el *Archivo segreto pontificio*, ni en la *Biblioteca Vaticana* existe el texto original del diario de *Alejandro VI* compuesto por Burchard. Aun en una colección de manuscritos difícilmente asequible, del *Archivo de los Ceremonieri del Vaticano*, la cual podría poseer el original antes que ninguna otra, se hallan solamente copias de épocas posteriores, como pude comprobarlo por la primavera de 1893. En cambio en el archivo del Vaticano se conserva un fragmento original del Diario de Burchard, el que va del mes de Agosto de 1503 hasta el mes de Mayo de 1506, cuya descripción ha dado Pieper en la *Römische Quartalschrift* VII, 392 ss. Este estudio, muy completo, es lo mejor que hasta ahora se ha dicho sobre Burchard]. Creighton III, 301 ss. es en todo del mismo parecer de Heidenheimer, y aporta algunos argumentos nuevos. También Thuasne, Djem-Sultan, 338, defiende esta autenticidad. Contra Heidenheimer, advierte Hergenröther VIII, 315; «que el manifiesto de Carlos VIII de 22 de Noviembre de 1494, prueba conocimiento de estas cartas, pero nada demuestra en su favor; pues se trataba de una maniobra del partido francés. Cipolla, 692, también se inclina al parecer de Brosch; pues hace esta observación: Fosse pur vera la lettera di Bajazet, essa non aggraverebbe punto la colpa del Borgia, il quale ad ogni modo non ricevette i promessi ducati, nè per questi fece morire Gem. En la cuarta edición de Gregorovius VII, 348, se dice respecto de la carta, que «parece apócrifa en la forma, pero que el contenido nada tiene de extraño. Heidenheimer ha procurado demostrar su autenticidad.» Ni Heidenheimer, ni Creighton conocen

nas; pero, no obstante, fué todo sin provecho (1). El Papa y el rey de Nápoles se vieron solos ante la incursión de los franceses. A 14 de Julio celebraron una entrevista en Vicovaro, para deliberar sobre los medios de defensa; y convinieron en que Alfonso, con una parte de su ejército, tomaría posiciones en Tagliacozzo, al paso que Virginio Orsini permanecería en la campaña, para tener á raya á los Colonna. La fuerza principal de las tropas pontificias y napolitanas, apoyadas por los florentinos, debían adelantarse á la Romaña, al mando de Ferrantino, hijo mayor de Alfonso y duque de Calabria, para amenazar desde allí á la Lombardía. Federico de Aragón, hermano del Rey, era comandante de la escuadra que había de conquistar á Génova.

Si este plan se hubiese realizado con rapidez y precisión, hubiera podido acaso tener buen éxito (2). Pero ya desde el principio se faltó extraordinariamente en este concepto. Daba gran cuidado al Papa el proceder de Bolonia (3), y todavía mayor, el

el escrito, ciertamente muy raro, de P. Ferrato, Il Marchesato di Mantova e l'impero Ottomano alla fine del secolo xv. Mantova 1876. Aquí se halla p. 3-5, una carta del marqués Francisco Gonzaga al Sultán, de 9 de Enero de 1495, en la que cuenta la emboscada armada junto á Ancona, y anuncia que ha logrado salvar al embajador turco Cassim Bey. Cf. para esto Heidenheimer 555. Al advertir Heidenheimer (Correspondenz 518) lo siguiente: «El aprecio y opinión que de Alejandro VI tuviese el Sultán, que residía tan lejos de Roma, depende *en parte* de la autenticidad ó no autenticidad de la más importante de estas cartas», hay que hacer esta indicación: que entonces era del todo general el que las más diversas potencias, sobre todo Venecia, proyectasen asesinatos por fines políticos. Esto se saca de Lamansky, Secrets d'état de Venise. St. Petersburg 1884. Es de interés para toda esta cuestión, que quizá nunca llegue á resolverse con completa certidumbre (en Briegers Zeitschrift, VII, 152 s. hay una excitación á hacer ulteriores investigaciones en este asunto), un *despacho del agente de Mantua en Roma, G. Brognolo, de 2 de Diciembre de 1494, en que se lee: *Ho inteso per bona via come ne le robe che sono state tolte a lo oratore del Papa che portave li 44^m ducati sono stati ritrovati certi capituli che havea sigillati esso oratore col Turcho, dove el Papa si obligava a darli la testa del fratello dandoli esso Turcho duc. 400^m et cussi erano dacordo et si iudica ch'el Papa facesse questo per poder sostenere questa impresa in favore del Re, al quale fin qui se tochato cum mano che le andato sincerissimo, etiam che tutta Roma habia sempre predichato in contrario. *Archivo Gonzaga de Mantua.*

(1) Desjardins I, 506 s.

(2) Burchardi Diarium II, 180 s. *Acta consist. del *Archivo consistorial*. Guicciardini I, c. 2. Arch. st. Napolit. XIV, 180 s. Ugolini II, 522. Delaborde, 369. Creighton III, 182. Cf. también los *breves á J. Sforza, fechados á 22 y 29 de Julio de 1494. *Archivo público de Florencia*, Urb. eccl.

(3) Llegó á tal punto, que el Papa tuvo que prohibir á los habitantes de Bolonia el recibir en sus muros tropas de Milán y concederles el pasaje. Cf. los

de los que próximamente le rodeaban, á los cuales excitaba continuamente Carlos VIII. A fin de Agosto mandó Alejandro á los cardenales fúgitivos que volvieran á Roma, so pena de ser privados de sus beneficios; pero sin resultado. Ascanio Sforza permaneció con sus amigos los Colonna, y Juliano de la Róvere con los franceses; y declaraban todos ellos en público, que Alejandro no había sido elegido legítimamente, y debía ser depuesto (1).

Carlos VIII, seguro de la alianza de Luis el Moro y de la neutralidad de Venecia, había llegado á Grenoble á 23 de Agosto de 1494. Poco antes había prohibido severamente á todos los prelados franceses, el residir en Roma y enviar allá dinero. A 29 de Agosto se despidió de su esposa, y á 3 de Septiembre pasó las fronteras de Francia y Saboya, resuelto á hacer valer con las armas, las antiguas, bien que injustificadas pretensiones de los Anjou á la corona de Nápoles (2).

La fuerza del ejército francés, en el cual iban también algunos millares de suizos, se ha exagerado grandemente por mucho tiempo (3). Una más sobria investigación calcula, que había en el ejército de tierra unos 31,500, y en el de mar unos 10,400 hombres, á los cuales acompañaba una artillería considerable para las circunstancias de la Italia de entonces (4). El joven monarca que guiaba este ejército, era pequeño de cuerpo y débil, y con su cabeza grande y delgadas piernas, producía la impresión más desfavorable. «El rey de Francia—escribe el embajador veneciano Zaccaría Contarini—es de mísero aspecto, feo de rostro, con grandes ojos sin brillo, que dicen antes poco que mucho, de nariz aguileña excesivamente grande, y gruesos labios siempre abiertos. Hace de continuo con la mano, gestos feos y convulsivos, y habla arrasando las palabras» (5). Este hombre pequeño y de poca aparien-

* breves fechados en Roma á 19 de Agosto de 1494 (*Archivo público de Milán*, Autogr. III) y 2 de Septiembre de 1494 en el *Archivo público de Bolonia*.

(1) Sanudo, *Spediz.* 64. Cf. Balan, 315.

(2) Delaborde, 388, 391, 397. Cf. Thuasne, *Djem-Sultan*, 328. V. d. Haeghen demuestra en la *Rev. hist.* XXVIII, 28 ss., que la bula de Clemente IV en favor de Carlos de Anjou no contiene ningún fundamento jurídico para la empresa de Carlos VIII.

(3) Gregorovius VII^a, 339 (4.^a edición, 345) indica todavía 90000 hombres, Villari, *Savonarola I*^o, 219, 60000.

(4) Delaborde, 324 s. Cf. Mülinen, 128.

(5) Albèri, *Serie I*, VI, 15. V. también Baschet, *Dipl. vénét.* 325. Cf. el retrato de Carlos VIII según un busto de barro cocido del museo nacional de

cia, cuya fealdad repelía formalmente á los italianos, sensibles de un modo especial en este concepto (1), fraguaba en su cabeza los más extensos planes. Tenía intención de conquistar el Reino de Nápoles, y coger á Italiā entre el nuevo dominio francés y la metrópoli; ganar un imperio—¿cuál?, si el romano de Oriente ó de Occidente, quedaba por entonces indeciso,—haciendo de nuevo el Pontificado dependiente de Francia, y á sí mismo Señor de Europa». Por lo que toca á la guerra prometida por el Rey contra los turcos para la conquista de Jerusalén, no deja de ofrecer dificultades el creer en la seriedad de semejante designio. Pero sin duda alguna la expedición á Italia, por todos conceptos extraordinariamente atractiva para un conquistador, era obra personal suya; en sus consejeros y generales sólo había hallado Carlos VIII estorbos, y su pobre pueblo no quería oír hablar de una sangrienta guerra de conquista. Mas el Rey impuso su voluntad y dirigió aquella empresa, que había de tener por consecuencia un completo trastorno en el estado actual de las relaciones mutuas de los Estados del Sud y Sudoeste de Europa (2).

Florenzia en la obra de Delaborde (sobre el busto, cf. Reymond en el Bull. archéol. 1895), y allí mismo, 241, un retrato todavía más horroroso, cuyo original se halla en la biblioteca nacional de París. En la firma de Carlos VIII, cuyo facsímile trae Delaborde, 245, se dejan ver los movimientos nerviosos de sus manos, mencionados por Contarini.

(1) Lo Re di Francia, escribe Sebastiano da Branca de' Talini, era lo piu scontrofatto homo che viddi alli di miei, piccolino, ciamaruto, lo piu brutto viso che havesse mai homo. Creighton IV, 292; aquí mismo, III, 191, nota 1, hay todavía otras sentencias de italianos. Carlos VIII era en efecto, cuanto al cuerpo, el verdadero contraste de Felipe el Hermoso, á quien Villani, Cronica, IV, 4, llama il piu bello Cristiano che si trovasse al suo tempo.

(2) Höfler, Joh. v. Brandenburg, 7, y Markgraf en Sybels Hist. Zeitschr. LXV, 552. V. también Fumi, Alessandro VI, 17.

CAPÍTULO III

Marcha triunfal de Carlos VIII por Lombardía y Toscana hacia Roma.—Apuros y falta de consejo de Alejandro VI.—Ostia en posesión de los Colonna.—Defección de los Orsini.—Los franceses en Roma.

«Pronto verás cuál los tiranos caen
y toda Italia es conquistada,
en su hondo oprobio, en su vergüenza y daño
Pronto también serás tú presa, ¡oh Roma!
¡La espada veo del divino enojo
sobre ti descargar! El tiempo es breve
y rápidos deslízanse los días.

.....
Mi Señor quiere renovar la Iglesia
de Cristo, y convertir á los gentiles,
y habrá un solo Pastor y una grey sola.
Mas antes toda Italia en luto acerbo
verterá tanta sangre, que á muy pocos
reducidos serán sus moradores».

.....

En estas palabras condensa Fra Benedetto las profecías de su maestro Savonarola; el cual había anunciado, en los sermones cuaresmales de 1494, el advenimiento de un nuevo Ciro, que cruzaría victoriosamente la Italia sin hallar resistencia ni romper una lanza (1).

(1) Villari, Savonarola (edición alemana), I, 134. Cf. arriba p. 143.

cia, cuya fealdad repelía formalmente á los italianos, sensibles de un modo especial en este concepto (1), fraguaba en su cabeza los más extensos planes. Tenía intención de conquistar el Reino de Nápoles, y coger á Italiā entre el nuevo dominio francés y la metrópoli; ganar un imperio—¿cuál?, si el romano de Oriente ó de Occidente, quedaba por entonces indeciso,—haciendo de nuevo el Pontificado dependiente de Francia, y á sí mismo Señor de Europa». Por lo que toca á la guerra prometida por el Rey contra los turcos para la conquista de Jerusalén, no deja de ofrecer dificultades el creer en la seriedad de semejante designio. Pero sin duda alguna la expedición á Italia, por todos conceptos extraordinariamente atractiva para un conquistador, era obra personal suya; en sus consejeros y generales sólo había hallado Carlos VIII estorbos, y su pobre pueblo no quería oír hablar de una sangrienta guerra de conquista. Mas el Rey impuso su voluntad y dirigió aquella empresa, que había de tener por consecuencia un completo trastorno en el estado actual de las relaciones mutuas de los Estados del Sud y Sudoeste de Europa (2).

Florenzia en la obra de Delaborde (sobre el busto, cf. Reymond en el Bull. archéol. 1895), y allí mismo, 241, un retrato todavía más horroroso, cuyo original se halla en la biblioteca nacional de París. En la firma de Carlos VIII, cuyo facsímil trae Delaborde, 245, se dejan ver los movimientos nerviosos de sus manos, mencionados por Contarini.

(1) Lo Re di Francia, escribe Sebastiano da Branca de' Talini, era lo piu scontrofatto homo che viddi alli di miei, piccolino, ciamaruto, lo piu brutto viso che havesse mai homo. Creighton IV, 292; aquí mismo, III, 191, nota 1, hay todavía otras sentencias de italianos. Carlos VIII era en efecto, cuanto al cuerpo, el verdadero contraste de Felipe el Hermoso, á quien Villani, Cronica, IV, 4, llama il piu bello Cristiano che si trovasse al suo tempo.

(2) Höfler, Joh. v. Brandenburg, 7, y Markgraf en Sybels Hist. Zeitschr. LXV, 552. V. también Fumi, Alessandro VI, 17.

CAPÍTULO III

Marcha triunfal de Carlos VIII por Lombardía y Toscana hacia Roma.—Apuros y falta de consejo de Alejandro VI.—Ostia en posesión de los Colonna.—Defección de los Orsini.—Los franceses en Roma.

«Pronto verás cuál los tiranos caen
y toda Italia es conquistada,
en su hondo oprobio, en su vergüenza y daño
Pronto también serás tú presa, ¡oh Roma!
¡La espada veo del divino enojo
sobre ti descargar! El tiempo es breve
y rápidos deslízanse los días.

.....
Mi Señor quiere renovar la Iglesia
de Cristo, y convertir á los gentiles,
y habrá un solo Pastor y una grey sola.
Mas antes toda Italia en luto acerbo
verterá tanta sangre, que á muy pocos
reducidos serán sus moradores».

.....

En estas palabras condensa Fra Benedetto las profecías de su maestro Savonarola; el cual había anunciado, en los sermones cuaresmales de 1494, el advenimiento de un nuevo Ciro, que cruzaría victoriosamente la Italia sin hallar resistencia ni romper una lanza (1).

(1) Villari, Savonarola (edición alemana), I, 134. Cf. arriba p. 143.

El *Ciro redivivo* realizó, á 5 de Septiembre de 1494, su entrada en Turín, y aunque hubiera sido Carlos VIII el soberano de Saboya, no se le hubiera podido disponer un recibimiento más brillante y alegre; y lo propio sucedió en todo el país. En Chieri salieron á su encuentro los niños, con las armas de Francia; en Asti le saludaron Luis Sforza, Hércules de Ferrara y el cardenal Juliano della Róvere. El monarca francés por su parte, ponía todos los medios para recordar las antiguas profecías, y causar viva impresión en la fantasía de los italianos. En la blanca bandera de seda de su ejército, se veían, junto á las armas de Francia, las palabras: «Voluntas Dei»; y «Missus á Deo» (enviado de Dios) (1).

Durante su permanencia en Asti, recibió Carlos la noticia de la victoria que su cuñado Luis de Orleáns había obtenido en Rappallo contra Federico de Aragón, y el efecto moral de este buen suceso, fué poderoso en Italia; pero en aquel momento se puso en contingencia la continuación de la empresa, por la repentina enfermedad de Carlos VIII. Con todo eso, el Rey se restableció pronto, y manifestó que perseveraba en su plan. A 14 de Octubre entró triunfalmente en Pavía, y á 18 llegó á Plasencia, donde un emisario del Papa hizo inútiles esfuerzos para obtener del Rey que renunciara á sus proyectos sobre Nápoles. En Plasencia recibió Carlos la noticia de la muerte del desgraciado duque de Milán, Juan Galeazzo. Luis el Moro consiguió entonces el objeto de sus deseos: el trono ducal de Milán (2). Poco después llegó la noticia de que Catalina Sforza y su hijo Octaviano se habían declarado por Francia, con lo cual comenzó en el teatro de la guerra de Romanía una mudanza desfavorable para Alfonso y Alejandro VI. Por el mismo tiempo pasaron las tropas de los franceses desde la Lunigiana el Col de la Cisà, y acamparon delante de la fortaleza de Sarzana (3).

(1) Delaborde, 397, 420. Balan, R. Boschetti I, 24. Grauert en el Hist. Jahrb. XVII, 819.

(2) El rumor que circuló en seguida (Malipiero VII, 320), de que Ludovico Moro (sobre su índole cf. Müntz, *Renaiss.* 216 s., 273) había envenenado á su hermano, según todo lo que parece no es fundado, como recientemente ha demostrado Magenta I, 535 s. Alejandro VI dió el pésame á L. Moro el 9 de Noviembre de 1494; v. *Notizenblatt*, 1856, 444 s. Sobre la investidura de Milán, que Maximiliano I concedió á Ludovico, v. *Ulmann I*, 225 s.

(3) Delaborde, 400 s., 406 s., 420, 427, 431-432. Cf. *Arch. st. Napolit.* IV, 786 s.

Las noticias sobre el incesante avance de los bárbaros extranjeros, produjeron en toda Italia una consternación indescriptible. Hasta entonces estaban acostumbrados á las guerras de burlas de los mercenarios; ahora se veía la guerra real, con todos sus horrores y toda su realidad sangrienta. La fama acrecentaba todavía más los hechos, y hablaba de muchedumbre inmensa de hombres gigantescos, de caracteres salvajes y de armas invencibles (1). En Roma era todavía mayor el pánico, porque los Colonna y los Savelli, animados por Ascanio Sforza, se declararon en abierta rebelión. A 18 de Septiembre los Colonna llegaron á apoderarse á traición de Ostia, donde izaron la bandera francesa (2). La ocupación de la desembocadura del Tíber era tanto más amenazadora para Alejandro VI, cuanto que no tardaron en aparecer allí galeras francesas. El Papa temiendo también la pérdida de otras ciudades del Estado de la Iglesia (3), tomó consejo con Virginio Orsini, y se resolvió á hacer la guerra á los sublevados (4). A 6 de Octubre se les envió la última intimación para que depusieran las armas; se congregaron tropas y se resolvió enviar á Carlos VIII al cardenal Piccolomini. El monarca francés, en un escrito á sus embajadores en Roma, tomó abiertamente bajo su protección á los Colonna; y al propio tiempo, hizo anunciar al Papa, que había hecho voto de visitar los santos lugares de Roma y esperaba estar allí por la fiesta de Navidad (5).

Fué dicha para Alejandro VI, que los Colonna tuvieran pocos hombres de guerra; pues voluntad de dañar al Papa, no le faltaba. Así, se descubrió un proyecto que no tenía menor objetivo que

(1) Villari, Savonarola I^a, 203. Gaspari II, 339 s.; aquí, 337 s., deja ver el autor el eco que halló la gran calamidad nacional en las poesías de entonces. La crueldad de los franceses en la conquista de Rapallo aumentó el espanto; cf. F. Ricciardi da Pistoja, Ricordi, 4-5.

(2) Sigismondo de' Conti II, 65, quien dice de la ciudadela de Ostia: a qua urbs Roma propter comeatum quasi spiritum ducit. Cf. también Burchardi Diarium II, 186. Balan, 317 y la **relación de Brognolo, fechada en Roma á 22 de Septiembre de 1494. *Archivo Gonzaga de Mantua*. En 22 de Septiembre de 1494, Alejandro VI escribió al dux sobre la perfidia et insolentia de los Colonna y Orsini y le pidió socorro; en 28 de Septiembre pidió á los soberanos de España que le ayudasen á reconquistar á Ostia. Estos *breves se hallan en el *Archivo público de Venecia*.

(3) Cf. el breve á Orvieto, de 21 de Septiembre de 1494, publicado por Fumi, Alessandro VI, 73.

(4) **Relación de Brognolo de 22 de Septiembre de 1494, loc. cit.

(5) Delaborde, 419-420. Cf. Thuasne, Djem-Sultan, 329.

apoderarse de Hixem, sublevar á Roma y detener al Papa; al propio tiempo debía estallar una rebelión en la parte sud del Estado de la Iglesia. Contra semejantes sorpresas procuraron asegurarse Alejandro VI y Alfonso, llevando á Hixem al castillo de Sant Angelo, proscribiendo á los Colonna y enviando tropas contra ellos. Mas aun cuando los Colonna no se hallaban en situación de realizar sus vastos planes; su rebelión tuvo, sin embargo, el efecto de embarazar al rey de Nápoles, para que no dificultara á los franceses con todas sus fuerzas su camino por la Romaña (1).

Carlos VIII había entretanto penetrado en Toscana; y de tal manera se le dejó de oponer resistencia, que los franceses se maravillaban de su propia fortuna. «El mismo Dios—exclama repetidas veces Commynes—favorece nuestra empresa.» Descubiertamente se mostraba la corrupción moral y política, velada por una cultura exquisita, de la Italia de entonces, la inmensa desunión y la miopía y egoísmo de los varios Estados. Piero de' Médici se dirigió á 26 de Octubre al campamento francés, y sin disparar un tiro, entregó al conquistador extranjero las plazas fuertes de su tierra. Pero, en vez de salvarle, este paso condujo directamente á la ruina al indigno hijo de Lorenzo. «Ha llegado la espada—exclamaba Savonarola á 1 de Noviembre, en el púlpito de la catedral de Florencia;—las profecías se cumplen, el castigo comienza; el Señor es quien trae ese ejército.» Al influjo de la poderosa palabra de aquel dominico se debe atribuir que, á pesar de la general excitación, no se produjeran en Florencia mayores excesos, y se realizara con relativa tranquilidad la inevitable caída de los Médici. A 9 de Noviembre se levantaron los florentinos al grito de: ¡Pueblo y libertad!—¡Abajo las Palle! (seis bolas rojas en campo de oro, blasón de los Médici); Piero de' Médici y su hermano el cardenal, huyeron, mientras la muchedumbre saqueaba su palacio y dispersaba sus preciosas colecciones artísticas (2).

(1) Cf. Desjardins I, 457-458; cf. 463-456, 467 s., 475. Ghirardacci, Storia di Bologna, escribe al año 1494: Il papa promette di fare cardinale Antonio Galeazzo figliolo del Sig. Giovanni con patto che non si dia il passo al Re di Francia. Cod. 768 de la *Biblioteca de la Universidad de Bolonia*.

(2) Villari, Savonarola I^a, 224 ss. Perrens, Hist. de Florence II, 69 ss., 84 ss. Sobre el saqueo del palacio de los Médici, cf. Delaborde, 445 s., y además Sigismondo de' Conti II, 72.

Carlos VIII había entrado en triunfo en Lucca á 8 de Noviembre. Allí encontró al cardenal Piccolomini, enviado por Alejandro VI para procurar un convenio (1); mas el monarca francés no le admitió á su presencia; él mismo quería ir á la Ciudad eterna para tratar directamente con el Papa (2). Lo que esto significara, no podía dudarle ni un instante Alejandro VI. El cardenal Piccolomini le había notificado ya á 4 de Noviembre, desde Lucca, que los franceses amenazaban, que su Rey iría á Roma para reformar la Iglesia (3). A 9 de Noviembre fué saludado Carlos VIII por los habitantes de la ciudad de Pisa, como su libertador de la tiranía de los florentinos; y allí recibió á Savonarola y á los otros enviados de Florencia. El atrevido dominico le saludó como Rey cristianísimo, enviado por el Señor para librar á Italia de sus sufrimientos y reformar la Iglesia; y le amonestó á que se mostrara misericordioso, en particular con Florencia; pues, de lo contrario, le castigaría Dios con terribles azotes (4).

A 17 de Noviembre llegó el ejército francés á la ciudad del Arno, festivamente engalanada. El pueblo gritaba: «¡Viva Francia!»; pero á las fiestas del recibimiento siguieron negociaciones que tomaron un giro difícil. Se llegó por fin á establecer las siguientes condiciones: Carlos recibió el título de protector y restaurador de la libertad florentina, y 12,000 ducados de oro; las fortalezas no debían estar ocupadas más allá de dos años; y en

(1) El nombramiento de legatus de latere para el rey francés, que recayó en la persona de Piccolomini, se hizo el 1 de Octubre; su partida se realizó el 17. *Acta consist. del *Archivo consistorial*. Según esto, hay que corregir á Delaborde 447. El decreto para Piccolomini de 8 de Octubre de 1494, se halla en Raynald 1494 n.º 16. Alejandro VI anunció á Carlos VIII el envío próximo de Piccolomini, por un breve, fechado en Roma á 10 de Octubre de 1494. *Archivo público de Venecia*. La *littera passus para el cardenal Piccolomini, ad car. in Christo filium nostrum Carolum Francor. regem ill. in presentiarum in partibus Italiae constitutum et ad universam Italiam ad quemcunque ipsius Italiae loca, ad que eum declinare contingeret. Dat. Rom. 16. Cal. Nov. 1494, se halla en el Regest. 879, f. 294. *Archivo secreto pontificio*.

(2) Sanudo, Spediz. 110. Sigismondo de' Conti II, 71. Allegretti 830.

(3) Aiunt etiam multo vulgo inter illos iactari, regem Romam venturum et statum Romanae ecclesiae reformaturum. Carta del cardenal Piccolomini á Alejandro VI, fechada en Lucca á 4 de Noviembre de 1494, publicada por Acton 354, n.º 5. La *carta sin duda está tomada de la *Biblioteca de S. Marcos de Venecia*. Acton no indica su fuente.

(4) Villari, Savonarola Iª, 239 s. Delaborde 447, 450. Perrens, Savonarola 143 s. é Hist. de Florence II, 81 s. Sobre las relaciones de Carlos VIII con Pisa v. Fanucci, Le relazioni di Pisa e Carlo VIII. Pisa 1892.

caso que terminase la guerra contra Nápoles, habían de restituirse antes. Quedó también acordado el destierro de los Médici (1).

Por este tiempo logró el hermano del cardenal Juliano sorprender, á diez millas de Ancona, á Bocciardo, que regresaba acompañado de un embajador turco, tomándole el dinero de la anualidad de Hixem, y toda la correspondencia que llevaba (2). Con este acaecimiento se ha querido relacionar el manifiesto que dirigió Carlos VIII, á 22 de Noviembre, á toda la Cristiandad, como si fuera al propio tiempo Emperador y Papa. En él declaraba, con las más grandilocuentes palabras, que sus intenciones no se dirigían á la conquista, sino que, á imitación de sus predecesores, pretendía sólo arruinar la potencia de los turcos y libertar la Tierra Santa; sólo para este fin quería tomar posesión del reino de Nápoles, que le pertenecía. Del Papa no deseaba otra cosa, sino que le diera libre paso y atendiera á su ejército en los Estados de la Iglesia; si esto se le negaba, estaba resuelto á obtenerlo por fuerza, y ya desde ahora protestaba contra todas las funestas consecuencias que se siguieran, y se reservaba renovar esta protesta ante toda la Iglesia y todos los príncipes cristianos, á quienes convocaba para la expedición contra los turcos. El manifiesto se publicó en latín y en francés, y muy pronto fué traducido también al alemán y reproducido por la imprenta (3).

Este escrito de Carlos VIII contenía, para Alejandro VI, la amenaza, ya apenas velada, del concilio y la deposición, y era la última presión que el monarca francés ejercía sobre el Papa. Car-

(1) Landucci 80 s. Sanudo, Spediz. 133 s. Simone Filipepi publicado por Villari-Casanova 456 s. F. Ricciardi da Pistoja, Ricordi 13 s. Delaborde 457 s. Perrens, Hist. de Florence II, 95 s. Arch. st. ital. 1. Serie I, 362-375; IV, 2, 47 s. Revue d'hist. dipl. I (1887), 593 s. Reumont en la Allg. Zeitung 1875, n.º 103 supl., se ha declarado contra Ranke, (Zur Kritik 17, 41), quien pone en duda la famosa escena entre Capponi y el secretario de Carlos VIII. Delaborde l. c. y Reinach en el Recueil des instructions aux ambassadeurs de France X (Paris 1893), XLVI son de opinión, que Guicciardini ha exagerado mucho las cosas.

(2) V. arriba p. 420, not. 3.

(3) Como una bula (sous la forme d'un bref, dice Pilorgerie 101) empieza el manifiesto (que se halla en Malipiero VIII, 325-327 y Sigismondo de' Conti II, 73-76, pero no con entera conformidad) con estas palabras: Carolus Dei gratia Francorum rex universis Christi fidelibus praesentes litteras inspecturis zelum catholicae fidei et salutem in domino sempiternam. Considerantes attentius etc. Cf. Delaborde 480-481. Heidenheimer, Correspondenz 541 ss. Thuasne, Djem-Sultan 340, se declara contra aquellos que ponen en relación el manifiesto con las cartas cogidas al embajador turco.

los VIII pudo esperar que por medio de este paso obtendría más pronto un éxito decisivo, por cuanto le era muy bien conocido el grande apuro en que el Papa se hallaba.

Las noticias acerca de los avances del francés, y la absoluta falta de esperanza de recibir auxilios de Venecia (1) ó de otra parte alguna, habían quitado á Alejandro VI, ya en Octubre, todos sus ánimos. El rey de Nápoles le apremiaba á que procediese con armas espirituales contra Carlos VIII y Luis el Moro; pero el Papa no accedió á ello. Alfonso se quejó también al embajador florentino de la economía de Alejandro VI, de su nepotismo y de su timidez (2); y fácilmente se saca de las relaciones del nombrado embajador, que Alfonso no se sentía ya seguro del apoyo del Papa. Alejandro VI se hallaba, en realidad, en muy mala situación. Los barones rebeldes hacían inseguras las cercanías de Roma; buques franceses enviaban continuamente refuerzos, así á los defensores de Ostia, como á los Colonna y los Savelli. Todos estos enemigos decían públicamente, que el rey de Francia haría deponer al Papa en un concilio. Cuáles fueran los sentimientos de Carlos lo descubriría su manifiesto de 22 de Noviembre, y en la comitiva del rey se hallaba un hombre que podía dar el mejor testimonio acerca de la simonía cometida en la elección de Alejandro: es á saber, el cardenal Juliano della Róvere. Alejandro VI miraba al porvenir con grande ansiedad, y Sanudo refiere expresamente, su temor de que Carlos decretaría su deposición y le opondría un anti-papa (3).

En tales circunstancias crefase, en el partido contrario, en la posibilidad de ganar todavía al Papa á última hora en favor de Francia. Dos tentativas se hicieron en este sentido: á 2 de Noviembre fué á Roma el cardenal Ascanio Sforza y celebró con el Papa

(1) En 5 de Julio de 1494, Alejandro VI anunciaba en un *breve (*Archivio público de Venecia*) el envío del obispo de Calahorra; después, en 22 de Septiembre de 1494, pedía directamente la asistencia de Venecia (v. arriba p. 427), pero todo sin ningún éxito; cf. Desjardins I, 517. Cuán cautamente se portaron los venecianos respecto de Carlos VIII ya desde 1493, se saca de los documentos publicados por Perret, *La mission de Péron de Baschi à Venise*, en la *Bibl. de l'École des chartes* LII, 285-298.

(2) Cf. Desjardins, I, 466, 472, 477, 481, 483. Ya en una *carta, fechada en Roma á 5 de Julio de 1494, habla Taberna de los intentos de nepotismo de Alejandro, quien quería enriquecer á los suyos con los bienes de los Colonna. *Archivio público de Milán*.

(3) Sanudo, *Spediz*. 115.

varias largas conferencias, la primera de las cuales duró ya cinco horas y no terminó hasta la media noche. Ascanio propuso eficazmente á Alejandro los peligros que le amenazaban por parte del monarca francés, y procuró moverle á una actitud neutral. Mas el Papa parece haber contestado, que antes quería perder su corona, su reino y su vida, que abandonar á Alfonso; y el hecho es que Alejandro meditaba por entonces la huida, y preguntó á Venecia si podría encontrar allí un asilo. A la salida de Ascanio hubo quien pretendió observar que iba con alegre rostro, y así muchos creyeron había obtenido una secreta inteligencia con el Papa (1); pero realmente no era así. Pocos días después hizo Pandolfo Collenuccio, por encargo del duque de Ferrara, una nueva tentativa de ganar á Alejandro VI para Francia; mas el Papa declaró, prefería abandonar á Roma, y aun perder su reino y su vida, á venir á ser esclavo del monarca francés, el cual quería alzarse con el señorío de toda Italia (2). Cuando á 14 de Noviembre llegó la noticia de que Carlos no había querido recibir al cardenal Piccolomini, se le envió en seguida, como nuevo legado, al cardenal francés Peraudi (3), con el encargo de comunicar á Carlos VIII, que Alejandro VI quería salirle al encuentro, para deliberar con él acerca de la cruzada. Mas el astuto Rey declinó este honor, declarando quería mostrar su reverencia al Papa en su propio palacio. Al propio tiempo logró el Rey ganar para sí enteramente

(1) Sanudo l. c. Burchardi Diarium, ed. Thuasne II, 194 s.; cf. 646 s. Bernardi I, 2, 36. Pertenece también á este lugar un *breve de Alejandro VI á L. Moro, fechado en Roma á 26 de Octubre de 1494. *Archivo pubblico de Milán*.

(2) Sobre la comisión de P. Collenuccio, v. las relaciones del Archivo público de Módena, publicadas por Balan V, 323 é I Papi ed i vespri Siciliani con doc. inediti (terza ediz. Rōma 1882) 95. Probablemente pertenece á este tiempo una *relación de embajador, desgraciadamente sin fecha, en cuya posdata se lee: Non mi pare anche tacere che presentelo ambar^o Spagnolo la S^{ta} Sua dixte chel Re de Franza la menazava de concilio et altre cose et quando se venesse a questo deliberava anche intendere se la muliere ha la Christ^{ma} Sua è vera muliere o femina e che procederla alle censure etc. Al che io rispose (sic!) che la S^{ta} Sua volesse abstenirse da simile parole perche la doveva sapere che papa Innocentio provedete a questa cosa talmente che la Christ^{ma} Sua po tenere sanctam^a la regina per sua vera consorte et che iterum la pregava ad non farne parola. *Archivo pubblico de Milán*, s. d.

(3) *Die 14 Novemb. 1494 litteris r^{mi} dⁿⁱ card^{is} Senensis ad pontificem sacro senatui constitit, christianiss. regem Franciae se legatum noluisse admittere; ea de causa eo die car^{is} Gurcensis (ms.: Cruccensis) regem adivit. Ex manuscriptis manu propria Juliani Secundi diaconi card^{is} Caesarini temp. Alex. VI. et Julii II. S. P. Cod. XXXIII, 48. *Biblioteca Barberini de Roma*.

al cardenal Peraudi, sinceramente entusiasta de la cruzada. El fracaso de la política de Alejandro VI era completo (1). Desesperado, envió entonces como tercer mensajero al cardenal Sanseverino, que había estado un tiempo en Francia y pertenecía al partido de Ascanio, para detener el avance de los franceses; pero Carlos VIII le declaró también á él, que su firme resolución era celebrar la fiesta de Navidad con el Papa en Roma, y tratar allí todos los asuntos. Con precipitada celeridad (recorriendo en 36 horas las 100 millas que separan á Sena de Roma) llevó Sanseverino al Papa esta noticia (2). Poco después llegó la terrible nueva de que los habitantes de Viterbo habían abierto las puertas al enemigo; el gobernador pontificio había huído, y Virginio Orsini con los suyos había llegado tarde. El avance de los franceses fué tan súbito, que Julia Farnese, que se hallaba en camino, cayó en manos del enemigo; pero fué puesta en libertad poco después á solicitud de Alejandro VI. El embajador que da cuenta de esto cierra su relación con estas palabras: «El monarca francés no hallará en Roma la menor resistencia» (3).

El Papa buscó todavía por todas partes, en torno de sí, auxilio contra el terrible «peregrino». A 24 de Noviembre llamó al emisario de Maximiliano, Príncipe de Anhalt. «Carlos VIII, decía, no sólo aspira al señorío de las regiones italianas que pertenecen al Imperio, sino al Imperio mismo. El (el Papa) jamás daría, es verdad, su consentimiento para esto, aun cuando le pusieran el cuchillo á la garganta.» A lo cual añadía la petición de que el Embajador moviera al Rey de Romanos á intervenir como protector de la Iglesia (4). También suplicó Alejandro VI á los embajadores de Venecia le dieran auxilio (5).

La confusión aumentaba en Roma de día en día. Por la parte

(1) Delaborde, 478; *ibid.* 403 habla el autor del celo de Peraudi por la cruzada. Cf. también Schneider, Peraudi, 35 ss., é *Hist. Jahrb.* VI, 456 s. Sobre el itinerario de Peraudi, cf. una *carta del cardenal Piccolomini á Alejandro VI, fechada en Sena á 20 de Noviembre de 1494. En ella, el cardenal Piccolomini da el parabién al Papa con motivo del envío de Peraudi y advierte: *Heri vespere hanc urbem ingressus est rev. Car^{us} Gurcens.* Yo hallé el original de esta carta en el precioso Cod. X, 174 de la *Biblioteca de S. Marcos de Venecia*.

(2) Sanudo, *Spediz.* 146-147.

(3) V. en el apéndice, n.º 28, la *relación de Brognolo de 29 de Noviembre de 1494. *Archivo Gonzaga de Mantua*.

(4) Burchardi *Diarium* II, 198-199.

(5) Sanudo, *Spediz.* 149.

del mar estaba la ciudad bloqueada por Ostia y por la de tierra por los Colonna, de suerte que se hacía ya sentir la falta de mantenimientos (1). Las puertas de la Ciudad se cerraron con cadenas, y algunas se tapiaron, y el castillo de Sant Angelo se puso en estado de defensa. Decíase que Alejandro, para escapar á la deposición con que le amenazaban los franceses, huiría á Venecia ó Nápoles. El cardenal Sanseverino recomendó al Papa se reconciliara con el cardenal Sforza, que estaba con Carlos VIII en las más íntimas relaciones (2). También se tentó este camino. A 2 de Diciembre volvió todavía á Roma Ascanio Sforza; y en su nombre trataron los cardenales Sanseverino y Lunati con el hombre de confianza del Papa, Juan López; parecía que se iba á obtener la unión, y Ascanio Sforza y Próspero Colonna debían luego dirigirse á Viterbo. Pero cuando quisieron partir, á 9 de Diciembre, fueron presos por orden del Papa, junto con los cardenales Lunati y Sanseverino. Al enviado francés se le declaró, que no se podía permitir á Carlos VIII el paso por los Estados de la Iglesia (3). ¿Cómo podía el Papa obrar de esta manera? La explicación no es difícil. El duque de Calabria, Julio Orsini y el conde de Pitigliano, acampaba en Roma con el ejército de Nápoles. A 10 de Diciembre entraron en la Ciudad (4); Alejandro confiaba que, con la prisión de dichos cardenales y de Próspero Colonna, volvería á recobrar la importante posición de Ostia, y los habitantes de la Campania se levantarían contra los franceses; pero ninguna de

(1) Balan, V, 330.

(2) En una *carta fechada en Marino el 12 de Noviembre de 1494, A. Sforza expresa al rey de Francia el gozo que le han causado las cartas reales, que le han anunciado la llegada de Carlos VIII á Sena. Dice que nada le ha sido más agradable que videre et venerari Maj^{tas} Vest. *Archivo público de Milán*.

(3) Burchardi Diarium II, 199 sq. Sanudo, Spediz. 149 s. Bernardi I, 2, 36 s. Se ha publicado en el Notizenblatt, 1856, 445-446 una demanda de socorro dirigida por el Papa á Ludovico Moro, en 4 de Diciembre de 1494, á la que va añadida una posdata escrita de mano de Alejandro VI. En esta demanda se presuponen las negociaciones con A. Sforza. Zurita, 50^a s. Relaciones de embajadores citadas por Delaborde, 495 s. y Balan V, 330 s. Cf. también la **relación de G. Brognolo, fechada en Roma á 11 de Diciembre de 1494. *Archivo Gonzaga de Mantua*. V. además **Sommario de le lettere di Steph. Taberna et M. Mapheo de Trivilio a Nepe a di 17 de Decemb. 1494. *Archivo público de Milán*.

(4) In questhora el duca de Calabria è entrato dentro (di) Roma col S. Virginio et conte da Pitigliano. *Despacho de Brognolo, fechado en Roma á 10 de Diciembre de 1494. *Archivo Gonzaga de Mantua*. Cf. Gregorovius VII^o, 348 (4 edición, 354).

estas cosas se verificó y Carlos, sin hallar seria resistencia, siguió adelantando, favorecido por la extraordinaria benignidad del tiempo (1).

Considerándolo más de cerca, conoció el Papa, cada vez mejor, que el ejército napolitano no podía resistir al francés; y por esta causa requirió á los más distinguidos de los alemanes y españoles residentes en Roma, para que organizaran militarmente á sus nacionales. El primer Maestro de ceremonias, Burchard, convocó á los alemanes en el hospital del Ánima; mas allí se resolvió no consentir con el deseo del Papa, porque hubieran tenido que obedecer á los presidentes de los distritos de la Ciudad (2). Entre tanto Alejandro se hallaba de hora en hora más falto de consejo. «Ya quería defenderse, ya reconciliarse, ya abandonar la Ciudad.» A 18 de Diciembre, refiere Burchard, se había empaquetado en el Vaticano todo, hasta las camas y la vajilla de mesa, para huir; todo lo demás se había enviado al castillo de Sant'Ángelo, y los caballos de los cardenales estaban dispuestos (3). De acuerdo con esto refiere el embajador milanés el mismo día 18 de Diciembre, ser cierto que el Papa huiría aquella noche, llevándose consigo á los cardenales presos (4); pero nada de esto sucedió; á la verdad, á causa de que la fuga apenas era ya posible.

A 17 de Diciembre los franceses habían tomado á Civitavecchia (5), y sin comparación más trascendental fué la defección de los Orsini, en cuyo fuerte castillo de Bracciano estableció su cuartel general el monarca francés á 19 de Diciembre (6). El mismo día aparecieron las primeras avanzadas francesas en el Monte Mario; y desde las ventanas del Vaticano, podía Alejandro VI ver

(1) Delaborde, 500.

(2) Burchardi Diarium II, 201 sq.

(3) Burchardi Diarium II, 211. Reumont III, 1, 215.

(4) *Per duplicate mie V. S. Ill. haverá inteso la detentione del ill. suo fratello. Al presente quella sera avisata come è publico et certo nome chel papa [e] el duca de Calabria partiranno questa nocte et menaranno cum se M^{re} Ascanio, S. Severino et S. Prospero per haver mandato questa nocte passata circa doe squadre ad preparar et assecurare el camino de Tibuli et evacuato tucte le robbe de palazzo insino a la sacristia. Despacho de F. de Curte á Ludovico Moro, fechado en Roma á 18 de Diciembre de 1494. *Archivo publico de Milán*.

(5) **Relación de Stef. Taberna y de M. de Trivilio de 17 de Diciembre de 1494. *Archivo publico de Milán*.

(6) Sigismondo de' Conti II, 84.

cómo los caballeros enemigos hacían galopar sus caballos en las praderas delante del castillo de Sant-Ángelo (1). El cardenal Sanseverino fué entonces puesto en libertad, para que pudiera tratar con Carlos VIII. Entretanto se agravaba en Roma la falta de víveres hasta hacerse intolerable; y los romanos-mandaron decir al Papa, por sus diputados, que si no se entendía con el rey de Francia en el plazo de dos días, ellos mismos le llamarían á la ciudad (2).

El duque de Calabria aconsejó á Alejandro huyera á Nápoles, y le prometió 50.000 ducados de renta anual, y juntamente la fortaleza de Gaeta; y sobre la base de este ofrecimiento, se ajustó un tratado que no esperaba ya sino la suscripción del Papa (3); pero á última hora mudó Alejandro de consejo. Resolvió poner en libertad al cardenal Sforza, no irritar más al rey de Francia con ulterior resistencia, y permitirle la entrada en la Ciudad. El día de Navidad por la mañana, comunicó esta resolución á los cardenales y al duque de Calabria. Para éste envió Carlos VIII un salvoconducto (4); después de lo cual, el Duque abandonó á Roma con sus tropas el mismo día, dirigiéndose primero á Tívoli, y luego á Terracina (5). Por la noche llegaron á Roma tres emisarios franceses, cuya comitiva tomó sin miramientos en la capilla, los sitios destinados para los prelados. El impertinente maestro de ceremonias Burchard, quiso prohibírsele; pero el Papa intimidado, le dijo lleno de enojo: «¡Lograréis hacerme perder la cabeza! ¡dejad que los franceses se sienten donde quieran!» (6)

La obtención de un acuerdo se presentaba especialmente diffi-

(1) Burchardi Diarium II, 211. Gothein, 108 s. da una falsa idea de la disposición de ánimo que tenía Peraudi por este tiempo; v. sobre Schneider, 42 s.

(2) * Crónica de Caleffini, Cod. I-I-4, f. 327^b de la *Biblioteca Chigi de Roma*.

(3) Este tratado ha sido publicado por Theiner, Cod. dipl. III, 510-511.

(4) Delaborde, 505.

(5) Burchardi Diarium II, 214 sq. Sanudo, Spediz. 161. *In questa hora che sono circa XV lo ill^{mo} S^r Ducha de Calabria è ito in palazzo armato per pigliare licentia da N. S^{ra}, poi si aviarà cum tutta la comitiva sua per andare nel Reame. Farrà la via de Tivoli et porta cum si victualie per dui zorni; credo che hora el Re de Franza verrà a Roma. Tutto el di de heri se atese ad altro che a portare robba fora de palazzo, dove si stimma chel p^{ro} Re debba alloggiare, et chel Papa debba ridursi in castello; pur non do questo per certo a la Ex. V. Despacho de Brognolo al marqués de Mantua, fechado en Roma á 25 de Diciembre de 1494. *Archivo Gonzaga de Mantua*.

(6) Burchardi Diarium II, 215.

cil, porque Carlos exigía se le entregase desde luego á Hixem, al paso que el Papa no quería concedérselo hasta el principio de la cruzada. Difirióse la resolución de este punto; Carlos prometió no hacer cosa alguna contra el derecho del Papa, ni en lo eclesiástico ni en lo temporal; y se cedió á sus tropas toda la Ciudad propiamente dicha, á la izquierda del Tiber. Una comisión dispuso el alojamiento de los franceses, los cuales entraron desde el 27 de Diciembre en pequeñas secciones, mientras las tropas pontificias (sólo 1.000 caballeros y alguna tropa de línea) guarnecieron el Bòrgo, y el mismo Alejandro se encerró en el Vaticano con su guardia española (1).

(1) Sanudo, *Spediz.* 162; c. 165. Sigismondo d'Conti, II, 85. Delaborde, 505-506. Cherrier, II, 71.

CAPÍTULO IV

Carlos VIII en Roma y Nápoles.

La Santa Liga de Marzo de 1495.—Fuga del Papa.

Los franceses se retiran de Italia.

El día de S. Silvestre de 1494, que los astrólogos habían declarado favorable, se dispuso Carlos VIII á verificar su entrada en la Ciudad Eterna. Por encargo del Papa le salió al encuentro, en las primeras horas de la mañana, el maestro de ceremonias Burchard, para arreglar las formalidades de su recibimiento, y encontró al Rey en la pequeña ciudad de Galera; pero Carlos VIII declaró, querer entrar sin ninguna pompa. A los diputados de la ciudad de Roma, que se hallaban con el maestro de ceremonias, les dió el Rey una respuesta evasiva y de sentido vago. «El Rey me hizo cabalgar á su lado, refiere Burchard, y me preguntó durante las cuatro millas largas del camino, tantas cosas sobre las ceremonias usuales, sobre el Papa y el cardenal César Borja y otros puntos, que apenas pude contestarle satisfactoriamente» (1).

En Borghetto salió á saludar al Rey el cardenal Sforza, y en Ponte Molle el cardenal Cibo. En la Puerta del Popolo fueron entregadas al gran mariscal del Rey, las llaves de todas las puertas de la Ciudad. La entrada de las tropas duró desde las tres de la tarde hasta las nueve de la noche. La Vía Lata, (el actual

«(1) Burchardi Diarium, II, 216. Sanudo, Spediz. 163 s. Los preparativos para el recibimiento de Carlos VIII en Roma costaron 500 flor. auri de cam.

*Exitus, 527, f. 192. *Archivo secreto pontificio*.

Corso), alumbrada desde el anochecer con antorchas, estaba llena de una apretada muchedumbre de curiosos, de cuyos grupos se oían salir los clamores: «¡Francia, Colonna, Vincoli! (Juliano della Róvere)».

A la cabeza del ejército francés iban en largas hileras los suizos y los mercenarios alemanes; robustos mocetones que marchaban en buen orden, llevando el paso al sonido de las trompetas. Su vestido era corto, de varios colores y muy ajustado; algunos llevaban en el yelmo penachos de plumas. Esta excelente infantería iba armada de cortas espadas y lanzas de diez pies, hechas de fresno con agudas puntas de hierro; una cuarta parte de ellos llevaban, en vez de lanzas, terribles alabardas, aptas para herir de punta y tajo. A los suizos y alemanes seguían 5.000 gascones, casi todos armados de ballestas; por su poca estatura y falta de todo ornato en el traje, formaban desventajoso contraste con los suizos. En pos de ellos venían 2.500 caballeros de pesada armadura, con agudas lanzas y férreas mazas de combate; entre ellos la flor de la nobleza de Francia, resplandecientes con mantos de seda, preciosos yelmos y al cuello doradas cadenas. Cada caballero llevaba en pos de sí tres caballos: en el primero montaba un escudero armado, y en los otros, dos mozos de cuadra, asimismo armados. Los caballos eran grandes y poderosos; pero tenían, según la usanza francesa, cortadas las orejas y la cola. La caballería ligera que les seguía, se calculó en unos 5.000 hombres. Cada uno de ellos llevaba un grande arco, al estilo inglés, para arrojar largas saetas. Algunos iban provistos de cortos dardos, para herir á aquellos á quienes había derribado la caballería pesada. Los mantos estaban adornados con pasamanerías y galones de plata, imitando los blasones de sus jefes. 400 arqueros iban á los lados del Rey, y 200 caballeros franceses escogidos le rodeaban á pie, llevando al hombro férreas mazas de combate semejantes á pesadas segures; mas cuando montaban á caballo, iban armados como la caballería pesada, distinguiéndose sólo por la hermosura de sus caballos, y por el oro y la púrpura de que iban cubiertos.

Junto al monarca francés, cabalgaban los cardenales Ascanio Sforza y Juliano della Róvere, y detrás de él los cardenales Colonna y Savelli. Próspero y Fabricio Colonna, así como todos los generales italianos, cabalgaban confundidos con los nobles franceses. Hizo particular impresión de terror en los romanos, la

circunstancia de que los hombres y caballos y las banderas, parecían, á la vacilante luz de las antorchas, mayores de lo que eran en realidad; pero sobre todo excitó asombro y pavor el parque de artillería de los franceses: más de 36 cañones de bronce, los cuales rodaban por el suelo desigual de los campos con tan grande rapidez que podían seguir el trote de la caballería. Cada uno de ellos parecía tener más de ocho pies de largo, pesaba 6.000 libras y en su boca podía caber la cabeza de un hombre. Detrás seguían culebrinas, una mitad más largas, y falconetes, los menores de los cuales arrojaban balas del tamaño de una granada (1).

En la comitiva del Rey se hallaban, además de los cardenales ya nombrados, Juan de la Grolaie, Peraudi, Sanseverino y Lunati, los cuales le acompañaron hasta su morada en el palacio de San Marcos. La misma tarde ocuparon algunas secciones del ejército francés todos los puntos importantes de la Ciudad, y delante de la habitación del Rey se colocó una parte de la artillería (2).

Todos los cardenales, excepto Caraffa y Orsini, presentaron sus respetos al monarca francés, el cual les negó orgullosamente los honores que les eran debidos, haciendo sólo excepción en favor del cardenal Cesarini (3). Del Papa exigió Carlos que le entregara el castillo de Sant-Ángelo y la persona de Hixem, y que César Borja le acompañara hasta Nápoles. A 5 de Enero de 1495 había de celebrarse un consistorio para deliberar acerca de ello; pero

(1) Jovius, II, 41^b-42^b y además Jähns en «Grenzboten» 1875, II, 333 y 337 sobre la artillería de Carlos VIII. Cf. Sanudo, Spediz. 162 s. Burchardi Diarium, II, 217. Pilorgerie, 143 s. Sebast. de Branca de' Talini en Creighton, IV, 291. Las *Acta consist. registran también en pocas palabras la entrada de Carlos VIII: *Die ultimo Decembris 1495 (sic) hora prima noctis Ser. D. Carolus Francorum rex per portam b. Mariae de populo intravit urbem cum exercitu suo et hospitatus est in palatio S. Marci. *Archivo consistorial.*

(2) Sigismondo de' Conti II, 86. Sanudo, Spediz. 164 s. Delaborde 508. Cf. Calaffini, f. 328 (donde la fecha está equivocada). *Biblioteca Chigi de Roma.*

(3) Burchardi Diarium I, 217-218. *Ego 2. Januarii 1495 post prandium immediate Suam M^{tes} conveni et in S. Marci palatio descendenti mihi dominus de Albeny se obviam dedit; regi postmodum me advenisse pronuntiavit qui per passus circiter quindecim mihi recurrit et complexus est non minus ac ego capite detecto, quod paucis aliis effecit. Ego regem alloquutus, card^l S. Petri ad vincula, Gurcensem, Columnnam, Sabellum, qui regi astabant, amplexus sum. Sequenti post die card^l S. Petri ad vincula visitavi, quo factum est, ut mihi pontifex retulerit, dictum sibi fuisse a tribus cardinalibus, me meum votum ipsi cardinali obtulisse, quod non cederet; Suam Beat^{ss} quietavi etc. Ex manuscriptis Juliani card. Caesarini. Cod. XXXIII, 48, f. 17 de la *Biblioteca Barberini de Roma.*

sobrecogido el Papa, aquel mismo día, de un súbito desmayo, tuvo que diferirse el consistorio para el día siguiente. En él se resolvió rehusar todas aquellas exigencias. Cuando los cardenales encargados de las negociaciones llevaron al Rey semejante respuesta, replicó él: «Mis barones notificarán al Papa mi voluntad» (1). Entonces declaró el Papa que consentía en entregar á Civitavecchia, pero no entregaría en ningún caso el castillo de Sant-Ángelo; los emisarios consideraban con terror lo que iba á suceder (2).

En la Ciudad reinaba tal pánico, que los habitantes de ella enterraban todos los objetos preciosos (3). «El descontento del pueblo ha llegado á su colmo, — refiere á 6 de Enero de 1495, el enviado de Mantua, Brognolo; — las estorsiones son terribles, los homicidios innumerables, y no se oye otra cosa sino sollozos y lamentos. ¡No hay memoria de hombres, de que la Iglesia romana se haya hallado en tan triste situación!» «Es imposible, — escribía Brognolo dos días después, — que un tan grande ejército pueda permanecer mucho tiempo en Roma; pues las vituallas y el dinero empiezan á desaparecer. Hoy, con ocasión de una pequeña contienda entre franceses y suizos, se ha puesto en alarma todo el ejército, de manera que todas las calles estaban llenas de hombres armados (4). Los excesos de la brutal soldadesca se repitieron en los días siguientes, aunque el Rey había mandado erigir horcas en los sitios públicos (5). El Papa había huído, á 7 de Enero de 1495,

(1) Para completar las relaciones de Sanudo, Spediz. 170, y del Burchardi Diarium II, 219, cf. las *Memorias del cardenal Cesarini, cuya comunicación debo al Sr. Dr. Gottlob. Léese en ellas: *Die 5 Januarii post vespas Epiphaniae exutus pontificales vestes Papa in camera pistacii volens se iam reducere, subito quodam accidenti defecit (Alejandro VI padecía frecuentes desvanecimientos, v. arriba cap. 1), quem S. Severini card^{us} et ego ad cameram audientiae pedibus non subsistentem reduximus, ubi maximis stomachi doloribus vexatus est; postea ad cameram quietis portavimus... Eo vesperi regis Francorum oratoribus S. D. N. responsum daturus erat, sed praepeditus ad diem sequentem distulit post missam cappellae; después de la misa se deliberó sobre las tres demandas de Carlos VIII. Omnia tria sacer senatus denegavit atque reiecit. Cod. citat. de la *Biblioteca Barberini de Roma*.

(2) V. en el apéndice núm. 29, la *relación de Brognolo de 4 de Enero de 1495. *Archivo Gonzaga de Mantua*.

(3) Cf. Gregorovius VII³, 357 (4 edición 363).

(4) V. en el apéndice núms. 30 y 31, las *relaciones de Brognolo de 6 y 8 de Enero de 1495. *Archivo Gonzaga de Mantua*.

(5) Burchardi Diarium II, 219 sq. Allegretti 838. Cappelli, Savonarola 43. Es cosa cierta, que los franceses se entregaban á toda suerte de excesos, tanto en Roma, como en general en los Estados de la Iglesia; además de las rela-

al castillo de Sant-Ángelo, por el camino cubierto, con seis cardenales (Caraffa, Orsini, Juan Antonio de San Giorgio, Pallavicini, Juan y César Borja) (1); y no sólo había que temer por su seguridad, sino que se trataba para él, en aquel instante, de su misma existencia.

Cinco cardenales (Juan della Róvere, Ascanio Sforza, Pe-raudi, Savelli y Colonna) se hallaban de continuo en la comitiva del Rey (2), y de ellos salían apremiantes persuasiones, para que depusiera al Papa, elegido por simonía, y convocara un concilio para la reforma de la Iglesia. La palabra «reforma» era sólo un pretexto, como lo reconoció aun el francés Commynes. «La acusación de simonía en la elección del Papa,—nota el mismo,—era fundada; pero el que la proponía, el cardenal Ascanio Sforza, era á quien se había pagado mejor su voto en el conclave». Una noticia posterior dice, que se llegó entonces hasta redactar la minuta del decreto de deposición contra Alejandro (3); pero, sin embargo, no estaba en los designios, ni tampoco en los intereses de Carlos VIII, ir tan allá.

«El Rey desea la reforma de la Iglesia, pero no la deposición de Alejandro», escribía entonces Briçonnet á la esposa de Carlos (4). Se ha vituperado agriamente, hasta la época última, al monarca francés, porque no aprovechó su victoria para aniquilar

ciones del embajador de Mantua, copiadas en el apéndice, cf. también Malipiero 330; Diario di S. Tommaso di Silvestro 25, y el despacho de Trotti, citado por Balan V, 334, n. 6, como también las relaciones de Boccaccio, publicadas en el Arch. st. napol. IV, 792, 794. Acerca de los elementos sospechosos que había en el ejército francés, tenemos el testimonio de Brantôme, sobre el cual llamó la atención Cantù contra Delaborde en el Arch. st. lomb. XV, 337-338. Cf. también Luzio-Renier, F. Gonzaga alla batt. di Fornovo 9-10.

(1) Sanudo, Spediz. 171. Burchardi Diarium II, 220.

(2) Sigismondo de' Conti II, 86.

(3) Commynes VII, 15. La noticia sobre el decreto de deposición se halla en un *despacho de B. Navagero de 21 de Mayo de 1557 (Manusc. Foscarini 6255 de la *Biblioteca de palacio de Viena*), citado por Acton, *The Borgias* 355. El pasaje dice así: Sua S^{ma} (Paulo IV) entro a deplorar le miserie d'Italia et narrò l' historia dal principio che fù chiamato Rè Carlo in Italia da Ludovico Moro et Alfonso d' Aragona con li particolari del parentado fra questi due, la causa dell' inimicitia, il passar Rè Carlo per Roma, la paura di papa Alessandro di esser deposto, come publicamente dicevano li cardinali che vennero co' l' Rè tra quali erano S. Pietro in Vincola, che fù poi Giulio secundo; che furno fatti li capitoli della privatione da un Vicentino vescovo di [ilegible], all' hora auditor della Camera.

(4) Pilorgerie 135.

á su adversario; pero semejante juicio muestra un completo desconocimiento de las circunstancias reales.

A aquel Rey, joven y liviano, sólo podían atribuírsele serios designios de reforma de la Iglesia, donde, como en Alemania, no se le conocía bien. El francés Commynes advierte: «Carlos era joven, y andaba harto mal acompañado, para poder realizar una obra tan grande como la reforma de la Iglesia» (1). Y Luis el Moro decía, con grande menosprecio, que el monarca francés debía comenzar la reforma por sí mismo (2). Respecto de la deposición de Alejandro, debió decirse Carlos, considerándolo fríamente, que las grandes Potencias, celosas ya de su fortuna, no presenciarían tranquilamente semejante paso, y que Maximiliano, los reyes de España, y Venecia, se hubieran puesto en tal coyuntura de parte de Alejandro VI. Tampoco se ocultaba al Rey, que hallaría resistencia contra la deposición del Papa en sus propios súbditos, á causa de la veneración que los franceses profesaban á aquél que, si bien personalmente indigno, consideraban no obstante como legítimo Cabeza de la Iglesia (3).

Aun prescindiendo de todo esto, ¿qué hubiera ganado Carlos con poner en lugar de Alejandro VI á Juliano della Róvere ó Ascanio Sforza? ¿No era mucho mejor aprovechar el estado de ánimo vacilante del intimidado Papa Borja, para obtener sus pretensiones? (4) De hecho, los conatos de Carlos VIII se dirigían á conseguir de Alejandro lo más posible, infundiéndole miedo y terror. Una amenaza se añadía á otra. «Dos veces,—refiere Commynes,—se llegó á preparar la artillería francesa, como para un ataque» (5).

(1) Commynes VII, 15. Cf. Pélassier, Louis XII et L. Sforza I, 47, sobre la corrupción de costumbres de Carlos VIII.

(2) Romanin V, 56. Respecto de las opiniones que corrían por Alemania, v. Chmel, Urkunden zur Gesch. Maximilians I, 56. Briçonnet aseveró en Florencia la solicitud de Carlos por la reforma de la Iglesia, como se saca de Cappelli 46-47. Muy justamente dice Cipolla 720: un animo leggero ed effeminato quale era quello di Carlo VIII, diveniva perfino ridicolo mettendosi a predicar la morale. Según eso, hay que corregir á Ranke, Studien, 223.

(3) Ulmann, Maximilian I. I, 278 s. Delaborde 515, 528 s., 533. Sobre la veneración que los franceses tenían al Papa, v. Burchardi Diarium II, 219 y el pasaje, notable en otro concepto, de Sigismondo de' Conti II, 86; v. además Hist. Jahrb. VII, 320. Contra las conjeturas de Gregorovius VII³, 359 s. cf. los testimonios citados por Balan V, 333 s.

(4) Delaborde 515.

(5) Commynes VII, 15. Esta noticia que se halla en Bernáldez es puesta en duda por Rossbach, Carvajal 43, sin fundamento alguno. Probablemente Com-

Si Alejandro VI había creído hasta entonces, que el castillo de Sant-Ángelo podría resistir un cerco, á 10 de Enero de 1495 hubo de persuadirse de lo contrario; pues, por la noche, se vino á tierra, por su propia caducidad, una gran parte del muro de la ciudadela. No quedaba apenas otro recurso que ceder. «Y aun cuando lo que se exigía era muy grave,—escribe Segismundo de' Conti,—concediéndolo, no obstante, el Papa, por el temor de las armas» (1).

Los artículos del convenio de 15 de Enero de 1495 fueron los siguientes: César Borja acompañaría durante cuatro meses al ejército francés, con el carácter de cardenal legado (realmente en rehenes); Hixem sería entregado al Rey para el tiempo de la expedición contra los turcos; á pesar de lo cual, el Papa seguiría percibiendo los 40.000 ducados de su pensión anual, lo mismo que antes; los cardenales, barones y ciudades, aliados de los franceses, y asimismo el Prefecto de la Ciudad, obtuvieron una completa amnistia. El cardenal Juliano conservaría á Ostia, la legación de Aviñón y todas sus demás posesiones y beneficios. Al cardenal Peraudi se le confirmaron sus obispados, y el cardenal Savelli volvió á obtener la legación de Spoleto. Los cardenales podrían en adelante salir de Roma según su beneplácito. El Papa concedió al ejército francés libre paso por todo el Estado de la Iglesia, y entregó al Rey Civitavecchia. Para las ciudades de la Marca de Ancona y del Patrimonio, se nombrarían gobernadores que fueran del agrado del Rey, y esto mismo se observaría, durante el tiempo de la expedición contra Nápoles, para los legados de la Campaña y el distrito marítimo. El castillo de Sant-Ángelo quedaría en poder del Papa, á quien se entregarían también las llaves de la Ciudad, después de la partida de Carlos. Este prestaría obediencia al Papa; no le vejaría en los asuntos temporales ni eclesiásticos, antes bien le ampararía contra todo ataque. En lo tocante á la capitulación electoral, se pondrían de acuerdo el Rey y el Papa (2).

mines la supo de boca del mismo Carlos VIII; v. Kervyn de Lettenhove, *Lettres et négociations de Ph. de Commynes II* (Bruxelles 1868), 208.

(1) Sigismondo de' Conti II, 92; cf. Zurita V, 54. Sobre el derrumbamiento de la muralla del castillo de Santángelo, v. Burchardi *Diarium* II, 220; Sanudo, *Spediz*. 171, y *Diario Ferrarese* 290.

(2) Molini I, 22-28. Thuasne II, 661 s. Sanudo. *Spediz*, 185 s. Bernardi I, 2, 43 s.; cf. Sigismondo de' Conti II, 88 s.; es difícil admitir la autenticidad del discurso que trae este cronista, pero es importante el dato siguiente: *Inflexit animum regis sapiens et vera oratio: sed multo magis largitio Alexandri qua penitiores regis amicos corruperat*. Cf. Delaborde, quien por lo demás, en la

Acerca de la investidura de Nápoles, nada contiene este convenio; pues Alejandro se mantuvo firme en este punto, así como en lo tocante al castillo de Sant'Ángelo. Fué también de grande importancia, haber podido el Papa evitar todo menoscabo de su potestad eclesiástica; lo cual disgustó extraordinariamente á los cardenales de la oposición. Ascanio Sforza y Lunati se marcharon en seguida; y el cardenal Peraudi parece haber llegado al extremo de dirigir al Papa en su presencia los más duros reproches (1). Pero el más irreconciliable de los irreconciliables era Juliano della Róvere. Por dos veces procuró personalmente mitigarle Carlos VIII; pero fué inútil: Juliano no se fió de Alejandro VI, aun cuando éste, por un breve particular, le ofreció todas las seguridades imaginables (2), y prefirió quedarse con Carlos VIII.

El mismo día 16 de Enero de 1495, en que los cardenales Sforza y Lunati partieron de Roma, fué el monarca francés, por invitación del Papa, al Vaticano, donde se habían dispuesto para él las llamadas *stanse nuove*. Alejandro VI pasó por el camino cubierto, desde el castillo de Sant'Ángelo, y Carlos se apresuró á salirle al encuentro, hallándose ambos donde el camino cubierto desemboca en el jardín. Después de los primeros saludos, pidió Carlos desde luego para su privado y amigo Briçonnet, el rojo capelo, y el Papa accedió inmediatamente á este deseo; después de esto, se hicieron al Rey todos los honores imaginables (3). A 18 de Enero se ratificó

p. 518 entiende mal el artículo relativo á la capitulación electoral; v. también Heidenheimer, Correspondenz 560 s. Foucard, Carteggio dipl. (Napoli 1879) 44 y además Balan V, 336.

(1) Burchardi Diarium II, 233 con el aditamento: si sui verum mihi retulerunt. Cf. Schneider, Peraudi 44 s., y Heidenheimer, Correspondenz 567. Véase también el despacho del embajador del duque de Este, de 16 de Enero de 1495, en el Arch. st. napolit. IV, 791.

(2) Sanudo, Spediz. 196. Brosch, Julius II, 68. En 28 de Enero de 1495 está fechada también una papal * Declaratio super benef. obtenta para Julián de la Róvere, Regest. 869, f. 239; ibid 235 Jo. Bapt. S. Nic. in carcere et Jo. S. Mariae in Aquiro cardinalibus datur absolutio por haberse ausentado de la Curia sin autorización, D. 1494 [st. fl.] Cal. febr. A.º 3.º; f. 246^b. La misma absolución para el cardenal A. Sforza, D. R. 1494 [st. fl.] prid. Cal. febr. A.º 3.º *Archivo secreto pontificio*.

(3) Burchardi Diarium II, 222 sq. Sanudo, Spediz. 185 sq. Senarega 545. * Acta consist. del *Archivo consistorial* y despacho del embajador del duque de Este, de 16 de Enero de 1495, publicado en el Arch. napolit. IV, 791-792. Sobre las pretensiones de Briçonnet al cardenalato, v. Delaborde, 274 s. En Roma, la Memoria de Briçonnet (cf. Cardella 268 s. y los estudios de Dunoyer y Pélissier

oficialmente el convenio, y al día siguiente se presentó Carlos VIII en el consistorio, para prestar al Papa la obediencia. El Rey hizo las tres genuflexiones prescritas, besó al Papa el pie y la mano, después de lo cual se levantó éste y le abrazó. El presidente del Parlamento de París, de Ganay, declaró que su Rey había venido para prestar obediencia; pero pidió antes al Papa algunas gracias, principalmente la investidura de Nápoles. Alejandro VI dió una contestación evasiva; á pesar de lo cual, Carlos prestó la obediencia, pronunciando en francés las palabras prescritas: «Santo Padre: he venido para ofrecer á Vuestra Santidad obediencia y reverencia, como lo hicieron mis predecesores, los reyes de Francia.» Estas palabras las declaró de Ganay todavía más, diciendo: que su Señor reconocía á Alejandro como verdadero Vicario de Cristo y sucesor de los Apóstoles San Pedro y San Pablo (1).

El peligro grave de Alejandro VI había pasado, y éste había obtenido el reconocimiento del soberano de Francia y conquistador de Italia. El Papa se mostró agradecido, nombrando cardenal, á 21 de Enero, al primo del Rey, Felipe de Luxemburgo (2). A 25 de Enero, fiesta de la conversión de San Pablo, se dirigieron el Papa y el Rey, con gran pompa, acompañados de cardenales y embajadores, desde San Pedro á San Pablo, para dar á conocer así á todo el mundo su alianza (3). «Alejandro VI,—refiere el embajador milanés,—se esfuerza de todos modos por cumplir los deseos de los franceses; todas las expectativas, reservas y gracias se les conceden á ellos» (4). El enviado de Ferrara creía saber con certeza, que Carlos había obtenido la investidura de Nápoles y había sido nombrado emperador de Constantinopla. Semejantes voces se difundían también por otros conductos en Italia y Alemania; pero

citados en el Arch. st. ital., 5 Serie, XV, 107) va unida á la iglesia de la SS. Trinità de' Monti, para la cual el dicho cardenal hizo traer el mármol.

(1) Burchardi Diarium II, 226 sq. y despacho del embajador del duque de Este, de 14 de Enero de 1495, publicado en el Arch. st. napolit. IV, 793.

(2) Panvinus, 334, traslada equivocadamente este nombramiento al año 1497, Cardella, 270, al año 1496; con la fecha indicada en el texto hállase mencionado en el Burchardi Diarium II, 233, en el *despacho de Brognolo, de 22 de Enero de 1495 (apéndice n.º 32. *Archivo Gonsaga de Mantua*) y en las *Acta consist. del *Archivo consistorial*.

(3) Burchardi Diarium II, 234 y **relación de Brognolo, de 28 de Enero de 1495. *Archivo Gonsaga de Mantua*.

(4) V. Apéndice, n.º 32. *Relación de Brognolo de 22 de Enero de 1495. *Archivo Gonsaga de Mantua*.

en realidad, el Rey, fuera del convenio de 15 de Enero, no había obtenido más que el nombramiento de dos cardenales franceses (1).

De día en día hacíaase más difícil sustentar en Roma el ejército francés, y tampoco tenían fin las contiendas de los habitantes con la grosera soldadesca; y si Carlos VIII difirió á pesar de esto su partida, se puede conjeturar que le movió á ello la esperanza de alcanzar aún la investidura de Nápoles. Sin embargo, se equivocó en esto enteramente. Cuando á 28 de Enero de 1495 se despidió del Papa, entrególe éste sólo la bula que permitía á su ejército el paso por el Estado de la Iglesia (2).

Favorecido por un tiempo hermoso, se dirigió Carlos VIII por la misma Vía Latina que había elegido Carlos de Anjou doscientos veintinueve años antes para marchar á Nápoles. En Marino le esperaban los cardenales Juliano della Róvere y Peraudi, y allí supo el Rey la abdicación de Alfonso II. Atormentado de una tan delirante congoja, que le hacía levantarse del sueño clamando: «que oía á los franceses, y que los árboles y las rocas gritaban Francia»; había huído aquel despótico soberano á Sicilia, dejando á su inexperto hijo Ferrantino un Reino que se arruinaba y ante cuyas puertas estaba el enemigo (3).

En Veletri recibió Carlos VIII una muestra evidente de la mudanza que se había realizado en la actitud de las grandes Potencias por efecto de sus conquistas en Italia. Los embajadores de Fernando el Católico se querellaron ante él, de la manera indigna como se había tratado al Papa, de la ocupación de las fortalezas del Estado de la Iglesia, y finalmente, de la empresa contra Nápoles;

(1) Cf. Malipiero VII, 1, 329. Sanudo, Spediz. 188. Bernardi I, 2, 48. Foucard, Carteggio 46 y Arch. st. napolit. IV, 792, 794; XX, 533. Delaborde 522, 523. En una carta, perteneciente según toda probabilidad al mes de Diciembre de 1494, Maximiliano había protestado contra la desatención, que se atribuía á Carlos VIII, de tomar el título de imperator Graecorum; y rogaba á Peraudi desaconsejase al Rey este proyecto (v. Ulmann I, 272). Mas Peraudi había sido quien, en 6 de Septiembre de 1494, había alcanzado de Andrés Paleólogo, que vivía en Roma, la cesión de sus derechos sobre Bizancio en favor de Carlos VIII; v. Mém. de l'acad. d. inscript. (Paris 1751) XVII, 539-578. Cf. Pierling 234 s. Delaborde 405 da un retrato de Carlos VIII con las insignias imperiales, según un documento de la Coll. Gaignières de la Bibl. nat.

(2) Burchardi Diarium II, 236 sq. Sanudo, Spediz. 192 (con fecha equivocada de la despedida del Papa) y 195; cf. Delaborde 526. Sobre los excesos de los franceses, cf. el despacho de 22 de Enero, en Balan V, 337, n. 5. En su **escrito de 28 de Enero de 1495, refiere también Brognolo, que Carlos VIII se despidió del Papa ese mismo día. *Archivo Gonzaga de Mantua*.

(3) Havemann I, 78-79. Reumont, Carafa I, 18 f.

trayendo á la memoria las determinaciones del tratado de Barcelona, sobre el derecho de su Rey para defender la Iglesia; y exigiendo la devolución de Ostia, la libertad de César, y que se desistiera de la expedición contra Nápoles. Carlos contestó evasivamente y se llegó á violentas explicaciones (1).

Todavía esperaba al Rey en Veletri otra desagradable sorpresa: César Borja había súbitamente desaparecido. Carlos se querelló al Papa; mas éste declaró desconocer el paradero del fugitivo, y sentir el accidente, pero se negó á enviar en lugar suyo otro cardenal (2). A pesar de esto, prosiguió Carlos en dirección al Sud, á donde le atraían fáciles éxitos, pues en todo el Reino se levantaban los angevinos. A 27 de Enero anunciaba el mismo Ferrantino á su embajador, Camilo Pandone: Aquila ha enarbolado la bandera del rey de Francia; lo mismo han hecho Sulmona y Popoli, y en los Abruzzos está todo perdido, excepto Celano» (3).

Para complacer á los Colonna, hizo el Rey asimismo asaltar las fortalezas de los Conti, en los dominios del Papa. Monte S. Giovanni, muy próximo á las fronteras de Nápoles, fué tomado al primer asalto, é incendiado; casi todos sus moradores perecieron. La toma de esta plaza, tenida por casi inexpugnable, y el modo bárbaro de hacer la guerra, causaron horror é hicieron que los napolitanos se rindieran sin combatir. Los franceses hallaron desguarnecidos los más fuertes castillos y pasos, aun la excelente posición de San Germano; y hasta la temperatura parecía favorecer al enemigo. Febrero transcurría extraordinariamente templado, y los prados se hermo세aban con la verde grama y se matizaban de flores. A 16 de Febrero de 1495 cayó Gaeta; Capua abrió sus puertas á los franceses el 13; Ferrantino esperó inútilmente el socorro de España y de los turcos, y á 22 de Febrero huyó á Ischia, mientras Carlos VIII, recibido con entusiasmo por el pueblo, celebraba su entrada en Nápoles. «La frase de César: llegué, ví y vencí—escribe Segismundo de' Conti—quedaba

(1) Zurita V, 54^o. Sanudo, Spediz. 196, 204 s. Prescott II, 29 ss. Delaborde 542 s. Höfler, Don Rodrigo de Borja 65. Bernays, P. Martyr 74, not. 2. Thuasne, Djem-Sultan 447.

(2) Sigismondo de' Conti II, 101 s. Sanudo, Spediz. 197 ss. Diario Ferrarese 293. Cappelli, Savonarola 44. Burchardi Diarium II, 238 sqq. Alvisi 18-19.

(3) Fusco, Intorno alle zecche ed alle monete battute nel reame di Napoli da re Carlo VIII. (Napoli 1846) 132. Reumont, Carafa I, 25.

sobrepujada» (1). «Como por milagro—advierde otro contemporáneo—conquistaron los franceses, en el breve espacio de pocas semanas, todo un gran Reino, que cayó en su poder casi sin desenvainar la espada (2).» «Los franceses—decía Alejandro VI—vinieron con espuelas de palo, y no han tenido otro trabajo que señalar con yeso, como hacen los furrieles, las puertas de los alojamientos» (3).

La expedición, tan solemnemente anunciada por Carlos VIII, para la conquista de la Tierra Santa, podía emprenderse desde luego; y no faltaron exhortaciones en este sentido. Nadie las hizo más apremiantes que un príncipe de la Iglesia que había consagrado á este asunto toda su vida: el cardenal Peraudi. Algunas señales indican que Carlos VIII se ocupó entonces en la guerra contra los turcos, para la que Alejandro VI expidió una bula en Febrero (4); pero no se llegó á emprenderla de hecho; el liviano monarca prefirió entregarse al goce del paraíso que había conquistado tan sin trabajo; y el presunto campeón de la Cristiandad y reformador de la Iglesia, se entregó con grande ardor á galantes aventuras (5); lo cual no impidió á los franceses seguir amenazando á Alejandro VI con un concilio, en el que se había de reformar al Papa y la Iglesia (6).

(1) Segismondo de' Conti II, 102 s., 109. Senarega 546. Jovius II, 50 s. Diario di S. Tommaso di Silvestro 37. Sanudo, Spediz. 208 s. Notar Giacomo 187 s. Simone Filipepi en Villari-Casanova 462 s. Pilorgerie 176 s. Havemans I, 81 ss. Delaborde 547 ss. Cipolla 715. El Diario Ferrarese 289, hace notar también, que todo el invierno de 1494 á 1495 fué extraordinariamente suave.

(2) Fr. Ricciardi da Pistoja, Ricordi 23; cf. Diario di S. Tommaso di Silvestro 39.

(3) Commynes VII, 14. Cf. además Jähns en «Grenzboten» 1875, II, 339.

(4) Este documento conservado por Malipiero, 404, se trasladaba antes generalmente al año 1494, y se aducía como demostración de la doblez de Alejandro VI. Pero todas las consideraciones emanadas de esta hipótesis quedan reducidas á la nada, después que Delaborde ha probado, que la bula pertenece al año 1495. Cf. arriba cap. 2, p. 415, not. 5.

(5) Cf. Sanudo, Spediz. 261-262. Delaborde en toda su narración se funda demasiado en el supuesto, de que realmente y con toda seriedad había formado el rey proyectos de cruzada contra los turcos. Schneider, Peraudi 47, definiendo el punto de vista enteramente opuesto, y duda que el rey hubiese meditado seriamente semejante proyecto. En lo esencial esta opinión podría ser la verdadera: el celo de Carlos VIII así por la cruzada, como por la reforma, aparece harto sospechoso; cf. también Markgraf en Sybels Hist. Zeitschr. LXV, 552, y Fumi, Alessandro VI, 17.

(6) Cf. los despachos del embajador del duque de Este, en Cappelli, Savonarola 45, 46.

Fué un grave contratiempo para el Rey, y á la vez para el Papa, la súbita muerte de Hixem (25 de Febrero de 1495). Como sucedía entonces siempre, en los casos de muerte repentina, se habló de veneno; los enemigos de Alejandro VI le acusaron, sin más, de este crimen; pero sin ningún fundamento; pues consta ciertamente, que Hixem murió de muerte natural, verosímilmente por efecto de su conducta desordenada (1). Según Segismundo de' Conti, la consecuencia inmediata de esta muerte, fué renunciar el Rey totalmente á la cruzada (2).

Para el ejército del monarca francés, la permanencia en la enervadora Nápoles fué de los más perniciosos efectos: Baco y Venus dominaban enteramente á los soldados (3); y entonces se manifestó con particular extensión, un contagio no conocido antes como enfermedad especial, la sífilis, que en breve tiempo había de hacer su curso aniquilador por toda Europa (4). La terrible dolencia

(1) A los testimonios y juicios impresos aducidos por L'Épinois 412 (cf. Cipolla 719 y Forgeot 146) podemos juntar también el siguiente documento inédito, que sin duda podría inducir también á Thuasne, Djem-Sultan 375, á mudar de opinión (este autor deja la cosa indecisa). Brognolo, pues, notifica el 3 de Marzo, desde Roma, al marqués de Mantua: *Ilmo. Sr. mio. Ali 25 del passato morì in Napoli el fratello del Gran Turcho; credo di sua morte, benche molti dicano che li sia stato dato da bere: queste hè vero che l'era disordenatissimo de ogni cosa. *Archivo Gonsaga de Mantua*. Schlecht (Hist. Jahrb. XVII, 659) halla una confirmación de mi opinión acerca de la inculpabilidad de Alejandro en la muerte de Hixem, en la circunstancia, que ya en 1487 se hizo una tentativa de parte de los turcos, para envenenar al príncipe.

(2) Sigismondo de' Conti II, 111.

(3) Sanudo, Spediz. 240.

(4) De las relaciones contemporáneas, cf. particularmente Portovenieri en el Arch. st. ital. VI, p. II, sez. II, 338. Sigismondo de' Conti II, 271 y Matarazzo 32 ss., quien advierte: Et questo male veniva ad ogni persona, ma piu a le disviate persone che gli altri... Et perche li Franciose erano venute novamente in Italia, se credevano li Italiani che fusse venuta tale malattia de Francia: et li Franciose se credevano che fusse una malattia consueta in Italia. Del mal francés fueron acometidos entre otros, César Borja, A. Sforza y Julián de la Róvere; v. los testimonios en Thuasne II, 521. El pasaje en que se apoya Simon II, 191 s., para afirmar lo mismo de Alejandro VI, no prueba nada. Por lo demás, ya antes de la invasión de los franceses, habían ocurrido casos de sífilis, cf. Senarega 558; Corradi en los *Annali di medicina* vol. CXCIX (1867), 43 s.; Proksch, *Gesch. d. venerisch. Krankheiten* I (Bona 1895), 411 s., cf. 283 s.; y Luzio-Renier en el *Giorn. st. d. Lett. ital.* V, 408 ss. En este último estudio, muy instructivo, se hallan muchos preciosos pormenores relativos á la historia de la civilización y de las letras; cf. además V. Rossi, *Le lettere di A. Calmo* (Torino 1888) 371 s.; Graf, *Cinquecento, passim*; Haeser III², 213 ss. 252, 256 ss.; Simon II, 3 ss; Meyer-Ahrens, *Geschichtl. Notizen über das erste Auftreten der Lustseuche in der Schweiz* (Zürich 1841) 14 s.; Corradi, *Nuovi*

fué considerada por muchos como un castigo del Cielo; pero la corrupción general de las costumbres era tan grande, que los literatos eligieron este repugnante asunto para argumento de sus ingenios, y al propio tiempo aumentaron más los vicios contra naturaleza (1).

Mientras Carlos VIII y sus soldados se entregaban á las delicias del Sud, formábase en el Norte una sombría tormenta contra los bárbaros extranjeros. La fortuna sin ejemplo de los franceses, excitaba los más serios temores, no sólo en los Gabinetes de los Estados italianos, sino también en los extranjeros. El reino de Francia parecía acercarse al objetivo á que por tanto tiempo había aspirado: es á saber, el Imperio y la Monarquía universal. Ya hemos dicho, de qué manera España se opuso á estos conatos. También Alemania hubo de considerar como una necesidad de su propia conservación, el combatir la preponderancia francesa en Italia (2). Maximiliano I, luego de los primeros éxitos de los franceses, había entrado en relaciones con Venecia, donde muchos comprendían ya, qué consecuencias podía acarrear la neutralidad de su Gobierno; pero estas negociaciones se entretuvieron muy lentamente, hasta que la repentina caída del trono aragonés las llevó adelante (3). Luis el Moro, enteramente enemistado ya hacía mucho tiempo con el monarca francés, comunicó al embajador veneciano la triste nueva, añadiendo: que no había un instante que perder. En la Ciudad de las lagunas fué la consternación tan grande, que recordó á Commynes la impresión de los romanos después de la batalla de Cannas (4). Comenzaron negociaciones secretas; y que también el Papa tenía parte en ellas, pudo colegirlo Carlos VIII de la respuesta dilatoria que recibió su enviado

doc. p. la storia delle malattie veneree in Italia. Milano 1884. En estos últimos tiempos, se declaran resueltamente por el origen americano de esta enfermedad, Binz en la *Deutsche medicinische Wochenschrift* 1893; Melsheimer, *Die Syphilis und ihre Heilmittel vom Jahre 1492 bis zur Mitte des 16. Jahrhunderts*. Bona 1892, y Comes en los *Atti d. Accad. medico-chirurg. di Napoli* LI, 2; cf. con todo en contra *Giorn. st. d. Lett. ital.* XXX, 356.

(1) Cf. sobre eso el docto estudio de Luzio-Renier 419 s., citado en la nota anterior.

(2) Janssen-Pastor I^{ra}, 587.

(3) Cf. Ulmann I, 282 ss. y además las correcciones en las *Gött. Gel. Anz.* 1885, I, 336 s.

(4) Commynes VII, 20. Romanin V, 66. Delaborde 583 s. Balan V, 340 s. Para el juicio de la política del Papa, cf. también Maury en la *Rev. hist.* VIII, 84.

á fines de Marzo, cuando solicitó de Alejandro la investidura de Nápoles. En aquella ocasión el Papa habló claramente de la Liga, para la que se trataba de ganarle; y envió al Dux la rosa de oro (1). Cuando ésta llegó á Venecia, se había formado la coalicción contra Francia.

A 31 de Marzo de 1495 ajustaron Venecia, Fernando é Isabel de España, Maximiliano I, Luis el Moro y el Papa, una Santa Liga, que debía durar 25 años, para protección de la Cristiandad contra los turcos, mantenimiento de la dignidad de la Santa Sede y de los derechos del Imperio romano. Los aliados se aseguraban mutuamente sus Estados, contra los ataques de soberanos extranjeros que actualmente poseyeran un Estado en Italia, aunque vinieran á perderlo mientras duraba la Liga; cada uno debía aportar 8,000 caballos y 1,000 infantes, y el Papa la mitad, prometiéndole además emplear sus armas espirituales (2).

El domingo de Ramos, 12 de Abril, se publicó solemnemente la Liga en los Estados que tomaban parte en ella; el Papa mandó á los Vicarios y ciudades del Estado de la Iglesia, festejar aquel acontecimiento (3). Al monarca francés le comunicó oficialmente el embajador veneciano la formación de la Liga, el 5 de Abril.

(1) Sanudo, Spediz. 277, 280 s. Burchardi Diarium II, 248 sq. Malipiero 334, 338. *Breve de recomendación para el portador de la rosa de oro, de 10 de Abril de 1495. *Archivo público de Florencia*. Cipolla 720, Delaborde 588 s. Alejandro VI, que conocía las intenciones de Julián encaminadas á deponerle (Sanudo 267), pensó entonces por un momento, en huir de Roma; pero A. Sforza, que se había reconciliado de nuevo con él desde Febrero (cf. la *carta de A. Stangha de 23 de Febrero de 1495. *Archivo público de Milán*), se lo desaconsejó; cf. Balan V, 343. Respecto de Julián, Joh. Bapt. Brocchus escribe desde Roma, el 23 de Febrero de 1495: *S. Pietro ad vinc. ha scripto alli soi di Roma che li mandino per mare a Napoli li soi argenti et sue tapezarie; barbugli et trame ogni modo ci saranno. *Archivo público de Milán*.

(2) Lünig, Cod. I, 1, 1, 115 sqq. Sanudo 284 hace también mención de artículos secretos, sobre los cuales Guicciardini lib. 2, trae datos más precisos. Aunque estas indicaciones de Guicciardini son falsas, como lo demuestra Ulmann, I, 286 s., con todo, sostiene con razón Huber III, 342, «la existencia casi natral de artículos secretos», acerca de la expulsión de los franceses de Italia. Cf. también el escrito muy raro de Portioli, La Lega contra Carlo VIII nel 1495 (Nozze del Vecchio-Norsa). Mantova 1876. Ranke, Germ. und roman. Völker 51, indica para la conclusión de la liga, una fecha falsa, el 29 de Marzo.

(3) Sanudo 305 s. Burchardi Diarium II, 250 sq. Diario Ferrarese 298. Malipiero 337. Audiffredi 332. Portioli l. c. Fumi, Alessandro VI. 27 79. Amiani II, 74. Bergenroth I, 57. Gregorovius VII^a, 369, not. 1 (4 edición 375, not. 1). *Breve á J. Sforza de 7 de Abril de 1495. *Archivo público de Florencia*. Urb. eccl.

Carlos VIII se irritó sobre manera, de suerte que el cardenal Juliano se esforzó inútilmente por apaciguarle (1).

Una retirada rápida, antes que los aliados hubieran juntado sus tropas, era el único medio que podía entonces salvar al francés; y por lo mismo es más incomprensible que perdiera su tiempo, intentando obtener del Papa la investidura, á fuerza de ruegos ó amenazas. Mas cuando vió que todo era inútil, á 12 de Mayo de 1495, se dirigió con una brillante comitiva á la catedral de Nápoles, llevando en la diestra el cetro, en la mano izquierda la manzana imperial y la corona en la cabeza; como si quisiera manifestar ante todo el mundo su derecho, así á aquel Reino como al Imperio de Oriente; pero ninguna muestra de júbilo saludó tan extraordinario cortejo (2). Hasta 20 de Mayo no emprendió el Rey la retirada, llevando la mitad de su ejército, y dejando el resto de sus tropas, al mando de Montpensier, para seguridad del Reino conquistado.

Para Alejandro VI se renovó entonces la peligrosa situación de Diciembre del año anterior. Ya á principio de Mayo se había quejado á los embajadores de España, Venecia y Milán, de que sólo Venecia enviaba tropas para protegerle; como si los soberanos no vieran, que el poder del enemigo había de caer primero sobre él; y añadiendo, que no quería perder la dignidad pontificia (3). A 3 de Mayo se deliberó en consistorio, si el Papa debía marcharse ó quedarse en la Ciudad; la opinión se inclinaba á esto último, principalmente porque los romanos daban las mayores seguridades de que defenderían su capital; pero ya á 4 de Mayo comunicó Alejandro á los cardenales que, como durante la presencia del ejército francés fácilmente podrían producirse inquietudes, pensaba dirigirse á Orvieto (4). A 6 de Mayo envió Carlos VIII una carta á Alejandro VI, para disipar en él cualquiera sospecha; asegurándole con su real palabra, que no quería, durante su permanencia en Roma, emprender cosa alguna contra-

(1) Sanudo, Spediz. 294. Brosch, Julius II. 316. Cipolla 721.

(2) V. Notar Giacomo 190 s. Arch. st. napolit. IV., 797-798. Pilorgerie 272 s. Cappelli, Savonarola 51. Thuasne 291-292, y la *relación de G. Tuttavilla á A. Sforza de 13 de Mayo de 1495. *Archivo público de Módena*, utilizada por Ballán V, 346.

(3) Sanudo, Spediz. 326. Alleghetti, 844 refiere el llamamiento de las tropas pontificales á Roma.

(4) Sanudo, Spediz. 327 s. y las *Memorias del cardenal Cesarini, citadas más arriba, p. 440, Cod. XXXIII, 48, f. 31 de la *Biblioteca Barberini de Roma*.

ria al Papa ni contra los romanos. Alejandro contestó, que ni él ni el Sacro Colegio, podían aprobar el plan del Rey de volver á Roma; y que se dignara elegir otro sitio, por ejemplo Orvieto ó Spoleto, donde pudieran reunirse; para conducir al Rey por el Estado de la Iglesia se le enviarían dos legados (1). A 11 de Mayo fueron elegidos para esto, en consistorio, los cardenales Pallavicini y Carvajal (2). Al propio tiempo se ponía á Roma en estado de defensa; en torno del castillo de Sant-Angelo se levantaron trincheras. A 19 de Mayo llegaron nuevos emisarios franceses: el cardenal de la Grolaie, M. de Bresse y Francisco de Luxemburgo; los cuales ofrecieron al Papa, en nombre del Rey, para que le concediera la infeudación, un censo anual de 50,000 ducados, y el pago de los 100,000 ducados que aún le debían Alfonso y Ferrantino. Acerca de la guerra contra los turcos, deseaba Carlos tratar personalmente con el Papa; pero Alejandro dió una respuesta evasiva, por más que los enviados le hablaron en tono amenazador (3).

Entretanto crecía por momentos la confusión en la Ciudad. «Todos—refiere un embajador á 20 de Mayo—están enteramente desalentados, y su temor no es ya sólo por sus bienes y haciendas, sino por la vida. Verdaderamente, hacía cien años que Roma no se había visto tan falta de plata y otros bienes como ahora. Ningún cardenal tiene suficiente vajilla de plata para poder convidar á seis personas, y las casas están vacías y despojadas; diariamente llegan nuevos soldados y en cuatro puertas se levantan bastiones.» El día antes había anunciado este mismo narrador (4) que el Papa huiría sin entablar con el Rey nuevas negociaciones; y esto fué lo que efectivamente sucedió. A 27 de Mayo se partió Alejandro de la Ciudad Eterna con 20 cardenales, acompañado por su guardia de corps y los mercenarios venecianos y milaneses, y se dirigió por Civitavecchia á Orvieto (5). «La partida

(1) Gregorovius, VII^o, 370, not. 2 (4 edición, 376, not. 2). Balan, V, 347.

(2) *Acta consist. del *Archivo consistorial*.

(3) Sanudo, Spediz. 337, 343, 347. Schneider, Peraudi, 47.

(4) **Litterae Zambeccarii ad Nestorem Palliotum, dat. Rom. 1495 Maii 19 et 20. *Archivo público de Milán*.

(5) Sanudo, Spediz. 356 s. Breve de 1 de Junio, publicado en el *Notizenblatt*, 1856, 448. Cappelli, Savonarola, 55 s. Malipiero, 342 s., 344 s. Balan, V, 348. Diario di S. Tommaso di Silvestro, 40. *Despacho de Brognolo de 31 de Mayo de 1495. *Archivo Gonzaga de Milán*. Cipolla, 722. Sobre la estancia de Alejandro VI en Orvieto, v. Storia del duomo d'Orvieto (Roma 1791), 76 y el

tuvo por efecto—se dice en las Actas consistoriales,—prevenir turbulencias, que hubieran podido originarse fácilmente, al paso del Rey, á causa de la diferente nacionalidad de las tropas pontificias y francesas (1).

A 1 de Junio llegó Carlos VIII á vista de Roma, acompañado de los cardenales Juliano, Fregoso y de la Grolaie. El cardenal Pallavicini, que por encargo del Papa se había quedado con carácter de legado (2), le ofreció para su habitación el Vaticano; pero el Rey lo rehusó, y después de haber visitado la iglesia de San Pedro, estableció su posada en el palacio del cardenal Domenico della Róvere. Las guarniciones de Terracina y Civitavecchia fueron entonces retiradas, dejando la de Ostia. Para no dar á sus enemigos ningún pretexto de que asir, mantuvo el Rey una severa disciplina, y á los suizos no se les permitió siquiera la entrada en la Ciudad. Fuera de algunos particulares robos, la permanencia de los franceses fué esta vez tranquila, y ya á 3 de Junio prosiguió el Rey su marcha hacia Baccano (3).

Carlos VIII esperaba aún poderse avistar con el Papa; y para esto ordenó una embajada á Orvieto. El cardenal Sforza era to-

excelente estudio de Fumi. Alessandro VI ed il Valentino in Orvieto, 27, 28; cf. también Dal Re, 123 s.

(1) *Causa autem huius discessus fuit ad evitandum scandala quae verisimiliter exoriri potuissent in adventu christ. Francorum regis cum exercitu e Neapoli redeuntis per urbem transituri attenta hominum et morum varietate praesertim gentium armigerorum diversarum nationum et factionum quae pro securitate eius Sanct^{ae} et status ecclesiae per ill. d. Venetos et Mediol. ducem destinata fuerant. *Acta consist. Aquí hay también los nombres de los veinte cardenales que se fueron con el Papa: 1. Neapolit., 2. S. Angeli, 3. Ulixbon, 4. Recanat., 5. S. Clementis, 6. Parmen., 7. Benevent., 8. Ursinus, 9. Montisregalis, 10. Alexandrin., 11. Cartagin., 12. Senen., 13. S. Georgii, 14. Valent., 15. De Caesaris, 16. Ascanius, 17. S. Severini, 18. Grimani, 19. Farnesio, 20. Lunati. *Archivo consistorial del Vaticano*.

(2) El decreto por el cual Pallavicini es nombrado legatus de latere en Roma, se halla en Raynald, 1495, n.º 21, fechado falsamente: VIII. Cal. Januarii. La corrección de Mansi es también falsa. El decreto lleva esta fecha: R. 1495 octavo Cal. Junii Aº 3º. *Regest. 869, f. 269. *Archivo secreto pontificio*.

(3) Gregorovius, VIIº, 371, not. 3 (4 edición, 377, not. 3), fundándose en una nota del registro de la cofradía de S. Spirito, piensa que Carlos VIII, el 4 de Junio estaba todavía en Roma. Sin embargo, en todas las demás fuentes se nombra el 3 de Junio como día de la partida; v. Sanudo, Spediz. 366; Sigismondo de' Conti, II, 114 s.; las relaciones citadas por Balan, V, 348; la carta de los conservadores publicada en el Arch. Rom. XI, 692; *Acta consist. y las *Memorias del cardenal Cesarini. *Biblioteca Barberini de Roma* (v. abajo p. 458, not. 2). Cf. además el despacho de Manfredi citado por Cappelli, Savonarola, 55, 57.

davía á 1 de Junio de opinión, que el Papa y el Rey llegarían á encontrarse; pero Alejandro VI no se fió de los franceses; á 5 de Junio se retiró aceleradamente con sus cardenales y los embajadores á la fuerte Perusa (1). Entonces, finalmente, renunció Carlos á verle. Y como los confidentes le anunciaran la reunión de tropas venecianas y milanesas cerca de Parma, los franceses apresuraron su retirada (2).

A 13 de Junio llegó el monarca francés á Sena, y poco después á Poggibonsi, donde le salió al encuentro Savonarola: «Cristianísimo Príncipe—le dijo;—has provocado el enojo del Señor, por no llevar al cabo la reforma de la Iglesia, que tantas veces el Señor te había encomendado por mi boca, y para la que te había escogido con tan infalibles señales. Por esta vez escaparás del peligro; pero si no emprendes de nuevo esta obra que has descuidado, si no obedeces á los mandatos que te repite ahora de nuevo el Señor por su indigno siervo; yo te anuncio que Dios en su ira te enviará infortunios todavía mucho mayores y elegirá á otro en tu lugar» (3).

Carlos VIII logró realizar felizmente el difícil paso de los Apeninos, con su parque de artillería (4), y el ejército de los aliados al mando del marqués Francisco Gonzaga no le salió al encuentro hasta Taro, cerca de Fornuovo. A 6 de Julio se dió la batalla, que fué violenta, pero de corta duración (5). El rey se lanzó personal-

(1) Sanudo, Spediz. 367. Diario di S. Tommaso di Silvestro, 42. Cronache di Perugia. 113. Fumi, Alessandro VI, 29. Bonazzi, II, 8 s. Giorn di erudiz. artistica, III, 286 s. A. Sforza anuncia en una *carta, fechada en Orvieto á 1 de Junio de 1495, que Carlos VIII tendrá una entrevista con el Papa. *Archivio pubblico de Milán*.

(2) Sigismondo de' Conti, II, 115.

(3) Villari, Savonarola, I, 381.

(4) Sobre el heroico sacrificio de los soldados de Carlos VIII, y particularmente de los Suizos, cf. Müllinen, Schweizer Söldner, 138 s.

(5) Carece de importancia el trabajo de Scardovelli, La battaglia di Fornovo, Mantova 1889; es bajo todos conceptos excelente el estudio de Luzio-Renier, Francesco Gonzaga alla battaglia di Fornovo secondo i documenti Mantovani. Firenze 1890. Aquí se halla, no solamente un muy buen resumen de las numerosas fuentes y de las obras recientes (á las que hay que añadir Balan, R. Boschetti, I, 28 s., Jähns en «Grenzboten» 1875, II, 367 s., y Müllinen, Schweizer Söldner, 140 s.), sino también esmeradas indicaciones sobre las poesías compuestas acerca de esta batalla. Para las consideraciones militares, remito al lector á la obra de Ricotti, Storia delle compagnie di ventura in Italia, III (Torino 1845), 304 s.; sobre el teatro de la acción, v. Symonds, New Italian Sketches (Leipsic 1884), 240 ss. Sobre las pérdidas de los Suizos, v. Anz. f. schweiz. Gesch. 1896, p. 408.

mente en lo más trabado del combate, y no peleó con menos valor el marqués de Mantua, á quien le mataron sucesivamente tres caballos. Y tal vez hubieran logrado los italianos aniquilar á los franceses, si los bárbaros stradiotas, que se hallaban en sus filas, no hubieran comenzado á saquear los bagajes enemigos. Por efecto de esto, pudieron los franceses abrirse paso, bien que sufriendo pérdidas enormes. El botín que cayó en poder de los italianos fué tan grande como precioso: numerosos equipajes, llenos de las rapiñas de la fácil marcha triunfal por la desdichada Península italiana; piedras preciosas, oro y vasos de plata, dos banderas, el yelmo, espada y collar de oro de Carlos VIII, y un libro con las imágenes de las numerosas bellezas que, en las diferentes ciudades de Italia, habían otorgado sus favores al liviano monarca. No es, pues, de maravillar que los italianos se atribuyeran la victoria, por más que no alcanzaran completamente el propio objeto de la batalla. Permanente monumento de esta apreciación suya, fué la admirable Madonna della Vittoria, que hizo pintar por Mantegna, el marqués de Mantua, y se halla en el Louvre de París (1).

Todavía celebraron más la victoria de Fornuovo los poetas italianos, cuyo amor patrio se inflamó poderosamente (2). Sólo uno, Antonio Cammelli, tuvo de ella un concepto más claro que los demás de sus compatriotas, y confesó abiertamente que: «el príncipe francés forzó el paso—valerosamente, rodeado de enemigos

(1) Cf. Portioli, *La chiesa e la madonna della Vittoria*. Mantova 1883. Crowe-Cavalcaselle, II, 432 s. Müntz, *Renaiss.* 601 s. Burckhardt, *Beiträge*, 37, 197. Delaborde, 650, trae un retrato. Cf. también Heiss, *Les médailleurs de la Renaissance*, Sperandio de Mantoue (París 1886), 45, y Luzio-Renier, I. c., 25, donde se hallará la bibliografía sobre la medalla de Sperandio, que lleva la jactanciosa leyenda: *Ob restitutam Italiae libertatem!*

(2) Sobre la influencia de los acontecimientos político-militares de entonces en la poesía italiana, cf. Luzio-Renier, I. c., 34 s., 41 s., y Gabotto, en la *Rassegna Emiliana*, I. No será posible formarse un juicio general completo, hasta que se publique la preciosa colección de poesías de Marino Sanudo, que se conserva en la *Biblioteca de S. Marcos de Venecia* (it. IX, 363). De ella se han dado preciosos extractos en un escrito, que por desgracia no está en el comercio de libros, intitulado: *Poesie storiche sulla Spedizione di Carlo VIII in Italia*, pubblicate da Vitt. Rossi per le nozze Renier-Campostrini. Venezia 1887 (publicación de sólo 35 ejemplares!). Cf. también V. Rossi en el *Arch. Veneto* XXXV, 207 ss.; Grauert en *Hist.-pol. Bl.* CXX, 346 s.; H. Ungemach, *La guerra de Parma. Ein ital. Gedicht auf die Schlacht bei Fornuovo 1495*. Publicada conforme á una antigua impresión. Schweinfurt, Programa del Gimnasio 1892, y *Giorn. st. d. Lett. ital.* XX, 468-469.

ÍNDICE ALFABÉTICO

de las obras repetidamente citadas en este tomo (1)

- Abschiede, die eidgenössischen. Amtliche Sammlung I s. Lucern 1839 s.
- Achery (d'), *Spicilegium sive collectio veterum aliquod scriptorum qui in Galliae bibliothecis delituerant*. 3 voll. Parisiis, 1723.
- Acta Tomiciana, Epistolae Legationes Responsa Actiones res gestae Serenissimi Principis Sigismundi ejus nominis primi regis Poloniae magni ducis Lithuaniae Russiae Prussiae Masoviae domini. Vol. I et II. Posnaniae 1852.
- [Acton.] The Borgias and their latest Historian, en *The North British Review*. October 1870 to January 1871. New Series XIV, 351—367. London 1871.
- Ademollo, A., Alessandro VI, Giulio II e Leone X nel Carnevale di Roma. Documenti inediti (1499—1520). Firenze 1886.
- Adinolfi, P., Laterano e Via maggiore. Roma 1857.
- Adinolfi, P., La Portica di S. Pietro ossia Borgo nell' età di mezzo. Nuovo saggio topografico dato sopra pubblici e privati documenti. Roma 1859.
- Adinolfi, P., La Torre de'Sanguigni e S. Apollinare. Roma 1863.
- Adinolfi, P., Roma nell' età di mezzo. 2 vols. Roma 1851.
- Albèri, E., Le Relazioni degli Ambasciatori Veneti al Senato durante il secolo decimosesto. 3 Serie. Firenze 1839—1855.
- Albertini, Fr., *Opusculum de mirabilibus novae urbis Romae*. Editado por A. Schmarsow. Heilbronn 1886.
- Alfani, v. *Memorie Perugine*.
- Allegretto Allegretti, *Diari delle cose Sanesi del suo tempo*. Muratori, *Script.* XXIII, 767—860. Mediolani 1733.
- Alvisi, E., Cesare Borgia duca di Romagna. Notizie e documenti. Imola 1878.

(1) Las comunicaciones inéditas se dan á conocer por un asterisco (*), las fuentes que he de publicar en una colección especial, por dos asteriscos (**).

- Amabile, L., *Il Santo Ufficio della Inquisizione in Napoli. Città di Castello* 1892.
- Ambrosius, Fr., *De rebus gestis ac scriptis operibus Baptistae Mantuani cognomento Hispanioli. Taurini* 1784.
- Amiani, M., *Memorie storiche della Città di Fano. Fano* 1757.
- Amort, *De origine, progressu, valore ac fructu indulgentiarum... notitia. 2 vols. Aug. Vindel. 1735.*
- Ancona, d'A., *Origini del teatro italiano con 2 app. s. rappresentazione drammatica del contado toscano e s. teatro Mantovano nel sec. XVI. 2 ed. 2 vols. Torino* 1891.
- Ancona, d'A., *Varietà storiche e letterarie. Vol. II. Milano* 1885.
- Anecdota litteraria ex Mss. codicibus eruta. 4 vols. *Romae* 1772—1783.
- Anecdota Veneta nunc primum collecta ac notis illustrata studio fr. Joannis Baptistae Mariae Contareni ord. Praedic. Venetiis 1757.
- Annales Bononienses fratris Hieronymi de Bursellis. Muratori, Script. XXIII, 867—916. Medionali 1733.
- Anshelm, B., *llamado Rüd, Berner Chronik. 6 Bde. Bern* 1825—1833. (Nueva edición Bern 1884 s.)
- Antonius de Vercellis, *Sermones quadragesimales. Venetiis* 1492.
- Archivio della Società Romana di Storia Patria. Vol. I ss. *Roma* 1878 ss.
- Archivio storico, artistico, archeologico e letterario della città e provincia di Roma fondato e diritto da Fabio Gori. 4 vols. *Roma-Spoleto* 1875—1883.
- Archivio storico dell'Arte pubbl. p. Gnoli. Vol. I ss. *Roma* 1888—1897.
- Archivio storico italiano ossia raccolta di opere e documenti inediti o divenuti rarissimi riguardanti la storia d'Italia. 5 Serie. *Firenze* 1842 ss.
- Archivio storico lombardo, giornale della Società storica lombarda, e bollettino della consulta archeologica del museo storico-artistico di Milano. Vol. I ss. *Milano* 1874 ss.
- Archivio storico per le provincie Napoletane pubblicato a cura della Società di storia patria. Vol. I ss. *Napoli* 1876 ss.
- Archivio Veneto. Pubblicaz. periodica. Vol. I ss. *Venezia* 1870 ss.
- Aretin, J. Ch. v., *Beiträge für Geschichte und Literatur. Bd. I. München* 1803.
- Armand, *Les medailleurs italiens des XV et XVI siècles. Vol. II et III. Paris* 1883 et 1887.
- Armellini, Mariano, *Le chiese di Roma dalle loro origini sino al secolo XVI. Roma* 1887.
- Artaud de Montor, *Geschichte der römischen Päpste, deutsch von J. A. Boost. Bd. IV. Augsburg* 1854.
- Aschbach, J., *Allgemeines Kirchenlexikon oder alphabetisch geordnete Darstellung des Wissenswürdigsten aus der gesammten Theologie und ihren Hilfswissenschaften. 4 Bde. Frankfurt a M. 1846—1850.*

- Atti e memorie della R. deputazione di storia patria per le provincie di Romagna. 3 Serie. Bologna 1962 ss.
- Atti e memorie delle RR. deputazioni di storia patria per le provincie Modenesi e Parmensi. 8 voll. Modena 1863—1876.
- Atti e memorie delle RR. deputazioni di storia patria per le provincie dell' Emilia. T. I. ss. Modena 1877 ss.
- Atti e memorie della Società Storica Savonese. Vol. I e II. Savona 1880 e 1890.
- Audiffredi, J. B., *Catalogus Romanarum editionum saec. XV. Romae* 1783.
- Auton, Jean d', *Chroniques*. 4 vols. Paris 1834—1835.
- Balan, P., *Gli Assedii della Mirandola di papa Giulio II nel 1511 e di papa Giulio III nel 1551 e 1552 narrati secondo i più recenti documenti*. 2. ediz. Mirandola 1876.
- Balan, P., *Storia d'Italia*. T. V. Modena 1877.
- Balan, P., Roberto Boschetti e gli avvenimenti italiani dei suoi tempi 1494—1529. 2 voll. Modena 1884.
- Baldi, B., *Vita e fatti di Federico di Montefeltro, duca di Urbino*. Vol. III. Roma 1824.
- Baluze, St., *Miscellanea*, ed. Mansi. 4 vols. Lucae 1761.
- Bangen, J. H., *Die römische Curie, ihre gegenwärtige Zusammensetzung und ihr Geschäftsgang*, Münster 1854.
- Barleta, G., *Sermones fratris Gabrielis Barelete, Ordinis Praedicatorum, quadragesimales de sanctis noviter impressi*. Lugduni 1511.
- Barone, N., *Nuovi studi sulla vita e sulle opere di Antonio Galateo*. Napoli 1892.
- Barzellotti, G., *Italia mistica e Italia pagana*. Roma 1891.
- Baschet, A., *La Diplomatie Vénétienne*. Paris 1862.
- Baudrillart, *Histoire du luxe privé et public*. 4 vols. Paris 1878—1880.
- Baum, A., *Die Demarcationslinie Papst Alexanders VI. und ihre Folgen*. Dissertation. Köln 1890.
- Baumann, F., *Geschichte des Allgäu*. Bd. II. Kempten o. J.
- Baumgarten. H., *Geschichte Karls V*. Bd. I. Stuttgart 1865.
- Beissel, St., *Die Verehrung der Heiligen und ihrer Reliquien*. Freiburg i. Br. 1890.
- Belcarius, Fr., *Rerum Gallicarum Commentarii*. Lugduni 1625.
- Belgrano, L., *Della vita privata dei Genovesi*. 2. ediz. Genova 1875.
- Bellesheim, A., *Geschichte der katholischen Kirche in Schottland von der Einführung des Christenthums bis auf die Gegenwart*. Erster Band: von 400—1560. Mainz 1883.
- Bellesheim, A., *Geschichte der katholischen Kirche in Irland von der Einführung des Christenthums bis auf die Gegenwart*. Erster Band: von 432—1509. Mit einer geographischen Karte. Mainz 1890.
- Bellori, *Descrizione delle immagini dipinte da Raffaele nel Vaticano*. Roma 1695 e 1700.
- Bembus, P., *Historiae Venetae libri XII*. Basileae 1567.

- Bembus. P., Opera historica. Basileae 1567.
- Benigni, U., Die Getreidepolitik der Päpste, ins Deutsche übertragen von R. Birner, herausg. von G. Ruhland. Berlin [1898].
- Bergenroth, G. A., Calendar of Letters, Despatches and State Papers relating to the negociations between England and Spain preserved in the archivés at Simancas and elsewhere. Vol. I and II. London 1862 and 1866.
- Berliner, A., Geschichte der Juden in Rom von den ältesten Zeiten bis zur Gegenwart. 2 Bde. Frankfurt a M. 1893.
- Bernaldez, A., Historia de los Reyes Católicos D. Fernando y D.^a Isabel. 2 vols. Sevilla 1870—1875. (Publicación de la Sociedad de bibliófilos Andaluces.)
- Bernardi, Andrea, Cronache Forlivesi dal 1476 al 1517 p. a cura di G. Mazzatinti. 2 vols. Bologna 1895—1897.
- Bernays, J., Petrus Martyr und sein opus epistolarum. Strassburg 1891.
- Bernino, Dom., Historia di tutte l'heresie descritta da D. B. Tomo quarto, sin' all' anno 1700. Venezia 1724.
- Bertolotti, A., Artisti Lombardi a Roma nei secoli XV, XVI e XVII. Studi e ricerche negli archivi Romani. 2 vols. Milano 1881.
- Beschreibung der Stadt Rom von Ernst Plattner, Karl Bunsen, Eduard Gerhard und Wilhelm Röstel. 3 Bde. Stuttgart und Tübingen 1829—1842.
- Bibliotheca pontificia duobus libris distincta auctore R. P. F. Ludovico Jacobo a S. Carolo. Lugduni 1643.
- Bibliothèque de l'École des Chartes. Revue d'érudition consacrée spécialement à l'étude du moyen-âge. Paris 1839 s.
- Biographie, allgemeine deutsche Bd. I ss. Leipzig 1875—1893.
- Bisticci, v. *Vespasiano*.
- Blätter, historisch-politische, für das katholische Deutschland. Herausgegeben von G. Phillips und G. Görres, später von E. Jörg und F. Binder. Bd. I—CXXIV. München 1838—1899.
- Blösch, Cardinal Schinner. Bern 1891. (Discurso fuera del comercio.)
- Boccard, Histoire du Vallais. 1844.
- Bode, W., Gruppe der Beweinung Christi von Giovanni della Robbia und der Einfluss des Savonarola auf die Entwicklung der Kunst in Florenz, im Jahrbuch der königl. preuss. Kunstsammlungen VIII, 217—226. Berlin 1887.
- Bode, W., Die italienische Plastik. 2 Aufl. Berlin 1893.
- Böhm, W., Hat Kaiser Maximilian im Jahre 1511 Papst werden wollen? Programm. Berlin 1873.
- Böhringer, F., Die Vorreformatoren des 14. und 15. Jahrhunderts. Abth. IV, 2, Zürich 1858.
- Boglino, B. F., La Sicilia e i suoi cardinali. Palermo 1884.
- Bole, F., Rafaels Wandgemälde «die Philosophie», genannt die Schule von Athen. Brixen 1891.
- Bole, F., Sieben Meisterwerke der Malerei. Brixen 1893.

- Bolletino storico della Svizzera italiana. T. I ss. Bellinzona 1879 ss.
- Bonanni, Phil., Numismata Pontificum Romanorum quae a tempore Martini V. ad annum 1699 vel autoritate publica vel privato genio in lucem prodire. Tom. I, continens numismata a Martino V. usque ad Clementem VIII. Rome 1699.
- Bonazzi, L., Storia di Perugia. 2 vols. Perugia 1875—1879.
- Borgati, M., Castel Sant'Angelo in Roma. Storia e descrizione. Roma 1890.
- Borgia, Stef., Memorie storiche della pontificia città di Benevento. Parte terza, volume I, che contiene la storia delle sue vicende e delle geste de'suoi governatori dell' anno MLI all' anno MDL. Roma 1769.
- Bossi, M., Recuperationes Fesulanae. Bononiae 1493.
- Bottari, G., Raccolta di lettere sulla pittura etc. 8 vols. Milano 1822—1825.
- Bouterwek, F., Geschichte der Poesie und Beredsamkeit. Bd. I s. Göttingen 1801 s.
- Brewer, Letters and Papers of the reign of Henry VIII. Vol. I ss. London 1862 ss.
- Briefe, römische, von einem Florentiner (A. v. Reumont). Erster und zweiter Theil. Neue römische Briefe von u. f. w. 2 Theile, Leipzig 1840—1844.
- Brom, G., Einige Beiefe von Raphael Brandolinus Lippus, mitgetheilt von Dr. G. B., in de Waals Römisch. Quartalschrift II, 175—206. Rom. 1888.
- Brosch, J., Alexander VI. und Lucrezia Borgia, in Sybels histor. Zeitschr. XXXIII, 360 ss. München 1875.
- Brosch, M., Papst Julius II. und die Gründung des Kirchenstaates. Gotha 1878.
- Brown, v. Calendar.
- [Brown, R.] Ragguagli sulla vita di Marino Sanuto detto il juniore. 3 vols. Venezia 1837.
- Bruder, A., Staatslexikon der Görres-Gesellschaft. Bd. I ss. Freiburg i. Br. 1889 ss.
- Brunner, S., Studien und Kritiken in und über Italien. 2 Bde. Wien 1866.
- Buddee, W., Zur Geschichte der diplomatischen Missionen des Dominikaners Nikolaus von Schönberg bis zum Jahre 1519. Dissertation. Greifswald 1891.
- Büttner, F., Adam und Eva in der bildenden Kunst bis Michelangelo. Jenenser Dissertation. Leipzig 1887.
- Bullarium ordinis Praedicatorum opera Thomae Ripoll editum et ad autogr. recognitum, appendicibus, notis illustr. ab A. Bremond. Vol. III et IV. Romae 1731.
- Bullarium Vatican., v. Collectio.
- Bullarum, diplomatum et privilegiorum summorum Romanorum ponti-

ficum Taurinensis editio locupletior facta. . . cura et studio Aloysii Tomasetti. T. V. Augustae Taurinorum 1860. (Con la cita «*Bullarium*» nos referimos siempre á esta edición.)

Burchard, Joh., v. Pieper.

Burchardi, Joh. Argent., *Diarium Innocentii VIII*, etc. tempora complectens nunc primum publici juris factum commentariis et monumentis quamplurimis et arcanis adjectis ab Achille Gennarelli. Florentiae 1854.

Burchardi, Joh., *Diarium sive rerum urbanar. commentarii* 1483—1506. edid. L. Thuasne. 3 vols. Parisiis 1883—1885.

Burckhardt, J., *Die Cultur der Renaissance in Italien. Ein Versuch*. 3. Auflage, besorgt von L. Geiger. 2 Bde. Leipzig 1877—1878.

Burckhardt, J., *Der Cicerone. Eine Anleitung zum Genuss der Kunstwerke Italiens*. 4. Auflage, unter Mitwirkung des Verfassers und anderer Fachgenossen bearbeitet von Dr. Wilh. Bode. Theil II. Leipzig 1879.

Burckhardt, J., *Geschichte der Renaissance in Italien. Mit Illustrationen*. Stuttgart 1868. 3. Auflage, von Heinrich Holtzinger. Stuttgart 1891.

Burckhardt, J., *Beiträge zur Kunstgeschichte von Italien*. Basel 1898.

Busch, W., *England unter den Tudors*. Bd. I. König Heinrich VII. 1485—1509. Stuttgart 1892.

Buser, B., *Die Beziehungen der Mediceer zu Frankreich während der Jahre 1434—1494 in ihrem Zusammenhange mit den allgemeinen Verhältnissen*. Leipzig 1879.

Buser, M., *Lorenzo de'Medici als italienischer Staatsmann. Eine Skizze nach handschriftlichen Quellen*. Leipzig 1879.

Calendar of State Papers and Manuscripts relating to English Affairs existing in the Archives and Collections of Venice and in other Libraries of Northern Italy edited by Rawdon Brown. Vol. I ss. London 1864 ss.

Cambi, G. *Istorie, en las Delizie degli eruditi Toscani*. Vol. XXI—XXIII. Firenze 1785 s.

Campagne et bulletins de la grande armée d'Italie commandée par Charles VIII 1494—1495 d'après des documents rares ou inédits, extraits en grande partie de la bibliothèque de Nantes par J. de la Pilorgerie. Nantes-Paris 1866.

Cancellieri, Fr., *Storia de' solenni Possessi de' Sommi Pontifici detti anticamente processi o processioni dopo la loro coronazione dalla basilica Vaticana alla Lateranense*. Roma 1802.

Cantù, C., *Storia di Como*. Firenze 1856.

Cantù, C., *Gli eretici d'Italia*. Vol. I. Torino 1865.

Cantù, C., *Italiani illustri. Ritratti*. 3 vols. Milano 1873—1874.

Cappelli, Antonio. *Lettere di Lorenzo de' Medici detto il Magnifico conservate nell' Archivio Palatino di Modena con notizie tratte dai carteggi diplomatici degli oratori Estensi a Firenze*. (Estratto dal

- vol. I degli Atti e Memorie delle Deputazioni di storia patria per le provincie Modenesi e Parmensi.) Modena 1873.
- Cappelli, Antonio, Fra Girolamo Savonarola e notizie intorno il suo tempo. Modena 1869.
- Cardella, Lorenzo, Memorie storiche de' cardinali della santa Romana chiesa. T. III. Roma 1793.
- Cardo, G., La lega di Cambray. Venezia 1895.
- Carinci, G. B., Lettere di O. Gaetani. Roma 1870.
- Caro, F., Geschichte Polens. Fünfter Theil, Abth. 1 und 2, (Geschichte der europäischen Staaten, herausgeg. von Heeren, Ukert und W. von Giesebrecht.) Gotha 1836 à 1838.
- Carpesanus, Franciscus, Commentaria suorum temporum, 1470—1526 en Martène, Coll. ampl. V, 1175.
- Carriere, M., Die philosophische Weltanschauung der Reformationszeit in ihren Beziehungen zur Gegenwart. Stuttgart und Tübingen 1847.
- Castelar, E., Erinnerungen an Italien. Deutsche Uebersetzung. Leipzig 1876.
- Cecchetti, B., La republica di Venezia e la corte di Roma nei rapporti della religione, 2 vols. Venezia 1874.
- Cecconi, G., Vita e fatti di Boccolino Guzzoni da Osimo capitano di ventura del secolo XV, narrati con documenti inediti ed editi rarissimi. Osimo 1889.
- Cerri, D., Vita e gesta dei sommi pontefici Romani nati od oriundi nel regno degli Stati Sardi. Vol. II. Torino 1856.
- Cerri, D., Borgia ossia Alexandro VI Papa e suoi contemporanei. Torino 1858.
- Cherrier. C. de, Histoire de Charles VIII, roi de France. 2 vols. Paris 1863.
- Chevalier, Répertoire des sources historiques du moyen-âge. Paris 1877—1883. Suppl. 1888.
- Chmel, J., Urkunden, Briefe und Actenstücke zur Geschichte Maximilians I. und seiner Zeit. (Bibl. des Lit. Vereins Bd. X.) Stuttgart 1845.
- Chmel, J., Briefe und Actenstücke zur Geschichte der Herzoge von Mailand von 1452 à 1513. Aus den Originalen herausgegeben im Notizenblatt zum Archiv für österreich. Geschichte. Jahrg. 6 und 7. Wien 1856—1857.
- Chmel, J., Regesten des römischen Kaisers Friedrich III. 1452—1493. 2. Abtheil. Wien 1859.
- Christophe, J. B., Histoire de la Papauté pendant le XV^e siècle avec des pièces justificatives. 2 vols. Lyon-Paris 1863.
- Chroniken der deutschen Städte vom 14. bis ins 16. Jahrhundert. Herausgeg. von der histor. Commission der königl. Akademie der Wissenschaften. Bd. I ss. Leipzig 1862 ss.
- Ciaconius, Alph., Vitae et res gestae Pontificum Romanorum et S. R.

- E. cardinalium . . . ab August. Oldoino Soc. Jesu recognitae. T. II et III. Romae 1677.
- Cian, V., Caterina Sforza a proposito della Caterina Sforza di Pier Desiderio Pasolini. Torino 1893.
- Cian, V., Il Cortegiano del conte Baldesar Castiglione annotato e illustrato. Firenze 1894.
- Cicogna, Em., Delle iscrizioni veneziane. 6 vols. Venezia 1824—1853.
- Cinagli, Angelo, Le monete dei Papi descritte in tavole sinottiche ed illustrate. Fermo 1848.
- Cipolla, C., Le signorie dal 1300 al 1530. Milano 1881.
- Cittadella, L. N., Saggio di Albergo genealogico e di Memorie su la famiglia Borgia specialmente in relazione a Ferrara. Ferrara 1872.
- Clément, Les Borgia. Histoire du pape Alexandre VI, de César et de Lucrece Borgia. Paris 1882.
- Collectio bullarum, brevium aliorumque diplomatum sacrosanctae basilicae Vaticanae. T. II. ab Urbauo V. ad Paulum III. productus. Romae 1750.
- Commines, Ph. de, Mémoires. Nouvelle édition revue sur les manuscrits de la Bibliothèque royale et publiée avec annotations et éclaircissemens par M. Dupont. T. II. Paris 1843.
- Commines, Phil. de, ses lettres et négociations publ. avec un comment. histor. par Kervyn de Lettenhove Bruxelles 1867—1874.
- Condivi, A., Das Leben des Michelangelo Buonarroti. Zum erstenmal in die deutsche Sprache übersetzt durch Rudolf Valdek. Wien 1874.
- Condivi, A., Vita de Michel Angelo Buonarroti. Nueva edición de Frey. Berlin 1887.
- Contatore, D. A., De historia Terracinensi libri quinque. Romae 1706.
- Contelorius, Felix, Pars altera elenchi S. R. E. cardinalium ab anno 1430 ad annum 1549 ex bibliotheca Francisci cardinalis Barberini Ep. Portuen. ac S. R. E. vicecancell. Opus posthumum. Romae 1659.
- Coppi, A., Cenni storici di alcune pestilenze. Roma 1832.
- Coppi, A., Discorso sopra le finanze di Roma nei secoli di mezzo. Roma 1847.
- Coppi, A., Memorie Colonnesei compilate. Roma 1855.
- Corio, B., Storia di Milano. Vol. III. Milano 1857.
- Corpo diplomatico Portuguez p. p. Luis Augusto Rebello da Silva. Vol. I. Lisboa 1862.
- Cortesium, Paulus, De cardinalatu libri tres ad Julium Secundum Pont. Max. In Castro Cortesio 1510.
- Cosci, A., Girolamo Savonarola e i nuovi documenti intorno al medesimo. Archivio storico italiano. Quarta Serie, IV, 228—306. 429—468. Firenze 1879.
- Creighton, A history of the Papacy during the period of the Reformation. Vol. III and IV. London 1887.
- Creizenach, V., Geschichte des neuern Dramas. Bd. I. Halle 1893.

- Cronaca di Viterbo di Giovanni di Juzzo dal 1475 al 1479, en Cronache e Statuti della città di Viterbo pubbl. ed illust. da J. Ciampi. Firenze 1872.
- Cronaca Sublacense del P. D. Cherubino Mirzio da Treveri, monaco nella protobadia di Subiaco. Roma 1885.
- Cronache della città di Perugia edite da Ariodante Fabretti. Vol. II. 1393—1561. Torino 1888. (Fuera del comercio.)
- Cronica di Bologna. Muratori, Script. XVIII, 241—792.
- Cronica di Napoli di Notar Giacomo, pubblicata per cura di Paolo Garzilli. Napoli 1845.
- Crowe. J. A., und Cavalcaselle, G. B., Geschichte der italienischen Malerei. Deutsche Original-Ausgabe, besorgt von Dr. M. Jordan. Bd. III, II und IV. Leipzig 1869—1871.
- Crowe-Cavalcaselle, Raphael. (Deutsche Uebersetzung.) 2 Bde. Leipzig 1883—1885.
- Dal Re, D., Discorso critico sui Borgia con l'aggiunta di documenti inediti relativi al Pontificato di Alessandro VI, en Archivio della Società Romana di storia patria IV, 77—147, Roma 1881.
- Delaborde, H. Fr., L'expédition de Charles VIII en Italie. Histoire diplomatique et militaire. Paris 1888.
- Delphini, P., Oratiunculae duae habitae coram summis pontificibus Pio III. et Julio II. nunc primum editae. Venetiis 1848.
- Denifle, H., Die Universitäten des Mittelalters. Erster Band: Die Universitäten des Mittelalters bis 1400. Berlin 1885.
- Dennistoun. J., Memoirs of the Dukes of Urbino illustrating the arms arts etc. of Italy from 1440—1630. 3 vols. London 1851.
- Desjardins, Abel, Négociations diplomatiques de la France avec la Toscane. Documents recueillis par Giuseppe Canestrini. T. I et II Paris 1859 et 1861.
- Diario di Ser Tommaso di Silvestre Notaro con note di L. Fumi. Fasc. 1. 2. 3. 4. Orvieto 1891—1895.
- Diario Ferrarese dall'anno 1409 sino al 1502 di autori incerti. Muratori Script. XXIV, 173—408. Mediolani 1738.
- Diario Nepesino di Antonio Lotieri de Pisano 1459—1468 pubbl. p. c. di G. Levi, en Arch. della Soc. Rom. di storia patria VII, 115—183. Roma 1884.
- Didot, A. F., Alde Manuce et l'Hellénisme à Venise. Paris 1875.
- Dierauer, J., Geschichte der schweizerischen Eidgenossenschaft. Zweiter Band bis 1516 (en Heeren-Ukert'schen Sammlung). Gotha 1892.
- Dispacci di A. Giustinian 1502—1505 pubbl. da Pasqu. Villari. 3 vols. Firenze 1876.
- Dittrich, F., Cardinal Gasparo Contarini 1483—1542. Eine Monographie. Braunsberg 1885.
- Documenti di Pio II e III. v. Piccolomini.
- Döllinger, J. J. J., Lehrbuch der Kirchengeschichte. Zweiter Band erste Abtheilung. 2. Aufl. Regensburg 1843.

- Döllinger, J. J. J., Kirche und Kirchen, Papstthum und Kirchenstaat. München 1861.
- Döllinger, J. J. J., Beiträge zur politischen, kirchlichen und Cultur-Geschichte der sechs letzten Jahrhunderte. Bd. II und III. Regensburg und Wien 1863—1882.
- Dollmayr, H., Raffaels Werkstätte, en Jahrbuch der kunsthistorischen Sammlungen des allerh. Kaiserhauses XVII, 231 ss. Wien 1895.
- Dorez, L.=Thuasne, L., Pic de la Mirandole en France (1485—1488). Paris 1897.
- Dumesnil, M. A. J., Histoire de Jules II. Sa vie et son pontificat. Paris 1873.
- Du Mont, Corps universel diplomatique du droit des gens. T. III et IV. Amsterdam 1726.
- Echard, J., et Quétif, J., Scriptorum ordinis Praedicatorum recensiti notisque historicis et criticis illustrati etc. Tom. I. Lutetiae Parisiorum 1719.
- Eggs, G. J., Purpura docta, s. vitae, legationes, res gestae, obitus S. R. E. Cardinalium, qui ingenio, doctrina, eruditione, scriptis etc. ab a. DXL usque ad aetat. nostr. inclaruere. Lib. III et IV. Fol. Francof. et Monach. 1710—1714. Acc. Supplementum novum purpurae doctae. Aug. Vind. 1729.
- Egidio (Aegidius) von Viterbo, Die Lebensbeschreibungen der Päpste im Zeitalter Kaiser Maximilians I. [Hist. viginti saeculor.], herausgeg. von Höfler im Archiv für österr. Geschichtskunde XII, 378 s. Wien 1854.
- Ehrenberg, R., Das Zeitalter der Fugger. 2 Bde. Jena 1896.
- Ehses, St., Römische Dokumente zur Geschichte der Ehescheidung Heinrichs VIII. von England 1527—1534. Paderborn 1893.
- Empoli, F. L., Bullarium ord. Eremitarum s. Augustini. Romae 1628.
- Endemann, W. Studien in der romanisch-canonistischen Wirthschafts- und Rechtslehre. 2 Bde. Berlin 1874.
- Ennen, L., Geschichte der Stadt Köln, meist aus den Quellen des Kölner Stadtarchivs. Bd. III. Köln-Neuss 1869.
- L'Épinois, H. de, Le Pape Alexandre VI, en la Revue des questions historiques XXIX, 337—427. Paris 1881.
- Eubel, K., Geschichte der oberdeutschen (Strassburger) Minoritenprovinz. 2 Bde. Würzburg 1886.
- Fabretti, A., Biografie dei Capitani venturieri dell'Umbria scritte ed illustrate con documenti. Vol. III. Montepulciano 1844.
- Fabricius, J. H., Bibliotheca latina mediae et infimae aetatis, ed Mansi. 6 tom. Florentiae 1858—1859.
- Fabronius, A., Laurentii Medices Magnifici vita. 2 vols. Pisis 1784.
- Falk, F., Die Druckkunst im Dienste der Kirche, zunächst in Deutschland, bis zum Jahre 1520. Köln 1879.
- Falusch, Cose notabili di Siena. Siena 1784.
- Fanti, J., Imola sotto Giulio II. Memorie di storia patria. Imola 1882.

- Fantoni, S., *Istoria della città d'Avignone e contado Venesino*. 1 vols. Venezia 1678.
- Fantuzzi, G., *Notizie degli Scrittori Bolognesi*. 9 vols. Bologna 1781—1794.
- Fea, Carlo, *Notizie intorno Raffaele Sanzio da Urbino ed alcune di lui opere, intorno Bramante, Giulano de San Gallo, Baldassar Peruzzi etc.* Roma 1822.
- Ferri, A., *L'Architettura in Roma nei secoli XV e XVI*. Roma 1867. s.
- Feszler, J., *Sammlung vermischter Schriften über Kirchengeschichte und Kirchenrecht*. Freiburg i. Br. 1869.
- Fiorentino, Pietro Pomponazzi. Firenze 1869.
- Fischer, K., *Geschichte der neuern Philosophie*. 3. Aufl. Bd. I, erster Theil. Heidelberg 1889.
- Flamini, *Studi di storia letteraria*. Livorno 1893.
- Flechsig, E., *Die Dekoration der modernen Bühne in Italien von den Anfängen bis zum Schlusse des 16. Jahrhunderts*. Theil I. Leipziger Dissert. Dresden 1895.
- Florus, *De expeditione Bononiensi, en Graevius, Thesaur. antiquit.* IX, P. VI. Venetiis 1735.
- Förster, E., *Raphael*. 2 Bd. Leipzig 1867—1868.
- Forcella, V., *Iscrizioni delle chiese e d'altri edifizii di Roma dal secolo XI fino ai giorni nostri*. 14 vols. Roma 1869—1885.
- Forgeot, H., *Jean Balue cardinal d'Angers*. Paris 1895.
- Foucard, C., *Carteggio diplomatico*. Napoli 1879.
- Fraknoi, W., *Ungarn und die Liga von Cambrai 1509—1511. Nach unbenützten Quellen*. Budapest 1883.
- Fraknoi, V., *Erdödi Bakócz Tamás*. Budapest 1889.
- Fraknoi, W., *Matthias Corvinus, König von Ungarn 1458—1490. Auf Grund archivalischer Forschungen und mit Genehmigung des Verfassers aus dem Ungarischen übersetzt*, Freiburg i. Br. 1891.
- Frantz, E., *Fra Bartolomeo della Porta. Studie über die Renaissance*. Regensburg 1879.
- Frantz, E., *Sixtus IV. und die Republik Florenz*. Regensburg 1880.
- Frantz, E., *Geschichte der christlichen Malerei*. Zweiter Theil. Freiburg i. Br. 1894.
- Frati, v. Grassis.
- Freher, *Scriptores etc.* Tom. III. Hannoniae 1611.
- Frey, E., *Studien zu Michelangiolo (Regesten), im Jahrbuch der preussischen Kunstsammlungen XVI*, 91—103. Berlin 1895.
- Frey, E., *Die Dichtungen des Michelangiolo Buonarroti*. Berlin 1897.
- Frizzoni, *Arte italiana del Rinascimento*. Milano 1891.
- Fuchs, J., *Die mailändischen Feldzüge der Schweizer*. 2 Bde. St. Gallen 1810 und 1812.
- Fulgosus, Bapt., *De dictis factisque memorabilibus a Camillo Gilino latina facta*. Mediolani 1509.
- Fumi, L., *Alessandro VI e il Valentino in Orvieto*. *Notizie storiche*

- raccolte da documenti inediti per le nozze Gamurrini-Giulietti. Siena 1877. (Edizione di 150 esemplari fuori di commercio.)
- Fumi, L., Carteggio del commune di Orvieto degli anni 1511 e 1512, en Arch. d. Soc. Rom. XIV, 127—163. Roma 1891.
- Furrer, S., Geschichte von Wallis. Bd. III. Sitten 1850.
- Gabotto, F., Giason del Maino e gli scandali universitari nel Quattrocento. Studio. Torino 1888.
- Gabotto, F., L'Astrologia nel Quattrocento in rapporto colla civiltà. Osservazioni e documenti inediti. Milano-Torino 1889.
- Gabotto, F., Vita di Giorgio Merula. Alessandria 1894.
- Gairdner, Letters and Papers of Richard III. and Henry VII. 2 vols. London 1861 ss.
- Galante, A., Il diritto di placitazione e l'economato dei benefici vacanti in Lombardia. Milano 1894.
- Gams, B., Die Kirchengeschichte von Spanien. 3 Bde. Regensburg 1862—1879.
- Gams, B., Series episcoporum ecclesiae catholicae quotquot innotuerunt à beato Petro apostolo. Ratisbonae 1873.
- Garampi, Saggi di osservazioni sul valore delle antiche monete pontificie con appendice di documenti. S. l. et a. (Romae 1766.)
- Gaspary, A., Geschichte der italienischen Literatur. Bd. II. Berlin 1888.
- Gatticus, J. B., Acta caeremonialia S. Romanae Ecclesiae ex mss. codicibus. Vol. I. Romae 1753.
- Gaye, G., Carteggio inedito d' artisti dei secoli XV, XVI e XVII. 3 vols, Firenze 1840.
- Gazette des beaux-arts. Courrier européen de l'Art et de la Curiosité. Paris 1869 ss.
- Gebhardt, B., Die Gravamina der deutschen Nation gegen den römischen Hof. Breslau 1884. (2. Aufl. 1895.)
- Gebhardt, B., Adrian-von Corneto. Ein Beitrag zur Geschichte der Curie und der Renaissance. Breslau 1886.
- Gebhart, La Renaissance italienne et la philosophie de l'histoire. Paris 1887.
- Gesscken, J., Der Bilder-Katechismus des 15. Jahrhunderts. Leipzig. 1855.
- Gennarelli, v. Burchard.
- Gerigk, Joh., Das opus epistolarum des Petrus Martyr, ein Beitrag zur Kritik der Quellen des ausgehenden 15. und beginnenden 16. Jahrhunderts. Königsberger Dissert. Braunsberg 1881.
- Geschichte der päpstlichen Nuntien in Deutschland (von Moser). Bd. II. Frankfurt und Leipzig 1788.
- Geymüller, H. v., Die ursprünglichen Entwürfe St. Peter in Rom, nebst zahlreichen Ergänzungen und neuem Texte zum erstenmal herausgegeben. 1 Bd. Text und 1 Bd. Tafeln. Wien-Paris 1875—1880.

- Gherardi, A., Nuovi documenti e studi intorno a Girolamo Savonarola. Seconda edizione emendata e accresciuta. Firenze 1887.
- Giannone, P., Istoria civile del regno di Napoli. Ediz. accresciuta di note critiche etc. T. III. Venezia 1766.
- Gieseler, J. C. L., Lehrbuch der Kirchengeschichte. Bd. II, Abtheil. 3 und 4. Bonn 1829—1835.
- Gilbert, W., Lucrezia Borgia Duchess of Ferrara, a biography illustrated by rare and unpublished documents. London 1869.
- Giornale storico della Letteratura Italiana. T. I ss. Roma-Torino-Firenze 1883 ss.
- Gisi, W., Der Antheil der Eidgenossen an der europäischen Politik in den Jahren 1512 á 1516. Ein historischer Versuch. Schaffhausen 1866.
- Giustinian, A., v. Dispacci.
- Gnoli, D., La Cancellaria ed altri Palazzi di Roma attribuiti a Bramante. Roma 1892.
- Goldast, M., Monarchia S. R. Imperii. 3 vols. Francofurti 1611—1613.
- Goldast, M., Collectio constit. imper. Francofurti 1613 et 1713.
- Gori, Fabio, Archivio storico, artistico, archeologico e letterario della città e provincia di Roma Vol. I—IV. Roma e Spoleto 1875—1883.
- Gothein, E., Politische und religiöse Volksbewegungen vor der Reformation. Breslau 1878.
- Gothein, E., Die Culturentwicklung Süd-Italiens in Einzeldarstellungen. Breslau 1886.
- Gothein, E., Ignatius von Loyola und die Gegenreformation. Halle 1895.
- Gotti A., Vita di Michelangelo Buonarroti narrata con l'aiuto di nuovi documenti. 2 vols. Firenze 1875.
- Gottlob, A., Der Lēgat Raimund Peraudi, en Hist. Jahrbuch VI, 438—461. München 1885.
- Gottlob, A., Aus der Camera apostolica des 15. Jahrhunderts. Ein Beitrag zur Geschichte des päpstlichen Finanzwesens und des endenden Mittelalters. Innsbruck 1889.
- Goyau, v. Vatican.
- Gozzadini, Di alcuni avvenimenti in Bologna e nell'Emilia dal 1506 e 1511 e dei Cardinali legati Ferrerio ed Alidosi, en los Atti d. Romagna, 3 Serie, IV, 67—117; VII, 161—267. Bologna 1886 s.
- Gozzadini, G., Memorie per la vita di Giovanni II Bentivoglio. Bologna 1839.
- Gräse, J. G. Th., Lehrbuch einer allgemeinen Literärgeschichte aller bekannten Völker der Welt. Bd. II und III. Dresden und Leipzig 1842—1852.
- Graf, A., Studii Drammatici. La vita è un sogno. Amleto. Tre Commedie italiane del Cinquecento: La Calandria. La Mandragola. Il Candelaio. Il Fausto di Cristoforo Marlowe. Il mistero e le prime forme dell'auto sacro en Ispagna. Torino 1878.

por todas partes;—la lanza en ristre y la espada en la mano,—rompió súbitamente, semejante á un perro de presa» (1).

A 15 de Julio pudo Carlos VIII conceder á sus tropas en Asti, un descanso que tenían bien merecido; en los demás campos de batalla la fortuna volvió totalmente las espaldas á los franceses. La expedición contra Génova fracasó; Ferrantino se presentó en Nápoles y obligó á los franceses á retirarse á Castello Nuovo.

El Papa había regresado á Roma, ya á 27 de Junio (2); y pocos días después prohibió á los suizos que tomaran parte en la guerra contra los aliados (3). A ésta siguieron otras medidas todavía más hostiles. A ruego de los venecianos se expidió á 5 de Agosto un Monitorium, en el que se amenazaba á Carlos VIII con la excomunión (4). Más peligroso fué para los franceses, que Maximiliano de Austria y Fernando el Católico amenazaban atacar inmediatamente sus tierras; era, pues, necesario en absoluto el pronto regreso á la patria. Todavía logró el Rey, por el tratado particular de Vercelli (9 de Octubre), apartar de la Liga al inconstante Ludovico Sforza, y poco después regresó á su Reino. Sus orgullosos planes habían fracasado; la guerra contra los turcos, á la que debía servir de introducción la expedición á Italia, se había alejado más que nunca, á consecuencia del trastorno de las relaciones de los Estados en el sud de Europa.

(1) Renmont, *Italienische Sonette* (Aquisgrán 1880) 10. Renier, Torino 1888 ha dado una buena edición de los sonetos de A. Cammelli; el soneto citado en el texto se halla en la p. 324 y en la edición de Cappelli-Ferrari en la p. 5. Cf. además Arch. Veneto XXXV, 218.

(2) *Cum ingenti pompa et triumpho ivit ad palatium, dicen las *Acta consist. del *Archivo consistorial*. Una cosa semejante se lee en las memorias del cardenal Cesarini: *Rex ab urbe die Junii 3^a pacifice recessit et per suos oratores alloqui Pontifici supplicavit, quod Pontifex futura scandala praecavens denegavit; sequentique die Perusiam versus abscessit, ubi aliquantisper moratus est, et post Regis a patrimonio Ecclesiae abscessum Papa cum Sacro Collegio Romam reversus magno populi applausu atque laetitia. Cod. XXXIII, 48, f. 32 de la *Biblioteca Barberini de Roma*.

(3) *Breve de 30 de Junio de 1495. *Archivo público de Milán*. El 5 de Agosto, publicó Alejandro VI una nueva orden disuasoria (Notizenblatt 1856, 468), pero todo fué inútil; v. Delaborde 568 s.

(4) Malipiero 383 s., 391 s., 409. *Carta de A. Sforza, fechada en Roma á 14 de Agosto de 1495. *Archivo público de Milán*. Cf. Sigismondo de' Conti II, 131. Romanin V, 82. Carlos VIII respondió desvergonzadamente; v. Sanudo, *Spediz.* 181. Sobre otros pasos del Papa contra los franceses, v. Raynald, 1495, n.º 17, 35.

El año desdichado de 1495, había llevado dos veces á los franceses á la capital pontificia, y terminó con una de las más terribles inundaciones del Tíber, cuyas señales son aún hoy visibles en algunos sitios de Roma (1). A 25 de Noviembre de dicho año, reinaba un frío enteramente extraordinario para aquel país; á 1 de Diciembre nevó un poco, y luego repentinamente se templó el aire y comenzó á llover tan copiosamente como si echaran el agua del cielo á calderos.

Después de haber durado aquella tempestad de agua dos días y medio, serenóse enteramente el cielo á 4 de Diciembre; y poco después comenzó á crecer el Tíber con extraordinaria rapidez, y á inundar toda la ciudad baja. Los cardenales salían precisamente del consistorio, cuando las enfurecidas aguas del río trocaron en pocos momentos en un mar las calles próximas al castillo de Sant'Angelo; y no sin dificultad pudieron pasar todavía el puente de Sant'Angelo. Al cardenal Sclafenati no le fué ya posible llegar á su casa, y cuando dió la vuelta, su caballo andaba con el agua hasta la silla. «Después de comer—refiere un veneciano—salió á caballo nuestro emisario Jerónimo Zorzi, para ver la inundación, y nosotros nos dirigimos á la calle del Banco (que á consecuencia de las frecuentes inundaciones, se llama Canal del Ponte), y hallamos que el agua se había extendido por todas partes, y cubría casi enteramente el Ponte Sixto, subiendo de continuo, arrebatándose hacia nosotros con espantosa fuerza, y arrastrando consigo maderos, molinos, puentes y chozas. Cuando quisimos dirigirnos á Santa María del Popolo, ya no nos fué posible. La imagen que

(1) Las fuentes principales de lo que vamos á decir, son las cartas de dos venecianos, escritas desde Roma á 4 y 8 de Diciembre de 1495, conservadas y publicadas por Malipiero 409-415. Cf. además Allegretti 854. Senarega 558. *Diario Ferrarese* 316. Landucci 120. Carpesanus 1205. Sigismondo de' Conti II, 271. Simone Filipepi en Villari-Casanova 469. *Bollet. st. di Suizz. ital.* VII, 97. Respecto de la relación de P. Martyr, v. Gërigk, 45 y Bernays 102, not. 3. Sobre la procesión de rogativas, v. Burchardi *Diarium* II, 252 sq. Las señales de la altura máxima con inscripciones, que están colocadas en la casa del embajador de Venecia, Via del Paradiso, y en la fachada de S. Maria sopra Minerva, pueden verse en Reumont, III, 1, 538, 574; otras análogas colocadas en el castillo de Santángelo y en diversos lugares, se hallan en Borgati 101. J. Castiglione, *Trattato dell'inondatione del Tevere* (Roma 1599) 36-37. Carcani, *Il Tevere e le sue inondazioni* (Roma 1875) 42 ss. Armellini, *I Papi e il Tevere* (Roma 1877) 5. V. también Brioschi, *Le inondazioni del Tevere*. Roma 1876, y Narducci, *Bibliografia del Tevere*. Roma 1876. Por el mismo tiempo se desbordaron también los ríos de la Lombardia y el Ródano; v. *Diario Ferrarese* l. c. Carpesanus l. c. Furrer II, 25.

se nos presentó, de los que huían y de las casas que se venían abajo, era tan triste, que por aquel día no quisimos ver más y regresamos á nuestra vivienda, llevando nuestros caballos el agua hasta la silla. A la una de la noche llegaron también las aguas á nuestra calle; procuramos cerrar la puerta y la ventana del piso bajo, y las tapiamos, para no perder el vino que estaba allí depositado; pero todo fué inútil, y en un instante quedó la bodega medio llena del agua que penetraba por debajo; y si nuestros criados no hubiesen tomado en hombros los barriles, y llevádoslos á una habitación más alta, nos hubiéramos quedado sin vino. Luego destruyeron además las enfurecidas aguas la defensa de la puerta, y en un instante llenaron el patio, de suerte que nuestros criados escaparon con gran dificultad al peligro de quedar ahogados en la bodega. Los flamencos de nuestra vecindad huyeron, lamentándose por las haciendas que dejaban perdidas. Nuestro casero, Domenico de' Massimi, procuró inútilmente salvar su almacén, lleno de preciosas especerías; pues como el agua venía de diferentes calles con espantosa furia, todo se perdió, y los dependientes de Massimi sólo pudieron salvarse á nado. El mismo tuvo que vadearse con sus criados con agua hasta el pecho, y sus pérdidas se calcularon en 4,000 ducados. Nosotros le proveímos á él y á todo el vecindario de vino, al paso que él nos socorrió con pan. Hasta la tarde del sábado subió el agua incesantemente. En nuestro patio llegó á siete pies y en la calle á diez; y así quedó inundada casi toda la Ciudad. Por todas partes navegaban por las calles en barcas y botes, como en nuestras lagunas, para proveer de víveres á los sitiados en las casas.» En varias partes las aguas lo inundaron todo tan repentinamente, que sorprendieron á las gentes en sus lechos; muchos hombres se ahogaron, y un número mayor perdió sus bienes y haciendas. Por la noche se oían de lejos los gritos de socorro de los que habían sido sorprendidos por la inundación. Por espacio de tres horas rugió un temporal tan furioso, como no pudiera ser mayor en el mar.

Como las fuentes habían quedado inútiles, y los almacenes de víveres destruídos, los habitantes de muchas partes de la ciudad se vieron en el mayor apuro. «Muchos no han podido hasta ahora apagar su sed—refiere el mencionado narrador—á pesar de estar rodeados de agua con peligro de ahogarnos. En el Trastevere se teme la ruina de los puentes; muchas casas y palacios se han des-

plomado, enterrando á los moradores bajo sus escombros. Los pavimentos de mosaico de las iglesias han quedado destruidos y asimismo las sepulturas y todas las vituallas de la ciudad. Casi todo el ganado de los alrededores ha perecido, y para salvar su vida, se acogían los pastores á los árboles y se ataban allí; pero parte de ellos ha perecido, no obstante, de hambre y de frío; otros han sido arrastrados medio muertos con los árboles arrancados de cuajo. Se teme que en los alrededores de Roma no se coja el próximo año ninguna cosecha. En tiempo de Sixto IV y Martín V, tuvieron asimismo lugar inundaciones; pero una tan grande como la presente, no se había visto en Roma. Muchos están llenos del mayor miedo, y tienen esta inundación como cosa prodigiosa; pero á mí no me está bien hablar acerca de ello. Se teme con razón, una general mortandad del ganado, como suele suceder siempre, después de tales inundaciones. Estas partes de Roma han sufrido tanto, que da compasión. El Papa ha ordenado procesiones para implorar la misericordia de Dios. Roma, 4 de Diciembre de 1495.»

En la noche del sábado al domingo (1), comenzaron á bajar las aguas lentamente. «Ayer por la mañana—se dice en la relación de un veneciano, á 8 de Diciembre,—desapareció el agua de las calles; pero los patios y bodegas quedaban llenos de animales muertos y de otras inmundicias; en tres meses no será posible limpiarlo todo. Los daños que la ciudad ha sufrido, son incalculables, y un cuarto de siglo no bastará á Roma para reponerse de ellos. Las barcas del Tíber, los molinos y todas las casas viejas, han quedado destruidas, y también se han muerto todos los caballos de las cuadras bajas. Por efecto de la destrucción de los molinos se sentirá pronto la falta de pan. ¡Gracias á Dios, se han salvado los nuestros! En Torre di Nona se han ahogado muchos presos; los fosos en torno del castillo de Sant'Angelo, están todavía llenos de agua hasta arriba. Muchos trabajadores de las viñas han perecido, así como todo el ganado de las cercañas con sus pastores. El viernes por la tarde, se sacó en Ripa grande un hombre medio muerto, que se agarraba convulsivamente á un tronco de árbol; el tal sorprendido por las aguas en Monte Ro-

(1) En la noche del 5 al 6 de Diciembre, no después de 5 días, como admite Langè 16, pues la relación veneciana lleva la fecha de 8 de Diciembre (martes). Además Petrus Delphinus dice expresamente que el agua subió per sex et triginta horas quarta videlicet quintaque huius mensis. Raynald 1495, n.º 38.

tondo á 11 millas de Roma, había sido arrastrado hasta aquí. Los Hermanos de la Orden de San Paolo visitaron ayer á nuestro encargado de negocios, refiriendo que la inundación había llegado en su iglesia hasta el altar mayor, que sabéis cuán alto está; por donde podéis medir lo que habrá sucedido en otros parajes. Lo que ha hecho esta vez el Tíber, parece increíble. Un cuaderno de cinco pliegos no bastaría para pintar los casos extraordinarios que han sucedido, y los perjuicios que ha sufrido esta ciudad. Ruego á Vuestra Señoría comunique esta relación á Marino Sanudo. Verdaderamente, desde que Roma es Roma, no había ocurrido otra inundación mayor.» El analista veneciano, que nos ha conservado esta carta, computa las pérdidas de la Ciudad en 300,000 ducados.

No puede sorprender que la viva fantasía del pueblo se exaltara en grado sumo con este espantoso acaecimiento. Se traía á la memoria el castigo de Sodoma y Gomorra. «Algunos temían, se dice en la mencionada relación veneciana de 8 de Diciembre, que iba á estallar un castigo de Dios y arruinar toda la Ciudad.» La excitación reinante se refleja en las narraciones de todo género de acaecimientos maravillosos; principalmente excitó la admiración un parto monstruoso, que se dice haberse hallado en Enero de 1496, en la ribera del Tíber. Los embajadores venecianos lo describen como un monstruo que tenía la cabeza como de asno, con largas orejas, y el cuerpo humano de mujer. El brazo izquierdo tenía forma humana y el derecho se extendía en una trompa de elefante. Detrás tenía un rostro de hombre viejo con barbas, y, á manera de cola, le salía un largo cuello terminado en una cabeza de serpiente con las fauces abiertas. El pie derecho era de águila, con garras, y el pie izquierdo de buey. Las piernas, de los pies para arriba, y todo el cuerpo estaban cubiertos de escamas á la manera de los peces» (1). Los romanos vieron en éste y otros maravillosos portentos, el aviso de nuevas calamidades con que los amenazaba el porvenir: guerras, hambres y pestilencias. También en otras partes de Italia se miró en aquel monstruo, cuya imagen

(1) Malipiero 422. Lange 18. Parece que Lange no conocía el poema de Franc. Rococioli, *De monstro Romae in Tyberi reperto anno domini 1496*. Un ejemplar de este escrito, procedente de la Bibl. Manzoniiana, fué vendido en pública subasta en 1893; otro ejemplar se halla entre los incunables de la biblioteca de Parma (n.º 880), v. Cian en *Giorn. st. d. Lett. ital.* XXIX, 434, nota 3.

se puso, v. gr., en las puertas de la catedral de Como, un signo de malos tiempos que amenazaban (1). Por todas partes miraban los hombres al porvenir con terror y espanto.

Terriblemente austeras y graves eran, en particular, las continuas profecías del elocuente Savonarola: «¡Yo os anuncio,—clamaba al pueblo florentino en la predicación cuaresmal de 1496,—que Italia será trastornada y puesto lo de arriba abajo. ¡Oh, Italia! ¡Abominación sobre abominación vendrá sobre ti! ¡Abominación de la guerra sobre la carestía; abominación de la peste sobre la guerra; abominación sobre abominación en todas partes! Un rumor perseguirá al otro; y apenas se habrá oído aquí la noticia de la irrupción de un ejército de bárbaros, se mostrará luego en otra parte. ¡Clamor del oeste, clamor del este; clamor sobre clamor en todas partes! Entonces buscarán las visiones de los profetas, y no obtendrán ninguna; pues el Señor les dirá: ¡ahora me toca á mí vaticinar! Correrán á los astrólogos, y no les aprovechará para nada. ¡La ley de los sacerdotes perecerá, y ellos perderán sus dignidades! ¡Los príncipes se vestirán de cilicio de crin, y los pueblos serán consumidos por la desdicha! ¡La desesperación se apoderará de los hombres y de la manera que ellos juzgaron, así serán juzgados! (2)

(1) Lange 42-43. En la pág. 49 ss. habla también este escritor del poema del humanista alemán Jacob Locher, que versa sobre la inundación. Este poema interpreta el acontecimiento como una señal divina, que ordenaba al rey Maximiliano ir á Roma. La misma mundana concepción se halla también en Seb. Brant, que celebró en una elegía la inundación. Sobre el mal estado sanitario de Roma en Enero de 1496, v. Sanudo I, 6. Ya algunos años antes, desde el otoño de 1493 hasta el de 1494, Roma fué castigada por la peste; v. Pieper, Burchards Tagebuch 29, y Haeser III^o, 235-236. En 26 de Octubre de 1493, Alejandro VI salió de Roma para huir del contagio. No volvió á ella hasta el 19 de Diciembre; v. Pieper 10, 29-30; cf. Ricordi di Casa Sacchi 427 y *Caleffini f. 312 del Cod. 1-1-4 de la *Biblioteca Chigi de Roma*.

(2) Villari I^a, 430-431. Cf. además la interpretación de P. Delphinus en Raynald, 1495, n.º 38.

CAPÍTULO V

Los franceses arrojados de Nápoles.—Expedición de Maximiliano I á Italia.—Inútil guerra de Alejandro VI contra los Orsini.—Asesinato del Duque de Gandía.—Planes de reforma del Papa.

El haber salido Carlos VIII de Italia, no equivalía en manera alguna á quedar la Península libre de los franceses. Estos seguían en posesión de Asti, que era como puerta de nuevos acometimientos; y conservaban además, como importantes etapas para mantener abierto el camino de los Apeninos, los castillos de Florencia; 10,000 soldados franceses se sostenían aún en el reino de Nápoles. El mismo Carlos VIII hablaba públicamente de su regreso, el cual procuraban los florentinos acelerar con todas sus fuerzas (1). Por eso se creyó urgente arrojar del todo á los franceses del reino de Nápoles; pero sin embargo, no parecía en manera alguna seguro el éxito de esta empresa, á pesar de que Ferrantino estaba auxiliado por las tropas pontificias y españolas al mando del famoso Gran Capitán, Gonzalo de Córdoba. Los franceses se sostenían todavía en Calabria, en una parte de los Abruzzos y en la Tierra de Labor. Tarento, Salerno, Gaeta y otras plazas fuertes, estaban en poder suyo. A principio de 1496 recibieron los defensores de Gaeta, por medio de buques franceses, vituallas, municiones y 2000 hombres de refresco. Virginio Orsini, á pesar de los esfuerzos del Papa para disuadirle, movido de odio con-

(1) Delaborde 674 s. Ulmann I, 408.

tra los Colonna que seguían á Ferrantino, se puso al servicio de los franceses, los cuales obtuvieron en los Abruzzos algunas ventajas (1).

No era, pues, en manera alguna improbable, que las cosas tomaran un curso favorable á Carlos VIII. El Papa se hallaba en tan grave solicitud, que hizo fortificar con grandes expensas el castillo de Sant-Angelo; y muchas veces se le veía inspeccionar personalmente estas obras. La Curia sufrió considerables pérdidas financieras, porque ningún francés se presentaba ya en Roma para obtener beneficios; «á pesar de lo cual—dice Sanudo—perseveró el Papa firmemente adherido á la Liga» (2). Los breves del Papa de aquellos días, muestran con qué celo procuraba que se prestara apoyo á Ferrantino; y por el mismo tiempo rogaba á Maximiliano I el nuncio pontificio Lionelo Cheregato, que se dirigiera en persona á Italia (3).

La guerra no tomó en Nápoles un carácter desfavorable para los franceses, hasta que llegaron los auxilios de Venecia, los cuales había obtenido Ferrantino con la cesión de Brindis, Otranto y Trani. El generalísimo francés Montpensier comprendió que sin un apoyo enérgico por parte de su Rey, estaba perdido. En Abril de 1496 se había arrebatado casi totalmente á los franceses la Calabria, Apulia y la Tierra de Labor (4). El duque Guidobaldo de Urbino, á quien el Papa hubiera visto con gusto emplearse en conquistar los dominios de Virginio Orsini (5), había entrado en Mayo al servicio de la Liga. Los restos del ejército francés, con Montpensier y Orsini, quedaron á fin de Junio encerrados en Atella, en la Basilicata; y un mes más tarde se vieron obligados á capitular (6).

(1) Sanuto, Diari I, 8, 15, 34, 50.

(2) L. c. I, 8.

(3) Además de Sanudo I, 3, 6, 23-29 y Gottlob, Cam. ap. 186, cf. los **breves al cardenal Colonna, fechados en Roma á 17 de Noviembre de 1495 y 16 y 20 de Enero de 1496. *Archivo Colonna*. Sobre el envío de L. Cheregato, v. Raynald 1495 n. 15 sq. Por un *breve, fechado en Roma á 26 de Octubre de 1495, Alejandro VI exhortó á Hermann, arzobispo de Colonia, á favorecer al legado del Papa. *Archivo público de Düsseldorf*, Geistl. Archiv.

(4) Sanudo I, 12, 18, 133. Delaborde 677.

(5) Sanudo I, 82, 141-143.

(6) Sanudo I, 253 s., 264 y además Racioppi, La capitolazione di Atella, en el Arch. st. napolit. XVI, 863 s. En el acta de la capitulación, aparece Gonzalo por la primera vez con el sobrenombre de *gran capitano*, con que los franceses expresaron el título *capitan general*; v. Quidde's Zeitschr. für

El éxito de la Liga fué, pues, completo; y habiendo entrado en ella Inglaterra, á 18 de Julio de 1496, cuando se renovó la alianza, quedó ésta convertida en una coalición europea (1). Poco después se presentó Maximiliano I en la Italia superior; y en Mende, junto á Milán, le saludó en 31 de Agosto el legado pontificio cardenal Carvajal (2). Todo el ejército del germánico Rey de Romanos no ascendía más que á 4,000 hombres, entre los cuales no figuraba ningún príncipe alemán. En la parte pecuniaria estaba todavía peor, por cuanto Venecia difería el pago de los subsidios prometidos. El gobierno de Venecia tenía noticias ciertas de que, por de pronto, el rey de Francia no proyectaba una nueva invasión en Italia; y por esto le sentó muy mal la venida del Rey de Romanos, á quien había llamado en circunstancias totalmente diferentes. Todavía fué más desagradable para los venecianos, celosos de Milán, el plan, indudablemente justo, de Maximiliano, de obligar á Saboya y á Montferrato á entrar en la Liga, y arrancar á los franceses la ciudad de Asti que les servía de puerta, la cual hubiera tocado entonces en suerte á Luis el Moro. (3). Los venecianos continuaron en su política desfavorable, por más que el Papa les hizo apremiantes representaciones en contra. «No somos de opinión—escribía Alejandro al Dux, á 4 de Septiembre de 1496,—que no se haya de combatir á los franceses, por sólo que en este momento no nos hacen ellos la guerra á nosotros; pues nos han sido, y nos son aún sobradamente hostiles, y no evacuan el Reino de Nápoles, conservan todavía en su poder á Ostia, tie-

Gesch. III, 412 s. Alejandro VI, por otoño de 1496, envió todavía á Nápoles, subsidios en dinero, como se saca de su registro de gastos; v. Gottlob, Cam. ap. 234.

(1) Lanz, Actenges. zur Gesch. Karls V. Einleitung 38. Ulmann I, 415. Brown, Stat. Pap. I, 247. Busch. England I, 133, 387.

(2) Ulmann I, 465 s.; cf. 443 ss. sobre la actividad de L. Cheregato. Sobre este nuncio, v. Ljubic, Dispacchi di L. de Tollentis et di L. Cheregato 9 ss. Carvajal, nombrado legado en 6 de Julio de 1496 (*Acta consist. del *Archivo consistorial* y Raynald 1496 n. 3-4), recibió al mismo tiempo el encargo de amenazar á Carlos VIII con las censuras de la Iglesia, si no desistía de hacer la guerra á Italia. Breve Cum nos hodie, publicado en parte por Raynald, 1496 n. 5, y conservado entero en el *Regest. 873, f. 387 sq.; ibid. 389 sqq.; v. las facultades para Carvajal, fechadas asimismo en Roma 1496 Prid. Non. Jul. A.º 4.º *Archivo secreto pontificio*. Cf. en el apéndice n.º 35, el breve de 24 de Julio de 1496. *Archivo público de Milán*. Sobre la partida de Carvajal efectuada el 29 de Julio, v. Burchardi Diarium II, 291 sq. y *Acta consist. Sobre toda la legación, v. Roszbach 45 ss.

(3) Ulmann I, 449.

nen públicamente declarada la guerra contra los italianos, envían diariamente hombres y material de guerra á Italia, mandan incessantemente buques armados contra Gaeta, estorban las usuales embajadas á Roma, y no han omitido cosa alguna de las que pertenecen á una guerra abierta. Para hacernos mayores daños, no les falta la voluntad, sino sólo el poder. No vemos signo alguno de paz, sino sólo señales de guerra. De todo lo cual se sigue, que con la continuación de la guerra y ocupación de los pasos, nosotros no atacamos, sino solamente nos defendemos» (1).

Todo fué inútil, y Maximiliano tuvo que cejar de su comenzado plan de campaña. Solamente resolvió forzar á los florentinos á romper su alianza con Francia y á renunciar á su señorío sobre Pisa, conquistándoles la ciudad marítima de Liorna. Pero también esto le salió mal, no en pequeña parte, porque Venecia y Milán le negaron el auxilio prometido é imprescindible. A fines del año regresó Maximiliano al Tirol, hondamente disgustado por la inexcusable manera cómo sus propios aliados le habían desamparado en la coyuntura (2).

Entretanto, se esforzaba Alejandro afanosamente por utilizar para sus fines las ventajas del nuevo estado de cosas en el reino de Nápoles. «Viéndose libre de un gran temor, con la expulsión de los franceses de Italia (3), resolvió humillar la indocilidad de la alta nobleza, que durante la invasión de los franceses se había separado de él en gran parte y hecho causa común con los enemigos» (4).

(1) Sanudo I, 295-297. Cuando se trataba de proveer beneficios franceses, Carlos VIII se oponía con buen éxito á que los confriese la curia, é impedía que se enviasen á Roma todas las sumas de dinero. Por Junio de 1496, hasta corrió el rumor de que quería hacer elegir en Francia como nuevo papa al cardenal Julián, v. Brosch, Julius II, 73. Sobre las relaciones que habia entonces entre Maximiliano I y Alejandro VI, v. Sanudo I, 422, 448 y Ulmann I, 468 s., 481. Sobre las inquietudes de Alejandro VI, v. Höfler, Rodrigo de Borgia 66. Cf. una carta del cardenal A. Sforza, de 15 de Septiembre de 1496, en la que se dice: «N. S^{ra} sta in grande suspensione de questi modi de la Ces. M^a li quali non pareno alla B. Sua che siino cum quella prudentia et misura che ricercaria il bisogno commune et la qualita de questi tempi periculosi. *Archivio público de Milán.*

(2) Ulmann, I, 473 ss., 500 ss., 518-519. Huber III, 345 s. Cipolla 739 s.

(3) Dice Sigismondo de' Conti II, 165.

(4) Rohrbacher-Knöpfler 278, donde se advierte además lo siguiente con mucha verdad: «Como soberano, debía proceder Alejandro con energía, para que no fuese sacudido su territorio por perpetuas convulsiones volcánicas, y con el poder temporal, no tuviese que perder también al fin, el poder espi-

Los Orsini eran los que se habían portado peor, y su defecación había sido propiamente la que había dejado indefenso á Alejandro VI y entregádole en manos de los franceses, por lo cual, á ellos primeramente debía tocar el castigo. Virginio Orsini había sido declarado rebelde, en Febrero de 1496 (1), y como así él como todos los suyos permanecieran con los franceses, se decretaron á 1 de Junio las más graves censuras contra los sublevados, y se dispuso la confiscación de todos los bienes de su familia (2). Alejandro VI pensaba por ventura enriquecer con estas posesiones territoriales á sus allegados (3).

Para castigar á los Orsini, fué llamado de España á Roma, el hijo de Alejandro, Juan, duque de Gandía, casado con una hija del tío de Fernando el Católico (4). Juan había dado hasta entonces al Papa muchos disgustos por su conducta desordenada y su pasión por el juego (5); y de sus aptitudes militares parece haber tenido Alejandro VI una opinión mucho más alta de lo que merecían. Cuando á 10 de Agosto llegó Juan á la Ciudad Eterna, había ya tenido lugar la capitulación de los franceses en Atella, y, por efecto de ella, Virginio Orsini y su hijo Juan Giordano habían caído en poder del rey Ferrantino, quien, por orden del Papa, los retuvo prisioneros. De esta manera se vieron los Orsini privados de su cabeza y principal caudillo (6).

Debía, pues, aprovecharse aquella ocasión favorable. En se-

ritual, y toda acción y crédito. Cf. además Balan V, 370; Maury en la Rev. hist. XIII, 85 y Hergenröther VIII, 374.

(1) V. el *breve al duque de Milán, fechado en Roma á 6 de Febrero de 1496. *Archivo público de Milán*, Autogr. III.

(2) V. la *bula Sacri apostolatus ministerio, dat. Romae 1496 Cal. Junii Aº 4º. Regest. 873, f. 246 sq., 341 sq. *Archivo secreto pontificio* (esta bula está incompleta en Raynald, 1496, n. 16).

(3) V. Gregorovius VII, 382 (4 edición 388). Para completar las noticias que trae este autor sobre el cardenal Farnese, advierto, que en 16 de Julio de 1496 se envió un *breve á Viterbo, en que se invitaba á la ciudad á hacer buen acogimiento á dicho cardenal, como á legado del Patrimonio; pero ya en 15 de Septiembre de 1496, se expidió un segundo *breve, en fecha del mismo día, por el cual Juan Borja es designado Gobernador de Viterbo con consentimiento de Farnese (1). Los dos *breves se hallan en el *Archivo público de Nápoles*. Perg. dell' Arch. Farnese. Curia eccl. n. 17, 18.

(4) La primera noticia del deseo del Papa, de que el duque de Gandía fuese á Roma, la hallé en una *relación cifrada del cardenal A. Sforza de 5 de Marzo de 1496. *Archivo público de Milán*.

(5) Cf. la notable y seria carta de admonición en Mon. hist., 707 s.

(6) Burchardi Diarium. II, 234-235. Höfler, Rodrigo de Borja, 67-68.

guida comenzaron á hacerse grandes preparativos para la guerra contra los Orsini, para lo cual se llamó también al duque de Urbino. El duque de Gandía, elegido ya en Septiembre por Legado del Patrimonium, fué nombrado, á 26 de Octubre, Capitán general de las tropas pontificias. Además del duque de Urbino, debía acompañarle, como legado, el cardenal Lunati. Al día siguiente partieron los nombrados con sus tropas á la conquista de las fortalezas de los Orsini. Al principio todo aconteció felizmente: Scrofano, Galera, Formello y Campagnano fueron tomados rápidamente uno en pos de otro. Anguillara abrió sus puertas voluntariamente (1).

Pasóse entonces á sitiar la propia residencia de aquella familia, en Bracciano. Aún se levanta allí en la actualidad, sobre el mar azulado, la alta mole obscura del gigantesco castillo de los Orsini, con sus cinco poderosas torres circulares. En él había reunido la noble familia amenazada, todo su poderío. Dirigía la defensa el joven Alviano, apoyado por su heroica esposa Bartolomea, hermana de Virginio; en las torres ondeaba al viento la bandera francesa, y su grito de guerra era «Francia». Luego, al principio de la lucha que se entabló entonces, fué herido el duque de Urbino, con lo cual el joven é inexperto duque de Gandía dirigió solo la campaña (2), que no fué en manera alguna afortunada. Además

(1) Cf. Sigismondo de' Conti, II, 166 s. Desjardins, I, 696. Burchardi Diarium, II, 336 sq. y Sanudo, I, 372 s. Cf. también Baldi, I, 163 s. y Fumi, Alessandro VI, 88 s. Un *breve de 2 de Noviembre de 1496, exhorta á J. Sforza á tomar parte en la guerra contra los Orsini. *Archivo público de Florencia*, Urb. eccl. En 11 de Noviembre de 1496, A. Sforza escribe á su hermano desde Roma: *Si è inteso chel card. Ursini era cum alchuni pochi cavalli in quello stato de Perosa et poi si era partito, ne sin ad hora si sa quale camino habia piliato. *Archivo público de Múln.* El *decreto sin fecha, por el cual Joh. de Borgia, dux Gandie et Suesse «habita... cum venerab. fratribus nostris eiusdem S. R. E. deliberatione matura» es nombrado omnium gentium armigerar. nostrarum et S. R. E. capitaneus generalis, se halla en el Regest. 873, f. 463. Cf. Regest. 875. (Alex. VI. offic.), f. 28: *Die XXVI. Octob. 1496 ill^{ms} dominus dom. Johannes de Borgia Guandiae, Suessae etc. dux ac. S. R. E. capitaneus generalis constitutus ad presentiam S. D. N^{ri} pape assistentibus pluribus r^{ms} dom. S. R. E. cardinalibus plurimisque episcopis et prelatibus in eccl^{ia} principis apostolor. finita missa sollemni S. Spiritus de huiusmodi capitaneatus officio fideliter exercendo et administrando in manibus prefati S. D. N. pape debitum prestitit in forma solita iuramentum vexillumque S. R. E... per manus ejusdem S. D. N. traditum servatis solitis sollemnitatibus recepit actualiter et alia solita insignia ut est moris. Steph. de Narnia, Cam. ap. not. rogatus. *Archivo secreto pontificio*.

(2) Sanudo, I, 376.

de Bracciano, sitiaron, al principio sin éxito, á Trevignano, á la otra parte del lago. Sólo cuando, á fines de Noviembre, llegó la artillería, que el Papa había tomado prestada al rey de Nápoles, se produjo un cambio, rindiéndose primero Ísola y luego también Trevignano; pero Bracciano siguióse defendiendo (1). Las tropas habían tenido ya entonces mucho que sufrir por el mal tiempo y las lluvias (2), y cuando llegó propiamente el invierno, las operaciones se hicieron de día en día más difíciles. Los sitiados ejecutaban numerosas salidas, y algunas compañías de ellos se corrían hasta las más próximas cercanías de Roma, donde el partido de los Orsini se comenzaba á agitar de la manera más peligrosa. El Papa estaba fuera de sí; y se atribuye la enfermedad que le acometió en las Navidades, al disgusto por el mal éxito de las operaciones de sus tropas. Se enviaron refuerzos, y se esperaba con seguridad que al fin Bracciano tendría que rendirse por la fuerza ó por el hambre (3). Sin duda hubiera acontecido así, si Vitellozzo, tirano de Cittá di Castello, junto con Carlos y Julio Orsini, no hubiera enviado á levantar el bloqueo de Bracciano un ejército reclutado con dinero francés. Al acercarse este ejército, tuvieron las tropas pontificias que levantar el sitio; la artillería se puso en seguridad en Anguillara, mientras el ejército volvía de nuevo al encuentro del enemigo. Dióse la batalla en Soriano, á 25 de Enero de 1497, la cual acabó con la completa derrota de las tropas pontificias. El duque Guidobaldo cayó prisionero, el de Gandía fué herido y su gente enteramente dispersada, quedando entonces de nuevo los Orsini dueños de la Campaña (4).

(1) Sanudo, I, 419. Balan, V, 371.

(2) *Lo exercito quale è in la impresa de li Ursini si trova anchora ad Trivigliano non essendo possuto prima che heri arivari l'artiglieria regia in campo, la quale facendo lo effecto si spera expugnara in brevi quello loco et N. S. fara procedere alla impresa etiam che fin qui siino tempi pluviosi et pessimi. Carta de A. Sforza á su hermano, fechada en Roma á 22 de Noviembre de 1496. *Archivio pubblico de Milan*.

(3) Sigismondo d'Conti, II, 169. Sanudo, I, 404 s., 409 s. Burchardi Diarium, II, 344 sq. A. Sforza notifica la indisposición del Papa en una carta, fechada en Roma á 21 de Diciembre de 1496. *Archivio pubblico de Milan*.

(4) Además de Sanudo, I, 451 s., 562 s., 464 s., 468, 472 s., 484 s., 490 s., 491 ss., cf. Segismondo de' Conti, II, 171 s. Diario di S. Tommaso di Silvestro, 79 s. y entre los modernos, Höfler, Rodrigo de Borja, 71; cf. también Baldi, I, 175 s., 180 y Fumi, Alexandro VI, 89-90. El día de la batalla se indica diversamente. Gregorovius VII³, 383 (4 edición, 389), dice que fué el 23 de Enero, Burchardi Diarium, II, 353 el 24; Balan, V, 371 el 26; Sanuto l. c. el 25. En vez del nombre

Alejandro VI se apresuró entonces á ajustar la paz (5 de Febrero), por la cual obtuvieron los Orsini la devolución de todas sus fortalezas, mediante el pago de 50.000 ducados de oro, y quedando por el Papa Anguillara y Cervetri. El duque de Urbino, que no fué comprendido en la paz, permaneció prisionero en Soriano, hasta que luego se rescató (1).

La situación del Papa, después del fracaso de la guerra contra los Orsini, era muy desfavorable; no podía confiar en nada más que en sus 3.000 españoles y en la amistad de Gonzalo de Córdoba, Capitán General de los reyes de España, que poco antes habían sido agraciados con el título de «Católicos» (2). A 19 de Febrero fué Gonzalo á Roma, donde permaneció tres días. Luego embistió con sus tropas, 600 caballos y 1.000 infantes, contra Ostia, que, siguiendo en manos de los franceses, constituía para el Papa una perpetua amenaza. A 9 de Marzo tuvo que rendirse aquella importante fortaleza (3). Por este tiempo resolvió el Papa, con la plenitud de su potestad, privar de sus beneficios al cardenal Juliano della Róvere, y de la Prefectura de Roma á su hermano Juan, que había hecho causa común con Vitellozzo (4).

A 15 de Marzo de 1497, regresó á Roma Gonzalo de Córdoba con el duque de Gandía. «El uno, verdadero general y político; el otro vano príncipe teatral, que se cubría de adornos y oro» (5). Posteriores escritores refieren que el general español hizo á Alejandro VI graves reflexiones acerca de su nepotismo y modo de vivir; pero los monumentos contemporáneos nada dicen acerca de esto (6).

Semejantes reflexiones hubieran estado ciertamente en su lugar, en atención á la vida desarreglada y al nepotismo de Alejandro VI, que se da ahora comúnmente á esta batalla, Sigismondo de' Conti, II, 195, la llama *proelium Bassanense*.

(1) Sigismondo de' Conti, II, 172. Malipiero, 484-485. Sanuto, I, 506, 527, 547 (4 edición, 390).

(2) Sanuto, I, 424; II, 424 (cf. Tommasini, Machiavelli, I, 327). La fecha indicada por Prescott, II, 28 es falsa.

(3) V. en el Diario Ferrarese, 320, hasta qué punto los franceses establecidos en Ostia habían dificultado el abastecimiento de Roma. Sobre la toma de Ostia, Sanuto, I, 539, 547, 555-556. Burchardi *Diarium*, II, 359. Balan, V, 372. Bernáldez, citado por Höfler, Rodrigo de Borja, 72.

(4) Sanuto, I, 555.

(5) Höfler, Rodrigo de Borja, 73; cf. Burchardi *Diarium*, II, 358 sqq.

(6) Creighton, III, 252, n. 2. También Brosch, Julius, II, 77, duda de esto, lo cual Prescott, II, 69, admite como cierto.

jandro VI. Por el mismo tiempo decía el cardenal Peraudi á los enviados florentinos: «Cuando pienso en la vida que llevan el Papa y algunos cardenales, me horripila la residencia en la Curia; ¡no quiero tener parte en nada, á no ser que Dios reforme su Iglesia!» (1) También en Roma reinaba un gran descontento contra Alejandro VI, en particular porque se había rodeado casi exclusivamente de españoles (2). Desde Febrero de 1496, quedó robustecido también, en el Colegio Cardenalicio, el partido de los tales; á 19 de dicho mes había Alejandro añadido á los cinco españoles que ya tomaban asiento en el Sacro Colegio, otros cuatro cardenales de la misma nación: Juan López, Bartolomé Martín, Juan de Castro, y su sobrino, hijo de su hermana, Juan de Borja (3). En Mayo de 1497, fué éste nombrado para la Legación de Perusa (4). A 7 de Junio se celebró un consistorio secreto, en el cual se dió al duque de Gandía y á todos sus legítimos descendientes por línea masculina, la investidura del ducado de Benevento y de las ciudades de Terracina y Pontecorvo. De todos los 27 cardenales presentes, sólo el cardenal Piccolomini contradijo esta enajenación de Estados eclesiásticos; pero sin resultado. Según el historiador español Zurita, también el embajador del rey de España había tratado de estorbar aquella infeudación, como perjudicial para la Iglesia y la Cristiandad (5).

Este modo de encumbrar, á costa de los Estados de la Iglesia,

(1) Thuasne, II, 668. Cf. Schneider, Peraudi, 48. Sobre la vida disoluta de Alejandro VI refiere cosas horribles Sanuto, I, 369 (este pasaje ha sido ya citado antes en la Civ. catt., 1873, Marzo, p. 727, y por Gregorovius, Lucrecia Borgia, 88). Aunque en semejantes narraciones tiene su parte la maledicencia, queda aún con todo bastante de realidad. Cf. Cipolla, 746.

(2) Cf. la relación de A. v. Harff (33-34), que se hallaba en Roma por Pascua de 1497.

(3) *Acta consit. del *Archivo consistorial* (la fecha 29 de Febrero es falsa). Burchardi Diarium, II, 264. Raynald 1496, n.º 39 sq. Sanuto, II, 31, 52 s. Panvinus, 334. Cardella, 271 s. Boglino, 31-32. Sobre la manera cómo el Papa pidió el voto al cardenal Colonna, v. en el apéndice n.º 33, el breve de 15 de Febrero de 1496 (*Archivo Colonna*) y el n.º 34 del mismo apéndice (*Decreto del Archivo secreto pontificio*). Según Panvinus, Alejandro VI publicó en este mismo año, 1496, el nombramiento hasta entonces reservado in petto, de Luis de Aragón, á la dignidad de cardenal diácono del título de S. María in Cosmedin. Cardella, 274, traslada esta publicación al año 1497. Este autor trae también datos particulares acerca de este prelado.

(4) Burchardi Diarium, II, 368. Raynald, 1496, n.º 39-41 y Matarazzo, 89.

(5) Sanuto, I, 650. Burchardi Diarium, II, 386 sq. Zurita, V, 123 s. Borgia, Benevento, III, 430. Cantatore, Hist. Terrac., 127.

á un hombre que había probado su completa incapacidad como general, era tanto más escandaloso, por cuanto toda Roma conocía la vida inmoral del duque. A 8 de Junio nombró el Papa al cardenal César Borja Legado de Nápoles, donde debía coronar al nuevo rey Federico (1). Por efecto de estos felices sucesos, reinaba grande alegría en la familia Borja; pero á poco había de trocarse en el más triste duelo.

En la tarde del 14 de Junio, tuvo lugar en la viña de Vanozza, cerca San Pedro in Vincoli, un convite á que asistieron el duque de Gandía y su hermano César con varios amigos, entre ellos el cardenal Juan de Borja. Habíase hecho bastante tarde, cuando los dos hermanos y el cardenal Juan de Borja montaron en sus mulas para regresar, con poco acompañamiento, al palacio pontificio. En las cercanías del palacio Cesarini, que ocupaba el cardenal Ascanio Sforza, se despidió el duque de Gandía de sus compañeros, so pretexto que quería, para su placer, dar todavía un paseo á solas. Inútilmente procuraron los mencionados cardenales moverle á que llevara consigo un acompañamiento suficiente; el duque desapareció en la obscuridad de la noche con un solo escudero á caballo, y un disfrazado á quien había llevado consigo al convite, y que ya hacía todo un mes le visitaba diariamente. En la plaza de los Judíos despidió también al escudero, mandándole le esperase una hora, y que, si no viniera en este tiempo, se dirigiese á palacio. Hecho esto tomó á la grupa de la mula al disfrazado y se marchó; ¿á dónde? ¡nadie lo sabe!

Cuando se notó á la mañana siguiente (15 de Junio), que el duque no había regresado á su palacio, los criados de su confianza dieron aviso de ello al Papa. Este se turbó; pero, lo propio que los criados, se entregó á la confianza de que el duque andaría enredado en alguna aventura amorosa, y temería salir en pleno día de la casa en cuestión; mas cuando, llegada la noche, se vió que tampoco comparecía, Alejandro VI se entregó á la mayor excitación, dando orden de escudriñar aquel misterio por todos los modos posibles. El temor y el pismo se apoderó de los habitantes de Roma ante aquel inexplicable acaecimiento; y en muchas partes se cerraron las tiendas y se atrancaron las puertas de las

(1) Burchardi Diarium, II, 387. Raynald 1497, n. 9 sq. Sanuto, I, 650, habla aquí de una resistencia de los cardenales á este nombramiento. V. en sentido contrario Arch. st. napotit., XV, 226.

casas, temiendo los mayores excesos por parte de los enemigos de los Borja. Con gran irritación se vió á los españoles correr por las calles con las espadas desnudas. Los Orsini y los Colonna juntaron tropas. A fuerza de continuadas investigaciones se descubrió que el escudero había sido gravemente herido, de suerte que no se hallaba en estado de dar noticia alguna. Luego se encontró también la mula del duque, cuyos estribos mostraban las huellas de una violenta lucha; pero del duque no se hallaba rastro ninguno. Finalmente, á 16 de Junio, se dió con el verdadero rastro del desaparecido, por medio de un comerciante de maderas eslavo, llamado Giorgio; el cual solía guardar por las noches su almacén de tablas en la ribera del Tíber, junto al hospital de su nación. El eslavo refirió lo siguiente, que había observado la noche del martes: «Serían como las dos de la madrugada, cuando dos hombres vinieron por la calle que está á la izquierda del hospital, y después de inspeccionar el paraje cautelosamente, volvieron atrás. Poco después aparecieron en el mismo sitio otros dos, que miraron asimismo en torno, y no habiendo descubierto á nadie, hicieron una señal. Después apareció un jinete que montaba un caballo blanco y llevaba atravesado sobre la silla un cadáver, cuya cabeza y brazos colgaban por un lado y las piernas por otro, sostenido á derecha é izquierda por los hombres mencionados. La lúgubre comitiva se dirigió á aquella parte de la ribera del Tíber, desde donde se acostumbra á echar al río la basura, y llegados allí, arrojaron con todas sus fuerzas el cadáver á la corriente. A la pregunta del jinete: ¿Lo habéis arrojado bien allá? contestaron sus acompañantes: ¡Sí, señor! Los cinco hombres, dos de los cuales estaban de guardia, desaparecieron entonces por otra calle que conduce hacia el hospital de Santiago.» A la pregunta: «Por qué no había dado cuenta de todo esto al gobernador», dió el comerciante de maderas una respuesta que caracteriza bien las circunstancias de la Roma de entonces: «He visto en mis días, en aquel mismo sitio, arrojar á la corriente lo menos un centenar de cadáveres, sin que nadie se haya inquietado por ello.»

Entonces se encargó á un gran número de pescadores que arrancaran al río su secreto; hacia el medio día del 16 de Junio, no lejos de Santa María del Popolo, en las cercanías de un jardín del cardenal Ascanio Sforza, se sacó de las aguas del Tíber un cadáver: era el duque de Gandía. Nueve heridas graves se veían

en su cuerpo, y tenía la garganta cortada. Nada se había robado de sus preciosos vestidos, y la bolsa con 30 ducados estaba intacta; con lo cual quedaba demostrado, no tratarse de un latrocinio. El cadáver fué en seguida conducido al castillo Sant-Angelo, donde lo lavaron y lo vistieron con vestiduras ducales, y luego, puesto en un ataúd abierto, se le condujo para enterrarlo á Santa María del Popolo. Acompañaban la comitiva, además de la servidumbre noble del duque, los embajadores español y milanés, muchos prelados y otras personas en gran número (1).

Cuando Alejandro supo que el duque había sido asesinado y arrojado al Tíber como un costal de basura, se conmovió hasta lo más profundo de su alma. Lleno de dolor desmedido se encerró en su aposento y lloró amargamente. Desde el miércoles por la tarde hasta el sábado por la mañana, no comió ni bebió cosa alguna; ni durmió un minuto desde el jueves por la mañana hasta el domingo. Así lo refiere Juan Burchard, en el cual se busca inútilmente una palabra sobre el temerario asesino (2). Muchas señales indicaban que el atentado había sido proyectado muy de antemano y ejecutado magistralmente (3). El único que

(1) Lo del texto está sacado del Burchardi Diarium, II, 387-390, con el que concuerdan en todo lo esencial las relaciones venecianas citadas por Sanuto, I, 651; v. la relación del embajador de Mantua en el Arch. st. Rom. XI, 309 s.; el extracto de la carta del embajador de Venecia, en Sanuto, I, 651-652 (la fecha 15 no puede ser la de toda la carta, pues el hallazgo del cadáver que en ella se narra, no sucedió hasta el 16); la carta publicada por Malipiero, VII, 1, 489-491, y con algunas variantes por Sanuto, I, 657-658 y un *despacho del relator Carissimi al duque de Este, fechado en Roma á 16 de Junio de 1497, que se halla en el *Archivio público de Módena*. Los pescadores que hallaron el cadáver, recibieron 10 ducados; cf. la nota extractada del archivo público de Roma, en Yriarte, César Borgia, I, 121. Sobre el hallazgo del cadáver, que dió ocasión á Sannazaro para su acerbo epigrama (Opera 159), P. Bilia, en 16 de Junio de 1497 notificaba al duque de Milán lo siguiente: *El corpo del S. duca de Gandia fo trovato hogi a mezodi nel Tevero verso S. Maria del populo et non molto discosto dal giardino de Mons. R^{mo}. Haveva ferita nela gola, nel pecto et in una cossa assai disconcie et era vestito del sayo suo con il cincto et il pugnale. Subito fo portato in castello dove è stato tenuto fin passate le 23 hore et la si è dicto che ando N. S. per vederlo. Al hora predicta fo levato vestito alla ducale et accompagnato dali m^{ri} oratori Hispano et de V. Ex. con molti prelati et grande numero de altre persone et con molti frati inante. L' hano portato al populo a sepellire. Non ho anche intenso se li farano altre exequie; facendosi faro l' officio debito a me. Esta carta está clasificada en el *Archivio público de Milán*, como perteneciente al año 1498.

(2) Burchardi Diarium, II, 390-391.

(3) In ogni modi si crede sia stato gran maestro, escribe el embajador de Florencia el 17 de Junio; v. Thuasne, II, 669.

podía dar alguna noticia acerca de la dirección por donde se había alejado el duque, era aquel escudero á quien habían inutilizado para el caso. Lo que se tardó en descubrir el cadáver, dió á los asesinos una ventaja nada despreciable; y de esta manera se logró borrar toda huella que hubiera podido conducir al descubrimiento del autor (1). En Roma se esparcieron por las calles los más absurdos rumores, y á poco se complicaron en las más novelescas narraciones. En el palacio pontificio reinaba una consternación y una confusión sin ejemplo (2). Como todas las investigaciones de la policía habían resultado inútiles, había quedado libre campo á la inventiva de la fantasía exaltada. La primera sospecha se dirigió contra los Orsini y el cardenal Ascanio Sforza, que poco antes había tenido una violenta cuestión con el duque. Pero al mismo tiempo se echaba la culpa á otras personas enteramente distintas; así, al cuñado del difunto Juan Sforza de Pesaro, al cardenal San Severino, al duque de Urbino, á los sublevados de Viterbo y al conde Antonio María de la Mirándola. Muchos creían que el duque había sido víctima de los celos de un romano, por meterse en una aventura amorosa (3).

Ya á 17 de Junio, recibió el gobernador orden del Papa de registrar escrupulosamente todas las casas situadas en la proximidad del Tíber hasta Santa María del Popolo. Esta orden comprendía al palacio, allí situado, del cardenal Ascanio Sforza, quien el día antes, en una relación llena de confianza, había anunciado el caso á su hermano que estaba en Milán (4). El cardenal alababa la ordenación del Papa; advertía que hubiera

(1) Höfler, Rodrigo de Borja, 77, insiste con razón en estos puntos.

(2) *La corte è sottosopra. *Carta de Carissimi de 16 de Junio de 1497. *Archivo público de Módena*.

(3) Además de las cartas citadas más arriba, v. el Diario Ferrarese, 345, la relación del embajador de Florencia citada por Thuasne, II, 669 y la *relación de P. Bilia al duque de Milán, fechada en Roma á 16 de Junio de 1497: *Qua appresso el vulgo è stato qualche opinione che Mon^{te} R^{odrigo} non habbi facto fare questo, che è fora de omne rasone et verita; et il rispetto che li moveva era la ingiuria quale fu facta proximamente alla R. S. Sua de esserli impiccati alcuni servitori suoi [cf. Sanuto, I, 843]. Poi suspicono del R^{odrigo} S. Severino che credo sia medesimamente falso. *Archivo público de Milán*.

(4) Esta carta (se halla en Gregorovius, VII, 390, not. 1 [4 edición, 396, not. 1]) contiene en extracto lo esencial de las relaciones arriba mencionadas; como nota muy exactamente Knöpfler (Tod des Herzogs von Gandia, 449), no hay que suponer que se guarden en ella consideraciones con el Vaticano, mayormente si se considera que las relaciones de Ascanio con la corte del Papa ya no eran las más amigables.

preferido que tal registro se hubiera llevado á cabo ya el día antes; y pedía se le diera principio por su propia casa. A causa de su posición y honor, abandonó el cardenal su palacio, y refiere el embajador de Milán, que el gobernador de la Ciudad le había comunicado, que entre los papeles dejados por el duque se habían hallado cartas de Fabricio Colonna, avisándole urgentemente se precaviere de un romano en quien el duque tenía puesta toda su confianza (1).

Por más que se hicieron las más solícitas investigaciones sobre el asesinato del Duque de Gandía, por de pronto no pudo averiguarse cosa cierta, ni acerca del lugar, ni del autor del crimen. Se había visto por última vez al Duque aquella noche, cerca de una cruz que estaba en la calle que conduce á Santa María del Popolo; y se creyó haberse perpetrado el asesinato cerca de aquella cruz, porque se habían visto allí caballeros y peones. La incertidumbre que reinaba sobre el suceso, excitaba continuamente á las más diversas conjeturas. El duque de Urbino, los Orsini y el cardenal Sanseverino, fueron objeto de repetidas sospechas. Decíase además, que podían haber sido las gentes de la servidumbre del cardenal Ascanio, á causa de la anterior contienda de éste con el Duque. Finalmente, se aseguraba también con toda certidumbre, que el autor era Juan Sforza de Pesaro, ó su hermano Galeazzo. El cardenal Ascanio, que refiere estas cosas á 20 de Junio, menciona al fin de su escrito la carta de su hermano anunciando que Juan Sforza había ido á Milán, y el hermano de él no había salido de Pesaro. «Aunque es increíble—continúa—que tan cruel atentado haya sido llevado á cabo por cualquiera de los dos, alabo con todo que Juan haya escrito acá demostrando su inocencia y la de su hermano.» Luego que aquí se ha sabido, que Juan había ido á Milán, y que su hermano no se había movido de Pesaro, se han hecho nuevas conjeturas acerca del autor del espantoso homicidio, y se sigue buscando por todos caminos el modo de poner en claro este asunto (2).

(1) **Carta de P. Bilia al duque de Milán, fechada en Roma á 17 de Junio de 1497. *Archivo público de Milán*.

(2) V. el n.º 39 del apéndice, donde se halla copiada esta *carta, también hasta ahora desconocida. Yo la hallé entre los documentos del *Archivo público de Milán*, que Gregorovius ha descuidado casi enteramente, y que por cierto, están muy mal ordenados. Es falso, por consiguiente, lo que anuncia en 17 de Junio una relación del embajador de Venecia, de que Juan Sforza estuvo en

En consonancia con esto, se dice en una carta de Juan Bentivoglio de 20 de Junio de 1497: «Hace dos días se designaba públicamente como asesino, al hermano del señor de Pesaro; hoy no se cree ya. Se manifiestan las más diversas opiniones, pero todo dicho y todo juicio acerca de este acaecimiento, es difícil y peligroso, y dejo este asunto á aquellos á quienes pertenece.» El escritor acentúa, que el Papa se ha conmovido profundamente por esta desgracia, y moviéndose á mudar de vida y volverse otro hombre. Alejandro VI hablaba de hacer edificar en San Pedro la tribuna del altar mayor conforme al plan de Nicolao V, con un gasto de 50.000 ducados; en Santa María la Mayor, debía erigirse una nueva tribuna para las bendiciones, para la cual destinó desde luego 2.000 ducados. Además, declaraba que quería alistar 40 escuadrones, pero sin admitir entre ellos á ningún barón romano. Sobre todo excitó grande expectación haber prometido el Papa, en un consistorio de 19 de Junio, la reforma de la Iglesia en lo temporal y espiritual, instituyendo para este fin una comisión de seis cardenales y dos auditores de la Rota, á los cuales se agregó además á Ludovico Podocatharo, obispo de Capaccio. «El Papa promete también—anunciaban desde Roma—muchas otras cosas buenas y laudables; pero el tiempo dirá hasta qué punto va de veras» (1).

Acerca de lo acaecido en el consistorio de 19 de Junio, hay una extensa relación del embajador veneciano, y un escrito del cardenal Ascanio Sforza. Todos los cardenales presentes en Roma, excepción hecha de Ascanio, asistieron, y también los enviados de la Liga: los embajadores, español, napolitano, veneciano y milanés. Después que cada uno de los cardenales hubo dado el pésame, pronunció el Papa un discurso, en que expresó su inmenso dolor: «Ningún golpe más cruel—dijo—hubiera podido herirnos, pues el duque de Gandía era lo que más amábamos en este mundo; de buena gana renunciaríamos siete coronas papales á trueque de devolverle la vida. Por nuestros pecados nos ha enviado Dios esta prueba, pues el Duque no merecía una tan

Roma, acompañó al duque á una viña, allí le estranguló y le arrojó al Tiber; como también que el motivo del sangriento crimen fueron celos por causa de Lucrecia. Malipiero, 490. Este cuento ha sido más puntualizado por Matarazzo, 71; cf. Knöpfler, Tod des Herzogs von Gandia, 445 ss.

(1) Cf. el n.º 38 del apéndice. La causa de esta leva de tropas era la actitud amenazadora de los Orsini y los Colonna; cf. Sanuto, I, 663.

horrible y misteriosa muerte. Se ha esparcido la voz de que el autor era Juan Sforza; pero Nos estamos ciertos de no ser esto verdad. Tampoco el hermano de Juan, ni el duque de Urbino han perpetrado este crimen; Dios perdone á su autor. Mas Nos estamos resueltos á tomar desde ahora con empeño nuestra enmienda y la de la Iglesia. Toda esta reforma se pondrá en manos de seis cardenales y dos auditores de la Rota. Desde este momento se darán los beneficios solamente según el mérito, y los votos de los cardenales serán decisivos en esta parte. Queremos renunciar al nepotismo, empezar la reforma por nosotros mismos, y pasar luego á los miembros de la Iglesia, hasta llevar esta obra á cumplimiento.» Luego se pasó á nombrar seis cardenales, como miembros de la comisión de Reforma.

Después del discurso del Papa, se levantó el embajador español, Garcilaso de la Vega, para excusar la ausencia del cardenal Ascanio Sforza. El cardenal, explicó Garcilaso, me encarga rogar á Su Santidad, ante todo, no dé crédito ninguno al rumor de que él haya sido el asesino, y se haya puesto á la cabeza de los Orsini. Tan luego como el Papa se lo permita, se presentará en persona para justificarse. Sólo por temor de la furia y violencia de los españoles se había abstenido de asistir á aquel consistorio. «No quiera Dios—respondió el Papa—que yo tenga contra el cardenal tan horrible sospecha; siempre le he considerado como á un hermano, y cuando se presente será muy bien venido» (1).

El mismo 19 de Junio se anunció oficialmente á las Potencias de Italia y del extranjero, la muerte del duque de Gandía. «No sabemos—se dice en este escrito—por quién, dónde y por qué causa se ha perpetrado el homicidio (2). La pérdida de aquél á quien él,—el Papa,—amaba más que á todos, y con demasiado exceso, mirábala como una visitación de Dios, como una grave exhortación á la enmienda de su vida.» Las Potencias contestaron en seguida con cartas de pésame. Maximiliano insinuó la adver-

(1) V. la relación del embajador de Venecia, que se halla impresa en Brown, I, 74-76 y en la nueva edición de Sanuto, I, 653-654, como también en el apéndice n.º 37, una carta del cardenal A. Sforza al duque de Milán, fechada en Roma á 19 de Junio de 1497, que está en el *Archivo público de Milán*. Cf. también en el apéndice n.º 40, una *carta de P. Bilia de 21 de Junio, procedente asimismo del *Archivo público de Milán*.

(2) En Sanuto, I, 661-662 hay un breve á Venecia y otro análogo á Milán, *ibid.* 660-661.

tencia, que el Papa siga en sus buenos propósitos y los ponga por obra. También el cardenal Juliano della Róvere, que andaba en negociaciones para reconciliarse con el Papa, (1) y Jerónimo Savonarola, dieron muestras de su interés (2). Al rey de España había escrito Alejandro VI, en la primera violencia de su dolor, que pensaba renunciar á la tiara. Mas Fernando, que conocía bien á Don Rodrigo, le exhortó en su contestación, á que reflexionara, y confiara en el tiempo que sana las heridas (3).

A 20 de Junio de 1497 recibió el Papa á los enviados de la Liga y de Federico de Nápoles; y les declaró, quería emplear todos los medios conducentes á la paz y bienestar de Italia (4). Al día siguiente escribió á su ciudad el embajador milanés, que el cardenal Ascanio Sforza estaba sumamente contristado por las sospechas que acerca de él se esparcían. Ninguna cosa le había podido acaecer más contraria á sus intereses que la muerte del Duque; por cuanto con ella quedaban paralizadas importantes negociaciones que ya casi habían llegado á su término. En cifra añade además el embajador, que se han descubierto algunos indicios de que los autores y ejecutores del homicidio sean los Orsini; que se sigue esta pista con grande afán; que cuanto más se certificaba, tanto el Papa procedía con más cautela, para que el asunto no se divulgara antes de tiempo. En el mismo escrito se habla, de que Alejandro ha comenzado á dudar, si no sería mejor enviar á Nápoles para la coronación, en vez de César al cardenal

(1) Brosch, Julius II, 77, duda de la noticia del embajador de Venecia, de que ya por Junio se logró una reconciliación entre Alejandro VI y Julián.— Por lo demás, el embajador del duque de Este anuncia también lo siguiente, en un *despacho, fechado en Roma á 8 de Junio de 1497: S. P. ad vinc. s'è accordato con il papa; y añade que volverá á Italia. *Archivio pubblico de Modena*. Cf. Gabotto, Lo stato Sabauda III (Torino 1895), 62 s. Como quiera que sea, está en un error Gregorovius VII³, 394 (4.^a edición 400), al conjeturar que la carta de pésame de Julián introdujo la aproximación diplomática entre los dos enemigos.

(2) La carta de Venecia se halla en Sanuto I, 662-663, *la de Maximiliano, fechada en Imst, á 24 de Julio de 1497, en el *Archivio pubblico de Venecia* (Gregorovius VII³, 394, not. 1 trae de ella una parte); la carta de Savonarola en Perrens, App. 9, la de J. de la Róvere en Gregorovius, Lucrezia Borgia, apéndice n.º 14. Yo vi en el *Archivio pubblico de Milán* el borrador de la *carta de pésame de L. Moro, fechada en Milán á 1 de Julio de 1497 (In summo dolore).

(3) Zurita, V, 125^b.

(4) **Carta de A. Sforza á L. Moro, fechada en Roma á 21 de Junio de 1497. *Archivio pubblico de Milán*.

Ascanio (1). Esto y la circunstancia de haber Ascanio, á 21 de Junio, tenido una larga conferencia con el Papa (2), parece demostrar, que realmente se le tenía por inculpable; pero también es posible que todo ello no fuera más que puro fingimiento. En todo caso, el ánimo del Papa se cambió muy pronto; y las relaciones venecianas anuncian en Julio una violenta riña entre Alejandro y Ascanio, porque parecía cierto que éste había sido el homicida del Duque. El cardenal tuvo por prudente, en atención á los sentimientos hostiles de los españoles, abandonar á Roma para dirigirse á Frascati, y luego á Grottaferrata y Genazzano. «Parece,—dice el embajador veneciano,— que el cardenal quiere acogerse á los Colonna, porque los Orsini tratan de ajustar la paz con el Papa. En Agosto, refiere el mismo diplomático, que el cardenal Ascanio ha ido á Roma, para el entierro de su amigo el cardenal Lunati, y ha tenido una conferencia con el Papa; según la opinión común, había sido Ascanio el autor de la muerte del Duque (3).

En una relación, en parte cifrada, á su hermano, fecha en Genazzano á 26 de Julio de 1497, se refiere el cardenal á un escrito de 6 de Julio, en el que había comunicado, que el Papa manifestaba sospechas contra los Orsini en el asunto del asesinato; que si esto se confirma, tomará, sin duda, venganza; los resultados que darán las investigaciones, se comunicarán al duque de Milán, y el Papa no hará cosa alguna sin el consejo de éste (4). Más tarde, en Agosto, anunciaba el embajador veneciano, que Ascanio estaba en Roma, y el Papa no le mostraba enemistad ninguna, aunque se daba por cierto, haber sido el asesino del de Gandía (5);

(1) **Carta de Stef. Taberna á L. Moro, fechada en Roma á 21 de Junio de 1497. *Archivo público de Milán*.

(2) Sobre ella v. en el apéndice n.º 40 la *relación de P. Bilia de 21 de Junio de 1497. Cf. el despacho del embajador florentino, publicado por Thuasne II, 672.

(3) Sanuto I, 686, 689, 695, 710.

(4) **Carta de A. Sforza á L. Moro, con fecha 26 de Julio de 1497. *Archivo público de Milán*.

(5) Sanuto I, 737. Esta noticia vuelve á aparecer todavía por Junio de 1498, ciertamente con un ut dicitur. Sanuto I, 994. Cuando Ascanio fué á Loreto por el mes de Septiembre, se decía que de allí se encaminaría á Milán; pero en hecho de verdad, se volvió á Roma. Sanuto I, 796, 802. De una *carta cifrada de Ascanio, fechada en Roma á 24 de Diciembre de 1497 (*Archivo público de Milán*), de la que haremos aún mención más adelante, se saca así su presencia en Roma, como sus negociaciones confidenciales con el Papa. Estas relaciones que han sido desconocidas de Knöpfler, Tod des Herzogs von Gandia 467, mues-

pero no es posible que Alejandro VI participara de esta opinión; pues en las violentas explicaciones entre el Papa y el cardenal, en Diciembre de 1498, no le hizo semejante reproche, y hasta mediados de Julio de 1499, no abandonó Ascanio definitivamente la Curia, y entonces, por causas que nada tenían que ver con el trágico suceso de Junio de 1497 (1). Tan cierto es que el cardenal no se sentía culpable, que en Junio de 1498 escribía á su hermano, que las acusaciones de nuevo levantadas contra él, dē haber servido de mediador en el asesinato del Duque, perpetrado por Próspero Colonna y Juan Sforza, no le inquietaban lo más mínimo (2).

Mucho más fundada parece, á primera vista, la acusación dirigida contra Juan Sforza, de haber tenido parte en aquel sangriento suceso (3).

El déspota de Pesaro estaba enteramente reñido con los Borja, desde la primavera, porque no quería acceder á la disolución de su matrimonio con Lucrecia, que procuraban persuadirle (4). En Marzo huyó de Roma á Pesaro (5). Según una relación veneciana, se creía haber venido Juan secretamente á Roma, en el tiempo del asesinato; pero cartas de Milán anuncian, por el contrario,

tran cuán insostenible es la opinión de éste, de que, por Septiembre de 1497, Ascanio había ya abandonado para siempre la corte de Alejandro VI. Con ellas viene al suelo de suyo la conclusión siguiente, que saca Knöpfler: Estas indicaciones y el destierro libremente elegido por Ascanio, justifican ciertamente la sospecha de que sus manos no estuvieron del todo limpias de la sangre del duque de Gandía.

(1) Cf. adelante cap. VII.

(2) ** Carta de A. Sforza á L. Moro, fechada en Roma á 5 de Junio de 1488. *Archivo público de Milán*.

(3) Cf. arriba p. 477.

(4) Gregorovius, Lucrezia 95 ss.

(5) Sanuto I, 569; la carta de donde está tomada esta noticia, había sido ya impresa por Brown, I, 65. Una relación de 14 de Junio, citada por Sanuto I, 656, dice, que Lucrezia está reñida con su esposo, y se ha retirado al monasterio de monjas de S. Sixto, en la Via Apia. Esta relación demuestra ya, ser falsa la opinión de Balan V, 372-373, de que Lucrezia no salió del Vaticano hasta después del asesinato del duque de Gandía. Esto se había efectuado antes, y Lucrezia entonces estaba también reñida con su padre, como se saca de la *carta de un informador del duque de Este, en la cual ya en 8 de Junio se notifica lo siguiente. *Mad. Lucretia, figlia del papa e moglie del S. de Pesaro, s'è partita di palazzo insalutato hospite et essene andata in uno monasterio di monache chiamato S. Sixto et la se sta; alcuni dicono che vole esser monacha et etiam alcuni diacono molte altre cose que non sunt credenda litteris. *Archivo público de Módena*.

que estaba entonces con Luis el Moro. Por lo demás, el gravemente ofendido Sforza, podía haberse valido de asesinos pagados, tanto más cuanto que á los motivos personales añadanse tal vez, para moverle, motivos políticos. Que el esposo de Lucrecia «era capaz de semejante hazaña, lo manifiesta el modo cómo se enfureció en Pesaro en Septiembre de 1503» (1). Por otra parte, parece atestiguar su inocencia en el asesinato del duque de Gandía, la circunstancia de que Alejandro VI, ya á 19 de Junio, rechazó la acusación contra el Señor de Pesaro, después de lo cual se desvaneció aquella sospecha (2). Durante las negociaciones acerca del divorcio, nunca se acusó á Juan Sforza de aquel homicidio, por muchas cosas injuriosas que entonces se dijeron contra él.

Pero á los Orsini se les acusaba pública é incesantemente de ser los autores principales del sangriento crimen (3). Dada la enemistad y exacerbación, de todos conocida, de los Orsini contra los Borja, el hecho había de inspirar necesariamente semejantes sospechas; principalmente habiendo sido el duque de Gandía el alma de todos los conatos hostiles contra los Orsini; de suerte que éstos podían esperar que con su muerte se quitaría la posibilidad de nuevos ataques. Pero sucedió lo contrario. Alejandro VI que, según todas las apariencias, veía indudablemente en los Orsini los principales autores del crimen, pensó en su venganza. En Diciembre se supo que estaba decretada la destrucción de los Orsini; pero en aquel instante se interpuso como medianera Venecia, y forzó al Papa á desistir de su propósito, bien que sin renunciar á él enteramente, como no podía renunciar en vista de la actitud que tomaron los Orsini. En Febrero de 1498, se llegó á decir que los Orsini habían puesto asechanzas á la misma vida del Papa. Considerada la conducta posterior de Alejandro VI, está muy justificada la conjetura, de que el Papa persiguió á los Orsini como asesinos de su hijo, según lo dicen clara y terminantemente relaciones contemporáneas escritas en Roma (4).

(1) Knöpfler, Tod des Herzogs von Gandia 464-465. Cf. también Höfler, Don Rodrigo de Borja 77-78.

(2) C. arriba p. 478.

(3) Cf. arriba p. 476 s. y Cappelli, Savonarola 89.

(4) Knöpfler, Tod des Herzogs von Gandia 468-469. En su refundición de la Historia de la Iglesia de Rohrbacher, Knöpfler, 279, admite como cierto, que los Orsini habían resuelto desembarazarse del duque. «Este plan fué ejecutado con tanta perfección, que nunca se pudo descubrir la mano homicida que dió

A la verdad, de las fuentes de que disponemos, no se infiere con entera certidumbre la culpabilidad de los Orsini, y no deja de ser posible, que el homicidio perpetrado en la noche del 14 de Junio de 1497, fuera ajeno á la política. La vida crapulosa del duque de Gandía era conocida en toda la Ciudad, y así se creyó desde luego y generalmente, que había perecido en una aventura erótica. Acaso esta natural conjetura sea la que más se aproxima á la verdad (1). Las investigaciones acerca del misterioso atentado no habían cesado todavía un año después (2); pero no dieron ninguna luz sobre los sucesos, siendo cada vez más variados los rumores que por todas partes corrían. Ninguna cosa suele excitar más que el misterio, la actividad de la fantasía. Cuando no se puede dar con la verdad, se llega á creer hasta lo increíble. De

el golpe mortal, y hasta el mismo crimen había de ir adherido como perpetuo borrón de infamia á la propia familia del odiado enemigo. Höfler, Rodrigo de Borja 77, llama también la atención sobre la muerte misteriosa de Virginio Orsini en la prisión del castillo del Huevo, en Nápoles. «Su cadáver llegó á Roma desde Nápoles el 26 de Abril, y de allí fué transportado á Bracciano (Burchardi Diarium II, 365). Muy bien se deja entender que este acontecimiento inflamase de nuevo el odio de los Orsini contra los Borja, y cuando quitaron de enmedio al duque de Gandía tan despreciado por ellos, sabían perfectamente á cuál de los sobrevivientes sería más sensible este golpe.» En otro pasaje (81-82) advierte Höfler. «Por lo que toca á la cuestión sobre quién afiló el acero homicida, al que sucumbió por la noche alevosamente el hijo predilecto de Alejandro VI, podría resolverse por la relación de Marino Sanuto (I, 827), escrita por el mes de Diciembre. Aquí se dice expresamente, que el Papa ha adquirido la certidumbre que los Orsini han dado muerte á su hijo.» Lo mismo anuncia una relación de un embajador del duque de Este de 22 de Diciembre de 1497, citada por Cappelli, Savonarola 100. El epigrama, que después de la reconciliación de los Orsini y Colonna en 1498, se fijó en el palacio del Papa y exhortaba á echar al Tíber á todos los vástagos de Alejandro VI, contiene claramente una alusión á la muerte del duque de Gandía y una incitación á seguir adelante por este camino; cf. abajo cap. 7. En una **relación cifrada, fechada en Roma á 15 de Junio de 1498, A. Sforza anuncia á su hermano la empresa que el Papa ha proyectado contra los Orsini: essendo la Sta. tanto accesa ad questa vindicta che piu non saria possibile dire. *Archivo pubblico de Míldn.*

(1) Cf. arriba p. 476 y Creighton III, 258. «Es interesante, dice Höfler (Rodrigo de Borja 78), la resolución con que Andrés Bernáldez se expresa acerca del asesinato, que con todo traslada falsamente al 29 de Mayo. Hace mención exacta de las desavenencias entre Sforza y Don Juan, nombra la querida de este último, Madama Damiata, y designa la persona enmascarada como un tercero, que concertó la cita á la que acudió el duque, ebrio y vicioso como era.»

(2) Esto se saca positivamente de la * relación cifrada da A. Sforza á L. Moro, fechada en Roma á 15 de Junio de 1498 (*Archivo público de Míldn*). Según esto, hay que corregir á Gregorovius VII³, 395-396 (4 edición 402).

esta suerte se atribuía aquel repugnante crimen á cada uno de aquellos que habían podido tener algún interés en la muerte del Duque: no sólo á los Orsini, Ascanio Sforza y Juan de Pesaro, sino también á Jofré, hermano de la víctima. Las sospechas contra los nombrados, las rechazó ya Alejandro VI en el consistorio de 19 de Junio, callando solamente acerca de los Orsini; en lo cual puede haber una nueva indicación respecto al asesino (1). Cuanto más se consideran las circunstancias que precedieron y siguieron á aquel horrible atentado, que difícilmente llegará jamás á aclararse del todo, tanto parece más grave la sospecha que pesa sobre el mencionado partido. Al propio tiempo es muy posible que los Orsini, conociendo las viciosas inclinaciones del Duque, le quitaran de enmedio con ocasión de una aventura galante. No se puede expresar, sin embargo, más que una vehemente sospecha; formular una determinada acusación es imposible.

Por muy variadas que fueran las conjeturas, ni en una sola de las relaciones contemporáneas (á lo menos en cuantas se conocen hasta ahora), se indica, ni con una sola palabra, lo que se creyó, casi universalmente, *algunos años después*: que César Borja hubiera sido el homicida. Nueve meses después del terrible acaecimiento se acusó por primera vez á César, y esto (cosa que no debe perderse de vista), en una relación del embajador de Ferrara en Venecia (2). Desde la Ciudad de las lagunas, donde habían buscado refugio muchos de los Orsini, y el gravemente ofendido Juan Sforza, se esparció luego esta acusación. Paolo Capello la repite en una relación de 1500, y Silvio Savelli en su libelo de 1501; pero esta acusación no llegó á admitirse generalmente; los poetas napolitanos, que acusan á los Borja de todos los vicios imaginables, no hacen mención, antes de 1500, del supuesto fratricidio. A medida que fué pasando más tiempo, se insistió más resueltamente en la acusación, hasta que llegó á tomársela finalmente como del todo cierta. Esta es la forma común cómo se

(1) Esto lo han hecho notar con razón tanto Knöpfler, *Tod des Herzogs von Gandia* 468, como Höfler, *Rodrigo de Borja* 79.

(2) Este pasaje se halla copiado en Gregorovius, *Lucrezia* 161, not. 1, y en Alvisi 44, n. 1. En los *Annal. Bonon.*, que llegan hasta Octubre de 1497, en la pág. 916 no se habla para nada de César; preséntase aquí el asesinato únicamente como consecuencia de la vida desarreglada del duque. La misma opinión se halla en muchas otras relaciones contemporáneas, y también en el *Diario di S. Tommaso di Sivestro*, 103.

fraguan las fábulas históricas. En el caso presente tuvo, á la verdad, el mismo César mucha culpa, por su conducta posterior, en que la terrible acusación fuera hallando cada día más crédito, hasta llegar á ser por fin universalmente recibida. Cuando se considera la cantidad de odios que se atrajo más tarde César en Roma y en toda la Italia, no puede causar admiración que, entre las muchas acusaciones fundadas, se levantara también contra él una inmerecida. El que hallara crédito se explica, porque todas las historias escandalosas de las cortes se divulgaban entonces tan rápidamente como ahora; de suerte que ésta llegó pronto hasta la misma España (1); pero no se creyó aquí enteramente. Bernáldez, en su crónica, después de narrar el asesinato del Duque, hace, es verdad, mención del cardenal de Valencia; pero no relaciona en manera alguna su persona con aquel crimen (2).

No se puede adivinar, qué causa hubiera podido mover á César á cometer un fratricidio, precisamente entonces cuando se le había encargado la más honrosa misión para Nápoles. No podía moverle en manera alguna el codicioso deseo de las posesiones de Don Juan, pues era de todo punto indudable que, después de la muerte del duque de Gandía, su hijo, y no César, había de sucederle en sus dominios, quedando por consiguiente la posición de César sin mudanza alguna. Que Don Juan fuera un estorbo para los ambiciosos planes de su hermano, es una afirmación que no se ha probado. Por el contrario, se puede preguntar justamente: ¿Cómo podía una persona como el duque de Gandía, quien, en la campaña contra los Orsini, había puesto de manifiesto su completa incapacidad, servir de estorbo á un César? Asimismo el proceder de César después del asesinato, indica su inculpabilidad. Hasta 22 de Julio, no salió de Roma para dirigirse á su misión de Nápoles; por consiguiente, todos los acaecimientos que tuvieron

(1) Knöpfler, Tod des Herzogs von Gandia 470-475. Reumont III, 1, 225. Alvisi 44-45. Brosch, Alexander VI. 370, 372. Nemec 124 s. Con mucha razón dice Höfler, Rodrigo de Borja 79, que la afirmación de fratricidio «radica al fin solamente en que César, en circunstancias del todo diversas, para hacerse dueño de la Romaña por la fuerza, hacía desaparecer de allí los pequeños tiranos». El terror que infundía César, se refleja en una carta notable de la marquesa Isabel á su esposo, de 23 de Julio de 1502, en la que está expresada la acusación de fratricidio; esta carta ha sido publicada por Luzio-Renier, Mantova e Urbino 137. La misma acusación se halla enunciada en términos irónicos en la poesía editada por Renier; v. Arch. st. ital., 5 Serie, V, 140 s.

(2) Höfler, Rodrigo de Borja, 79.

lugar en Roma desde el 14 de Junio hasta el 22 de Julio, se desarrollaron ante sus ojos; y con todo eso, su conducta fué tranquila y nada sospechosa. Es además indudable, que Alejandro VI no miró en manera alguna en César un fratricida. ¿Cómo, en otro caso, le hubiera confiado la solicitud por la sucesión de Don Juan, obligando con esto á Doña María, prima del rey de España, á entrar en más frecuentes relaciones con el asesino de su marido? (1)

(1) Así se expresa Höfler, Rodrigo de Borja, 79-80, quien advierte además lo siguiente: «Gregorovius es de opinión, que los débiles motivos con que Roscoe absuelve á César, honran los sentimientos de este mediocre autor, pero mueven solamente á risa al juez; á lo que se puede responder, que la demostración de la culpa no se ha de buscar en la imposibilidad moral; ni un juez (en el supuesto de que el cargo de tal corresponda al historiador), debe pronunciar el veredicto de una muerte, y muerte tan horrorosa, sin las pruebas más convincentes. ¿Y qué ventaja palpable sacaba él realmente del homicidio de su hermano, que no hubiese podido alcanzarla á más bajo precio? La cuestión que aquí se trata, se reduce sencillamente á eso: ¿Es imaginable que el Papa Alejandro, que en su tierra natal y en Nápoles debía ahora apoyarse enteramente y se apoyaba en la Casa de Aragón, pudiese hacer al rey Fernando el insulto de obligar á su prima, la madre de los hijos del asesinado Don Juan, á sostener, en lo tocante á la herencia, las más íntimas relaciones con el matador de su esposo? ¿Es imaginable que el Papa Alejandro, que estaba entonces en la mejor inteligencia con el rey de Sicilia Federico (Don Fadrique de Aragón), hiciese también á esta rama de la casa real de Aragón, el insulto de enviar á Nápoles, como legatus á latere para la coronación, al fratricida cubierto con la sangre fresca del crimen? Ciertamente, no hay que figurarse al Papa Alejandro tan insensato, que hiciese este insulto á la altiva Casa real, ni hay que suponer al altivo rey de España, que precisamente entonces se aliaba íntimamente con el Rey de Romanos, y á Don Fadrique, tan simples y menguados, que se allanasen tranquilamente á semejantes pretensiones.» Cf. también lo que escribe Höfler en las págs. 81-82 y su obra *Die Katastrophe der Borja's von Gandia*, 13. Es sensible que se le haya pasado por alto á Höfler el estudio de Knöpfler: Tod des Herzogs von Gandia, quien particularmente en la p. 455 ss. hace valer todavía otros diversos argumentos importantes contra la opinión de fratricidio sostenida por Gregorovius. También son aquí refutados de una manera contundente los «motivos de probabilidad» que aduce Gregorovius. En la «tercera edición corregida», sacada á luz tres años después de la publicación del estudio de Knöpfler, repite Gregorovius, 396 s. su afirmación (lo mismo hace en la 4 edición, p. 404), sin decir una palabra siquiera de las objeciones de Knöpfler. Tampoco hace mención de que Brosch, Alexander VI, 370, 372, ha alegado razones muy importantes contra el hecho. Brosch, que ciertamente no es amigo de los Borjas, escribe: «Una cuidadosa disquisición de los motivos, que hablan en pro y en contra de César, un imparcial examen de los testigos, que actualmente estamos en estado de presentar, podría dar por resultado esta conclusión: que en este negocio nada determinado podemos afirmar.» Lo mismo enteramente había ya dicho Reumont, III, 1, 225, mucho tiempo antes, y sin duda el primero. Creighton, III, 258 no conoce ni á Knöpfler, ni á Brosch, y con todo llega también á un resultado análogo. Alvisi, 44 s., Leonetti, II, 234 y Balan, 372, del todo independientes de dichos investigadores alemanes, paran en una

Sea, pues, que el duque de Gandía pereciera víctima de la venganza de los Orsini ó de Juan Sforza, ó de sus propios excesos, ó de uno y otro á la vez, es bastante cierto que César no tuvo participación en el crimen.

La misteriosa obscuridad que, á pesar de las más diligentes pesquisas, pesaba sobre el asesinato, fué causa de aumentar todavía más la impresión que aquel terrible suceso había producido en Alejandro VI. ¡Súbita é inesperadamente se había precipitado aquella catástrofe sobre su hijo mimado y predilecto; en medio del tumulto de su viciosa vida, había sido arrebatado el duque de Gandía, de una manera de todo punto horrible, y llamado ante el tribunal de Dios! Nunca se había presentado tan severa y palpablemente á los ojos del Papa, la idea de la muerte y la sanción; había llegado, pues, el momento decisivo que había de encauzar su vida. ¡La desgracia de su hijo debía parecerle como una amenazadora exhortación para que se convirtiera á penitencia, y una advertencia que se le dirigía á él mismo! (1)

Es indudable que Alejandro VI, en aquellos tristes días del verano de 1497, bajo la grave impresión del dolor y del arrepentimiento, se ocupó seriamente en extensos planes de reforma. «Cada mañana—refiere á 22 de Junio el embajador florentino,—celebra la comisión de reforma sus deliberaciones en el palacio pontificio» (2). Con asombro se leían en Venecia, en Julio, las noticias de Roma sobre la proyectada reformación de las cosas eclesiásticas (3). Los amantes de la Iglesia, como el piadoso General de los Camaldulenses, Pedro Delphinus, se entregaban al júbilo, esperando que el terrible acaecimiento abriría el camino á una mudanza favorable (4). En Agosto se supo que Alejandro VI había ordenado, que Jofré con su esposa saliera de Roma, para establecer en adelante su habitación en su residencia del Princi-

conclusión favorable á César. En igual sentido se expresan también Luzio (v. arriba p. 486, not. 1), como también los franceses Maury en la *Rev. hist.* XIII, 87 y L'Épinois, 403. Fuera de Gebhart (*Rev. des Deux Mondes*, LXXXIV [1887], 918), ningún historiador moderno defiende ya la opinión de Gregorovius.

(1) Höfler, Rodrigo de Borja, 77, 82.

(2) Thuasne, II, 670; cf. Gherardi, 171.

(3) Sanuto, I, 655, 844. La noticia de la pág. 654 es sin duda falsa, y claramente se ve que es una interpolación posterior. Es igualmente erróneo el dato que se da en la pág. 686. Cf. también Malipiero, 494.

(4) V. las cartas de Delphinus en Raynald, 1497, n. 5, 6.; cf. Martène, Coll. III, 1158.

pado de Squillace. Ya á 7 de Agosto se había cumplido este mandato; y se decía también, que el Papa no quería absolutamente, en adelante, tener en derredor de sí hijos ni sobrinos, y que aun Lucrecia sería enviada á Valencia (1). Fuera de los seis cardenales, se invitó también á otros á las deliberaciones, y á principio de Noviembre fueron llamados asimismo á la Curia, los cardenales que se hallaban ausentes, á fin de que tomaran parte en las discusiones ordenadas á la reforma (2).

Cuán por lo serio las tomaron los cardenales de la comisión, lo muestran los trabajos preparativos de Costa y Caraffa que todavía se conservan; por los cuales se ve, de qué manera se coleccionaban, por una parte las ordenaciones y proyectos de reforma de los papas anteriores, y por otra parte se pedían datos acerca de los abusos, especialmente de la Cancillería pontificia. Sobre las bases de estos preparativos se hicieron desde luego propuestas, las cuales se completaron en muchas cosas, y transformándolas se convirtieron después en resoluciones (3). Finalmente, se pasó entonces á componer una gran bula de reforma (4), que comienza con las siguientes palabras:

«Hemos sido colocados, por ordenación de Dios, en la suprema atalaya de la Sede Apostólica, para que, según la medida de nuestra obligación pastoral, destruyamos lo malo y promovamos lo bueno. Por lo cual, procuramos con toda nuestra alma el mejoramiento de las costumbres, cuyo decaimiento gradual hemos observado. Las antiguas saludables disposiciones, por las cuales los concilios y los papas habían puesto un dique á la sensualidad

(1) *Heri se partite de qui il principe de Squilazo con la principessa per andare ad habitare al loro principato et se dice che la S. del papa non vuole piu tenirsi apresa (sic) figlioli on (sic) nepoti alcuni et che in brevi mandara etiam madona Lucretia, moglie del Sig. de Pesaro ad habitare ad Valentia. Carta de Ludovico Carissimi, fechada en Roma á 8 de Agosto de 1487. *Archivo público de Módena*.

(2) Este hecho, hasta ahora desconocido, se saca de una *carta original del cardenal Hipólito de Este al Papa, fechada en Ferrara á 28 de Septiembre de 1497: *Volentem impulit et currenti calcar adiecit S^{us} V. superioribus diebus cum per breve suum debita a me reverentia susceptum et osculatum praecepit ut pro reformatione Romanae Curiae Kal. his Novemb. ad urbem me conferrem etc. — Añade que irá — pero pide una ligera dilación, hasta que esté arreglado el negocio del arzobispado de Gran. Cod. lat. Cl. X, 177. *Biblioteca de S. Marcos de Venecia*.

(3) Todos los particulares sobre esto pueden verse en Tangl, 361 ss.

(4) Cf. en el apéndice n.º 41 las comunicaciones de este documento, del cual hallé dos copias en el *Archivo secreto pontificio*.

y la avaricia, han sido quebrantadas. Se ha introducido un intolerable desenfreno; la naturaleza humana está inclinada al mal, y las pasiones inferiores no obedecen siempre á la razón; sino, conforme á las palabras del Apóstol, tienen aprisionado el espíritu bajo la ley del pecado. Ya siendo cardenal, trabajamos en este sentido, en los reinados de Pío II, Paulo II, Sixto IV é Inocencio VIII; y también al principio de nuestro pontificado, quisimos consagrar preferentemente nuestra atención á este asunto; mas la situación en extremo difícil en que nos vimos colocados por la invasión de Carlos VIII de Francia, nos forzó á diferir la reforma hasta el presente. Ahora, pues, la empezamos por nuestra Corte romana, que se compone de personas de todas las naciones de la cristiana profesión, y debe dar á todos los demás, ejemplo de virtuosa vida. Para poner por obra esta resolución tan santa y tan necesaria, y por todos tanto tiempo anhelada, hemos escogido, de todo el sagrado Colegio de los cardenales, á seis de los mejores, que tienen puestos los ojos ante todo en Dios; es á saber: Oliverio Caraffa, Jorge Costa, Antoniotto Pallavicino, Juan Antonio di S. Giorgio, Francisco Piccolomini y Rafael Riario. Con auxilio de los nombrados, después de haber repasado las antiguas ordenaciones, y atendidas cuidadosamente las presentes circunstancias, hemos publicado, en virtud de nuestra apostólica autoridad, las disposiciones que deben tener perpetua fuerza. Mandamos, pues, que sean guardadas inviolablemente, conservando, no obstante, su vigor las demás disposiciones de nuestros predecesores, que á esta materia pertenecen.»

La bula de reforma comienza con las disposiciones referentes al Papa y á su corte. Luego siguen otras sobre el culto divino en la Capilla pontificia, principalmente relativas al silencio. Acerca de la conducta moral de los cantores y de los demás empleados de la corte, se daban severas prescripciones.

De mucho mayor alcance son las disposiciones que siguen, contra la simonía y las reservaciones. Una sección especial se encamina á prohibir la enajenación de porciones de los Estados de la Iglesia; los cuales no se debían conceder á nadie, ni aun bajo el título de Vicariatos. Todas las disposiciones contrarias, que no hubieren sido dictadas con el asentimiento de los cardenales, quedan declaradas por nulas. A este mismo asunto pertenecen las ordenaciones relativas á los gobernadores y castellanos de los

Estados de la Iglesia. Más extensiva es la prohibición de una de ellas, de hacer promesas á los príncipes en orden á la provisión de los obispados. Respecto de la deposición y traslación de los obispos se inculcan las ordenaciones del derecho común.

La bula se ocupa después, muy extensamente, en la reforma del Colegio cardenalicio. Los puntos principales, en este concepto, son los que siguen: Ningún cardenal ha de tener más de un obispado, ni puede percibir de otros beneficios más de 6,000 ducados de renta anual; tampoco pueden los cardenales recibir legaciones vitalicias, sino han de mudarse cada dos años y están obligados á observar puntualmente la residencia. Severas disposiciones se dirigen contra los manejos simoníacos en la elección del Papa, y también contra la vida aseglarada de los cardenales. En esta parte se inculcan las prohibiciones canónicas del juego y de la caza clamorosa. Prohíbense además las frecuentes visitas á las cortes de los príncipes, sin permiso escrito del Papa; el mezclarse en los negocios temporales de los príncipes, el tomar parte en torneos, en diversiones carnavalescas y en la representación de obras del teatro pagano. El número máximo de los familiares se fija en 80, de los cuales 12 por lo menos, deben recibir las órdenes sagradas; y el número de los caballos en 30. Se prohíbe la entrada en los palacios de los cardenales, á los juglares, truhanes y músicos; tampoco se debían emplear en ellos como camareeros, muchachos y gente joven. Se inculca la obligación de residir en la Curia, y se manda que el coste del enterramiento no pueda pasar de 1,500 florines.

Si estas ordenaciones dan alguna indicación de los abusos que se habían introducido en el Sacro Colegio, todavía nos dan idea más triste del mal estado de las cosas, las prescripciones relativas á los empleados pontificios, culpables de exceder las tasas de sus derechos. También se debía suprimir la venalidad de los empleos. Por lo que hace á la fábrica de San Pedro, se establecen determinaciones precisas acerca de la hacienda y del personal constructor. Otros graves daños descubren las disposiciones relativas á las expectativas y reservas, y también las referentes á los concubinarios. En este último punto se establece, que todo eclesiástico, aun los prelados de más alta jerarquía, debe obedecer á las disposiciones de la bula de reforma, dentro de diez días después de su publicación; y en caso contrario, perdería

el culpable, transcurrido un mes, su beneficio, y quedaría incapacitado para obtener otros.

La bula renueva también la prohibición de exigir el derecho de ribera, y regula la provisión de cereales para la capital pontificia, y vuelve á ocuparse después en las cosas eclesiásticas. Así, entre otras, se declara inválida la emisión de votos solemnes hecha por niños. Otras ordenaciones se refieren á la entrega de diezmos á príncipes seculares, al abuso de las encomiendas y al mal estado de los monasterios, así de varones como de mujeres. Con extraordinaria extensión se trata de la reforma de la Cancillería apostólica. Contra los grandes y diversos abusos allí arraigados, se establecen los más severos correctivos; así, por ejemplo, ningún secretario puede admitir cosa alguna sobre la tasa prescrita, aun cuando se le diere por pura liberalidad; y si lo hiciere ha de restituirlo ó repartirlo á los pobres. Se prohíbe severamente cualquier manera de venalidad.

En el alcance de estas prescripciones se reconoce al antiguo vicescanciller de tantos años; el cual sabía perfectamente, cuán hostiles é irritadas quejas habían excitado en todas partes los abusos de aquella gran oficina curial, que estaba en la más activa comunicación con toda la Cristiandad. El fin de este documento versa sobre la reforma de la Penitenciaría.

Desgraciadamente, la bula que contenía estas excelentes disposiciones, se quedó en borrador; empezóse por diferir el proyecto de la reforma, y se acabó por olvidarlo (1). Entretanto había ido menguando la tristeza y el remordimiento, y se manifestaba que Alejandro VI no poseía ya la fuerza moral necesaria para quebrantar las cadenas con que sus pasiones le tenían esclavizado; para romper, como era necesario para una seria enmienda, con su propio pasado y con las personas que le rodeaban! ¡Los buenos propósitos que había formado bajo la impresión de aquel terrible golpe de la suerte, se fueron desvaneciendo cada vez más! (2) Poco á poco se despertaron de nuevo en él, con redoblada fuerza, las inclinaciones á su familia, y el demonio de la sensualidad ahogó los mejores deseos; sus acciones posteriores fueron, á partir desde esta reincidencia, peores que las primeras.

(1) Zurita, V, 126 y Sigismondo de' Conti, II, 270.

(2) Höfler, Rodrigo de Borja, 83; cf. Die Katastrophe der Borja's, 15 y Aera der Bastarden. 65.

La débil voluntad del Papa le hizo rendirse cada día más al influjo de César (1). A 22 de Julio había salido éste de Roma con grande comitiva, dirigiéndose á Nápoles como Legado para la coronación (2); y allí exigió dinero y otros favores con tal importunidad, que el embajador florentino escribía: «No fuera de maravillar que el pobre Rey, para escapar á tales tormentos, se arrojase desesperado en brazos de los turcos» (3). A principio de Septiembre regresó César (4), y refiere Burchard, que al recibirle en el Consistorio, el padre y el hijo no se hablaron una palabra (5). A poco se supo que César quería renunciar la dignidad cardenalicia y casarse con una princesa (6). En Diciembre parece que Alejandro VI no había cedido todavía en este punto, pues de otra suerte no se podría comprender, cómo por entonces confirió á César los beneficios del difunto cardenal Sclafenati, que rendían 12,000 ducados. Sin embargo, por el mismo tiempo da ya cuenta el embajador de Venecia, del plan de otorgar á César el señorío de Cesana y Fano (7). A 24 de Diciembre de 1497 anuncia el cardenal Ascanio Sforza á su hermano, en una relación cifrada: «Así yo, como los embajadores del rey Federico y Vuestra Señoría, hemos tenido una conferencia con el Papa, que ha durado más de cuatro horas. El asunto principal de ella ha sido, para decirlo en breve, el siguiente: César se esfuerza más cada día para

(1) Por Febrero de 1498, notificaba el embajador veneciano: El pontefice fa tutto nê in altro vigila che in dar stato a' soi fioli, zoé a questo Valenza e a Don Jufredo. Cuánto poder ejercía César sobre el Papa ya en 1499, lo muestra una notable relación de Zurita, 159-160. Según este autor, que evidentemente tenía delante varias relaciones de la embajada española, dijo el Papa con ocasión del viaje de César á Francia, «que él daría la cuarta parte de sus Estados, para que éste no volviese, y luego después—porque se tenía por ofendido—, que si solamente estuviese allí César, obraría de otra manera». Cf. Ranke, *Germ. und roman. Völker*, 135, y Acton, 363.

(2) Cf. Sanuto, I, 698 y una *carta de A. Sforza, fechada en Genazzano á 22 de Julio de 1497. *Archivo público de Milán*. En el *Exitus 529, f. 211, está apuntado al 18 de Julio de 1497: solvitduc. 3.000 auri de cam. R^{mo} dño. Card^l Valentino Legato ad coronationem Ill^{mi} Regis Frederici pro suis expensis. *Archivo secreto pontificio*.

(3) Villari, Machiavelli, I, 234.

(4) Gregorovius, *VII*, 398 (4 edición, 404); indica falsamente como día de la vuelta el 4 de Septiembre. El Burchardi *Diarium*, II, 402, y las *Acta consist. indican el 5 y el 6 respectivamente. Cf. también la *carta de A. Sforza á L. Moro, fechada en Roma, á 9 de Septiembre de 1497. *Archivo público de Milán*,

(5) Burchardi *Diarium*, II, 404.

(6) Sanuto, I, 787, 792; cf. abajo, cap. 7.

(7) Sanuto, I, 832, 833.

conseguir que se le permita deponer la dignidad cardenalicia. El Papa es de opinión, que si esto se hace, se procure sea en la forma menos ofensiva y bajo un pretexto el más decoroso que se hallare» (1). En la misma conferencia se tocó luego otro negocio no menos á propósito para excitar la atención y perjudicar á la buena fama del Papa: la disolución del estéril matrimonio de Lucrecia con Juan Sforza.

Desde la primavera de 1497 se andaba en negociaciones sobre este escandaloso asunto. Al principio parece que Lucrecia seguía todavía viviendo con su marido; pero ya á 14 de Junio se advierte la completa separación de ambos consortes. Así el Papa como César y el duque de Gandía declararon entonces al cardenal Ascanio, que en ningún caso seguirían tolerando que Lucrecia fuera á parar á manos de un hombre tal; que el matrimonio no se había consumado, y podía y debía por lo tanto disolverse (2). También después del asesinato del duque de Gandía, se prosiguió este asunto solícitamente (3), y conforme á esto, se trataba ya en Agosto, de un nuevo casamiento de Lucrecia (4). Pero Juan Sforza se resistió vehementemente hasta fines de Diciembre. Sólo entonces, cediendo á las apremiantes instancias de sus parientes Luis el Moro y el cardenal Ascanio, se avino á hacer una declaración por escrito, de no haber consumado su matrimonio con Lucrecia. A 20 de Diciembre siguióse sobre esto el divorcio jurídico, por efecto del cual tuvo que restituir Sforza la dote de su esposa, en cantidad de 31,000 ducados (5). El esposo tan gravemente ofendido tomó terrible venganza, acusando á Alejandro VI de los móviles más torpes que imaginarse puedan. El asunto del divorcio excitó en todas partes tal escándalo, que se cre-

(1) **Extractus zifre rev. dom. card. Sfortie ad ill. ducem Mediolani, fechada en Roma á 24 de Diciembre de 1497. *Archivo público de Milán*.

(2) Este hecho, hasta ahora desconocido, lo he tomado de una **carta del cardenal A. Sforza á L. Moro, fechada en Roma á 14 de Junio de 1497. *Archivo público de Milán*.

(3) Cf. en el n.º 37 del apéndice, la *carta de A. Sforza de 19 de Junio, y una *carta del mismo cardenal de 26 de Junio de 1497; las dos se hallan en el *Archivo público de Milán*.

(4) *Zifra d. Vicecancellarii (A. Sforza), fechada en Roma á 20 de Agosto de 1497: *Io presento tractarsi certa pratica fra N. S. et il principe de Salerno per dare dona Lucretia, fiola di S. S^{ma}, al fiolo del principe cum certe conditione le quale quando fossero vere et se mettersero in effecto non credeva fosseno ad alcuno bono proposito ne de la M^{te} R. ne de Italia. *Archivo público de Milán*.

(5) V. Gregorovius, Lucrezia Borja, 101.

yeron á los enemigos de los Borja todas las calumnias que les plugo esparcir, llegando á aceptar por verdadero un crimen, que el sentimiento moral se resistió á nombrar (1). Alejandro VI no puede, á la verdad, ser absuelto de culpa, por haber desafiado, de una manera hasta entonces inaudita, la opinión pública de una época profundamente corrompida. Los escándalos parecían no tener fin en la familia Borja: primero la huida de Sforza de Roma, luego la misteriosa y terrible muerte del duque de Gandía; sobre esto el divorcio de Lucrecia, visiblemente motivado por fines políticos, ahora la inminente dimisión de César de la dignidad cardenalicia;   lo cual se añadía el abandono de los planes de reforma y la reincidencia del Papa en su anterior modo de vida.  Podemos, maravillarnos, de que se diera crédito en Roma   cualesquiera fábulas contra la familia Borja, por muy monstruosas y repugnantes que fueran? (2)  Dejo estas cosas aquí, escribe en Septiembre de 1497 el embajador de Venecia, refiriéndose   las afrentosas murmuraciones que corrían en Roma; una cosa es cierta: que este Papa se permite cosas extraordinarias   intolerables  (3).

Mientras la clase alta, moralmente corrompida, se entretenía en referir las más escandalosas historias sobre la familia Borja, el pueblo sencillo creía en la intervención de poderes diabólicos. A 14 de Junio de 1497, se pretendió haber oído en San Pedro un gran ruido, y haberse visto correr por todas partes, por la iglesia, antorchas encendidas que nadie llevaba; una visionaria declaraba haber sido el príncipe de los Infiernos con sus demonios. En Diciembre del año siguiente, se pretendió haber visto al espíritu del duque de Gandía en el castillo de Sant Angelo y haberle oído emitir temerosas voces (4). Todavía fué mayor el es-

(1) Gregorovius, loc. cit. 101. Respecto del pasaje que cita este autor, procedente del despacho del embajador de Ferrara, *Co-tabili* (conviene saber, que Juan Sforza dijo al duque  udovico, acerca de Lucrecia: *Anzi haverla conosciuta infinite volte, ma chel papa non gelha tolta per altro se non per usare con Lei*), advierte Creighton, III, 261, note 1: *It will be observed, that Giovanni did not accuse Alexander VI in the past, but imputed a motive for his conduct in the future. This motive was shown to be false by the fact, that the Pope instantly set to work to provide a new husband for Lucrezia. Hillebrand, que por cierto no era amigo de los Borjas, dice también, II, 43:  el incesto que se les echa encima (  los Borjas) no está demostrado . Sobre eso. cf. lo que decimos más abajo en el cap. X, pág. 475 s., nota 5.*

(2) Creighton, III, 261.

(3) Sanuto, I, 792-793.

(4) Sanuto, I, 656-657, 842.

panto que infundió el accidente de 29 de Octubre 1497, en que un rayo encendió el polvorín del castillo de Sant-Ángelo. La explosión destruyó la parte superior de la fortaleza, hizo pedazos el ángel de mármol, y arrojó grandes piedras, por encima del puente de Sant-Ángelo, hasta la iglesia de San Celso, situada á la otra orilla del río. «Grandes y extraordinarias señales—escribe el cronista veneciano Malipiero—acaecen en el tiempo del Papa Alejandro: Un rayo cayó en su antesala, ocurrió la inundación del Tíber, su hijo fué asesinado de la manera más horrorosa, y ahora ha volado por los aires el castillo de Sant-Ángelo» (1).

(1) Malipiero, 497; cf. Sanuto, I, 814, 815. *Annal. Bononiens.* 916. *Diario di S. Tommaso di Silvestro*, 133. *Landucci*, 159. *Burchardi Diarium*, II, 411-412. V. también Lange, 27-28 y Simone Filipepi en Villari-Casanova, 469.

CAPÍTULO VI

"Savonarola y Alejandro VI

Cuanto menos se podía esperar de Rodrigo de Borja la reforma de la Iglesia, tanto más se dirigían las miradas de los italianos al fraile dominico de poderosa palabra, en quien se concentraron todas las durezas de la contradicción contra el Renacimiento anticristiano, y contra el aseglaramiento de la Cabeza de la Iglesia, llevado á su colmo por Alejandro VI (1).

En la ciudad de Florencia, espantosamente corrompida por los Médici; en medio de «los filósofos paganos, de los hombres de placer, de los apasionados por el arte, de los cambistas y mercaderes, de los sutiles críticos y de los maestros de la política utilitaria» (2), había Savonarola, al menos de momento, introducido una mudanza en mejor de todo punto inopinada. De suerte que muchos se inclinaban á esperar también de aquel mismo varón, la reforma de Roma; principalmente, por cuanto él afirmaba de continuo, que Florencia, como «corazón de Italia», estaba destinada á difundir por toda la redondez de la tierra la luz de la renovación (3). Savonarola, por su parte, insistía en sus predicaciones, con creciente vehemencia, en la necesidad ineludible de una reforma de Roma, del Papa y de la Curia. De estas libres declaraciones no se tomaba entonces, especialmente en la corte de los Borja, sino muy poca y casi ninguna ofensión; y Alejandro VI escuchaba aquellos

(1) Frantz, Sixtus IV, 56. Cf. arriba, Introducción, p. 205 ss.

(2) Gregorovius VII^o, 404 (4 edición, 410).

(3) Guicciardini, Stor. florent. 138.

panto que infundió el accidente de 29 de Octubre 1497, en que un rayo encendió el polvorín del castillo de Sant-Ángelo. La explosión destruyó la parte superior de la fortaleza, hizo pedazos el ángel de mármol, y arrojó grandes piedras, por encima del puente de Sant-Ángelo, hasta la iglesia de San Celso, situada á la otra orilla del río. «Grandes y extraordinarias señales—escribe el cronista veneciano Malipiero—acaecen en el tiempo del Papa Alejandro: Un rayo cayó en su antesala, ocurrió la inundación del Tíber, su hijo fué asesinado de la manera más horrorosa, y ahora ha volado por los aires el castillo de Sant-Ángelo» (1).

(1) Malipiero, 497; cf. Sanuto, I, 814, 815. *Annal. Bononiens.* 916. *Diario di S. Tommaso di Silvestro*, 133. *Landucci*, 159. *Burchardi Diarium*, II, 411-412. V. también Lange, 27-28 y Simone Filipepi en Villari-Casanova, 469.

CAPÍTULO VI

"Savonarola y Alejandro VI

Cuanto menos se podía esperar de Rodrigo de Borja la reforma de la Iglesia, tanto más se dirigían las miradas de los italianos al fraile dominico de poderosa palabra, en quien se concentraron todas las durezas de la contradicción contra el Renacimiento anticristiano, y contra el aseglaramiento de la Cabeza de la Iglesia, llevado á su colmo por Alejandro VI (1).

En la ciudad de Florencia, espantosamente corrompida por los Médici; en medio de «los filósofos paganos, de los hombres de placer, de los apasionados por el arte, de los cambistas y mercaderes, de los sutiles críticos y de los maestros de la política utilitaria» (2), había Savonarola, al menos de momento, introducido una mudanza en mejor de todo punto inopinada. De suerte que muchos se inclinaban á esperar también de aquel mismo varón, la reforma de Roma; principalmente, por cuanto él afirmaba de continuo, que Florencia, como «corazón de Italia», estaba destinada á difundir por toda la redondez de la tierra la luz de la renovación (3). Savonarola, por su parte, insistía en sus predicaciones, con creciente vehemencia, en la necesidad ineludible de una reforma de Roma, del Papa y de la Curia. De estas libres declaraciones no se tomaba entonces, especialmente en la corte de los Borja, sino muy poca y casi ninguna ofensión; y Alejandro VI escuchaba aquellos

(1) Frantz, Sixtus IV, 56. Cf. arriba, Introducción, p. 205 ss.

(2) Gregorovius VII^o, 404 (4 edición, 410).

(3) Guicciardini, Stor. florent. 138.

anuncios con la mayor igualdad de ánimo. El prior de San Marcos no negaba artículo alguno de la Fe; por lo cual el Papa no pensó al principio en limitar la libertad de sus peroraciones; y si Savonarola se hubiese contenido en los límites de la predicación religiosa, apenas hubiera sido posible que llegara á un serio conflicto con Alejandro VI (1). Pero, como quiera que traspasó claramente los términos de su competencia, y en su entusiasmo fanático se metió más y más en el terreno de la política; dió á sus adversarios ocasión propicia para requerir á Alejandro VI á que procediera contra él.

Los enemigos de Savonarola, el cual estaba en el mejor camino para llegar á ser «el rey de Florencia» (2), eran tan numerosos como potentes; en primer lugar, Piero de' Médici y sus partidarios, luego todos los adversarios de la constitución democrático-teocrática que Savonarola había introducido en el Estado, y de su severa disciplina de las costumbres; el partido de los *arrabbiati*, ó sea, de los rabiosos; así llamados en oposición á los partidarios de Savonarola, llamados *frateschi* ó *piagnoni* (llorones, porque continuamente se lamentaban de la corrupción de los tiempos); finalmente, todos aquellos Estados italianos que defendían con resolución una política contraria á Francia. Florencia sola repugnaba á esta política, recomendada y apoyada por el Papa; y Savonarola, por su parte, era el incansable y ardiente abogado de la alianza francesa. Y así como en todas las cosas que proponía, quería ser reconocido como enviado de Dios, así también pretendía una inmediata misión divina cuando abogaba por la alianza de Carlos VIII. Después de cuanto había ocurrido, siguió viendo, en el liviano é inmoral rey de Francia, el instrumento escogido por Dios para la reforma de la Iglesia; «Carlos—profetizaba—vencería en todo caso; y Florencia, si le permanecía fiel, recobraría todas sus posesiones perdidas; casi en cada sermón insistía en la necesidad de la alianza con Francia (3), y á menudo hablaba también de que Carlos VIII reformaría en todo caso la Iglesia (4).

(1) Cf. Cosci, Savonarola, 437, y señaladamente Pellegrini en el Arch. d. Soc. Rom., XI, 710.

(2) «Se venera á Savonarola como á un santo y profeta», refiere el embajador del duque de Este; cf. Capelli, Savonarola, 41, 51, 52, 56, 63.

(3) Meier, 93 y Ranke, Studien, 258.

(4) Cappelli, Savonarola, 52.

Si se reflexiona que el monarca francés había amenazado al Papa repetidas veces con el pretendido concilio de reforma; esto es, con su deposición; nadie se maravillará que, poco á poco, se mirara en Roma con malos ojos el proceder del fogoso y elocuente dominico; y esto tanto más, cuanto se demostraba que la unión de los florentinos á la liga antifrancesa, por el Papa anhelada, no tenía otro más resuelto enemigo que Savonarola. Después que hubo fracasado la invasión de Carlos VIII, resolvióse Alejandro VI á intervenir en los negocios de Florencia; pero mostró en esta parte una gran moderación (1). En un breve de 21 de Julio de 1495, lleno de las más amistosas expresiones, reconocía la actividad de Savonarola en la dirección de las almas; pero al propio tiempo le mandaba, con precepto de santa obediencia, venir á Roma sin dilación, para dar cuenta de las profecías que anunciaba como reveladas por Dios. Savonarola contestó, ya á 31 de Julio, rehusando obedecer; reconocía el deber de la obediencia, principalmente para un religioso; pero su salud debilitada y las asechanzas que había de temer de sus enemigos, no le permitían por entonces ningún viaje, y asimismo el ausentarse de Florencia sería pernicioso para la ciudad (2).

Sobre esto se envió un segundo breve, de 8 de Septiembre, dirigido á los frailes de Santa Croce, los cuales estaban enemistados con los de San Marcos; en él se hablaba de un cierto fra Savonarola, que se hacía pasar por profeta de Dios, sin probar su misión con milagros ó con especiales testimonios de la Sagrada Escritura. La paciencia del Papa—se dice además—se ha acabado; Savonarola debe abstenerse de todo género de predicación, y el monasterio de San Marcos quedará en adelante unido á la Congregación de Lombardía; el Vicario general de ésta, Sebastián Maggi, que fué más adelante beatificado, habría de determinar á dónde debía ir Savonarola. Los que se resistieran á estos mandatos, incurrirían ipso facto en excomunión (3).

(1) Ranke, *Studien*, 247, reconoce esto, mientras que Villari aún en la nueva edición, P, 392, habla del furor que pronto se inflamaba y de la venganza del Papa.

(2) Villari, P, civ-cvii.

(3) V. Raynald, 1497, n. 17-18 y además Gherardi, 388. En 9 de Septiembre, Alejandro VI mandó á S. Maggi, que obligase á Savonarola á dar cuenta de su nueva doctrina y de sus escandalosas predicaciones; al mismo tiempo, el monasterio de S. Marcos era de nuevo sujetado á Maggi, y Savonarola suspendido de predicar durante el tiempo de las negociaciones. Luotto, *Il vero Savo-*

La prohibición de predicar, pronunciada por Alejandro VI, así como la reunión de San Marcos con la Congregación de Lombardía, nada contiene que sea evidentemente pecaminoso; pues la abstención de algo en sí y por sí mismo bueno, pero no obligatorio en todas las circunstancias, no puede ser mirada como pecado. Además, según las leyes canónicas, el mismo Papa tiene sin duda derecho para dictar las ordenaciones contenidas en el breve de 8 de Septiembre. Por consiguiente, Savonarola, como sacerdote y como religioso, hubiera debido obedecer en ambas cosas á su superior supremo. Al principio no dejó de reconocer esto el mismo prior de San Marcos. «Por más que todas estas cosas proceden de aquellos que aborrecen mortalmente la libertad de Florencia y á mí mismo—escribía á 15 de Septiembre á Roma, á un religioso de su Orden—estoy resuelto á pesar de todo á obedecer, aunque todo el mundo hubiera de hundirse hecho pedazos, pues no hallo otro modo de salvar mi conciencia. En ninguna manera quiero pecar en este negocio, ni siquiera venialmente» (1). No era tan resuelta, antes bien oscura, la respuesta que Savonarola envió á 29 de Septiembre á Alejandro VI. Quejábase en ella de que sus enemigos habían engañado al Papa, y se aplicaba las palabras de Cristo «que había anunciado públicamente su doctrina, y no había enseñado cosa alguna en secreto». «Por lo que á mi doctrina se refiere—continúa—siempre me he sometido al juicio

narola e il Savonarola di L. Pastor (Firenze 1897), 605-606; cf. Pastor, Zur Beurtheilung Savonarola's, 63 s. Como en algunos pasajes cita Luotto el original alemán de mi obra, creí yo en mi apología, que ha sido traducida también al italiano (por C. Benetti, Trento, 1898) y al francés (por F. Raynaud, París, 1898), deber concluir, que la conocía, mientras que otras veces cita según la traducción italiana, en parte defectuosa. Entretanto ha dado á conocer el profesor Cipolla, que él comunicaba á Luotto aquellos pasajes alemanes. Esto ciertamente no lo puedo yo saber, pues Luotto nada de esto dice. Expongo exactamente el verdadero estado del asunto con tanto mayor gusto, cuanto que por este medio viene al suelo, por lo menos una acusación. Mis demás explicaciones contra Luotto sigo sosteniéndolas. Luotto fué severamente condenado, sobre todo por F. X. Kraus en el Lit. Rundschau, 1898, n.º 3, quien advierte, que es difícil de entender, cómo mi «exposición de suyo tan tranquila, comedida y conforme enteramente con los hechos, pudiese provocar el arrebato de cólera del Sr. Luotto». De un modo semejante juzga un investigador italiano muy eminente, C. Paoli, en el Arch. st. ital., 5 Serie, XXII, 215 ss., 441 ss. Cf. también Spectator en la Allg. Zeitung, 1898, supl. n.º 222. El escrito de O'Neil, J. Savonarole (Boston, 1898), no es de ningún valor; v. F. X. Kraus en el Lit. Rundschau, 1899, n.º 3.

(1) Esta carta ha sido publicada por Perrens, 534-538. Cf. Villari, I, 404.

de la Iglesia; por lo que toca á mis profecías, nunca he afirmado precisamente que yo sea un profeta, aun cuando esto no hubiera sido tampoco herejía. En todo caso, yo he predicho algunas cosas que han acaecido luego, y otras se irán cumpliendo con el tiempo. Por lo demás, en toda Italia se reconoce que han comenzado ya los castigos, y que sólo gracias á mi palabra se ha mantenido la paz en Florencia. El entregar la resolución á la Congregación de Lombardía, equivale á constituir jueces á los adversarios. Al separarnos de dicha Congregación, no hemos hecho sino una cosa permitida; pues, conforme á todas las autoridades, es lícito á cualquiera pasarse á una orden más estrecha. La nueva reunión con la Congregación mencionada, no serviría para otra cosa que para volver á producir discordias y escándalos. Vuestra Santidad dice que ha dispuesto dicha reunión para que no incurran otros en mis errores; ya, pues, que yo he demostrado no haber incurrido en error ninguno, deberá, con la causa, cesar el efecto de dicha orden. Habiendo demostrado ser falsas todas las acusaciones dirigidas contra mí, espero una respuesta á esta mi defensa, y una absolución. Yo no predico otra cosa que la doctrina de los Padres de la Iglesia, y si de ella me separare, estoy dispuesto á confesarlo con arrepentimiento delante de todo el pueblo. Finalmente, repito lo que siempre he dicho: que me someto á mí y á mis escritos al juicio de la santa Iglesia Romana» (1).

Alejandro VI dió un grande ejemplo de prudencia y moderación, cediendo, en un nuevo breve de 16 de Octubre, en el punto más importante de la reunión de San Marcos con la provincia de Lombardía, con tal que Savonarola observara la prohibición de predicar. El escrito pontificio, «redactado con la mayor indulgencia», consigna primero un resumen de los pasos hasta entonces dados por Roma. Ya mucho antes había el Papa expresado su disgusto por las conmociones producidas en Florencia por los sermones de Savonarola, y porque éste, en lugar de predicar contra los vicios, anuncia las cosas futuras, y ha afirmado que las sabe por inspiración del Espíritu Santo. Semejantes doctrinas son peligrosas para la salud de muchas almas y sirven para sembrar discordias. Por lo cual, después de madura reflexión, el Papa llamó á Roma á Savonarola, para que allí se justificara. Ahora, hace poco que, por su carta y por otras, se ha enterado con gozo, de que Sa-

(1) Villari, I, 405-406; cf. Perrens, 326-329.

vonarola se somete en todo á la Iglesia Romana, como á un buen cristiano corresponde. Por lo cual, quiere suponer que ha faltado más por celo que por mala intención. Mas para no tratar con negligencia un asunto tan importante, ha resuelto volverle á escribir, mandándole en virtud de santa obediencia, que se abstenga en adelante de toda predicación pública y privada, hasta que pueda dirigirse á Roma con seguridad y comodidad; no (como se ha dicho) acompañado de hombres de armas; ó hasta que pueda enviarse una comisión. Si se mostrare obediente á estos mandamientos, quedarán derogados los preceptos del breve anterior (1).

Savonarola entretanto, ya á 11 de Octubre, á vista de los peligros que amenazaban á Florencia por parte de Piero de' Médici, había vuelto á subir al púlpito para inflamar á sus conciudadanos á la lucha contra el tirano. De nuevo pidió desde la sagrada cátedra, la pena de muerte para todos aquellos que favorecieran la vuelta de los Médici: «Debes hacer con ellos,—exclamó,—como los romanos con aquellos que querían restituir en el trono á los Tarquinos. No tienes respeto ninguno á Cristo ¿y quieres ahora tenerlo á un simple ciudadano? Deja su curso á la justicia. ¡Haz caer su cabeza; aun cuando fuera la cabeza de la más distinguida familia, haz caer su cabeza!» (2) Semejantes arranques se repitieron en los sermones de 18 y 25 de Octubre. Entonces, finalmente, llegó, por un retardo que hasta ahora no se ha explicado, el breve de 16 de Octubre. Savonarola había entretanto logrado con sus predicaciones, hacer fracasar la empresa de Piero de' Médici; pero ha de confesarse asimismo, que había quebrantado la obediencia prometida á 15 de Septiembre, respecto al mandato de su superior supremo, de quien únicamente procede la misión apostólica para el oficio de predicar. El breve debió ponerle en el mayor apuro. Que aquel hombre excitado no había esperado tanta moderación, lo prueba un hecho que arroja al propio tiempo muy desfavorable luz sobre su verdadero carácter. Con entero secreto se había puesto en relaciones con el duque de Ferrara, por medio del embajador florentino de éste, y había implorado su auxilio para el caso que el Papa no admitiera sus disculpas y siguiera procedien-

(1) Raynald, 1497, n.º 19. Meier, 115, 359-360 con fecha falsa; cf. Gherardi, 390-391.

(2) Cf. arriba, Introducción, p. 229.

do contra él (1). Mas como el Sumo Pontífice se mostraba ahora dispuesto á la indulgencia y perdón, y al mismo tiempo se había ya conseguido el inmediato y principal objeto de sus sermones: el fracaso de la empresa de los Médici; pudo Savonarola, sin hacerse mucha violencia, abstenerse de la predicación durante el adviento. Podíalo hacer tanto mejor, cuanto que sus partidarios alcanzaban cada día mayor preponderancia en la ciudad (2). En el tiempo siguiente puso en movimiento todos los resortes, para obtener del Papa que le levantara la prohibición de predicar, pues sólo así creía poder continuar su actividad político-religiosa. El Gobierno de Florencia trabajaba sin descanso en este sentido por todos los medios posibles; principalmente se dirigió al protector de la Orden Dominicana en Roma, cardenal Caraffa; y este príncipe de la Iglesia, según anuncian las relaciones florentinas escritas desde Roma, determinó al Papa, en una conferencia, á que permitiera de nuevo á Savonarola la predicación, con tal que éste se ciñese al terreno religioso. Que semejante permiso se hubiera concedido en realidad, no se atrevió á afirmarlo el mismo Savonarola; y que no se dió realmente de palabra (breve acerca de ello, no se halla en manera alguna) se colige claramente del modo de proceder de la Señoría en Florencia (3). La cual decretó á 11 de Febrero de 1496, se intimara á Savonarola, so pena de incurrir en su indignación, el mandato de reanudar nuevamente sus sermones en la Catedral (4); y aquel religioso, que había opuesto innumerables objeciones contra la ordenación de su más elevado superior eclesiástico, obedeció desde luego á este impertinente mandato del Poder civil.

A 17 de Febrero volvió á subir Savonarola al púlpito, y predicó durante toda la cuaresma. Ya en el primer sermón declaró, que

(1) Despacho de 26 de Octubre publicado por Cappelli, Savonarola, 69. De él resulta, que el breve de 16 de Octubre no había llegado entonces todavía á Florencia.

(2) Ranke, Studien, 252.

(3) V. Cosci, 431-432; cf. Cipolla, 735. Digna de atención me parece también la carta de Savonarola á Antonio de Olanda de 2 de Febrero de 1496 (publicada por Villari, II, cxiv), en la que se lee: *Si impetrabitur licentia praedicandi pro me a Summo Pontifice, dabo vobis in praedicatorum Fr. Dominicum de Piscia. Excitate ergo fratres et alios devotos ad orandum pro hac causa, quia res habet difficultatem.*

(4) Gherardi, Documenti, 129 ss. Del documento citado en la pág. 205-206 de esta obra se saca, que ya entonces no todos en Florencia estaban conformes con este proceder.

el Papa no podía mandarle cosa alguna contraria á la caridad cristiana y al Evangelio: «Desde el momento que no hay duda,—explicó entonces Savonarola,—que la orden de los superiores es contraria á los mandamientos de Dios, y principalmente al mandamiento de la caridad cristiana, nadie puede obedecer, porque está escrito: «Obedecerás á Dios mejor que á los hombres». Mas cuando la cosa no es enteramente clara, y queda alguna duda acerca de si el mandamiento de los superiores es contrario á los preceptos divinos, entonces debe el religioso obedecer» (1). La teoría que aquí se propone, sobre la obediencia que debe el súbdito á la autoridad eclesiástica, puede entenderse rectamente; pero puede también entenderse y aplicarse mal. La desobediencia y la resistencia contra el mandato de un superior, están permitidas, y en ciertas circunstancias son obligatorias; desde el momento en que la orden es, indudable y objetivamente, contraria á la cristiana caridad ó al Evangelio; pero mientras hay cerca de esto la menor duda, es preciso obedecer. Mas un hombre que defendía con ardiente celo sus fines, así políticos como religiosos; que llegaba no raras veces á excitarse con apasionamiento; que tenía, ó por ventura se atribuía á sí mismo «cierta receptividad para apariciones alucinadoras y sobrenatural asistencia» (2), ¿estaba en situación de distinguir con acierto, respecto de cosas que tocaban tan de cerca á su persona y á su obra? Es enteramente conforme con las leyes psicológicas, que tal hombre cayera en la opinión, objetivamente errónea, de que el mandato del Papa, que le era por extremo incómodo, contradecía á la caridad cristiana y al Evangelio. Esta opinión

(1) La declaración de Savonarola dice así textualmente: *Ogni volta dunque che si potessi vedere espressamente che li comandamenti de li superiori son contrarii alli comandamenti di Dio et massime al precetto della charita niuno devrebbe obedire in questo caso perche glie scritto: Oportet magis obedire Deo quam hominibus: cio è bisogna obedire piu tosto a Dio che a li huomini. Advenga che quando non fussi chiaro ma dubio chel comandamento del superiore fussi contrario al comandamento divino, credereì in questo caso che si dovessi seguitare il giudicio del superiore. Prediche quadrages. del r. frate Savonarola sopra Amos etc. (Venetiis, 1539), f. 5. El Dr. Schnitzer, 777 s., ha demostrado de una manera convincente, que en estas palabras no se propone ninguna doctrina husita, como se supuso en la edición anterior; pero en lo demás, cuanto difiero de Schnitzer, está expuesto y fundado con razones en las páginas que siguen.*

(2) Esto lo concede también Schnitzer, 570, el apologista más reciente de Savonarola. Cf. además el prof. Sr. Grauert en el Suplemento de «Germania», 23 de Junio de 1898, p. 300.

errónea disminuye en verdad la culpabilidad personal de Savonarola; pero en ninguna manera justifica su manera de obrar. Savonarola insistió ciertamente, en su sermón, en que había escudriñado con riguroso examen sus propios caminos; y que los había hallado enteramente puros; porque siempre había sometido sus doctrinas á la Iglesia. Por más que estaba convencido de que los breves decretados en Roma eran inválidos, porque descansaban solamente en relaciones mentirosas y contrarias á la verdad; quería, sin embargo, proceder con toda circunspección. Por esto había callado hasta ahora; pero el ver que el celo de los buenos se enfriaba, y el atrevimiento creciente de los malos, le habían movido á volver á su puesto. «Mas antes me he dirigido, sin embargo, al Señor, y le he dicho: «Yo anhele la paz y la tranquilidad; mas Tú me has sacado de ellas mostrándome tu luz. Quisiera yo descansar, y no hallo lugar para ello; quisiera permanecer callado y no hablar, pero no me es posible; pues la palabra de Dios arde en mí como fuego, y me consume si no me desahogo. Ea, pues, ¡oh, Señor! puesto que Tú quieres que navegue por este profundo mar, hágase tu voluntad.» El orador parece haber olvidado ya, que había sido el Poder civil quien le había mandado predicar, arrojándole de nuevo en aquel mar profundo (1).

(1) He aquí lo que opina Schnitzer (786-787): «Pero si realmente era de temer, que el cumplimiento de las órdenes del Papa tendría que acarrear á la ciudad graves perjuicios en lo tocante al cuerpo y al espíritu, y si Savonarola estaba persuadido, que absteniéndose continuamente de la predicación ó alejándose de la ciudad, pecaría gravemente tanto contra la caridad con el prójimo como contra su particular vocación, entonces *según el derecho canónico, no estaba obligado á la obediencia, aun cuando su persuasión fuese tal vez errónea, ó la orden fuese impuesta bajo pena de excommunicatio latae sententiae*. Luego aduce Schnitzer «una nube de testigos teólogos», para probar «que el derecho canónico no obliga á la ejecución de un mandato pecaminoso ó injusto, aun cuando se amenace con *la excommunicatio latae sententiae*», alegación que Spectator (Allg. Zeitung, 1898, Supl. 248) califica con razón de innecesaria. «Verdad es ésta palmaria, continúa Spectator, corriente entre todos los católicos instruidos, que todo mandato de cualquier superior que sea, que ordene ejecutar un acto positivo pecaminoso, se estrella en el muro de la conciencia personal. Pero esta verdad nada tiene que ver con la *indubitable obligación del clérigo, de abstenerse de toda función eclesiástica in statu excommunicationis, aun cuando la censura no estuviese fundada en derecho. Si esto se niega, se pone ciertamente el juicio y parecer subjetivo sobre la autoridad, y se destruye todo el orden de la Iglesia. Según eso somos de opinión, que Savonarola estaba obligado á respetar in foro externo, hasta una censura que, según su convicción, fuera injusta é ilegítima, y*

Grande expectación despertó el sermón pronunciado por Savonarola el segundo domingo de Cuaresma, principalmente contra los vicios de Roma. Comenzó con una extraña exposición de aquel lugar de Amós (4, 1): «Oíd esta palabra, vosotras, vacas pingües que estáis en los montes de Samaria. Para mí—empezó á decir el predicador—estas vacas pingües significan las cortesanas de Italia y Roma. O ¿es por ventura que no las hay en Italia y en Roma? ¡Decir mil es muy poco para Roma! ¡10,000, 40,000!, es todavía poco.» De esta suerte continuó describiendo los vicios de Roma, con expresiones que actualmente no sufren repetirse (1). El predicador no tuvo para nada en cuenta, que había congregado en la iglesia centenares de niños inocentes, para quienes se había construído junto á las paredes un propio anfiteatro.

Aquel sermón del segundo domingo de Cuaresma, no fué en manera alguna una explosión aislada de apasionamiento; antes bien, por todo el ciclo de sus sermones se extendió la exagerada pintura de los pecados de Roma. Por más que muchas veces trató cuestiones políticas, puso la fuerza principal de sus peroratas en la acusación de la Curia; en la cual llegó hasta exclamaciones como éstas: «¡Huid de Roma!, pues Babilonia significa confusión, y Roma ha quebrantado todas las Sagradas Escrituras, ha juntado en uno todos los vicios, y ha sembrado la confusión en todas partes.» En el sermón final de la Cuaresma de 1496 repitió todavía Savonarola de nuevo la explicación, en sus labios sumamente ambigua, de la obediencia eclesiástica; la cual, de la manera que él la entendía, debía destruir todo orden en la Iglesia. «¡No estamos obligados—exclamó—á obedecer todos los preceptos! Cuando éstos se fundan en falsas relaciones, son inválidos; cuando contradicen abiertamente á la ley de la cristiana caridad y al Evangelio, es menester oponerse á ellos» (2).

Aun en presencia de tales provocaciones mostró Alejandro VI

abstenerse de todo acto sacerdotal y de la predicación, hasta que se le levantara la excomunión. A estas palabras no tengo nada que añadir.

(1) Así juzga un apasionado partidario de Savonarola: Villari, I, 428; cf. Villari-Casanova, 209 ss. En muchos ejemplares de las *Prediche quadrag.* (v. gr. en el de la biblioteca de la ciudad de Francfort del Main, que perteneció á Juan Maximiliano el joven) está cortado como demasiado escandaloso el sermón de que hablamos.

(2) Villari, I, 439, quien nota con razón, que estas expresiones sonaban á declaración de guerra.

la mayor moderación, y no precipitó cosa alguna (1); durante más de medio año dió tiempo á Savonarola para que reflexionara y volviera en sí; pero gradualmente se iba imponiendo en Roma la opinión, de que no se podía diferir un nuevo procedimiento; reclamábanlo motivos así políticos como eclesiásticos. El quebrantamiento de la prohibición de predicar, los continuados insultos en todos los sermones, y finalmente, el papel de profeta que Savonarola se atribuía, hiciéronse á la larga intolerables (2). Por otra parte, la política francesa, en la que aquel fanático retenía á Florencia, amenazaba á Alejandro VI con una segunda parte de la invasión de Carlos VIII, y por ventura, con su deposición en un concilio y con un cisma.

Entretanto los ánimos se encendían más cada día en la ciudad del Arno, y los sermones de Savonarola eran sumamente á propósito para excitar todavía más las pasiones (3). Anunciaban desde allí, que trataba al Papa peor que si fuera un turco, y á los príncipes italianos peor que herejes. Las injuriosas predicaciones del dominico llegaron á extenderse pronto aun por el extranjero, y Savonarola dijo repetidas veces, que hasta de Alemania había recibido cartas de asentimiento. Llegóse á referir, que el Sultán había hecho traducir aquellos sermones en turco (4). No era, pues,

(1) Cf. Pellegrini en el Arch. d. Soc. Rom. XI, 713. V. también Creighton, III, 224. Según Parenti (Ranke, 254, not. 2), Alejandro VI ofreció á Savonarola el capelo cardenalicio por conducto de César, en Mayo de 1496. Parece referirse á la recusación de esta dignidad, el pasaje de un sermón de Savonarola, en que éste declara, que sólo quiere un sombrero sangriento, esto es, el martirio; v. Meier, 112 y Villari, I, 418 s. Schnitzer, 645 y 721 tiene por indiscutible el ofrecimiento del capelo, y dice que sólo es incierto el tiempo. Por este último motivo no se puede sacar mucho partido de la noticia; por lo demás, no me parece que el hecho esté todavía en modo alguno enteramente asegurado. También Spectator (Allg. Zeitung, 1898, Supl. n.º 143) declara, que la cosa «no está exenta de toda duda».

(2) Cf. Gherardi, 141.

(3) He aquí el juicio que emite Perrens 261: «Si en su vida pública Savonarola hubiese poseído verdaderamente la humildad, de que hacía ostentación, y que debe ser una de las primeras virtudes del religioso, se habría alejado de Florencia, ó por lo menos, habría suspendido sus predicaciones. Por más firmemente que pudiese creer, que estaba en posesión de la verdad, con todo, un sacerdote no debía querer hacerla triunfar á costa de la efusión de sangre, ni le era dado tampoco consentir, en ser aún por más tiempo la causa de las más horribles disensiones entre los ciudadanos. Pero su alma estaba muy templada para todo combate; estas agitaciones eran su vida. No puedo vivir, decía, sin predicar.»

(4) Villari I, 458; cf. Ranke, Studien 255, y Perrens 236.

necesaria la excitación de parte de la Liga y del cardenal Ascanio Sforza, para inclinar á Alejandro á dar un paso decisivo. Savonarola y sus partidarios desplegaban un terrorismo cada día más intolerable. El fanático profeta predicaba, que quien no le daba crédito no podía ser un buen cristiano; que él no se equivocaba, como Dios no se equivoca. Y su fervoroso partidario, Fra Domenico da Pescia, repetía todo esto con expresiones todavía más crudas. «La tierra y el mar y aun los cielos, serán destruídos—aseguraba éste—antes que sean rechazadas las doctrinas de Savonarola; y antes serán destruídos los querubines y serafines y aun la Santísima Virgen y el mismo Cristo» (1).

El nuevo breve que el Papa expidió á 7 de Noviembre de 1496, tenía por objeto poner fin á estos excesos, y alejar de Florencia á Savonarola, que era el alma del partido francés; pero procurándolo, sin embargo, del modo y forma menos molestos para él. Abandonóse el plan de la incorporación de San Marcos á la hostil congregación de Lombardía; y Alejandro VI prefirió formar una nueva congregación de todos los conventos de dominicos de los distritos de Toscana y Roma, con un Vicario propio que, según los estatutos de la Orden, debería ser elegido cada dos años por los varios priores. Para los dos años primeros, dió esta dignidad al cardenal Caraffa, que siempre había sido amigo de Savonarola. El ingreso en la nueva congregación se impuso á todos en virtud de santa obediencia y so pena, para los refractarios, de incurrir, *ipso facto*, en excomunión (2).

Como sacerdote y como religioso, estaba obligado Savonarola á obedecer en todas las cosas eclesiásticas, donde no hubiera pecado, al Jefe supremo de la Iglesia, cualesquiera que fueren las cualidades personales de éste, y por muy eficazmente que influyeran en él las razones políticas. A pesar de esto, el profeta de los florentinos rehusó absolutamente obedecer á este precepto de su más elevado superior, y vino por este modo á incurrir en la pena de excomunión. Las razones que adujo para justificarse, eran muy singulares: «El ingreso en la nueva congregación—declaró en su «Apología de la Congregación de San Marcos»—no depende de mi

(1) Relación de Parenti en Ranke, Studien, 265.

(2) Este breve se halla en el cod. 2053 de la Bibl. Riccardi, y ha sido publicado por Villari P, cxlii-cxliiv, y también en la Bull. ord. Praedic. IV, 124-125.

única resolución, sino además de la voluntad de 250 frailes, los cuales han escrito al Papa en sentido contrario, y á cuya decisión yo no puedo oponerme, ni lo quiero; porque me parece justa y honrosa. La unión ordenada por el Papa, es imposible, irracional y perniciosa, porque á ella seguiría el relajamiento de la disciplina. Los frailes de San Marcos—continuaba—no pueden ser forzados á esto, porque los superiores no pueden mandar lo que es contra la constitución de la Orden, contra la caridad cristiana y la salud de nuestras almas. Hemos de suponer, por consiguiente, que han sido inspirados por falsas relaciones, y entretanto, resistir á los preceptos que contradicen á la cristiana caridad. No hemos de dejarnos intimidar por ninguna amenaza ó excomunión; antes bien hemos de exponernos á la muerte, mejor que someternos á una medida, que sería veneno y perdición para nuestras almas» (1).

(1) Schnitzer (p. 790 ss.) procura aquí igualmente defender á Savonarola, diciendo que el mandato del Papa de entrar en la Congregación romano-toscana equivalía al mandato de admitir una observancia más ligera y laxa. Por lo demás, Schnitzer, en éste como en otros puntos, incurre en las peores contradicciones consigo mismo. Estas contradicciones se hallan en un mismo artículo; y no se refieren á cosas secundarias, sino á los puntos más importantes de la controversia. Juzgue por sí mismo el lector:

Schnitzer en 1.º de Abril de 1898
(p. 479 y 480):

«Pero ¿la excomunión pronunciada por Alejandro VI contra Savonarola contradecía realmente á la ley natural ó divina positiva? Pues ¿qué ley natural ó divina positiva quebrantó el Papa, cuando mandó al prior de San Marcos suspender la predicación, ir á Roma, y entrar en la provincia toscano-romana de los dominicos? Bien es verdad que éste creía, que había sido enviado por Dios de una manera muy especial para la conversión de los florentinos, y por tanto, que podía no conformarse con la exigencia del Papa, siempre que una larga interrupción de la predicación, ó su completo alejamiento de la ciudad fuese causa que las antiguas pasiones, apenas amortiguadas, se encendiesen en vivas llamas, y acarreasen la perdición espiritual de tantas almas, á cuya salvación le estimulaba el común deber de la caridad, y el especial de su

Schnitzer en 1.º de Junio de 1898
(p. 783 hasta 789):

«¿Podía este último [Savonarola] abandonar los negocios del estado, cuyo autor moral debía él considerarse, podía dejar los muchos millares de los que le eran fieles, simplemente á sí mismos, esto es, á la segura perdición, y emprender la huida, alegando el mandato del pontífice? Después de una polémica contra el «muy ligero dictamen» de Perrens y Pastor, de que Savonarola hubiese debido hacer esto, responde Schnitzer á la pregunta de una manera negativa; haciendo hincapié, en que si Savonarola hubiese dejado el campo, «habría sido esto una debilidad y una falta de energía sin igual». Después intenta demostrar, que corría riesgo no sólo el bienestar corporal, sino también el espiritual y eterno de innumerables almas; después de lo cual sigue el pasaje citado en la pág. 505, nota 1. Luego prosigue Schnitzer: «Si

Al propio tiempo volvió Savonarola á predicar, hablando mucho de sus luces proféticas, y todavía más de política.

vocación profética. Pero si él halló compatible con estas sus obligaciones, el ir á Pistoia y Prato en 1496 (98?) (Villari I, 417; Marchese, Archivio storico italiano, Appéndice, tom. VIII. p. 172, not. 2) y suspender la predicación al mandato de la Señoría de Florencia (Villari II, Document. p. cxi; Marchese, Archivio l. c.) no se puede entender, porqué no hubiese podido hacer lo mismo al mandato de su supremo superior eclesiástico.

Schnitzer en 1.º de Abril de 1898 (p. 480):

«Luotto mismo concede (p. 510), que Alejandro VI estaba autorizado para erigir una provincia toscano-romana de dominicos, y disponer que se agregase á ella el convento de S. Marcos; pero se engaña al creer, que esta ordenación no tocaba á Jerónimo, por no estar nombrado expresamente en el breve. Porque si la Santa Sede daba una orden al convento de S. Marcos, no hay duda alguna que su prior estaba en ella comprendido; por tanto, tenía éste la obligación, no solamente de obedecer él mismo, sino también de exhortar á sus frailes á la obediencia; mas esto, no sólo no lo hizo, sino que los confirmó en su insubordinación contra el Papa.»

Schnitzer en 1.º de Abril de 1898 (p. 480 s.):

«Luotto hallará muy pocos ciertamente que asientan á su conjetura, de que hasta el Papa estaba persuadido

se objeta, ¿cómo pues el mismo que halló ser incompatible con su conciencia suspender la predicación al mandato del Papa, la dejó al deseo de la Señoría, y no compareciendo en Roma, estando emplazado por la Santa Sede, pudo con todo eso ir á Pistoia y á Prato?, hay que tener presente que, en una excursión á Pistoia, estaba en su mano la vuelta, pero no en el viaje á Roma, y que continuó una vez la predicación á pesar de la prohibición del Papa, y la dejó otra vez al representárselo la Señoría, porque en estas dos diversas circunstancias, eran de temer graves inconvenientes, en un caso por la omisión de la predicación, y en el otro por la continuación de la misma.»

Schnitzer en 1.º de Junio de 1898 (p. 790):

«Por lo que toca especialmente á los motivos, por los que Savonarola se negó á entrar en la congregación toscano-romana, Pástor (p. 385) los llama ciertamente «muy singulares»; pero si los examinamos con más exactitud, no podemos negar ser ellos intrínsecamente justos y legítimos. Porque en los conventos, con los que hubiera debido efectuarse aquella unión, estaba enteramente decaída la disciplina religiosa; después que el convento de S. Marcos se había desligado con grandísimo trabajo de la provincia lombarda, y había introducido una estrecha observancia, después que el mismo Papa había deshecho una segunda unión ya por él dispuesta, era irracional é imposible agregarse á la provincia toscano-romana, que era todavía mucho peor que la misma lombarda.»

Schnitzer en 1.º de Junio de 1898.

«Si luego se alega la actitud conciliadora de Alejandro VI, quien por Febrero y Marzo de 1498 se declaró

Todas estas cosas, aumentadas aún por las intrigas de los adversarios de Savonarola, se discutían afanosamente en Roma, y hubieron de herir profundamente á Alejandro VI; pero su prudencia, tan celebrada por los contemporáneos, retuvo todavía en esta ocasión al Papa (que se hallaba por entonces en una situación política sobremanera difícil), para no empeñarse en una lucha directa con el prior de San Marcos. Como práctico hombre de gobierno, prefirió tentar primero todavía otro camino. Con el fin de apartar á los florentinos de la alianza con Francia, les prometió á Pisa, y requirió que le enviaran un nuevo embajador para tratar acerca de ello. La Señoría correspondió á estos deseos á 4 de Marzo de 1497, enviando á Roma á Alejandro Bracci. A 13 de Marzo se presentó éste al Papa; y aludiendo á Luis el Moro, le dijo Alejandro VI: «Perdone Dios á aquel que llamó á Italia á los franceses; pues de esto se han originado para el país todas las calamidades.» Luego procuró mover al embajador florentino á separarse de la alianza francesa: «Poneos á nuestro lado—exclamó;—sed buenos italianos, y dejad á los franceses en Francia! Acerca de esto debéis darnos seguridades; no hermosas palabras, sino una promesa que os obligue.» Inútilmente hizo valer el embajador los motivos que tenía su Gobierno para seguir unido con Francia; el Papa perseveró firmemente, en que Florencia debía abandonar esta política; sabía él muy bien, dijo, que la causa de este proceder, indigno de una Potencia italiana, era la confianza

de la nulidad de la censura lanzada contra el fraile, y sólo por guardar las apariencias exigía un acto de sujeción, como conditio sine qua non de la absolución; antes bien, *la conducta del Papa hace esta impresión: ¡Tan poco exigió Alejandro VI, y ni siquiera eso poco hizo Savonarola!*

«Pero si después de todo esto no puede dudarse de la validez de la excomunión, debía [esta palabra está escrita en el mismo Schnitzer con caracteres separados] *ésta ser respetada.*»

siempre de nuevo dispuestó á absolver al fraile, y á olvidarlo todo, sólo con que éste se sujetase, de modo que por fuerza ocurria este pensamiento: con que tan poco exigió el Papa y ni siquiera esto poco hizo Savonarola; *esta impresión sólo puede originarse de una consideración superficial.*»

Pag. 793:

«No solamente se trataba de una excomunión injusta, sino también *inválida.*»

Estas extrañas contradicciones no las advierte el profesor Sr. Grauert, quien en su estudio sobre Savonarola publicado en el Suplemento de «Germania» á 23 de Junio de 1898, p. 299, se adhiere á las explicaciones de Schnitzer de 1.º de Junio (p. 777-790, 799 s.), y las califica «de muy doctas y fundamentadas» y hasta «decisivas».

de los florentinos en las profecías de un charlatán. Dolíale profundamente que el Gobierno de Florencia tolerase que aquel dominico le atacara, amenazara é insultara á él, el Papa, de una manera inaudita (1).

Esta queja no era infundada; pues, aun en los sermones cuaresmales de 1497, las acusaciones contra la Iglesia Romana formaron el tema principal de Savonarola. Su lenguaje se hizo cada día más violento y falto de miramientos: «¡Ven acá, Iglesia infamada!—exclamó;—oye lo que te dice el Señor: Yo te he dado hermosas vestiduras, y tú has ejercitado con ellas la idolatría. Con los vasos preciosos has alimentado tu orgullo. Has profanado los sacramentos con la simonía; la sensualidad ha hecho de ti una desvergonzada ramera. ¡Eres peor que una res; eres un monstruo repugnante! Antes te avergonzabas, por lo menos, de tus pecados; ahora has perdido la vergüenza. Antes llamaban los sacerdotes á sus hijos sobrinos; ahora no los llaman ya sobrinos, sino hijos; sencillamente hijos! Has levantado una casa de inmoralidad, y te has convertido en todas partes en una casa de perdición. ¿Qué hace la venal ramera? Toma asiento en el trono de Salomón y atrae á todos á sí; quien tiene dinero, entra, y puede hacer todo cuanto le pluguiere; pero quien desea el bien, es arrojado de ella. ¡Así tú, Iglesia venal, has revelado tu vergüenza ante todo el mundo, y tu hálito pestífero ha subido hasta el cielo; por todas partes, en Italia, en Francia, en España, has extendido tu inmoralidad!» (2)

(1) Gherardi 149 s.; cf. Cosci 440 s.

(2) Villari II, 4, quien nota con razón, que el pasaje sobre los hijos de los sacerdotes se encamina directamente contra Alejandro VI. Del mismo parecer es Spectator (Allg. Zeitung 1898, Supl. n.º 222), quien después de citar este pasaje del texto, advierte: Basten estas pruebas. Ellas muestran, que Savonarola se servía en efecto de una acrimonia de lenguaje, aun en aquellos tiempos desacostumbrada. Por el mismo tiempo predicaba también Geiler de Kaisersberg en la catedral de Estrasburgo, y ciertamente, también él decía la verdad á los obispos y canónigos, pero no pronunciaba semejantes discursos, que pasan los límites de toda moderación. Y es probable, que en las ediciones impresas no tuviesen cabida en modo alguno muchos trozos escandalosos, como sospechan también Meier (p. 122) y Brosch (en la Zeitschr. f. Geschichtswissenschaft N. F. II, 271), sino que más bien los sermones hayan llegado á nosotros acortados de muchas maneras. Las acusaciones de Savonarola son ciertamente exageradas por la generalidad con que solía enunciarlas. A par de las sombras había también sus lados luminosos; en Roma existían todavía buenos y nobles elementos, como Egidio de Viterbo. Pero prescindiendo de eso, no se puede de ninguna manera tomar el púlpito como lugar apropiado

Tales discursos eran á propósito para enajenar al profeta florentino aun los ánimos de aquellos que hasta entonces le habían favorecido. El General de la Orden, y asimismo el cardenal Caraffa, se separaron de él, y la causa de Savonarola estaba en Roma casi perdida; al paso que en Florencia se verificaba también una mudanza desfavorable para él. Sus irreconciliables enemigos, los *arrabbiati* y los *compugnacci* (es á saber: los vividores de la sociedad y los amadores de los placeres mundanos), iban alcanzando de día en día la preponderancia. La conmoción subió hasta tal punto, que la Señoría expidió un decreto, por el cual, desde la Ascensión, se prohibía el predicar á todos los frailes, de cualquiera Orden que fuesen. En dicha fiesta, 4 de Mayo, subió aún Savonarola al púlpito de la catedral, y se atrevió de nuevo á decir, que quien le perseguía, perseguía á Dios. Italia, principalmente Roma, sufriría graves castigos; pero luego tendría lugar la renovación de la Iglesia. Que era enteramente falso lo que decían, que no debía predicar hoy, porque podían producirse disturbios; aun cuando la Señoría prohibiera la predicación, se podría discutir mucho si estaba él obligado á someterse á una orden tan tiránica. En este instante se levantó un terrible tumulto, que á poco se trasladó á las calles; y no faltó mucho para que se llegara á una abierta lucha entre los partidarios y los enemigos de Savonarola (1). «Han vuelto—escribe un embajador—los tiempos de los güelfos y gibelinos» (2). De la circunstancia de que los autores de estas turbaciones quedaran sin castigo, debió colegir Savonarola, que su partido había perdido la supremacía; y en tal situación, se resolvió á probar algún medio para apartar de sí la tormenta que por parte de Roma le amenazaba. A 22 de Mayo escribió al Papa una carta, que comenzaba con las palabras: «¿Por qué se afra mi Señor contra su siervo?» Nunca, declaraba, había en sus predicaciones atacado á alguno especialmente, y mucho menos al representante de Cristo. A esto añadía la declaración de que se sometía al juicio de la Iglesia, y no predicaba otra doctrina sino la de los Santos Padres, como lo probaría

para formular tales reprensiones y acusaciones contra la curia, los prelados, el clero todo—y esto ante el pueblo ignorante, ante mujeres y niños.

(1) Ranke, Studien 274 ss.

(2) Relación de Somenzi de 4 de Mayo, publicada en el Arch. st. ital. XVIII, 2, 19.

en breve á todo el mundo, con su escrito «El Triunfo de la Cruz» (1).

Cuando Savonarola escribió estas líneas, Roma había dado ya la resolución definitiva. Aun el cardenal Caraffa, en otro tiempo amigo y favorecedor de Savonarola, había acabado por convenirse de la necesidad de que se procediera contra él. Savonarola se había hurtado á la prueba que se le había impuesto con obligación estricta, acerca de la legitimidad de sus proféticos dones, por más que exigir semejante prueba estuviera indudablemente en las atribuciones de la Santa Sede. A pesar de la prohibición papal, había predicado repetidas veces, y había rehusado ingresar en la Congregación romano-toscana. ¿Qué iba á ser de la autoridad pontificia, si otros siguieran este ejemplo? El mismo hombre que de esta suerte negaba la obediencia debida á su más alto superior, exigía ciego rendimiento á todas sus ordenaciones, como á revelaciones divinas (2).

A 13 de Mayo de 1497 firmó Alejandro VI un breve, que no hizo más que declarar expresa y solemnemente la excomunión en que Savonarola había incurrido *ipso facto* por su desobediencia contra el precepto pontificio de 7 de Noviembre de 1496. Bastante había diferido el Papa su intervención, á fin de dar tiempo suficiente para volver en sí á aquel hombre obstinado. Con ocasión de las querellas sobre el proceder de Savonarola, mostró Alejandro VI, como expresamente lo refiere el embajador florentino, no ser su deseo poner en práctica todos los medios que estaban en su mano. Pero la contumaz resistencia de Savonarola en ejecutar la reunión, prescrita por la Santa Sede, del convento de San Marcos con la recién fundada Congregación romano-toscana, así como su inobservancia de la prohibición de predicar, significaban una rebelión tan clara contra la autoridad pontificia, que era menester tomar medidas represivas. A esto se añadían los continuos ataques contra Roma, á que se entregaba Savonarola, y el papel que pretendía atribuirse, de profeta enviado por Dios (3). Verdad es que juntamente influyeron motivos políticos: el separar á Francia de la República florentina; cosa que con tanto empeño procuraba

(1) Villari, II^a, 26.

(2) Perrens 230 ss.

(3) Cf. el despacho enviado de Roma por el embajador de Florencia, publicado por Gherardi 141.

Alejandro VI, y á la cual se oponía Savonarola con todas sus fuerzas; y también influyeron los esfuerzos de los enemigos del fraile. Sin embargo, lo que dió finalmente el golpe decisivo, fué la desobediencia de Savonarola á los mandatos de la Santa Sede. «¡Ni siquiera un Alejandro VI, podía reconocer un ministerio profético, por encima de la eclesiástica jerarquía!» (1)

El breve de excomunión era del tenor siguiente: «Hemos sabido por muchas personas dignas de crédito, que un cierto Fra Girolamo Savonarola, al presente vicario, según se dice, de San Marcos de Florencia, esparce doctrinas peligrosas, con escándalo y daño de las almas sencillas. Le mandamos, por tanto, con estricta obligación, que compareciera ante Nos para justificarse de los errores de que se le inculpaba, y explicar sus predicaciones; pero él no ha querido obedecer, pretextando para ello diferentes efugios, que Nos admitimos con excesiva indulgencia, en la esperanza de que nuestra blandura serviría para convertirle. Esto no obstante, ha perseverado después, lo mismo que antes, en su dureza; por lo cual en un segundo breve (de 7 de Noviembre de 1496) le ordenamos, so pena de excomunión, que uniera el convento de San Marcos á la Congregación toscano-romana, recientemente por Nos creada. Pero, sin embargo, perseveró en su contumacia, incurriendo así *ipso facto* en la censura. Por lo cual os mandamos ahora á vosotros, que declaréis en los días festivos y ante el pueblo congregado, al dicho Fra Girolamo, como excomulgado, y obliguéis á todos á mirarle como tal, por no haber obedecido nuestras apostólicas exhortaciones y mandatos. También habéis de prohibir á todos, bajo la misma pena de excomunión, el prestarle auxilio, tratar con él ó alabarle por sus palabras ó por sus obras; considerándole como excomulgado y sospechoso de herejía.—Dado en Roma á 13 de Mayo de 1497» (2).

(1) Grisar en la Zeitschr. für kathol. Theologie IV, 397; Balan 379 y Ranke, Studien 278, quien reduce á su justo valor el influjo que ejerció en este negocio la política antifrancesa del Papa. «Pero el motivo principal, dice en efecto, era el sostenimiento de la autoridad suprema en materia religiosa, para lo cual se podrá ahora contar de nuevo con un partido entre los ciudadanos de Florencia.» Sobre la parte que tuvo en el breve el cardenal Caraffa, v. Gherardi 160 ss. Cf. también Pellegrini en el Arch. d. Soc. Rom. XI, 717.

(2) V. Del Lungo en el Arch. st. ital., N. Serie XVIII, 1, 17 s., y Villari II^a, xxxix-xl (edición alemana II, 151 s., 339 s.); cf. Sanuto I, 632 s. El derecho y justicia de esta excomunión lo admiten hasta ciertos escritores protestantes, v. gr. Krabbe, Savonarola (Berlín 1862), 56.

Para molestar lo menos posible á los florentinos, no se dirigió el breve á la ciudad sino á los particulares monasterios, y la publicación solemne no tuvo lugar hasta 18 de Junio (1). Entretanto los enviados florentinos trabajaban afanosamente en Roma, para obtener del Papa la revocación, ó por lo menos la suspensión de la sentencia. El Papa se había ablandado algo por el escrito de Savonarola de 22 de Mayo, recibido por este tiempo, como quiera que ya desde el principio había procurado que las cosas no llegaran hasta el último extremo. Según toda probabilidad, se hubiera podido obtener entonces la suspensión del breve, á pesar de todos los esfuerzos en contra de los enemigos de Savonarola. Alejandro VI había sido profundamente conmovido por el horrible asesinato del duque de Gandía, y al propio tiempo estaba intimidado por no haberse podido descubrir el autor de aquel crimen (2). No podía entrar, por consiguiente, en los designios de tan prudente político, el empeorar con un nuevo conflicto la ya tan difícil situación presente. Por lo cual confió el negocio de Savonarola á la recién instituída comisión de cardenales para la reforma de la Iglesia, con el fin de que lo sometiera á un nuevo examen; y en aquellos días estuvo realmente en el terreno de lo posible el llegar á un pacífico acomodamiento (3).

En este instante crítico, el desmedido apasionamiento de Savonarola fué lo que desbarató los esfuerzos hechos para llegar á una solución amigable. Con gran precipitación escribió, á 19 de Junio, una «Epístola contra la subrepticia excomunión, dirigida á todos los cristianos y amigos de Dios». Savonarola defendíase aquí contra las acusaciones de sus enemigos, é insistía en afirmar su misión divina. «Esta excomunión, decía al fin, es inválida, así ante Dios como delante de los hombres, porque estriba en motivos y acusaciones falsamente levantadas por nuestros enemigos. Siempre me he sometido al juicio de la Iglesia; ahora me someto de nuevo, y jamás rehusaré la obligación de la obediencia. Pero á un mandamiento que contradice la caridad cristiana y la ley de Dios, no es posible obedecer; pues al darlo, nuestros superiores dejan de tener el lugar de Dios. Entretanto preparaos á cualquiera cosa que sobrevenga, por medio de la oración; por nuestra parte, si se

(1) Landucci 152-153.

(2) Cf. arriba p. 475 ss.

(3) V. Pellegrini en el Arch. d. Soc. Rom. XI, 719.

insiste en llevar adelante este asunto, descubriremos la verdad ante todo el mundo» (1).

El Papa hubo de considerar este paso de Savonarola, como una declaración de guerra. A 26 de Junio, dijo al embajador florentino, que estaba resuelto á proceder contra el desobediente dominico, con arreglo á las leyes canónicas contra los menospreciadores de la autoridad y rebeldes á la Iglesia. Los florentinos esperaban todavía conseguir, por medio de negociaciones diplomáticas, un cambio en favor de su profeta; principalmente por cuanto Alejandro VI declaraba, que si Florencia se apartara de la alianza francesa, condescendería en todo lo demás con la República, en cuanto estuviera en su mano. Asimismo trabajaba el embajador florentino incesantemente, cerca de los cardenales, en favor de Savonarola; y al principio no del todo sin éxito; pues algunos de los miembros de la comisión cardenalicia, se inclinaron á que la censura se suspendiese por dos meses, en cuyo espacio Savonarola debería venir á Roma. Pero esta opinión no prevaleció. De acuerdo con el Papa, resolvieron los cardenales de la comisión de reforma que, la absolución suplicada por la Señoría, no podía concederse en manera alguna, á no ser que Savonarola se sujetara antes á obedecer los preceptos del general de su Orden y del Papa. También se hablaba ya de decretar el interdicto contra Florencia. El embajador florentino, sin embargo, no perdió ni aun entonces el ánimo; pero tuvo que confesar, después de un trabajo de varios meses, á 12 de Febrero de 1498, que las dificultades eran extraordinariamente grandes (2).

Savonarola, más firmemente persuadido que nunca, de la misión particularmente recibida de Dios (3), hacía por este tiempo

(1) Villari II (edición alemana), 153. Meier 135 s. Las respuestas de Savonarola fueron impresas al instante; cf. Sanuto I, 634, quien advierte, que por eso no las insertó en su diario, y luego, porque eran muy largas y per esser cosa fratescha.

(2) Gherardi 172, 174-176; cf. en Cappelli, Savonarola 89 s., el despacho del embajador del duque de Ferrara, en el cual se da cuenta al mismo tiempo de la obstinación implacable de Savonarola.

(3) Cf. la relación del embajador del duque de Ferrara, de Agosto de 1497, sobre su conversación con el profeta, quien declaró, que él sólo era un instrumento de Dios, y por tanto nada temía, que Dios saldría vencedor. Cappelli 90; cf. 98-99, donde dice este autor que el obstinado Savonarola tenía el firme intento de no obedecer al Papa. Cf. también la carta de Savonarola á L. Pittorio, de 13 de Agosto de 1497 (Arch. st. ital. App. VIII, 129-130), en la que rechaza con indignación la propuesta, de comprar con dinero la absolu-

todo lo que estaba en su poder para aumentar aquellas dificultades, irritar hasta el extremo al Papa, y hacer imposible toda reconciliación.

Hasta entonces se había abstenido del ejercicio público del ministerio eclesiástico, aun durante el tiempo que reinaba la peste en Florencia; pues sabía muy bien que, cualquiera de aquellas acciones, practicada por una persona formal y solemnemente excomulgada, se consideraría por muchos como sacrilegio.

Pero á fines de 1497 cambió de parecer; el día de Navidad celebró las tres misas, y dió la comunión á sus frailes y á un gran número de seglares. Aun algunos de sus partidarios desaprobaban este proceder, en el cual miraban un sacrilegio (1). Pronto se supo también, que el excomulgado pensaba comenzar de nuevo sus predicaciones. La excomunión, decía él mismo al embajador de Ferrara, era injusta, y no tenía por consiguiente fuerza obligatoria; por lo cual no se preocuparía absolutamente de ella; que se considerara de qué manera vivía Alejandro VI; él por su parte predicaría en todo caso por delegación de Aquél que está por encima del Papa y de todas las criaturas (2). El Vicario del Arzo-

ción de la excomunión. Según Burlamacchi, el cardenal Piccolomini *debe de* haber hecho esta propuesta; v. Meier 140.

(1) Nardi dice I, 120, que Savonarola volvió á ejercer sus funciones eclesiásticas con gran maraviglia d' ognuno e dispiacimento non piccolo de' suoi divoti.

(2) Cappelli, Savonarola 102. Ranke, *Studien* 289 s., escribe á este propósito: «La autorización que volvió á darse también al fraile, de predicar aun fuera de S. Marcos, tenía mucho mayor alcance, en la mente de los que trataron de dársela (que el conceder á Savonarola el simple ejercicio de los ministerios eclesiásticos); pues ella constituía una abierta rebelión contra los decretos del Papa y contra la excomunión publicada (sic!) en junio precedente. Esto no debe considerarse como un simple acto de desobediencia; es evidente que con eso se impugnaba toda la constitución de la Iglesia. La autoridad suprema del Papa, su infalibilidad, se ponían aquí en cuestión... El resistir á la excomunión, era el preludio de la reforma general que meditaba Savonarola.» Contra esta última proposición han protestado con razón Villari II, 85, n. 2 y Pellegrini en el *Giorn. st. d. Lett. ital.* XII, 258, n. 2; pero todavía es mucho mayor el error que se encierra en las otras proposiciones del pasaje que acabamos de citar. El estudio de Ranke sobre Savonarola tiene su principal mérito en considerar al profeta de una manera moderada, y en apartarse resueltamente de la leyenda dominicana, la cual Villari ha seguido demasiado. Por eso, es tanto más de lamentar se hallen observaciones como las anteriores. Luego que Ranke pone el pie en el terreno de la Teología católica, cae completamente en error, por su grande ignorancia en la materia. Como puede verse en la pág. 327 (donde dice que Savonarola *jexpuso* con entera claridad la

bispo de Florencia procuró estorbárselo; y en un decreto especial prohibió con la mayor severidad á todos los eclesiásticos asistir á algún sermón de Savonarola, y mandó á los párrocos que explicaran al pueblo la validez y las graves consecuencias de la excomunión. Quienquiera fuese á oír uno de sus sermones, incurriría asimismo en la excomunión, y quedaría excluido de los santos sacramentos y de la sepultura eclesiástica. La Señoría puso luego fin á esta resistencia, amenazando al Vicario con los más graves castigos (1).

Bajo el amparo del poder civil, y con abierto menosprecio del mandato de su más elevado superior eclesiástico, subió de nuevo el excomulgado profeta, al púlpito de la catedral de Florencia, el domingo de septuagésima, 11 de Febrero de 1498. Con palabras encendidas en ira, defendió públicamente su desobediencia contra la Santa Sede: «El príncipe, el eclesiástico, cuando es bueno, no es otra cosa que un instrumento en manos del Señor, quien por medio de él rige el mundo; pero cuando Dios se retira de él, deja de ser un instrumento, y no es más que un «hierro quebrantado». Pero diréis: ¿cómo puedo yo cerciorarme de si Dios le ha desamparado ó no? ¡Mirad si sus leyes ó preceptos contradicen á aquello que es la raíz y fundamento de toda sabiduría, es á saber: la buena vida y caridad cristiana! El que ofende en estas dos, podéis estar enteramente ciertos que es un «hierro quebrantado», y por el mismo caso quedáis desobligados de obedecerle. Pero decidme, ¿qué fin se proponen aquellos que con sus falsas relaciones han dado lugar á la excomunión, sino destruir la buena vida y perjudicar el bien común? ¡Esto lo entiende cualquiera niño! Ahora ha llegado la censura, y entretanto ellos se van á las tabernas y llevan una vida lujuriosa. Por esto no la reconoceré, porque no me es posible obrar contra la caridad; mas quien manda alguna cosa contra la caridad, jéese es el que está excomulgado por Dios! Y aun cuando fuera un ángel quien lo dice; aun cuando fueran todos los Santos y la misma Virgen María (lo cual, naturalmente,

doctrina de la justificación por la fe!) El paralelo que se establece en la página 331 entre Savonarola, Lutero y Calvino no es verdadero sino á medias. Por lo demás, dice aquí Ranke, que Lutero «se puso fuera de la jerarquía de la Iglesia, pero que Savonarola se mantuvo unido á ella». Mas entonces, ¿cómo puede Ranke en la p. vi llamar á Savonarola «precursor de los reformadores del siglo diez y seis»?

(1) Villari II, 86-87; cf. apéndice LI. Perrens 333. Meier 140 s.

es imposible), el tal estaría excomulgado. Si lo dijera una ley ó un canon ó un concilio, éste estaría excomulgado; y si algún Papa hubiere contradicho á esto que yo digo, él es el excomulgado. Yo no aseguro que semejante Papa haya existido, pero si existiera no sería un instrumento del Señor. Algunos andan solícitos porque la excomunión, aun cuando no sea valedera ante Dios, tiene, sin embargo, fuerza para la Iglesia; pero á mí me basta no estar excomulgado por Cristo. ¡Oh, Señor y Dios mío; si yo pidiera absolución de ese anatema, échame en el infierno; pues me creería culpable de pecado mortal!»

«El Papa—predicaba Savonarola á 18 de Febrero—puede errar; y á la verdad, de dos maneras: ya sea por falsa persuasión, ó sea por malicia. Pero dejemos de buena gana esto segundo al juicio de Dios, y prefiramos suponer que ha sido sorprendido. También en nuestro asunto puedo demostrar, que el Papa ha sido sorprendido por falsa persuasión. ¡Aquel, pues, que se empeñe en tener por valedera la excomunión, y afirme que yo no debería predicar esta doctrina, ése habla contra el Reino de Cristo y en favor del Reino de Satanás, y él mismo es de hecho un hereje!» (1)

A tales y otras semejantes manifestaciones, se dejaba arrebatar el miserable, por la convicción, sacada de sus visiones, de haber recibido una misión especial de Dios; y al propio tiempo atacaba á todo el clero italiano, principalmente al romano, de una manera más despiadada que nunca. «¡El escándalo—decía—comienza por Roma y discurre por todo el continente; son peores que los turcos y los moros! Comenzad solamente por Roma, y hallaréis que han alcanzado todas sus prebendas eclesiásticas por medio de simonía; muchos las procuran para sus hijos ó hermanos, los cuales las desempeñan con orgullo y otros mil pecados. Su avaricia es monstruosa; todo lo hacen por dinero. ¡Sus campanas suenan por avaricia, y no claman por otra cosa que por dinero! Los sacerdotes van por dinero al coro, á las vísperas y al oficio; venden las prebendas, venden los sacramentos, negocian con las misas; en una palabra, ¡todo lo hacen por

(1) Savonarola, *Prediche sopra l' Esodo*, f. 8 s., 12 s., 20 s. Villari II^a, 87 s.; cf. Meier 141 s. y Perrens 335 ss., quien juzga con razón, que la teoría de Savonarola facilitaría todas las rebeliones contra la autoridad. V. también Frantz, Sixtus IV., 82.

dinero! ¡Y luego temen la excomunión! Luego que llega la noche, se van el uno al juego, el otro á su concubina; y cuando van á los funerales, celebran allí grandes convites; donde deberían rezar en silencio por los difuntos, comen y beben abundantemente y se entregan á la charla. Y ¡cuán escandalosos vicios alimentan! No obstante, andan de día llenos de adornos, con hermosos sobre-pellices, y van muy compuestos. Otros no conocen siquiera las reglas de su orden, ni saben dónde están, llenos de una completa ignorancia; el oír confesiones y la solicitud de las almas, son cosas para ellos desconocidas. ¡Ellos han destruído tu Casa desde los cimientos; ya no hay fe, no hay caridad, no hay virtud; no se halla finalmente, cosa buena! En otro tiempo decían: ¡si no somos virtuosos al menos andamos limpios! Ahora es innecesaria la circunspección, hasta el punto de tenerse por afrenta el vivir bien. Mira si hay todavía un canónigo ó un sacerdote que quiera vivir bien, y hallarás que hacen burla de él y le reprenden como hipócrita. Ahora no se dice ya, mis sobrinos, sino mi hijo, mi hija. Las ramera van públicamente á San Pedro; cada sacerdote tiene su concubina, y ni siquiera procuran encubrir su vergonzoso trato. Este veneno se ha acumulado de tal manera en Roma, que Francia, Alemania y todo el mundo, se ha contagiado; y se ha llegado tan lejos, que se ha de prevenir á cualquiera contra Roma; de suerte que dicen: «¡Si quieres perder á tu hijo, hazle sacerdote!» (1).

Todavía más escandaloso que estas declamaciones, fué lo que se permitió Savonarola el último día de Carnaval. Primero celebró la misa en la iglesia de San Marcos, y distribuyó la comunión á sus frailes y á muchos seglares. Luego subió á un púlpito levantado frente á la iglesia, llevando consigo el Santísimo Sacramento, y pronunció con terrible exaltación estas palabras: «¡Oh, Señor; si yo no obro con entera convicción, si mis palabras no proceden de Ti, aniquilame en este mismo instante!» (2)

(1) Meier 143 s. Por causa de los modernos apologistas, pondré á continuación, en su texto original, una expresión de Savonarola, en la que se declara que todo está perdido y arruinado: *Hanno rovinato questa casa dello amore tuo e tutto il suo fondamento, non ci è piu fede, non piu amore, non virtu morale, non cosa alcuna buona*. Poco después repite otra vez: *ogni cosa è guasta. Prediche sopra l' Esodo, f. 228*.

(2) Landucci, que describe esta horrible escena, añade (p. 163): *Eravi venuto grande popolo, stimando vedere segni; e tiepidi si ridevano e facevano*

«¡Oh, sacerdotes,—exclamaba Savonarola en el púlpito á 1 de Marzo,—vosotros habéis sobrepujado á los gentiles, excitando contra la verdad y la causa de Dios tan grande contradicción y tal persecución! ¡Oh, hijos míos, ahora es claro que son peores que los turcos! ¡Ahora hemos de luchar contra los malos, como los mártires contra los tiranos! Vosotros, perversos, pugnad contra esta causa como los gentiles; ¡escribid á Roma! que este fraile, con los suyos, peleará contra vosotros, como contra turcos é infieles. Ha llegado de Roma un breve: es verdad; en él se me llama hijo de perdición. Escribidle por consiguiente: aquel á quien tú das este nombre, dice que él no tiene mancebos ni concubinas, sino predica el Evangelio de Cristo. Sus hermanos espirituales y hermanas, y todos los que escuchan su doctrina, no andan buscando esos tristes deleites, sino reciben los sacramentos y viven honestamente. A imitación de Cristo queremos también nosotros ceder ahora un poco á la ira, y por tanto os digo que no volveré á predicar en este púlpito, á no ser que me lo manden aquellos que procuran que se viva bien. Predicaré en San Marcos; pero sólo para hombres, no para las mujeres, pues las circunstancias lo exigen así» (1).

Nadie se alegraba más de esta conducta provocativa (2) que los encarnizados enemigos de Savonarola; al paso que sus amigos se hallaban en la más penosa perplejidad. El embajador florentino en Roma se hallaba enteramente sin consejo, ante los reproches que le dirigía el Papa por las predicaciones del fanático dominico, y por la tenaz perseverancia con que los florentinos estaban adheridos á su profeta y á la alianza francesa. «Semejante rebeldía contra la autoridad—decía Alejandro VI, á 25 de Febrero de 1498, al embajador florentino—no la tolerarían ni los mismos turcos.» Públicamente amenazaba con decretar el interdicto contra Florencia (3),

beffe e dicevano: Egli è scomunicato e comunica altri. E benche a me e pareva errore, ancora che gli credessi; ma non volli mettermi mai a pericolo andare a udirlo, poichè fu scomunicato.

(1) Savonarola, Prediche sopra l'Esodo f. 52 s. 63. Meier 146.

(2) Esta expresión la repito también ahora todavía, y advierto para aquellos, que me atribuyen un juicio demasiado duro y rígido sobre Savonarola, que otros se expresan sin comparación con más rigor. Así un investigador tan desapasionado como el Dr. Cardauns (*Alte und Neue Welt* XXXII, 534) advierte, respecto de los sermones de Savonarola, por la primavera de 1498: «*estaba furioso en el púlpito de una manera rayana con el delirio.*»

(3) Gherardi 180 s.; cf. Pellegrini en el Arch. d. Soc. Rom. XI, 721.

y al día siguiente firmó un breve dirigido á los florentinos, en el cual se decía: «Habiendo oído los perniciosos errores que difunde el hijo del maligno Girolamo Savonarola, le mandamos abstenerse enteramente de predicar, y venir á Nos para disculparse y manifestarnos su arrepentimiento; pero él no obedeció. Luego le mandamos, so pena de incurrir en censura eclesiástica, que uniera la congregación de San Marcos con la nueva Congregación romano-toscana; pero también en esto nos ha rehusado la obediencia, incurriendo *ipso facto* en la pena conminada. Entonces hicimos pronunciar y publicar la excomunión en las principales iglesias de vuestra ciudad, con la declaración, que todos aquellos que oyeran á dicho fra Girolamo ó hablaran con él ó le trataran, incurrirían en la misma censura. Mas ahora tenemos noticia de que sigue predicando, con gran daño de la religión y de las almas; por cuanto desprecia la autoridad de la Sede Romana y declara inválida la excomunión. Por tanto os mandamos, con precepto de santa obediencia, que nos enviéis acá á dicho fra Girolamo con buena custodia; lo cual si hicieris, os prometo recibirle paternalmente, si se convierte á penitencia, pues no queremos la muerte del pecador, sino su conversión. O por lo menos apartadle como un miembro corrompido del resto del pueblo, y guardadle encerrado y custodiado, de suerte que no pueda hablar con nadie ni sembrar nuevas discordias. Pero si rehusareis cumplir estos mandamientos, nos veremos obligados, para mantener el honor y la autoridad de la santa Sede Romana, á proceder al interdicto y á otros medios todavía más eficaces» (1).

El breve (2) no contenía, pues, el interdicto, sino sólo la amenaza del mismo. Un segundo breve mandaba á los canónigos de la catedral, que no dejaran predicar en adelante á Savonarola bajo ningún pretexto. Con esto se ciñó el Papa también ahora á lo absolutamente necesario; y su proceder estaba por demás justificado. Por pertenecer Savonarola á la jurisdicción criminal eclesiástica, y conforme á las leyes entonces reconocidas, y asimismo por su estado religioso, podía el Papa con perfecto derecho, exigir que se le entregara al juicio de la Sede Romana. Es verdad que, en esta resolución, así como en todo este negocio, desde su principio, pesó notablemente en la balanza la razón política de

(1) Villari II (edición alemana), 203 s., 345 s.

(2) Publicado por Villari II, LXVI-LXVII.

ser Savonarola el alma del partido francés en Florencia; pero es por el contrario una exageración querer atribuir todo el modo de proceder de Alejandro VI, pura y simplemente á la política del mismo, encaminada á mover á Florencia á incorporarse con la Liga italiana contra Francia; en este momento precisamente, parece haber sido el motivo decisivo para el Papa el castigo de los delitos eclesiásticos de Savonarola (1). «Si el fraile se muestra obediente durante algún tiempo—decía Alejandro VI al embajador florentino, á 27 de Febrero, —y se abstiene de predicar, le absolveremos en seguida de las censuras en que ha incurrido; pero si al contrario, persiste en su desobediencia, habremos de proceder al interdicto y á todos los otros castigos legítimos. Esto lo exige nuestro propio honor y el de la Santa Sede» (2). Por semejante manera se expresaba el Papa, cuando á 7 de Marzo el embajador florentino le llevó la respuesta de su Gobierno al breve de 26 de Febrero. En ella se hacía notar en primer término, que Savonarola, desde la llegada del breve, no había vuelto á subir al púlpito de la catedral. En lo demás contenía la respuesta una calurosa defensa de Savonarola, el cual había sido calumniado, y la declaración de que no se podía acceder al deseo del Papa. Alejandro VI sabía entretanto muy bien, que Savonarola continuaba sin obstáculo, en San Marcos, las insultantes predicaciones interrumpidas en la catedral. «Esta carta que vuestro Gobierno me escribe—dijo al embajador florentino á 7 de Marzo,—no está bien; no estoy falsamente informado, pues he leído los sermones de vuestro fraile y hablado con personas que le han oído. Con osado menosprecio de las censuras, se ha atrevido á decir que el Papa es un «hierro quebrantado», y que antes quisiera irse al infierno que solicitar la absolución.» Luego se lamentó Alejandro VI, acalorándose cada vez más, de que la Señoría dejara predicar á Savonarola sin obstáculos. Ni siquiera había logrado su precepto que se retirase á San Marcos; exigió por consiguiente, que los sermones cesaran en absoluto, pues en otro caso castigarla á la ciudad con el interdicto. El embajador se esforzó por apaciguar al Papa, haciéndole observar que la doctrina de Savonarola era de cierto buena. Alejandro VI le contestó: «Yo no condeno á Savonarola

(1) Grisar en la *Zeitschr. für kathol. Theologie* IV, 397; cf. Ranke, *Studien* 78.

(2) Gherardi, 183.

por la doctrina que predica, sino porque se niega á solicitar la absolución de sus censuras, y aun las declara sencillamente por inválidas, y contra nuestra expresa voluntad continúa sus sermones. Todo esto es un público menosprecio de nuestra autoridad y de la Santa Sede, y un ejemplo por extremo peligroso» (1). A esta declaración respondió un nuevo breve, despachado á 9 de Marzo. El Papa reprendía en él otra vez, con las más graves palabras, la pertinaz desobediencia de Savonarola, quien, aun excomulgado, ejercitaba funciones del culto divino, predicaba sermones, declaraba inválidas las censuras pontificias, y esparcía en impresos doctrinas ruinosas para la autoridad pontificia. «El temerario cree sin duda, á lo que parece, que sólo él fué exceptuado, cuando Dios Señor nuestro comunicó á San Pedro nuestro predecesor, el poder de atar y desatar. Nuestro deber pastoral no nos permite tolerar más tiempo la conducta del desobediente dominico. Por consiguiente, os intimamos de nuevo nuestra perentoria voluntad de que, ó se envíe á Roma á Savonarola, ó se le encierre en un monasterio, de suerte que no pueda predicar ni hablar con nadie, hasta que vuelva en sí y se haga digno de nuestra absolución. Si no se atiende á este mandato, se decretará el interdicto contra Florencia; de Savonarola no exigimos más que el reconocimiento de nuestra suprema autoridad» (2).

La perplejidad del embajador florentino ante las exigencias, por demás justificadas, del Papa, se refleja en sus numerosas cartas; su situación se hacía más difícil de día en día; pues de Florencia no recibía sino buenas palabras en disculpa de Savonarola, al paso que Alejandro VI exigía de una manera apremiante, procedimientos de hecho. En un escrito redactado con extremada libertad, pintaba todavía de nuevo el embajador, á 16 de Marzo, el verdadero estado de las cosas: «El Papa insiste incondicionalmente en la suspensión de las predicaciones; y en otro caso, sin duda alguna se decretará el interdicto. Las bellas frases, ordenadas á disculpar el proceder de Savonarola, podéis ahorrároselas, pues no producen ya impresión en nadie; al contrario, ¡se ríen aquí de la temeraria pretensión de que la excomunión fulminada contra Savonarola no haya de tener valor! La autoridad del Papa consiste, no en su menor parte, en la facultad de imponer censuras;

(1) Marchese en el Arch. st. ital. VIII, 167 s.

(2) Gherardi 194 s.; cf. Pellegrini en el Arch. d. Soc. Rom. XI, 723.

y es preciso no forjarse la ilusión de que vaya á permitir se ponga en duda este su derecho. Lo que ya os he escrito muchas veces lo repito hoy de nuevo; ¡si no se obedece al Papa vendrá el interdicto! Considerad, por lo demás, lo que vosotros haríais, si uno que estuviera obligado á obedeceros, hiciera lo contrario de vuestros preceptos, y aun sobre esto se atreviese á insultaros» (1).

Dos días después anunciaba el embajador, que Alejandro VI había recibido nuevas relaciones de las terribles injurias que Savonarola infería, en sus predicaciones, al Papa, á los cardenales y á toda la Corte romana. El resultado de una deliberación con varios cardenales había sido: que la prohibición de predicar no era ya suficiente; sino era menester enviasen á Savonarola á Roma; en caso contrario, no sólo se procedería á pronunciar el interdicto, sino también á la prisión de todos los florentinos que vivían en Roma y á la confiscación de sus bienes (2).

De que el asunto tomara este cariz violento, estaba tan poco libre de culpa la Señoría de Florencia, que se ha sospechado en ello una intriga de los enemigos de Savonarola, los cuales adquirían cada día influencia mayor. El embajador de Milán en Florencia, escribía á su ciudad ya á 2 de Marzo de 1498, que la Señoría procuraba irritar al Papa hasta el mayor extremo, para poder entonces proceder ella misma contra Savonarola con color de justicia (3). Hasta qué punto sea esto exacto, preferimos dejarlo al juicio de otros. El hecho es, que el proceder de la Señoría había de exasperar á Alejandro VI. El Papa se lamentaba de la desobediencia de Savonarola, y de que se permitiera que este predicador le insultara á él públicamente; la Señoría contestaba, que el predicador hacía grandísimo provecho; que era un verdadero reformador, y no era posible obedecer al mandato del Papa. Como las noticias de Roma fueran cada día más amenazadoras, se dió entonces un medio paso atrás, y finalmente, se prohibió á Savonarola el predicar (4); pero al propio tiempo se consintió

(1) Gherardi 198-201 ha publicado el primero esta relación sumamente interesante del embajador florentino, de 16 de Marzo, que había quedado desconocida para Villari.

(2) Gherardi, 204.

(3) Esta relación ha sido publicada por Villari II^a, LIV; cf. Arch. st. ital. 3 Serie XIII, 186 y Pellegrini en el Arch. d. Soc. Rom. XI, 722 s.; cf. 724 s.

(4) En su último sermón de 18 de Marzo dijo Savonarola: que se debía re-

que sus secuaces, fra Domenico y fra Mariano Ughi, prosiguieran sus sermones en desprecio de Roma. El Papa se quejó de esto, en una conversación con el embajador florentino, á 23 de Marzo, y exigió se le diera respuesta á su último breve. «No pido yo — decía — que se prohíba absolutamente á los frailes la predicción; pero es menester que se acabe ya de rebajar la autoridad de la Sede Apostólica y proferir insultos contra mi misma persona.» Son muy de notar, y prueba clara de que se trataba en primer término, de castigar los delitos eclesiásticos, las palabras que añadió el Papa respecto de Savonarola: «Si éste se mostrare obediente por algún tiempo, y luego solicitare la absolución, yo se la concederé de buena gana y le volveré á otorgar el permiso para que predique; pero en todo caso ha de abstenerse de injuriar á la Santa Sede, al Papa y al Colegio Cardenalicio; pues yo no repruebo su doctrina, sino solamente el que predique sin haberle absuelto, y que me insulte á mí y menosprecie mis censuras; dejarle continuar por este camino, valdría tanto como anular la autoridad apostólica» (1).

Si el orgulloso dominico se hubiera vencido en este momento lo necesario, para humillarse al Papa y solicitar la absolución, por ventura hubiera conjurado todavía á última hora la tormenta que iba á aniquilarle; pero el desdichado, no pensó en someterse; antes al contrario, siguió llevando las cosas hasta el extremo. Ya á 13 de Marzo dirigió públicamente al Papa una carta de desafío, porque «se había aliado con sus enemigos, y había dado á lobos feroces potestad de encruelecarse contra él, que era inocente» (2). Luego, entrando por el camino de todos los rebeldes, pedía la celebración de un concilio, en el cual el Papá había de ser depuesto, «como simoníaco, hereje é infiel». Los embajadores florentinos en Francia y España fueron solicitados por los amigos de Savonarola para que apoyaran este plan; y el mismo Savona-

currir ahora al último remedio. «Del Papa hay que volverse al Papa celestial, esto es, á Cristo.» Dijo también, que nunca había resistido á la verdadera autoridad de la Iglesia. «Mas si ciertamente esta autoridad de la Iglesia está corrompida, ya no es un poder religioso, sino un poder infernal de Satanás. Yo te digo que, cuando ella sostiene concubinas, libertinos y ladrones, mientras persigue á los buenos y procura impedir la vida cristiana, es un poder diabólico, al que hay que oponer resistencia.» V, Meier, 150.

(1) Despacho de Bonsi de 23 de Marzo de 1498, publicado por Gherardi 209; cf. 210.

(2) Meier, 148 s., 381 s.

rola redactó cartas á los más altos príncipes de la Cristiandad, á los reyes de Francia, España, Inglaterra, Hungría y Alemania, en las cuales les estimulaba de la manera más apremiante á realizar el plan de un concilio antipapal. «¡La hora de la venganza ha llegado!—decía allí.—Es voluntad del Señor, que yo descubra nuevos secretos y haga patente al mundo el peligro en que se halla la navecilla de Pedro, á causa de vuestra negligencia. La Iglesia está llena de oprobio y de crímenes desde la coronilla de la cabeza hasta los pies; mas vosotros, no sólo no ponéis mano en su remedio, sino llegáis hasta inclinaros delante del que es fuente de todos estos males. Por esto se ha enojado el Señor, y ha dejado la Iglesia por mucho tiempo sin pastores. Yo os certifico *in verbo Domini*, que este Alejandro VI no es Papa, ni debe ser tenido por tal. Pues, prescindiendo de que compró la Sede Pontificia por el escandaloso pecado de simonía, y todavía diariamente otorga los beneficios eclesiásticos á cualquiera que le pague por ellos mayor precio; y aun prescindiendo de sus otros vicios, que son de todo el mundo conocidos; afirmo además que no es cristiano, ni cree en la existencia de Dios; lo cual sobrepuja la medida de toda infidelidad.» Después de esta introducción, requería Savonarola á todos los príncipes, para que convocaran lo más presto que fuera posible un concilio, en un lugar libre y apropiado. Por su parte se obligaba, no sólo á demostrar todas sus afirmaciones con argumentos, sino prometía que Dios confirmaría la verdad de ellas con señales maravillosas (1).

La idea de reunir un concilio para deponer al Papa, adquirió una base real por el desafecto de muchas personas contra Alejandro VI. El modo como éste había abandonado los propósitos, hechos después de la muerte del duque de Gandía, de proceder á la reforma, junto con su nepotismo cada día más visible, debió producir en Italia y fuera de ella profundo disgusto, y en todas partes reinaba grande efervescencia. Especialmente peligrosa parecía además la alianza de Savonarola con el monarca francés Carlos VIII, el cual ya á 7 de Enero de 1497, se había hecho extender un dictamen, con la aprobación de la Sorbona, para sus

(1) Los borradores de estas cartas han sido publicados por Meier, 349 ss. Declaróse por la legitimidad no solamente Marchese en el Arch. st. ital. VIII, 86 s. (cf. Scritti I, 254 s.) sino también Ranke, Studien 307 s. y Villari II, 132, nota 1. Sobre el plan del concilio concebido por Savonarola, v. también arriba p. 231 s.

planes de un concilio (1). Cartas detenidas, ó alguna manifestación incauta, habían procurado á Alejandro el conocimiento de estas intrigas; y ahora tenía todos los motivos para temer que las embozadas amenazas del fraile florentino, de que antes se había hecho poco caso (por ejemplo: «Vendrá un día en que yo daré la vuelta á la llave» (2); ó «Yo exclamaré: Lázaro, sal á fuera») no eran meras palabras. Y esto con tanta mayor razón, cuanto que en la primavera de 1498 se temió una nueva incursión de Carlos VIII en Italia (3). Alejandro VI, que sin duda alguna se acordaba entónces de la tentativa de concilio de Andrés Zamometic, tenía principalmente la alianza del fraile con los príncipes ó cardenales que le eran desafectos, en orden á obtener su deposición por medio de un concilio. Con esto se acabó el modo de proceder, en general benigno, que había tenido hasta entónces; y al propio tiempo estalló también por otro lado la tormenta contra Savonarola (4).

(1) Du Plessis d'Argentré, Coll. judic. T. I, P. II, p. 335-336. Hergenröther VIII, 333.

(2) E s' appropinqua il tempo da aprire la cassetta che daremo volta alla chiavetta, uscirá tanta puzza tanta feccia della citta di Roma che andera per tutto il christianesimo. Savonarola, Prediche sopra l' Esodo, f. 63^a.

(3) Cf. la relación de Somenzi en el Arch. st. ital. XVIII, 2, 25.

(4) Schwab en el Bonner Literaturblatt IV, 906; cf. Pellegrini en el Arch. d. Soc. Rom. XI, 726. La apasionada parcialidad, con que, aun en la última edición, ha expuesto Villari la conducta de Alejandro VI en la causa de Savonarola, poniéndose, en parte, en directa contradicción con las mejores fuentes, particularmente con la real relación de los embajadores florentinos, ha sido reprobada en términos severos, especialmente por Armstrong en la Eng. Hist. Review IV, 455. Este autor protestante advierte entre otras cosas: Even a pope has some rights of self-defense, and had Alexander overlooked the contumacy of the friar, the continuance of the papacy would have been impossible. Until the last act of the drama he seems to have acted with singular moderation, and the changes with the author ascribes to malevolent cunning were clearly due to a real difficulty in taking stringent measures against a man for whose life and moral teaching he had considerable respect. If the pope had a right to separate the Tuscan from the Lombard congregation against the will of the latter, he certainly had the right to unite it to the Roman against the will of the former. Professor Villari is never weary of assuring his readers that Savonarola's opposition was directed not against the pope, and that no taint of heresy lingers round his memory. But it is difficult to draw a hard and fast line between doctrine and discipline, and the head of the church would appear to have an even stronger claim to enforce his views of discipline than of doctrine. En otro lugar (p. 459) dice Armstrong, que la biografía escrita por Villari es un panegirico y una apología. Ya antes había protestado Gaspary II, 664 contra la manera de ver de Villari. En la Hist. Zeitschr. LXIV, 178 s., Hartwig procura defender á Villari contra sus adver-

En el mismo instante en que el profeta florentino procuraba poner por obra una conspiración de los príncipes de Europa, para ruina del Papa, en Florencia le iba faltando por momentos el terreno donde afirmar sus pies.

Hacía mucho que habían pasado los tiempos en que Savonarola dirigía como un rey toda la vida de la ciudad del Arno. La mudanza decisiva se había realizado, cuando en 1497 fracasó la nueva empresa de Piero de' Médici, y cinco de sus partidarios fueron decapitados como reos de alta traición. Los parientes de los ejecutados pusieron desde entonces asechanzas á Savonarola para vengar la sangre derramada (1); los *arrabbiati* adquirieron tan grande influencia, que desde entonces el partido de Savonarola tuvo que luchar violentamente para conservar su preponderancia. La situación de los *frateschi* se empeoró, naturalmente, con la sentencia pontificia de excomuni6n, la cual hizo entonces en la ciudad impresi6n profunda, y fué por muchos mirada como valedera. El historiador Nardi refiere expresamente el universal asombro y no pequeño desagrado de los partidarios de Savonarola, cuando éste, aunque excomulgado, se atrevió á desempeñar funciones sacerdotales. El cronista Landucci, que había sido hasta entonces un entusiasta venerador del profeta florentino, se alejó del excomulgado; aquel hombre sencill6 y sin letras tenía un modo de ver más claro sobre la obligatoriedad de las censuras eclesiásticas que el mismo Savonarola, tan celebrado por sus conocimientos can6nicos. «A 11 de Febrero de 1498—refiere Landucci—reanud6 fra Girolamo de nuevo sus sermones en la catedral, ante un grande auditorio. Hablábase mucho de él como excomulgado, y muchas gentes no acudieron al serm6n, diciendo: sea justa 6 injusta, la excomuni6n debe ser observada. Yo pertenecí al número de aquellos que no fueron á oír el ser-

sarios, pero se ve obligado á admitir, que Villari emprendió la glorificaci6n de Savonarola (p. 179), y cay6 en la fatalidad de dejarse arrastrar de la preocupaci6n en favor de su héroe (p. 187). Hartwig hace entrar en este asunto el dogma de la infalibilidad de 1870 (p. 179), pero en esto lo único que muestra es no entender nada de este dogma. De la obra de Gothein, Ignatius von Loyola, 782, deduzco, que también este autor tiene por «desacertada» la tesis de Villari.

(1) Cf. Hase, Savonarola 53. La conducta de Savonarola en el asunto mencionado en el texto, fué una falta enorme y el principio de su ruina, como ya lo not6 Machiavelli, y recientemente de un modo especial Spectator en el Allg. Zeitung 1898, Supl. núms. 169, 196.

món» (1). Las controversias acerca de esto, y acerca de la culpabilidad ó inculpabilidad de Savonarola, se hicieron cada vez más apasionadas; su conducta abiertamente revolucionaria (2) fué estigmatizada con la mayor energía por los franciscanos de Santa Croce. Estos ataques se redoblaron, luego que Savonarola fué condenado al silencio por orden del Gobierno; los dominicos no se cansaban de defender á su maestro, y su más firme argumento seguía siendo la misión divina de Savonarola. En sus predicaciones había dicho éste repetidas veces, que no faltarían argumentos sobrenaturales en pro de la verdad de su causa, cuando los naturales no fueran suficientes (3); y durante algún tiempo había arrastrado en esta parte la credulidad de las masas, por la seguridad con que procedía y por haberse cumplido algunas de sus predicciones. Gradualmente se hizo la gente más escéptica, y tuvo necesidad de defenderse, cada vez con más frecuencia, contra aquellos que ponían en duda su don profético. Las palpables desventajas de la tirantez de relaciones con Roma, que había sido fruto natural de la protección dispensada al excomulgado dominico; principalmente el haberse negado el Papa á otorgar la recaudación de un diezmo sobre los bienes eclesiásticos, dió á muchos materia de reflexión, y aumentó el número de los dudosos; y hasta qué punto se llegara en este respecto, lo muestran las deliberaciones de Marzo de 1498, acerca de la conducta que debía observarse con relación á Roma; Francisco Valori, el amigo de confianza de Savonarola, y otros, salieron calurosamente á su defensa, pero tropezaron con una fuerte oposición.

Por parte de ésta se hicieron valer, así los perjuicios materiales que ocasionaba inevitablemente á los florentinos el perseverar en su actual manera de proceder, como también otros motivos más elevados. Juan Canacci insistió en el universal poder de jurisdicción del Papa: era menester dar al Papa lo que es del Papa. Juliano Gondi trajo á la memoria la obediencia prestada al Pontífice: si ahora se rehusaba esta obediencia, se hacían reos

(1) Landucci 162. Cf. Nardi I, 120. Randi, G. Savonarola giudicato da P. Vaglianti 31. El mismo Savonarola dice en las Prediche sopra l' Esodo, f. 29, que muchos se atenían á esta máxima: «La excomunión, ora sea justa, ora injusta, hay que respetarla». Cf. Guicciardini, Op. ined. III, 167, y Armstrong l. c. 456.

(2) Juicio de Creighton III, 238.

(3) Cf. arriba, p. 521, 526 y Arch. Veneto VIII, 77.

de un perjurio. Savonarola predicaba que Alejandro VI no era Papa, le insultaba de una manera enteramente inaudita, y acabaría por fundar en la ciudad una secta. Por un hombre semejante, no debían enemistarse con todas las Potencias de Italia y con el Papa. El término vendría á ser, que los florentinos fuesen declarados rebeldes contra la Iglesia y tratados como tales. Juan Brunetti observaba, que por muy bueno y sabio que fuera Savonarola, bien podía, con todo eso, errar. Guido Antonio Vespucci decía, que bien considerados todos los motivos, le parecía lo mejor obedecer al Papa: «Tenéis vuestro embajador en Roma—exclamó—á quien se dió el encargo de obtener del Papa la aprobación del diezmo (sin el cual nuestra ciudad no puede subsistir), y de conservarle benévolo respecto de la recuperación de lo que hemos perdido. ¡Pedir al Papa muestras de favor, al mismo tiempo que le ofendemos, es absurdo! Si Savonarola es culpable ó inocente, dejémoslo indeciso; lo cierto es que la Sede Apostólica le tiene ahora por culpable. Si en este punto no se da al Papa ninguna satisfacción, no recibiremos de él ninguna gracia, y aun hemos de temer el interdicto con todas sus perniciosas consecuencias. Se han hecho ver las desventajas de prohibir las predicaciones de Savonarola; mas á la verdad, como quiera que el superior prohíbe al fraile que predique, no se comete pecado alguno en obligarle á cesar. Todo este negocio no es, como algunos han dicho, de poca importancia para Roma. Las armas de la Sede Apostólica son las censuras; si éstas se le quitan, ¿qué resta de la dignidad y prestigio de la Santa Sede? Esto lo saben en Roma muy bien. Hase dicho que se había de tener ante los ojos la honra de Dios. También yo soy de este parecer; pero el Papa es Vicario de Jesucristo en la tierra y recibe su poder de Dios. Obedecer á sus censuras, ya sean justas ó injustas, es por lo tanto más meritorio que defender al fraile. A la verdad, si fuera enteramente cierto que Savonarola es un enviado de Dios, se le habría de proteger contra el Papa; pero esto precisamente sigue siendo dudoso; por lo cual, lo mejor es obedecer al Sumo Pontífice» (1).

El mismo Savonarola se afirmaba inflexiblemente en el carácter sobrenatural de su profecía; y no vaciló en invocar el último

(1) V. la relación sobre estas deliberaciones, entre los documentos publicados por Lupi en el Arch. st. ital. 3. Serie III, 1, 33-53. Cf. Ranke, Studien 300 s. Frantz, Sixtus IV, 71 s. y Hase 61.

medio que en este punto podía ser decisivo: el milagro. Con el Santísimo Sacramento en la mano, oró el último día de carnaval de 1498, en presencia de todo el pueblo: «¡Oh, Señor! Si mis palabras no proceden de Ti, destrúyeme en este instante» (1). El domingo de Quincuagésima del mismo año, exclamó en el sermón: «Yo ruego á cada uno de vosotros, pida á Dios entrañablemente, que si mi doctrina no procede de Él, me envíe un fuego que me consuma y me arrebate al infierno.» En otros sermones había referido repetidas veces á sus oyentes, casos en que la verdad sólo se había podido esclarecer por medio de un juicio de Dios, y ofrecídose él mismo á andar por el fuego para demostrar la verdad de su misión (2). En atención á estas manifestaciones, no es de maravillar que, á 25 de Marzo de 1498, el franciscano Francisco de Apulia, se ofreciera, en un sermón en Santa Croce, á sufrir la prueba de fuego contra el excomulgado. «Yo creo verdaderamente—dijo Francisco—que me voy á abrasar; pero estoy dispuesto á este sacrificio por la libertad del pueblo. Si Savonarola no se quema conmigo, podéis entonces creer en él como profeta» (3).

Savonarola, no obstante, mostró entonces poca inclinación á confirmar su misión divina por medio de la prueba del fuego. Otra fué la conducta de sus partidarios. No sólo el fanático Fra Domenico da Pescia, sino también otros muchos dominicos, y aun no pocos seglares, especialmente muchas mujeres alucinadas, declararon alegremente, que estaban dispuestos al peligroso experimento. «Es cosa que espanta—escribía un florentino, á 29 de Marzo de 1498, á un su amigo—cuántos están aquí dispuestos á la prueba del fuego; de manera que no parece sino que se apresuran á una boda» (4).

Los adversarios de Savonarola reconocieron bien, que se había entablado con esto una cuestión, que podía acarrear la ruina

(1) Cf. arriba p. 521. «Juicio de Dios de poco precio, en verdad, dice Böhringer, 974, y los Arrabbiati podían decir con razón, que en lugar de prometer un milagro, para el caso que Dios estuviese contra él, Savonarola hubiese debido más bien prometer uno, para el caso que Dios estuviese con él; pues una prueba negativa, no prueba nada. Pero la idea de un juicio de Dios había sido lanzada al público».

(2) Perrens 361. Cf. Böhringer 988.

(3) Cf. Landucci 166-167 y Gherardi 216.

(4) Gherardi 216. Cf. Cinozzi publicado por Villari-Casanova 27. Ranke, Studien 310, dice, que se recurrió á «este duelo extraño», porque «ya no había autoridad eclesiástica reconocida por los dos partidos».

de aquel á quien odiaban, y por ventura debía producirla. «Si entra en el fuego—se decían—se abrasará sin duda; y si no entra perderá el crédito de sus secuaces; y nosotros tendremos ocasión para excitar un tumulto, y durante él hacerle prisionero.» Resolviéronse por tanto, á hacer de su parte todo lo posible para llevar á efecto la prueba de fuego. Era menester con todo, para ello, el permiso del Gobierno, y aquí no faltaron adversarios del temerario intento. También despertó cierta extrañeza, que Savonarola no quisiera sufrir la prueba personalmente. Pero la mayoría se pronunció en sentido de que todo debía intentarse, aun la prueba de fuego, para acabar con las discordias de la ciudad. Los partidarios de Savonarola eran los que con más fervor procuraban el peligroso experimento. ¡Con cuánta frecuencia no habían oído de labios de su maestro, que sus palabras serían un día confirmadas por un prodigio, y sus enemigos aniquilados por un milagro! Este tiempo parecía llegado ahora. Con loco entusiasmo deseaban, pues, los *piagnoni* la prueba, confiando que su maestro no podría contenerse en el momento decisivo, y entraría él mismo en el fuego, para llevar á cabo el prodigio (1).

Las proposiciones que el dominico Domingo da Pescia quería confirmar por la prueba del fuego, comprendían las doctrinas de Savonarola más combatidas por los enemigos del mismo: «La Iglesia de Dios está necesitada de renovación; será visitada y después renovada. También Florencia se renovará después de la visitación del Señor, y alcanzará un nuevo florecimiento. Los infieles se convertirán á Cristo. Todo esto tendrá lugar en nuestros días. La excomunión dictada recientemente contra nuestro venerable padre Jerónimo Savonarola, es inválida. Los que no la respetan están libres de pecado.»

La actitud del Gobierno respecto de la prueba de fuego, debía haber hecho entrar dentro de sí á los partidarios de Savonarola, no menos que á él mismo; pero, en esta parte, hacía mucho tiempo que no podía esperarse clara reflexión; antes se confiaba ciegamente en las comunicaciones del sonámbulo Fray Silvestre Maruffi. A 30 de Marzo había resuelto la Señoría: que la parte que sucumbiera en la prueba del fuego, debería abandonar la ciudad; y que en el mismo castigo incurriría aquel que se negara á entrar en la prueba. Y en caso de que uno y otro se abrasaran, los domi-

(1) Villari II^a, 146. Cf. Ranke, Studien 311 s.

nicos habrían de marcharse. En otra resolución, de 6 de Abril, no se hablaba ya siquiera de castigo para los franciscanos; solamente se decía: Si el dominico Fray Domingo se abrasa, Savonarola tendrá que abandonar á Florencia en el término de tres horas (1).

En cuanto llegó á Roma la noticia de estos nuevos acaecimientos, manifestó Alejandro VI su desaprobación contra aquel intento criminal. Inútilmente procuró el embajador florentino cambiar el ánimo del Papa; éste condenó la prueba de fuego con las más severas expresiones, y asimismo juzgaron los cardenales y toda la Corte romana. El embajador florentino defendía, por su parte, la opinión: que el único medio de impedir la prueba sería, que el Papa absolviera á Savonarola. Pero semejante exigencia requería verdaderamente del Papa una cosa imposible (2).

Entretanto había llegado el 7 de Abril, día en que el franciscano Juliano Rondinelli había de sufrir la prueba de fuego contra el dominico Domingo da Pescia, en la plaza de la Señoría. Savonarola no se oponía ya por su parte á este intento, por efecto de ciertas apariciones de ángeles que pretendía haber tenido el sonámbulo Fray Silvestre. El día mencionado celebró una misa y pronunció luego una breve alocución al pueblo reunido. «No puedo garantizaros, les dijo, el que la prueba de fuego tendrá lugar, porque esto no depende de nosotros. Pero puedo sí aseguraros que, si llega á realizarse, la victoria quedará por nuestra causa.» Luego salió acompañado de todos sus frailes, los cuales entonaban el Salmo: «Levántese Dios, para que sean disipados sus enemigos»; y así se dirigieron á la plaza. En ésta se había congregado una inmensa muchedumbre, que aguardaba con suma expectación el nunca visto espectáculo. Para conservación del orden había tomado la Señoría las más previsoras disposiciones. Habíanse levantado dos hogueras juntas, de cuarenta varas de largo y cebadas con pez y aceite; entre las cuales quedaba un camino de suficiente anchura para que pudiera pasar por él un hombre. Eran ya las doce cuando los dominicos y sus partidarios llegaron á la plaza,

(1) Estos decretos se hallan en Villari II², xci-xciii.

(2) La opinión, que aún en la segunda edición de su obra II², 145 sostiene Villari, de que Alejandro VI fué favorable al juicio de Dios, ha venido á ser insostenible en presencia de los documentos publicados por Gherardi 217 s. Creighton III, 240, Pellegrini en el Arch. d. Soc. Rom. XI, 727 y Armstrong en la Engl. Hist. Review IV, 458, se declaran resueltamente contra la hipótesis de Villari. Cf. también Christophe II, 503, n. 1 y Cipolla 755, n. 2.

en solemne procesión, llevando Savonarola el Santísimo Sacramento. Los franciscanos habían ya acudido antes, con sencillez y sin aparato alguno, y así permanecían también callados y tranquilos, en la parte de la *loggia* que se les había señalado, mientras los dominicos oraban en voz alta.

Todo estaba dispuesto: pero entonces se promovió una disensión, por haber declarado Fray Domingo, que no entraría en el fuego sino revestido con los ornamentos sacerdotales y llevando la Sagrada Hostia; lo cual no quería conceder Rondinelli. Este calificaba de herejía el llevar consigo la Sagrada Hostia, por cuanto era seguro que había de arder en la prueba del fuego. Inútilmente procuraron componer esta disensión, mediante largas negociaciones, en las que tomaron también parte algunos representantes del Gobierno; y fué imposible llegar á un acuerdo, por cuanto el dominico se aferró á su propósito. No sólo entre los franciscanos, sino también en el pueblo, se levantó una general contradicción, oponiéndose todos á que llevara consigo la Sagrada Hostia; diciendo, con razón, que en ello había una profanación del Santísimo Sacramento. A pesar de lo cual, Domingo da Pescia y Savonarola fueron de contrario parecer; aun cuando, como sacerdotes, debían haber sabido, que el Derecho canónico prohíbe severamente el uso del Santísimo Sacramento para semejantes pruebas personales. Sólo para la adoración y refección espiritual de los fieles puede emplearse en la Iglesia el Cuerpo del Señor (1).

Entretanto había llegado el crepúsculo; los enemigos de Savonarola tomaban una actitud á cada instante más amenazadora; y la Señoría no pudo finalmente hacer otra cosa, sino ordenar á ambos partidos que se alejaran de la plaza. Pero entonces estalló la furia del pueblo, frustrado en su esperanza de ver un juicio de Dios; y naturalmente, se dirigió contra los dominicos, los cuales habían imposibilitado la prueba del fuego, por las dificultades que en el último momento opusieron.

La impresión que hizo todo esto en el pueblo apasionado fué tanto peor, cuanto que el franciscano se había mostrado dispues-

(1) Si Savonarola, dice Böhringer 999, creía en la posibilidad ó certidumbre de un milagro en favor de su causa, ¿por qué pretendía que su campeón llevase consigo la sagrada hostia á las llamas? Pero prescindiendo de esto, si la hostia había de ser un talismán, por decirlo así, en manos de Domenico, ¿qué hubiese sucedido, si Rondinelli hubiese tomado también otra? ¿No se hubiera entonces neutralizado el efecto?

to á penetrar en el fuego, sin otras exigencias, y aun sin la pretensión de obtener una salvación milagrosa. Generalmente se condenaba la indigna é ilícita conducta de Savonarola y su partido, el único que había afirmado que se realizaría un milagro; «generalizóse la persuasión, de que todo este asunto no había tenido otro fin que engañar» (1). Si Savonarola estaba tan cierto de la bondad de su causa—decían—¿por qué no había querido experimentar en sí mismo la prueba del fuego? ¿Por qué había persistido en que su hermano de religión no entrase en las llamas sino llevando el Santísimo Sacramento? Aun algunos de los partidarios del profeta decían, que él solo debía haber entrado en el fuego, para dar finalmente una irrefutable demostración de su misión di-

(1) Ranke, Studien 313-314 (cf. 352 s.), quien cita en su apoyo á Cerretani y la relación de Šomenzi, embajador de Milán, compuesta el mismo 7 de Abril, y publicada en el Arch. st. ital. N. S. XVIII, 2, 31 ss. Ranke sigue con razón de un modo particular al muy imparcial Cerretani, y rechaza la leyenda dominicana, que se halla en Violi y Burlamacchi, y en lo esencial ha sido repetida por Villari. Como fuente nueva, y descuidada ciertamente por Villari, hay que añadir también ahora á Sigismondo de' Conti (II, 194), cuyo testimonio es ya importante por esto, por reconocer las grandes cualidades de Savonarola. En el Giorn. st. d. Lett. ital. XII, 262 s. Pellegrini se ha declarado resueltamente contra la narración de la prueba del fuego, que con tendencias preconcebidas ha hecho Villari. Schnitzer advierte en el «Augsburger Postzeitung» 1898, Supl. p. 211: «En la descripción de la prueba del fuego, no seguimos, ni á los partidarios de Savonarola..., ni tampoco á sus adversarios..., sino las relaciones reconocidas por dignas de todo crédito, de los testigos oculares Nardi, Istorie p. 147-149, Landucci p. 168 s., Cambi en Ammirato, Istorie fiorent. p. 246. Según ellas, la culpa de haberse frustrado la prueba del fuego, no se ha de atribuir á Savonarola, sino á los Franciscanos.» Se ve, que este autor ignora simplemente á Cerretani, á quien Ranke y yo hemos seguido.—Pero no importa lo que él diga. Yo sigo ateniéndome lo mismo que antes, á Cerretani, celebrado con razón por Ranke, como «muy imparcial»; cierto es el juicio de Ranke (p. 353): «La prueba del fuego fracasó precisamente, porque los dominicos no quisieron ir al fuego sin el Corpus Christi; en esto no puede haber ninguna duda.» El pasaje de Cerretani, que resuelve esto, es el siguiente: Et dato principio frate Domenico disse volervi entrare cosi parato a messa et col sacramento in mano, la qual cosa da quello di S. Francesco fu negata dicendo essere eresia a mettere il sacramento nel fuoco che era certo che glarderebbe; il perche qui cominciò a nascere confusione. Per la qual cosa la Sig^{ta} per la parte del frate tolsono Franc. Valori et per la parte contro al frate Tommaso Antinori et Piero degli Alberti et mandorongli giu a loro superiori nella loggia et per far conclusione, non se ne trasse mai altro o che voleva l'ostia ò voleva uno crocifisso et cosi molte volte iti in sù e in giu da[i] frati alla Sig^{ta} loghororno sette ore nel quale tempo venne una grossissima acqua. Il popolo visto che quello di S. Franc. vi voleva entrare a ogni modo comincio a dannare frate Girolamo et parve loro essere uccellati. *Biblioteca nacional de Florencia.*

vina. Semejantes exigencias eran tanto menos de maravillar, cuanto el mismo Savonarola había alimentado en el pueblo la fe en semejantes signos prodigiosos. De esta manera perdió Savonarola en un día, ante los ojos de la muchedumbre, su aureola de profeta divino (1), con lo cual quedó decidida su desgracia, incurriendo en la implacable venganza del pueblo, que se veía defraudado en sus esperanzas (2).

Savonarola empeoró todavía su situación, subiendo, á la mañana siguiente (Domingo de ramos), al púlpito de San Marcos, con lo cual se rebelaba abiertamente contra los mandamientos de la Señoría. Aquel mismo día resolvió ésta que súbitamente saliese desterrado (3); pero no se llegó á ejecutar la orden. Los *compagnacci* resolvieron aprovechar la exacerbación del pueblo y poner término á los manejos de los *frateschi*; el mismo Domingo de ramos se llegó á una violenta colisión de los dos partidos hostiles en que la ciudad estaba dividida. Interrumpióse violentamente el sermón que pronunciaba un dominico en la catedral; Francesco Valori, principal apoyo de Savonarola, fué asesinado, y por fin asaltaron el convento de San Marcos. Savonarola había pensado seriamente, en el primer momento, en oponer resistencia armada; pero cuando se presentaron los funcionarios de la ciudad, exigiéndole que compareciese ante la Señoría, los siguió. El y Domingo da Pescia, fueron conducidos á la luz de antorchas por entre la furiosa muchedumbre del pueblo, que cubría al profeta de todo género de baldones (4). Savonarola sufrió su suerte con gran dignidad, y en la cárcel escribió conmovedores comentarios sobre los Salmos *Miserere* y *In te Domine speravi*.

Lo propio que á las demás Potencias italianas, hizo la Señoría notificar en seguida al Papa los recientes acontecimientos; y los enviados florentinos en Roma recibieron también el encargo de

(1) Il popolo se conturbò tutto quasi perdendo la fede del Profeta, escribe Landucci 169. Cf. Creighton II, 242. Cosci 456 y Perrens 378 ss.

(2) Frantz, Sixtus IV, 80.

(3) Este decreto ha sido publicado por Villari II², xciv. Cf. Portioli en el Arch. st. lomb. I, 351 s.

(4) Cf. las relaciones de Cerretani y Parenti, citadas por Ranke 314 s. «El furor del pueblo, dice el cronista Vaglianti, era tan grande, que si Savonarola (ya al volver de la prueba del fuego) no hubiese llevado el Santísimo Sacramento, le habrían hecho pedazos»; v. Riv. d. biblioteche dir. di G. Biagi IV, 60. V. También Jacopo Pitti, Ist. fior. en el Arch. st. ital. I, 52 y la carta de un agente de Mantua, publicada en el Arch. st. lomb. I, 347 s. y además Cosci 457 s.

solicitar del Pontífice una general absolución de todas las penas eclesiásticas en que podía haber incurrido, por haber tolerado tanto tiempo las predicaciones de Savonarola, y asimismo por haber procedido contra personas del estado eclesiástico; además se pedía plena facultad para poder juzgar á los religiosos prisioneros, y se tocaba de nuevo la cuestión de la imposición de tributos sobre los bienes eclesiásticos. Alejandro VI manifestó su alegría por que finalmente se hubiese puesto término á los abusos del excomulgado dominico; concedió de buena gana la absolución solicitada, pero exigió la entrega y envió á Roma de los presos. Mas aun cuando en el tiempo siguiente se repitió todavía con mucha instancia este mismo requerimiento, no se le dió oídos en Florencia. La dignidad de la República, pensaban, no sufría aquella extradición; y asimismo, era necesario que la sentencia se ejecutara donde se habían cometido los delitos. Finalmente se convino en que tuvieran intervención en el proceso dos delegados pontificios, y como tales se presentaron en Florencia (19 de Mayo), el General de la Orden Dominicana, Joaquín Turriano, y Francisco Romolino, obispo Ilerdense, de quien se tenía muy mala opinión; pero mucho antes que ellos llegaran, se había ya incoado el proceso; con lo cual se demuestra, que los enemigos de Savonarola habían llegado á ser dueños absolutos de la ciudad; y ciertamente no dejaron de emplear ningún medio de tormento y falsía.

Las declaraciones de Savonarola, arrancadas á fuerza de torturas, empleadas aun por parte de Romolino; desfiguradas, además, por intercalaciones ó supresiones de algunas proposiciones ó palabras, no prueban enteramente nada; y hasta qué punto estuviera justificada su sentencia de muerte, quedará siempre rodeado de incertidumbre. Mas la situación de Florencia era tal, que su Gobierno se había penetrado de la convicción, que á todo trance se había de poner término á los manejos de Savonarola. Con razón se ha observado acerca de esto, que la República se hallaba entonces en una tan peligrosa situación interior y exterior, que los florentinos creyeron proceder conforme al antiguo proverbio romano: *Salus populi suprema lex esto* (la salud del pueblo está por encima de todas las leyes); y que por consiguiente, les estaban permitidos hasta los más extremos medios de defensa (1). También Alejandro VI les impelía enérgicamente al cas-

(1) Cosci 460; cf. 462.

tigo de los inobedientes, que no se habían propuesto menos que arrojarle á él del trono pontificio, con el auxilio del poder secular.

Lo que se propalaba acerca de las «confesiones» de Savonarola era de suerte, que bastaba para desconcertar aun á los fieles partidarios de su divina misión y don profético; y así comenzó la defección en masa de sus secuaces. «A 29 de Abril de 1498—escribe en su diario el honrado Lucas Landucci—me hallé presente á la lectura de las actas del proceso de Savonarola, á quien nosotros teníamos por un profeta. En ellas confesaba que no era profeta; que sus predicciones no eran recibidas de Dios. ¡Cuando esto oí, me llené de admiración y asombro! ¡Un profundo dolor se apoderó de mi alma, cuando reconocí que se derrumbaba todo aquel edificio fundado sobre mentiras! Yo había creído que Florencia se había de convertir en una nueva Jerusalén, de la cual saldrían las leyes para la buena vida y la renovación de la Iglesia, la conversión de los infieles y el consuelo de los buenos; y ahora caí en la cuenta de todo lo contrario. Mi consuelo es la sentencia: *In voluntate tua, Domine, omnia sunt posita* («en tu voluntad, oh, Señor, están puestas todas las cosas») (1).

Aun la mayoría de los dominicos de San Marcos abandonó entonces á su maestro; y á 21 de Abril, dirigían á Alejandro VI cartas de disculpa: «No sólo nosotros—se dice en ellas—sino, aun varones de mucho mayor entendimiento, se dejaron engañar por la astucia de Fra Girolamo. La sutileza de sus doctrinas, la honestidad de su conducta, la santidad de sus costumbres, su hipócrita devoción; el prestigio que le daba el haber puesto un dique á las malas costumbres, á la usura y á otros vicios de todo género en Florencia; los numerosos acaecimientos que, sobre todo humano poder y entendimiento, confirmaban sus profecías, eran de suerte, que nosotros, si él mismo no se hubiese retractado, y declarado que sus palabras no habían sido de Dios, jamás hubiéramos podido ponerlo en duda. Nuestra fe en él era tan grande, que todos nosotros nos declaramos gozosamente preparados á exponer nuestra vida á la muerte en el fuego, para demostrar la verdad de sus enseñanzas» (2).

(1) Landucci 173.

(2) Villari II (edición alemana), 279. Cf. Perrens 597 ss. Tampoco faltaron otros, que al que antes habían encumbrado hasta las nubes, ahora le ultrajaban como impostor de una manera indigna; sobre las obras que tratan este punto, cf. *Spectator* en la *Allg. Zeitung* 1898, Supl. n. 169.

Como era de prever, el proceso terminó con la sentencia de muerte, pronunciada á 22 de Mayo contra Savonarola, y juntamente contra Fra Domenico y Fra Silvestro, «por los enormes crímenes de que habían sido convencidos»; y al día siguiente se ejecutó el fallo.

Los sentenciados recibieron los sacramentos de la confesión y la comunión, y murieron con ánimo esforzado y sereno. Ante todo se los despojó de sus dignidades eclesiásticas, como herejes (1), cismáticos y despreciadores de la Santa Sede; y luego fueron relajados al brazo secular y ejecutados. Parece que uno de los espectadores gritó á Savonarola, en el momento en que subía al cadalso: «¡Ea, profeta; ha llegado la hora! ¡haz el milagro!» Los cadáveres de los ahorcados fueron arrojados á una hoguera; y como una ráfaga de viento alejara por un instante las llamas, muchos gritaron: ¡milagro! ¡milagro! Pero muy pronto envolvieron de nuevo las llamas los exánimes cuerpos; y para no dejar á los partidarios de Savonarola ninguna reliquia, se derramaron en el Arno sus cenizas (2).

Así acabó aquel hombre de gran talento y de costumbres enteramente puras (3), pero fantasioso y extremado, cuya falta

(1) Para los lectores que están poco familiarizados con la terminología eclesiástica, no juzgo superfluo advertir lo que sigue: No solamente los comisarios papales, sino también Alejandro VI, acusaban á Savonarola de esparcir *falsa et pestífera dogmata* (v. el breve de 12 de Mayo de 1498, publicado por Gherardi 267). Según el lenguaje usual de aquella época y según la jurisprudencia observada también por la inquisición eclesiástica en los siglos siguientes, estas expresiones no designan herejías propiamente dichas. Como lo hace notar muy justamente Grisar en la Zeitschr. für kathol. Theologie IV, 398, se llamaban también así, en ciertos casos, sólo las tendencias prácticamente cismáticas ó antieclesiásticas. «Por ejemplo, quien se hacía culpable de *insordescencia in excommunicatione*, ya por eso, á los ojos de la ley, incurría en sospecha de herejía, porque parecía negar el derecho que tiene el poder eclesiástico de decretar la excomunión, ó la necesidad de pertenecer á la Iglesia.» A esto se añadía también, en Savonarola, el papel de profeta enviado de Dios que se atribuía. Cf. la carta de los comisarios papales de 23 de Mayo de 1498, publicada por Rudelbach 494-497, de la que resulta claramente que, en el caso presente, se toma el término *herejía* en este sentido impropio.

(2) Landucci 177-178; cf. Villari II, 243 ss. V. también F. Ricciardi da Pistoja, Ricordi 51-52; Un teste oculare del supplizio del Savonarola, en la revista Zibaldone de 1 de Enero de 1888, y Villari-Casanova 503 ss. El conocido cuadro, que representa el suplicio de Savonarola, existente en el Palazzo Corsini de Florencia, pertenece, según Spectator (Allg. Zeitung 1898, Supl. n. 169), no más que al fin del siglo 16 ó al principio del 17.

(3) En la edición anterior decía yo «irreprochable cuanto á las costumbres». Todo lector ha conocido, que por estas palabras se ha de entender la

mayor fué el haberse inmiscuído en los negocios políticos, y haber desobedecido á la Santa Sede. Sus designios eran, por lo menos al principio de su acción pública, puros y rectos; pero luego se dejó arrastrar por su carácter apasionado y las exageraciones de su acalorada fantasía, mucho más allá de los justos límites que como religioso y como sacerdote le estaban señalados. Convirtiéndose en caudillo político, en político fanático, que llegaba á reclamar públicamente la muerte de todos los enemigos de la patria; y esto debía necesariamente acarrear su ruina. En teoría, permaneció Savonarola siempre fiel al dogma católico, como tal; bien que, con su menosprecio de la excomunión fulminada contra él, y con sus planes de concilio, que, en caso de haberle sucedido según sus deseos, debían conducir al cisma, manifestó prácticamente tendencias contrarias á la Iglesia (1). Es verdad que puede servirle de alguna

pureza de costumbres. Con todo, como el profesor de filosofía Commer (*Jahrb. für Phil.* 1899, p. 339) ha dado á estas palabras otra interpretación, las he cambiado para evitar ulteriores malas inteligencias. El entretenerme en otros escrutinios de palabras, que ha hecho Commer, sería desperdiciar tiempo y espacio; por lo demás el artículo de este escritor confirma el razonado juicio, que se halla en el escrito «Zur Beurtheilung Savonarola's», p. 9 s., 19 s., acerca del «historiador» Commer, quien ni siquiera podía distinguir claramente las Logias y las Estancias.

(1) La opinión de los antiguos luteranos, de que Savonarola pertenece al número de los precursores de la Reforma, y de que ya enunció el principio de la justificación por la fe, no puede ser actualmente sostenida con sinceridad por ningún serio investigador (cf. Guerzoni, *Rinascimento* 80, y *Jahresberichte der Geschichtswissenschaft* I [1878], 325, 360). Fuera de Marchese (I, 193 ss.), Villari se ha conquistado indiscutiblemente grandes méritos en refutar y relegar esta opinión antihistórica, defendida especialmente por Rudelbach; aunque, no poseyendo conocimiento completo de la teología y filosofía católicas, no ha evitado el caer en contradicciones y errores. Schwab en el *Bonner Literaturblatt* IV, 897 y Frantz, *Sixtus IV.*, xv s., 91-93, ya han advertido esto, pero Villari ha ignorado estas críticas para su propio daño. La rara idea de poner en el monumento á Lutero de Worms, al prior de S. Marcos, que en su hermosa obra «Triunfo de la cruz» (traducida por Selmann, Berlín, 1898, sobre esta obra maestra apologética de Savonarola, cf. Glossner, *Savonarola als Apologet und Philosoph* [Paderborn 1898] S. 62 s.) ha establecido la igualdad entre el separarse de la Iglesia Romana y el separarse de Cristo (*Qui ab unitate Romanae Ecclesiae doctrinam dissentit, procul dubio per devia aberrans a Christo recedit, sed omnes haeretici ab ea discordant, ergo ii a recto tramite declinant neque Christiani appellari possunt*. Lib. IV, c. 6), ha suscitado un buen número de escritos católicos, que ponen de manifiesto la ortodoxia de Savonarola. Pertenecen á esta clase: 1) *Das Lutherdenkmal zu Worms im Lichte der Wahrheit*. Maguncia 1868. 2.ª edición, 1869. 2) Rouard de Card, *H. Savonarola und das Lutherdenkmal zu Worms*, traducido al alemán. Berlín 1868. V. también Sickinger, *Savonarola. Eine historische Studie*. Würzburg

disculpa el que, así en Florencia como en Roma, y aun en toda Italia, reinaban por entonces las más deplorables circunstancias morales, y el aseglaramiento del pontificado alcanzaba su apogeo con Alejandro VI. Pero en su ardoroso celo por la renovación moral, no sólo se dejó arrastrar Savonarola hasta los más desmesurados ataques contra el clero superior é inferior, sino perdió enteramente de vista, que semejantes afrentosas predicaciones eran á propósito para privar al estado eclesiástico de todo su prestigio.

Olvidóse también enteramente, de que el oficio de la predicación depende de la misión de los prelados, y que una excomunión, que no sea notoriamente inválida, ha de ser observada en público por aquel contra quien se ha pronunciado. En hacerse pasar por profeta enviado de Dios, por ventura estaba lejos de él el designio

1877. Frantz, Sixtus IV, 80 s. Cipolla 760. Dittrich, Contarini 478 s. Cantú, Eretici I, 232 é Ital. ill. III, 640 s. Capponi, Gesch. der florent. Republik II, 229. American Catholic Quarterly Review XIV (1889), 36 ss. y Hergenröther VIII, 335. Este último escribe sobre Savonarola: «Ciertamente no era hereje formal ni precursor de la llamada Reforma, si el hacer oposición al Papa no basta por sí solo para decidir la cuestión; su doctrina era enteramente católica, sus escritos, excepto unos pocos, que fueron incluidos en el índice, no han sido refutados en la Iglesia.» El dominijó C. Bayonne ha extremado tanto el celo de la reacción contra la idea antinistórica, que hace de Savonarola un precursor de la pretendida Reforma, que ha llegado á escribir un libro (*Étude sur J. Savonarola d'après des nouveaux documents*. Paris 1879), jcon el fin de allanar el camino para la canonización del mismol Los «nuevos documentos» en que se apoya, han sido publicados por Gherardi; nada se halla en ellos que justifique la tesis de Bayonne. Ni tampoco demuestra nada en su favór, la veneración y grande aprecio, que S. Felipe Neri y Sta. Catalina de Ricci profesaron á Savonarola. Es de todo punto inexacto que Benedicto XIV, haya inscrito á Savonarola «en el Catálogo de los santos y bienaventurados siervos de Dios»; cf. Grisar en la *Zeitschr. für kathol. Theologie* IV, 392 s. Por lo demás, Bayonne se pone en pugna con la antigua tradición de su orden. Los documentos publicados por Gherardi, 329 ss., demuestran, cómo por espacio de un siglo, los superiores de los dominicos hicieron entre sus súbditos una guerra formal á la memoria de Savonarola, y prohibieron sus retratos y hasta pronunciar su nombre. Sobre una ramificación herética de la tendencia de Savonarola, v. más arriba, introducción, p. 234 s. Notorio es, cómo en el siglo xvi, durante las revueltas de 1527-1530 y en la época de la oposición hecha al gran duque Alejandro Médici, las opiniones y agitación de Savonarola revivieron de nuevo y ejercieron no pequeña influencia. Respecto á eso, además de los documentos que trae Gherardi l. c., puédese consultar de un modo especial á Marchese, *Scritti* I, 307 s. Reumont III, 1, 504 es de opinión, que en la descripción y apreciación del influjo que ejerció Savonarola en el clero florentino de su época, se ha introducido alguna exageración. Según el estado actual de las investigaciones, no se puede pronunciar un juicio preciso sobre esta materia; como quiera que sea, sería muy provechoso un trabajo, que pusiera en claro este asunto.

de engañar; mas al propio tiempo dió demasiado pronto la prueba de que el espíritu que le animaba no venía de arriba; pues el argumento de la misión divina es ante todo la humilde obediencia hacia la autoridad suprema por Dios constituida. Esta obediencia faltó á Savonarola de todo punto. «Tuvo demasiada estima de sí, y se levantó contra una potestad, á quien nadie puede atacar sin perjudicarse por el mismo caso á sí propio. No pueden mejorarse las cosas por medio de la desobediencia, ni era éste, ciertamente, el camino para llegar á ser un apóstol de Florencia y de Roma» (1).

(1) Juicio del cardenal Newmann, Vorträge u. Reden (traducción alemana, Colonia, 1860, p. 214); cf. Rohrbacher-Knöpfler, 277. Cesare Balbo, Storia d' Italia (ediz. decima. Firenze 1856), escribe acerca del prior de S. Marcos (p. 276): Di Savonarola chi fa un santo, chi un eresiarca precursor di Lutero, chi un eroe di libertà. Ma son sogni: i veri santi non si servon del tempio a negozi umani; i veri eretici non muoion nel seno della Chiesa, come morì, benché perseguitato, Savonarola; e i veri eroi di libertà sono un po' più sodi, non si perdono in chiasso come lui. Fu un entusiasta di bon conto; e che sarebbe stato forse di buon pro, se si fosse ecclésiasticamente contentato di predicare contro alle crescenti corruttele della spensierata Italia. Con el juicio de Newmann se declara perfectamente conforme el prof. F. X. Kraus, en un estudio relacionado con mi escrito «Zur Beurtheilung Savonarola's» (Lit. Rundschau 1898, Sp. 68); sólo desea un examen más detenido del estado mental de Savonarola, el cual declara «enteramente patológico.» El Dr. Cardauns, quien se adhiere asimismo á mis apreciaciones, se refiere á este último punto (loc. cit. p. 535-536), cuando escribe: «Reuniendo en una persona el ser sacerdote, profeta político y cabeza de partido, mezcló hasta lo insostenible lo humano y lo divino, lo bajo y lo sublime, y por esto se perdió. Qué parte tuvieron en sus palabras y acciones la ajena perversidad y la propia culpa, la corrupción de la Iglesia de Cristo, á la que en todo su extravío amó con ardor y fidelidad, la disposición natural que le dió el hado y la morbosa sobreexcitación de la fantasía ó la ambición y soberbia—el pesar todo esto con entera precisión y justicia, nunca se hallará en estado de hacerlo el juicio humano. Quizá haya que tenerse también presente, mucho más de lo que hasta ahora generalmente se supone, aquel estado misterioso del espíritu, en el cual el ingenio toca los límites de la enfermedad mental, sin traspasarlos.» Finalmente son dignas de suma atención las explicaciones de Spectator (Allg. Zeitung 1898, Supl., n.º 248), quien con muy graves razones defiende la opinión, de que en Savonarola se puede admitir una psicosis. «La constitución enfermiza, la sobreexcitación causada á la vista del estado de la Iglesia, que ponía espanto á todo corazón recto, habían creado en él una disposición, por la que todo se explica: tanto sus autosugestiones respecto del don de profecía y de la propia misión, como las intemperancias y extravagancias en la lucha contra Alejandro VI, no menos que la idea de que se podía convertir á Florencia en un monasterio.»

ÍNDICE DE LAS PERSONAS CITADAS

en el presente volumen

- Acciaiuoli, Zanobi**, 222.
Adinari, Diodata degli, 74.
Adorna, Catalina Fiesco, 124.
Adriano de Corneto, 173-175.
Agazzari, Esteban, 122.
Albergati, Nicolás d' (obispo de Polonia y cardenal) 121, 122.
Alberici, María degli, 123.
Alberti, Antonio, 71.
Alberti, Bartolomea (hermana de Antonio) 71.
Alberti, León Bautista, 62, 110, 111, 139, 147, 153, 218.
Alberti, Nicolao degli, 102.
Alberto (rey de Polonia) 411.
Alberto da Sarteano, 199.
Albrét, Alain d' (cardenal) 305.
Alegreto Alegreti, 125.
Alegreto, Barbaro, 68.
Alemanus, Jacobo (dominico) 123.
Alejandro de Forli (obispo) 96.
Alejandro VI (papa) 50, 86, 87, 88, 103, 121, 125, 126, 133, 156, 160, 162, 169, 170, 177, 194, 195, 209, 231, 232, 233, 244, 251, 252, 254, 255, 256, 277, 319, 331, 336, 341, 349, 364-368, 377-543.
Alessandro, Antonio d', 406, 416.
Alfonso de Calabria (Alfonso II de Nápoles, esposo de Lucrecia Borja) 149, 254, 266, 267, 268, 272, 274, 276, 277, 296, 408, 415, 416, 420, 422, 426, 428, 431, 436, 447, 454.
Alidosi, Francisco (obispo de Pavia y cardenal) 195.
Allosio, Enrique de (cardenal) 121.
Altieri, Marco Antonio (humanista) 137-138.
Alviana, Bartolomea, 469.
Alviano, Bartolomé (condottiero) 177.
Amadeo (franciscano beato) 123.
Ana de Bretaña (reina de Francia) 296, 305.
Andrés de Florencia, 220.
Andrés de Módena (franciscano) 122.
Andrés de Monterealé (agustino) 123.
Andrés de Peschiera (dominico, beato) 123.
Andrés de Trebisonda, 335.
Andrés Paleólogo (déspota de Morea) 447.
Angela, Félix, 123.
Angélico, Fra (pintor) 118, 122, 133.
Angelina (clarisa de Espoleto) 122.
Angelina de Corbara, Santa, 99.
Angelina de Marsciano (terciaria franciscana) 122.
Angelo de Chiavasso, 123.
Angelus (obispo de Orte) 304.
Anselmo (cronista) 236.
Antoniasso, Romano, 96, 261.
Antonino, San (arzobispo de Florencia) 74-75, 79, 85, 98, 120, 123, 125, 126, 133, 142, 146, 204, 232.
Antonio ab Ecclesia, 123.
Antonio de Bitonto, 199.
Antonio de Rímini, 199.
Antonio de Stronconio, 123.
Antonio de Vercelli, 133, 137, 179, 180, 199.
Aphrodisias, Alejandro, 183.
Aquilano, Serafín, 369.
Arbués, Pedro, 350.
Arcángelo de Calatafimi, 123.
Arcimboldi (cardenal) 264, 358.
Aretino, Pedro, 168.
Arignano, Domenico de (primer esposo de Vanozza) 365.

- Graf, A., *Attraverso il Cinquecento*. Torino 1888.
- Grassis, Paris de, *Diarium*, in Döllinger, *Beiträge* III, 363–433. Wien 1882.
- Grassis, Paris de, *Diarium*, ed. L. Frati, *Le due spedizioni militari di Giulio II tratte dal Diario di Paris de Grassis Bolognese con documenti*. (Documenti e Studi pubbl. p. c. della deputaz. di storia p. le provincie di Romagna. Vol. I.) Bologna 1886.
- Graziani, *Cronaca della città di Perugia secondo un codice appartenente ai conti Baglioni*, pubbl. per cura di Ariodante Fabretti con annotazioni del medesimo, di F. Bonaïni e F. Polidori. *Archivio stor. ital.* T. II, XVI. Firenze 1850 s.
- Gregorovius, F., *Wanderjahre in Italien*. 5 Bde. Leipzig 1864–1880.
- Gregorovius, F., *Das Archiv der Notare des Capitols*, in d. *Abhandl. der historischen Klasse der bayerischen Akademie der Wissenschaften*. München 1872.
- Gregorovius, F., *Lucrezia Borgia, nach Urkunden und Correspondenzen ihrer eigenen Zeit*. 2 Bde. Stuttgart 1874. (Dritte, verbesserte und vermehrte Auflage. Stuttgart 1875.)
- Gregorovius, F., *Geschichte der Stadt Rom im Mittelalter*. Vom. 5. bis zum 16. Jahrhundert. Dritte, verbesserte Auflage. Bd. VII und VIII. 1880. (VII. Bd. in 4 Aufl. 1894.)
- Gregorovius, F., *Die Grabdenkmäler der Päpste. Marksteine der Geschichte des Papstthums*. Zweite, neu umgearb. Aufl. Leipzig 1881.
- Grimm, H., *Leben Michelangelo's*. 5 Aufl. 2 Bde. Berlin 1879.
- Grimm, H., *Leben Raphaels*. 2 Aufl. Berlin 1886.
- Grisar, H., *Zu den neuen Publicationen über Savonarola*, in der *Zeitschr. f. kathol. Theol.* IV, 391 s. Innsbruck 1880.
- Gröne, V., *Die Papst-Geschichte*. Bd. II. 2 Aufl. Regensburg 1875.
- Grotefend, H., *Quellen zur Frankfurter Geschichte*. Erster Band: *Frankfurter Chroniken und annalistische Aufzeichnungen des Mittelalters*, bearbeitet von Dr. R. Froning. Frankfurt a M. 1884.
- Grumello, A., *Cronaca de 1467–1529 sul testo a pena etc.*, in der *Raccolta di cronisti e documenti storici lombardi inediti*. Vol. I. Milano 1856.
- Gruyer, F. A., *Essai sur les fresques de Raphaël au Vatican*. Chambres. Paris 1859.
- Güdemann, W., *Geschichte des Erziehungswesens der abendländischen Juden*. Bd. II. Wien 1884.
- Guettée, *Histoire de l'église de France*, T. VIII. Paris 1853.
- Guglielmotti, Alb., *Storia della Marina Pontificia nel medio evo dal 728 al 1499*. Vol. II. Firenze 1871.
- Guglielmotti, Alb., *La guerra dei Pirati dal 1500 al 1560*, 2 vol. Firenze 1876.
- Guglielmotti, Alb., *Storia delle fortificazioni nella spiaggia Romana*. Roma 1880.

- Guhl, E., *Künstlerbriefe*. Zweite, vermehrte Auflage von A. Rosenberg. Bd. I. Berlin 1880.
- Guicciardini, Fr., *Storia d'Italia*. Vol. I ss. Capolago 1836 s. (se sobreentiende siempre que citamos sólo Guicciardini.)
- Guicciardini, Fr., *Opere inedite illustr. da G. Canestrini*. 10 vols. 1854—1868.
- Guicciardini, *Storia Fiorentina*, en las *Opere inedite* III.
- Guidicini, Gius., *Miscellanea storico-patria Bolognese*. Bologna 1872.
- Häbler, C., *Der Streit Ferdinands des Katholischen und Philipps I. um die Regierung von Castilien 1504—1506*. Dissert. Dresden 1882.
- Haeser, Heinrich, *Lehrbuch der Geschichte der Medicin und der epidemischen Krankheiten*. Dritte Bearbeitung. Bd. I und III. Jena 1875—1882.
- Hassner, P., *Grundlinien der Geschichte der Philosophie*. (Grundlinien der Philosophie als Aufgabe, Geschichte und Lehre zur Einleitung in die philosophischen Studien. Bd. II.) Mainz 1881.
- Hagen, A., *Raphaels Disputa*, in R. Naumanns Archiv für die zeichnenden Künste. Jahrg. VI, p. 124—143. Leipzig 1860.
- Hagen, Th., *Die Papstwahlen von 1484 und 1492*. Programm des Vincentinum. Brixen 1885.
- Hahn, *Geschichte der Ketzler im Mittelalter*. Bd. II. Stuttgart 1847.
- Hain, L., *Repertorium bibliographicum*. 4 vols. Stuttgart 1826—1838.
- Hammer, J. von, *Geschichte des osmanischen Reiches, grossentheils aus bisher unbenutzten Handschriften und Archiven*. Bd. II. Pest 1828.
- Harff, A. von, *Pilgerfahrt von Cöln durch Italien, Syrien u. s. w. in den Jahren 1496—1499*, herausgegeben von E. von Groote. Cöln 1860.
- Hase, K., *Savonarola*. Zweite verbesserte Auflage. (Neue Propheten. 2. Heft.) Leipzig 1861.
- Hase, K., *Erinnerungen an Italien in Briefen*. Leipzig 1890.
- Hausmann, M., *Geschichte der päpstlichen Reservatfälle*. Ein Beitrag zur Rechts- und Sittengeschichte. Regensburg 1868.
- Hausrath, A., *Martin Luthers Romfahrt*. Nach einem gleichzeitigen Pilgerbuche erläutert. Berlin 1894.
- Hautz, J. F., *Geschichte der Universität Heidelberg*, herausgeg. von Reichlin-Meldegg. Bd. I, Mannheim 1862.
- Havemann, W., *Geschichte der italienisch-französischen Kriege von 1494—1515*. 2 Bde. Hannover 1833.
- Hefele, C. J., *Der Cardinal Ximenes und die kirchlichen Zustände Spaniens am Ende des 15. und Anfange des 16. Jahrhunderts*. Insbesondere ein Beitrag zur Geschichte und Würdigung der Inquisition. Tübingen 1844.
- Heidenheimer, H., *Machiavelli's erste römische Legation*. Ein Beitrag zur Beleuchtung seiner gesandtschaftlichen Thätigkeit. Strassburger Dissertation. Darmstadt 1878.

- Heidenheimer, H., Petrus Martyr und sein opus epistolarum. Berlin 1881.
- Heidenheimer, H., Die Correspondenz Sultan Bajazets II. mit Papst Alexander VI., en Briegers Zeitschrift für Kirchengeschichte V, 511—573. Gotha 1882.
- Heimbucher, M., Die Orden und Congregation in der katholischen Kirche. 2 Bde. Paderborn 1896—1897.
- Heinrich, J. B., Dogmatische Theologie. Bd. II. Mainz 1876.
- Helbig, W., Führer durch die Sammlungen classischer Alterthümer in Rom. Bd. I. 2. Aufl. Leipzig 1899.
- Helyot, H., Geschichte der Klöster und Ritterorden. 8 Bde. Leipzig 1753.
- Hergenröther, J., Anti-Janus. Eine historisch-theologische Kritik der Schrift: «Der Papst und das Concil, von Janus». Freiburg i. Br. 1870.
- Hergenröther, J., Katholische Kirche und christlicher Staat in ihrer geschichtlichen Entwicklung und in Beziehung auf die Fragen der Gegenwart. Historisch-theologische Essays und zugleich ein Anti-Janus vindicatus. Zwei Abtheilungen. Freiburg i. Br. 1872.
- Hergenröther, J., Handbuch der allgemeinen Kirchengeschichte Bd. II und III. Freiburg i. Br. 1877—1880. (3. Aufl. 1884—1886.)
- Hergenröther, J., Conciliengeschichte. Nach den Quellen dargestellt. Bd. VIII (Fortsetzung der Conciliengeschichte von Hefele). Freiburg i. Br. 1887.
- Hertzberg, G. F., Geschichte Griechenlands seit dem Absterben des antiken Lebens bis zur Gegenwart. 4 Bde. Gotha 1876—1879.
- Hertzberg, G. F., Geschichte der Byzantier und des osmanischen Reiches bis gegen Ende des sechzehnten Jahrhunderts. (Allgem. Geschichte in Einzeldarstellungen herausgeg. von Wilh. Oncken.) Berlin 1883.
- Hettinger, F., Apologie des Christenthums. 3 Bde. Freiburg 1863—1867.
- Hettner, H., Italienische Studien. Zur Geschichte der Renaissance. Braunschweig 1879.
- Heyd, W., Geschichte des Levantehandels im Mittelalter. Bd. II. Stuttgart 1879. (Edit. française refondue et considérablement augmentée par l'auteur, Traduct, de F. Raynaud. 2 vols. Paris 1885—1886.)
- Hillebrand, K., Zeiten, Völker und Menschen. Bd. II. Berlin 1875.
- Hinschius, P., System des katholischen Kirchenrechts. Berlin 1869 s.
- Höfler, C., Italienische Zustände gegen Ende des fünfzehnten und im Anfange des sechzehnten Jahrhunderts, in den Abhandlungen der III. Klasse der k. bayerischen Akademie der Wissenschaften. Bd. IV, Abtheil. 3. München 1845.
- Höfler, C. v., Die romanische Welt und ihr Verhältniss zu den Reformideen des Mittelalters. Wien 1878.
- Höfler, C. v., Zur Kritik und Quellenkunde der ersten Regierungsjahre Karls V. Abth. 2. Wien 1878.

- Höfler, C. v., Das diplomatische Journal des Andrea del Burgo, kaiserl. Gesandten zum Congresse von Blois 1504, und des erzherzogl. Secretärs Joh. Haneton Denkschrift über die Verhandlungen König Philipps und König Ludwigs XII. 1498—1506, en la Sitzungsberichten der Wiener Akademie 1885.
- Höfler, C. v., Der Hohenzoller Johann Markgraf von Brandenburg. München 1889.
- Höfler C. v., Don Rodrigo de Borja (Papst Alexander VI.) und seine Söhne, Don Pedro Luis, erster, und Don Juan, zweiter Herzog von Gandia aus dem Hause Borja. Wien 1889.
- Höfler, C. v., Die Aera der Bastarden am Schlusse des Mittelalters. (Abhandlungen der k. böhm. Gesellschaft der Wissenschaften.) Prag 1891.
- Höfler, C. v., Die Katastrophe des herzogl. Hauses der Borja's von Gandia. Wien 1892.
- Hoffman, W., Studien über Italien. Frankfurt a. M. 1876.
- Hopf, C., Griechenland im Mittelalter und in der Neuzeit. (Allgemeine Encyclopädie, herausgeg. von Ersch und Gruber.) Erste Section, Bd. LXXXVI. Leipzig 1868.
- Huber, A., Geschichte. Oesterreichs Bd. III. Gotha 1888.
- Hüllmann, K. D., Städtewesen des Mittelalters. 4 Bde. Bonn 1826—1829.
- Jacobus Volaterranus, Diarium Romanum ab anno 1472 usque ad annum 1484. en Muratori, Script. XXIII, 81—203. Mediolani 1733.
- Jahrbuch der Königlich Preussischen Kunstsammlungen. Bd. I. ss. Berlin 1880 ss.
- Jahrbuch, historisches, der Görres-Gesellschaft, redigirt von Hüfer, Gramich, Grauert, Pastor und Schnürer. 19 Bde. Münster und München 1880—1898.
- Janitschek, H., Die Gesellschaft der Renaissance in Italien und die Kunst. Vier Vorträge Stuttgart 1870.
- Janner, F., Geschichte der Bischöfe von Regensburg. Bd. III. Regensburg 1886.
- Jannet, Cl., Le crédit populaire et les banques en Italie du XV^e au XVIII^e siècle. Paris 1885.
- Jansen, A., Leben des Soddoma. Stuttgart 1870.
- Janssen, J., Frankfurts Reichsrespondenz nebst anderen verwandten Actenstücken von 1376—1519. Zweiter Band in 2 Abtheilungen. Freiburg i. Br. 1866 u. 1873.
- Janssen, Joh., Geschichte des deutschen Volkes seit dem Ausgang des Mittelalters. Bd. I. 16. und 17. Aufl., bes. von E. Pastor. Freiburg i. Br. 1897.
- Janssen-Pastor, Geschichte des deutschen Volkes. Bd. VIII. 1.—12. Aufl. Freiburg i. Br. 1894.
- Infessura, Stef., Diario della città di Roma. Muratori, Script. III, 2, 1111—1252. Neue Ausgabe von O. Tommasini in d. Fonti per la storia d'Italia. Roma 1890.

- Joller, Cardinal Schinner als katholischer Kirchenfürst. Eine historische Skizze' in den Blättern aus der Walliser Geschichte. Herausgeg. von dem geschichtsforschenden Verein von Oberwallis. Jahrg. I, p. 49—42. 65—69. Sitten 1890.
- Jorry, Storia di Papa Alessandro VI, 1431—1503. Genova 1855.
- Jovanovits, Forschungen über den Bau der Peterskirche zu Rom. Wien 1877.
- Jovius, P., Vitae illustrium virorum. 2 vols. Basileae 1576—1577.
- Jovius, P., Elogia virorum literis illustrium. Basileae 1577.
- Katholik, Der. Zeitschrift für kathol. Wissenschaft und kirchliches Leben. Jahrb. I. ss. Strassburg und Mainz 1820—1893.
- Keiblinger, F. A., Geschichte des Benedictinerstiftes Welk in Niederösterreich, seiner Besitzungen und Umgebungen. Bd. I. Wien 1867.
- Kerschbaumer, A., Geschichte des deutschen Nationalhospizes «Anima» in Rom. Nach authentischen, bisher unbenutzten Quellen. Wien 1858.
- Kervyn de Lettenhove, Philipp de Commynes, ses lettres et négociations, publ. avec un comment. historique par K. de L. 3 vols. Bruxelles 1867—1874.
- Kindt, B., Die Katastrophe Ludovico Moro's in Novara im April 1500. Eine quellenkritische Untersuchung. Dissertation. Greifswald 1890.
- Kirche oder Protestantismus. 3. Aufl. Mainz 1883.
- Kirchenlexikon oder Encyklopädie der kathol. Theologie und ihrer Hilfswissenschaften, herausgeg. von H. J. Wetzer und B. Welte. Freiburg i. Br. 1847—1856. 12 Bde. Zweite Auflage, begonnen von J. Card. Hergenröther, fortgesetzt von F. Kaulen. 9 Bde. Freiburg 1882 ss.
- Klaczko, J., Florentiner Plaudereien. Deutsch von Lauser. Berlin 1884.
- Klaczko, J., Jules II. Paris 1898.
- Klein, J. L., Geschichte des Drama's. Bd. IV: Das italienische Drama. Erster Band. Leipzig 1866.
- Knackfuss, H. Raphael. Zweite Auflage. Bielefeld und Leipzig 1895.
- Knebel, Joh., Tagebuch 1473—1479, in Basler Chroniken, herausgeg. von W. Vischer und H. Boos. Bd. II und III. Leipzig 1890—1887.
- Knepper, J., Nationaler Gedanke und Kaiseridee bei den elsässischen Humanisten. (Erläuterungen und Ergänzungen zu Janssens Geschichte des deutschen Volkes. Herausgeg. von L. Pastor. Bd. I, Heft 2 und 3.) Freiburg i. Br. 1898.
- Knöpfler-Rohrbacher, Universalgeschichte der katholischen Kirche. Bd. XXIII. Münster 1883.
- Knuth, C., Beiträge zur Kritik des Geschichtschreibers Jean d'Auton, Hofhistoriograph des Königs Louis XII von Frankreich. Dissertation. Greifswald 1889.
- Kobler, A., Katholisches Leben im Mittelalter. Innsbruck 1887.
- Kohler, Ch., Les Suisses dans les guerres d'Italie de 1506 à 1512. (Mém. de la Soc. d'hist. de Genève.) Genève 1896.

- Kolde, Th., Die deutsche Augustinercongregation und Johann von Staupitz. Ein Beitrag zur Ordens- und Reformationsgeschichte. Gotha 1879.
- Kraus, F. S., La Camera della Segnatura. Firenze 1890.
- Kraus, F. X., Dante. Sein Leben und seine Werke, sein Verhältniss zur Kunst und Politik. Berlin 1897.
- Krieger, A., Ueber die Bedeutung des 4. Buches von Coccinius' Schrift *De bellis Italicis* für die Geschichte Maximilians des Ersten. Heidelberg 1886.
- Krones, F. v., Handbuch der Geschichte Oesterreichs Bd. II. Berlin 1877.
- Kuglers Handbuch der Geschichte der Malerei seit Konstantin dem Grossen. Zweite Auflage von Dr. Jakob Burkhardt. Bd. II. Berlin 1847.
- Labbe, Ph., *Sacrosancta Concilia*. 21 vols. Venet. 1728—1733.
- Lämmer, H., Zur Kirchengeschichte des 16. und 17. Jahrhunderts. Freiburg i. Br. 1863.
- Lamansky, Vlad., *Secrets d'état de Venise: Documents, extraits, notices et études servant à éclaircir les rapports de la Seigneurie avec les Slaves et la porte Ottomane à la fin du 15^e et au 16^e siècle*. St Pétersb. 1884.
- Landucci, L., *Diario Fiorentino dal 1450 al 1516, continuato da un anonimo fino al 1542*, pubbl. da Jodoco del Badia. Firenze 1883.
- Lang, Caspar, Theologischer Grundriss der alt und jeweiligen christlichen Welt bei Abbildung der alten und heutigen katholischen Helvetia und sonderbar des alten christlichen Zürichs. 2 Theile. Einsiedeln 1692.
- Lange, K., Der Papstesel. Ein Beitrag zur Cultur- und Kunstgeschichte des Reformationszeitalters. Mit vier Tafeln in Lichtdruck. Göttingen 1891.
- Lanz, K., Einleitung zum ersten Bande der Actenstücke und Briefe zur Geschichte Kaiser Karls V. Wien 1857.
- Lazzari, A., Ugolino e Michele Verino. Torino 1897.
- Lea, H. Ch., A. history of the Inquisition of the middle ages. 3 vols. London 1889.
- Lebret, J. F., Geschichte von Italien. Theil VI, Halle 1784.
- Le Glay, Correspondance de l'empereur Maximilien I et de Marguerite d'Autriche 1507—1519. 2 vols. Paris 1839.
- Lehmann, P., Das Pisaner Concil von 1511. Inauguraldissertation. Breslau 1874.
- Leo, H., Geschichte von Italien. Theil III, IV und V. Hamburg 1829 s.
- Leonetti, A., Papa Alessandro VI, secondo documenti e carteggi del tempo. 3 vols. Bologna 1880.
- Leopardi, M., Vita di Niccolò Bonafede, vescovo di Chiusi e ufficiale nella Corte Romana dai tempi di Alessandro VI ai tempi di Clemente VII. Pesaro 1832.

- Leostello, Joampiero (da Volterra), Effemeridi delle cose fatte per il duca di Calabria 1484—1491, en Documenti per la storia, le arti e le industrie delle provincie Napoletane, p. p. cura di Gaetano Filangieri, principe di Satriano. Vol. I. Napoli 1883.
- L'Épinois, H. de, Alexandre VI. Revue des questions historiques XXIX, 357—427. Paris 1881.
- Letarouilly, P., Édifices de Rome moderne. Paris 1825—1857.
- Letarouilly, P., Le Vatican et la Basilique de St. Pierre de Rome. 3 vols. Paris 1882.
- Lettere di Michelangelo, pubblic. da G. Milanesi. Firenze 1875.
- Lettres de Ferry Carondelet à Marguérite d'Autriche publ. p. M. M. de la Brière et René de Maulde, en el Bulletin hist. et philol. du comité des travaux historiques, Année 1895, p. 98—134. Paris 1896.
- Lettres du roy Louis XII et du cardinal George d'Amboise. 4 vols. Bruxelles 1712.
- Leva, G. de, Storia documentata di Carlo V in correlazione all'Italia. P. I. Venezia 1803.
- Lichopowsky, E. M., Geschichte des Hauses Habsburg bis zum Tode Kaiser Maximilians I. Theil VIII. Wien 1844.
- Litio, Rob. de, v. *Robertus*.
- Literaturblatt, theologisches. In Verbindung mit der katholisch-theologischen Facultät und unter Mitwirkung vieler Gelehrten herausgeg. von Prof. Dr. F. H. Reusch. Jahrgang I—XII. Bonn 1866—1877.
- Litta, B., Famiglie celebri italiane. Disp. 1—183. Milano e Torino 1819—1881.
- Ljubic, S. Dispacci di Luca de Tollentis, vescovo di Sebenico, e di Lionello Cheregato, vescovo di Traù, nunzi apostolici in Borgogna e nelle Fiandre 1472 sino 1483. Zagreb 1876.
- Llorente, J. A., Geschichte der spanischen Inquisition. Uebersetzt von Höck. 4 Bde. Gmünd 1819—1822.
- Lübke, W., Geschichte der Plastik von den ältesten Zeiten bis auf die Gegenwart. 2 Bde, Leipzig 1870—1871.
- Lübke, W., Geschichte der italienischen Malerei. 2 Bde. Stuttgart 1878.
- Lünig, Christ., Codex Italiae diplomaticus. 4 vols. Francofurti 1725—1732.
- Lützow, Karl v., Die Kunstschatze Italiens, in geographisch-historischer Uebersicht geschildert. Stuttgart 1887.
- Luigi da Porto, Lettere storiche 1509—1518, Bart. ed Bressan. Firenze 1857.
- Luzio, A., Lettere inedite di Fra Sabba da Castiglione. Milano 1886.
- Luzio A., Federigo Gonzaga ostaggio alla Corte di Giulio II. Roma 1887.
- Luzio, A., I Precettori d'Isabella d'Este. Appunti e documenti. Ancona 1887.

- Luzio, A., e Renier, R., Delle relazioni di Isabella d'Este Gonzaga con Ludovico e Beatrice Sforza. Milano 1890.
- Luzio, A., e Renier, R., Francesco Gonzaga alla battaglia di Fornovo secondo i documenti Mantovani. Estratto dall'Archivio storico italiano. Serie V, tomo. VI. Firenze 1890.
- Luzio, A., e Renier, R., Mantova e Urbino. Isabella d'Este ed Elisabetta Gonzaga nelle relazioni famigliari e nelle vicende politiche. Torino-Roma 1893.
- Luzio, A., e Renier, R., Il lusso di Isabella d'Este, marchesa di Mantova. Roma 1896.
- Machiavelli, N., Le lettere famigliari, p. p. E. Alvisi. Firenze 1883.
- Machiavelli, N., Opere. 8 vols. Italia 1813.
- Machiavelli, N., Opere inedite, pubbl. da L. Passerini e G. Milanese. Firenze 1873 ss.
- Magenta, C., I Visconti e gli Sforza nel Castello di Pavia e loro attinenze con la Certosa e la Storia cittadina. 2 vols. Milano 1883.
- (Mai, A.) *Spicilegium Romanum*. T. I—X. Romae 1839—1844.
- Maistre (J. de), *Du Pape*. Louvain 1821.
- Makuscev, V., *Monumenta historica Slavorum meridionalium vicinorumque populorum e tabulariis et bibliothecis Italiae deprompta etc.* T. I, vol. I et II. Varsoviae 1874—1882.
- Malavolti, O., *Istoria de fatti e guerre de'Sanesi*. P. III dal 1405 al 1555. Venezia 1599.
- Malipiero, D., *Annali Veneti dall'anno 1457 al 1500 ordinati et abbreviati dal senatore Francesco Longo, en el Archivio storico italiano VII, p. I e II*. Firenze 1843.
- Mancini, G., *Vita di Leon Battista Alberti*. Firenze 1882.
- Manni, D. M., *Istoria degli anni santi dal loro principio fino al presente del MDCCCL (tratta in gran parte da quella del P. L. F. Tommaso Maria Alfani dell'Ord. de'Predicatori)*. Firenze 1750.
- Mansi, *Miscellanea*, v. *Baluze*.
- Mantuanus, Baptista, *Opera (De patientia—De vita beata)*. S. l. et a.
- Marchese, P. Vincenzo, *Memorie dei più insigni Pittori, Scultori e Architetti Domenicani*. Quarta edizione accresciuta e migliorata. 2 vols. Bologna 1876—1879.
- Marchese, V., *Scritti vari*. 2 vols. Firenze 1860.
- Marini, Gaet., *Degli archiatri Pontificii*. Vol. I. II. Roma 1784.
- Mariotti, *Sagio di memorie ist. della città di Perugia*. Perugia 1806.
- Martène, Ed., *Thesaurus nov. anecdotorum complectens regum ac principum aliorumque virorum etc.* 5 vols. Lutetiae 1717 sqq.
- Martène, Ed., et Durand, Urs., *Veterum scriptorum et monumentorum, historicorum, dogmaticorum, moralium amplissima collectio*. 9 vols. Parisiis 1724 sqq.
- Martyr, Petrus, *Opus epistolarum*. Amsterdam 1670.
- Massari, Ces., *Saggio storico-medico sulle pestilenze di Perugia e sul*

- governo sanitario di esse dal secolo XIV fino ai giorni nostri. Perugia 1838.
- Matagne, H., Une réhabilitation d'Alexandre VI (Critica de Ollivier) y Le card. R. Borgia, réponse au r. p. Ollivier en la Revue des quest. Hist. IH, 466—475; XI, 181—198. Paris 1870—1872.
- Matarazzo, Francesco, Cronaca della città di Perugia dal 1492 al 1503, pubbl. p. cura di Ariodante Fabretti. Archivio stor. ital. T. XVI, parte II. Firenze 1851.
- Maulde, M. de, Procédures politiques du règne de Louis XII. (Documents inédits sur l'histoire de France.) Paris 1885.
- Maulde-la-Clavière, de, Les origines de la Révolution française au commencement du XVI^e siècle, Paris 1889.
- Maulde-la Clavière, de, La diplomatie au temps de Machiavel. 3 vols. Paris 1892 à 1893.
- Maulde-la Clavière, de, Histoire de Louis XII. I. Partie: Louis d'Orléans. 2 vols. Paris 1890. II. Partie: La diplomatie. Paris 1893.
- Maulde-la Clavière, de, Les femmes de la Renaissance. Paris 1898.
- Maurenbrecher, W., Geschichte der katholischen Reformation. Bd. 1. Nördlingen 1880.
- Mazzuchelli, Gli scrittori d'Italia. 2 tom. Brescia 1753 s.
- Meier, F. K., Girolamo Savonarola. Berlin 1836.
- Meiners, Ch., Lebensbeschreibungen berühmter Männer. Bd. II. Zürich 1796.
- Mélanges d'archéologie et d'histoire (École française de Rome). Paris 1881 ss.
- Memorie Perugine di Teseo Alfani dal 1502 al 1527 pubbl. p. c. di F. Bonaini, con annotazioni del medesimo, di A. Fabretti e F. Polidori. Archivio storico ital. T. XVI, parte II, p. 247 ss. Firenze 1851.
- Memorie storiche di Mirandola, 4 vols. Mirandola 1872—1877.
- Memorie storiche e documenti sulla città e sull'antico principato di Carpi. T. I. Carpi 1877.
- Menzel, W., Christliche Symbolik. 2 Aufl. 2 Bde. Regensburg 1856.
- Michael de Mediolano, Sermonarium triplicatum. Basilea 1479.
- Michael, E., Ignaz v. Döllinger. 3. Aufl. Innsbruck 1894.
- Michaelis, A., Geschichte des Statuenhofes im vaticanischen Belvedere, en Jahrbuch des deutschen archäologischen Instituts V, 5 s. Berlin 1891.
- Michaud, Geschichte der Kreuzzüge. Uebers. von Ungewitter. 7 Bde. Quedlinburg 1827.
- Michelangelo, B., Le Rime, pubbl. da C. Guasti. Firenze 1863.
- Mignanti, F. M., Istoria della sacrosanta patriarcale Basilica Vaticana. Roma 1867.
- Migne, Dictionnaire des Cardinaux. Paris 1857.
- Minghetti, M., Raffaello. Bologna 1885.
- Mittheilungen des Instituts für österreichische Geschichtsforschung, redigirt von E. Mühlbacher. Bd. I ss. Innsbruck 1880 ss.

- Möhler, J. A., Kirchengeschichte. Herausgegeben von P. B. Gams O. S. B. 4 Bde. Regensburg 1867—1870.
- Mohl, R. v., Geschichte und Litteratur der Staatswissenschaften. Bd. III. Erlangen 1858.
- Molini, Documenti di storia Italiana. T. I. Firenze 1836.
- Molitor, W., und Wittmer, M., Rom. 2. Aufl. Regensburg 1870.
- Molmenti, P. G., La storia di Venezia nella vita privata dalle origini alla caduta della repubblica. 2. ediz. Torino 1880.
- Monumenta historica Soc. Jesu. S. Franciscus Borgia. P. I. Matriti 1894.
- Monumenta Hungariae historica. Acta extera. Mátyás. Vol. I—IV. Budapest. 1875—1878.
- Moreni, D. Memorie istoriche di S. Lorenzo di Firenze. T. II. Firenze 1817.
- Moroni, Gaetano, Dizionario di erudizione storico-ecclesiastica da S. Pietro sino ai nostri giorni. 109 vols. Venezia 1840—1879.
- Morsolin, B., Zaccaria Ferreri. Episodio biografico del sec. XVI. Vicenza 1877.
- Morsolin, B., L'Abbate di Monte Subasio e il concilio di Pisa 1511—1512. Venezia 1893.
- Morus, Biblioteca Picena ossia notizie storiche delle opere e degli scrittori Piceni. 5 vols. Osimo 1792 s.
- Mülinen, W. F. v., Geschichte der Schweizer Söldner bis zur Errichtung der ersten stehenden Garde 1497. Bern 1887.
- Müller, G., Documenti sulle relazioni delle città Toscane coll'oriente cristiano e coi Turchi fino all'anno MDXXXI. Firenze 1879.
- Müller, J. J., Des Heiligen Römischen Reiches Teutscher Nation Reichstags-Theatrum. 3 Theile. Jena 1713 ss.
- Müllner, L., Literatur und kunstkritische Studien. Wien und Leipzig 1895.
- Müntz, E., Les Précurseurs de la Renaissance. Paris et London 1882.
- Müntz, E., Les historiens et les critiques de Raphaël 1483—1883. Essai bibliographique pour servir d'appendice à l'ouvrage de Passavant avec choix de documents inédits ou peu connus. Paris 1883.
- Müntz, E., L'Atelier monétaire de Rome. Documents inédits etc. Paris 1884.
- Müntz, E., Les monuments antiques de Rome à l'époque de la Renaissance. Nouvelles recherches, en la Revue archéologique. Troisième Série: V, 350—363; VI, 27—42; VII, 124—139. 224—243. 336—341; VIII, 33—40. 319—336; IX, 54—63. 170—180. Paris 1884—1887.
- Müntz, E., La Renaissance en Italie et en France à l'époque de Charles VIII. Paris 1885.
- Müntz, E., Raphaël. Sa vie, son œuvre et son temps. Paris 1881. Nouvelle édition entièrement réfondue. Paris 1885.
- Müntz, E., La Bibliothèque du Vatican au XVI^e siècle. Paris 1886.
- Müntz, E., Les antiquités de la ville de Rome aux XIV^e, XV^e et XVI^e

- siècles. Topographie—monuments—collections, d'après des documents nouveaux. Paris 1886.
- Müntz, E., et P. Favre, La Bibliothèque du Vatican au XV^e siècle d'après des documents inédits. Paris 1887.
- Müntz, E., Les sources de l'Archéologie chrétienne. Paris 1887.
- Müntz, E., Histoire de l'Art pendant la Renaissance. I. Italie. 3 vols. Paris 1889—1895.
- Müntz, E., la Tiare pontificale du VIII^e au XVI^e siècle. Paris 1897.
- Müntz, E., Les arts à la cour des papes Innocent VIII, Alexandre VI, Pie III (1494—1503). Recueil de documents inédits ou peu connus. Paris 1898.
- Muratori, Lud., Rerum Italicarum scriptores praecipui ab anno aerae Christi D ad MD quorum potissima pars nunc primum in lucem prodiit ex codicibus Muratorius collegit, ordinavit etc. 28 vols. Mediolani 1723—1751.
- Nardi, Jacopo, Istorie della città di Firenze. ed. L. Arbib. 2 vols. Firenze 1838 sino 1841.
- Navagiero, A., Storia della repubblica Veneziana (—1498), en Muratori, Script. XXIII, 923 ss. Mediolani 1733.
- Navarrete, M. F. de, Colección de los viajes y descubrimientos que hicieron por mar los Españoles desde el fin del siglo XV. 2. edit. 2 vols. Madrid 1858—1859.
- Nemec, V., Papst Alexander VI. Klagenfurt 1879.
- Nibby, Le Mura di Roma. Roma 1820.
- Niccola della Tuccia, Cronaca di Viterbo. Cronache e statuti della città di Viterbo, pubblicati ed illustrati da Ignazio Ciampi. Firenze 1872.
- Nöthen, K. Cl., Geschichte aller Jubeljahre und ausserordentlichen Jubiläen der katholischen Kirche. Regensburg 1875.
- Nohl, M., Tagebuch einer italienischen Reise, herausgeg. von W. Lübke. 2. Aufl. Stuttgart 1877.
- Nolhac, P. de, La Bibliothèque de Fulvio Orsini (Bibl. de l'école des hautes études). Paris 1887.
- Nolhac, P. de, Erasme en Italie. Étude sur une épisode de la Renaissance. Paris 1888.
- Notajo di Nantiporto, Diario di Roma dall' anno 1481 al 1492, en Muratori, Script. III, 2, 1071—1109. Mediolani 1734.
- Notar Giacomo, v. Cronica di Napoli.
- Notizenblatt, v. Chmel, Briefe und Actenstücke.
- Novaes, G. de, Elementi della storia de'sommi pontefici. 2. ediz. T. VI. Siena 1804.
- Nuntiaturberichte aus Deutschland nebst ergänzenden Actenstücken. Erste Abtheilung. bearb. von W. Friedensburg. Bd. I und III. Gotha 1892 s.
- Nunziante, E., Alcune lettere di Joviano Pontano. Napoli 1886.
- Nuti, Lettere di Sigismondo Tizio. Siena 1877. (Nozze-Publication.)
- Oliver, M. D., Rodrigo de Borja (Alejandro VI). Sus hijos y descendien-

- tes, en el Boletín de la Real Academia de la Historia IX, 402—447. Madrid 1886.
- Ollivier, Le Pape Alexandre VI et les Borgia. P. I. Paris 1870.
- Owen, J., *The Skeptics of the Italian Renaissance*. London 1893.
- Pagi, Fr., *Breviarium historico-chronologico-criticum, illustriora Pontificum Romanorum gesta etc. complectens*. T. IV et V, Antwerpiae 1727.
- Palacky, F., *Geschichte von Böhmen, grösstentheils nach Urkunden und Handschriften*. Bd. IV und V. Prag 1860—1865.
- Paludan-Müller, C., *De første Konger af den Oldenborgske Slaegt*. Kjöbenhavn 1874.
- Panvinus, O., *Romani Pontifices et cardinales S. R. E. ab eisdem a Leone IX. ad Paulum P. IV. creati*. Venetiis 1557.
- Paolo di Benedetto di Cola dello Mastro, *Memoriale pubbl.* p. Pelaez en el Arch. d. Soc. Rom. XVI, 41—131. Roma 1893.
- Papencordt, Felix, *Geschichte der Stadt Rom im Mittelalter*. Herausgegeben und mit Anmerkungen, Urkunden, Vorwort und Einleitung versehen von Prof. Constantin Hüfler. Paderborn 1857.
- Parmenius, Laurentius, *De operibus et rebus gestis Julii II. P. M. Commentariolus* en las *Anecdota litt.* III, 307—318. Romae 1783.
- Pasolini, J. D., *Caterina Sforza*. 3 vols. Roma 1893.
- [Passarini, L.] *Memorie intorno alla vita di Silvestro Aldobrandini con appendice di documenti storici*. Roma 1878. (Aggiunta Roma 1879.)
- Passavant, F. D., *Rafael von Urbino*. 3 Bde. Leipzig 1839 s. (edición francesa, Paris 1860).
- Paulus, N., *Joh. Tetzels, der Ablassprediger*. Mainz 1899.
- Pélissier, L. G., *Sopra alcuni documenti relativi all'alleanza tra Alessandro VI e Luigi XII 1498—1499*, en *Archivio della Società Romana* XVII. 303—373; XVIII, 99—319. Roma 1894—1895.
- Pélissier, L. G., *Louis XII et Ludovic Sforza*. 2 vols. Paris 1896.
- Pélissier, L. G., *Textes et fragments inédits relatifs à l'année 1500*, en la *Revue des langues Romanes*, 4^e Série, X, 516—551. Paris 1897.
- Pericoli, P., *L'ospedale di S. Maria della Consolazione*. Imola 1879
- Pératé, v. *Vatican*.
- Perrens, F. T., *Hieronymus Savonarola. Nach Original-Urkunden und ungedruckten Schriften. Uebers. von J. F. Schröder*. Braunschweig 1858.
- Perrens, F. T., *Histoire de Florence depuis la domination de Medicis jusqu'à la chute de la république*. T. I et II. Paris 1883 s.
- Petrucelli della Gattina, F., *Histoire diplomatique des Conclaves*. Vol. I. Paris 1864,
- Phillips, Georg, *Kirchenrecht*. 7 Bde. Regensburg 1845—1872. (Bd. VIII von Prof. Bering. 1899)
- Piazza, Carlo, *Opere pie di Roma*. Roma 1679.
- Piccolomini, Enea, *Alcuni documenti inediti intorno a Pio II e a Pio III*. Siena 1871.

de engañar; mas al propio tiempo dió demasiado pronto la prueba de que el espíritu que le animaba no venía de arriba; pues el argumento de la misión divina es ante todo la humilde obediencia hacia la autoridad suprema por Dios constituida. Esta obediencia faltó á Savonarola de todo punto. «Tuvo demasiada estima de sí, y se levantó contra una potestad, á quien nadie puede atacar sin perjudicarse por el mismo caso á sí propio. No pueden mejorarse las cosas por medio de la desobediencia, ni era éste, ciertamente, el camino para llegar á ser un apóstol de Florencia y de Roma» (1).

(1) Juicio del cardenal Newmann, *Vorträge u. Reden* (traducción alemana, Colonia, 1860, p. 214); cf. *Rohrbacher-Knöpfler*, 277. Cesare Balbo, *Storia d' Italia* (ediz. decima. Firenze 1856), escribe acerca del prior de S. Marcos (p. 276): *Di Savonarola chi fa un santo, chi un eresiarca precursor di Lutero, chi un eroe di libertà. Ma son sogni: i veri santi non si servon del tempio a negozi umani; i veri eretici non muoion nel seno della Chiesa, come morì, benché perseguitato, Savonarola; e i veri eroi di libertà sono un po' più sodi, non si perdono in chiasso come lui. Fu un entusiasta di bon conto; e che sarebbe stato forse di buon pro, se si fosse ecclésiasticamente contentato di predicare contro alle crescenti corruttele della spensierata Italia. Con el juicio de Newmann se declara perfectamente conforme el prof. F. X. Kraus, en un estudio relacionado con mi escrito «Zur Beurtheilung Savonarola's» (*Lit. Rundschau* 1898, Sp. 68); sólo desea un examen más detenido del estado mental de Savonarola, el cual declara «enteramente patológico.» El Dr. Cardauns, quien se adhiere asimismo á mis apreciaciones, se refiere á este último punto (loc. cit. p. 535-536), cuando escribe: «Reuniendo en una persona el ser sacerdote, profeta político y cabeza de partido, mezcló hasta lo insostenible lo humano y lo divino, lo bajo y lo sublime, y por esto se perdió. Qué parte tuvieron en sus palabras y acciones la ajena perversidad y la propia culpa, la corrupción de la Iglesia de Cristo, á la que en todo su extravío amó con ardor y fidelidad, la disposición natural que le dió el hado y la morbosa sobreexcitación de la fantasía ó la ambición y soberbia—el pesar todo esto con entera precisión y justicia, nunca se hallará en estado de hacerlo el juicio humano. Quizá haya que tenerse también presente, mucho más de lo que hasta ahora generalmente se supone, aquel estado misterioso del espíritu, en el cual el ingenio toca los límites de la enfermedad mental, sin traspasarlos.» Finalmente son dignas de suma atención las explicaciones de *Spectator* (*Allg. Zeitung* 1898, Supl., n.º 248), quien con muy graves razones defiende la opinión, de que en Savonarola se puede admitir una psicosis. «La constitución enfermiza, la sobreexcitación causada á la vista del estado de la Iglesia, que ponía espanto á todo corazón recto, habían creado en él una disposición, por la que todo se explica: tanto sus autosugestiones respecto del don de profecía y de la propia misión, como las intemperancias y extravagancias en la lucha contra Alejandro VI, no menos que la idea de que se podía convertir á Florencia en un monasterio.»*

ÍNDICE DE LAS PERSONAS CITADAS

en el presente volumen

- Acciaiuoli, Zanobi**, 222.
Adinari, Diodata degli, 74.
Adorna, Catalina Fiesco, 124.
Adriano de Corneto, 173-175.
Agazzari, Esteban, 122.
Albergati, Nicolás d' (obispo de Polonia y cardenal) 121, 122.
Alberici, María degli, 123.
Alberti, Antonio, 71.
Alberti, Bartolomea (hermana de Antonio) 71.
Alberti, León Bautista, 62, 110, 111, 139, 147, 153, 218.
Alberti, Nicolao degli, 102.
Alberto (rey de Polonia) 411.
Alberto da Sarteano, 199.
Albrét, Alain d' (cardenal) 305.
Alegreto Alegreti, 125.
Alegreto, Barbaro, 68.
Alemanus, Jacobo (dominico) 123.
Alejandro de Forli (obispo) 96.
Alejandro VI (papa) 50, 86, 87, 88, 103, 121, 125, 126, 133, 156, 160, 162, 169, 170, 177, 194, 195, 209, 231, 232, 233, 244, 251, 252, 254, 255, 256, 277, 319, 331, 336, 341, 349, 364-368, 377-543.
Alessandro, Antonio d', 406, 416.
Alfonso de Calabria (Alfonso II de Nápoles, esposo de Lucrecia Borja) 149, 254, 266, 267, 268, 272, 274, 276, 277, 296, 408, 415, 416, 420, 422, 426, 428, 431, 436, 447, 454.
Alidosi, Francisco (obispo de Pavia y cardenal) 195.
Allosio, Enrique de (cardenal) 121.
Altieri, Marco Antonio (humanista) 137-138.
Alviana, Bartolomea, 469.
Alviano, Bartolomé (condottiero) 177.
Amadeo (franciscano beato) 123.
Ana de Bretaña (reina de Francia) 296, 305.
Andrés de Florencia, 220.
Andrés de Módena (franciscano) 122.
Andrés de Monterealé (agustino) 123.
Andrés de Peschiera (dominico, beato) 123.
Andrés de Trebisonda, 335.
Andrés Paleólogo (déspota de Morea) 447.
Angela, Félix, 123.
Angélico, Fra (pintor) 118, 122, 133.
Angelina (clarisa de Espoleto) 122.
Angelina de Corbara, Santa, 99.
Angelina de Marsciano (terciaria franciscana) 122.
Angelo de Chiavasso, 123.
Angelus (obispo de Orte) 304.
Anselmo (cronista) 236.
Antoniasso, Romano, 96, 261.
Antonino, San (arzobispo de Florencia) 74-75, 79, 85, 98, 120, 123, 125, 126, 133, 142, 146, 204, 232.
Antonio ab Ecclesia, 123.
Antonio de Bitonto, 199.
Antonio de Rímini, 199.
Antonio de Stronconio, 123.
Antonio de Vercelli, 133, 137, 179, 180, 199.
Aphrodisias, Alejandro, 183.
Aquilano, Serafín, 369.
Arbués, Pedro, 350.
Arcángelo de Calatafimi, 123.
Arcimboldi (cardenal) 264, 358.
Aretino, Pedro, 168.
Arignano, Domenico de (primer esposo de Vanozza) 365.

- Ariosto, 153, 154, 155, 156, 163, 169, 179.
 Aristóteles, 170, 173, 180, 182.
 Arlotti, Bonfrancesco (embajador) 250, 254, 255, 257, 259, 260, 262, 263, 269, 270, 280, 282, 287, 289, 292, 293, 301, 316, 336, 356, 395, 407.
 Arrivabene, Juan Pedro (embajador y secretario pontificio) 68, 252, 267, 268, 269, 270, 274, 275, 276, 278, 319, 335, 356, 358.
 Attavanti, Paulo, 199.
 Aubusson, Pedro d' (maestre de los Sanjuanistas y cardenal) 302, 305, 359.
 Agustín, San (padre de la Iglesia) 76.
 Baccio de Monte Lupo, 220.
 Baccio, Pontelli, 112, 326.
 Badoer, Sebastián, 332.
 Baglione, Juan Pablo (tirano de Perusa) 148, 190.
 Baldigara, Doménico (notario) 69.
 Baldini, Baccio, 220.
 Balneo, Juan Francisco del, 270.
 Balue, Juan (cardenal) 275, 277, 280, 288, 294, 306, 357, 364, 369.
 Bandello (general de los dominicos) 152, 236.
 Barbaro, Francisco, 75.
 Barbaro, Hermolao, 341.
 Barbo, Ludovico, 197.
 Barbo, Marco (cardenal y Patriarca de Venecia) 121, 251, 253, 254, 255, 256, 257, 335, 341, 364.
 Barocchi, Pedro (Obispo de Belluno y Padua) 120, 340.
 Barotti Oddino, San, 122.
 Bartolo, Giovanni di, 109.
 Bartolomé de Cerveris (dominico) 123.
 Bartolomé della Porta, Fray (pintor) 53, 118, 207, 220, 221.
 Bartolomé de Spina, 185.
 Baschi, Perron de, 296, 408, 409, 410.
 Bassand, Juan (celestino) 122.
 Bautista Mantuanus, 179.
 Bayaceto (sultán de Turquía) 68, 279, 296, 305, 309, 310, 311, 316, 318, 319, 320, 420, 421.
 Beccadelli (humanista) 152, 168.
 Becchi, Gentile, 393.
 Bechadellis, César de, 162.
 Belcari, Feo, 59-60, 90, 93, 94.
 Belcari, Ursula (hermana de Feo) 69.
 Bellacci, Tomás, 122.
 Bellanti, Lucio, 179.
 Bellini, Gentile (pintor) 82, 116.
 Bellini, Juan (pintor) 117.
 Bembo, Bernardo, 332.
 Bembo, Pedro (humanista, hermano de Bernardo) 171.
 Benedetto (miniaturista) 220.
 Benedetto da Rovezzano, 113.
 Benedetto, Fra (dominico) 207, 425.
 Benedetto, Marcelo (secretario de embajada) 70.
 Benincasa (servita) 122.
 Benincasa Rapacciolli, 122.
 Benito da Majano (pintor) 53, 66.
 Benivieni, Jerónimo, 90.
 Bentivoglio, Juan (tirano de Bolognia) 125, 144, 478.
 Bernáldez, Andrés (cronista) 443, 484, 486.
 Bernardino, Pedro, 234-236.
 Bernardino de Bustis, 199, 258.
 Bernardino de Feltre, 85, 123, 144, 145, 199.
 Bernardino de Sena, San, 122, 136, 140, 146, 162, 179, 199, 201, 330.
 Bernardo di Mastro, Antonio, 96.
 Bernardo de Scammaca (dominico) 123.
 Bertini, Antonio (obispo de Foligno) 120.
 Bertoldo de Henneberg (arzobispo de Maguncia) 300.
 Bertoni, Jacobo Felipe (servita) 123.
 Bessarion (cardenal) 121, 137, 180.
 Bibbiena (cardenal) 156.
 Bilia, Pablo, 475, 476.
 Biondo, Gaspar (secretario pontificio) 335, 356.
 Bisticci, Vespasiano da (cronista) 57, 64, 77, 142.
 Boccaccio, Juan (novelista) 77, 152, 165.
 Boccaccio, Juan Andrés (obispo de Módena, embajador) 295, 319, 323, 360, 381, 396, 397, 442.
 Bocciardo, Jorge (embajador) 420, 421, 430.
 Bollani, Domingo (embajador) 70.
 Bolognini, Antonio (obispo de Foligno) 90.
 Bolognini, Ludovico (jurista) 335.
 Bon, Bartolomé (arquitecto) 82.
 Bonaventura, Fra, 243.
 Bonifacio IX, 99.

- Bonimperto, Mateo (obispo de Mantua) 120.
 Bonsi (embajador) 527.
 Bonvisi, Juan (franciscano) 123.
 Borja, César (hijo de Alejandro VI) 50, 103, 133, 162, 195, 365, 366, 395, 396, 397, 400, 401, 405, 411, 412, 418, 438, 440, 442, 441, 448, 450, 473, 480, 485-488, 493, 494, 495, 507.
 Borja, Jerónima, 365.
 Borja, Jofré (hijo de Alejandro VI) 365, 366, 397, 405, 408, 410, 416, 418, 485, 488.
 Borja, Juan (obispo de Melsi, arzobispo de Valencia, cardenal) 412, 473.
 Borja, Juan (arzobispo de Monreale, cardenal) 395, 397, 416, 442, 474.
 Borja, Juan (hijo de Alejandro VI, duque de Gandía) 365, 366, 409, 418, 442, 468, 469, 470, 471, 473-488, 494, 495.
 Borja, Lucrecia (hija de Alejandro VI) 126, 365, 366, 397-400, 407, 412, 482, 489, 494, 495.
 Borja, Pedro Luis (hijo de Alejandro VI, duque de Gandía) 365, 366.
 Borja, Rodrigo de, v. Alejandro VI.
 Borsiano, Lucas (obispo de Foligno) 320.
 Bosso, Mateo (humanista) 137, 336.
 Botta, Leonardo (embajador) 151.
 Boticelli, Sandro (pintor) 217, 218, 220, 221, 234.
 Bottuni, Troyano de, 280.
 Boucher, Tomás (cardenal) 358.
 Bourdilles, Elías de (cardenal) 121.
 Boyardo, 153.
 Bracci, Alejandro, 511.
 Bramante, Donato, 112, 113.
 Brandolini Lippi, Aurelio, 199, 333.
 Brant, Sebastián, 463.
 Bresse, M. de, 454.
 Briçonnet (cardenal) 442, 443, 445.
 Brígida, Santa, 345.
 Brocchus, Juan Bautista (embajador) 452.
 Brochardo, Antonio, 184.
 Brognolo, Floramonte (embajador) 321, 322, 323, 377, 383, 390, 411, 412, 416, 417, 422, 427, 434, 436, 441, 450.
 Brognolo, Jorge (embajador) 422.
 Brunellesco (arquitecto) 102, 109, 110.
 Brunetti, Juan, 532.
 Bruno, Luis (obispo) 79.
 Buonfigli, Benedetto, 83.
 Bourchard, Juan (maestro de ceremonias) 160, 162, 253, 256, 257, 261, 264, 267, 289, 334, 367, 407, 420, 435, 436, 438, 440, 475, 493.
 Buti, Lucrecia, 217.
 Cagnolo de Parma, Nicolao, 398.
 Cajetani, Francisco (obispo de Squilace) 120.
 Calafata, Eustoquia (clarisa) 123.
 Calandrini, Felipe (cardenal) 259.
 Calcho, Bartolomé, 389.
 Caleffini (cronista) 249.
 Calixto III (papa) 104, 121, 252, 364, 386, 392, 394, 396, 397.
 Calímaco, 309, 314.
 Cambi, Ser, 152.
 Cammelli, Antonio 457, 458.
 Canacci, Juan, 531.
 Canale, Carlos (tercer esposo de Vanozza) 365.
 Caoursin, Guillermo, 308.
 Capello, Paolo, 398, 485.
 Capistrano, Juan (franciscano) 123, 199.
 Capránica, Angel (cardenal) 121.
 Capránica, Doménico (cardenal) 121.
 Caradosso, 390.
 Caraffa, Alejandro (arzobispo de Nápoles) 120, 415.
 Caraffa, Juan Pedro (obispo de Chieti) 120.
 Caraffa, Oliverio (cardenal) 121, 330, 379, 382, 384, 413, 440, 442, 489, 490, 503, 508, 513, 514, 515.
 Carissimi, 475, 489.
 Carpaccio (pintor) 82.
 Carrieri, Mateo (dominico, beato) 123.
 Carvajal, Bernardino López de, 378, 387, 454, 466.
 Carvajal, Juan de (cardenal) 121.
 Casimiro (rey de Polonia) 358.
 Cassim Bey, 422.
 Castellani, Castellano, 90.
 Castellano, Pierozzo, 94.
 Castiglioni, Baltasar, 77-78, 149, 153.
 Carlos V, 346.
 Carlos VIII (rey de Francia) 51, 54, 164, 229, 231, 275, 288, 290, 296, 302, 303, 305, 310, 315, 343,

- 379, 409, 411, 414, 415, 416, 417,
418, 419, 420, 421, 423, 424, 425-
437, 438-458, 464-465, 467, 490,
496, 499, 507, 528, 529.
Carlos de Anjou, 447.
Carlos de Borbón (cardenal) 358.
Casimir, Federico (arzobispo de
Cracovia) 411.
Catalina (esposa de Jerónimo Ria-
rio) 249, 250, 252, 284.
Catalina de Bolonia (clarisa) 123.
Catalina de Pallanza (beata) 123.
Catalina de Ricci, 543.
Catalina de Sena, Santa, 99, 231.
Catalina de Suecia, 345.
Castro, Juan de, 472.
Castrocaro, Stefano, 285.
Catanei, Tomás (obispo de Cervia)
267.
Cataneis, Vanozza de, 162, 355, 367.
Cattaneo, Alberto de, 347.
Cataneo, Juan Lúcido (embajador)
289, 292, 293, 294, 307, 308, 309,
310, 319, 321, 358, 415.
Cavaliere, 380.
Cayetano (cardenal) v. Tomás de
Vio.
Centelles, Juan de, 399.
Ceredano, Pacífico (franciscano)
123.
Cerrutani (cronista florentino) 208,
211, 234, 537.
Cesarini, Juliano (cardenal) 121,
411, 440, 441, 455, 458.
Chalkóndylas, Demetrio, 359.
Cheregato, Leonello (obispo de
Trau) 301, 302, 303, 305, 465, 466.
Chigi, Agustín, 161.
Cibo, Arán, 258.
Cibo, Battistina, 295, 321.
Cibo, Franceschetto, 147, 258, 279,
282, 283, 286, 292, 306, 307, 323,
331, 356, 357, 402.
Cibo, Juan Bautista, v. Inocen-
cio VIII.
Cibo, Lorenzo (cardenal) 326, 359,
385, 438.
Cibo, Mauricio (hermano de Ino-
cencio VIII) 286.
Cibo, Nicolao (arzobispo de Arlés)
320.
Cibo, Teodorina (hija de Inocen-
cio VIII) 258, 259, 295.
Ciussagni, 109.
Civiale, 112, 113, 131.
Clara Gambacorti (dominica) 122.
Clarisa (esposa de Lorenzo de Me-
dici) 282.
Clemente IV, 423.
Clemente VII, 241.
Coleta, Santa, 122.
Collenuccio, Pandolfo, 432.
Colomba de Rieti, 99, 124.
Colón, Cristóbal, 98, 324.
Colón, Diego, 98.
Colonna, Fabricio, 250, 380, 418,
419, 439, 477.
Colonna, Francisco de, 272.
Colonna, Juan (cardenal) 250, 251,
255, 273, 281, 408, 439.
Colonna, Próspero, 250, 380, 419,
434, 439, 482.
Colonna, Victoria, 78.
Colonnino, Cristóbal (notario) 68.
Comines, Felipe de, 149, 428, 442,
443, 451.
Conradino (dominico) 122.
Contarini (patriarca de Venecia)
150, 164.
Contarini, Gaspar, 185.
Contarini, Zacarías, 423.
Conti, Jacome, 252.
Conti (cardenal) 253, 254, 384, 413.
Conti, Segismundo de, 70, 251, 252,
258, 264, 277, 278, 293, 308, 309,
311, 315, 316, 317, 323, 326, 335,
338, 344, 347, 356, 386, 387, 412,
420, 427, 444, 448, 450, 471, 537.
Contughi, Cesario de', 199.
Cornaro (cardenal) 195.
Corniole, Giovanni delle, 207, 220.
Correggio (pintor) 218.
Cortesio, Paulo, 172-173.
Corvino, Matías (rey de Hungría)
271, 276, 285, 287, 298, 304, 305,
315, 343.
Cosimo, Pedro di, 52, 218.
Cósmino (poeta) 163, 166.
Costa, Jorge da (cardenal) 252, 254,
255, 320, 379, 380, 381, 382, 384,
413, 489, 490.
Costabili, Beltrando de' (embaja-
dor) 244, 495.
Credi, Lorenzo di, 220.
Cristóbal de Castrano, 309.
Cristóbal de Milán (dominico) 123.
Cristóbal Romano, 259.
Croce, Jorge de (segundo esposo
de Vanozza) 365.
Crónaca (arquitecto) 220.
Curte, F. de, 435.
Cusa, Nicolao de (cardenal) 121,
194.
Dalberg, Juan de (obispo de
Worms) 262.

- Damiata (manceba de Juan de Borja, duque de Gandía) 484.
 Daniel de Venecia, 122.
 Dante, 98, 134, 157, 169.
 Dati, Agustín, 75.
 Dati, Antonio (penitenciario) 96.
 Dati, Juliano, 94.
 Datini, Francisco, 59.
 Delfino, Pedro (general de los Camaldulenses) 360, 390, 461, 488.
 Doménica (franciscana) 124.
 Domenichi, Domenicho de', 177, 194.
 Domenico da Pescia, 207, 503, 508, 534, 535, 536, 538, 541.
 Domenico de Arignano, 365.
 Domenico de Viterbo, 355.
 Dominici, Juan (cardenal) 59, 71-74, 75, 90, 122, 146, 153, 199.
 Donatello, 109, 110, 111, 217, 219.
 Donato, G. (embajador) 169.
 Donato, Nicolao (patriarca de Aquileya) 341.
 Doria, Lázaro, 258, 260, 271.
 Dorotea de Montau, 345.
 Duglioli dall' Olio, Elena, 124.
 Eck, Juan, 107.
 Egidio de Viterbo, 161, 197, 199, 203, 258, 283, 512.
 Enrique IV, 346.
 Enrique VII (rey de Inglaterra) 300, 401.
 Enríquez, Doña María, 366, 409.
 Erasmo, 168, 195.
 Erolí, Bernardo (cardenal) 121.
 Espinay, Andrés de (cardenal) 305, 359.
 Este, Alfonso I (hijo de Hércules I duque de Ferrara) 148.
 Este, Eleonora de, 381.
 Este, Hércules de (duque de Ferrara) 300, 310, 321, 426.
 Este, Hércules de (hijo de Alfonso) 148, 155, 236.
 Este, Julio de, 195.
 Este, Hipólito de (cardenal) 195, 342, 359, 411, 412, 489.
 Este, Isabel de (esposa de Francisco Gonzaga, Marqués de Mantua) 156, 399, 400, 486.
 Estouteville (cardenal) 364.
 Eugenio IV, 86, 87, 99, 103, 121, 129, 387.
 Eustaquio, 220.
 Everso (señor de Anguillara) 103.
 Faber, Félix, 198.
 Farnese, Alejandro (cardenal) 411, 468.
 Farnese, Julia, 407, 433.
 Fedele, Cassandra, 78.
 Federico II, 176.
 Federico III (emperador de Alemania) 275, 290, 298, 303, 311, 344.
 Federico de Aragón (hijo de Ferrante I, príncipe de Altamura) 402, 404, 422, 426.
 Fernando el Católico (rey de España) 275, 277, 298, 318, 319, 344, 351, 366, 401, 411, 447, 452, 458, 480.
 Federico de Nápoles, 480, 487.
 Felipe el Hermoso, 424.
 Felipe de Aquila (franciscano) 122.
 Felipe de Luxemburgo, 446.
 Felipe Neri, 543.
 Fernando (príncipe de Capua, hijo de Alfonso II) v. Ferratino.
 Ferrante (rey de Nápoles) 140, 148, 149, 265, 266, 267, 269, 270, 271, 278, 279, 280, 281, 282, 287, 288, 289, 290, 292, 293, 294, 295, 299, 305, 306, 318, 319, 345, 380, 392, 402-403, 404, 405, 406, 408, 410, 413, 414, 415.
 Ferrantino (hijo de Alfonso II de Nápoles, duque de Calabria, Ferrante II) 295, 296, 369, 422, 447, 448, 454, 458, 464, 465, 468.
 Ferretti, Gabriel, 123.
 Ferro, Antonio, 68.
 Ferrucci, 112, 220.
 Fiammetta (manceba de César Borja) 162.
 Fiandini, Ambrosio, 185.
 Ficino, Marsilio, 180, 181.
 Fiera, Bartolomé, 185.
 Fieschi, Obbietto, 264.
 Filarete, Antonio (arquitecto) 102, 219.
 Filipepi, Simón, 208, 223, 225.
 Flórez, Antonio, 301, 305.
 Fontius, Bartolomé (humanista) 337.
 Foppa (pintor) 53.
 Foresta, Bartolomé (franciscano) 123.
 Foscari, Pedro (cardenal) 358.
 Franceschi, Pedro de (pintor) 83.
 Francia, Francisco (pintor) 116, 125.
 Francisca Romana, Santa, 99, 122.
 Francisca (servita) 123.

- Francisco de Apulia, 533.
 Francisco d'Aragona, 271.
 Francisco de Asis, 89, 91, 97.
 Francisco de Caldarola (franciscano) 124.
 Francisco de Luxemburgo, 454.
 Francisco da Montepulciano, 238.
 Francisco de Paula (fundador de los Mínimos) 124, 133.
 Franco, Nicolo, 314, 350.
 Fregoso, Pablo (cardenal) 381, 396, 413, 420, 455.
 Fuchsmagen, Juan 336.
 Fulcheri, Damian (dominico) 123.
Gabriel de Barletta, 140, 141, 163, 179, 199.
 Galateo, Antonio, 168.
 Gambacorti, Pedro, 122.
 Gambara, Verónica, 78.
 Ganay, 446.
 Garibi, Jerónimo (franciscano) 124.
 Gaspar (conde de Aversa) 399.
 Gaspar de Volterra, 335.
 Garcilaso de la Vega, 479.
 Gemma de Sulmona, 122.
 Geraldini, Antonio, 262, 335.
 Geremia, Pedro (dominico) 122.
 Gherardi Jacobo de Volterra, 282.
 Gherardo Maffeo (patriarca de Venecia, cardenal) 359, 378, 385.
 Ghiberti, Lorenzo, 109, 110, 111, 130.
 Ghiberti, Victorio, 111.
 Ghirandacci, 278.
 Ghirlandajo (pintor) 217.
 Gianotti, D., 224.
 Giorgione (pintor) 178, 401.
 Giotto, 100.
 Giovanna, Donna, 218.
 Giovio, Paulo, 172.
 Giraldi, Giglio Gregorio (humanista) 157.
 Giustiniani, San Lorenzo (patriarca de Venecia) 85, 90, 122, 197.
 Gondi, Juliano, 531.
 Gonzaga, Cecilia, 78.
 Gonzaga, Francisco (marqués de Mantua) 307, 400, 422 456-457.
 Gonzaga, Isabel (esposa de Francisco) v. Este, Isabel.
 Gonzaga, Segismundo (cardenal) 195, 263.
 González de Mendoza, Pedro (cardenal) 121, 380.
 Gonzalo de Córdoba (duque de Terranova) 464, 465, 471.
 Gozzoli, Benozzo (pintor) 52, 217.
 Graciano da Villanova, 299, 300.
 Grassis, Paris de, 121, 195, 332.
 Grattaroli, Pasino (notario) 68.
 Gregorio I (papa) 128.
 Griffi, Pedro (obispo de Forlì) 120.
 Grolaie, Juan de la (cardenal) 411, 440, 454, 455.
 Grossino (embajador) 162.
 Guicciardini, Francisco, 50, 391, 392, 452.
 Guido de Blanchefort, 306, 307.
 Guidobaldo (duque de Urbino) 465, 470.
 Guidotti, Esteban (embajador) 249, 254.
 Guillermo I de Hesse, 331.
 Guinigi, Pablo, 101.
 Guzzoni, Boccolino (condottiero) 276, 279, 280, 299, 302.
Harff, Arnold von, 96, 194, 472.
 Héctor de Forlivo, 270.
 Herculano de Plagario (franciscano) 122.
 Hermann (arzobispo de Colonia) 465.
 Hixem (príncipe turco) 287, 292, 302, 304, 305, 306-307, 309, 310, 311, 312, 313, 314, 316, 317, 319, 322, 421, 428, 440, 444, 450.
 Hugonet, Filiberto (cardenal) 252, 358.
Iloris, Francisco (cardenal) 195.
 Imperia (cortesana) 161, 195.
 Infessura (cronista) 160, 258, 261, 269, 286, 289, 322, 323, 328, 383, 384, 389, 404, 407, 412, 413.
 Inghirami, Tomás, 337.
 Inocencio III (papa) 86.
 Inocencio VI (papa) 253.
 Inocencio VII (papa) 99, 258.
 Inocencio VIII (papa, Cibo) 86, 87, 95, 128, 133, 145, 156, 164, 194, 195, 2 7-373, 377, 379, 380, 386, 395, 396, 402, 403, 413, 416, 490.
 Institoris, Enrique, 352, 354.
 Isaac, Enrique, 331.
 Isabel de Castilla (esposa de Fernando el Católico) 275, 452.
 Ivani, Antônio, 75.
Jacobo de Bérghamo, 57.
 Jacobo (franciscano de Bitetto) 123.
 Jacobo de Pietrasanta (arquitecto) 327, 328.
 Jacobo de la Marca (franciscano) 123, 199, 201, 345.

- Jacobo III (rey de Escocia) 345.
 Jacobo de Portugal (cardenal) 121.
 Jacopone da Todi, 89.
 Jamblico (filósofo) 179.
 Jerónimo de Bergamo, 236.
 Jerónimo de Sena, 241-243.
 Jiménez de Cisneros, Francisco (cardenal) 121.
 Joaquín (abad) 213, 243.
 Juan II (rey de Portugal) 343.
 Juan IX (abad del Cister) 345.
 Juan (sobrino de Alejandro VI) 396.
 Juan (abad de Weingarten) 354.
 Juan d' Aragona (cardenal, hijo de Ferrante de Nápoles) 255, 257, 269, 270, 271.
 Julia, *la Bella* (hermana de Alejandro Farnese v. Farnese, Julia.
 Justina de Padua, Santa, 197, 198.
 Justiniano, Lorenzo (arzobispo de Venecia) 120.
 Ladislao (rey de Hungría y Bohemia) 315, 347, 402, 411.
 Lamberti, Nicolás, 109.
 Landino, Cristóbal, 177.
 Landucci, Bautista, 66.
 Landucci, Lucas (cronista) 64-66, 225, 226, 530-531, 540.
 Lantus, L., 250.
 Lapaccino, Filippo, 220.
 Lascaris, Juan (humanista) 315.
 Ledinari, 111.
 León X (papa) 87, 88, 98, 103, 121, 146, 154, 156, 171, 177, 183, 184, 185, 237, 238, 239, 240, 241, 243, 346.
 León XIII (papa) 388.
 Leonelli, 324.
 Leonor de Aragón, 380.
 Leopoldo de Austria, 344.
 Licci, Juan, 124.
 Lippi, Filipino, 329, 330, 399.
 Lippi, Fra Filippo, 197, 217, 221.
 Locher, Jacob, 463.
 Lollus, Antonio, 351, 358.
 Lombardi, Natulo (obispo de Bovino) 120.
 Lombardo, Pedro, 112.
 López, Juan (datario) 406, 434, 472.
 López de Carvajal, Bernardino, 411.
 López de Haro, Diego (embajador de España) 407, 408.
 Loredano, Antonio, 164.
 Lorenzi, Juan, 335, 336.
 Lorenzi di Credi, 220.
 Lorenzo da Pietrasanta, 328.
 Lucano, Bartolo, 334.
 Lucia de Narni, 99.
 Luis de Aragón (tío de Ferrante) 295, 321, 472.
 Luis de Orleans, 426.
 Luis XI (rey de Francia) 128, 303, 359.
 Luis XII (rey de Francia) 244.
 Luini (pintor) 116.
 Lunati, Bernardino, 411, 434, 440, 445, 469, 481.
 Lutero, Martín, 106, 195, 519.
 Macconi, Agustín d', 220.
 Macinghi-Strozzi, Alejandra, 57-59.
 Macinghi-Strozzi, Mateo, 57.
 Maffei, 359.
 Maggi, Sebastián, 123, 499.
 Magistri, Johannes, 303.
 Magrino, v. Castrano.
 Maino, Giason del, 389, 393.
 Majano, Juliano da, 111.
 Malatesta, Roberto (terciario franciscano) 122.
 Malatesta, Segismundo, 133, 136, 167, 219.
 Maldente, Francisco, 355.
 Malipiero, 398, 496.
 Manetti, Giannozzo, 61.
 Manfredi, Galeoto (señor de Faenza) 286.
 Manfredo de Riva (ermitaño) 122.
 Mausi, Pedro, 311.
 Mantegna (pintor) 53, 69, 116, 158, 218, 257, 307, 328, 329, 457.
 Maquiavelo, 5, 67, 133, 135, 156, 157, 167, 185-194, 240.
 Marcos de Módena (dominico) 124.
 Margarita de Borgoña (esposa de Carlos VIII) 296.
 Margarita (esposa de Jacobo III) 345.
 Margarita de Ravena, 124.
 Margarita (princesa de Saboya, dominica) 123.
 Mari, Teodorina de', 258.
 María (esposa del duque de Gándia) 487.
 Mariano de Cavi, 203.
 Mariano de Genazzano, 206, 334.
 Marino, Antonio Daniel, 71.
 Marso, Pedro, 333.
 Marsupini, C., 127.
 Martín V (papa) 98, 99, 103, 121, 129, 145, 461.
 Martín, Bartolomé, 472.

- Martín di Brozzi, 233.
 Martín de Sena, 203.
 Martín de Vercelli (agustino) 124.
 Maruffi, Silvestre, 214, 514.
 Marullus (discípulo de Pontano) 168, 258.
 Masaccio, Angel (camaldulense) 123.
 Masiis, Latino de, 389.
 Massimi, Domenico de', 460.
 Massuccio, 152.
 Mateo de Girgenti (franciscano) 122.
 Maximiliano de Austria, 273, 274, 288, 289, 290, 296, 302, 303, 310, 311, 315, 331, 411, 415, 443, 447, 451, 452, 458, 463, 465, 466, 467, 479.
 Mastro Antonio, Bernardo di, 96.
 Mazzoni, Guido, 117.
 Medici, Alejandro de', 543.
 Medici, Bibbiena de', 184.
 Medici, Carlos de' (hijo natural de Cósimo el viejo) 159.
 Medici, Cósimo de', 63, 126, 134, 159, 212, 219.
 Medici, Juan de (cardenal, hijo de Lorenzo, papa León X) 219, 283, 359-363, 384, 397, 428.
 Medici, Julio de' (cardenal, después papa Clemente VII) 88, 184, 241.
 Medici, Lorenzo de' (el Magnífico, hijo de Pedro) 50, 65, 93, 94, 127, 139, 145, 149-150, 164, 165, 189, 190, 205, 208, 209, 260, 271, 279, 282, 283, 284, 286, 287, 294, 321, 331, 336, 344, 348, 349, 359, 360, 361-363.
 Medici, Magdalena de' (hija de Lorenzo) 279, 282.
 Medici, María de', 159.
 Medici, Nannini de', 140.
 Medici, Pedro de' (hijo de Cósimo) 219, 391, 393, 402, 403, 404, 428, 498, 502, 530.
 Medici, Rolando de', 219.
 Meleta, Francisco da, 240-241.
 Merenda, C., 249.
 Merili, Pedro (notario) 385.
 Miguel de Barga (franciscano) 123.
 Miguel de Carcano, 199.
 Miguel de Milán, 137, 140, 163.
 Miguel Angel, 98, 113, 116, 163, 220, 221, 239, 240, 378.
 Michelotto, 401.
 Michelozzo, 110, 111.
 Michiel, Juan (cardenal) 278, 340, 381, 384.
 Mino da Fiesole, 111, 112.
 Mirabilia, Ambrossio, 389, 391.
 Mirandola, v. Pico.
 Mocénigo, Pedro (dux de Venecia) 150.
 Moles (cardenal) 252, 253, 254, 256, 264, 358.
 Montecatini, Juan da. 166.
 Montpensier, 453.
 Morelli, Juan, 61-62.
 Moreno, Bartolomé (vicecamarlen- go) 322.
 Morton, Juan (arzobispo de Cantor- bery, canceller de Inglaterra, cardenal) 358, 411.
 Morung, Teodorico, 271.
 Nagell Juliers Johann, 311.
 Nanni d'Antonio di Banco, 109.
 Nardi, 530.
 Nardini, Esteban (cardenal) 121, 253, 264, 358.
 Navagero, B., 442.
 Neyrot, Antonio, 123.
 Nicolás da Foligno, 83.
 Nicolao II (papa) 385.
 Nicolao V (papa) 64, 98, 104, 129, 252, 328.
 Nider, Juan, 352.
 Nifo, Agustín, 185.
 Nogarola, Isotta, 219, 78.
 Norberto, San, 96.
 Ogliati, Jerónimo, 135.
 Oldo, San Jacobo d', 122.
 Oliva, Alejandro (cardenal) 121.
 Orcagna, 100.
 Orsi, Checho, 284, 285.
 Orsi, Ludovico, 285.
 Orsini, Bartolomé, 177, 469.
 Orsini, Bautista (cardenal) 257, 264, 274, 298, 364, 369, 383, 397, 440, 442.
 Orsini, Carlos, 470.
 Orsini, Juan Giordano, 468.
 Orsini, Juan Pablo, 272, 274.
 Orsini, Julio, 434, 470.
 Orsini, Nicolao (conde de Pitiglia- no) 288, 294.
 Orsini, Rinaldo (arzobispo de Flo- rencia) 271.
 Orsini, Virginio, 250, 255, 272, 273, 274, 278, 292, 294, 380, 392, 403, 404, 405, 409, 410, 415, 422, 427, 433, 464, 465, 468, 484.
 Osanna de Mantua, 99, 124.
 Palazzi, Lázaro de', 102.

- Pallavicini, Antoniotto (cardenal) 333, 359, 384, 442, 454, 455, 490.
 Palmeggiani, 401.
 Palmieri, Mateo, 58.
 Pandolfini (embajador florentino) 260, 290, 291.
 Pandolfini, Nicolás (obispo de Pistoia) 120).
 Pandone, Camilo, 380, 448.
 Panezio, Bautista, 199.
 Paolo, Domenico di, 220.
 Paolo del Mugello, Agustín di, 220.
 Parenti (cronista) 295, 296.
 Particappa, Mariano, 96.
 Pasarella, Jacobo (obispo de Imola y Rímini) 120.
 Patricius, Agustín, 334.
 Paulo II (papa) 87, 121, 129, 137, 143, 145, 166, 177, 179, 194, 252, 259, 325, 344, 367, 386, 490.
 Paulo III (papa) 177, 413.
 Paulo IV (papa) 330.
 Pecchinolli, Ángel (nuncio) 342.
 Pellati, Francisco, 335.
 Peraudi, Raimundo (cardenal) 121, 299, 300, 303, 304, 310, 311, 411, 412, 419, 432, 433, 436, 440, 442, 444, 445, 447, 449, 472.
 Perugino (pintor) 53, 220, 221, 261, 329.
 Petrarca, 77, 134, 171.
 Petrucci, Antonello, 149.
 Petrucci de Sena, Pandolfo, 218.
 Piccolomini, Eneas Silvio, v. Pío II, papa.
 Piccolomini, Francisco (cardenal, papa Pío III) 254, 257, 261, 287, 370, 379, 380, 381, 382, 384, 413, 427, 429, 432, 433, 472, 490, 518.
 Pico de la Mirándola, Antonio María, 476.
 Pico de la Mirándola, Federico, 236.
 Pico de la Mirándola, Juan Francisco, 235.
 Pico de la Mirándola, Juan (filósofo) 69, 179, 181, 222, 236, 347-349, 387, 389.
 Pico de la Mirándola, Ludovico, 236.
 Pedro de Molino (franciscano) 123.
 Pinelli, Juan B. (obispo de Cosenza) 120.
 Pinturicchio (pintor) 53, 116, 326, 328, 330, 388.
 Pío II (papa) 76, 87, 98, 99, 121, 128, 129, 130, 133, 143, 145, 147, 177, 194, 252, 326, 354, 364, 386, 490.
 Pío III, v. Piccolomini, Francisco.
 Pío IV, 246.
 Pío VI, 329.
 Pitti, Jacobo, 238.
 Plank, St., 393.
 Platina, 162.
 Platón, 170, 173, 180.
 Plauto, 155, 156.
 Plethon Gemistos, 180, 181.
 Podio, Anxias de (cardenal) 121.
 Podocatharo, Ludovico (médico) 264, 335, 420, 478.
 Poggio, Antonio (humanista) 152, 167, 179, 217.
 Poggio, Cristóbal, 398.
 Poliziano, Ángel, 164, 206, 211, 332, 333, 334, 336, 359.
 Pollajuolo, Antonio (pintor) 53, 324, 328.
 Pomponazzi, Pedro, 183, 184-185.
 Pomponio Leto (humanista) 154-155, 156, 163, 167, 168, 334, 337, 413.
 Pontano, Juan Gioviano (humanista) 149, 153, 164, 168, 170, 278, 294, 319, 380.
 Porcaro, Stéfano, 135.
 Porta, Ardicino della (cardenal) 359, 379, 381, 382, 384.
 Prato, Francisco di (arquitecto) 220.
 Prato, Juan de, 199.
 Près, Joaquín des, 331.
 Publio, Gregorio, 170.
 Pucci, L., 412.
 Pulci, Antonia de', 78.
 Pulci, Antonio, 94.
 Pulci, Bernardo, 94, 134.
 Pulci, Luis, 150, 165.
 Quercia, Jacobo della, 109, 219.
 Rafael (pintor) 53, 77, 98, 115, 116, 117, 128, 131, 179, 401.
 Ranemi, Bernardino (notario) 68.
 Rangone, Gabriel (cardenal) 121, 358.
 Raspi, Bartolomé (notario) 69.
 Rávida, Ludovico (carmelita) 123.
 Renata de Valois, 155.
 Renato de Lorena, 275, 277.
 Riario, Catalina, v. Sforza, Catalina.
 Riario, Jerónimo, 249, 250, 251, 252, 254, 255, 284, 285.
 Riario, Octaviano (hijo de Jerónimo) 284.
 Riario, Pedro (cardenal) 140.

- Riario, Rafael (cardenal) 156, 250, 255, 257, 285, 319, 337, 357, 364, 370, 378, 384, 490.
- Riccio, Andrés, 219.
- Rienzi, Cola di, 135.
- Riga, Niccolò (notario) 68.
- Rita de Casia, 122.
- Robbia, Juan della, 221.
- Robbia, Lucas della, 102, 110, 116, 128.
- Roberto da Lecce (obispo de Aquino) 120, 136, 140, 147, 163, 177, 179, 197, 199, 201, 202.
- Rodrigo de Sancta Ella, 196.
- Romolino, Francisco (obispo Ilerdense, cardenal) 539.
- Rondinelli, Giuliano, 535, 536.
- Rossellino, Bernardo (arquitecto) 110.
- Róvere, Doménico della (cardenal) 381, 384, 455.
- Róvere, Juan della, 260, 273, 417, 421, 430, 442, 471.
- Róvere, Jerónimo Basso (cardenal) 385.
- Róvere, Giuliano della (cardenal, papa Julio II) 87, 88, 89, 98, 121, 131, 133, 137, 145, 156, 169, 177, 195, 220, 244, 251, 256, 257, 259, 260, 267, 269, 272, 273, 275, 277, 280, 293, 314, 320, 322, 329, 364, 368, 369-370, 371, 379, 380, 381, 382, 384, 396, 401, 402, 403, 404, 405, 408, 409, 410, 411, 413, 415, 417, 418, 419, 423, 426, 431, 439, 443, 444, 445, 447, 450, 452, 453, 454, 455, 467, 471, 480.
- Roverella (cardenal) 121.
- Rucellai, Bernardo (hijo de Juan) 64, 140.
- Rucellai, Juan, 62-64.
- Rucellai, Pandolfo (hijo de Juan) 64, 222.
- Salutati, Benedetto, 140.
- Sancha (hija natural del duque Alfonso de Calabria) 408, 410, 418.
- Sandeo, Felino (jurista) 335.
- Sandonnino, Nicolás (obispo de Módena) 120.
- Sanese, Mateo, 109.
- Sangallo, Antonio da, 89, 103.
- Sangallo, Giuliano da, 112, 113, 404.
- San Giorgio, Juan Antonio (obispo de Alejandria) 411, 442, 490.
- Sannazaro, Jacobo (humanista) 168, 170, 171, 475.
- Sanseverino, Federico (hijo de Roberto, cardenal) 359, 369, 378, 384, 433, 434, 436, 440, 476, 477.
- Sanseverino, Roberto, 267, 271, 272, 273, 276, 278.
- Sansovino, Andrés, 221.
- Sansovino, J., 114.
- Sanudo, Marino, 431, 457, 462, 484.
- Sarto, Andrés del (pintor) 83.
- Savelli, Bernardino (protonotario) 285.
- Savelli (Juan Bautista, cardenal) 251, 255, 256, 264, 273, 277, 281, 292, 364, 381, 384, 397, 408, 439, 442, 444.
- Savelli, Pedro Juan de (señor de Angillara) 272.
- Savelli, Silvio, 485.
- Savonarola, Jerónimo, 118, 127, 129, 170, 179, 204-217, 220, 221, 222-233, 234, 235, 236, 238, 239, 241, 349, 372, 386, 425, 428, 429, 456, 463, 480, 497-544.
- Scala, Bartolomé, 332.
- Schedel, Hartmann, 394.
- Sclafenati (cardenal) 364, 383, 384, 459, 493.
- Scopelli, Juana, 123.
- Sebastianus (embajador) 402, 404.
- Serafina de Pesaro (beata) 123.
- Sermini, Gentile, 152.
- Sforza, Ascanio María (hermano de Ludovico, cardenal) 255, 257, 260, 263, 264, 265, 267, 270, 273, 274, 275, 282, 284, 290, 292, 295, 319, 364, 368-369, 378, 379, 381, 382, 383, 385, 391, 395, 396, 397, 399, 401, 402, 403, 405, 408, 409, 410, 411, 412, 413, 415, 416, 417, 419, 420, 423, 427, 431, 432, 434, 436, 438, 439, 442, 443, 445, 450, 452, 455, 456, 467, 469, 470, 473, 474, 476, 477, 478, 479, 480, 481, 482, 485, 493, 494, 495, 506.
- Sforza, Blanca María, 415.
- Sforza, Catalina, 68, 126, 426.
- Sforza, Francisco, 50.
- Sforza, Gabriel (arzobispo de Milán) 120.
- Sforza, Galeazzo María, 477.
- Sforza, Galeazzo María (duque de Milán) 67, 159.
- Sforza, Juan Galeazzo María, 396, 402, 426.
- Sforza, Juan (Marqués de Cotignola, señor de Pesaro) 400, 405, 407, 428, 476, 477, 479, 482-483, 485, 493, 494.

- Sforza, Hipólito, 138.
 Sforza, Ludovico, el Moro, 50, 254, 391, 393, 402, 403, 404, 408, 410, 415, 418, 423, 426, 431, 432, 443, 451, 452, 458, 466, 483, 494.
 Sforza, Octaviano, 426.
 Segismundo (archiduque) 391.
 Signorelli (pintor) 53, 98, 218.
 Silvestre, Fray, 535, 541.
 Silvestre de Sena, 198.
 Simonesta, Bonifacio, 332.
 Sinibaldi, Falcone de', 326, 336.
 Sixto IV (papa) 86, 96, 98, 99, 103, 104, 121, 128, 137, 138, 143, 145, 177, 180, 194, 195, 220, 249, 250, 251, 252, 254, 256, 259, 267, 285, 312, 318, 325, 331, 340, 344, 359, 364, 365, 366, 386, 461, 490.
 Soddoma (pintor) 218.
 Somenzi (embajador de Milán) 225, 537.
 Sorano, Domenico Palladio, 332.
 Soranzo, 150.
 Sozzino, Bartolomé, 335.
 Spagnolo, Bautista, 170, 336.
 Sperandio, 457.
 Sprats, Francisco de, 416.
 Sprenger, Jacobo, 352.
 Staccoli, Agustín, 335.
 Stangha, A., 360.
 Stangha, C., 392.
 Strascino de Sena, 161.
 Strozzi, Alejandra, 139, 159.
 Strozza, Tito Vespasiano, 262, 334, 336.
 Sture, Sten, 394.
 Sulpicio de Veroli, Juan, 337.
 Sutri, Angelo da, 286.
 Taberna, Esteban (obispo de Parma, embajador) 316, 382, 405, 411, 413, 415, 417, 431.
 Talenti (embajador milanés) 262.
 Tavelli, Juan (obispo de Ferrara) 122.
 Tebaldeo, Antonio, 333.
 Telesforo, 213, 243.
 Teodoro, 240.
 Tomás de Aquino, 330.
 Tinto, Antonio, 82.
 Tintoretto (pintor) 82.
 Tiziano (pintor) 82, 388.
 Tornabuoni, Lorenzo, 65.
 Tornabuoni de' Médici, Lucrecia, 78.
 Torquemada, Juan (cardenal) 85, 87, 121, 232, 335.
 Torre, Marco Antonio della, 219.
 Toscanelli, Paulo, 177, 178.
 Tranchedinus, Francisco, 385.
 Trebisonda, Andrés de, 356.
 Tritemio, 300, 301.
 Trivilio, M. Mafeo de, 434, 435.
 Trivulzio, Juan Jacobo, 236, 278, 280, 282.
 Troche, 400.
 Trotti, 391, 393, 442.
 Tullia d'Aragona, 161.
 Turini, 110.
 Turriani, Antonio (agustino) 123.
 Turriano, Joaquín, 539.
 Tuttavilla, Jerónimo, 357, 453.
 Ughi, Mariano, 527.
 Urbino, Pedro Pablo, 222.
 Urceo Codro, 167.
 Usodimare, Bautistina, v. Cibo, Bautistina.
 Usodimare, Gerardo (esposo de Teodorina Cibo) 295.
 Usodimare Peretta, 283.
 Vaglianti (cronista) 538.
 Valentinis de Udine, Elena, 123.
 Valla, Lorenzo, 133, 152, 165, 166, 169.
 Valori, Francisco, 323, 531, 537, 538.
 Varano, Julio César, 288.
 Varechi, 102, 193.
 Vasari, 218, 328, 329.
 Vecchietta (pintor) 53, 110, 111, 112.
 Vegio, Maffeo, 76.
 Veltri, Tito (obispo de Castro) 334.
 Vergerio, Pedro Pablo, 75, 127.
 Verino, Ugolino, 171, 318.
 Veronese, Paolo (pintor) 158.
 Verónica de Binasco, 124.
 Verrocchio, 111, 112, 219.
 Vespucci, Jorge, 222.
 Vespucci, Guido Antonio, 249, 250, 251, 358, 532.
 Vettori, Francisco, 152, 186.
 Vettori, Pier, 288.
 Vicentino, Pedro (obispo de Cesena) 281.
 Vicente de Aquila (franciscano) 124.
 Vicomercatus, 385.
 Vinci, Leonardo da (pintor) 69, 116, 163.
 Vío, Tomás de (Cayetano, cardenal) 121.

- Visconti, Cristina, 123.
 Vital de Bastia, 123.
 Vitelli, Paulo, 177.
 Vitelli, Vitellozzo, 126.
 Vitellozzo, 470, 471.
 Viti, Timoteo (pintor) 83.
 Victorino da Feltre, 75.
 Volterra, Jácome da, 356, 367, 386.
 Volterra, Rafael de, 359.
- Z**acchi, Gaspar (obispo de Osimo) 120.
 Zamometric, Andrés, 529.
 Zanino de Solcia, 166.
 Zeno, Bautista (cardenal) 379, 380, 381, 384.
 Zerbi (médico) 336.
 Zorzi, Francesco (notario) 69.
 Zorzi, Jerónimo, 459.
 Zurita, 408, 472, 493.

ÍNDICE ANALÍTICO

INTRODUCCIÓN

Estado moral y religioso de Italia y sus vicisitudes en la época del Renacimiento

Intensidad de la vida espiritual y elevación de la material cultura en Italia á fines del siglo xv.—Juicio de Fr. Guicciardini (49).

Males políticos y sociales de Italia en la época del Renacimiento (50-51).

Azote providencial de las enfermedades contagiosas (52-54).

Corrupción moral de la época del Renacimiento (55).

Dificultad de formular un juicio total sobre la moralidad y religiosidad de una época.—Lados sombríos y luminosos (55).

Extremosidad de los italianos así en lo bueno como en lo malo (56).

1.—Conservación de las profundas convicciones religiosas aun en la época de transición del Renacimiento.—Aspecto de la vida de familia; mujeres excelentes (56-57).

Correspondencia epistolar de una noble mujer florentina (57-59).

Profunda religiosidad de los legos en Florencia.—F. Datini y Feo Belcari (59-60).

Las memorias privadas, como documento de genuina piedad (60).

Apuntamientos del florentino Juan Morelli (61-62). Libro de memorias de Juan Rucellai (62-64).

El librero florentino Vespasiano da Bisticci (64).

Libro de memorias del boticario Lucas Landucci (64-66).

Religiosidad de la vida de familia (66-68).

Los testamentos como testimonio de la piedad de la época (68-70).

Librito de Juan Dominici sobre la dirección de la familia (71-74).

Introducción á la vida buena de San Antonino de Florencia (74-75).

Pedagogos cristianos. Maffeo Vegio (75-76).

Educación femenina; el ideal femenino de Castiglione; mujeres instruidas y devotas (76-78).

Libros de confesión.—Solicitud de la Iglesia por todas las clases sociales (78-79).

Carácter religioso de los gremios (79-81).

Las hermandades; importancia de las mismas para el arte (81-83).

Actividad caritativa de las hermandades (83-85).

- Visconti, Cristina, 123.
 Vital de Bastia, 123.
 Vitelli, Paulo, 177.
 Vitelli, Vitellozzo, 126.
 Vitellozzo, 470, 471.
 Viti, Timoteo (pintor) 83.
 Victorino da Feltre, 75.
 Volterra, Jácome da, 356, 367, 386.
 Volterra, Rafael de, 359.
- Z**acchi, Gaspar (obispo de Osimo) 120.
 Zamometric, Andrés, 529.
 Zanino de Solcia, 166.
 Zeno, Bautista (cardenal) 379, 380, 381, 384.
 Zerbi (médico) 336.
 Zorzi, Francesco (notario) 69.
 Zorzi, Jerónimo, 459.
 Zurita, 408, 472, 493.

ÍNDICE ANALÍTICO

INTRODUCCIÓN

Estado moral y religioso de Italia y sus vicisitudes en la época del Renacimiento

Intensidad de la vida espiritual y elevación de la material cultura en Italia á fines del siglo xv.—Juicio de Fr. Guicciardini (49).

Males políticos y sociales de Italia en la época del Renacimiento (50-51).

Azote providencial de las enfermedades contagiosas (52-54).

Corrupción moral de la época del Renacimiento (55).

Dificultad de formular un juicio total sobre la moralidad y religiosidad de una época.—Lados sombríos y luminosos (55).

Extremosidad de los italianos así en lo bueno como en lo malo (56).

1.—Conservación de las profundas convicciones religiosas aun en la época de transición del Renacimiento.—Aspecto de la vida de familia; mujeres excelentes (56-57).

Correspondencia epistolar de una noble mujer florentina (57-59).

Profunda religiosidad de los legos en Florencia.—F. Datini y Feo Belcari (59-60).

Las memorias privadas, como documento de genuina piedad (60).

Apuntamientos del florentino Juan Morelli (61-62). Libro de memorias de Juan Rucellai (62-64).

El librero florentino Vespasiano da Bisticci (64).

Libro de memorias del boticario Lucas Landucci (64-66).

Religiosidad de la vida de familia (66-68).

Los testamentos como testimonio de la piedad de la época (68-70).

Librito de Juan Dominici sobre la dirección de la familia (71-74).

Introducción á la vida buena de San Antonino de Florencia (74-75).

Pedagogos cristianos. Maffeo Vegio (75-76).

Educación femenina; el ideal femenino de Castiglione; mujeres instruidas y devotas (76-78).

Libros de confesión.—Solicitud de la Iglesia por todas las clases sociales (78-79).

Carácter religioso de los gremios (79-81).

Las hermandades; importancia de las mismas para el arte (81-83).

Actividad caritativa de las hermandades (83-85).

Desarrollo de las hermandades en Florencia y en Roma; hermandades romanas de los siglos xv y xvi; extensión é importancia de las mismas (85-89).

Importancia de las hermandades para el desenvolvimiento de la Poesía popular (89-90).

Florencimiento de los espectáculos religiosos en la Italia del Renacimiento; *Devozione y rappresentazione sacra* (90-95). La representación de la Pasión en el Coliseo de Roma (95-96).

Difusión de la Cofradía del Rosario y la Orden tercera (96-99).

Los Hermanos de la Misericordia; cuidado de los pobres y enfermos (100-101).

Hospitales en Florencia, Milán y Roma (101-103).

Actividad caritativa de los papas (103).

Grande extensión de las instituciones de cristiana caridad aun en ciudades pequeñas (104).

Cuadro estadístico de los establecimientos de beneficencia (105).

Testimonios de Lutero y Eck sobre el florecimiento de la beneficencia en Italia (106-107).

Las creaciones del arte como testimonios de la fe (107).

El arte del Renacimiento (107-108).

Obras religiosas de arte durante la época del Renacimiento.—Resumen de las principales producciones de la Arquitectura y de la Escultura (109-114).

Sobre el juicio del arte del Renacimiento (114-115).

Carácter cristiano de la Pintura del Renacimiento italiano (115-118).

El arte como declaración de la fe (118-120).

Excelentes obispos y cardenales (120-121).

Santos y beatos de la época del Renacimiento (122-124).

Profundos sentimientos religiosos persistentes aun en todas las clases del pueblo, distinguiendo rigurosamente entre personas y dignidades.—Vuelta á la fe cristiana á la hora de la muerte.—Respeto á las censuras eclesiásticas (123-127).

Veneración á las reliquias de los Santos (127-128).

Fervoroso culto de María Santísima.—Esplendor de las fiestas religiosas.—Procesiones de Corpus (128-130).

Creciente devoción al Santísimo Sacramento.—Ejercicios de devoción y oraciones. Rogativas y peregrinaciones (130-132).

2.—La Italia cristiana y no cristiana.—Contrastes de la época (133-134).

El renacimiento pagano Ilimitado desarrollo del individualismo. El deseo de la gloria llevado hasta lo demoníaco.—El cielo pagano (134-135).

Perniciosas consecuencias del parcial renacimiento de lo antiguo; caracteres detestables (136).

Lujo y apetito de magnificencia de la época del Renacimiento.—Sentencias de los predicadores.—Leyes suntuarias (136-138).

Riqueza de Italia.—Lujo exagerado, particularmente en Florencia (138-140).

Usuras y fraudes.—Usureros judíos y cristianos (140-142).

Los franciscanos y las públicas casas de préstamo (*Montes pietatis*) (142-144).

Movimiento antisemita (144-145).

Favor de la Santa Sede á las casas de préstamo (145-146).

Vicio de jugar y deshonestidad (146-147).

Inmoralidad, especialmente entre las clases instruidas y superiores (147).

Desmoralización de los príncipes italianos. Los Este, Ferrante de Nápoles, Lorenzo de' Médici (148-150).

Corrupción en Venecia (150-151).

Estado moral de la sociedad no perteneciente á la Corte. Poca seguridad de las fuentes (151-152).

Glorificación del adulterio por los novelistas.—La cuestión del divorcio (152-153).

El Orlando furioso de Ariosto desde el punto de vista moral (153-154).

La moderna comedia italiana y su difusión (154-155).

Inmorales comedias de Ariosto y Bibbiena (155-156).

Inmorales comedias de Maquiavelo (Mandrágola) (156-157).

Pernicioso influjo del teatro.—Contrastes de la época (157-158).

Esclavas orientales en Italia.—Celibato (158-159).

Inmoralidad pública. El renacimiento y las etairas.—Escándalo de las cortesanas en Venecia y en Roma (159-161).

Acción de la Iglesia contra la corrupción de costumbres (161-162).

Reaparición del vicio nacional de los griegos.—Su extensión en Italia (162-164).

Homicidios en las iglesias.—Asesinatos ordenados por los Estados (164-165).

Indiferencia religiosa.—El *Morgante maggiore* de Luis Pulci (165).

Los representantes del falso Renacimiento.—Evangelio del placer de Valla (165-166).

Los malos humanistas no rompen enteramente con la Iglesia.—Los defensores de doctrinas heréticas son pocos é inmediatamente castigados (166-167).

Vacilaciones de los humanistas entre la fe y la libertad de pensar.—Juan Pontano y Antonio Galateo (167-169).

El sentimiento religioso debilitado entre los humanistas (169-170).

Mescolanza del Cristianismo con el Paganismo.—Asimilación de todas las cosas de la vida con las formas antiguas (170-172).

Cortesio introduce la fraseología gentilica en la ciencia teológica (172-173).

Adrian de Corneto rechaza todas las ciencias en su obra *Sobre la verdadera Filosofía* (173-174).

Actitud de la Iglesia respecto de la ciencia y particularmente del Renacimiento (174-175).

La Astrología y los astrólogos en la época del Renacimiento (176-178).

Refutación y disminución de la Astrología (178-179).

Otros géneros de superstición (179-180).

Los filósofos del Renacimiento. Plethon, Bessarion (180).

Marsilio Ficino y Pico de la Mirándola. Academia platónica (181-182).

Cuestión de la inmortalidad y cualidades del alma.—Resolución del Concilio de Letrán (182-183).

Pedro Pomponazzi niega la inmortalidad del alma y acaba por suicidarse (183-185).

Nifo y Contarini refutan á Pomponazzi (185).

Maquiavelo el más genial representante del falso Renacimiento (185).

Inmoralidad de la vida de Maquiavelo (186).

El libro de Maquiavelo sobre «El Príncipe» glorifica la separación entre la Política y el Cristianismo (187).

Para Maquiavelo la Antigüedad clásica es la regla incondicional del presente (188).

Es una fantasía que Maquiavelo haya promovido la idea de la unidad de Italia (189).

Odio de Maquiavelo contra los sacerdotes y el Cristianismo en general (190-191).

Ilústranse los ataques de Maquiavelo contra los papas (191-193).

En «El Príncipe» de Maquiavelo culmina el falso Renacimiento (193).

Aseglaramiento del clero italiano, desde los frailes mendicantes hasta las más altas esferas (194-196).

Reforma de monasterios.—Mejores elementos (196-198).

3.—Predicadores de penitencia en la época del Renacimiento (198-199).

Extraordinarios éxitos de aquellos misioneros.—Su libertad de espíritu (200-203).

Abusos en la manera de predicar (203-204).

Jerónimo Savonarola reúne en sí muchas de las cualidades buenas y malas de la manera de predicar de entonces (204).

Desenvolvimiento espiritual de Savonarola (204).

Forma y efecto de sus predicaciones (206-208). Savonarola y Lorenzo de' Médici (208-209).

Savonarola predica contra la corrupción del clero (209-211).

Savonarola se entromete en asuntos políticos.—Su reforma de la constitución de Florencia (211-212).

Savonarola como reformador y profeta (212-214). No fué enemigo de las ciencias y las artes (214-216). Su oposición contra los extravíos del arte.—Ejemplos.—Su influjo sobre los artistas (216-221).

Precipitado y en parte exagerado celo reformatorio de Savonarola.—Severidad de sus castigos.—Espionaje é inquisición por medio de niños menores (221-226).

Contiendas y descontento en Florencia (226-227).

Aspectos inconvenientes de la acción de Savonarola.—Su fanatismo político y su ruina (227-230).

Florencia después de la muerte de Savonarola.—Por qué fracasó su reforma de la Iglesia (230-232).

Qué fuerzas puso Savonarola en movimiento por haber abandonado la base de toda reforma en sentido católico, ó sea, la subordinación bajo la suprema Autoridad legítima (232-233).

Martino di Brozzi, el profeta loco (233).

Pedro Bernardino, partidario de Savonarola, como antipapa.—Fin de la secta por él fundada en 1502 (234-236).

El profeta Jerónimo de Bérgamo (236-237).

Disposiciones del Concilio de Letrán contra el abuso de los frailes y eremitas vaticinantes (237-238).

El profeta Francisco de Montepulciano en Florencia (238-239).

Persistencia de las profecías de Savonarola en Florencia.—El fraile Teodoro (239-240).

El profeta Francisco de Meleto en Florencia (240-241).

Otros profetas en diversas partes de Italia.—Jerónimo de Sena (241-243).

Fray Buenaventura como Papa Angélico en Roma, en el año 1516 (243-244).

Agitación de los ánimos.—Necesidad de una reforma de las cosas eclesiásticas.—Presentimiento de una catástrofe (244-245).

LIBRO PRIMERO

Inocencio VIII (1484-1492)

CAP. I. AGITACIONES EN ROMA DURANTE LA SÈDE VACANTE. ELECCIÓN Y PRINCIPIOS DEL REINADO DE INOCENCIO VIII

General movimiento contra los nepotes y paisanos de Sixto IV.—Jerónimo Riario y su esposa Catalina.—Tirantez de las relaciones en Roma.—Temor de un cisma (249-251).

Convenio con Jerónimo Riario. — Restablecimiento de la tranquilidad (251-252).

Comienzo del Conclave. — Crecido número de los electores y su carácter (252).

Redacción de una capitulación electoral (253).

Opiniones de los contemporáneos acerca de los candidatos a la suprema dignidad (253-254).

La Diplomacia italiana y la elección pontificia de 1484 (254-255).

El Cardenal Borja caudillo de los cardenales partidarios de la Liga. Fracaso de sus conatos para alcanzar la tiara (255-256).

Juliano della Róvere jefe del partido contrario ayuda al cardenal Cibo para obtener el Papado (256-257).

Vida anterior de Inocencio VIII. — Sus padres. — Su juventud y carrera eclesiástica (257-259).

Carácter del nuevo Papa. — Preponderante influencia del cardenal Juliano della Róvere (260).

Coronación del Papa y toma de posesión de Letrán (261-262).

Dificultades de la situación especialmente en el concepto financiero. Buenos propósitos de Inocencio VIII (262-263).

Satisfactorios comienzos de su reinado (263-264).

Enfermedad del Papa. — Su debilidad. — Pendencias entre los Colonna y los Orsini (264-265).

CAP. II. DESAVENENCIAS DEL PAPA CON FERRANTE DE NÁPOLES (1484-1487). ENLACE FAMILIAR CON LORENZO DE' MÉDICI

Altéranse las relaciones entre Roma y Nápoles (266-267).

El Papa busca aliados. — Abierto rompimiento con Nápoles en el año de 1485 (267).

Inocencio VIII se ve forzado á tomar parte en la guerra de los barones de Nápoles (268-269).

Muere de la peste el cardenal Juan de Aragona á quien se le había encargádo la mediación entre Roma y Nápoles (269).

La Santa Sede hace suya la causa de los barones napolitanos (270).

Ferrante de Nápoles y Matías Corvino de Hungría amenazan al Papa con un concilio (271).

Roberto Sanseverino abanderado de la Iglesia (271-272).

Alfonso de Calabria ante los muros de Roma. — Amenazas de Virgilio Orsini (272-273).

Roma bloqueada — Encuentros en los alrededores. — Enfermedad del Papa (273-274).

Inocencio VIII busca auxilio en Francia (275-276).

Peligrosa situación del Papa (277).

Paz entre Roma y Nápoles en Agosto de 1486 (278).

Ferrante quebranta la paz y apremia durísimamente al Papa. — Debilidad é irresolución de Inocencio VIII (278-279).

Sublevación de Boccolino Guzzoni en Osimo. — Relaciones de éste con los turcos. — Convenio con Boccolino Guzzoni (279-280).

Ferrante lleva al extremo la contienda con Inocencio VIII. — Ofensa del nuncio pontificio. — Debilidad del Papa (280-281).

Casamiento de Franceschetto Cibo con Magdalena de' Médici. — Trascendencia del mismo (282-283).

CAP. III. TURBULENCIAS EN LA ROMAÑA CONTIENDAS Y PAZ DEFINITIVA ENTRE ROMA Y NÁPOLES

Revolución en Forlì.—Actitud del Papa respecto de las turbulencias en la Romaña (284-285).

Rebelión de Ancona (285-286).

Esfuerzos del Papa en favor de la paz (286).

Conducta hostil á Roma del rey de Nápoles, apoyado por Matías Corvino (287-288).

Inocencio VIII procura obtener auxilio extranjero (289).

Ferrante de Nápoles es depuesto por el Papa (Septiembre de 1489) (289).

Conducta provocativa del monarca napolitano respecto del Papa abandonado de todas las Potencias.—Intolerable situación de Inocencio VIII.—Peligro de reproducirse el destierro de Aviñón (289-291).

Continuas enfermedades del Papa (292-293).

El proceder de los Estados italianos respecto de las contiendas entre Ascoli y Fermo, determina á ajustar un convenio con Nápoles en el año de 1492 (293-294).

Ferrante se une con Roma.—Francia procura en vano obtener la investidura de Napoles (294-296).

CAP. IV. LA CUESTIÓN DE ORIENTE. EL PRÍNCIPE TURCO HIXEM EN ROMA. TOMA DE GRANADA. MUERTE DEL PAPA

Esfuerzos de Inocencio VIII para alejar el peligro de los turcos.—Pernicioso influjo de las contiendas con Nápoles (297-299).

Planes de cruzada formados por el Papa en 1487.—Raimundo Peraudi en Alemania (299-300).

El clero alemán rehusa el diezmo para la guerra contra los turcos (300-301).

Enviados pontificios á Francia.—Negociaciones de los mismos sobre la guerra contra los turcos.—Esfuerzos de los nuncios pontificios para la paz (301-304).

El príncipe turco Hixem viene á poder del Papa (304-305).

Hixem en Roma.—Descripciones contemporáneas del príncipe turco (305-308).

El Sultán amenazado por Hixem (309).

Congreso celebrado en Roma para una cruzada en 1490 (310-315).

Acaecimientos que impiden la guerra contra los turcos (315).

Embajada turca en Roma (316-318).

Conquista de Granada.—Importancia de este suceso.—Intervención de España en las cosas de Italia (318).

El Sultán envía á Roma la Santa Lanza.—Solemne recibimiento de aquella reliquia (320).

Desesperada enfermedad del Papa y su fallecimiento (321-323).

El sepulcro de Inocencio VIII en San Pedro (324).

CAP. V. RELACIONES DE INOCENCIO VIII CON LAS CIENCIAS Y LAS ARTES

Paralelo entre la Roma de Sixto IV y la de Inocencio VIII (325).

Construcciones de Inocencio VIII.—La Villa Magliana y el Belvedere del Vaticano (325-328).

Pinturicchio y Mantegna al servicio del Papa.—Trabajos de otros pintores en Roma (328-331).

Inclinaciones literarias del Papa.—Poliziano.—Relaciones con otros humanistas y eruditos.—Discursos ante el Papa.—La Vaticana.—Dedicatorias.—Renacimiento del drama clásico (331-337).

Hallazgo de un antiguo cadáver de doncella en Roma 1485 (338-339).

CAP. VI. DEFENSA DE LAS LIBERTADES Y DOCTRINA ECLESIASTICAS.

LA BULA CONTRA LAS BRUJAS DE 1484. ESTADO DE LAS COSTUMBRES EN LA CORTE DE ROMA. ASEGURAMIENTO DE LOS CARDENALES.

Conflictos político-eclesiásticos con la República de Venecia (340-341).
Inocencio VIII defiende la libertad eclesiástica contra Florencia, Bolonia y Milán (341-342).

Conflictos político-eclesiásticos con Hungría y Francia (Matías Corvino y Carlos VIII) (342-343).

Intrusiones de otros Gobiernos (343-344).

Concesiones del Papa á Don Fernando el Católico (344).

Beatificación del Margrave Leopoldo de Austria.—Introducción de otras canonizaciones (344-345).

Relaciones de Inocencio VIII con las Ordenes (345-346).

Defensa de la doctrina eclesiástica.—Waldenses y Husitas (346-347).

Pico de la Mirándola.—Condenación de sus tesis por Inocencio VIII (347-349).

La cuestión de los judíos en España.—Asesinato de San Pedro de Arbúes.—Expulsión de los judíos de España (350-351).

La Bula de Inocencio contra las brujas de 1484.—Contenido, importancia y consecuencias de la misma (351-354).

Inocencio VIII y la cuestión de la reforma.—Procedimientos contra los concubinaros.—Refútase una calumnia de Infesura (354-355).

Castigos contra la falsificación de bulas pontificias (355).

Oficios vendibles en la Curia.—Dificultades financieras (356).

Corruptibilidad de los empleados papales.—Mal estado de cosas en Roma.—Excesos de Franceschetto Cibo (357).

Defunciones en el Colegio cardenalicio (357-358).

Nombramiento de nuevos cardenales (358-359).

Juan de' Médici destinado al estado eclesiástico en la niñez.—Conatos de su padre para procurarle beneficios (359). Es nombrado cardenal y va á Roma (360).

Epístola exhortatoria de Lorenzo de' Médici á su hijo el Cardenal (361-363).

Muerte del cardenal Marcos Barbo (364).

Aseguramiento del Colegio cardenalicio (364).

El cardenal Rodrigo de Borja.—Sus riquezas y manera inmoral de vivir.—Vanozza de Cataneis (364-365).

Los hijos del cardenal Rodrigo de Borja.—Son legitimados y proveídos en España (365-367).

El palacio del cardenal Borja y su lujosa disposición (368).

Sentimientos mundanos, riqueza y amor al fausto de los cardenales Ascanio Sforza, Sanseverino, B. Orsini y Balua (368-369).

El cardenal Juliano della Rovere (369-370).

Poder de los cardenales asegurados (370-371).

Barruntos de un próximo castigo del cielo.—Terribles vaticinios (372-373).

LIBRO SEGUNDO

Alejandro VI. (1492-1503)

CAP. I. ELECCIÓN Y CORONACIÓN DE ALEJANDRO VI. INCIPIENTE NEPOTISMO. DIFERENCIAS Y RECONCILIACIÓN CON FERRANTE DE NÁPOLES. CREACIÓN DE CARDENALES DE SEPTIEMBRE DE 1493

Tirantez de la situación después de la muerte de Inocencio VIII (377-378).

Comienzo del conclave (378).

Relaciones entre los partidos del Colegio cardenalicio (378).

La Diplomacia y la elección pontificia.—Nápoles y Francia favorecen á Juliano della Róvere (379-380).

Rivales de Juliano della Róvere.—Riqueza y poder de Borja.—Situación la víspera del Conclave (381-382).

Los primeros escrutinios (382).

Manejos simoníacos en la elección de Alejandro VI.—Pruebas documentales de las recompensas de los electores (382-385).

El Analista de la Iglesia acerca de la elección papal de 1492 (385).

Juicio de los contemporáneos sobre Alejandro VI. Descripciones de su carácter; su exterior (386-388).

Laxitud de las ideas morales de la época (388-389).

Juicios contemporáneos acerca la elección simoníaca de Alejandro VI (389).

Magnificencia de la coronación pontificia (390).

Impresión producida por la elección de Alejandro VI.—Inexactas afirmaciones de Guicciardini.—Actitud de Ferrante de Nápoles (391-392).

Descontento del Gobierno veneciano por la elevación de Alejandro VI (392-393).

Embajadas de obediencia de los Estados italianos.—Discursos de los enviados (393).

Impresión de la elección de Alejandro VI en el extranjero. Juicio del cronista tudesco H. Schenel (394).

Los primeros actos de gobierno de Alejandro VI despiertan en muchos favorables esperanzas. Moderación de la actitud del Papa (394-395).

Buenos propósitos del nuevo Papa (395).

Incipiente nepotismo de Alejandro VI. César Borja arzobispo de Valencia.—Nuevos legados (396-397).

Lucrecia Borja.—Su exterior y carácter.—Debe ser absuelta de las más de las inculpaciones acumuladas contra ella; pero no de toda culpa (397-400).

César Borja; su carácter; sus retratos (400-401).

Túrbanse las relaciones entre Roma y Nápoles.—Inútil embajada de Federico de Aragón (402).

Intrigas del Rey de Nápoles contra el Papa.—Contienda sobre Cerveti y Anguillara.—Oposición entre Ascanio Sforza y Juliano della Róvere.—Creciente tirantez con Nápoles (403-405).

La Liga de 25 de Abril de 1493 (405).

Ferrante de Nápoles ataca personalmente á Alejandro VI (406).

Desposorios de Lucrecia Borja con Juan Sforza de Pesaro (406-407).

López de Haro embajador de Fernando el Católico en Roma (407).

- Amenazas de Ferrante.—Sus nuevas negociaciones con el Papa (408).
- Reconciliación y enlace de familia con Nápoles (409).
- Infructuosa misión de Perrón de Baschi (409).
- Temporal disfavor de Ascanio Sforza.—Túrbanse de nuevo las relaciones con Nápoles (410-411).
- Nombramiento de cardenales de Septiembre de 1493. César Borja y Alejandro Farnese reciben el rojo capelo. Julia Farnese y Alejandro VI (411-412).
- Descontento de los cardenales de la oposición (413).

CAP. II. ALFONSO DE NÁPOLES ALIADO DE ALEJANDRO VI. EL CARDENAL JULIANO DELLA RÓVERE HUYE Á FRANCIA. CARLOS VIII INVADE Á ITALIA

- Nueva contienda entre el Papa y Ferrante de Nápoles.—Muerte de éste (414-415).
- Intrigas de Carlos VIII de Francia (415).
- Alejandro VI reconoce á Alfonso II de Nápoles (416).
- Amenazas de los franceses (417).
- El cardenal Juliano della Róvere huye á Francia.—Coronación de Alfonso II y matrimonio de Jofré Borja (417-418).
- Carlos VIII de Francia.—Sus designios sobre Italia y sus amenazas contra Alejandro VI (418-419).
- Deserción de los Colonna. - Extremado temor del Papa.—Sus relaciones con el Sultán de Turquía (420-421).
- Disposiciones defensivas de Alejandro VI y Alfonso II.—Peligrosa situación del Papa.—Oposición de los cardenales (422).
- Irrupción de Carlos VIII en Italia.—Fuerzas del ejército francés.—Personalidad del rey.—Amplitud de sus planes (423-424).

CAP. III. MARCHA VICTORIOSA DE CARLOS VIII POR LA LOMBARDÍA Y TOSCANA Á ROMA. APURO Y PERPLEJIDAD DE ALEJANDRO VI. OSTIA EN PODER DE LOS COLONNA. DESERCIÓN DE LOS ORSINI. LOS FRAN- CESES EN ROMA.

- Profecías de Savonarola cumplidas por la victoriosa marcha de Carlos VIII.—Indescriptible turbación de los italianos (425-426).
- Sublevación de los Savelli y de los Colonna.—Estos se apoderan de Ostia é izan allí la bandera de Francia (427).
- Carlos VIII en Toscana. - Caída de los Médici (428).
- Carlos VIII no admite á su presencia al legado Piccolomini y recibe á Savonarola (429).
- Los franceses en Florencia.—Manifiesto amenazador de Carlos VIII á 22 de Noviembre de 1494 (429-430).
- Temor del Papa.—Su desesperada situación (431).
- Ínútiles esfuerzos de ganar al Papa á la causa de Francia (431-432).
- Misión fracasada de los cardenales Peraudi y Sanseverino á Carlos VIII (432-433).
- Completo fracaso de la política de Alejandro VI, el cual busca en vano auxilio (433).
- Confusión en Roma. Perplejidad de Alejandro VI (433-434).
- Tratado sobre la entrada de los franceses en Roma (435-437).

**CAP. IV. CARLOS VIII EN ROMA Y NÁPOLES.
LA LIGA SANTA DE MARZO DE 1495. HUIDA DEL PAPA.
LOS FRANCESES SE RETIRAN DE ITALIA.**

Entrada del ejército francés en Roma á 31 de Diciembre de 1494 (438-439).

Los cardenales y Carlos VIII (439-440).

Exigencias y amenazas de Carlos VIII.—Pánico en Roma.—Alejandro VI huye al castillo de Sant-Angelo (441).

Alejandro VI amenazado con la deposición (442).

Carlos VIII sin serios designios acerca de la reforma de la Iglesia (443).

Amenazas del Monarca francés contra el Papa (443-444).

Convenio entre Alejandro VI y Carlos VIII de 15 de Enero de 1495 (444-445).

Disgusto de los cardenales de la oposición.—Irreconciliable encono de Juliano della Róvere (445).

Entrevista del rey con el Papa (445).

Carlos VIII presta obediencia á Alejandro VI. Nombramiento de dos cardenales franceses (446).

Los franceses se parten de Roma (447).

Los embajadores españoles disuaden á Carlos VIII la expedición á Nápoles. Fuga del cardenal César Borja (447-448).

Conquista prodigiosamente rápida del Reino de Nápoles por los franceses (448-449).

Carlos VIII y la cuestión de la Cruzada (449).

Súbita muerte del príncipe turco Hixem (450).

Perniciosa influencia que la estancia en Nápoles produjo en el ejército francés.—Manifestación de la sífilis (450-451).

Fórmase una coalición anti-francesa.—La Liga Santa de Marzo de 1495 (451-452).

Retirada de Carlos VIII (453).

Negociaciones de Carlos VIII con el Papa.—Confusión en Roma.—Alejandro VI evita una entrevista con el Rey de Francia.—Carlos VIII va segunda vez á Roma (453-455).

Retirada de los franceses.—Savonarola en presencia de Carlos VIII (456).

Batalla de Fornovo á 6 de Julio de 1495 (456).

Derrota de los franceses.—El Papa regresa á Roma.—Fracaso de los planes de Carlos VIII (457-458).

Grande inundación del Tíber en Diciembre de 1495 (459-461).

Hallazgo de un monstruo.—Los romanos temen nuevas tribulaciones (462).

Espantosas profecías de Savonarola (463).

**CAP. V. LOS FRANCESES SON EXPULSADOS DE NÁPOLES. EXPEDICIÓN DE
MAXIMILIANO Á ITALIA. GUERRA INFRUCTUOSA DE ALEJANDRO VI
CONTRA LOS ORSINI. ASESINATO DEL DUQUE DE GANDÍA. PLANES DE
REFORMA DEL PAPA.**

Situación de las cosas después de la retirada de Carlos VIII.—Esfuerzos de Alejandro VI para arrojar á los franceses de Náp (464-465).

Fin de la dominación francesa en Nápoles.—Inglaterra entra en la liga (466).

- Infeliz expedición de Maximiliano á Italia, 1496 (467).
 - Alejandro emprende la campaña contra los indóciles señores de los Estados de la Iglesia (467-468).
 Inútil guerra del Papa contra los Orsini.—Sitio del castillo de Bracciano.—Derrota de los pontificios en Soriano á 25 de Enero de 1497 (468-470).
 Desfavorable situación del Papa después de la desdichada guerra contra los Orsini (471).
 Se da á los Monarcas de España el título de *Católicos*.—Gonzalo de Córdoba quita á los franceses la plaza de Ostia (471).
 Nepotismo y vida inmoral de Alejandro VI (471-472).
 Robustecimiento del partido español en el Colegio cardenalicio.—Se da la investidura de Benevento y Terracina al Duque de Gandía.
 —César Borja es nombrado legado para la coronación del rey de Nápoles (472).
 Misterioso asesinato del Duque de Gandía (Junio 1497) (473-475).
 Inmenso dolor de Alejandro VI por el asesinato de su hijo.—Sospechas acerca de los asesinos (475).
 Todas las investigaciones para descubrirlos quedan sin resultado.—Relación del cardenal A. Sforza. Sospecha contra Juan Sforza (476-478).
 Designios de reforma de Alejandro VI. Consistorio de 19 de Junio de 1497 (479).
 Cartas de pésame (479-480).
 Nuevas conjeturas acerca los asesinos del Duque de Gandía (480).
 El cardenal Ascanio Sforza es seguramente inocente de dicho homicidio (481).
 Tampoco Juan Sforza tuvo probablemente parte en aquel asesinato (482-483).
 Graves motivos de sospecha contra los Orsini, á quienes persigue Alejandro VI como asesinos de su hijo (483).
 El Duque de Gandía, según toda probabilidad fué asesinado yendo á una aventura amorosa.—Algunos años después se acusa injustamente á César Borja como cómplice en la muerte de su hermano (484-488).
 Planes de reforma de Alejandro VI (488-489).
 Contenido de la gran Bula de reforma de Alejandro VI (489-492).
 El negocio de la reforma se difiere;—luego se olvida (492).
 Alejandro VI, falto de fuerzas morales para cambiar de vida, cae cada día más bajo la influencia de César (493).
 César Borja legado para la coronación del Rey de Nápoles.—Su plan de renunciar la dignidad cardenalicia (493-494).
 Disolución del matrimonio estéril de Lucrecia Borja con Juan Sforza (494-495).
 Los contemporáneos exageran todavía los escándalos de la Casa de Borja.—Irritación del pueblo común (495-496).

CAP. VI. SAVONAROLA Y ALEJANDRO VI

- Esperanzas de una reforma llevada al cabo por Savonarola (497).
 Tolerancia de Alejandro VI para con las atrevidas expresiones de Savonarola (497-498).
 Enemigos de Savonarola.—Sus esperanzas en el inmoral Rey de Francia y su fanatismo político (498).
 Intervención de Alejandro VI.—Su moderación (499).
 Savonarola niega al Papa la debida obediencia (500-502).
 Predicaciones desmesuradamente apasionadas de Savonarola contra los vicios de Roma (502-506).
 Grande moderación de Alejandro VI (506-507).

Necesidad de su intervención (507).

Breve pontificio de 7 de Noviembre de 1496.—Desobediencia de Savonarola (508-510).

Negociaciones de Alejandro VI con los enviados florentinos (511).

Descomedido lenguaje de Savonarola (512).

Mudanza, desfavorable á Savonarola, en Roma y Florencia (513-514).

Alejandro VI excomulga á Savonarola (13 de Mayo de 1497) (514-515).

Nueva investigación del asunto de Savonarola por los cardenales.—Las pasiones desenfrenadas de Savonarola imposibilitan una solución benigna (516).

Los enviados florentinos en Roma interceden por Savonarola (517).

Proceder sacrilego de Savonarola (517-518).

Con menosprecio de las resoluciones pontificias y bajo el amparo del Poder temporal, Savonarola reanuda sus sermones (Febrero 1498) y defiende su desprecio de la excomunión papal (519).

Ataques de Savonarola contra el Clero, y predicaciones apasionadas (520-522).

Gozo de los enemigos de Savonarola por el provocativo modo de proceder de éste. Alejandro VI amenaza con el interdicto y exige la entrega de Savonarola (522-523).

Este se ocupa en primer término en atacar la conducta de los clérigos (523).

Negociaciones de los enviados florentinos con Alejandro VI.—Extraño modo de proceder de la Señoría (523-526).

Savonarola promueve un concilio para deponer al Papa.—Alejandro VI pone fin á su proceder hasta entonces benigno (527-529).

Mudanza en Florencia desfavorable á Savonarola (530-533).

Savonarola y la prueba del fuego (533-534).

Actitud del gobierno florentino respecto á la prueba del fuego (534).

Alejandro VI desaprueba este juicio de Dios (535).

La prueba del fuego no llega á verificarse el 7 de Abril de 1498.—Caída de Savonarola (535).

Proceso y tormento de Savonarola (538-539).

Deserción en masa de los partidarios de Savonarola (540).

Condenación y ejecución de éste (541).

Juicio definitivo sobre Savonarola: no fué precursor de la Pseudo-reforma, pero defendió prácticamente tendencias hostiles á la Iglesia (541-543).

La reforma no puede conseguirse por la desobediencia (543-544).

- Pichler, A., Geschichte der kirchlichen Trennung zwischen dem Orient und Occident von den ersten Anfängen bis zur jüngsten Gegenwart. 2 Bde. München 1864—1865.
- Pieper, A., Ein unedirtes Stück aus dem Tagebuch Burchards. Separatabzug aus der Römischen Quartalschrift, herausgeg. von de Waal und Finke. Rom 1894.
- Pieper, A., Zur Entstehungsgeschichte der ständigen Nuntiaturen. Freiburg i. Br. 1894.
- Pierling, La Russie et le Saint-Siège. Vol. I. Paris 1896.
- Pilorgerie, v. *Campagne etc.*
- Piper, F., Mythologie der christlichen Kunst von der ältesten Zeit bis ins sechzehnte Jahrhundert. 2 Bde. Gotha 1847—1851.
- Pitti, J., Istoria fiorentina dal 1215 al 1529, pubbl. da F. L. Polidori en Archivio storico italiano. Vol. I. Firenze 1842.
- Plattner-Bunsen, v. *Beschreibung der Stadt Rom.*
- Podestà, B., Intorno alle due statue erette in Bologna a Giulio II, en los Atti e Memorie delle Deputaz. di storia patria per le provincie di Romagna VII, 107 ss. Bologna 1868.
- Pöhlmann, Die Wirthschaftspolitik der florentiner Renaissance und das Princip der Verkehrsfreiheit. Leipzig 1878.
- Pontanus, Joa. Jovianus, Opera omnia soluta oratione. 3 v. Venetiis 1518.
- Porto, v. *Luigi da P.*
- Porzio, C., La congiura de'Baroni del Regno di Napoli contra il Re Ferdinando I. Ridotta alla sua vera lezione... per cura del comm. Stanislao d'Aloe. Napoli 1859.
- Prato, Giov. Andrea, Storia di Milano, en Archivio stor. ital. Vol. III. Firenze 1842.
- Prescott, W. H., Geschichte der Regierung Ferdinands und Isabella's der Katholischen von Spanien. Deutsche Uebersetzung. 2 Bde. Leipzig 1842.
- Prölsz, R., Geschichte des neuern Dramas. Erster Band. Zwei Hälften. Leipzig 1880—1882.
- Pungileoni, Memorie intorno alla vita di D. Bramante. Roma 1836.
- Quartalschrift, Römische, für christliche Alterthumskunde und für Kirchengeschichte. Herausgeg. von A. deWaal, H. Finke und Ehses. Jahrg. I ss. Rom 1887 ss.
- Quartalschrift, Tübinger theologische. Jahrg. I ss. Tübingen 1831 ss.
- Quétif, Jac., v. Echard.
- Quidde, L., Deutsche Zeitschrift für Geschichtswissenschaft. Jahrg. 1889—1894. Freiburg i. Br. 1889—1894.
- Raphael (Maffei) Volaterranus, Commentariorum urbanorum libri 38. Parisiis 1526.
- Ranke, L. v., Deutsche Geschichte im Zeitalter der Reformation. Bd. I und VI. 2. Aufl. Berlin 1844—1847.
- Ranke, L. v., Die römischen Päpste in den letzten vier Jahrhunderten. Bd. I und III. 6. Aufl. Leipzig 1874.

- Ranke, L. v., Geschichte der romanischen und germanischen Völker von 1494—1514. 2. Aufl. Leipzig 1874.
- Ranke, L. v., Zur Kritik neuerer Geschichtsschreiber. 2. Aufl. Leipzig 1874.
- Ranke, L. v., Historisch-biographische Studien. Leipzig 1877.
- Ratti, N., Delle famiglie Sforza-Cesarini, Savelli, Peretti, Montalto etc. 2 vol. Roma 1794.
- Ratzinger, G., Geschichte der kirchlichen Armenpflege. 2. Aufl. Freiburg i. B. 1884.
- Raynaldi, O., Annales ecclesiastici accedunt notae chronologicae, criticae etc., auctore J. D. Mansi. T. XI et XII. Lucae 1754 sq.
- Redtenbacher, R., Architektur der italienischen Renaissance. Frankfurt 1886.
- Renazzi, F. M., Storia dell' università degli studj di Roma, detta la Sapienza, con un saggio storico d. letteratura Romana dal sec. XIII sino al' sec. XVIII. 2 vols. Roma 1803—1804.
- Renier, v. *Luzio*.
- Repertorium für Kunstwissenschaft, herausgeg. von Schestag. später von J. Janitschek, dann von Thode. Stuttgart und Leipzig 1876 ss.
- Reumont, A. von. Die Carafa von Maddaloni. 2 Theile. Berlin 1851.
- Reumont, A. von, Beiträge zur italienischen Geschichte. 6 Bde. Berlin 1853—1857.
- Reumont, A. von, Geschichte der Stadt Rom. Bd. II und III. Berlin 1867—1870.
- Reumont, A. von, Briefe heiliger und gottesfürchtiger Italiener. Freiburg i. Br. 1877.
- Reumont, A. von, Vittoria Colonna. Leben, Dichten und Glauben im 16. Jahrhundert. Freiburg i. Br. 1881.
- Reumont, A. von, Kleine historische Schriften. Gotha 1882.
- Reumont, A. von, Lorenzo de' Medici il Magnifico. Zweite, vielfach veränderte Auflage. 2 Bde. Leipzig 1883.
- Reusch, H., Der Index der verbotenen Bücher. 2 Bde. Bonn 1883—1885.
- Revue des études juives. Publication trimestrielle de la Société des études juives. T. I—XXII. Paris 1880—1892.
- Revue des questions historiques. Livraison 1 ss. Paris 1866 ss.
- Revue historique 1 ss. Paris 1876 ss.
- Ricciardi, Franc. da Pistoja detto Ceccodeà, Ricordi storici dal 1494 al 1500, pubbl. p. c. di P. Viego. en los Scelta di curiosità letterarie inedite o rare dal sec. XIII al XVII. Disp. 186. Bologna 1882.
- Ricordi di Casa Sacchi dal 1476 al 1572, in Niccola della Tuccia, ed. Ciampi 423 s. Firenze 1872.
- Rio, A. F., De l'art chrétien. Nouvelle édition entièrement refondue et considérablement augmentée. 4 vols. Paris 1861—1867.
- Rio, Michel-Ange et Raphaël. Avec un supplément sur la décadence de l'école romaine. Paris 1867.
- Ritter, H., Geschichte der Philosophie. Theil IX. Hamburg 1850.

- Rixner, Thaddä Anselm, Handbuch der Geschichte der Philosophie. Neue Ausgabe der zweiten Auflage. Ed. II: Geschichte der Philosophie des Mittelalters. Sulzbach 1850.
- Robertus de Licio (Licio), Quadragesimale de peccatis per fratrem R. Caracholum de L. ord. min. Venetiis 1488.
- Robinson, J. C., A critical account of the drawings by Michelangelo and Raffael in the University Galleries. London 1870.
- Rodocanachi, E., Les Corporations ouvrières à Rome depuis la chute de l'empire Romain. 2 vols. Paris 1894.
- Rodrigo, Fr. J., Historia verdadera de la Inquisición. 3 vols. Madrid 1876—1877.
- Rösler, A., Cardinal Johannes Dominici 1357—1419. Freiburg i. Br. 1893.
- Rösler, A., Kardinal Joh. Dominici's Erziehungslehre und die übrigen pädagogischen Leistungen Italiens im 15. Jahrhundert. Freiburg i. Br. 1894.
- Rohrbacher, v. Knöpfler.
- Romanin, Storia documentata di Venezia, T. IV e V. Venezia 1855 s.
- Ronchini, A., Documenti Borgiai dell'Archivio di Stato in Parma, en los Atti e memorie delle RR. deputazioni di storia patria per le province dell'Emilia. Nuova Serie I, 37 ss. Modena 1877.
- Roscoe, W., Leben und Regierung des Papstes Leo X. Uebers. von H. Ph. K. Henke. 3 Theile. Wien 1818.
- Rosmini, Carlo de, Dell'istoria intorno alle militari imprese e alla vita di Gian-Jacopo Trivulzio detto il Magno tratta in gran parte da monumenti inediti che conferiscono eziandio ad illustrar le vicende di Milano e d'Italia di que'tempi Libri XV. 2 vols. Milano 1815.
- Rosmini, Carlo de', Dell'Istoria di Milano. T. I. III. IV. Milano 1820.
- Rossbach, H., Leben und die politisch-kirchliche Wirksamkeit des Bernaldino Lopez de Carvajal, Cardinals von S. Croce in Gierusalemme in Rom, und das schismatische Concilium Pisanum. Erster Theil. Dissert. Breslau 1892.
- Rossi, Tribaldo de, Ricordanze en las Delizie degli eruditi Toscani XXIII, 236—303. Firenze 1786.
- Rossi, V., Storia letteraria d'Italia. Quattrocento. Milano 1898.
- Rudelbach, Hieronymus Savonarola und seine Zeit. Hamburg 1835.
- Rumohr, C. F. von, Italienische Forschungen. 3 Theile. Berlin und Stettin 1827 á 1831.
- Ruth, E., Geschichte der italienischen Poesie. 2 Bde. Leipzig 1844.
- Sägmüller, J. B., Die Papstwahlen und die Staaten von 1447 bis 1555 (Nicolaus V. bis Paul IV.). Eine kirchenrechtlich-historische Untersuchung über den Anfang des Rechtes der Exclusive in der Papstwahl. Tübingen 1890.
- Saggiatore, il (Revista). 2 vols. Roma 1844—1845.
- Sandonini, T., Modena sotto il governo dei Papi. Modena 1879.

- Sandret, L., Le concile de Pise 1511, en la Revue des questions historiques XXXIII, 425—456. Paris 1883.
- Sannazarii, J., Opera omnia. Lugduni 1592.
- Santarem, Vizconde de, Quadro elementar das Relações politicas e diplomaticas de Portugal con as diversas potencias do mundo ordenado e composto pelo V. de S., continuado e dirigido pelo Luiz Augusto Rebello da Silva. T. X. Lisboa 1866.
- Sanudo, M., Vite de'duchi di Venezia. Muratori, Script. XXII, 405--1252. Mediolani 1733.
- Sanudo, M., La spedizione di Carlo VIII in Italia, pubbl. per R. Fulin (Apéndice del Arch. Veneto). Venezia 1873—1882.
- Sanuto, M., I Diarii. Tom I—XV. Venezia 1879 ss.
- Savonarola, G., Prediche sopra l' Esodo. Venetia 1540.
- Savonarola, G., Poesie, ed. Guasti. Firenze 1862. (Edición de solos 250 ej.)
- Schaden, v. Thiersch.
- Schäfer, Geschichte Portugals. 5 Bde. Hamburg 1836—1854.
- Scheurl, Chr., Briefbuch, ein Beitrag zur Geschichte der Reformation und ihrer Zeit. Herausgeg. von F. v. Soden und J. K. F. Knaake. Bd. I. Postdam 1867.
- Schirrmacher, F. W., Geschichte von Spanien. Bd. VI. Gotha 1893.
- Schivenoglia, Andrea, Cronaca di Mantova dal 1445 al 1484 trascritta ed annotata da Carlo d'Arco, en la Raccolta di cronisti e documenti storici Lombardi inediti II, 121—194. Milano 1857.
- Schmarsow, A., Pinturicchio in Rom. Stuttgart 1882.
- Schmarsow, A., Melozzo da Forlì. Ein Beitrag zur Kunst- und Culturgeschichte Italiens im 15. Jahrhundert. Berlin und Stuttgart 1886.
- Schneegans, H., Geschichte der grotesken Satire. Strassburg 1894.
- Schneider, J., Die kirchliche und politische Wirksamkeit des Legaten Raymünd Peraudi 1486—1505. Unter Benutzung ungedruckter Quellen bearbeitet. Halle 1882.
- Schneider, J., Der Türkenzugscongress in Rom (Juni bis 30. Juli 1490). Nach archivalischen Quellen dargestellt. Programm des städtischen Realgymnasiums zu Gumbinnen. Gumbinnen 1893.
- Schnitger, J., Savonarola im Lichte der neuesten Literatur: Hist.-polit. Blätter CXXI, 465—482. 548—577. 634—650. 717—731. 777—802. München 1898.
- Schnurrer, F., Chronik der Seuchen. 2 Theile. Tübingen 1825.
- Schöner, R., Rom. Wien und Leipzig 1898.
- Schönfeld, A., Andrea Sansovino und seine Schule. Stuttgart 1881.
- Schröckh, Kirchengeschichte. Bd. XXX s. Leipzig 1772 ss.
- Schück, J., Aldus Manutius und seine Zeitgenossen in Italien und Deutschland. Berlin 1862.
- Schulte, Joh. Friedr. von, Die Geschichte der Quellen und Literatur des canonischen Rechts von Papst Gregor IX. bis zum Concil von

- Trient. (Gesch. der Quellen u. s. w. von Gratian bis auf die Gegenwart. Bd. II.) Stuttgart 1877.
- Schultheisz, Die Gesellschaft der italienischen Renaissance in Literatur und Geschichte, in der Allgem. Zeitung (Beilage) 1892, Nr. 294. 295. 357.
- Schultze, V., Das Kloster S. Marco in Florenz. Ein culturgeschichtliches Bild aus dem 15. Jahrhundert. Leipzig 1888.
- Semper, H., Bramante, in Dohme, Kunst und Künstler. Bd. III, Leipzig 1878.
- Semper, H., Schulze, F. O., und Barth, W., Cárpi. Ein Fürstensitz der Renaissance. Dresden 1882.
- Senarega, B., De rebus Genuensibus, en Muratori, Script. XXIV. Mediolani 1738.
- Sentis, F. J., Die Monarchia Sicula. Eine historisch-canonistische Untersuchung. Freiburg i. Br. 1869.
- Serapeum, Zeitschrift für Bibliothekwissenschaft, Handschriftenkunde und ältere Literatur. Im Vereine mit Bibliothekaren und Literaturfreunden herausgeg. von Dr. Robert Naumann. Jahrgang I—XXXI. Leipzig 1840—1870.
- Serdonati, Vita d'Innocenzo VIII. Milano 1829.
- Sigismondo de'Conti da Foligno, Le storie de' suoi tempi dal 1475 al 1510. T. I e II. Roma 1883.
- Simon, F. A., Kritische Geschichte des Ursprungs des Syphilis. 2 Bde. Hamburg 1857—1860.
- Sinnacher, F. A., Beiträge zur Geschichte der bischöfl. Kirche Säben und Brixen in Tyrol. Bd. 7. Brixen 1830.
- Sismondi, J. S., Geschichte der italienischen Freystaaten im Mittelalter. Aus dem Französischen. 11. bis 14. Theil. Zürich 1820.
- Skaife, W. B., Florentine Life during the Renaissance. Baltimore 1893.
- Soranzo, G., Bibliografia veneziana. Venezia 1885.
- Springer, A., Raffael und Michelangelo. Leipzig 1878. 2 Aufl. 2 Bde. 1883.
- Springer, A., Raffaels, «Schule von Athen», in «Die graphischen Künste», Jahrgang V, p. 53—107. Wien 1883.
- Staffètti, L., Il cardinale Innocenzo Cybo, contributo alla storia della politica e dei costumi italiani nella prima metà del secolo XVI. Firenze 1894.
- Stein, H. von, Sieben Bücher zur Geschichte des Platonismus. Theil III. Göttingen 1875.
- Steinmann, E., Botticelli. Bielefeld und Leipzig 1897.
- Steinmann, E., Pinturicchio. Bielefeld und Leipzig 1898.
- Steinmann, E., Rom in der Renaissance von Nikolaus V. bis auf Julius II. Leipzig 1899.
- Steinmann, E., Chiaroscuro in den Stanzen Raffaels, in der Zeitschrift für bildende Kunst. Neue Folge. X. 169—178. Leipzig 1899.

- Stern, A., *Geschichte der neuern Literatur*. Bd. I: Frührenaissance und Vorreformation. Leipzig 1882.
- Stevenson, E., *Topografia e monumenti di Roma nella pittura a fresco di Sisto V. della biblioteca vaticana*, en la publicación: *Al s. pont. Leone XIII omaggio giub. della bibl. vat.* Roma 1888.
- Stimmen aus Maria-Laach. *Katholische Blätter*. Bd. I—XLIX. Freiburg i. Br. 1871—1895.
- Stöckl, A., *Geschichte der Philosophie*, Bd. III. Mainz 1866.
- Strauss, D. F., *Ulrich von Hutten*. 2. Aufl. Leipzig 1871.
- Studi e documenti di storia e diritto. Pubblicazione periodica dell' accademia di conferenze storico-giuridiche. A° I ss. Roma 1880 ss.
- Sugenheim, S., *Geschichte der Entstehung und Ausbildung des Kirchenstaates*. Leipzig 1854.
- Symonds, J. A., *The Life of Michelangelo Buonarroti*, based of studies in the archives of the Buonarroti family at Florence. Vol. I. London 1893.
- Szécsen, A., *Rafael*, en la *Ungarischen Revue* IX, 545 s. Budapest 1899.
- Tangl, M., *Die päpstlichen Kanzleiordnungen von 1200—1500*. Innsbruck 1894.
- Theiner, A., *Vetera Monumenta historica Hungariam sacram illustrantia*. T. II (1352—1526). Romae 1860.
- Theiner, A., *Vetera Monumenta Poloniae et Lithuaniae gentiumque finitimarum historiam illustrantia maximam partem nondum edita ex tabulariis Vaticanis*. T. II (1410—1572). Romae 1861.
- Theiner, A., *Codex diplomaticus dominii temporalis S. Sedis. Recueil de documents pour servir à l'histoire du gouvernement temporel des états du Saint Siège extraits des archives du Vatican*. T. III (1389—1793). Rome 1862.
- Theiner, A., *Vetera Monumenta Slavorum meridionalium historiam illustrantia*. T. I (1198—1549). Romae 1863.
- Thiersch, H. W. J., *Erinnerungen an Emil August von Schaden*. Frankfurt a. M. und Erlangen 1853.
- Thode, H., *Die Antiken in den Stichen Marcantons u. s. w.* Berlin 1881.
- Thode, H., *Franz von Assisi und die Anfänge der Kunst der Renaissance in Italien*. Leipzig 1885.
- Thuasne, v. *Burchardi Diarium*.
- Thuasne, L., *Djem-Sultan, fils de Mohammed II, frère de Bayezid II 1459—1495, d'après les documents originaux en grande partie inédits. Etude sur la question d'Orient à la fin du XV^e siècle*. Paris 1892.
- Tiara et Purpura Veneta ab anno MCCCLXXIX ad annum MDCCLIX seren. reipublicae Venetae a civitate Brixiae dicata. Brixiae 1761.
- Tiraboschi, Girolamo, *Bibliotheca Modenese*. 6 vols. Modena 1781—1786.

- Tiraboschi, Girolamo, *Storia della letteratura italiana*. L. V. VI. VII. Roma 1783.
- Tommasini, O., *La vita e gli scritti di N. Macchiavelli nelle loro relazioni col macchiavellismo. Storia ed esame critico*. Vol. I. Torino 1883.
- Tonini, L., *Rimini nella Signoria de' Malatesti. Parte seconda che comprende il secolo XV ossia volume quinto della storia civile e sacra Riminese*. Rimini 1882.
- Torracca, F., *Fra Roberto da Lecce*, en *Arch. storico Napoletano* VII, 141—164. Napoli 1882.
- Tosti, L., *Storia della badia di Monte Cassino*. T. III. Napoli 1843.
- Trinchera, Franc., *Codice Aragonese ossia lettere regie, ordinamenti ed altri atti governativi de' sovrani Aragonesi in Napoli riguardanti l'amministrazione interna del reame e le relazioni all'estero*. 2 vols. Napoli 1866 s.
- Tschackert, P., *Die Päpste der Renaissance*. Heidelberg 1879.
- Tursellinus, Horat., S. J., *Lauretanae historiae libri quinque*. Editio ultima. Coloniae 1612.
- Ughelli, F., *Italia sacra, sive de episcopis Italiae et insularum adiacentium rebusque ab iis gestis opus*. Romae 1644 sq. Editio II, ed. N. Coletus. 10 vols. Venetiis 1717—1722.
- Ugolini, Fil., *Storia dei conti e duchi d' Urbino*. Vol. I. II. Firenze 1859.
- Ülmann, H., *Studie über Maximilians Plan einer deutschen Kirchenreform im Jahre 1510*, en *Briegers Zeitschrift für Kirchengeschichte* III, 199—220. Gotha 1879.
- Ulmann, H., *Kaiser Maximilian I., auf urkundlicher Grundlage dargestellt*. 2 Bde. Stuttgart 1884—1891.
- Ulmann, H., *Kaiser Maximilians I. Absichten auf das Papstthum in den Jahren 1507 bis 1511*. Stuttgart 1888.
- Ulmann, H., *Sandro Botticelli*. München [1893].
- Uzielli, G., *La vita e i tempi di Paolo dal Pozzo Toscanelli. Ricerche e studi*. Roma 1894.
- Vairani, Thom. Augustin., *Cremonensium Monumenta Romae extantia*. Pars I. Romae 1778.
- Valentinelli, G., *Bibliotheca manuscripta ad S. Marci Venetiarum. Codices mss. latini*. 6 vols. Venetiis 1868—1873.
- Varchi, B., *Storia Fiorentina per cura di M. Santorio*. 2 vols. Milano 1845—1846.
- Vasari, G., *Le vite de' più eccellenti pittori, scultori ed architettori*. Firenze, Le Monnier, 1846 ss. (Nuova ediz. di G. Milanesi, Firenze 1878 ss.)
- Vatican, le, *Les Papes et la Civilisation*, par George Goyau, André Pératé et Paul Fabre. Paris 1895.
- Venuti, Rudolphinus, *Numismata Romanorum Pontificum praestantiora a Martino V. ad Benedictum XIV. Romae* 1744.
- Vermiglioli, *Memorie di Pinturicchio*. Perugia 1837.

- Vespasiano da Bisticci, *Vite di uomini illustri del secolo XV*, en Mai, Spicileg. Rom. I. Roma 1839.
- Vespasiano da Bisticci, *Vite di uomini illustri del secolo XV*, ed. Frati. Bologna 1892.
- Vettori, Fr., *Sommario della storia d'Italia dal 1511 al 1527*, ed. Reumont en *Archivio storico italiano*. Append. VI, B, p. 261—387.
- Vettori, Fr., *Viaggio in Alemagna*. Parigi 1837.
- Vierteljahrschrift (sc. revista) für Cultur und Literatur der Renaissance, speciell für vergleichende Literaturgeschichte und Renaissance-literatur. Herausg. von Geiger und Koch. Erste und zweite Folge. Leipzig 1886—1895.
- Villa, A. R., D. Francisco de Rojas, embajador de los Reyes Católicos, en el Boletín de la R. Academia de la Historia XXIX, 180 ss. 295 ss. 364 ss. 440 ss. Madrid 1896.
- Villanueva, J. L., *Viaje literario á las iglesias de España*. T. I—XXII. Madrid 1803—1852.
- Villari, P., *Geschichte Girolamo Savonarola's und seiner Zeit*. Unter Mitwirkung des Verf. übersetzt von M. Berdushek. 2 Bde. Leipzig 1868. (2. ediz. [en italiano]. 2 vols. Firenze 1887—1888.)
- Villari, P., *Niccolò Machiavelli und seine Zeit*. Durch neue Documente beleuchtet. Mit des Versassers Erlaubnis übersetzt von Bernhard Mangold und M. Heusler. 3 Bde. Leipzig 1877—1883. (2. ediz. ital. Milano 1895—1896.)
- Villari-Casanova, *Scelta di prediche e scritti di Fra G. Savonarola*, con nuovi documenti etc. Firenze 1898.
- Vischer, R., *Lucca Signorelli und die italienische Renaissance*. Leipzig 1879.
- Vita, la, Italiana, nel Rinascimento. I. Storia: Masi, E., Lorenzo il Magnifico. Giacosa, G., La vita privata ne' Castelli. Biagi, G., La vita privata dei Fiorentini. Del Lungo, J., La donna fiorentina nel rinascimento e negli ultimi tempi della libertà. II. Letteratura: Mazzoni, G., Il Poliziano e l' Umanesimo. Nencioni, E., La lirica del Rinascimento. Rajna, P., L' Orlando Innamorato del Boiardo. Tocco, F., Il Savonarola e la Profezia. 2 vol. Milano 1893.
- Vitale, F. A., *Storia diplomatica de' senatori di Roma*. Roma 1791.
- Vogel, J. A., *De ecclesiis Recanatensi et Lauretana earumque episcopis*. Commentarius historicus. 2 vol. Recineti 1859.
- Vogelstein, H., und Rieger, P., *Geschichte der Juden in Rom*. 2 Bde. Berlin 1895.
- Voigt, G., *Die Wiederbelebung des classischen Alterthums oder das erste Jahrhundert des Humanismus*. 2 Aufl. 2 Bde. Berlin 1880—1881.
- Volaterranus, v. *Raphael*.
- Volaterranus, Jacobus, *Diarium Romanum*, en Muratori, *Script*. XXIII, 81—203. Mediolani 1733.
- Wadding, L., *Annales Minorum seu trium ordinum a S. Francisco ins-*

- titutorum. Edit. secunda, opera et studio Rmi P. Josephi Mariae Fonseca ab Eborā. T. XIV et XV. Romae 1735 sqq.
- Wahrmund, L., Das Ausschliessungsrecht (jus exclusivae) der katholischen Staaten Oesterreich, Frankreich und Spanien bei den Papstwahlen. Wien 1888.
- (Weiss, A. M.) Vor der Reformation. Drei Aufsätze in den Histor-polit. Blättern LXXIX, 17—41. 98—125. 185—216. München 1877.
- Weiss, A. M., Apologie des Christenthums vom Standpunkte der Sittenlehre. 5 Bde. Freiburg i. Br. 1883—1889.
- Wiess, J., Berthold von Henneberg, Erzbischof von Mainz 1484—1504. Seine kirchenpolitische und kirchliche Stellung. Münchener Dissertation. Freiburg i. Br. 1889.
- Weiss, J. B., Lehrbuch der Weltgeschichte. Bd. III: Die christliche Zeit; II, 2. Hälfte: Das Mittelalter in seinem Ausgang. Wien 1870. (3. Aufl. Bd. 6 u. 7. 1889 ss.)
- Wetzer und Welte, v. *Kirchenlexikon*.
- Wickhoff, Die Bibliothek Julius' II., im Jahrbuch der preussischen Kunstsammlungen XIV, 49—65. Berlin 1893.
- Willmann, O., Geschichte des Idealismus. Bd. III. Braunschweig 1897.
- Wilson, Life and Works of Michel Angelo. London 1876.
- Wölfflin, H., Die classische Kunst. Eine Einführung in die italienische Renaissance. München 1899.
- Wolf, J., *Lectionum memorabilium et reconditarum centenarii* XVI. 2 vols. Lauringae 1600.
- Woltmann, Geschichte der Malerei. Fortgesetzt von Woermann. Bd. II. Leipzig 1892.
- Wolzogen, A., Rafael Santi. Sein Leben und seine Werke. Leipzig 1865.
- Wrampelmeyer, H., Tagebuch über Dr. M. Luther, geführt von Dr. Cordatus. 1537. Halle 1885.
- Yriarte, Charles, Un condottiere au XV^e siècle. Rimini. Etudes sur les lettres et les arts à la cour des Malatesta d'après les papiers d'état des archives d'Italie. Paris 1882.
- Yriarte, Charles, César Borgia. Sa vie, sa captivité, sa mort. 2 vols. Paris 1889.
- Zahn, A. de, Notizie artistiche tratte dall' Archivio segreto Vaticano, en Archivio storico ital., 3. Serie, VI, 1, 166—194.
- Zeissberg, H., Die polnische Geschichtschreibung des Mittelalters. Leipzig 1873.
- Zeitschrift für bildende Kunst, herausgeg. von Lützow. Leipzig 1870 s.
- Zeitschrift für die historische Theologie. In Verbindung mit der historisch-theologischen Gesellschaft zu Leipzig nach Illgen und Niedner herausgeg. von Kabnis. Gotha 1850 ss.
- Zeitschrift für katholische Theologie, redigirt von Dr. J. Wieser und Dr. F. Stentrup, später von H. Grifar und E. Michael. Bd. 1 ss. Innsbruck 1877 ss.

- Zeitschrift für Kirchengeschichte, in Verbindung mit W. Gasz, H. Reuter und A. Ritschl herausgeg. von Th. Brieger. Bd. I ss. Gotha 1877 ss.
- Zeitschrift, historische, herausgeg. von Heinrich v. Sybel. Bd. I ss. München und Leipzig 1859 ss.
- Zeller, J., *Italie et Renaissance Politique, lettres, arts. Nouvelle édit.* P. II. Paris 1883.
- Zingerle, A., *Beiträge zur Geschichte der Philologie. Theil I: De carminibus latinis saec. XV et XIV. ineditis.* Innsbruck 1880.
- Zinkeisen, J. M., *Geschichte des osmanischen Reiches in Europa.* 2 Theile. Gotha 1840–1854.
- Zinkeisen, J. M., *Die orientalische Frage in ihrer Kindheit. Eine geschichtliche Studie zur vergleichenden Politik, in Raumers Histor. Taschenbuch. Dritte Folge VI, 461–611.* Leipzig 1855.
- Zurita, G., *Anales de la corona de Aragón.* Vol. IV y V. Zaragoza 1610.
-



INTRODUCCIÓN

**Estado moral y religioso de Italia y sus vicisitudes
en la época del Renacimiento**



Estado moral y religioso de Italia y sus vicisitudes en la época del Renacimiento

El siglo xv, mayormente su segunda mitad, y los comienzos del xvi, fueron para Europa en general, y particularmente para Italia, una época de transición de los antiguos modos de ser á otra totalmente diversa disposición de las cosas. En todos los órdenes de la vida obróse una profunda transformación, en la cual se manifestaron los más rudos contrastes; por manera que lo político y lo social, la literatura y el arte, y aun los negocios eclesiásticos, hallábanse en estado de fermentación que presagiaba el alborar de un nuevo período.

Al paso que los grandes descubrimientos ultramarinos dilataban por no imaginada manera los horizontes de la Humanidad, en los dominios de la inteligencia abría también la dirección cultural del Renacimiento sendas inexploradas á un nuevo mundo. En uno y otro orden de históricos acaecimientos tuvieron los italianos una parte eminente; y en el renacimiento literario y artístico á ellos se debe el principal impulso. Atónita contempla la posteridad la muchedumbre de distinguidos eruditos y artistas que florecieron en la Italia de entonces, con una abundancia que por ventura no reconoce igual en la historia de la Humanidad, fuera del siglo de Pericles.

A la exuberancia de vida intelectual, correspondía el florecimiento de la material cultura. «Con sus campos hermosamente

cultivados, extendiéndose hasta las más altas cimas de los montes, y sujetos sólo á sus señores naturales, rebosaba Italia, dice Francisco Guicciardini, de gente, de mercaderías y de riquezas. Numerosos y magnánimos príncipes ilustraban aquella tierra bienhadada, á quien se otorgó el particular privilegio de poseer el centro de la Iglesia» (1).

En este cuadro, que del estado de Italia en 1490 traza el gran historiador, déjase aparte el reverso de la medalla; señaladamente la decadencia política, que tan pronto había de acarrear en pos de sí la descomposición de tan hermosas provincias. Cabalmente en la segunda mitad del siglo xv, se ofrece al atento observador una terrible corrupción en las relaciones políticas de Italia. De mano en mano, había degenerado el arte de gobernar en un sistema de perjurios y traiciones, según el cual se tenía por simpleza y bobería el cumplimiento de los contratos; dondequiera había que temer la astucia y la violencia, y la sospecha y la desconfianza emponzoñaban el trato entre los príncipes y los Estados.

Con pasmoso cinismo recomendó Maquiavelo esta ciencia de gobierno, esta política de fuerza, la cual, sin miramiento alguno y como si no existiera ninguna coercitiva sanción, hollaba brutalmente las leyes de la justicia y la moral, y admitía como lícito todo linaje de medios, con tal que sirviesen á la consecución del fin apetecido (2). Este sistema destructor era el que abrazaban y seguían los grandes señores de aquella época: Francisco y Ludovico Sforza, Lorenzo de' Médici, Alejandro VI y César Borja, lo propio que Ferrante de Nápoles.

En lo militar fué aquél el siglo de los capitanes aventureros, llamados *condottieri*, los cuales acrecentaban la confusión. Porque no iban á la guerra ejércitos nacionales, á quien alentase el sagrado fuego del honor y el derecho, á defender la patria y el hogar, sino viles mercenarios que se alquilaban al mejor postor, aparejados á prestar hoy sus servicios al adversario de la víspera. Aquellas milicias eran verdaderas calamidades para el país, ya que los pueblos y los campos estaban, á la continua, amenazados de saqueos y asolamientos. Raros eran los grandes combates; pero de un cabo al otro del año duraban las escaramuzas y asonadas, los

(1) Guicciardini I, c. 1. Cf. Sismondi XII, 40 ss. Sobre la abundancia de dinero de los italianos, especialmente de los florentinos, v. Ehrenberg, I, 270 s

(2) V. Hipler, *Geschichts-Auffassung* 72.

asaltos y pillajes de aquella codiciosa é indisciplinada soldadesca. Las historias de aquel tiempo nos refieren «sitios de miserables aldeas que duraron treinta días y batallas cuyas pérdidas fueron la de un hombre que se ahogó bajo el peso de su armadura». En la vida privada reinaban en muchos conceptos la inseguridad y arbitrariedad, las cuales degeneraban, en la administración de justicia, en dureza inhumana. Muchos administradores de la cosa pública no pensaban sino en estrujar los bolsillos de los ciudadanos, que las más de las veces no se hallaban en estado de defenderse de las crecientes cargas. Muchos de estos males sociales y políticos eran, á la verdad, comunes á los otros Estados de Europa; pero en ninguna parte como en Italia se habían erigido en sistema con tanta habilidad; en ninguna se habían extirpado tan de ratz los fueros y franquicias populares (1).

No es, pues, de maravillar que, al invadir Carlos VIII con su ejército francés el suelo italiano, nadie hubiera capaz de oponer resistencia á aquella avalancha. Por largos años el país más civilizado de Europa fué teatro de sangrientas guerras, y presa codiciada acerca de la cual sostenían una lucha de vida ó muerte Francia y España, que en aquella sazón habían llegado á alcanzar la unidad de las modernas monarquías y grandes potencias. El remate fué la ruina del sistema de los Estados nacionales italianos y la absoluta supremacía de España.

Añadíanse á las guerras las calamidades producidas por los elementos, las cuales traían en pos de sí hambres, miseria, desolación. Llenas están las crónicas del siglo xv de extraordinarias apariciones de cometas y trastornos atmosféricos, malas cosechas, inundaciones, terremotos y pestilencias (2). Con el nombre de *peste*, que el vulgo designaba con el de muerte (*la moria*), se com-

(1) Reumont, Caraffa I, 23; cf. Burckhardt, Cultur I^a, 85 s., Pöhlmann 17, 140 y Gisi 4.

(2) Schnurrer II, 7 s., quiso escribir una crónica, no sólo de las pestes, sino también de las otras calamidades, pero su trabajo es por extremo incompleto; así, por ejemplo, ni siquiera se menciona la grande hambre de 1496 (cf. Matarazzo 49 s.), Massari 43 s., Coppi 47 s., Vita italiana I, 115 ss., Haeser III, 185 s., sólo tratan de enfermedades epidémicas. Es incomparablemente más rica, y abarca también las carestias y trastornos atmosféricos, la grande obra de Corradi, Annali delle epidemie occorse in Italia dalle prime memorie fino all'anno 1850, 8 vol. Bologna 1865-1894; cf. Arch. st. ital. 5. Serie, X, 422 ss. Sobre las epidemias, especialmente en lo que concierne á Roma, v. también nuestras indicaciones vol. II, p. 85 ss.; vol. IV, p. 25 s.

prendía á la sazón, y siguió entendiéndose largo tiempo, todo género de enfermedades contagiosas.

La miseria, séquito de las incesantes guerras, y el hacinamiento de gente en lugares angostos, principalmente en los cercos, muchas veces de larga duración, ocasionaban graves alteraciones en la salud pública, la cual corría aún mayor peligro por la falta de policía, y por la suciedad y mezquina alimentación de las clases pobres del pueblo. Además, el comercio poco vigilado con las provincias de Levante, constituía un perenne manantial de enfermedades infecciosas, que se derramaban por toda Italia y casi nunca se extinguían por completo, antes se iban infiltrando por doquiera casi constantemente (1).

Puede afirmarse que, en ninguna época de su Historia, fué Italia tan frecuentemente visitada de epidemias como en la decantada edad y dorado siglo del Renacimiento. El pavoroso cuadro de «El Triunfo de la muerte», de un artista contemporáneo, Pedro di Cósimo (2), estaba tomado del natural. A la manera de un fuego que ya arde calladamente, ya levanta claras llamas, se extendió aquella calamidad casi por todo el siglo xv y pasó al siguiente. Y no sólo fueron las grandes ciudades las que tuvieron que sufrir este azote de Dios: aun aldeas tan sanas y tan bien situadas como Orvieto, se vieron repetidas veces trocadas en montones de cadáveres que apestaban el aire (3). En asomando en un lugar la terrible enfermedad, no se hallaba otra solución que la fuga. En favor de los que se quedaban se creía por lo menos poder hacer algo, encendiendo grandes hogueras en los sitios públicos. Juntamente el espíritu religioso de aquel tiempo procuraba aplacar al Cielo con procesiones, rogativas y públicos ejercicios de penitencia. Imploraban particularmente la intercesión de la Santísima Virgen y de San Sebastián, cuyo patrocinio contra la peste fué reconocido desde muy antiguo por toda la Cristiandad. Muchos hermosos cuadros votivos, como v. gr., el fresco pintado en 1464 por Benozzo Gozzoli, en la iglesia de San Agustín de San Gimignano, se originaron en tiempo de semejantes calamidades. Con dificultad se explicaría, por sólo motivos de arte, la predilección de los artistas

(1) Cf. Reumont, *Kleine Schriften* 67.

(2) Descrito muy circunstanciadamente por Vasari; v. Woltmann, *Gesch. der Malerei II*, 184. Cf. *Jahrb. d. preusz. Kunstsamml.* VII, 42 ss.

(3) Véanse las listas de los muertos en el *Diario di Ser Tommaso di Silvestro*, que se publica en Orvieto desde 1891, y que comienza en el año 1482.

por San Sebastián, en cuya pintura rivalizaron maestros como Antonio Pollajuolo, Mantegna, Foppa, Perugino, Signorelli, Pinturicchio, Vecchietta y Benito da Majano; antes bien se debió al propio tiempo á la fe de los pueblos en la poderosa protección del Santo contra las enfermedades contagiosas. No menos fe se tenía en el valimiento de San Roque: en la bandera que pintó Rafael en su juventud, para la iglesia de la Santísima Trinidad de Città di Castello, vese á los dos Santos vueltos los ojos hacia la Trinidad beatísima, en ademán de pedir instantemente al Señor, proteja al país contra la peste y otras plagas (1). Es verdad que en algunas partes, enérgicas autoridades municipales y médicos inteligentes emplearon además precauciones humanas contra mal tamaño; mas estas providencias miraban sólo á la guarda y defensa de la propia localidad. El trabar general batalla contra calamidad tan espantosa, á nadie pasaba por las mientes. Aun cuando á fines del siglo xv se perfeccionó por no pequeña manera el sistema del acordonamiento local, se instituyeron en las grandes ciudades autoridades sanitarias, se erigieron hospitales para aislar á los apestados, se designaron médicos especiales para cuidarlos y se emplearon sistemáticamente los medios de desinfección, no decreció notablemente la extensión y la frecuencia de las epidemias (2). El ángel exterminador hallaba en el suelo de Italia, empapado en sangre, terreno abonado para su actividad asoladora. Recios eran los tiempos; apenas comenzaban los angustiados ánimos á respirar, mostrábanse de nuevo las señales precursoras, y harto conocidas,

(1) Passavant, Raphael I, 60-61 (edición francesa II, 7). Müntz, Raphael 81. Woltmann, *Gesch. der Malerei* II, 181. Graziani, *L'arte a Città di Castello* (Firenze 1899) tav. 40, 41, 49-52. De los cuadros, de que habla este autor, el de A. Pollajuolo se halla actualmente en Londres, el de Perugino (1505) está en Panicle, en la iglesia de S. Sebastián (la Arundel Society lo ha publicado en cromolitografía). En 1518, Perugino pintó un segundo S. Sebastián; atribúyesele un tercer cuadro (Nuestra Señora con S. Sebastián y S. Roque), que se halla en la sacristía de S. María Trastevere de Roma. La galería de Viena posee el S. Sebastián de Mantegna, con la designación del nombre del artista en lengua griega. El S. Sebastián de V. Foppa está en la Brera de Milán. El S. Sebastián, pintado por Fra Bartolomeo en 1515, ha desaparecido; v. Woltmann, II, 606. El S. Sebastián de Vecchietta para la catedral de Sena, se hizo en 1478. El de Benedetto da Majano se halla en la iglesia de la Misericordia, de Florencia (fotogr. Alinari nr. 4901).

(2) V. Uffelmann, *Oeffentl. Gesundheitspflege in Italien*, artículo publicado en la *Vierteljahrsschrift für Gesundheitspflege* XI (Brunswick, 1879), 177. Cf. también Hörschelmann, *Ueber die groszen Epidemien in Italien während der Renaissancezeit*, en la *Allg. Zeitung* 1884. n.º 177 s. Suplemento.

del funesto azote. De todas ellas, la más indefectible y horrorosa era el bubón negruzco debajo del sobaco ó en la palma de la mano.

Frente al espléndido cuadro de civilización que se desarrolla ante los ojos del espectador en todos los Estados de aquel desmembrado país, principalmente en Roma y Florencia, centros de la vida literaria y artística; «la peste, con sus horrores y las mil formas de miserias que traía consigo, parecía no sólo una sarcástica caricatura de aquellos días de esplendor y de toda magnificencia mundana, sino una inverosímil fábula fantástica de dantesca monstruosidad» (1). Pero las descripciones de los contemporáneos, los inacabables lamentos y las prolijas listas de muertos que consignan las crónicas, no dejan lugar á ninguna duda sobre la realidad de las desolaciones.

A la peste, que tan indeciblemente afligió á la Italia del Renacimiento, agregóse desde la expedición de Carlos VIII *la sífilis* (2). Ya conocida antes, esta repugnante enfermedad, que se manifestaba en nuevas formas y con la mayor violencia, alcanzó, en parte por efecto del notable crecimiento de la inmoralidad, una tan general extensión, cual nunca otra epidemia hubiera alcanzado anteriormente. A millares se veían inficionados por ella, y las narraciones contemporáneas trazan repugnantes pinturas de este contagio, que no perdonaba á ningún estado. Describese «como un mal terrible, espantoso, maligno, ponzoñoso, ante el cual retrocede de horror la Humanidad; como un padecimiento peor que la misma lepra, y á quien ninguna otra enfermedad puede disputar la primacía; que consume el cuerpo, deja exhausto el espíritu y convierte á los enfermos en vivientes cadáveres. La llaman una pesteñicia cruel, horrible, impura y mortal; una sarna repugnante y venenosa y un objeto de horror, semejante al infernal cancerbero». El aspecto con que se presentaba entonces la enfermedad era de suerte, que apenas se pueden calificar de exageradas estas ponderaciones (3). Lo propio que en los demás países de Europa, se consideró también en Italia el nuevo mal como un justo castigo de Dios por los pecados de los hombres y por la gran corrupción de costumbres.

(1) Hörschelmann, loc. cit.

(2) Cf. más abajo, libro 2, cap. 4.

(3) Simón, II, 4-5.

La generalidad de la corrupción moral en la época del Renacimiento pertenece al número de aquellas afirmaciones históricas que se reciben con tanta facilidad como se emiten. Pero la investigación razonada y objetiva, al juzgar la moralidad y religiosidad de este período, ha de tomar en consideración, á par de las sombras, los lados luminosos, y conservar una conciencia clara de los límites del conocimiento histórico. No puede ponerse en duda que, en la época del Renacimiento, se realizó en muchos conceptos una poderosa mudanza en mal sentido; los espantosos acaecimientos y profundos trastornos como los arriba indicados, no podían dejar de ejercer un influjo perniciosísimo sobre la nación italiana. Pero todavía queda por averiguar, si está bien fundada la afirmación acerca de la fundamental é incorregible perversión y completa paganización de todos los aspectos de la vida.

Ya por sí mismo es extraordinariamente difícil pintar con toda fidelidad una época, en la cual se realizan las mayores mudanzas en todos los órdenes, y se manifiestan los más rudos contrastes, acentuados hasta el último extremo; pero todavía es mucho más difícil formar un juicio cabal sobre todo el conjunto de la moralidad y religiosidad de una época semejante. En cierto sentido llega esta empresa á los límites de lo imposible. Ningún mortal puede penetrar con sus miradas en las profundidades de la conciencia de otro particular individuo; ¡cuánto menos se podrá escudriñar de raíz la embrollada madeja de circunstancias atenuantes y agravantes, de las cuales depende el juicio equitativo del estado moral de toda una época! Semejantes cosas pueden, sin duda, investigarse hasta cierto punto; pero nunca llegarse hasta afirmarlas con absoluta seguridad.

Ante todo es necesario abstenerse, en semejante terreno, de la generalización de los juicios; pues, cuanto más claramente parecen hablar los testimonios históricos, tanto se impone más una gran parsimonia, por ser muy eventual que tales testimonios se apliquen enteramente á cada una de las clases de la sociedad (1). Cabalmente en lo tocante á la Italia del Renacimiento, las narraciones sobre la vida y conducta de los literatos y humanistas obtienen una preponderancia totalmente desproporcionada. Que en tales círculos, como generalmente en las clases altas de la sociedad, y en el mismo clero, se hubiera introducido en muchas partes

(1) Burckhardt, *Cultur*, II^a, 199.

una gran disolución de costumbres, está fuera de duda. Mas, sin embargo, la investigación imparcial ha de abstenerse de pintar el estado de cosas de la época del Renacimiento con colores de todo punto negros. Lo propio que en la Naturaleza, obran en todos los períodos de la Historia, á par de las fuerzas destructoras, asimismo otras conservadoras; y la actividad de estas últimas es mucho menos perceptible á los ojos del historiador, porque el bien no cunde tan ruidosa, violenta y sorprendentemente, como el mal. Un desenvolvimiento regular y pacífico, estimula menos la curiosidad que las súbitas y tormentosas infracciones del acostumbrado orden de cosas (1). Por esto, en los monumentos históricos de todos los pueblos, se halla descrito principalmente el mal; la virtud sigue sus tranquilas y calladas sendas, mientras el vicio y la inmoralidad meten mucho ruido. Todo el mundo habla de los viciosos y criminales, al paso que el hombre honesto cumple inadvertido sus deberes, y da poco motivo para que hablen de él. Si, pues, la descripción de un estado de cultura ha de corresponder á la verdad; á par de los elementos destructores deben asimismo tenerse en cuenta los conservadores; junto á las sombras se han de poner de manifiesto los puntos luminosos. En el pueblo italiano se imprimieron ambas cosas con especial resalte. Un político del siglo xv, en una muy exacta descripción de las notas patológicas de los pueblos civilizados de Europa, expresa su parecer sobre esto como sigue: «Entre los italianos no se halla nada mediano, ni en el bien ni en el mal; pero lo bueno prevalece» (2).

I

En la Edad Media las profundas convicciones religiosas habían formado la base del carácter italiano, y en las grandes masas se conservaron también durante la peligrosa época de transición del

(1) Cf. Kaufmann, Cäsarius von Heisterbach (2.^a edición, Colonia, 1862), 125.

(2) A. Marini (cf. nuestras indicaciones vol. III, p. 251 s.), Considerationes, publicadas por Thomas, Zur venet. Geschichtsforschung, en la Allg. Zeitung, 1876 n.º 358. Suplemento.

siglo xv (1). El influjo bienhechor de la Iglesia, por más que muchos de sus representantes estuvieran corrompidos, se mostraba de una manera imposible de desconocer, en todos los terrenos. Cuántas personas buenas y de provecho se hallaran todavía en medio de la fermentación y de los males producidos por las tormentas de la época y la agitación del Renacimiento, se percibe especialmente echando una mirada á *la vida de familia* de aquel período.

Cabalmente en la más civilizada de las regiones de Italia, en Toscana, el círculo de la familia ofrece, en general, una imagen harto satisfactoria; y aun cuando se descubren algunos daños, reina allí, sin embargo, comúnmente el orden y severa disciplina, el amor á la patria, el espíritu de sacrificio, el cuidado de la educación de los hijos, y una amorosa actividad maternal. Mujeres dignas y avisadas, cuyas imágenes comunican á los frescos de los pintores florentinos de aquella época un particular atractivo, velaban solícitamente por la conservación de la religiosidad y de las buenas costumbres. Por las amables biografías del ingenuo librero florentino Vespasiano da Bisticci, así como por el escrito de Jacobo de Bérgamo sobre las mujeres célebres de su tiempo, se viene en conocimiento de toda una serie de nobles representantes del sexo femenino (2); y que no están allí exageradas las alabanzas, lo muestran las correspondencias epistolares privadas de aquella época que felizmente nos han sido conservadas.

Son de inestimable valor, en este concepto, las cartas de la noble señora florentina *Alejandra Macinghi-Stroszi* (n. 1406 m. 1471). Al hojear aquellos papeles íntimos, la mirada penetra hondamente en la vida doméstica de la época, y parece como si leyéramos en el alma de aquella noble madre, duramente probada, cuya vida

(1) Concuerdan en este punto los sabios más importantes, de las más diversas opiniones, como Burckhardt, Reumont, Rösler, Gaspary, Müntz, Torracca y Guasti. Las pruebas más particulares se hallarán abajo en el decurso de la narración; cf. también nuestras indicaciones vol. I, p. 151 ss. Stern I, 152. Prölsz I, 1, 20, 36. Gruyer 173. Vischer, Signorelli 125, 128. Gabotto, Un poeta beatificato (Venezia 1892) 7. Ciampi, Lorenzo il Magnifico e G. Savonarola (Estratto d. N. Antologia 1875, Gennaio, p. 14). Cesáreo en la misma revista, 1894, vol. 135, 102. D'Ancona, Varietà storiche II, 190. Lazzari 33 s. y Molmenti, Venezia (Firenze 1897) 224 s.

(2) Reumont en la Allg. Zeitung 1876, n.º 191, supl.; Lorenzo II, 326 y Kleine Schriften, 55 s. 64 s. Cf. Braggio en el Giorn. ligustico 1885, XII, 35 ss. y P. Bologna, Saggio di ricordi di donne fiorentine. (Per nozze.) Firenze 1896.

y actividad se consagró enteramente al bien de sus hijos, después que una temprana muerte le arrebató al marido. Los sufrimientos y las alegrías, las esperanzas y los desengaños de toda una vida, pasan ante los ojos del lector; y por todas partes se descubre un sentimiento profundamente religioso. Cuando Mateo, hijo de Alejandra, murió en el extranjero, escribe ella: «Ahora sé, pues, finalmente, que á 23 de Agosto le plugo á Aquél que me lo había dado, llamarle de nuevo á sí, hallándose con todos sus sentidos y en gracia, y con todos los Sacramentos que convienen en tal hora para un cristiano bueno y fiel. Es la mayor amargura que puede darse, perder un hijo semejante; aun fuera del amor filial, estimo que ha sido una grave pérdida la que habéis padecido vosotros, mis dos hijos sobrevivientes. Yo alabo al Señor y le doy gracias por todo lo que es su voluntad; pues sé que Dios ha conocido ser éste el tiempo más á propósito para la salud de su alma; en lo cual me confirma lo que tú me escribes acerca de la manera con que se ha dispuesto tan cumplidamente para recibir á la dura y amarga muerte. Y aun cuando en mi corazón siento un dolor cual nunca había sentido otro semejante, sirven, no obstante, para templarlo, dos motivos de consuelo. El primero haber él estado á tu lado; pues estoy cierta de que no le habrán faltado ni médico ni medicinas, ni cosa alguna de las que se pudieran emplear para devolverle la salud, y se habrá hecho todo lo posible para salvar su vida; y si no ha sido de provecho, es porque ésta era voluntad de Dios. Lo segundo que me consuela es, haberle otorgado el Señor, en la muerte, su gracia y las armas espirituales para reconocer sus pecados, hacer la confesión de ellos y pedir el Viático y la Extremaunción, como me dices que lo hizo, piadosamente, dejándonos una prenda de esperanza de haberle Dios recibido en su gracia. Y como yo sé bien que todos hemos de pasar por este trance, y el cómo nos está escondido, y es incierto si lo pasaremos de la misma manera que mi queridísimo Mateo,—pues unos mueren repentinamente, al otro le hacen pedazos, y algunos pierden á un tiempo el cuerpo y el alma,—procuro conservar la paz, atendiendo á que Dios pudo haberme enviado otra cosa todavía más acerba. Con tal, pues, que por su misericordia me conserve á vosotros, mis dos hijos, no me lamentaré yo más.» Algún tiempo después volvía á tratar de nuevo de aquella muerte, escribiendo: «Cuando nada podemos remediar, hemos de someternos con

humildad; Dios sabe lo que aprovecha á nuestra alma. Toma, pues, tú también paciencia, y ruega por él. Estemos preparados para otros sufrimientos, pues Dios nos visita y las personas de este mundo nos afligen asimismo. Es preciso estar dispuesto para todo y llevarlo todo con paz» (1).

Este género de profunda religiosidad no estaba limitado á las personas del sexo femenino, sino muchos varones lo demuestran también en las diversas situaciones de la vida. Cuán hermosa figura es la del rico mercader florentino *Francisco Datini* (m. 1410), amigo de Juan Dominici, el cual en su edad avanzada se retiró á su ciudad natal, y dejó toda su hacienda á los pobres de Cristo. La esposa de este tan activo como piadoso varón, animada de parecidos sentimientos, murió terciaria de S. Domingo. Otro carácter semejante á él, de los que en gran multitud produjo el siglo xv, á manera de contrapeso opuesto al espíritu del Renacimiento pagano, fué el florentino *Feo Belcari*. Lo propio que Datini, era también Belcari hombre de vida activa, que desempeñó algunos cargos públicos; en el verano de 1454 tomó asiento en la magistratura de los Priors, y asimismo desempeñó el cargo de empleado de la Deuda pública y murió en 1484. Son testimonios espléndidos del espíritu que animaba á esta parte más sana del mundo seglar, los edificantes escritos de Belcari, no menos que su correspondencia privada. El escrito que dirigió á su hija Órsola, que había entrado en el monasterio del Paradiso de Florencia, acerca de la humildad, es una de las perlas de la literatura espiritual de aquella época (2).

«La humildad, escribe Belcari, es una inefable riqueza y divino don. La humildad es el abismo de la propia abnegación, contra la cual nada pueden las potencias infernales; es una torre de fortaleza en presencia del enemigo. La humildad es divina protección y guarda, por la cual nuestra vista interior se vela de tal manera, que no advierte nuestras propias prerrogativas y virtu-

(1) Cf. Guasti, Alessandra Macinghi degli Strozzi. *Lettere di una gentildonna fiorentina del sec. XV ai figliuoli esuli*. Firenze 1877. Reumont, *Kleine Schriften* 73-75. Müntz, *Hist. de l'Art* I, 15 s. J. del Lungo en *Vita ital.* I, 192 s., y D'Ancona, *Varietà storiche* II, 223 ss.

(2) Sobre Datini y Belcari, cf. Reumont, *Briefe* 82, 153 s., y Lorenzo I^a, 432 s. Sobre Belcari v. también *Propugnat*. XVIII, 2, y Rossi, *Quattrocento* 125, 418; sobre Datini, Guasti, *Ser Lapo Mazzei*, 1881, *Arch. stor. ital.* 4. Serie VIII, 390 s., y el *Discorso* de J. del Lungo. Prato 1897.

des; la humildad es la perfección de los fieles y los puros. La penitencia eleva el alma, la compunción la hace tocar al cielo, pero la humildad le abre sus puertas. La caridad y la humildad son santa compañía, pues una eleva el alma y la otra no la deja caer. Los Santos Padres enumeran los trabajos corporales entre los medios para alcanzar la humildad, y S. Juan Scholasticus dice, que el camino de la humildad es la obediencia y sencillez de corazón y todo lo que contradice á la soberbia. A los caminos de la humildad pertenecen también la pobreza, las peregrinaciones, el ocultar los conocimientos, hablar con simplicidad, pedir limosna, el trabajo manual, el renunciar al rango elevado, la escasez en las palabras, el no confiar en los hombres y confiar en sólo el Salvador. También la memoria de la muerte y del juicio, así como la meditación de la Pasión de Cristo, engendran humildad. La humildad hace el alma suave, mansa, abnegada, paciente, apacible, serena, obediente, compasiva, y sobre todo, diligente sin tristeza, y vigilante sin cansancio.—Cuando, pues, concluyo enumerándote los frutos de la humildad, hablo con S. Bernardo: ¿Quiéres honrar á Dios? sé humilde. ¿Quiéres alcanzar el perdón de tus pecados? sé humilde. ¿Quiéres ganar la divina gracia? sé humilde. ¿Quiéres vencer las tentaciones? sé humilde. ¿Quiéres superar á tus enemigos? sé humilde. ¿Quiéres guardar y defender tu virtud? sé humilde. ¿Quiéres contemplar los misterios celestiales? sé humilde. ¿Quiéres penetrar el sentido de las Sagradas Escrituras? sé humilde. ¿Quiéres merecer todo favor? sé humilde. ¿Quiéres conservar la paz del alma? sé humilde. Esta virtud se digne concedernos nuestro dulcísimo Señor Jesucristo á nosotros todos los que la necesitamos. Ruega por mí, soberbio. Escrito en Florencia á 19 de Octubre de 1455.—Feo Belcari» (1).

Son asimismo testigos de genuina piedad, numerosos escritos privados, que abundan principalmente en Florencia. Allí era bastante general la costumbre laudable de llevar libros de memorias, en los cuales se apuntaban los nacimientos, casamientos, defunciones y otros acaecimientos de los parientes; y entre estas apuntes, que nos descubren la intimidad de la vida de familia, se hallan también con frecuencia, en abigarrada serie, noticias sobre sucesos contemporáneos, ya próximos, ya remotos, frutos de las

(1) Se halla impresa en Moreni, *Lettere di F. Belcari*. Firenze 1825. Ha sido traducida por Reumont, *Briefe*, 155-158.

lecturas, reglas de vida práctica y consideraciones generales. Son apuntes de este género, de principios del siglo xv, los que conservamos del florentino *Juan Morelli*, los cuales alcanzan hasta el año de 1421 (1). Morelli, con la narración de los acaecimientos de su propia vida, quería instruir á su hijo acerca de la manera como podría ser feliz. Muéstrase allí modelo de cristianos padres, teniendo solicitud por la temporal y eterna bienandanza de su hijo, desde su primera juventud hasta más allá del sepulcro; y esta educación de sano fondo, propia del Cristianismo, puede considerarse todavía como general entre los florentinos de aquella época. El siglo del Renacimiento, á pesar de todas sus degeneraciones, era profundamente piadoso y creyente (2). Es muy notable el empeño, rayano con la exageración, con que Morelli recomienda el estudio de los clásicos, diciendo que su formación había sido descuidada también en este punto; sin embargo, semejante estima de las obras clásicas, aparece subordinada á los fines más altos, y principalmente, á la educación religiosa. Cuán ingenua piedad animara á este noble florentino, lo descubren las frases hondamente sentidas que dedica al encomio de su padre, fallecido prematuramente: «¡Oh, si nosotros fuéramos fieles cristianos y amigos de Dios, advertiríamos de día en día su poder y su justicia suma! (es á saber, sus disposiciones). Pero por nuestros pecados nos cegamos muchas veces, y nos inclinamos más á creer y juzgar que los acaecimientos felices y desdichados nos sobrevienen acaso, ó por efecto de nuestra mayor ó menor consideración, antes que por la voluntad de Dios; lo cual es, sin embargo, inexacto; pues todo procede de él conforme á nuestros merecimientos. Y por esto digo yo: En esto consiste la ventaja de las personas prudentes, en que conocen á Dios y obran el bien, y se ayudan según sus fuerzas. Por eso quiere también Dios que tú tiendas á la perfección con tus propios conatos y afanes, como lo ves clara y sensiblemente en la vida de mi padre Pablo.» De una manera no menos conmovedora describe luego, de qué modo pasó el primer aniversario de la muerte de su hijo primogénito, al pie

(1) Cronaca di Giov. Morelli, publicada como suplemento en la obra de Malespini, *Istoria di Firenze* (1718), 217-354; cf. Rösler, *Dominici's Erziehungslehre* 68 s. y P. Giorgi, *Sulla cronica di Giovanni di Paolo Morelli*. Firenze 1882. V. también el principio del *Libro di Ricordi de Matteo Palmieri (*Archivio pubblico de Florencia*), en el Arch. stor. ital. 5. Serie XIII, 259.

(2) Juicio de Rösler, loc. cit. 73.

de una cruz, en oración y penitencia, y termina su larga plegaria al Crucificado por el difunto, diciendo: «Dígnate por tu bondad aceptar mi oración y escucharla en tu misericordia, para salud, gozo y bienaventuranza del alma de mi dulce hijo difunto. Deseo mucho más saber que es dichoso en la vida eterna, que volverle á tener vivo corporalmente en la tierra, aun cuando esto fuera posible». Y volviéndose después á la Madre de Dios, reza la *Salve Regina*, y añade la siguiente efusión de su corazón paternal: «Dulcísima madre, morada del Hijo de Dios; concédeme te ruego, tener parte en tus dolores y en tu amargura, para que enteramente justificado por esta participación de tus penas, merezca la prenda de la mayor felicidad que nos ha sido rescatada por tu Hijo muerto en la cruz. Hazme digno de la gracia que he suplicado á tu benignísimo Hijo, recomendándome á mí y al alma de mi hijo, á la fuente viva de la justificación. A dirigirte esta súplica me invita, oh Reina del Cielo, una de aquellas frases que antes he pronunciado en alabanza y encomio tuyo en la *Salve Regina*, en la cual eres llamada: nuestra abogada en presencia de nuestro Criador» (1).

Hombre de carácter semejante al de Juan Morelli, fué *Juan Rucellai*, el cual, por medio de afortunados negocios mercantiles, había alcanzado grandes riquezas, que empleó de la manera más noble en provecho de la Iglesia y del Estado. Por encargo suyo perfeccionó el famoso León Bautista Alberti la fachada de mármol de S. María Novella, en la cual se lee todavía el nombre del bienhechor. El mismo maestro construyó en la Vía della Vigna, el palacio Rucellai, que es admirado como uno de los más eminentes monumentos del primitivo renacimiento en Toscana (2). No lejos de allí se halla el Oratorio del S. Sepulcro, que asimismo construyó Alberti por encargo de Rucellai en 1467, con exacta imitación del Santo Sepulcro, conforme á un dibujo que el constructor había hecho sacar en Jerusalén (3). En sus últimos años redactó Rucellai un librito de memorias de la clase de los arriba citados, el cual nos permite ahondar en la vida íntima de aquella época.

(1) Rösler, loc. cit. 72-73.

(2) Pueden verse copias de estas obras en Burckhardt, *Gesch. der Renaissance*, 63.

(3) Está descrito por Graus en el «*Kirchenschmuck*», 1895, p. 155 s.

«Doy gracias á Dios Nuestro Señor, se dice allí, por haberme dado el sér racional é inmortal, en un país donde reina la verdadera fe cristiana, cerca de Roma, que es centro de esta misma fe; en Italia, la más noble y digna parte del mundo cristiano; en Toscana, una de las más nobles provincias de Italia, y en la ciudad de Florencia, que es ensalzada como la más hermosa, no sólo de la Cristiandad sino de todo el mundo. Le doy gracias por haberme concedido vida larga con entera salud corporal, de suerte que no recuerdo haberme visto obligado á permanecer en casa el espacio de un mes por falta de salud, en el transcurso de sesenta años; como quiera que la salud sea el más estimable de los bienes terrenos. Le doy gracias por haberme concedido buena suerte en mis negocios, de manera que, de lo poco con que comencé, he logrado obtener riquezas y crédito universal; habiendo no sólo adquirido honradamente, sino gastado de la misma manera, lo cual es todavía de mayor mérito que el adquirir. Le doy gracias por haberme concedido la vida terrena en una época que, conforme á la general estimación, se considera como la más dichosa para la ciudad de' Florencia; en tiempo del ilustre ciudadano Cósimo de' Médici, cuya fama no tiene igual en todo el mundo; en tiempo que ha habido diez años de paz é imperturbable quietud, cuyos beneficios parecen tanto más amables, cuanto más graves penas y dolores se hubieron de sufrir los años pasados. Le doy gracias por haberme dado una excelente madre, la cual no teniendo, al morir mi padre, más que 19 años de edad, rehusó todos los ofrecimientos de segundo matrimonio, y vivió solamente para sus hijos y para su mayor consuelo; y asimismo por haberme dado otra no menos excelente mujer, cuyo amor hacia mí era igual á su continua solicitud por la casa y la familia, la cual me ha sido conservada largos años, y cuya muerte fué la más dolorosa pérdida que en este mundo me podía acaecer. Considerando yo todas estas innumerables gracias y beneficios, me desprendo ahora, en mi avanzada edad, de todas las cosas terrenas, para alabarte solamente á ti, Señor y fuente original de vida, y darte gracias desde lo más íntimo de mi alma.»

Así escribía Juan Rucellai en el crepúsculo de una larga vida, no escasa de probaciones, pero abundante en consuelos; y en el libro donde consignó sus ideas y sentimientos, añadieron sus dos hijos el siguiente testimonio: «En memoria de esto, nosotros,

Pandolfo y Bernardo Rucellai, hijos de Juan, por cuya mano fué escrito este libro, atestiguamos haber sabido de los amigos de nuestra familia, que la casa de los Rucellai no ha tenido desde sus principios otro miembro que mereciera tantas alabanzas y encomios, y le proporcionara tanta honra, como el mencionado Juan, nuestro padre» (1).

Parecidos sentimientos, hondamente piadosos y cristianos, se expresan en las preciosas biografías del ingenuo librero florentino Vespasiano da Bisticci. Este excelente varón, nacido de una familia burguesa, y que vivió en la época más espléndida de la librería italiana, mantuvo íntima correspondencia con muchas personas de elevada posición. Los Médici, el Duque de Urbino, y no menos el Papa Nicolao V, le distinguieron con su particular amistad. Vespasiano se mantuvo lo más alejado posible de los representantes del falso Renacimiento: su ideal era el piadoso Giannozzo Manetti (2). En los últimos años de su vida se consagró enteramente Vespasiano al estudio de los Padres de la Iglesia, los cuales prefería á los clásicos, «por ser de provecho para la salud del alma». Fruto de esta ocupación fueron una serie de escritos ascéticos de profunda piedad (3).

Cuán buenos elementos se hallaran en los círculos burgueses de Florencia, lo manifiesta el libro de memorias del boticario *Lucas Landucci*; el cual ciertamente no pensó jamás que sus apuntes, donde se contienen en abigarrada serie, así los recuerdos de su familia como los de la ciudad, habían de ser en algún tiempo publicados. Aquel hombre llano, llevaba una ejemplar vida de familia. La memoria del fallecimiento de su mujer la acompaña diciendo: que en un matrimonio de 48 años no le había hecho incomodar ni una sola vez. En todos los casos desgraciados, mira el castigo del cielo por los pecados de los hombres. Landucci estaba íntimamente penetrado de lo efímero de todas las grandezas terrenas; por lo cual, las riquezas y el fausto de Florencia nada tienen para él de seductor. Delante de sus ojos se levantaba por entonces el magnífico palazzo Strozzi; cuando á 15 de Mayo

(1) Reumont, Lorenzo de' Medici I^o, 328-329. Cf. Marcotti, Un mercante fiorentino e la sua famiglia. (Per nozze.) Firenze 1881, y D'Ancona, Varietà storiche II, 208 ss.

(2) Cf. sobre el mismo nuestras indicaciones vol. I, p. 158 s.; vol. II, p. 205.

(3) Cf. Frizzi, Di Vespas. da Bisticci (impresión aparte, sacada de los Anali d. R. Scuola Normale Sup. di Pisa 1880) 95 ss.

de 1491 murió su dueño sin haber podido ver el acabamiento de su obra; y Landucci, al apuntar este acaecimiento en su diario, observaba: «En esto se puede conocer claramente cuán caducas sean acá abajo todas las esperanzas. Sólo en apariencia es el hombre señor de las cosas; pero en realidad sucede al revés; pues este palacio durará eternamente, y ¡cuántos señores tendrá todavía! Solamente somos administradores de las cosas terrenas, en tanto que á Dios pluguiere, no señores de ellas.» Un año más tarde, cuando murió Lorenzo de' Médici *il Magnifico*, exclamaba Landucci: «¿Qué es, pues, finalmente, nuestra vida terrena? Según la opinión de las gentes era este Lorenzo el más famoso, rico y poderoso hombre del mundo; todos ponderaban que dirigía los destinos de Italia, y, con efecto, era hombre rico y todo le había sucedido felizmente. Cabalmente ahora acababa de conseguir lo que por mucho tiempo no había sido posible para ningún ciudadano: había proporcionado á su hijo la dignidad cardenalicia; y con todo eso no pudo alargar su vida ni por una hora. Por tanto, ¡oh hombre! ¿qué causa tienes para ensoberbecerte?» (1).

Con atención y cariño seguía Landucci los acontecimientos generales, principalmente los destinos de su ciudad natal, sin entregarse, no obstante, á la violenta lucha de los partidos. Produce una impresión por extremo grata, su espíritu conciliador para con los enemigos, y el amoroso interés que manifiesta por la suerte de sus prójimos, aun de los que están más lejos de él. Así, cuando los Médici fueron arrojados de Florencia, en 1494, se interesaba por el joven cardenal, á quien vió en la ventana de su palacio levantando á Dios las manos plegadas, en ademán de orar. Cuando en 1487 fué ejecutado Lorenzo Tornabuoni por haberse complicado en una conspiración, derramaba Landucci lágrimas. Habiendo sido fiel partidario de Savonarola, por creer que había de abrir camino á otro mejor estado de cosas, Landucci se apartó inmediatamente de él, luego que el dominico se puso en pugna con la Autoridad eclesiástica. Fuera la pena justa ó injusta, estimaba necesario cumplirla (2). Es verdaderamente conmovedora la confianza en Dios y abnegación genuinamente cristiana de aquel hombre sencillo, aun en las mayores adversidades. «A 2 de Agosto de 1507, queriéndolo así Dios, se declaró en mi casa

(1) Landucci, Diario 62, 64-65.

(2) Cf. más adelante, libro 2, cap. 6.

un incendio que destruyó todas mis cosas, de suerte que perdí por valor de más de 250 ducados de oro. Tuve que escapar en camisa con mis hijos, y mi hijo Bautista se vió en grande apuro para salir desnudo de su cama incendiada. Mas quiero recibir los males con la misma resignación que los bienes, y dar gracias á Dios por lo uno como por lo otro. Solamente dígnese el Todopoderoso perdonar mis pecados y concederme aquellas cosas que sean para gloria suya. Alabado sea el Señor de todas las criaturas. Con este saludable recurso se puede luchar contra toda pena y necesidad. Aprendamos de Job, que dijo: El Señor lo dió, el Señor lo ha quitado; bendito sea el nombre del Señor (1).

El espíritu genuinamente religioso que se refleja en este y otros apuntes, se manifiesta asimismo en todas partes en la vida de familia. Casi en ninguna casa faltaba un crucifijo ó alguna imagen devota, principalmente de la Santísima Virgen, delante de la cual ardía una lámpara, y en las casas más ricas había también comúnmente una capillita (2). Muchos edificios estaban asimismo adornados exteriormente con frescos de asunto religioso, en particular imágenes de la Virgen. Los testamentos de aquella época manifiestan que, junto con los libros de edificación, especialmente con el que siempre ha sido popular de las «Florecitas de San Francisco», se leía también asiduamente la Sagrada Escritura (3). Las bibliotecas italianas contenían nume-

(1) Landucci, *Diario*, 283-284.

(2) V. Rösler, *Dominici's Erziehungslehre* 217. Estaban muy extendidas sobre todo las imágenes de relieve de Ntra. Sra., de arcilla ó estuco pintados, las cuales procedían del taller de los Robbia; cf. más abajo. En general, sobre las imágenes para la devoción doméstica, v. Burckhardt, *Beiträge* 41, 106, 299 s. Las más de las veces se fijaban en las puertas las imágenes de santos, grabadas en madera. Por esto, son hoy tan raras las primitivas xilografías italianas. El gabinete de grabados de Berlín posee una porción de fragmentos de grabados en madera italianos, de los que hay algunos muy antiguos, los cuales, en la demolición de una antigua casa de Bassano, fueron despegados de las paredes de un aposento. Cf. el importante estudio de Lippmann, sobre el grabado en madera en Italia, en el *Jahrb. der preuss. Kunstsamml.* V, 316. Hállanse también algunas reproducciones de grabados en madera italianos y de otras imágenes en W. L. Schreiber, *Manuel de l'amateur de la gravure sur bois et sur métal au 15^o siècle* (Berlín 1891 s.), por ejemplo núms. 1 (estampado sobre tela), 85, 86, 90, 167-169, 320, 598, 636 (637), 753, 755, 771, 830, 994, 995, etc. También aquí venise frecuentemente las figuras de S. Roque y S. Sebastián; v. núms. 1670, 1676.

(3) Cf. el testamento de Benedetto da Majano, en Leader, *La Parrochia di S. Martino a Maiano*. Firenze 1875. Acerca de los libros espirituales edifican-

rosísimos manuscritos de la Biblia, cuyos copistas no eran personas asalariadas, sino pertenecían por la mayor parte, en Florencia, á familias distinguidas. Es cierto que los ejemplares completos de la Sagrada Escritura eran raros, á causa de su elevado precio; pero se hallan con mucha frecuencia los libros que pueden servir, ya para los actos del culto ó para la particular edificación (1). Los humanistas cristianos se acomodaron al gusto de la época, procurando, mediante las traducciones de la Biblia en verso latino, influir también en las personas más inclinadas á los estudios clásicos (2).

Los preceptos religiosos se observaban tanto más concienzudamente, cuanto que las más veces estaban intimamente trabados con las costumbres populares. Había libros especiales (3) para facilitar la inteligencia de los ritos no menos poéticos que profundos del culto divino, en el cual, á causa de hallarse muy extendido el conocimiento de la lengua latina, aun las personas menos instruídas tomaban el más vivo interés. Todavía en la actualidad, acaso por efecto de esto, aun el pueblo más sencillo está en Italia corrientemente familiarizado con la liturgia eclesiástica. La guarda de los domingos y fiestas, no sólo se inculcaba enérgicamente en los libros de confesión y escritos edificantes, sino acrecentóse todo lo posible por las libres determinaciones de los artesanos (4). Asimismo se observaban rigurosamente los ayunos prescritos por la Iglesia; y Maquiavelo hace notar cuán mala impresión produjo en los florentinos, el que la comitiva del Duque de Milán, visitando Galeazzo Maria la Casa de Médici á principios del año 1471, quebrantara el precepto del ayuno, cosa que hasta entonces nunca se había visto (5). Un ejemplo particularmente laudable de la con-

tes de aquel tiempo, cf. también Lippmann, en el *Jahrb. der preuss. Kunstsamml.* V, 306 s. V. además Ferrato, *Preghiere scritte nei secoli XIV e XV.* Padova 1872.

(1) Cf. J. Carini, *Le versioni della Bibbia in volgare italiano.* Sampierdarena 1894. *Zeitschr. f. kath. Theol.* 1895, p. 341 s., y especialmente S. Berger en la *Romania* 1894, p. 358 ss.

(2) Cf. Lazzari 200 ss.

(3) Un libro de este género (*Lucidarius*), que «se leía desde el Vesubio hasta el Hekla,» tuvo siete ediciones en Italia antes del año 1500; v. el excelente trabajo de Schmitz, *Der Einfluss der Religion auf das Leben beim ausgehenden Mittelalter, besonders in Dänemark* (Freiburg 1894) 15.

(4) Cf. Landucci, *Diario* 38.

(5) Reumont, *Kleine Schriften* 136 s.

cienzuda observación del precepto de abstinencia, nos ofrece Antonio Ferro en 1487, durante el viaje de su embajada al Sultán Bayaceto (1).

Las relaciones de los legos con el clero secular y regular, eran las más íntimas, y las limosnas para las iglesias y monasterios eran tan copiosas, que los pastores de almas se veían en el caso de disuadir que se diesen á los monasterios que no guardaran su regla, y prevenir que, con la excesiva abundancia de limosnas, no se pusiera á los buenos religiosos en la tentación de descaecer en el rigor de su vida (2). También por vía de legado se empleaban casi de ordinario considerables sumas para fines religiosos y benéficos, y al propio tiempo se ordenaban actos del culto divino, oraciones y ejercicios de penitencia por el alma del difunto. Ya la misma forma de los testamentos atestigua las piadosas ideas de aquella época. Casi todos comienzan con una invocación de Dios y de sus Santos, ó recomiendan el alma del testador al Creador y á los bienaventurados (3). «Encomiendo mi alma á Dios Omnipot-

(1) Cf. A. Marini en la revista *Scintilla* IX (1895), 33-36.

(2) Rösler, *Dominici's Erziehungslehre* 23. Véase también el testamento siguiente: *1461 Jan. 21 (more venet.):Magister Cressi q^m Alegreti Barbarii..... Item volo et ordino quod dentur uni bono sacerdoti bone fame ducatos 24 causa celebrandi unam missam cottidie pro anima mea et eo die quo non celebravit dicat salmos penitenciales pro anima mea et ducatum 1 pro cereis ad illuminandum dictam missam... Atti Tomaso de Camuciis B, 595. *Archivo pubblico de Venecia*.

(3) Pasolini (III, 537 s.) publicó el testamento de Catalina Sforza, escrito en Florencia, el 1509. Para probar lo que digo en el texto, doy un resumen de los principios de los *Testamentos venecianos. 1) Testamentos escritos por el notario Pietro Arrivabene. 21 de Septiembre de 1474: «Al nome de Dio dovendo mj Alvixe de Lion andar in Fiandra et considerando el viazo longo... perhò ho determinado voler ordinare» etc. Otros testamentos, por ejemplo, uno de 28 de Mayo de 1475, comienzan, es verdad, con los nombres de los testadores, pero en el mismo documento se lee: «Committo animam meam altissimo Jehsu et b. Mariae et S. Ursulae», etc. 2) Los testamentos del notario Niccolò Riga, que ejerció su cargo hasta después de 1605, empiezan casi todos con estas palabras: «In nomine Dei aeterni. Amen.» Uno del mismo, de 24 de Febrero de 1475, comienza de esta manera: «Al nome sia de miser Jehsu Christo et de la sua madre sant^{ma} Madonna S. Maria et de tutta la corte celestiale. Amen.» 3) Los testamentos del notario Bernardino Ranemi (1471-1479) empiezan con el nombre del testador, pero casi nunca falta la recomendación á Dios, á la Santísima Virgen y á los santos. Algunos tienen como principio estas palabras: «Al nome sia dello eterno Iddio padre et fiol et spirito santo et della gloriosa vergine» etc. 4) Los testamentos del notario Pasino Grattaroli, que llegan hasta 1508, empiezan todos con la fórmula: «In Dei aeterni nomine. Amen.» 5) Los testamentos del notario Cristoforo Colonnino (desde 1513 hasta 1528)

tente y á su gloriosísima Madre Santa María (comienza el testamento del célebre viajero Juan da Empoli), al Apóstol y Evangelista San Juan, á San Jerónimo y San Blas, mis patronos, y á todos los Santos del Paraíso que, por virtud de su bondad y misericordia, intercedan por mí con Dios y su Madre Santísima, para que en el día de mi fallecimiento pueda entrar en su santa compañía. Aun cuando soy gran pecador y merezco grandes castigos, Dios Nuestro Señor no desprecia, sin embargo, un corazón humilde y contrito, pues somos al fin sus hijos, destinados á gozar de la suprema bienaventuranza. Tengo confianza en Dios mi Señor y en su gloriosa Madre, que me otorgarán la gracia de servirles en este valle de miserias, y particularmente en la vida futura de la gloria que está preparada á todos los fieles cristianos. Dígnese concederme la gracia de hacer este testamento para descargo de mi conciencia, para que mi alma quede pura y sin culpa» (1). Uno de los más hermosos ejemplos de cómo personas de elevada ilustración disponían de su hacienda de una manera genuinamente cristiana, nos lo ofrece el testamento de Pico de la Mirándola. Deja enteramente á los supervivientes el cuidado de su entierro, recomendando solamente que sea cristiano y lo más sencillo posible; á esto siguen piadosas mandas, principalmente para edificación de iglesias; sus bienes muebles los deja á su hermano, y los inmuebles al hospital de Santa María Nuova de Florencia (2). El pintor Mantegna dedicó su hacienda á la formación de una capilla de San Andrés en Mantua (3); Leonardo da Vinci, el más universal de los genios del Renacimiento, se encomienda expresamente en su testamento á las pías oraciones (4). Por lo

comienzan casi todos con las palabras siguientes: «Quoniam humanum genus non est stabile, sed devenimus ad finem et nescimus diem neque horam animoque prudenti hoc pertinet, ut semper mortis periculum cogitetur eventus, hinc est quod praedicta considerans Ego... in primis animam meam commendo altissimo Deo creatori.» Algunos testamentos comienzan diferentemente con estas palabras: «In Christi nomine. Amen.» 6) Los testamentos de los notarios Francesco Zorzi y Bartolomé Raspi (1515-1525) comienzan por las palabras: «In nomine Dei aeterni.» Más tarde, por ejemplo, en los testamentos del notario Domenico Baldigara (1530-1540), el principio está en italiano: «In nome del Sig. nostro Gesù Cristo.» *Archivio pubblico de Venecia*, Sezione notarile.

(1) Giorgetti ha publicado el texto de este testamento en el Arch. st. ital. 5 Serie XIV, 324 s.

(2) Giorn. degli Archivi Tosc. I, 88.

(3) V. Thode, Mantegna. Bielefeld, 1897.

(4) Cf. Rosenberg, L. da Vinci. Bielefeld, 1898.

que toca á Roma se hallan legados que respiran un profundo espíritu religioso. Una mujer legó en 1494 todos sus haberes á un hospital, y luego sirvió en él por sí misma á los enfermos (1). Un zapatero romano dedicaba en 1482 su hacienda á la fundación de una capilla, la cual debía decorarse con pinturas, de suerte que todo el mundo se hallase allí á su placer (2): prueba de cuán vivo estaba el sentimiento del arte aun en las inferiores clases del pueblo. Asimismo recorriendo el contenido de los testamentos venecianos, se hallan casi ordinariamente, en los grandes y en los pequeños, mandas de dinero para el ornato de las iglesias, socorro de las hermandades, colocación de las doncellas indigentes, y por el bien de la propia alma y del alma de los allegados (3).

(1) Pericoli, 74.

(2) Pericoli 64. Cf. también el testamento de Segismundo de Conti, mencionado en la edición de su historia, I, xxxiii.

(3) *Testamentos: 7 de Mayo de 1461: Benasuta fu del maestro Giovannino Centoferri di Chioggia lega 2 cálices para S. Maria de Chioggia y S. Francisco de fuera de Chioggia (Atti Gerardo Rosa Della b. 1344, n. 66). 8 de Febrero de 1474 (m. v.): Lodovicus Barbadico funda misas para la salvación de su alma (Atti Leonardi di Biasio b. 595, n. 35). 26 de Agosto de 1475: Gradeniga olim fia di Lorenzo Gradenigo: Item ordino el sia dito messe cento de morti per l'anima mia avanti che sia sepolita... Item lasso a le fie de S. Baldisera da S. Rafael. duc. 25 per zoscaduna d'esse per suo maridar over andar munege (Atti A. Grasselli b. 508, n. 107). 10 de Noviembre de 1485: Gaspar q. S. Johannis Zerdonis: Item volo celebrari unam missam magnam in cantu in ecclesia fratrum minorum (l. c., n. 110). 17 de Noviembre de 1489: Lena relicta Barthol. de Monte: Item volo celebrari missas 100 pro anima mea antequam corpus meum tradatur sepulture (l. c., n. 95). 13 de Noviembre de 1497: Dominicus q. Bernardi de Padua lignarollus: deja á un monasterio 2 ducados (Atti Gregorio Trina b. 958, n. 215). 10 de Julio de 1503: Dominicus Dona: Fundación de misas, legados para iglesias (l. c., n. 205). 11 de Febrero de 1506 (m. v.): Damyanus de Pastrovichio: Dimitto s. Mariae ecclesiae s. Fantini unum ex 5 tapetis quos habeo videlicet meliorem pro anima mea. Item dimitto ecclesiae s. Mariae de gratia unum alium videlicetese aliis quatuor meliorem pro anima mea. Item dimitto unum tapetum s. Mariae de Montarton pro anima mea. Item dimitto unum alium tapetum s. Mariae de Tarvisio pro anima mea. Síguense fundaciones de misas (l. c., n. 204). 15 de Julio de 1512: Constantinus de Angelis cyrugicus: fundación piadosa (l. c., n. 129). Tiene especial interés el testamento de Benedetto Marcello, fechado á 3 de Julio de 1479... Benedetto Marcello fo de ser Christophoro dovendo andar per comandamento dela nostra Ill^{ma} Signoria in Hispania cum el mag^o miscr Domenego Bollani amb^o per suo secretario... Et primum Deo optimo maximoque: eiusque gloriose Virginis Matris Marie commendo animam corpusque meum, cuius gratia, ac intercessione ubi altissimo placuerit ad celestem patriam pervenire possim... Per anima dela q^a mia murier Catharina voio siano dati del mio duc. do. Item sia fato dir per anima mia le messe S. Maria et quelle de S. Gregorio. Item duc. 2 ai frati de s. Maria del borto, et altri do ale done munege de Sancta Chiara de Muran: i qual priegino

Cuánta importancia tuviera, en medio de los peligros y turbulencias de aquel tiempo, la conservación de la cristiana vida de familia, lo reconocieron bien los más ilustres representantes de la Iglesia.

Cuando, á principios del siglo xv, comenzaba el Renacimiento á ejercitar por primera vez un influjo sensible en la sociedad italiana, escribió el bienaventurado *Juan Dominici* su áureo librito sobre la dirección de la familia. Con brevedad y terminantes palabras expone allí el celoso dominico sus deberes, á la piadosa mujer de Antonio Alberti. Magistralmente acierta á establecer sus reglas acerca de la ordinaria vida práctica, en perfecta armonía con la religión, ilustrándolas con ella. En los avisos de Dominici resplandece una hermosa consonancia entre la Naturaleza y la gracia. Al contrario de los humanistas, que no sabían qué hacerse con el Cristianismo, y cuyas ideas eran parciales y asequibles para pocos, junta Dominici, con la profunda religiosidad, un sentido eminentemente práctico, lo cual hace sus reglas aplicables á todas las circunstancias de la vida (1). «Has consagrado á Dios Nuestro Señor (dice á Bartolomea) tu alma y tu cuerpo, tu hacienda y tus hijos, en cuanto te pertenecen; y con esto enteramente todo tu sér; y quieres conocer ahora de qué manera puedes usar estos bienes para gloria suya.» Según esto, explica, en cuatro partes, cómo se han de usar las facultades del alma, las fuerzas y los sentidos del cuerpo, y los bienes de fortuna, y cómo se debe educar á los hijos para obtener el fin propuesto por Dios; y tienen particular importancia la tercera y cuarta sección, las cuales son de lo más hermoso que puede ostentar la literatura de aquella época. En la introducción al buen

Idio per l'anima mia. Pro male vero ablati dimidium ducati. Al principio de este documento se lee: Cum nihil sit certius morte, incertius vero hora mortis, dicente etiam Horatio in odis: Quis scit, an adiciant hodiernae crastina summae tempora di superi? [Od. IV, 7, 17.] Síguese todavía una segnda cita de Horacio. Tiene también interés el siguiente testamento: 14 de Mayo de 1490: ...Anthonius Daniel Marinus decretorum doctor... In primis itaque rogavit Deum et d. Iesum Christum, ut quando placuerit eius sacrat^{us} Maiestati velle animam a corpore suo pro eius immensa pietate atque misericordia vocare dignetur sibi hanc gratiam prestare, ut sacramenta omnia sancte matris ecclesie reverenter ac corde contrito suscipere possit... Siguen legados para misas, etc. (Atti Bart. Almerici b. 14, n. 1). Todos éstos *Testamentos se hallan en el *Archivo público de Venecia*.

(1) Rösler, Dominici's Erziehungslehre, 18.